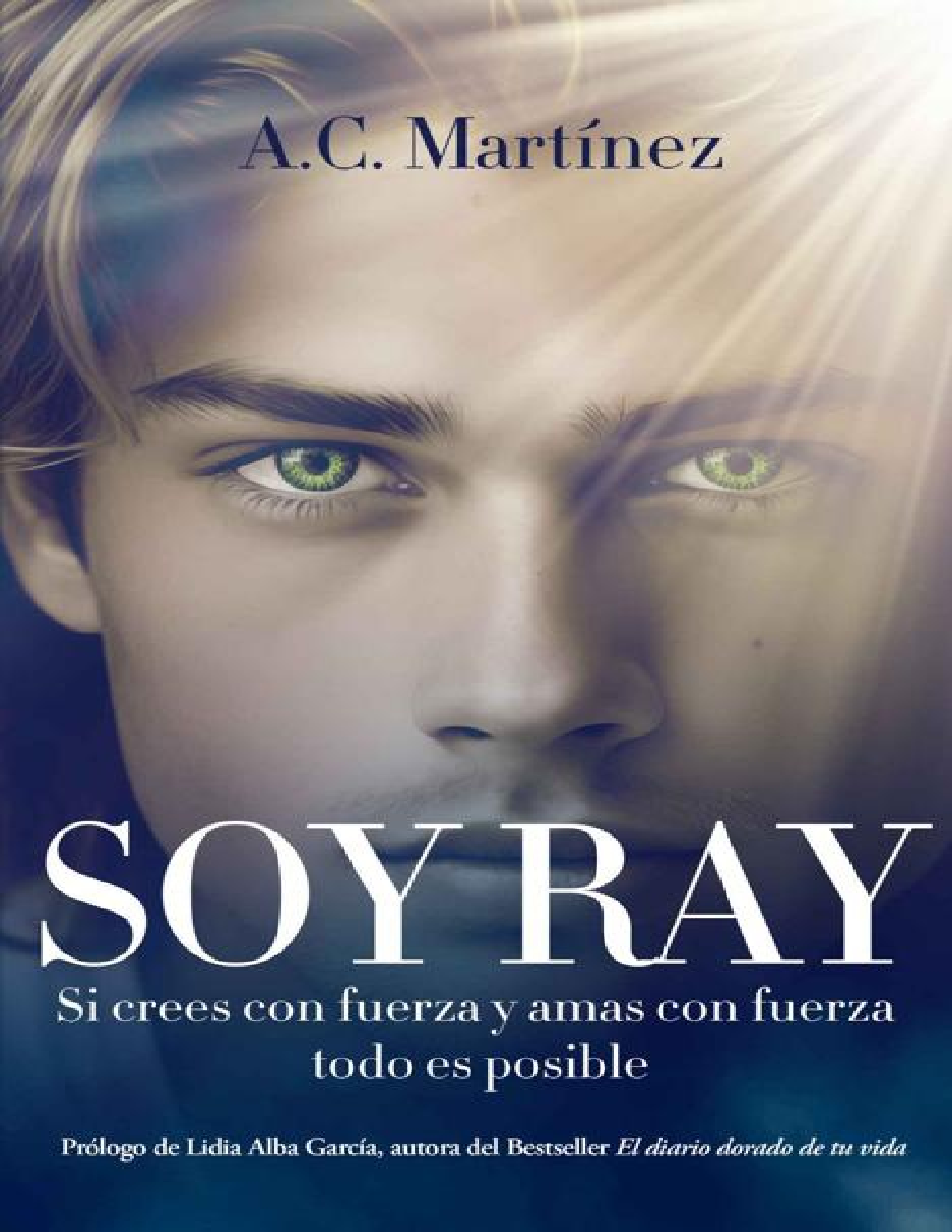

A.C. Martínez
SOY RAY
Si crees con fuerza y amas con fuerza todo es posible
Prólogo de Lidia Alba García, autora del Bestseller *El diario dorado de tu vida*

A.C. Martínez

SOY RAY

Si crees con fuerza y amas con fuerza
todo es posible

© 2024, A.C. Martínez

Corrección: Lorena Losón
Diseño de cubierta y maquetación: Nerea Pérez Expósito, Imagina Designs

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www. cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mi marido Miguel Ángel

Mi compañero de vida, quien me ha aguantado con la mayor de las paciencias durante todo este proceso y me ha apoyado en este proyecto tan singular desde el primer momento animándome como el que más. Con todo mi amor, Cristina.

A mis dos Ángeles: Teresa Piña y Yolanda Espolio

Una segunda madre y una auténtica hermana, quienes siempre han creído en mí y apostado en esta aventura tan especial brindándome su amor, apoyo incondicional y confianza absoluta, permaneciendo a mi lado hasta en los momentos más difíciles; no puedo más que agradecerle al universo por poneros en mi vida. Os quiero con locura.

A Raquel G. C.

Mi psicóloga, quién me animó a sacar de mi cabeza esta historia, fruto de una enfermedad, y a plasmarla en este libro, creyendo con plenitud en el potencial que se escondía detrás de ella.

A mis amigas A.N.E. y M.B.G.

Me habéis brindado vuestra amistad y apoyo, convirtiéndoos en las primeras testigos y lectoras de los primeros esbozos de este manuscrito, llenándome de ilusión cuando, ni tan siquiera, eran más que unas cuantas páginas escritas. Espero que sigamos escribiendo nuestras propias historias, juntas. Os quiero.

A Lidia Alba García

Mi mentora, quién me ha guiado en mi propósito de escribir esta novela, ofreciéndome su gran sabiduría y la inmensa oportunidad de dejar algo tan maravilloso como es este libro "mi legado". Gracias por aparecer en mi vida e iluminarme.

A mis chicas de "Legados del alma"

Este viaje que hemos iniciado juntas ha sido maravilloso y algo que jamás olvidaré. Gracias por vuestros ánimos, consejos y cariño recibidos durante mi realización como escritora novel.

A Ti que me estás leyendo

Por elegirme y apostar por esta historia. Nunca olvides lo especial que eres.

Prólogo

La vida es un regalo sin lugar a duda, pero también tiene una parte retadora donde a cada uno de nosotros nos lleva a experimentar la dificultad a través de diferentes experiencias. Podemos quedarnos en el dolor y el sufrimiento o podemos trascender ese dolor y convertirlo en nuestra propia medicina como bien ha conseguido la autora de esta emotiva y hermosa novela.

En ella vas a encontrar una exploración profunda de la vida, la lucha y la creatividad. Ana Martínez ha logrado conectar su realidad personal con la ficción de una manera conmovedora, invitando al lector a sumergirse en su mundo lleno de emociones y reflexiones.

La transformación del dolor en medicina y arte es un tema poderoso y universal. Es fascinante cómo la autora ha decidido canalizar sus experiencias y vivencias a través de la escritura, no solo como un medio de liberación, sino también como una forma de compartir su duro proceso con los demás.

Con la lectura de esta novela vas a realizar una inmersión profunda en una historia mágica que te va a hacer aflorar diferentes emociones y sentimientos y que a la vez te llevará a trabajar directamente en tu propio interior gracias a la reflexión y a la emoción interior que te conecta con tu propia experiencia.

A través de sus palabras, Ana Martínez deja claro que la esperanza y la resiliencia pueden surgir incluso en los momentos más oscuros. Esta conexión con cada lector, su sinceridad y el deseo de inspirar son elementos que seguramente van a resonar contigo durante la lectura.

Abre tu corazón y adéntrate en esta preciosa historia que lejos de ser una novela de ficción sin más, se va a convertir en un verdadero viaje donde la lucha y la superación personal te servirán de espejo para tu propio crecimiento y además encontrarás algunas sorpresas que harán aún más mágico este precioso viaje.

Apaga la mente, siente y disfruta.

Lidia Alba García, autora de *El Diario Dorado de tu Vida*.
Mentora y Experta e Ley de la Atracción y Creación Deliberada.

Nota al lector

A ti, mi querido lector,
te dejo esta breve introducción antes de que te sumerjas en la lectura.

Antes de nada, agradecerte tu confianza puesta en mí. Me gustaría explicarte de forma breve el origen de esta novela puesto que surgió de una forma bastante inusual. Fue tras una dura enfermedad que paró por completo mi vida, y animada por mi psicóloga, que decidí escribir y plasmar esta historia que durante más de un año mi mente fue creando e imaginando, permitiéndome vivir en un mundo en dónde día a día conseguía escapar del dolor crónico y profundo, tanto físico cómo mental, logrando transformar gran parte de mi malestar en algo tan fantástico como esto.

A continuación, te encontrarás con una historia donde he ido plasmando mis emociones, miedos, sentimientos y experiencias propias a través de los personajes principales que la componen, en especial en la protagonista, a la cual le he otorgado la mayoría de mis cualidades, defectos y virtudes, así como enfermedades padecidas entre otros. Mezclado además con pura ficción, hacen de éste un relato único.

Como nota curiosa, quizás te sorprenda tanto como a mí el haberlo escrito desde el enfoque del personaje masculino, hecho que hasta el día de hoy sigue siendo un interrogante.

Por último, espero que esta historia te emocione y te ayude a creer en que todo es posible. A ver que la vida está llena de luz y esperanza por mucha oscuridad en la que te encuentres.

Sin más dilación, espero que la disfrutes.

1

Soy Ray,
un hombre de carácter seco, digamos poco amigable, lo cierto es que no tengo amigos, en realidad, solo uno, John; sencillo, leal, sincero, un hombre de principios, carente de humor, aburrido, no tengo *hobbies*, pero soy ese al que las mujeres le consideran un tío bueno, follable, de toma pan y moja, importándoles una mierda el resto de mis cualidades. Aunque esa no es mi percepción y también os digo que ser un hombre con estas cualidades físicas es más una maldición que una bendición. Todo el mundo se fija en el físico, en esa increíble fachada, pero nadie se interesa por la persona que hay debajo de ello, nadie, jamás, excepto mi madre o John, que se han interesado por mí, por la persona que soy, por lo que llevo en mi interior, en mi corazón, en el alma. Sé que muy dentro de mí se aloja otro Ray, uno que espera que algún día le saquen a la luz. Tengo treinta y cinco años. Mi cabello es castaño claro, algo ondulado, no mucho, y cae un poco por encima del cuello. Mis ojos son de un verde oscuro intenso. Soy de complexión fuerte, o como ahora se dice: fibroso, aunque no tengo un cuerpo trabajado por el gimnasio, eso se lo debo más a la genética. Soy alto, mido 185 centímetros, y peso entre unos setenta y siete u ochenta kilos, y digo «creo» porque hace mucho que no me peso. Lo más notorio es que estoy bien dotado, ya me entendéis y lo comento no para fardar, sino para que comprendáis mucho de lo que, a continuación, os voy a contar. Soy músico: compongo, canto, toco la guitarra eléctrica y soy miembro de una banda. Nuestro estilo musical es el *rock*. Vivo en un piso que ocupa toda la planta de un edificio propio en el que solo vivo yo. Como ya habréis deducido, tengo dinero. Provengo de una familia acomodada. No me considero arrogante ni me lo tengo creído, que quede claro. Nadie, excepto John, saben lo de mi economía. No se lo he dicho a nadie, ni falta que hace. Las personas suelen interesarse por el físico o por el dinero, imaginaos teniendo ambas de esas cosas. Sí que entonces absolutamente nadie vería algo más en mí.

A simple vista, parece que lo tengo todo, ¿verdad? Quién no daría por ser yo. Pero, sin embargo, no tengo nada. Excepto mi música, mi vida es una mierda, un sinsentido. Estoy jodido, muy jodido. Unas experiencias con ciertas mujeres, malas mujeres, me han hecho perderme, me han llevado a creer que soy del tipo de hijo de puta que se aprovecha de ellas, que es un puto egoísta que solo sabe follar, y, según ellas, ni siquiera eso. Frío, calculador, sin sentimientos (siendo esto último cierto, nunca albergué ningún tipo de sentimiento hacia ninguna de ellas, solamente era algo físico), irrespetuoso, etc. Una voz dentro de mí me decía y, en alguna ocasión, aún me dice que no les haga caso, que yo no soy así, que soy un hombre honrado, de buen corazón, respetuoso con todo el mundo. En algunos momentos, muy pocos, y en la tranquilidad de mis cuatro paredes, me siento sereno y a gusto conmigo mismo. Pero una vez salgo de mi pequeño mundo, todo vuelve a empezar y esa creencia recobra vida. Me quema las entrañas y arrasa con esa voz, que, hasta hace unos instantes, traía un poco de serenidad a mi ser.

Siempre he sido un tipo un tanto solitario e independiente. Nunca he tenido una relación de verdad, me refiero a tener una novia o a compartir una vida en pareja. Lo más cercano que he tenido a eso es cuando salí durante unas semanas con una chica siendo adolescente. Ella me gustaba

mucho, pero no puedo decir que estuviera realmente enamorado. Jamás lo he estado. Yo era muy joven. Salíamos juntos cuando podíamos y yo me encontraba a gusto con la situación. Y, aunque a veces pasaban días sin poder quedar, yo le era fiel. Es algo que siempre he tenido bien claro y quiero recalcar aquí a toda costa. Si estoy con alguien, es al cien por cien, no hay coqueteos con otras, ni miradas, ni nada por el estilo. Solo me importa la persona con la que estoy. Mirando hacia atrás, no sé si las circunstancias hubieran sido otras, hubiera terminado con ella o no, imagino que no. Pero la vida o el destino, como queráis llamarlo, se encargó de darme la respuesta. Ella era la chica guapa de la universidad, rubia, ojos claros, popular, empoderada, buen cuerpo, la típica chica que todos quieren y desean a esas edades (bueno, a esas y a otras, visto lo visto). Yo, por aquella época, ya disfrutaba de mis buenos atributos y de pertenecer al grupo de los chicos guapos. Ella fue la que se encargó de que, de alguna manera, me fijara en ella. No recuerdo muchos detalles de esa etapa, aunque casi mejor así porque, si no, esta introducción se haría interminable. El caso es que empezamos a salir juntos y, bueno, fue una época, digamos, buena. Mientras estuvimos juntos, jamás, y reitero, jamás, miré a otra, pensé en otra, deseé a otra. Para abreviar e ir al grano, hubo un intercambio entre dos universidades estatales en el cual yo no estaba interesado, pero ella sí. Se fue dos semanas a otra ciudad y, a su vez, llegaron otros estudiantes a la nuestra. Mentiría si no hubiera habido chicas de ese intercambio interesadas en mí, me río yo de eso, en qué estaría yo pensando, corrijo, no interesadas en mí, sino en acostarse conmigo. Todas querían alardear de habérselo montado con el chico guapo de ojos verdes de la uni. Yo pasé de todo aquello, tenía las cosas bien claras. Jamás hubiera hecho algo semejante, primero, por mis principios, y segundo, por respeto a la persona con la que estoy, aunque, quizás, si hubiera sabido lo que me iba a esperar después, otro gallo hubiera cantado… Las dos semanas pasaron y todo volvió a la normalidad. Al cabo de unos días, mi supuesta novia (por llamarlo de alguna manera) empezó a comportarse de una forma un tanto inusual. Se volvió extremadamente celosa, y aunque siempre lo había sido un poco, nunca hasta ese punto. Y reitero que sin motivo alguno, por supuesto. Después de varias discusiones, absurdas peleas, arrebatos de celos e innumerables insultos acusándome de haberle sido infiel, acabé hasta los mismísimos y rompimos. No entendía qué estaba pasando, puesto que yo no había hecho nada de aquello por lo que ella me acusaba. Y aquí empieza mi calvario que mantengo y me acompaña hasta el día de hoy. Le sentó fatal que fuera yo el que pusiera fin a lo nuestro, aunque no creo que fuera tanto su dolor, ya que no tardó ni un día en irse con otro. Estando ya libre, comencé también a salir con otras chicas, nada serio, en realidad, no quería volver a pasar por lo mismo. Esto, cosa que hasta hoy no he llegado a entender muy bien por qué, no le gustó nada, con lo que se encargó de difamarme para que adquiriera la fama de «mujeriego». Para terminar y sin tantos rodeos, al poco tiempo, me enteré de que fue ella la que me había puesto los cuernos siéndome infiel. Y, para colmo, no solo con uno… Pero ella nunca lo reconoció, al contrario, le dio la vuelta a la historia encargándose de propagar que yo solo arremetía contra ella porque estaba celoso y para ocultar el hecho de que yo le había sido infiel primero. Lo que ella pensara de mí no me importaba ni lo más mínimo, pero sí que, y esto es lo que más me dolió, todo el mundo acabara haciéndole caso, creyéndola. Nadie se preocupó por averiguar si había sido como ella lo contaba, nadie me preguntó si había sucedido así o no, nadie se interesó por cómo me sentía, si esa era la verdad o no… Todos me señalaban a mí con el dedo, era el guapo, el chulo, etc., incluso sus amigas empezaron también a propagar que me había follado a medio campus, ¿y sabéis qué? ¡Ojalá lo hubiera hecho, maldita sea! Esto marcó un antes y un después en mí. Produjo un cambio en mi

carácter, en la forma de ver la vida y a las personas. Perdí la confianza en los seres humanos, me alejó del mundo volviéndome un ser solitario en su totalidad solitario, interesado en una sola cosa, en sí mismo y la música.

Así continuó mi vida en adelante. Una vida en la que dejé de creer que existiera una mujer que mereciera la pena, y que conste que no odio a las mujeres, simplemente, dejé que esa experiencia me marcara de tal forma que pasé de tener relaciones serias, lo que me hizo elegir una vida que yo mismo detestaría con el tiempo y que, de nuevo, me marcaría para siempre. Continuemos. Esa creencia y ese tipo de vida, por mí elegida de manera consciente, hizo que atrajera a malas mujeres y a afianzar aún más lo que ya tenía que grabado a fuego.

Salía muy de forma esporádica, ya que no me llamaba para nada lo que el mundo exterior podía ofrecerme. Pero soy hombre, humano, tenía y tengo mis necesidades. Me dedicaba a mi banda y a abrirnos paso por la industria y el negocio de la música. Lo dicho, de vez en cuando, salíamos a alguna discoteca a alternar. Allí bebíamos algo. Yo no tomaba alcohol, puesto que siempre iba en mi moto, pero, además, porque necesitaba estar en plenas facultades para no…, en fin, llevarme sorpresas o meter la pata hasta el fondo, ya estaba jodido y no quería arruinarme aún más la vida. En esas discotecas había de todo, pero la mayoría eran (éramos) hombres y mujeres que buscaban algo más que bailar, buscábamos otro tipo de diversión. Se veía a la legua a los que íbamos a «la caza», y digo «íbamos» porque yo también buscaba eso. Las tías, perdón, mujeres, que se prestaban a ello eran las que más llamaban la atención, sobre todo por su aspecto: rubias, morenas, ojos claros (muchas usaban lentillas), pechos prominentes (he de decir que la mayoría estaban operadas), voluptuosas, buen tipo, perfectamente maquilladas; pero aún más por su forma de vestir: vestidos ajustados, muy provocadores, que dejaban muy poco a la imaginación, haciendo más fácil, en este caso, la elección del tipo de mujer que te atraía. El *modus operandi* era el siguiente: cuando te molaba una mujer, la mirabas, y si a ella también le molabas, entonces te devolvía la mirada. Uno de los dos se acercaba, daba igual cuál fuera, para establecer lo que queríamos el uno del otro. Todo era frío, muy frío, y con intenciones muy claras, por lo menos por mi parte. La conversación se tornaba así: «Hola, ¿quieres follar conmigo? Solo follar, nada más». Entonces si escuchabas un: «De acuerdo», nos íbamos a un rincón apto para ello y follábamos. No había caricias, solo las justas si eran necesarias para poder llevar a cabo el acto, ni preámbulos, ni besos (eso jamás, considero un beso muy íntimo, demasiado, como un tipo de conexión entre dos personas y eso era algo que yo no estaba dispuesto a entregar a cualquiera). Solo un mínimo toqueteo y, reitero, si no había suficiente excitación, y se acabó. Entonces la penetraba hasta que los dos alcanzábamos el orgasmo. Esto no duraba mucho, unos escasos minutos, puesto que ya íbamos «calentitos». Una vez terminábamos, nos acomodábamos la ropa y si te he visto no me acuerdo. Por lo regular, no se solía repetir con la misma o con el mismo en el caso de ellas. Esto es lo que sucedía cuando decidía salir. Si tengo que ser sincero, no estoy orgulloso de ello. Pero necesitaba cubrir ciertas necesidades sin complicaciones, sin sentimientos, solo liberarme sexualmente, y esta era la única manera que yo sabía para ello. De las experiencias que tuve, fueron unas tres en concreto las que me marcaron y por las que decidí dejar esa vida que llevaba y que en lo más profundo de mi ser odiaba. Me jodieron tanto que elegí darme placer a mí mismo antes que pasar de nuevo por algo semejante.

Ya tenía fama de mujeriego por toda la vida que había llevado antes, por no tener relaciones serias con las mujeres, aunque, realmente, no he estado con tantas. Como ya os he comentado, salía de forma esporádica, pero, aun así, esa fama me precedía. También de acostarme con todo aquello que

tuviera piernas (por Dios, nada de ello era cierto, no follaba con cualquiera, no me gustaba cualquier mujer, era bastante selectivo, por eso no entiendo de dónde se han sacado eso). El ser guapo y, además, soltero apoyaba aún más esas disparatadas teorías. Pero las últimas, perdonarme, pero no tengo palabras para denominarlas porque, para mí, no merecen llamarse mujeres, con las que me relacioné superaron la malicia añadiendo, además, que maltrataba a las mujeres haciéndoles daño a la hora de penetrarlas por el gran tamaño de mi miembro, de no respetarlas, de utilizarlas para darme placer e ignorar el suyo… Y qué cierto es que lo malo siempre es más fácil de creer. Todo ello hacía que me sintiera como una auténtica basura, como podrido por dentro. No, yo no era así, me repetía sin cesar intentando no creer todas aquellas barbaridades que decían de mí. He cuidado mucho de que ambos tuviéramos placer, por lo que, en cuanto notaba que estaba a punto de correrme, las avisaba por si necesitaban que parara un momento y así darles tiempo a llegar a ellas también, pero siempre me decían que estaban preparadas y, joder, las oía gemir. Después de algún tiempo, me enteré de que la mayoría de las veces era fingido, quedándose totalmente insatisfechas, pero lo hacían para no perder su reputación y ser tachadas de frígidas. Luego, y como si de una venganza se tratara, comenzaron a propagar todos esos rumores sobre mí. Hasta el día de hoy no he conseguido averiguar la intención detrás de esto. No sé si es que se ponían celosas las unas de las otras o les molestaba que yo tuviera mi satisfacción y ellas no. Pero no era mi culpa, si hubieran sido sinceras, nada de esto hubiera pasado, pero no lo fueron, ninguna de ellas. Sé a ciencia cierta que tengo un pene más grande de lo habitual y esto, aunque la mayoría lo vean como algo fabuloso, acarrea muchos problemas: no puedes introducirlo por completo, necesitas, además, tener mucho autocontrol, por ello lo de estar siempre sobrio, para no pasarte y hacerles daño o provocarles incluso desgarros, no soy un salvaje. Siempre, siempre, he ido con especial cuidado, despacio y preguntando a cada paso hasta que ella me dijera que, hasta ahí, que parara. También he sido siempre muy clarito sobre lo que yo buscaba con ellas: solo quiero follar, te penetro, nos corremos y se acabó. Jamás prometí otra cosa, jamás he querido o deseado otra cosa con esas mujeres ni con ninguna otra. Procuraba hacer todo de manera que no hubiera malentendidos, pero no sé, de alguna manera, creo que sí los hubo, creyendo que eso podría derivar en otra cosa… Juro que miles de veces intenté ver en dónde había fallado, qué podía haber hecho que se hubiera podido interpretar de otro modo, pero nunca encontré las respuestas. Y como he dicho antes, al final, cuando prácticamente todo el mundo te dice que eres así, acabas creyéndotelo. Me habían tachado de ello toda mi vida. A lo mejor otros hombres pasarían de todo esto, ni siquiera les importaría, pero, por desgracia, a mí, sí, demasiado. Acabé centrándome en mí y en mi música, pero estaba jodidísimo, más de lo que mi ser podía soportar.

Fue una tarde al llegar a casa… Había sido un día de mierda, aún más que los anteriores. No lográbamos tocar ya nada en condiciones, toda esa basura que llevaba dentro había hecho que perdiera la conexión conmigo mismo y me hubiera quedado bloqueado, incapaz de componer algo que mereciera la pena. Nadie del grupo, excepto yo, sabía componer, así que imaginaros la responsabilidad que caía sobre mis hombros. Y esa fue la gota que colmó el vaso. Empecé a sentir una quemazón, como si me ardiera el corazón, sentía una opresión tan grande en el pecho que no me dejaba respirar. Me ahogaba, me estaba ahogando dentro de mí, llegando incluso a pensar que el mundo estaría mejor sin mí y yo mejor en cualquier lugar que en él. Nunca pensé en suicidarme, pero mi vida, la vida, se me hacía cada vez más insoportable. Me recosté sobre el poyete de mi ventanal, algo extraño porque, hasta ese momento, nunca lo había hecho, mirando al cielo como

buscando una señal. Se veían algunas estrellas brillar en el horizonte. La opresión en el pecho iba a más. Sin motivo alguno, así, de repente, me vino a la cabeza una canción que siempre me había causado una extraña emoción que nunca había llegado a descifrar, pero que, por algún motivo, me reconfortaba. Empecé a cantarla y me detuve en el estribillo en donde mi voz se tornó grave, muy grave, apenas podía pronunciar palabra, y esta vez mi voz no salía directa de mis cuerdas vocales, sino de lo más profundo de mi ser, de mi alma: «envíame un ángel, no puedo más, envíame un ángel, todo es muy difícil, no puedo sobrevivir por mi cuenta, estoy perdido, no sé qué hacer, sácame de esta oscuridad y llévame a su luz…». Seguí cantando, deseando desde lo más profundo de mi alma que mi canto fuera escuchado, que mi ángel me escuchara, que viniera a mí, que me amara profundamente hasta el fin de nuestros días, por toda la eternidad, tal y como yo siempre había anhelado. Tenía la completa certeza de que solo ese ángel podría sacarme con su luz de esa horrible oscuridad que mi corazón había ido albergando en el tiempo hasta sumirme en la más terrible tiniebla. Mis ojos verdes se tornaron negros y mi alma se quebró por completo cuando volví en mí y entendí que jamás sucedería tal cosa. Y como si mi corazón se negara a aceptar la realidad, llamé por última vez a mi ángel. Lo hice desde lo más profundo de mi ser, aclamándolo al mismísimo cielo, al universo, en un intento desesperado de que viniera y me salvara…

Soy Ray y esta es mi historia.

2

No sé cuándo ni cuánto tiempo me quedé dormido hasta que el sonido de mi móvil me sacó de ese dulce trance y remanso de paz en el que, con sinceridad, creí haber muerto y estar en otro plano, en el cielo. Me maldije por no haberlo apagado al llegar a casa, pero no solía recibir llamadas, de quién, la verdad, no tenía amigos, pareja, familia: tengo un padre, pero jamás me llama, nadie. Miré la pantalla y en la imagen aparecía el nombre de John. Cómo no, tenía el don de la oportunidad. Lo cogí cabreado por haberme devuelto a la puta realidad de la que hace un instante había conseguido escapar, de ese cielo del que no quería volver…

—Joder, John, ¿qué cojones quieres?

—Tú siempre tan simpático y agradable, colega. Escucha, ha llamado Brian para ver si nos apetece ir con él a un *pub* que conoce en Carson al oeste de Newbery. Lleva yendo allí ya un tiempo y dice que está muy bien, que hay muy buen ambiente.

—Va a ser que no, tío, no me encuentro bien y tengo un humor de perros. Y, bueno, ya sabes que no quiero salir a «un sitio tranquilo», esos sitios no existen.

—Qué cachondo eres, Ray, tú naciste cabreado y siempre estás de mal humor. Es tu estado natural. Vamos, que no destacas por tu simpatía, así que no te preocupes que no nos va a sorprender. Y claro que hay lugares tranquilos y con gente normal, que tú no hayas ido a ellos, no quiere decir que no existan. Confío en Brian, si él dice que está bien, entonces lo está.

—No sé, John, de verdad, no estoy de humor.

—Y dale con lo del humor, cansino…, no lo estás ni lo estarás nunca como sigas así. Venga, Ray, llevas un siglo sin salir, por eso estás amargado. Dale una oportunidad, nos vendría bien pasar tiempo juntos fuera del estudio y de la banda, simplemente, como colegas tomando algo y charlando.

—Joder, John, no vas a parar hasta de te diga que sí, ¿verdad? —Me estaba hinchando las narices.

—Cómo me conoces, guaperas, soy como un jodido grano en el culo, ¿eh? El de tu culo, ja, ja, ja.

—Puaj, qué asco, idiota. Está bien…, iré. ¿A qué hora han dicho de quedar?

—A las nueve de la noche allí. Si quieres, paso y te recojo. —Va a ser que no.

—No, tranquilo, voy en mi moto.

—No me importa recogerte, ¿por qué no quieres? Así puedes beber alcohol.

—Pues, en primer lugar, no me apetece beber alcohol, nadie mejor que tú sabes el porqué. Y, en segundo lugar, no sé el tiempo que me quedaré. Dependerá de muchos factores, por lo que, yendo en mi moto, si algo no me mola, me mosquea o ya no me apetece disfrutar de vuestra ilustre compañía, y quiero volver a casa, cojo mi moto y me voy. No te fastidio si tú quieres permanecer allí más tiempo. ¿Te das ya por enterado?

—Entendido. Pues entonces pasa tú a por mí y así yo puedo beber, que yo no tengo ningún problema. Tengo la noche libre. —«No te lo crees ni tú», pensé.

—No, sabes que no llevo a nadie conmigo en mi moto. Solo una vez a ti y como una excepción, un gran favor. Y, lumbreras, ya te he dicho que quiero ir solo para poder volverme cuando me salga de los mismísimos.

—Vale, vale. Eres raro de cojones. Perfecto, nos vemos allí a las nueve en la puerta de entrada.

—*Okey*. Hasta luego, John.

—Hasta luego, mi culito. —La madre que le trajo.

Este John es un cabronazo. «Vaya mierda, Ray», pensé para mis adentros. Pero John llevaba razón, hacía mucho que no salíamos a tomar algo los chicos y yo, solo nos reuníamos para tocar, y desde que dejé de salir por todas mis movidas no me habían propuesto de nuevo quedar a pasarlo bien juntos, ahí tengo que reconocerles que me respetaban al cien por cien. Intenté autoconvencerme diciéndome: «No va a estar tan mal, Ray, no seas aguafiestas…».

Me di una ducha rápida y pedí algo para cenar en previsión de que no servirían raciones ni nada por el estilo en un *pub*, normalmente, acompañan la copa con algo de picoteo, pero, además, porque me pongo de mala leche, sí, aún más mala leche, si tengo hambre, el estómago vacío y no hay nada para comer. Me puse una camiseta gris, unos vaqueros, botas y mi chupa de cuero negra. Esta suele ser mi forma habitual de vestimenta. Para nada currada, no soy muy original. Tampoco voy de chulo con marcas caras. Simplemente, si me gusta la prenda, me la compro, dándome igual cuánto cueste y la marca a la que pertenece. Me gusta la comodidad y así es cómo más a gusto me siento. Bajé al garaje para coger mi moto y partí para el *pub* con las señas que John me había facilitado minutos más tarde de su llamada. A las nueve en punto, me gusta la puntualidad, se podría decir que es una de mis innumerables manías o rarezas, como queráis llamarlas, estaba allí frente a la puerta donde había conseguido aparcar sin problemas, esa es la ventaja de ir en moto, claro. En la puerta estaban Brian y Matt, los más jóvenes y dicharacheros de la banda, que tocaban teclado y bajo respectivamente, a los que saludé y me uní para esperar a los otros dos miembros faltantes: John y Rave. Ellos dos eran con los que yo mejor me llevaba, sobre todo por proximidad de edad, Rave era el batería del grupo y el más mayor de todos, y por ser más tranquilos en todos los aspectos. Los minutos pasaban y seguíamos esperando como tres pasmarotes. La verdad es que no nos extrañó demasiado, ya que tanto John como Rave siempre eran impuntuales. Puntualizo, yo suelo llegar casi siempre tarde al estudio, por lo menos últimamente, ¿vale?, pero cuando quedo fuera para cualquier cosa, soy puntual. Se podía decir que eran tal para cual, por lo que deducimos que vendrían juntos. ¡Bingo! Tras diez largos y eternos minutos, o eso es lo que me pareció a mí, aparecieron los dos doblando la esquina. Habían venido en el coche de John, el cual tuvieron que dejar varias manzanas más allá del *pub* porque no encontraban ningún hueco de aparcamiento. Eso se venía venir, salir un viernes noche en coche significaba día y horas difíciles para aparcar. Esto hizo reiterarme aún más en lo orgulloso que me sentía de tener una moto: cero problemas de aparcamiento y en tener que llevar a algún listillo, como Rave, que se apuntaba siempre de copiloto (ahora que lo pienso, ni siquiera sé si tiene coche o no porque siempre le he visto acoplándose con otro). Yo que ya había llegado, como bien hemos dicho antes, de un humor de perros, tener que esperarles había hecho que se acentuara aún más. Ya podía estar bien el *pub* ese, si no, no me hacía responsable de lo que iba a hacerles a Brian, por proponerlo, y a John, por insistirme hasta decir que sí para ir allí. Se la iban a cargar con todo el equipo como me llamo Ray. Por lo general, pasaban de mí cuando estaba cabreado, eran conscientes de que era mejor dejarme en paz y no meterse conmigo. Tenía malas pulgas, aunque la verdad es que soy pacífico y siempre evitaba entrar en peleas absurdas. Por fin ya estábamos todos y, después de los pertinentes saludos, nos dispusimos a entrar. Brian precedió a la comitiva sintiéndose, por extraño que parezca, orgulloso por ese lugar que solía frecuentar y al que nos traía juntos por primera vez. El resto simplemente le seguimos.

En el *pub*.

Era un sitio recogido, no muy grande. Enfrente de la puerta se situaba la barra en forma de L, que se veía enorme en comparación con el resto de la habitación. Detrás de la barra, llamaba la atención un gran mural de madera que contenía todo tipo de botellas, copas y vasos, grandes espejos y estanterías, altavoces, un equipo de música y la caja registradora. Al lado de ella, se apreciaba una puerta, abierta, que imagino llevaría al almacén. La decoración era austera y sencilla, con luces tenues, que invitaban a la tertulia y proporcionaban a su vez un ambiente relajado y agradable en el que la gente pudiera tomarse algo de forma cómoda. A mano derecha, se disponían, en dos niveles, las mesas en varios tamaños y para los distintos grupos de personas: parejas, grupos de amigos… No eran de gran capacidad, en las más grandes entraban como mucho unas cinco personas. En la pared de la entrada, se encontraba colgada una pantalla gigante precediéndole una especie de miniescenario, en donde se podían ver unos micrófonos, imagino que para cantar karaoke. Un gran espacio entre la barra y la primera fila de mesas daba paso a una minipista de baile. La música no era de mi estilo, pero no estaba mal y el volumen era aceptable. No estaba demasiado concurrido, entiendo que, por la hora, aún sería pronto, lo que yo agradecí en demasía. Me agobiaba con facilidad, y más si la gente se aglomeraba como sardinas en lata o como cuando, cada dos por tres, te empiezan a empujar y sufres roces «indeseados». En resumen, a pesar de mi reticencia por ir y lo mucho que me fastidie darle la razón a Brian, tengo que reconocer que, sí, ese sitio me parecía bien, me gustaba, de momento. Le seguimos a una mesa situada en la pared opuesta a la barra, la última de esa zona, con lo que, a mano izquierda y de frente, no teníamos a nadie. Dejé que los demás cogieran asiento para situarme el último, al lado izquierdo, de forma que no tendría que soportar a nadie, exceptuando a John, al que tenía justo a mi derecha. Brian nos explicó que esa mesa era la que él y Matt solían escoger cuando habían venido otras veces, pero que cuando venía solo se sentaba en la barra.

Como ya he mencionado, la barra era enorme y ubicaba unas cuantas sillas, pero solo en sitios estratégicos, los lados y en la zona de L, para no taponar ni entorpecer a la gente para pedir sus bebidas ni a los camareros a la hora de servirlas. Estaba todo muy bien pensado y organizado. Nuestra mesa tenía visual perfecta de toda la barra. Tras ella, dos personas preparaban y servían las copas. Era inevitable pasar por alto a los dos. La primera era una mujer de unos cuarenta años aproximadamente, morena con el pelo corto y liso, de altura normal, ojos miel, muy maquillada, o como se suele decir, maqueada; delgada en exceso, por lo menos para mi gusto, poseía una delantera demasiado prominente en discordancia con su cuerpo, la cual enmarcaba con un top bastante provocativo dejando gran parte al descubierto, digamos que es la típica mujer a la que le gusta llamar la atención por su físico, y que conste que no tengo nada en contra de estas mujeres, pero era algo que ya había visto con demasiada frecuencia y estaba un poco cansado de ver. Para mí, ese tipo de mujeres no poseían ningún tipo de atractivo, todo en ellas era demasiado evidente sin dejar nada a la imaginación, por ello esa fue la última vez que le volví a prestar ningún tipo de atención. El barman era alto, un poco más joven que yo, diría que de mi edad, de ojos azules, rubio, delgado pero de complexión fuerte, vestido con camisa blanca muy ajustada y chaleco. Las clientas se lo rifaban y se arremolinaban frente a él para ser atendidas, y lo mismo le sucedía a su compañera, los tíos lo hacían frente a ella. En ese momento, un hombre apareció por la puerta que se encontraba detrás de la barra, era muy alto, de unos cincuenta y tantos años, pelo moreno —canoso, con bigote y perilla perfectamente recortada, de muy buen porte, ojos grises, vestido de forma cuidadosa con una camisa

gris y pantalón oscuro, se podría decir que con una elegancia intachable. Se situó al lado de la caja registradora y se encargaba de cobrar los pedidos. Según nos continuó diciendo Brian, ese hombre era Jeff, el dueño del *pub*. Y los otros dos camareros eran Alice y Bailey, que trabajaban todas las noches allí de viernes a domingo. Mi cabeza empezó a preguntarse cómo era que supiera tanto del lugar y del personal que trabajaba allí… En ese lapsus de discurso interior, ocurrió algo, una segunda figura atravesó el umbral de la puerta del almacén, era otra mujer, que no tenía nada que ver con la primera que os he descrito hace unos instantes. Para nada una mujer de «bandera» ni una mujer por la que prácticamente todos los hombres se darían la vuelta para mirarla debido a su indumentaria. Era bastante guapa, sencilla, de estatura media, yo diría que de mi edad, algo más joven quizás, ojos marrón oscuro y mirada intensa. Su pelo era liso y largo, tal vez de color rubio oscuro y llevaba flequillo. Vestía una camiseta granate ajustada en V que dejaba apreciar un precioso escote, sin enseñar demasiado, y un vaquero negro. No podía dejar de mirarla.

—Ray… ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?, tierra llamando a Ray. ¡¡¡¡RAY!!!!

Y, de nuevo, el tontaina de mi querido colega John me devolvió a la cruda realidad.

—Qué narices quieres, John –le dije matándole prácticamente con la mirada.

—Joder, te llevo llamando un rato y pensé que te había dado una parálisis o algo así porque no me contestabas. Te has quedado ahí gili total mirando fijamente a esa chica. Esa chica…, ¿no será que te mola? No es para nada tu estilo. Ni creo que tú seas el suyo.

—¿Pero de qué estás hablando? —No entendía ese inapropiado comentario.

No podía decirle lo que me acababa de pasar, no lo comprendería. Ni siquiera yo mismo lo entendía. John no era del tipo romántico y yo tampoco me consideraba de esa especie. Los demás del grupo, ni idea.

—No sé, me había quedado pensando cómo es que Brian conoce todo y a todos en este sitio. ¿Y qué es lo que quieres? —le dije intentando llevar la conversación por otro lado.

—Estamos viendo qué vamos a pedir para beber. Para ti, lo mismo de siempre: cerveza sin alcohol, ¿no?

—Si ya sabes la respuesta, y es que sí, entonces, ¿para qué me preguntas?

—Pues como te ha dado una pájara hace un instante, no sé, he pensado que igual te arriesgabas con otros tipos de bebidas o de chicas, ¿eh?

—Eres anormal o qué te pasa, John… Ya te he dicho que le estaba dando vueltas a lo que había comentado Brian. Y déjame en paz.

—Vale, vale. Tranqui, colega. Ya te dejo, ya.

Menos mal, creí que me había pillado por completo. Ahora me debatía entre un profundo dilema: quería ser yo el que fuera a la barra a pedir una ronda y así poder acercarme a ella, pero, una de dos, o me delataba por completo ante los demás en cuanto a que me molaba esa chica, ya que yo nunca iba a pedir, o seguro que, en vez de ella, que con la suerte que tengo hubiera sido lo más probable, me atendiera su compañera y no tenía ninguna gana de pasar por eso. Así que, y muy a mi pesar, me conformé con quedarme allí y ver cómo Brian y Matt se acercaban a la barra para pedir. Entré en una especie de estado de ansiedad cuando creí ver que ella le sonreía a Brian. Inoportunamente, un grupo de chicos entró por la puerta y se detuvieron justo delante de mí bloqueando y anulando por completo mi campo de visión. «Mierda», pensé. Intentaba ladear la cabeza para ver si conseguía ver algo, pero era inútil, a cada movimiento que hacía, uno de los chicos también se movía en la misma dirección impidiendo de nuevo que viera lo que estaba sucediendo detrás de ellos. Sentí alivio

cuando el grupo de muchachos comenzó por fin a moverse y se fueron hacia la zona de mesas. Pero lo que logré ver después no me sacó de dudas, puesto que los dos ya estaban recogiendo las bebidas que habían encargado y se disponían a regresar a donde estábamos. «Vaya putada», pensé para mis adentros. Y ver a Brian volver con una sonrisa de oreja a oreja y vacilando frente a Matt y el resto del grupo no hizo más que mosquearme. ¿Sería que la conocía o existía la posibilidad de que fueran amigos? Preguntas que me taladraban el cerebro. ¿Y si le preguntaba a Brian directamente? Problema número uno: yo nunca me había interesado por su vida y si lo hacía en ese preciso momento podría levantar alguna que otra sospecha en relación con esa chica. ¿Y si le preguntaba a algún otro integrante del grupo? Problema número dos: continuaría generando más sospechas, sobre todo después de que John se diera cuenta de que me había quedado hipnotizado mirándola. ¿Qué debía hacer? Sentía una necesidad imperiosa por obtener repuestas a esas preguntas… «Lo dejaré estar», pensé para mis adentros, por esta vez me conformaré con mirarla, y me recrearé observándola todo el tiempo que pueda mientras pase desapercibido. Y así lo hice.

La noche discurría tranquila, aunque ya empezaba a llegar más gente y los tres camareros no paraban de servir copas. Cada uno tenía como asignada una zona de la barra y se iban repartiendo los clientes. Casi no llegaba a ver a la mujer que me tenía sorbida la sesera por completo. Mi frustración iba en aumento con el transcurso del tiempo. Yo participaba poco, o casi nada, de las conversaciones que mantenían el resto de mis colegas. No sentía mucho interés por lo que estaban hablando, y eso cuando llegaba a enterarme de algo, puesto que la música impedía que los escuchara con claridad. Tampoco es que yo pudiera aportar mucho más a la conversación, pues no tenía ni idea de qué podía contarles, ya que en mi vida no sucedía nunca nada interesante. Me sentía fuera de lugar, no lograba relajarme y disfrutar como lo hacían los demás. Simplemente no me dejaba llevar, no sabía. Solo había un motivo por el que me obligaba a permanecer allí sentado y era «ella». De vez en cuando, y en un intervalo muy breve entre cliente y cliente, alcanzaba a vislumbrar su rostro; estaba concentrada en lo que hacía. «Iluso», me decía a mí mismo, pero si ni siquiera sabe que existes, no te ha mirado ni una sola vez, todo lo contrario que su compañera que no apartaba su mirada de mí, haciéndome ojitos. Y como si el destino o alguien divino hubiera leído mi mente y se lo hubiera susurrado al oído, de repente, y sin venir a cuento, ella levantó la vista y me miró. Nuestras miradas se cruzaron un instante. Esbozó una ligera sonrisa y comenzó a sonrojarse. Noté como se ponía nerviosa por la rigidez de sus facciones. Su cara era un libro abierto y la expresión de su rostro así lo reflejaba. No sé cómo, pero se había percatado, al fin, de mi presencia. La tentación de levantarme para acercarme a la barra y presentarme fue grande, pero no duró mucho. Debió sentirse intimidada por la situación, ya que, en un abrir y cerrar de ojos, apartó la mirada de mí. Me quedé algo desconcertado, quería pensar que lo había hecho porque era tremendamente tímida. Pude comprobar con alivio que esa había sido la verdadera razón y tuve la certeza de que esa timidez no era solo para conmigo, ya que le ocurrió lo mismo cuando unos clientes, a la hora de pedir sus bebidas, intentaron tontear y ligar con ella. Me llevaron los demonios y volví a sentir la tentación de levantarme, pero esta vez para mandarlos a paseo y que la dejaran en paz. ¿Cómo se atrevían? Ella no les había provocado en absoluto. Pero no puedo culparles, su sonrisa y su mirada eran cautivadoras, aunque ni siquiera fuera consciente ni se diera cuenta de ello. Su compañera, sin embargo, sí que se percataba de todo y se reía entre dientes por el empanamiento de su compañera. Quizás fue la que le dijo que yo no paraba de mirarla… Y de nuevo una voz que me sacaba de mi propio mundo:

—¿Quieres otra cerveza, Ray? —me preguntó John.

—La verdad es que no. Os invito a esta ronda, pero yo me voy a casa. Estoy cansado, esto se está llenando cada vez más y ya no me mola.

—¿Lo dices en serio?, pero si acabamos de llegar. Aguanta un poco, tío, venga. Este sitio no está nada mal. Y creo que las vistas tampoco lo están, ¿no? —Me había calado, pero bien.

—No, la verdad que el sitio no está nada mal. Y en lo referente a las vistas, no sé a qué te refieres, bueno, tampoco es que sean de lo más emocionantes.

—¡Vamos, Ray, te ha dado no sé qué mirando a esa camarera que tienes justo enfrente de ti! Sé lo que vi hace un rato, no nací ayer. No te había visto mirar a nadie así. Mira, si no quieres darme la razón, no me la des, pero sé que te pasa algo y es con respecto a ella y nada de lo que digas va a hacer que crea lo contrario. Tranquilo, no se lo voy a contar a los demás si es eso lo que te preocupa. —Pues sí, era evidente que me había calado y bien.

—Pero mira que llegas a ser testarudo, colega. Cree lo que te dé la gana, ya sé que, diga lo que diga, no me vas a hacer caso. Yo me voy a casa.

Saqué dinero y lo dejé encima de la mesa para invitarles a las siguientes rondas. Todos me miraron estupefactos al ver que me levantaba para irme. Intentaron convencerme de que me quedara, no entendían nada. Ni yo lo entendía; la única razón por la que me habría quedado estaba desempeñando su trabajo y no me prestaba atención alguna, bien por el volumen de trabajo que tenían o porque yo no le interesaba en absoluto. Estaba ahí plantado como un pasmarote pretendiendo que ella me volviera a mirar. Era absurdo que una chica como ella, tan tímida como había demostrado ser, tomara la iniciativa para conocernos. En circunstancias normales, me hubiera acercado a ella para ligármela, pero un miedo inexplicable a que me rechazara impedía que actuara de ningún modo. Menos aún con todos mis colegas allí mirando, teniendo que dar explicaciones… No podía, no era el momento. Me puse la chaqueta, me despedí de mis compañeros y me dirigí a la puerta. Al pasar por su lado, busqué de nuevo su mirada entre la montonera de gente que se abalanzaba sobre la barra para pedir. Estaba muy ocupada atendiendo y sirviendo bebidas. Fue en el último instante, cuando ya lo había dejado casi por imposible, que volvió a alzar la mirada, como si de alguna manera fuera consciente de que me iba. Me miró fijamente con un ápice de tristeza en los ojos, como excusándose por no poder prestarme más atención, o eso es lo que yo quise pensar. Esbozó una sonrisa y sus labios se movieron para decirme: «Adiós». Os juro que ni siquiera pensé lo que hice después, me salió de repente, sin planear: me acerqué como pude al borde de la barra, le sonreí también y de mi boca, que pareciera tener vida propia, salieron las siguientes palabras: «Volveré otro día». Dudé por un instante de que me hubiera entendido, pero ella asintió con la cabeza y me respondió con voz tímida y temblorosa: «Eso espero». Volvió a sonrojarse en cuestión de segundos, tras los cuales, y de mala gana, pude comprobar que su mirada ya no estaba puesta en mí. Fui apartado de forma brusca de la barra por la muchedumbre de tipos que querían beber. Me di media vuelta y me fui con una extraña sensación en el cuerpo. Era un tanto agridulce: emocionado y decepcionado al mismo tiempo. Me había hecho caso, pero, en un abrir y cerrar de ojos, ya no existía para ella. No sabía qué pensar de todo esto. Me parecía una auténtica locura. Yo haciendo tonterías para llamar la atención de una mujer, ¿pero qué narices estaba haciendo? Llegué a casa y lo único que quería era dormir, desconectar, no pensar. Estaba pasando por algo que no controlaba y eso me producía mucha ansiedad y frustración. Cerré los ojos con la esperanza de dormirme pronto.

Su recuerdo, el cual pensé que me iba a mantener despierto toda la noche, actuó de bálsamo tranquilizador y pude conciliar el sueño con facilidad.

3

El fin de semana se pasó tranquilo, sin hacer nada especial, solo dormir, comer, tocar algo en mi estudio, de nuevo comer, dormir. Era como si me hubieran dado una paliza. No podía ni con mi cuerpo ni con mi cabeza. Esta última se entretenía torturándome con su recuerdo. Hasta llegar al punto de no distinguir si todo aquello había sido parte de un sueño o había sucedido realmente.

Al llegar el lunes, tuve la respuesta. John me hizo ver que fue real, pues, desde entonces, todos los días sacaba el tema por lo sucedido el viernes. Cada vez que nos quedábamos solos, venía a incordiarme diciéndome que si estaba pillado por esa chica, que me notaba diferente, que tenía mi mente en otro lado… Hacía todo tipo de insinuaciones, todas aquellas que se le pasaban en ese momento por la cabeza (del todo ciertas, por supuesto) pero yo... yo no podía decirle la verdad. Cómo podía explicarle que tan solo la había visto una vez y, desde entonces, no había dejado de pensar en ella.

El transcurso de la semana fue, para no variar, poco fructífero. Ahora, además, porque mi mente estaba ocupada en imaginar todo tipo de fantasías con una mujer con la que ni siquiera había intercambiado más que dos palabras. Creí por momentos que me estaba volviendo loco. Tremendamente loco. Llegó de nuevo el viernes por la mañana y los chicos volvieron a proponer ir a tomar una copa al *pub*. John me miró y esbozó una sonrisa perversa. Qué decir que estaba como loco por volver a verla, era lo único que me mantenía a flote, pero no tenía ganas de que ese viernes transcurriera como el anterior. Sin ton ni son, sin poder acercarme a ella, conformándome con solo verla y teniendo que ocultar todos esos sentimientos que me provocaba por miedo a que el resto de la banda se diera cuenta. En John confiaba, pues, aunque había sido muy porculero conmigo todos los días desde entonces, estaba seguro de que no hablaría del tema a nadie y, sobre todo, me respetaría. John aparentaba ser un tío sin sentimientos, despreocupado y pasota de la vida, pero, en realidad, esa era una fachada, como la mía y, me atrevería a decir, la de mucha gente. Siempre fue incondicional conmigo, siempre estuvo a mi lado, era el único en el que yo confiaba. Dije que no y esta vez no iba a dejar que nadie me convenciera. La próxima vez que fuese lo haría sin espectadores, para poder actuar a mi manera y no tener que dar explicaciones.

«Ray, ¿de verdad que no quieres venir con nosotros?», me preguntó John en un momento en el que se percató de que nadie nos oía. Le contesté que no y, para mi sorpresa, no hizo el ademán de insistir. Al resto de chicos no pareció importarles para nada el hecho de que yo dijera que no, puesto que siguieron haciendo planes sin preguntar. La verdad es que no se lo podía reprochar teniendo en cuenta cómo me había comportado el viernes anterior, ya que me había rajado a la primera de cambio. Me disponía a salir por la puerta y John salió corriendo tras de mí. Algo le habían preguntado a lo que yo solo pude oír: «No». Me quedé mirándole intrigado. Al parecer, también había dicho que no se apuntaba a salir esta noche. Me miró y, adivinando lo que mi cabeza se preguntaba en ese mismo instante, me dijo: «Hablamos cuando llegues a casa y no nos escuche nadie». Le contesté que vale y asentí. Cogí la moto y me fui a casa. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas pensando en qué sería lo que John quería contarme a solas para que los demás no se

enterasen. No veía la hora de que me llamara. La paciencia no ha sido nunca una de mis virtudes, por lo que os podéis imaginar mi estado de enojo y cabreo al estar ya en casa y ver que el tiempo pasaba, pero John no daba señales de vida. Pensé en llamarle yo, pero mi puto ego, que me ha jugado más de una mala pasada, hizo que me convenciera de que, si él no me llamaba, no veía por qué tenía que hacerlo yo, al fin y al cabo, era él quien había insistido en llamarme y hablar conmigo a solas. Qué diálogo más absurdo me estaba procesando a mí mismo. ¿Os dais cuenta de que no necesitamos a nadie para sabotearnos? Nosotros mismos nos bastamos y sobramos para ello. Somos los peores críticos y jueces que nos podamos encontrar. Decidí pedir algo de cenar y pagar mi mal humor con la comida, con el estómago lleno vería todo de otra manera, pensé. Me dispuse a llamar a la pizzería de la esquina de la cual era cliente habitual. Pero mientras estaba realizando mi pedido, ¿qué creéis que ocurrió? Sí, un pitido empezó a resonar en segundo plano una y otra vez, era una llamada entrante de John; cómo no, él y su jodido don de la oportunidad. No podía ser cierto, después de haber estado esperando un buen rato a que me llamara, tenía que elegir el momento preciso en el que yo realizara la mía para pedir algo para cenar. Me apresuré para finalizar el pedido y, cuando colgué, ¡sorpresa!, la llamada en espera también desapareció. Era coña, ¿no?, ¿en serio estaba pasando esto? Me cagué en John, en la madre que lo parió (con todos mis respetos) y en su puñetero don. Echando chispas y con afán de transmitirle por teléfono todo ese estado de supercabreo que me había provocado, le devolví la llamada. Por suerte para él, me lo cogió al instante:

—Ray, colega, ¿qué pasa? Te acabo de llamar, pero no me lo has cogido. —Menos mal que no lo tenía enfrente…

—Mira, John, llevo ya un buen rato esperando tu llamada, cagándome en ti por ello y por dejarme con la incertidumbre de averiguar qué es lo que necesitas decirme a solas para que los demás no se enteren. Y al ver que no lo hacías, he decidido llamar para pedir algo de cenar, ¿y qué haces tú? Elegir ese preciso momento para llamarme. Y ahora vas y me dices que qué me pasa. Deja de vacilarme y dime de qué narices querías hablarme. —Mi cabreo era latente.

—Wow, wow, wow, no te pongas así. Encima que es para proponerte algo muy bueno para ti, vas y me montas este pollo. Me he retrasado porque, de camino a casa, me ha llamado Jenni y me ha encargado coger unas cosas del súper y no he tenido más remedio que parar a comprarlas. Por eso he llegado más tarde y he tardado en llamarte. En fin, quería proponerte lo siguiente: ¿qué te parece si mañana, tú y yo, vamos al *pub* a tomarnos algo?

—¿Solo eso? ¿Eso era todo el misterio? —No podía ser verdad.

—Pues sí. Te dije que te lo diría cuando estuviéramos a solas, ya que les he dicho a los chicos que no iría con ellos esta noche.

—¿Y se puede saber por qué no sales con ellos esta noche, pero me preguntas si quiero que vayamos mañana tú y yo solos? —Andaba totalmente perdido.

—Madre mía, Ray, ¿es que tengo que explicártelo todo?, ¿la parálisis cerebral del otro día no te deja pensar con claridad? Mira, a ti te pasa algo, estás cambiado desde la noche del pasado viernes y apostaría lo que fuera que es por esa camarera, aquella a la que no le quitaste ojo en todo el rato que estuviste. Sí, me di cuenta, aunque no lo pareciera. Y si no quieres decirme lo que te sucede, está bien, no tienes por qué hacerlo. Pero he notado algo diferente en ti, tengo un gran presentimiento al respecto, Ray. Por eso les he dicho hoy que no, para ir mañana juntos, tú y yo.

Estaba totalmente descuadrado por las palabras de John. No sabía qué pensar, ¿darle la razón y descubrirme? Al fin y al cabo, sus intenciones eran buenas. Intentaba ayudarme y, sí, se lo agradecía de corazón, aunque no supiera demostrárselo:

—Por una vez, y que no sirva de precedente…, llevas razón. No sé qué me ha dado con esa chica. No dejo de pensar en ella. Me he intentado autoconvencer en repetidas ocasiones de que todo ha sido producto de mi imaginación. Creo que estoy perdiendo la cabeza, John.

—Ahora el que está alucinando soy yo: ¡Ray Stevens me está dando la razón! ¡Toma ya! Y, no, no ha sido producto de tu imaginación ni estás perdiendo la cabeza.

—John…—No deberías de abusar tanto colega.

—Fuera de coña, Ray, en verdad creo que te ha dado un flechazo y la única forma de que puedas hablar con ella y salir de dudas es yendo los dos solos mañana. Te prometo que no le voy a contar nada a nadie. Sé que esto es importante para ti.

—Tienes razón, quedamos mañana entonces. Oye, ¿no tendrás problemas con Jenni? Ya sabes que no le mola nada que salgas con nosotros.

—Claro que no, ya se lo he preguntado. En ti confía, no sé por qué, pero es así. El mosqueo le viene cuando salimos todos juntos.

—Espera, no habrás sido capaz de comentarle que me gusta la camarera de un *pub* para que te deje en paz y no te dé la tabarra, ¿eh?

—Joder y dale que te pego, Ray, ¡que no! No le he dicho nada. Solo que me apetecía pasar un rato contigo, como en los viejos tiempos. ¿Todo aclarado entonces?

—Sí, todo aclarado. ¿Quedamos de nuevo a las nueve? La hora me pareció perfecta, aún no había mucha gente.

—Genial. Me da miedo preguntar, pero… ¿paso a por ti?

—Idiota, qué miedo ni que ocho cuartos. Venga, vale, ya que vamos a ir solo los dos es absurdo que lo hagamos por separado.

—Uy, creo que esa parálisis está haciendo verdaderos estragos, ja, ja, ja. A las nueve menos diez estoy en tu puerta. Buenas noches, majete.

—Buenas noches, simpático. Eh…, John. —Necesitaba decirle algo.

—Dime, Ray.

—Gracias. De verdad, eres un buen amigo. —Le apreciaba y mucho.

—De nada. Que no se te suba a la cabeza. Que descanses.

—Igualmente, anda. —Y dimos la llamada por terminada.

Miré a través del ventanal absorto en mis pensamientos, repasando y reproduciendo mentalmente, repetidas veces, la conversación que acababa de tener con John. ¿De verdad todo esto significaba algo?, ¿había sentido un flechazo? Si ni siquiera sé qué es eso, me repetía una y otra vez hasta que el timbre de mi portero me arrancó ferozmente de esos pensamientos. Corrí a abrir y enviar el ascensor para que el repartidor pudiera entregarme lo que había encargado para cenar. Era el mismo de siempre, por lo que fue dejármelo todo encima de la mesa, cobrar e irse. Todo muy rápido, como a mí me gusta. Fui al salón y cené viendo la tele como cada noche. Tengo cierta predilección por las pelis de miedo, es mi temática favorita, así que hoy me comería la *pizza* viendo una de ese género. No puedo describiros la paz y la tranquilidad de ese momento. Hasta que, de repente y de la nada, mi cabeza se centró en un solo pensamiento: «¿Qué estará haciendo ella ahora?» Esa es la pregunta que mi mente empezó a reproducir como un mantra. Intentaba por todos los medios centrarme de

nuevo en mi exquisita *pizza* y la peli, pero, a los pocos minutos, otra vez la misma pregunta. A esa se sumó la siguiente: «¿Pensará en mí como yo estoy pensando en ella? Seguro que no, estará ocupada sirviendo copas, no tendrá tiempo, me repetía insistentemente intentando justificar el hecho de que ni siquiera se le habría pasado por la cabeza. Y como si no me estuviera castigando suficiente, imágenes de tíos baboseándola e intentando acercarse para ligar con ella terminaron de fastidiarme la cena. Y como broche final: los chicos irían esta noche a tomar algo, la iban a ver, Brian presumiría ante ella. ¿Y por qué ese presumir? Sigo sin saber por qué y esa idea me alteraba hasta niveles insospechados. No sé qué me estaba pasando, pero tenía que centrarme, o eso, o encontrar la manera de hablar con ella para así poder acallar mi mente (qué ingenuo por mi parte, esto no había hecho más que comenzar…). Un Ray totalmente desconocido se mostraba ante mí, un Ray que ni siquiera sabía que existía ni que llevaba dentro, un Ray que nunca iría tras una mujer y, sin embargo, movería el mundo entero por tan solo cruzar unas simples palabras con ella. ¿Sabría o tendría una mínima idea de lo que estaba provocando en mí? Exhausto y agotado mentalmente me dije: deja de soñar despierto, es solo eso, es solo un sueño. Como pude terminé de cenar y me tumbé en el sofá para estar más cómodo. Debí de quedarme dormido sin darme cuenta porque no recuerdo nada de la película que estaba viendo ni tampoco del tiempo que había transcurrido, hasta que me desperté llamado por la imperiosa necesidad de ir a mear. En circunstancias normales, me habría ido a la cama a dormir (siempre he dormido solo y la mar de a gusto entre mis cálidas y confortables sábanas, mi otro remanso de paz), pero cuando salí del baño y me aproximé a ella, un escalofrío me recorrió el cuerpo entero, me pareció fría, solitaria, no me incitaba para nada al descanso ni a pasar una agradable noche. Cogí una manta para echarme por encima; no soy friolero, más bien de sangre caliente, pero dormir en el sofá pedía manta, era algo que me resultaba muy placentero. Una vez ya echado, no tardé en volver a quedarme dormido, lo agradecí.

A la mañana siguiente, me despertaron los rayos de sol del nuevo día, los cuales entraban por mi gran ventanal y me acariciaban suavemente el rostro. Miré el reloj, eran cerca de las diez de la mañana. No recordaba con exactitud lo que había soñado, pero debió de ser una pesadilla, pues me desperté revuelto, notaba mi cuerpo entumecido, tensionado, descompuesto. Vagas imágenes surcaban mi mente en un intento de entender por qué me había levantado así. Entonces recordé algo: la imagen de una mujer con la que me había relacionado anteriormente me vino de repente a la mente, estábamos en la discoteca follando, yo le hacía daño, la maltrataba, me decía que parase, pero la ignoraba; después de esa, vino otra imagen, la que más me dolió y la causante de mi estado anímico: era ella, la chica del *pub*, me miraba con ojos de desaprobación, se le caían las lágrimas, su voz, angustiosa, me decía que era un hijo de perra, que no me atreviera a acercarme a ella, que solo mi presencia le repulsaba, que ahora entendía que todo aquello que había oído de mí era absolutamente cierto. Estaba devastado, podía aceptar que todos creyeran eso de mí, pero de ella no, ¡por favor, de ella no! Ese no era yo, es imposible que ese fuera yo. Un nudo en la garganta acalló un grito que estaba a punto de salir por mi boca. Justo, y en el momento idóneo, recibí una llamada de John, de ello el decir que tiene el don de la oportunidad, para bien o para mal.

—Buenos días, Ray. ¿Qué tal?, ¿cómo hemos despertado?, ¿preparado para esta noche?

—Buenos días, John—le dije de forma seca y en un tono casi imperceptible.

—Oye, ¿te pasa algo? Te noto muy raro.

—No he dormido demasiado bien, he tenido pesadillas.

—¿Pesadillas?, ¿del tipo que solías tener con esas jodidas tías haciéndote creer que eras un hombre asqueroso y detestable? Creí que ya no las tenías.

—Y hacía tiempo que no las tenía, hasta ayer. No sé, empecé a rayarme y creo que eso las ha devuelto a mi mente. —Eso es lo que verdaderamente pensaba.

—Vamos a ver, ¿por qué te rayaste ayer? —me preguntó como no entendiendo el motivo.

—Estaba tan tranquilo cenando y mi mente empezó a preguntarse qué estaría haciendo la chica del *pub*, si pensaría en mí, esas cosas…

—Así que le estás dando vueltas a la cabeza, joder, Ray, estás pillado por ella. Lo que no entiendo es por qué te ha hecho soñar con lo otro. Tendrás que explicármelo con pelos y señales porque ya sabes que yo de tías no estoy muy ducho.

—Creo que ha sido porque, de alguna manera, tengo miedo de lo que pueda pensar de mí —pensé que con esta respuesta se quedaría satisfecho, pero no fue así.

—¿Miedo? Ahora sí que me dejas perplejo.

—Joder…, está bien, te lo contaré. He soñado que estaba follando con una de aquellas mujeres en la disco y que le hacía todo aquello que decían que les hacía, aunque no fuera verdad. Y, entonces, la veía a ella, estaba delante, me miraba con asco y con repugnancia, me decía que no me acercara, que jamás volviera a hablarle, ni siquiera mirarla, que ahora tenía la certeza de que era un auténtico hijo de puta y de que todos los rumores eran ciertos. —Solo pensar nuevamente en la pesadilla me producía escalofríos.

—Ray, tío, te dejaron muy jodido y hace que aún pienses eso, pero no fue así. Tú no eres así y lo sabes. —Siempre el bueno de John viéndolo de una forma simple.

—¿De verdad lo sé, John? —seguía haciéndome esa pregunta a menudo.

—Claro que sí. Vamos, te conozco desde hace mucho tiempo y sé que serías incapaz de hacerle daño a una mosca.

—Pero ¿y si…? —no quería ni mencionarlo.

—¿Y si…? Venga, suéltalo ya, Ray. —Creo que ahora era él que se impacientaba.

—¿Y si esa chica, la del *pub*, la que me está volviendo loco por minutos, piensa eso de mí? ¿Y si intento acercarme a ella y me rechaza, pero no directamente por mí, sino por los rumores que circulan por ahí de cómo trato o he tratado a las mujeres?

—¿Pero por qué te importa tanto su opinión?, ¿qué más te da? Si piensa eso, pues que le den, como a las otras. Oye, entiendo que te haya dado un flas por ella, pero no te rayes así, ¿vale? No adelantemos acontecimientos, ya lo comprobarás esta noche, por eso vamos allí. Y lo que tenga que pasar, pasará. Así es como funciona esto, Ray.

—No sé por qué me importa, John, realmente me ha dado igual lo que las tías pensaran de mí, pero el hecho de que ella sí lo haga, me angustia, y sé que no tiene lógica alguna, pues ni tan siquiera nos conocemos… Nunca había sentido un malestar de este tipo. En fin, será como tú dices —le dije intentando autoconvencerme.

—Ya verás como sí, dale un voto de confianza y a ti también. Te dejo. Luego voy a recogerte. Si quieres venir a comer a casa para no estar solo, a Jenni seguro que no le importa.

—Muchas gracias, John, sé que lo dices de corazón, pero no creo que sea una visita muy agradable y vosotros os merecéis algo mejor. Estaré bien, tranquilo, se me pasará en cuanto desayune y me dé una buena ducha.

—Está bien, lo que prefieras, colega. Sí, date una buena ducha y dale un capricho a ese pedazo miembro que tienes para liberar tensiones, que es lo que creo que te hace falta. No follas y así te pasa. Era más bruto que un arado.

—La madre que te parió, anda, eso es lo que deberías hacer tú que sí que tienes con quién. Gracias de nuevo, eres un gran amigo.

—Uf, Jenni está de nones, así que me va a tocar lo que a ti, ducha y meneo propio, ja, ja, ja. De nada, tú también has estado ahí para mí, así son los amigos. Hasta esta noche.

—Hasta esta noche, John.

Tan pronto desayuné, me metí en la ducha. El agua estaba a una temperatura muy agradable, calentita, era un placer sentir cómo las gotas caían e iban recorriendo todo mi cuerpo. Intenté no hacer caso al comentario de John de, bueno, darme un capricho, pero sin ton ni son mi mente empezó a fantasear con ella. Comencé a imaginarnos a los dos bajo el agua, desnudos, nuestras bocas fundidas en un intenso beso, nuestros cuerpos, mojados, rozándose uno contra el otro, sintiendo su pecho contra el mío, las manos recorriendo respectivamente nuestros desnudos cuerpos, tocándonos por todas partes, excitándonos, gimiendo ambos de placer… Y, de repente, fui consciente de que era yo el que estaba gimiendo de placer, me estaba masturbando como nunca lo había hecho. Mi mano se deslizaba por mi erecto pene de arriba abajo, suave e insistentemente, sintiendo un placer que no había sido capaz de alcanzar hasta ese momento, pensando en ella, en nosotros, en la forma en la que hacíamos el amor… Hasta que una oleada de intensos espasmos me llevó a correrme y a alcanzar un intenso orgasmo. Jadeante, volví en mí, solté mi pene y terminé de ducharme. Me sentí liberado, aliviado, pero mi mente decidiría volver a jugarme una mala pasada, pues me hizo sentir avergonzado de haberla utilizado como fantasía para hacerme, como se dice vulgarmente, una paja. No era eso para lo que yo la quería, de verdad que no. Consternado por lo que había ocurrido, salí de la ducha y me puse el chándal para ir a dar un paseo. Necesitaba despejarme un poco, que me diera el aire o, si no, iba a explotar.

Hacía un cálido y soleado día. La zona donde yo vivía era muy tranquila, no veías apenas a gente. Empecé a correr. Hacía tiempo que no lo hacía y la verdad me vino fenomenal. Me costó un poco, ya que no estaba muy en forma. Fue liberador para mi cuerpo, pero aún más para mi mente, por fin había conseguido apaciguarla, que no pensara, que me dejara en paz por un rato. Fui por el paseo hasta el muelle y luego regresé por el mismo camino. Cuando estaba a punto de regresar a casa, decidí ir a un restaurante chino, ubicado dos calles más allá, el cual solía frecuentar cuando quería comer fuera. Era un local muy pequeño, con solo unas pocas mesas. Por dentro se veía antiguo y algo descuidado, aunque no les importaba demasiado, ya que casi todas las comidas que preparaban eran de encargo para recoger o servicio a domicilio. Para mí todo eran ventajas, me pillaba al lado de casa, el lugar era muy tranquilo, la comida estaba riquísima y el precio comedido. Los dueños eran amables y, una vez te servían lo pedido, te dejaban comer sin entrometerse cada dos por tres para ver qué tal estaba todo. Me pedí el menú especial, puesto que tenía mucho tiempo y, sobre todo, hambre después de haber estado corriendo. Ese rato, aparte de la comida, claro está, lo disfruté muchísimo. Disfrutando de la exquisita gastronomía china, las palabras de John resonaron de la nada por mi cabeza: «Dale un voto de confianza y a ti también». Estaba en lo cierto, todo eran suposiciones mías, no conseguiría nada machacándome de esa manera. Resultaron un alivio para mí e hizo que, por el momento, no volviera a pensar más en ello. Al finalizar la comida, me sirvieron licor chino (algo tradicional en estos restaurantes) y me ofrecieron una galleta de la fortuna. No suelo

comerlas, pues no me hacen mucha gracia, pero el dueño Chang-Li, y sin saber muy bien por qué, insistió, removiéndolas un poco, en que fuera yo quien la escogiera. Le hice caso y saqué una de entre las miles que se hallaban dentro del cestillo. Lo primero que pensé es que a saber cuánto tiempo llevarían ahí las dichosas galletitas, seguro que estarían rancias, y lo segundo, qué chorrada pondría en la tira de papel que venía dentro. No creo para nada en esas gilipolleces, pero, en fin, por esta vez, haría el paripé. La partí por la mitad y, efectivamente, allí estaba. La retiré con cuidado y le di un bocado a una de las mitades de la galleta que, para mi sorpresa, sabía bien, casi como recién hecha. Ahora tocaba pegarme la risa padre, estaba intrigadísimo de lo que me iba a deparar la buena fortuna. Tiré del papel y empecé a leer algo que me dejó atónito: «Tu llamada ha sido escuchada y pronto tu ángel llegará a tu vida». Os juro por mi vida que cada palabra estaba tal cual escrita, que no me he inventado nada. Imaginaros y poneros en mi lugar por tan solo un instante… Se me había helado hasta la sangre: ¿cómo era posible?, ¿qué broma de mal gusto era esta? Pero qué coño digo, qué broma ni qué leches, aquella noche estaba solo en casa, no se lo había contado a nadie, ni siquiera a John. ¿Qué era todo esto? Con cierto nerviosismo y hecho un lío, levanté la mirada y pude ver cómo Chang, el dueño, que me observaba sin siquiera parpadear, asentía ligeramente con la cabeza y esbozaba una gran sonrisa. No supe qué hacer ni qué decir, me quedé estupefacto. Bueno, tampoco hubiera resultado sencillo explicarle lo sucedido de mi súplica a mi ángel y el dichoso texto de la galleta de la fortuna. Estaba en *shock*. Cogí aquel trozo de papel, me levanté y me acerqué a la caja a pagar. Cuando ya me encontraba a punto de salir por la puerta, una voz me susurró: «Escucha a tu corazón, es lo que siempre has anhelado, tu deseo te ha sido concedido». Me volteé lo más rápido posible, pero ni a mi lado ni detrás del mostrador había ya nadie. Solo se oían voces provenientes de la cocina. Salí de allí en dirección a mi casa como alma que lleva el diablo. Estaba confuso, tanto que empecé a creer de verdad que había perdido la chaveta. Tuve la tentación de llamar a John, pero cómo explicarle lo sucedido sin que pensara, como lo hacía yo, que estaba para que me ingresaran en el manicomio. Una vez en casa, me tiré en el sofá cayendo en un sueño profundo tal vez provocado por la cantidad de comida que había ingerido, el suceso paranormal con la galleta de la fortuna o quizás por ambos. Menos mal que no llegué a soñar con nada, o no lo recuerdo, y mejor así.

4

Sobresaltado me desperté. No tenía ni idea de la hora que era, pero ya tenía que ser tarde porque fuera estaba anocheciendo. Busqué mi móvil para comprobar la hora maldiciéndome a mí mismo porque no fuera ya muy tarde. Eran algo más de las ocho, aún tenía tiempo para darme una ducha rápida, solo ducha, vestirme y esperar a que John pasara a buscarme. Me encontraba descansado y, por extraño que parezca, de buen talante y emocionado por lo que podría acontecer esta noche. Deciros que me parecía a un auténtico adolescente que se disponía a salir de ligue, y eso sería quedarme corto, porque estaba de los nervios, ni siquiera sabía qué ponerme, yo, que suelo coger lo primero y ya está. Esto se me estaba yendo de las manos, ahora sí que sí. Al final, y ya en el último minuto, conseguí ponerme algo en condiciones: una camiseta negra, pantalón vaquero, botas y mi chupa, tampoco os penséis. Me peiné, algo de perfume y listo. Eran ya las nueve y John aún no había aparecido. Empecé a ponerme más nervioso, no entiendo cómo se le ocurría tardar sabiendo cómo era yo y mi manía con la puntualidad. Y cuando me disponía a llamarle, el timbre del portero sonó. Era John diciéndome que ya estaba aquí. Le contesté que ya bajaba, cogí mis llaves y mi cartera y salí por la puerta. Me subí al coche y partimos dirección oeste hacia Carson mientras le regañaba por su impuntualidad:

—Podías ser un poco puntual de vez en cuando, ¿sabes? Eso no te va a matar —le dije algo molesto.

—A ti sí que no te va a matar el que te relajes un poco y vivas la vida con un pelín menos de estrés. La noche es joven y promete…

—Quizás tengas razón, pero es que llevo un día… de locos. —Si el supiera…

—Pues nada, hermano, a partir de ahora nos lo tomamos con tranquilidad y hacemos lo que nos entre en gana. —«Eso es lo que te gustaría a ti», pensé.

—No pongas tantas expectativas, puede ser que en un par de horas ya nos hayamos hartado —y no lo decía para nada en broma.

—Ah, no, guaperas, he conseguido que Jenni no me ponga pegas para salir y tampoco con la hora de llegada y… pienso aprovecharlo. —Ahora sí que tenía curiosidad.

—¿Y cómo te las has ingeniado? Me sorprende y mucho —Algo no me cuadraba.

—Nada, le he dicho que no estabas bien… —¿Que le había dicho el qué?

—¿No le habrás contado lo de la chica del *pub*? —Espero que no.

—Hum…, no…, bueno…, algo…, un poquito tal vez.

—¡Maldita sea, John, no habrás sido capaz, me lo prometiste! —No podía creerlo. Ya le había avisado de que no le dijera nada.

—Joder, no, solo le he comentado que habías visto a una chica y que te había hecho tilín y, bueno, que te estaba ayudando a que la conocieras. —No sé qué le hago.

—Joder, John, ¿le has contado solo un poco?, si se lo has dicho todo. Solo te ha faltado el dónde, cómo y cuándo.

—No, ¿ves? Eso no se lo he dicho. —Menos mal.

—Algo es algo. —Estaba enfadado.

—Ya, bueno, lo ha deducido ella solita, ya que sabía lo del viernes pasado…, a dónde íbamos…, pero yo no se lo he confirmado, que quede claro.

—Yo te mato, John. Te pedí que fueras discreto. —No sé qué no entendía de ser discreto.

—Y lo he sido, solo lo sabe Jenni. De verdad.

—¿Y después de esto pretendes que te crea? —No estaba por la labor.

—Sí, créeme, solo lo sabe ella y no le he dicho exactamente cómo ha sucedido. Y ya sabes que Jenni no habla con nadie ni tiene amigas, por lo que caso cerrado.

—Me parece que todo esto no ha sido una buena idea, deberías dar la vuelta y dejarme de nuevo en casa. —Me estaba agobiando por momentos.

—No jodas, Ray. Lo siento de verdad, venga, va a ser una gran noche. —Seguía dudando, pero en mi interior sentía que tenía que ir.

—… Está bien.

Casi sin mediar ni una palabra más, ya que yo estaba algo molesto y John sabía que no debía tentar más a la suerte, nos dirigimos al *pub*. Tuvimos que dar varias vueltas para poder aparcar. La zona estaba atestada de coches. Y, por fin, después de más de una eternidad, consiguió un aparcamiento y, por suerte, bastante cerca del *pub*. Justo al llegar a la puerta, John se detuvo:

—Ray, oye, antes de que entremos, creo que deberías relajarte y pasar de buen talante. Si pasas malhumorado, no sé…, me da la sensación de que entonces nada de esto va a salir bien. —En parte tenía razón.

—¿Y de quién es la culpa de que esté así? Hasta hace un rato, estaba entusiasmado.

—Lo sé, no volverá a pasar. Luego te dejo que me pegues si quieres, pero ahora hagamos las paces y disfrutemos de este momento. —Respiré hondo.

—Sí, esto es lo que llevo deseando hacer y no quiero fastidiarla antes de tiempo. Y quizás te tome la palabra y luego te dé una buena tunda.

No me duró mucho, aquel mosqueo desapareció rápidamente volviendo a encontrarme como un jovenzuelo en su gran noche. Entusiasmado, nos dispusimos a entrar.

El *pub* estaba más lleno que el viernes pasado. Por suerte, la mesa del otro día estaba libre. Nos apresuramos a sentarnos. Mientras caminábamos hacia allí, fui mirando de reojo a la barra. Una sensación de vacío me recorrió todo el cuerpo al ver que solo estaba el camarero guaperas de la otra vez atendiendo a los clientes, los cuales se arremolinaban en la barra a la espera de ser atendidos. No había rastro de la chica por la cual me encontraba allí. Ni de ella ni de nadie más. Miré a John algo desconcertado. Ya era mala suerte la mía. Por eso no me gustaba planear nada porque, de algún modo, todo se iba al garete. John, que parecía estar pensando lo mismo que yo, dijo de esperar un poco a que se despejara la barra para ir a pedir algo de beber. En nuestra desesperación, John sacó del bolsillo de su chaqueta dos puros, madre mía, el tiempo que hacía que no me fumaba uno:

—Eh, Ray. ¿Qué te parece si, mientras esto se despeja un poco, salimos y nos fumamos estos puros que me he encontrado por casa? —dijo John.

Yo, que estaba de un bajón de tres pares de narices, simplemente asentí. Eso era mejor que nada. Dejamos las chaquetas para que vieran que esa mesa ya estaba cogida y salimos. Afuera no se estaba tan mal, hacía buena temperatura. Encendimos los puros y nos los fuimos fumando tranquilos. «¿Como en los viejos tiempos, eh, colega?», se apresuró a decir John. De vez en cuando, hace ya, solíamos fumarnos un puro y tomarnos algo en plan tranquilo. Fue en la época en la que empezó a

tener problemas con Jenni, su novia. Desde sus inicios, han tenido una relación muy turbia y algo tóxica, diría yo. Siguiendo con nosotros, la verdad es que eso es todo lo que hacíamos. John es un buen tío, me saca de mis casillas, sí, pero es sincero y buena persona. Haría lo que fuera por él y sé que es recíproco. El mosqueo de antes ya se me había pasado, no sé por qué, pero desde siempre me ha resultado imposible enfadarme durante mucho tiempo con él. Unas últimas caladas y, de nuevo, para dentro. Por momentos, volvió a inundarme la decepción. Regresamos a la mesa y pudimos ver que ya se había despejado un poco la barra. John se ofreció voluntario para ir a pedir algo de beber. No solía tomar alcohol, pero me pedí un wiski con hielo, necesitaba algo fuerte para sobrellevar esa maldita noche. Le llevó un rato cuando le vi aparecer con dos wiskis. Le reproché que se hubiera pedido algo con alcohol, puesto que él conducía, no me gusta ir en coche con alguien que ha bebido, pero me dijo que esa era la única copa que bebería con alcohol. A partir de ahí, decidí beber también cerveza sin para no incitarle. Chocamos nuestras copas para brindar…, brindar porque…

Pasamos un rato charlando de cosas banales o, como se dice, intentando arreglar el mundo. De repente, John, que tenía visual directa a la puerta de entrada, esbozó una sonrisa de oreja a oreja y, con un movimiento de cabeza, me hizo una señal para que volviera la vista y mirara tras de mí. Casi me atraganto con el sorbo que le acababa de dar a mi copa cuando me giré y la vi aparecer por la puerta junto con el dueño del *pub*. Entraron tan apresurados que no tuve tiempo de ver tan siquiera lo que llevaba puesto. Se dirigieron a la puerta del almacén y desaparecieron de nuevo. Había llegado, estaba allí, no podía estar más contento, entonces, John, riéndose, me dijo: «La próxima copa la pides tú». No pasó más que un breve lapsus de tiempo cuando apareció en la barra disponiéndose a ayudar a su compañero. Mis ojos no daban crédito a lo que estaba viendo. Si el viernes pasado había sentido un flechazo, hoy Cupido había lanzado contra mí todo su arsenal de flechas. Me pareció que estaba absolutamente preciosa. Llevaba parte del pelo recogido en una coleta alta y el resto suelto. Maquillada de manera discreta. Un top como de licra negro en forma de barco, creo que se dice así, dejaba al descubierto sus hombros y su cuello (el cual hubiera deseado besar y morder en ese preciso momento), y resaltaba, aunque de una forma sutil, un voluptuoso pecho. Unos vaqueros azules enmarcaban el resto de su figura, la cual tapó demasiado rápido para mi gusto, con una especie de delantal corto. Tenía curvas, unas curvas que no me cansaría de recorrer una y otra vez. Empecé a ponerme nervioso, nunca me había sentido así, nunca me había puesto nervioso por una mujer. Normalmente, sucedía todo lo contrario. A todo esto, John se estaba divirtiendo de lo lindo, notaba como se reía por lo bajo mientras observaba tan pintoresca escena. Pero eso ya no me molestaba, porque sé que me apoyaría en todo. Tras unos breves minutos, me enseñó su vaso para que fuera consciente de que ya lo había terminado:

—Mira, Ray, ya me he acabado la copa. Habrá que ir pensando en pedir otra cosa, ¿no crees?

—Espera, a mí aún me queda un poco. —le dije intentando que no metiera tanta prisa.

—Sí, tranquilo, solo lo digo por no perder tiempo. Imagino que ahora querrás ir tú a la barra a pedir la siguiente ronda, ¿no? —Ahora empezaba con el cachondeo.

—Te lo estás pasando en grande a mi costa, ¿eh? No te vengas arriba. —Se la estaba jugando.

—Es muy divertido ver al gran Ray, el ligón, al que no se le pone ninguna mujer por delante, nervioso e intimidado como un corderito por una sencilla chica.

Mirándolo así, sí que parecía algo insólito y divertido a la vez. Le di un largo trago a mi copa para terminármela cuanto antes. Pero quise esperar un poco más a que la barra se quedara más despejada y asegurarme que sería atendido por ella y no por su compañero. Me empezó a estresar un poco el

ver cómo funcionaban juntos. No sé si fue por la ayuda que le había llegado, pero él parecía estar en la gloria teniéndola allí. Se dieron un corto abrazo y mantuvieron una rápida conversación. Imagino que para ver la manera de repartirse a los distintos clientes. Me sorprendió ver lo bien que se llevaban y cómo trabajaban juntos. Se compenetraban en cada movimiento, no se entorpecían para nada y eran supereficientes atendiendo y sirviendo los pedidos. Me estaba entrando dolor de estómago solo de pensar que… Prefiero no pensar en ello. Al fin, y tras una eternidad, vi vía libre y me levanté para acercarme a la barra. Una vez allí, me coloqué delante de ella. La miré para poder establecer un primer contacto. Tenía unos ojos de color marrón oscuro, intensos y misteriosos. Me miraba tan fijamente como yo a ella y notaba como se ponía colorada y un poco nerviosa. Al final, y con cierta naturalidad, me preguntó por lo que quería beber:

—Hola, ¿en qué puedo servirte? —Le hubiera dicho que dándome su amor, pero habría sido demasiado para la primera vez, ¿no?

—Hola, quería dos cervezas sin alcohol, por favor. —No sé quién estaba más nervioso de los dos.

—Perdona, ¿qué es lo que has dicho?, ¿no te he entendido bien?

La música estaba un poco alta y no logró oír lo que le decía, y lo agradezco enormemente porque, de esta manera, tuvo que acercarse a mí. Arrimó su cabeza a la mía y su oído a mis labios para poder escuchar lo que le estaba diciendo. Notaba su respiración, el calor que desprendía, me hubiera encantado besar esos labios en ese preciso instante, pero sabía que ella no era de esa clase de chicas y que no lo hubiera tolerado por mucho que mi físico le hubiera impresionado. De forma suave e intentando rozarla un poco, volví a repetirle: «Quería dos cervezas sin alcohol, por favor». Noté cómo ese leve roce hizo que se estremeciera. Volvió a su posición normal, asintió con la cabeza y comenzó a preparar nuestro pedido. Creo que se sorprendió de que no pidiera bebidas alcohólicas. No podía dejar de mirarla. Notaba como se sonrojaba cuando alzaba la vista y se volvían a cruzar nuestras miradas. Estaba hipnotizado por completo, encontraba esa timidez adorable, estaba preciosa… Deseé con todas mis fuerzas que nunca se acabara ese momento. Pero duró poco, pues al ser solo cervezas lo que había pedido, estuvieron listas en un instante. Y adiós a ese momento mágico. No sabía cómo hacer para seguir ahí, viéndola, admirándola, intentando establecer una comunicación con ella. Lo único que se me ocurrió decirle fue: «Te dije que volvería otro día». Se quedó inmóvil como sin saber qué decir, hasta que, de sus labios, de una forma casi imperceptible, salieron las siguientes palabras: «Me alegro de que hayas vuelto». Casi me caigo de culo, os lo prometo. Se me tuvo que quedar una cara de tonto que para qué. Le sonreí intentando ver cómo continuar la conversación. Decidí llevar rápidamente las cervezas a la mesa y así darme un poco de margen, a ver si se me ocurría algo:

—Si te parece, me llevo las cervezas a la mesa y ahora vuelvo a pagarlas…

—Claro, sin problema. ¿Te apetece algo de picoteo? ¿Unas galletitas saladas o unas gominolas?

—Mejor algo salado. Gracias.

Se fue y puso un cuenco lleno de galletas.

—Aquí lo tienes.

—Perfecto. Enseguida vuelvo.

Me llevé las cosas corriendo a la mesa ante la atenta mirada de John y el desconcierto de la mía:

—John, ¿qué hago, no sé qué más decirle? ¿Cómo puedo continuar la conversación?

—Primero dime, ¿de qué habéis estado hablando?

—De lo que queríamos para beber y, bueno, le he recordado lo que le dije la otra vez, que volvería otro día.

—Me cago en la puta, ¿y qué te ha contestado?

—Que se alegra de que haya vuelto.

—Aquí hay tema, Ray, aquí hay tema.

—Pero ¿qué dices?, como no se me ocurra algo para seguir conversando con ella, ni tema ni ocho cuartos.

—Lo siento, tío, no tengo ni idea de qué puedes decirle. Vete a pagar y ya verás como se te ocurre algo.

Menuda ayuda tenía con John, pero era mi problema y tenía que ser yo el que resolviera cómo hacerlo. Volví a la barra para abonar esa consumición y lo que habíamos pedido anteriormente. Fue entonces cuando surgió algo inesperado. Brian, el teclista de la banda, entró por la puerta del *pub* y se acercó a la barra a saludarla. Ella le sonrió y fue a su encuentro para saludarle también. Sentí unos celos y un enfado monumental al ver cómo le daba dos besos en la mejilla. Intenté adivinar de qué estaban hablando, pero, con tanto ruido, la música y la gente, y con su jefe intentando cobrarme lo pedido, solo conseguí sacar en claro alguna que otra palabra. Me pareció entender que le preguntaba cómo estaba o algo así. Mi mente comenzó a plantearse desde cuándo lo conocía, por qué tenía esa confianza para darle dos besos y cómo es que él presumía tanto de ella cuando estaba allí. Volví a sentir el cabreo y unos celos incomprensibles al pensar que quizás Brian se me hubiera adelantado o que ella tuviera algún interés por él y yo ninguna oportunidad ya. Intenté volver en mí, pero estaba tan absorto en esos pensamientos que apenas me percaté de una voz que gritaba mi nombre. Entonces noté una mano que me daba en el hombro. Mi cuerpo se tensó en décimas de segundo. Nunca permitía que me tocaran, ni hombres ni mujeres, sin mi consentimiento o en contra de mi voluntad. He sido muy tajante en esto, siempre. A tiempo, vi a Brian que había venido a mi lado a saludarme, ya que hacía caso omiso a sus repetidas llamadas de atención. Me quedé un poco extrañado cuando empezó a decir: «Hola, Ray, qué tal, ¿cómo va eso?». Y, sobre todo, ¿qué pintaba allí cuando se suponía que habían estado ya ayer? Aunque se lo agradeceré eternamente porque vi cómo ella se volvía hacia nosotros y pude comprobar que sentía curiosidad por mí y la relación que yo guardaba con Brian. No recuerdo cómo empezó, solo que, en cuestión de segundos, manteníamos los tres una conversación. No me podía creer lo que estaba ocurriendo, la verdad. Nunca había tenido una conversación «normal» con una mujer. Nunca había dado con ninguna que hubiera estado interesada en mí o hubiera querido interesarse por mí como persona y no por mi fachada, y al revés tampoco, si soy sincero. Brian empezó a explicarle que yo era miembro de la banda, que era el vocalista, compositor y, además, tocaba la guitarra eléctrica. Pese a su timidez, noté como se le iluminó la mirada y la desvió hacia mí. Estaba llena de admiración, no de deseo. Oí a Brian como nos presentaba de manera formal: «Ray, esta es Ana Martínez, Ana, este es mi colega, Ray Stevens». Casi exploto cuando vi cómo se inclinaba sobre la barra para darme dos besos. Nuestros ojos se clavaron el uno en los del otro. Comenzamos a acercarnos hasta que nuestras caras estuvieron prácticamente pegadas. Empecé a sentir de nuevo su respiración, esta vez algo más agitada, mientras sus labios, calientes, se posaban en mis mejillas. Un calor abrasador recorrió todo mi cuerpo como un fuego intenso arrasando un bosque en llamas. Posé también mis labios sobre la suave y delicada tez de sus mejillas, y aunque la tentación de cogerle la cara con mis manos y besarla con impetuosidad fue enorme, tuve que quitármela rápido de la cabeza, pues no hubiera funcionado

con ella, seguro que no, y menos en aquel momento. El saludo llegó a su fin y los dos nos alejamos. Sentí otra vez un vacío que me hizo estremecer, no quería alejarme de ella. La quería a toda costa en mi vida. Era una locura, quería conocerla, saber de ella, sobre todo si estaba soltera. Pero ¿cómo iba a estar soltera una chica como ella? Qué ingenuo, seguro que tendría novio, Brian quizás, su compañero… Según me lo estaba imaginando, me entraron ganas de vomitar. Seguí ahí mirándola y comprobé como ella también me miraba fijamente, casi sin parpadear. Me pareció que ninguno de los dos éramos conscientes de ello. Sentí una conexión, había algo entre los dos…, o por lo menos es lo que yo deseaba pensar. Brian sí que se dio cuenta porque enseguida metió baza:

—Ray, a Ana le fascina la música, ¿verdad que sí, Ana?

—Sí, aunque también me gusta mucho bailar —dijo con esa timidez que emanaba de ella, tan natural y cautivadora al mismo tiempo.

—Le he hablado un poco de nuestra banda, de lo que estábamos haciendo por el momento. —Me estaba poniendo malo viendo como alardeaba delante de ella—. Y, cambiando de tema, ¿qué haces tú aquí solo, Ray?

—No estoy solo, Brian, John está allí sentado en la mesa de la esquina —le insinué haciendo un movimiento de cabeza para que mirara en dirección a donde John estaba sentado.

—Anda, es verdad, no le había visto. Pero ¿qué hacéis vosotros aquí? Me parece raro que ayer los dos nos dierais calabazas y hoy estéis aquí, solos. Parece que no queréis nada con el resto del grupo.

—Ha sido idea de John. No me apetecía, pero insistió —no le podía decir otra cosa, no se me da bien mentir. No me gusta mentir ni que me mientan. Y tampoco podía contarle mis verdaderas intenciones. Lo único que se me ocurrió fue contraatacar con la misma duda que me había surgido a mí.

—Bueno, lo mismo te pregunto yo entonces: si estuviste ayer aquí con los chicos, ¿por qué repites hoy de nuevo?

—Ayer me surgió un imprevisto y no pude venir. Decidí pasarme hoy un rato a ver si veía a mi camarera favorita y he tenido suerte porque normalmente trabaja solo jueves y viernes —dijo con una sonrisa de oreja a oreja que de buena gana le habría quitado de un puñetazo.

Ana, que seguía de cerca nuestra conversación, indicó que su compañera se había puesto mala en el último segundo y su jefe le había pedido, por favor, que fuera en su lugar a echar una mano. En lo único que pensé es que yo sí que había tenido suerte. Si no hubiera sido por estas cosas del destino, hoy ella no habría ido al *pub* a trabajar. Ahora me cuadraba todo, por esa razón no estaba allí cuando llegamos, ni ella ni su jefe. La había ido a buscar. Y de ello también la alegría de su compañero al ver que no tenía que lidiar toda la noche solo con tanta clientela. Ahora el que sonreía tontamente era yo. Brian siguió con el tema de la música para volver a atraer la atención de ¿cómo había dicho?, ah, sí, «su camarera favorita». Empezó a alardear de la coordinación y de la habilidad que había que tener para tocar el teclado. De que, gracias a su maestría con ese instrumento, había recibido innumerables ofertas de grandes bandas…, pero, entonces, y sin esperárselo, Ana, que asentía a lo que Brian le estaba contando, se dirigió a mí:

—Ray, y tú entonces eres el que compone las canciones además de cantarlas y de contribuir con la guitarra, ¿verdad? —dijo con su dulce y serena voz.

—Sí, eso es exactamente lo que hago. —No me lo podía creer, ella estaba interesada en mí, ¿os lo podéis creer, en mí? Brian interrumpió de forma abrupta la conversación metiéndose conmigo sin ton ni son, solo para llamar de nuevo su atención.

—Ejem…, la verdad es que llevamos meses trabajando muy duro, pero las cosas no están saliendo como deberían, ¿verdad, Ray? No has compuesto nada en condiciones desde hace tiempo y eso nos está afectando a todos.

¿Pero qué cojones significaba todo esto? ¡Intentaba desprestigiarme delante de ella! ¿Se encontraba amenazado por mí o porque Ana realmente mostraba interés por otra persona que no fuera él? Qué deciros, que nos encendimos tanto que de nuestros ojos comenzaron a salir rayos fulminándonos. Sé que nunca he sido santo de la devoción de Brian. Creo que, aunque me respetase, había creído todo lo que decían de mí y, en el fondo, hasta me despreciaba. Ahora tenía la certeza de que así era:

—¿Perdona? No es fácil componer. He tenido una mala racha, tú mejor que nadie lo sabes, pero, aun así, hago todo lo que puedo. —Estaba a punto de explotar, no llegaba a entender por qué me atacaba de esa manera; no venía a cuento. Entonces, como si intuyera lo que pasaba en mi cabeza, Ana intervino de nuevo.

—Brian, creo que estás siendo muy injusto. Al fin y al cabo, Ray lleva todo el peso del grupo a sus espaldas. No creo que sea fácil —añadió con esa serenidad y timidez, que, a cada momento, iban robándome más y más el corazón—. ¿Las canciones las compones solo tú, Ray? ¿No tienes ayuda?

—No, soy el único. —Estaba a punto de comérmela—. Cada día significa más y más presión. Soy consciente de que pasa el tiempo y de que sigo ahí sin ser capaz de componer nada en condiciones. Si soy completamente sincero, Brian tiene razón, no estoy pasando por mi mejor momento. Y por supuesto que me encantaría que me ayudaran y pudiéramos componer algo juntos… No es exclusiva mía, ¿sabes?

Brian me miraba furioso, lo sabía por la tensión en su mandíbula y la que reflejaba su rostro. Y más aún, ya que le hice entender que este no era ni el lugar ni el momento adecuado para sacarlo a flote y que podría habérmelo comentado en el estudio. La tensión entre los dos se podía palpar en el ambiente, por lo que Ana intervino:

—Todo se andará, no os preocupéis. Hay etapas en la vida en las que las cosas no salen como queremos. Lo importante es que sigáis adelante y no os deis por vencidos.

Con esas palabras, logró calmar un poco los ánimos. Sin pedírselo, cogió dos cervezas, una con y otra sin alcohol y nos las puso en la barra. Le dije que yo ya tenía una cerveza en la mesa, pero me contestó que se la trajese para tirarla, pues ya se habría calentado. Ella cogió una cocacola y nos miró detenidamente diciendo:

—¡Por vosotros, chicos! Disfrutar el aquí y ahora. Ya habrá tiempo suficiente para volver al día a día.

Chocamos las botellas una contra otra para brindar. Tenía razón, estábamos allí para desconectar. Dimos un trago y se dio la vuelta para comentarle algo a su jefe. A todo esto, John, que desde la lejanía observaba la escena, llamó a Brian, el cual, a regañadientes, no tuvo más remedio que ir a la mesa a saludar. Ya os advertí que John era muy listo, ja, ja, ja. Vi cómo se alejaba y quise aprovechar la ocasión, aunque no sabía cómo. Fue de nuevo ella quien, a pesar de estar roja como un tomate, y me dio la sensación de que a punto de darle un infarto, retomó de nuevo la conversación:

—Ray, ¿te puedo preguntar algo? –me dijo, esta vez con la voz más temblorosa que antes. Quizás por el hecho de habernos quedado solos.

—Claro, sin problema, lo que quieras. —Estaba angustiado por lo que podría querer preguntarme, deseando que no tuviera nada que ver con mi reputación.

—¿Cómo lo haces?, es decir, ¿cómo consigues sacar tus sentimientos para luego plasmarlos en letras y notas musicales? Me parece no solo difícil, sino increíble que seas capaz de hacerlo. ¡Y, además, cantas y tocas la guitarra eléctrica! Tengo cierta debilidad por ese instrumento. Creo que deberías sentirte muy orgulloso de ti. Tienes un «don».

Me derretía, literalmente me estaba derritiendo de amor. Y, sí, fue por lo que ella me acababa de decir a quien no le gusta que le elogien, pero, sobre todo, por la manera en cómo lo había expresado, por el sentimiento que había puesto al decirlo. Me caló muy profundo, en el fondo de mi alma, de mi ser y de mi corazón. No podía dejar de pensar cómo, prácticamente sin conocerme, podía verme de esa manera. Para mí, componer, cantar, tocar se había vuelto algo normal, era mi trabajo. Nunca lo había mirado desde esa perspectiva… y así se lo transmití:

—No es para tanto —de verdad lo creía así—, simplemente, me sale y ya está. Es como un trabajo cualquiera. Y mira lo que ha dicho Brian, ni siquiera sé componer ya.

Sin poder remediarlo, la tristeza se apoderó de mí. Me hizo recordar por qué no era capaz de componer algo en condiciones, por qué estaba tan bloqueado, por qué estaba tan jodido. No me sentía orgulloso, me sentía una mierda. Había dejado de creer en mí, si es que alguna vez lo había hecho. Mis ojos debieron delatarme y hacerle ver que algo se cocía en mi cabeza, como si pudiera leer lo que estaba pensando en ese mismo instante:

—A veces la vida nos reta, nos pone a prueba y cada uno lo afronta tomando las decisiones que cree mejores en esos momentos, según los recursos y los conocimientos con los que cuenta, ¿sabes? Y nos equivocamos, claro, no poseemos un manual o un guion para poder afrontar las distintas situaciones…, pero ello no nos define como persona. Lo pasado, pasado está. Aprendemos, evolucionamos. Lo que importa es este momento —no podía creer lo que me estaba diciendo, nadie jamás me había hablado de esa manera tan comprensiva, tranquilizadora, no sé…, necesitaba escucharla.

—Bueno…, hay… errores y situaciones en la vida que te persiguen y no te dejan en paz, que te marcan, es inevitable. Y ya no vuelves a ser el que eras, una parte de ti se pierde para siempre —le contesté mirándola fijamente, angustiado, sintiendo de nuevo esa opresión en el pecho que hace unas semanas se había manifestado dentro de mí. Ella se acercó un poco más a mí, para que solo yo escuchara lo que a continuación iba a decirme.

—Nunca se pierde lo que se lleva dentro, en el corazón, Ray. Si tienes un alma pura, no desaparecerá ni cambiará pase lo que pase. Cree en ti, eres especial, tienes un maravilloso don, no lo olvides. Confía en lo que permanece en tu interior, te aseguro que sigue ahí intacto, esperando para volver a salir a flote. —Era como si, a través de sus ojos, pudiese mirar dentro de los míos y estuviese viendo en lo más profundo de mi interior.

Y, mientras tanto, yo permanecí ahí, totalmente embelesado por su cálida mirada, por esas asombrosas palabras que eran una bendición para mis oídos y, sobre todo, para mi corazón. Estaba tan echo polvo… No entendía cómo ella era capaz de ver todo eso que yo ni siquiera alcanzaba a ver, no me conocía, no sabía nada de mí, solo habíamos tenido esa breve conversación… Y, no, no estaba coqueteando ni ligando conmigo, creedme, sé muy bien cuándo una mujer lo hace y cuándo no. Aparte de su timidez, estaba completamente sonrojada, pude ver sinceridad en su mirada, escucharla en sus palabras, en la manera de dirigirse a mí.

—Sin oscuridad nunca llegaríamos a darnos cuenta de lo maravillosa que es la luz. Sin momentos malos, los buenos no adquirirían el mismo valor, no sabríamos que son buenos. El mundo funciona

así. Todo saldrá bien, te lo aseguro.

—No dejes de hablar, por favor —me salió así sin querer. A lo que ella me contestó con una dulce sonrisa.

—Dentro de nada volverás a componer, impactarás a la gente con tus letras y tu música. No me cabe la más mínima duda. —De repente, una voz detrás suya rompió la magia de ese momento. Su compañero la necesitaba para hacer un cóctel—. Lo siento, Ray, tengo que ayudar a Bailey.

—Por supuesto, perdona por entretenerte. Ha sido un auténtico placer conocerte.

—Lo mismo digo.

5

Y se fue a la otra punta de la barra. En cuestión de segundos, ella, Ana, lo cambió todo. Con sus palabras, que no olvidaré jamás, aún rondando dentro de mi cabeza, regresé a la mesa. Brian me fulminaba de nuevo con la mirada, y John, que parecía divertirse con aquella situación, se volvió hacia mí buscando que le contara lo que había pasado. Pero con Brian allí no podía explicarle nada. Fue este último el que no tardó en preguntar:

—¿Qué has estado hablando con Ana, Ray? No me parece que sea tu tipo —me preguntó de muy malas formas.

—No te interesa, ha sido muy amable y, además, nos ha invitado. —Estuve en un tris de contestarle que por qué creía saber el tipo de chicas que me gustaban, pero no quería darle ninguna pista de lo que de verdad sentía por Ana.

—Vamos, Brian, Ray solo ha querido ser amable con ella, ¿no es así, Ray? —me preguntó guiñándome un ojo (así me gusta, John, echándome más que un cable).

—Sí, John. Me ha preguntado con relación a lo que hacíamos musicalmente. Y ya está. —Pasaba de darle más explicaciones al subnormal ese. No podía olvidar que hace un instante había intentado dejarme por un idiota.

Seguimos charlando un poco gracias a John, que sacaba temas de conversación. Hasta que este, y muy a pesar mío, envió a Brian a pedir otra ronda de bebidas. Algo que, por supuesto, hizo encantado.

—Pero ¿qué estás haciendo? ¿Por qué le envías a él a pedir? —le dije bastante molesto y exasperado por quitarme otra oportunidad de hablar con ella.

—Porque es la única manera de que se vaya, nos deje a solas y así puedas contarme lo que ha pasado cuando estabais en la barra. Venga, Ray, tío, date prisa, ¿qué has hablado con ella? —me preguntó ávido de curiosidad.

—Brian ha intentado dejarme mal delante de ella, diciendo que, desde hacía tiempo, no componía ya nada en condiciones, ¿te lo puedes creer?

—Menudo cabrón, y qué más…, cuenta, rápido.

—Entonces ella, se llama Ana, por cierto, intervino interesándose por mí, por lo que yo hacía, dando a entender que componer no debía de ser nada fácil. ¿Sabes? Creo que le molestó que Brian hablara así de mí, desaprobando la manera en la que lo hacía, dejando entrever que no estaba bien.

—¿Que ella se ha interesado por ti?, ¿cómo?

—Le ha llamado mucho la atención que sea músico y, además, componga canciones. Me ha dicho que tenía un «don», que soy increíble y que debería sentirme orgulloso de mí. Y te aseguro que no estaba intentando impresionarme. Luego le he dicho que… había cometido errores y ellos me habían hecho cambiar, lo cual me llevó a recordar otra vez el mierda que soy, y te juro que, como si pudiera leer mi mente, me dijo, y cito palabras textuales: «Confía en lo que permanece en tu interior, que sigue ahí intacto esperando a salir a flote, que eso nunca cambiaría». Por Dios, John, ha dicho que ¡confíe en mí, que todo va a salir bien! Tenías que haberla oído, fue tan profundo, tan sincero…

—¡Para, para, para! ¿Crees que siente algo por ti, así como tú por ella? Sería la bomba.

—No lo sé, quizás solo era amable. Sí que he notado que conectábamos mientras hablábamos y nuestras miradas permanecían fijas el uno en la del otro, pero no tengo del todo claro que sea porque realmente le gusto. Necesito acercarme a ella, ¿qué hago, John? —le pregunté de manera desesperada—, con cualquier otra mujer sabría cómo hacerlo, pero con ella estoy del todo perdido. No quiero asustarla o que piense que mi interés es meramente sexual. Porque te puedo asegurar que no es el caso. Ansío besarla, rozar sus sensuales labios. Eso me excita más que cualquier otra cosa.

—Siento no poder ayudarte en esto, Ray, nunca se me ha dado bien ligar. Pregúntale a Brian. —Esbozó una sonrisa perversa y divertido por ver que, cada vez que pronunciaba su nombre, yo me ponía malo.

—¡Eres un imbécil! Aunque es cierto, él parece no tener problema para hablar, ligar con ella…

—Ahora eres tú el imbécil. No te quedes ahí lamentándote y haz algo. A ver, a ver, jolines, piensa, John… Tengo una idea, ¿y si vas y le dices que si te puede dar un beso?

—¡Sí, claro! Y va y me lo va a dar. Tú te flipas, no es de ese tipo de chicas, ¡si casi le da un infarto cuando nos hemos dados dos besos, por favor!

—¿Pero quieres dejarme hablar, so memo? Dile que Brian y yo te estamos tocando las narices y hemos hecho una apuesta: conseguir que os deis un beso… Continúas diciéndole que, normalmente, no accedes a estas cosas, pero que te estamos amargando la noche y, bueno, que lo haces para que te dejemos en paz. Le dices que solo un roce de labios y con eso es suficiente…

—Creo que podría funcionar… Y qué hacemos con Brian, no creo que se quede ahí quietecito viendo cómo beso a su «camarera favorita».

—¿Qué es eso de su «camarera favorita»?

—Bueno, es así como la ha llamado mientras me aclaraba por qué estaba hoy aquí. Le hubiera quitado esa estúpida sonrisa de un puñetazo.

—Ala, ala, no seas exagerado. Céntrate en lo que acabamos de hablar, joder. Por él no te preocupes que yo le entretengo, ¿vale?

—¡Vale! —Y decidido. Esa era la estrategia para conseguir un beso de la chica de mis sueños.

Brian regresó con las bebidas. Antes de ponerme en acción, esperé a entrar en conversación y relajarnos un poco (la tensión entre Brian y yo seguía ahí latente). Además, se estaba bastante bien en ese sitio. Era muy agradable. Tanto la gente como los camareros, el ambiente, la música eran armoniosos e incitaban a disfrutar. Realmente, me lo estaba pasando como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Mientras conversábamos, me dediqué a observarla. Era alucinante ver cómo preparaban las bebidas. Me flipaba el manejo que tenían de las botellas, de las copas… Todo muy profesional. Ensimismado y molesto a la vez, veía como ella y ¿Bailey? se llevaban de puta madre, hablaban, reían, se coordinaban para preparar y servir las distintas bebidas… Había algo entre ellos que se me escapaba y eso me jodía y mucho. Estaba de nuevo en ese punto de desesperación, pero John tenía razón, tenía que actuar si quería algo con ella. No podía suponer nada. Este era mi momento y lo iba a aprovechar.

Ya se había despejado un poco la barra. Aproveché y me levanté para ir supuestamente al baño. A la vuelta, le hice una señal a John. Quien, según el plan, comenzó a entretener a Brian. Me acerqué a la barra directo a ella aprovechando que su compañero estaba ocupado con unos clientes y su jefe había desaparecido por la puerta del almacén, así no nos molestarían. Ahora me encontraba delante de ella, mirándola fijamente, echo un flan:

—Hola de nuevo.

—Hola, en qué te puedo ayudar —dijo con su ya característica timidez, pero con una espectacular sonrisa.

—Quería pedirte una cosa…, no sé, espero que no me mandes a la mierda —dije titubeando.

—Eh, no sé, dime qué es —dijo ahora más preocupada que tímida.

—Allá va…, ¿ves a esos dos que están en la mesa? Son mis colegas, Brian, que ya le conoces, y el otro es John. Bien, llevan, desde que nos hemos juntado, incordiándome e insinuando que una chica como tú nunca se prestaría a besar a alguien como yo, a un guaperas. A lo que voy —le dije ya sin más vacilaciones—, han hecho una apuesta y han dicho que no van a parar hasta que la cumpla. —Se había quedado perpleja y con la boca abierta, literal.

—Madre mía, a ver si lo he entendido bien, tus amigos han apostado a que no serías capaz de que nos ¿besáramos? —Estaba al borde de un infarto.

—Sí. —En ese momento, creí morir de bochorno, la estaba poniendo en un compromiso, me sentía fatal.

—No sé qué decir, es que yo… —No sabía dónde meterse la pobre.

—Perdona. Lo… lo siento, de verdad. No te preocupes. Ha sido una verdadera estupidez por mi parte siquiera el proponértelo y más seguirles el juego. Olvídalo, ¿vale? —No quería forzarla a nada, no se merecía esa encerrona—. No te volveré a molestar.

Y con esas últimas palabras, y sintiéndolo de verdad, procedí a darme la vuelta para regresar a la mesa. Entonces oí que me decía algo:

—Está bien, si con eso te dejan en paz y ganas la apuesta, te daré un beso. —Su voz ahora era más que un delgado hilo y su cara un auténtico poema.

Imaginaros lo que pasó en ese mismo momento por mi cabeza, por mi cuerpo. Estaba tan seguro de que diría que no que no cabía de gozo en mí. Miró alrededor suyo, imagino que buscando que no la viera nadie, a excepción de los de la apuesta, claro. Se fue hacia el lado de la barra más cercano a la puerta de entrada y me indicó que yo también fuera hacia allí. Nos colocamos uno frente al otro, con solo el pesado mostrador de madera haciendo de separación entre nuestros cuerpos. Nos inclinamos despacio para que su boca fuera al encuentro de la mía. Abrí levemente los labios, podía sentir el calor que desprendía la suya, su respiración jadeante…, su mirada, sensual, fija en la mía, mi corazón latiendo a mil revoluciones por minuto, ansiando degustarla, saborearla, hacerla mía… Y cuando estábamos a punto ya de chocar nuestros labios, de repente, y sin venir a cuento, echó su cabeza para atrás. Me quedé allí como un tonto sin saber qué había pasado. Su mirada era de rechazo, no sé, era a mí al que ahora iba a darle un infarto. ¿Por qué me estaba haciendo esto? ¿Por qué me había dicho que sí cuando en realidad no quería? Mi cabeza estaba a punto de explotar. Y como si volviese a leer mis pensamientos, dijo:

—Lo siento, pero no puedo… —No dejé que continuara hablando.

—No lo entiendo, si de verdad no querías, ¿por qué no me lo has dicho? Me hubieras ahorrado el dejarme como un idiota.

—De verdad lo siento, pero no es eso, no es que no quiera. Es… es…, no sé cómo decírtelo. No quiero herir tus sentimientos. —«Y una mierda», pensé.

—Ah, ¿no? Pues lo has hecho y con todas las de la ley.

—No, no puedo con tu aliento. Lo siento.

Ahora estaba perplejo de verdad. No entendía nada de nada. ¿Qué le pasaba a mi aliento? Ninguna chica se había quejado nunca. Tampoco las besaba, pero… ¿de qué iba esto? Dejé que continuara explicándose.

—Tengo un olfato muy pero que muy sensible y, madre mía…, hay ciertos olores que no soporto, son superiores a mí. Si no me equivoco, fumas…

—No fumo. —Estaba tan afectado que no llegaba a comprender qué me quería decir con eso.

—Cuando nos hemos acercado para besarnos, de tu boca se desprendía un fuerte olor, lo de fuerte seguramente sea para mí, ¿vale?, a tabaco con mezcla de alcohol, que no he podido soportar y me ha echado para atrás. De verdad que lo siento.

—Pero si yo no fu… —Entonces caí. Joder, no me acordaba. Al poco de llegar, John y yo nos fumamos un puro y pedimos wiski. Y con las mismas, me vine a bajo. Necesitaba explicarme yo también—. No fumo, pero en muy contadas ocasiones sí que me fumo algo junto con mis colegas —me maldije por que esa noche hubiera sido una de ellas—, y cuando hemos llegado, John y yo nos hemos fumado un puro y hemos bebido una copa para brindar. Lo siento mucho, ya no me acordaba —No sabía dónde meterme.

—Por favor, no tienes que pedirme perdón. Padezco de migrañas y eso hace que sea mucho más sensible a olores, ruidos, cierta luz… En concreto, el olor de cierto tabaco, así como de puros o de ciertas bebidas no los soporto, me ponen mal cuerpo. Me pasa también con ciertos perfumes y con un sinfín de otros aromas… Lo siento mucho, Ray, de verdad, jamás jugaría contigo. Me sabe fatal. No es que no quiera besarte, es que, en estas condiciones, me es imposible. No puedo. No lo soporto.

Cada tono de su voz se quebraba al salir de su garganta. Su expresión se tornó seria, su mirada, triste, su voz era quebradiza. Sus ojos se humedecieron. Lo decía en serio. De nuevo, no eran sus palabras las que me convencían, era toda ella. Me miraba buscando ver si realmente la entendía, buscando mi aprobación, que de verdad la perdonara. Estaba como loco por besarla y no me iba a dar por vencido.

—Nada, tranquila. Creo que eres sincera. Te propongo una cosa si te parece, aplazar la apuesta. Dame una semana, no beberé alcohol ni fumaré nada, y tendré mucho cuidado con cuidar mi higiene bucal y lo que coma. El sábado que viene volveré para continuar donde lo hemos dejado. De esta manera, me aseguro de que me dices la verdad y vas en serio con esto. Y, otra cosa —sentía que se lo tenía que recalcar—, si de verdad no quieres seguir con la apuesta, no tienes más que decírmelo, no quiero obligarte a nada. Pero dímelo ahora, por favor.

—Lo que te he dicho ha sido verdad. Siento que tengas que hacer todo eso para obtener un simple beso de mi parte. Así que vale, me parece justo. —Asintió con la cabeza—, pero tendrá que ser el viernes. Hoy ha sido una casualidad que me hayas encontrado aquí. Como bien te ha comentado antes Brian, solo trabajo jueves y viernes.

—Claro, entonces el viernes. —Y esas fueron mis últimas palabras con ella por esa noche.

Regresé a la mesa. Para ser sincero, estaba algo perdido. Intentaba repetirme que lo que me había dicho era razonable, pero el miedo y el fracaso acabaron apoderándose de mí. John se percató rápidamente de que algo iba mal y me indicó que fuéramos un momento fuera a tomar el aire que se encontraba un poco mal. Salimos por la puerta, sin tan siquiera mirarla. No podía, ahora no. Ya fuera, respiré profundamente intentando desahogarme.

—¿Qué te pasa, Ray? —Esta vez, su voz era de preocupación. Las pocas veces que me había hablado así fue cuando tuve aquellas malas experiencias.

—Pues que creo que la he cagado. —Seguía sintiéndolo así.

—¿Por qué dices que la has cagado? Es cierto que ha sido todo tan rápido que no me ha dado tiempo ni a verlo.

—¡No has visto nada porque no ha pasado nada! —le dije más enojado de lo que pensaba—. Estábamos a punto de hacerlo, y, en ese mismo instante, justo cuando nuestros labios se iban a chocar, ha echado su cabeza para atrás y no ha habido beso.

—¿Se ha echado para atrás, por qué? No lo entiendo, pero te había dicho que sí a la apuesta, ¿no? —John estaba tan desconcertado como lo estaba yo en ese preciso momento.

—Sí, o eso creía yo. Me ha dicho que tenía mal aliento, que no lo soportaba y eso le ha impedido besarme. Es cierto que hace un rato nos hemos fumado un puro y bebido una copa.

—¡Estás de coña! —Ahora se estaba partiendo de la risa—. Joder, Ray, estas cosas solo te pasan a ti.

—A mí no me hace nada de gracia, ¿lo sabías? Estoy frustrado. Tengo de nuevo esa mierda de sensación… Tienes razón, no sé por qué me tienen que pasar estas cosas a mí —quería asimilarlo, pero no podía—, solo quería un beso, un simple beso, sentirla, y esperaba que a lo mejor ella sintiera lo mismo por mí. No soy tan mal tío…

—Perdona, Ray, no he tenido mucho tacto, ya sabes que no lo suelo tener. Primero, eres un tío de puta madre, ¿vale?, segundo, deja de sentirte así. Vamos a analizar la situación detenidamente. Hasta ese momento, todo ha ido bien, vamos, que tú le has explicado lo de la apuesta y ella lo ha aceptado de buena gana.

—Sí, ha habido un momento que pensé que le iba a dar algo y que la estaba poniendo en un apuro, por lo que he reculado y le he dicho que lo olvidara.

—Pero te ha dicho que sí igualmente…, por lo que sí que quería…

—Eso pensaba yo hasta lo del aliento.

—Entonces yo no creo que te haya mentido.

—Por ello le he propuesto posponer la apuesta hasta el próximo viernes, que iba a tener cuidado de no beber, fumar y cuidar mi alimentación para volver con un aliento fresco. Así tendría garantías de que estaba siendo sincera. Y ha aceptado. —Ahora que se lo estaba repitiendo a John, me daba cuenta de que sonaba más ridículo de lo que pensaba.

—¿Y entonces dónde está el problema, Ray? Puedo entender que te haya fastidiado lo que acaba de pasar, pero míralo por el lado bueno, no te ha rechazado, no te ha dicho que no. Mira, tranquilízate, volvemos dentro y disfrutamos del resto de la noche. Quizás ha sido mejor así.

—¿Que ha sido mejor así? ¿Por qué? —No estaba para nada de acuerdo.

—Todo pasa por algo. Puede ser que no fuera el momento adecuado. A lo mejor, el próximo día, que ya os conocéis, todo sea más relajado y hasta llegue a algo más que un simple beso. Creo que hoy hubiera sido todo muy forzado, ¿no crees?

—Mirándolo así, quizás, no lo sé. —Dentro de mí, sentía que John tenía razón, me estaba apresurando demasiado. ¿Y si no hubiera tenido suficiente con ese beso? No sabría qué más hacer para acercarme de nuevo a ella.

Me recompuse como pude y volvimos a entrar. Nos sentamos y John le explicó a Brian que ya estaba mejor, que le había dado un ligero vahído. El muy ingenuo se lo creyó. Todo dentro parecía

seguir como lo habíamos dejado. La iluminación había cambiado, ahora era un poco más tenue y relajada, pero el resto permanecía igual. Bueno, quizás no todo, ella no parecía la misma. Casi no me atrevía a mirar, pero cuando lo hice, vi como su rostro denotaba tristeza, su innata sonrisa ahora se sentía forzada cuando atendía a la gente. Sus ojos no brillaban, estaban como perdidos. No solo fui yo el que percibió el cambio, su compañero también lo notó. Una de las veces en las que no tenían ya clientes a los que atender, la cogió y se la llevó cerca del mural de espejos. No podía oírlos, pero, por sus gestos, me pareció que le preguntaba algo así como que qué le pasaba; ella estaba ahí de pie, cabizbaja, a lo que él cogió su rostro entre sus manos y se la subió. No me gustó su expresión, denotaba que sentía algo por Ana. Su semblante al verla se tornó también serio, estaba preocupado. La atrajo hacia su cuerpo y la rodeó con sus brazos sumiéndose ambos en un fuerte abrazo. Casi me mareo del malestar que eso me produjo, hasta que me fijé en la tensión que Ana parecía manifestar en su cuerpo respecto de tenerle tan cerca. Pude percibir de forma clara que no se sentía cómoda. No iba desencaminado, pues le apartó rápidamente, aunque con mucho tacto. Su jefe, que justo entraba del almacén, corrió a comprobar qué estaba pasando. Separó a su compañero de una manera brusca, se plantó entre los dos y se apresuró a ver qué le pasaba y si se encontraba bien. Si no hubiera tanta diferencia de edad, pensaría que estaba enamorado de ella, porque, las veces que los he visto juntos, se trataban con especial cariño y mimo. ¿Y si son pareja? Dios, ¿podría ser? No, Ray, dije para mis adentros, deja de inventarte más mierda y no compliques más las cosas. Estaba desvariando una vez más. Su jefe, Jeff, le empezó a tocar la frente y la miró con atención a los ojos. En cuestión de segundos, la cogió firmemente del brazo y se la llevó al almacén. No era el único que me había percatado de lo sucedido, Brian también había estado pendiente:

—¿Qué le habrá pasado a Ana? Hace un momento, estaba radiante y, de pronto, no parece ni su sombra. Tengo una ligera sospecha, pero voy a preguntarle a Bailey.

—¿Qué sospecha, Brian?, ¿tanto la conoces como para ver que le pasa algo? Suelta prenda, donjuán. —Sé que John lo hacía de buena intención, pero eso de donjuán no venía a cuento.

—Llevo viniendo por aquí hace ya algún tiempo, ¿sabes? Y conozco a Ana —dijo regocijándose, presumiendo de nuevo—, es una mujer increíble. Siempre tiene buenas palabras, es risueña, comprensiva…,ha debido de suceder algo mientras estábamos entretenidos hablando, John.

—Sí, vale —le dijo pasando olímpicamente de la absurda explicación—, pero lo de la sospecha, ¿a qué viene?

—Tiene la mirada perdida, como sin vida, solo la he visto dos veces así. Pero antes de adelantar nada, prefiero asegurarme de que estoy en lo cierto. Perdonarme, ahora vuelvo.

Y, con esas, se levantó y nos dejó a los dos como dos auténticos gilipollas sin saber de qué iba todo esto. Empecé a sentirme culpable de que el causante de que ella estuviera así fuera yo. Si no hubiese sido tan egoísta y le hubiera propuesto lo de la apuesta y lo del beso, ella ahora estaría bien, los dos lo estaríamos (bueno, yo seguiría dándole vueltas a la cabeza, pero de otra manera). John, que intuía lo que me estaba rondando por la sesera, se apresuró a decirme que no era culpa mía, y yo pensé, demasiado tarde, John.

—¡No es culpa tuya, Ray! —me dijo gritándome prácticamente.

—Eso quisiera pensar, John, pero ha cambiado justo después de lo ocurrido. Y lo sabes mejor que yo porque ¡somos los únicos que lo sabemos! —le contesté poniéndome a su nivel.

—Eso no es verdad. No nos anticipemos. Esperemos a ver qué nos dice Brian. Por una vez, va a resultar útil que esté con nosotros. —Tenía razón.

—Esperaremos pues —contesté sabiendo que con John no valían las ñoñerías.

La incertidumbre de lo que estaba pasando me carcomía por dentro. Llevaba fatal no poder controlar mis emociones. Perder el control sobre mí era algo que no había experimentado y no me resultaba fácil lidiar con ello. Por otra parte, me preguntaba qué iba a hacer si de verdad yo había sido el causante de su malestar. Yo solo quería un beso suyo, yo solo… la quería a ella.

Brian no tardó mucho en regresar de hablar con Bailey. Su semblante no auguraba nada bueno, como pudimos comprobar a continuación. Al parecer, Ana estaba teniendo un fuerte ataque de migraña. Eso era lo que Brian sospechaba. Por lo visto, ya le había dado una crisis así estando él allí, pero nos quedamos con ganas de saber qué es lo que le había sucedido la otra vez, ya que no nos lo quiso decir. Para mí fue tranquilizador comprobar que yo no era el causante del problema, pero también hizo que me sintiera fatal por haber dudado de ella. Me había dicho la verdad. Al ver que Brian parecía entender de lo que le pasaba, me decidí a preguntarle por lo que pensaba que se le habría podido desencadenar:

—Bueno, Brian, me parece que entiendes mucho de Ana y de sus migrañas… —le espeté a propósito para ver si me respondía lo que yo quería averiguar.

—Parece que te molesta, Ray… Y para que te quede bien claro, tengo una muy buena relación con Ana. En alguna ocasión, y entre muchas de nuestras numerosas charlas, hemos hablado de su dolencia. Sé que la migraña manifiesta en ella una enorme hipersensibilidad a ciertos estímulos como el ruido, las luces, los olores… Tanto que, si siente algo de dolor y hay algo que los estimula aún más, puede desencadenarle en una crisis. Hoy tenía un poco de dolor, pero ha venido para no dejar colgados a Jeff y Bailey. Si te has dado cuenta, las luces y la música están más bajos de lo habitual. Jeff se encargó de todo cuando llegaron. Pero algo ha debido de pasar que le ha provocado más dolor aún.

Nada más oír eso, noté una fuerte sacudida en el estómago. Hizo que me diera cuenta de que quizás la presión a la que la sometí con todo lo de la apuesta y mi mal aliento provocaran esa situación agravando el dolor que ya tenía y desencadenándolo en la crisis. No me lo podía creer. Yo solo quería que fuera feliz. Eso terminó de rematarme, no solo había dudado de ella, sino que, encima, yo era el causante de cómo se encontraba en ese momento. Decidí que ya tenía suficiente y que era hora de irme de allí. Me ponía en su lugar y, sinceramente, si yo fuera ella, no querría verme ni en pintura. Era un auténtico imbécil. Pegué el último trago a mi cerveza que me supo a rayos y le dije a John que, si no le importaba, yo me iba a casa. Me contestó que le esperara unos minutos para que pudiera terminarse la suya y nos iríamos. No quería fastidiarle la noche, al fin y al cabo, el aún podía disfrutar, por lo que le dije que se quedara si le apetecía, que yo me pediría un taxi. Me miró como si estuviera loco. Por lo bajini, me confesó que no le apetecía quedarse allí con Brian. Los dos se llevaban bien, pero no como para pasar una noche de juerga juntos. Asentí mientras permanecía con la mirada fija clavada en el hueco de la puerta del almacén, a la espera de que ella apareciera de nuevo bien. Estaba empezando a preocuparme de verdad. No pasaron más que unos minutos y John dio su último trago. Como no me acordaba, con todo lo que había pasado, si habíamos saldado la cuenta de nuestras bebidas, opté por dejarle dinero a Brian. Aunque, si soy sincero, la idea no me convencía del todo. Nos levantamos y, cuando iba a sacar el dinero, vi como Jeff volvía solo a la barra. No pude contenerme, me despedí de Brian y me acerqué a la barra a preguntar. Le pregunté primero si debíamos algo, a lo que me dijo que no, ya que Ana nos había invitado a la última ronda. Y justo ahí aproveché para preguntar por ella evitando así cualquier sospecha.

—Perdona, he visto que se ha llevado a Ana y ya no ha vuelto. ¿Se encuentra bien? —le dije como el que no quiere la cosa.

—No, tiene un ataque de migraña. No tendría que haber permitido que viniera así a trabajar, pero es muy testaruda y haría lo que fuera por ayudarme. Si lo hubiera sabido de antemano, jamás se lo hubiera pedido.

—Yo no se lo he notado cuando hemos estado hablando antes —le contesté esperando que me redimiera de sentirme culpable por ser el causante de que terminara así.

—Sabe esconderlo muy bien. Es solo cuando le da muy fuerte y ya no puede controlarlo que su cuerpo entero manifiesta lo mal que se encuentra.

—¿Y no se puede hacer nada?, ¿puedo ayudar en algo? —le pregunté esperando que dijera que sí. Quería hacer algo, no me podía quedar de brazos cruzados.

—Eres muy amable, pero no, se ha tomado su medicación y ahora toca cruzar los dedos para que se le pase un poco —me contestó con firmeza y tranquilidad. Me dio la impresión de que esa no era la primera vez que lidiaba con esa situación—. Solo espero que haya llegado a tiempo. Si no, me veo llevándola a urgencias. En fin, es lo que hay.

— … Dígale que lo siento mucho y espero que se ponga bien pronto, ¿vale? —No sabía qué decir, la palabra «urgencias» había causado en mí una especie de parálisis—. Adiós.

—Muchas gracias, se lo diré. Espero que hayáis estado a gusto. Adiós.

Volvía a la mesa muy pero que muy angustiado. Me hubiera gustado tanto verla antes de salir de ahí… Necesitaba saber que se iba a encontrar bien. Pero no pudo ser. John me esperaba ya de pie. Le hice una señal a Brian de que todo estaba pagado y nos fuimos.

6

De camino al coche, casi no mediamos palabra. John fue muy cuidadoso por no decir nada inapropiado en ese rato. En el coche solo mencionó si quería ir a algún otro sitio, aun sabiendo que mi respuesta iba a ser «no». Tampoco insistió, como otras veces. Las únicas palabras que salieron de su boca fueron: «No tienes la culpa, Ray, quédate tranquilo; si ya tenía dolor de cabeza, era inevitable que a lo largo de la noche le aumentara». Se lo agradecí de corazón, pero yo sabía a ciencia cierta que lo que había pasado entre nosotros sí que le había influido en ello, aunque hubiera sido mínimamente. Aparcó en la puerta de casa y me despedí. Me disculpé con él por acabar la noche así. Tengo suerte de que John no es del tipo que les da demasiada importancia a las cosas, por lo que no se lo tomó a mal. El tiempo que habíamos estado fuera lo había disfrutado. Subí a mi piso, a mi remanso de paz, me puse el pijama y me acosté. No quería pensar ya. Estaba exhausto de toda la semana y lo sucedido esa noche. Intentaba quedarme dormido, pero era imposible, había un pensamiento que no me dejaba conciliar el sueño, el de que Ana estuviera bien. Quería estar a su lado, abrazarla, curarla, hacer que se sintiera protegida en mis brazos… Lo siento, lo siento, lo siento…, empecé a repetirme en mi cabeza como una cantinela. La esperanza de dormirme desaparecía a cada segundo que pasaba. Estaba demasiado inquieto por ella. No podía dormirme tan tranquilo sabiendo que ella estaba mal, no era justo, y menos cuando había sido por mi culpa. El tiempo transcurría y yo permanecía despierto tumbado en la cama en medio de la oscuridad de mi habitación. Intentaba no pensar en nada, pero resultaba imposible. Su imagen estaba grabada en mis retinas. El no saber cómo se encontraba me pesaba más que otra cosa. Cuando ya lo había dejado por imposible, empecé a notar como si alguien me susurrara al oído. Era una voz casi imperceptible, pero tremendamente dulce, semejante a la voz con la que me había hablado Ana cuando nos conocimos. Me dijo: «No te preocupes, duerme tranquilo, Ray, todo está bien». Me calmó tanto que, en un abrir y cerrar de ojos, el sueño se apoderó de mí y me quedé completamente dormido.

Me desperté ya bastante entrada la mañana, cerca de las once. Algo inusual en mí. Me levanté y rebusqué en la nevera algo que llevarme a la boca para desayunar. No tenía gran cosa. Encontré restos de una *pizza* de hacía un par de días y me los calenté. Me hice un café y ese fue mi desayuno. Había conseguido dormir del tirón sin sobresalto alguno. Tenía la sensación de que alguien había velado por mi sueño toda la noche. Aunque, ahora, ya de vuelta a la realidad, el pensamiento de cómo seguiría Ana volvía a perseguirme. Mientras desayunaba, la escena de cuando ella estaba cabizbaja y su compañero Bailey le cogía su cabeza entre sus manos apareció de nuevo en mi mente, pero ahora quien se la alzaba no era él, sino yo. Eran mis manos las que ahora sostenían su preciosa cara, la miraba y ella a mí, posaba su cabeza en mi pecho mientras la estrechaba con fuerza entre mis brazos. Al contrario que lo sucedido con anterioridad, no me rechazaba, me abrazaba con la misma intensidad que yo a ella. Le acariciaba su largo y sedoso cabello embriagándome por completo con su aroma. Nuestros corazones latían con fuerza y Ana me decía que ese era el único lugar donde quería estar, donde se sentía segura, que no la soltara jamás. La deseaba tanto tanto… El sonido de mi móvil, una vez más, me trajo de nuevo de vuelta haciendo que esa maravillosa visión se

desvaneciera como el humo. Seguro que adivinaréis quién era el de la llamada, por supuesto que sí: John.

—Buenos días, guaperas, ¿qué tal?, ¿has podido descansar algo? —Sabía perfectamente lo afectado que me había dejado ayer.

—Buenos días, John. Al principio, me fue difícil, pero ocurrió algo raro, sentí como que alguien me tranquilizaba y me quedé frito. He dormido del tirón hasta hace un rato que me he levantado y… eso.

—Genial hasta lo de «eso»… ¿Qué significa?

—Pues que desde que estoy despierto no dejo de pensar en Ana. En cómo habrá pasado la noche, si se recuperó cuando nos fuimos, si al final tuvieron que ir a urgencias, me agobia el no saber cómo está —le dije con voz entrecortada, pues seguía sintiéndome culpable.

—Me lo imaginaba. Creo que en eso puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Cómo? —le pregunté incrédulo, sin saber por dónde cogerlo.

—He llamado a Brian para preguntarle qué tal se le dio ayer y, aprovechando las circunstancias de la conversación, he sacado, como el que no quiere la cosa, el tema de cómo se encontraba su «camarera favorita».

—¿Que has hecho qué?, ¿pero a ti se te ha ido la pelota o qué? Va a sospechar algo. Nunca lo has llamado, y menos preguntado por alguien que ni te va ni te viene, John. La madre que te parió.

—¡Cálmate, Ray, que no pasa nada! No ha sospechado, soy más listo de lo que parece, ¿sabes? Le he pedido perdón por haberle dejado solo, pero que me había ido contigo porque yo me encontraba algo indispuesto. Y se lo ha tragado, pero bien. Y lo de preguntar por ella también. Si lo recuerdas, los dos estábamos ahí cuando le sucedió la crisis y nos enteramos de todo, por lo que no ha sido nada sospechoso el preguntar por ella.

—John…, mira que como la líes no sé qué te hago…

—Cállate ya y deja de amenazarme, si luego no eres capaz de matar una mosca… ¿Quieres saber cómo se encuentra o qué? Porque te cuelgo y te dejo ahí que te ahogues en remordimientos y conjeturas.

—Perdona. Sí, por favor, te lo suplico, dime cómo está. Esta incertidumbre no me deja vivir.

—Pues por lo que me ha comentado Brian, tardó un rato en volver del almacén. Estuvo tumbada un rato hasta que le hizo algo de efecto la medicación y regresó a la barra. Aún seguía con la migraña, pero el dolor había remitido en parte. Aguantó lo que pudo hasta que su jefe la envió a casa, dado que la noche estaba más tranquila de lo esperado.

—¿Estuvo hablando personalmente con ella? —le pregunté carcomido por los celos que me generaba pensar que él estaba allí a su lado, acompañándola cuando más lo necesitaba y, mientras tanto, yo aquí intentando conciliar el sueño.

—No sé si lo ha mencionado…, pero, bueno…, lo que importa es que ella ya estaba un poco mejor, ¿no? —me dijo como titubeando de su respuesta.

—Mientes muy mal, ¿sabes, John? Por el dudar en tu respuesta, doy por hecho de que sí. —Empezaba a encabronarme por momentos.

—Sí. Estuvo hablando con ella a ratos, hasta que su jefe le ordenó que se fuera. Que Bailey y él ya se encargaban del resto. Y…

—¿Y…? —dije temiendo la respuesta de John.

—Se ofreció a llevarla a su casa, ya que la había recogido su jefe y ella no tenía coche —me contestó en voz muy muy baja.

—¿Qué acabas de decir? Creo que no te he escuchado bien. —Ahora se me había secado la boca por completo. Realmente, no quería oírlo…

— Lo has oído bien. Brian se ofreció y acercó a Ana a su casa, puesto que ella no tenía coche. Su jefe quería llevarla, pero no podía dejar a Bailey solo. Por eso la acompañó quien tú y yo sabemos. —Me había quedado sin palabras—. Ray, ¿estás ahí? ¿Ray?

—Estoy aquí —balbuceé sin saber aún qué decir.

—Mierda, no te lo tenía que haber dicho… ¿Por qué has tenido que preguntarme? Ya la he vuelto a liar. Yo solo quería que no te preocuparas más…

—Te lo agradezco, John, me he quedado tranquilo por ella… —Me sentía aún peor que antes.

—Ray, deja de darle mil vueltas a todo. No creo que Brian esté saliendo con ella —me espetó intentando que volviera en mí.

—No es eso. Él se quedó allí, John, a su lado; se interesó por ella todo el tiempo. ¿Y qué hice yo? Me fui. La dejé ahí, sin importarme si estaba bien o no, simplemente me marché a casa… ¿Sabes cómo me siento ahora mismo? —Ahora sentía mil cuchillos en mi garganta y, de nuevo, esa presión en el pecho, pero, ahora, con razón.

—Perdona, pero sí que te interesaste por ella, no seas mentiroso, recuerdo que le preguntaste a su jefe antes de irnos. No podías hacer nada, Ray. Además, tú la acabas de conocer. Tampoco podrías haberla llevado a su casa porque no tenías coche. No te martirices más. Seguro que Ana ni siquiera lo ha tenido en cuenta. Y, bromas aparte, no creo que hubiera querido que la llevaras tú si tu aliento la puso así. —Empezó a descojonarse como el que no quiere la cosa. Ese es John, quitándole importancia a todo.

—¿Y ahora por qué te ríes? Estoy hecho polvo, joder. —Yo ahí bien jodido y mi colega partiéndose de risa, era surrealista.

—Me río porque te tomas todo muy a pecho. Ni siquiera estás saliendo con ella, no hay nada entre vosotros. No entiendo por qué reaccionas así. Y no pienso animarte más a que te quedes ahí lloriqueando como una nenaza. Lo del viernes sigue en pie, pues ya está. Anda, cabeza de chorlito, vente a comer a casa y pasamos el rato —me dijo con esa parsimonia que le caracteriza.

—Te agradezco la invitación, pero va a ser que no. Y en lo referente a Ana, sé perfectamente que no hay nada entre nosotros y no sé por qué todo esto me afecta tanto. Solo sé que no puedo quitármela de la cabeza. Ojalá fuera como tú, despreocupado, etc. —Lo decía de verdad, me hubiera gustado ser de otra manera.

—Como quieras, no te voy a insistir más. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme —me dijo—. Nos vemos mañana en el estudio.

—Hasta mañana, John. Y, de verdad, te agradezco de corazón todo lo que estás haciendo por mí. Estaré bien. —Quería que se quedara tranquilo, por eso puse mucho interés en que mi voz sonara como la de siempre.

Colgué el teléfono. Me llevaban los demonios por haberme comportado de una manera tan estúpida ayer. Pero era cierto, ¿qué más podía haber hecho yo? Intenté autoconvencerme y así poder pasar lo que restaba de aquel domingo de una forma, digamos, «normal». No fue fácil, la verdad. Evalué salir a correr, pero me decanté por quedarme en casa y ver un rato la tele. No os voy a detallar nada más porque os aburriría, una vez contada la dinámica de un día fin de semana de mi

vida, dichas todas. Lo único en especial que me digné a hacer fue meterme en mi estudio y tocar la guitarra. Me daba mucha paz, podía tirarme horas y horas sin cansarme. Era mi mundo. De vez en cuando, versos sin ningún sentido afloraban en mi mente, los cuales rápidamente los escribía en un papel, pues nunca se sabe cuándo pueden significar algo importante. Tenía un montón de notas, pero con ellas no conseguía componer una buena canción. Aún seguía estando bloqueado, no había cambiado nada. Cuando me quise dar cuenta, ya era de tarde. No os lo he repetido por no ser cansino, pero a cada poco seguía preguntándome cómo estaría Ana y qué estaría haciendo en un domingo como este. Ni qué deciros del sabotaje de mi mente para crear miles de desagradables pensamientos: ¿estará sola? Y de no ser así, ¿con quién estará? Si, así de retorcido soy. Decidí al final ir a dar una vuelta. Mientras me ponía algo para salir, se me vino una idea a la cabeza: coger mi moto e ir a mi lugar preferido (hacía ya mucho tiempo que no iba). Y eso es lo que hice. Era un sitio que muy poca gente conocía y estaba un poco lejos de donde yo vivía, pero llegaría a tiempo para ver el atardecer. Había algo de tráfico, pero casi todo en sentido contrario, así que tardé mucho menos de lo esperado. Aparqué mi moto donde siempre, saqué una fina manta que llevaba en el portamaletas y me senté. Estaba en el cerro de una colina y, desde lo alto, vislumbraba gran parte de la ciudad. Era un lugar muy especial para mí, al que mi madre solía llevarme cuando era pequeño y al que, siendo más mayor, empecé a acudir para desconectar del mundo y encontrarme a mí mismo. Nunca lo he compartido con nadie, era solo mío, de nadie más. Se respiraba aire fresco, paz, tranquilidad. El bullicio de la ciudad quedaba lejos como una música de fondo, pero no me molestaba. Respiré muy profundo. Era majestuoso ver cómo el sol se iba poniendo y su brillo contrastaba con las luces de la ciudad que empezaban a encenderse. Por extraño que parezca, allí siempre me sentía bien. Toda la mierda que me rodeaba, cómo me sentía, lo que me preocupaba, simplemente, desaparecía. Por un breve momento en el tiempo, era libre por completo. Todo carecía de importancia. No pensaba en nada, me dejaba llevar… Solo una cosa merodeaba por mi cabeza: Ana. Mirando la cuidad, me preguntaba dónde viviría, de qué manera, qué estaría haciendo ahora mismo. Algo dentro de mí me decía que era especial. No sé qué me había dado con ella, ni yo mismo lo entendía. Volví a respirar muy hondo, me encontraba bien. El ocaso era inminente. Opté por comerme la hamburguesa con patatas y cerveza sin alcohol que me había cogido de camino aquí antes de que se hiciera más de noche y se quedara fría. Lo hicimos una tradición; cada vez que subíamos, cogíamos dos menús de hamburguesas y nos los comíamos sentados en la hierba. Era una sensación maravillosa y muy reconfortante. Todo me supo a gloria bendita. Me quedé allí sentado bastante rato. El sol ya se había ocultado casi por completo y eran las luces de la ciudad las que, ahora, habían cobrado protagonismo. Me tumbé para observar el cielo y alguna que otra estrella que brillaba sin ser eclipsada por la contaminación lumínica. Cerré por un instante los ojos, atesorando en mi interior cada una de esas imágenes, a cuál más bella, e intentando empaparme de la energía del lugar. Los volví a abrir pareciéndome ahora que esas estrellas brillaban con más fuerza aún. De pronto, una estrella fugaz cruzó velozmente el firmamento. Me apresuré a pedir un deseo con todo mi corazón puesto en él, ansiando fervorosamente que se cumpliese. Me hubiera gustado permanecer allí más rato, pero empezó a refrescar y comprendí que era hora de irse. Recogí todo, me subí en mi moto y puse rumbo a casa. Nada más llegar, encendí un poco la tele para ver si me entraba el sueño. Estuve poco, no tardé en irme a la cama. Aún mantenía esa increíble sensación que me había dejado el haber estado en mi «rincón preferido», como me gustaba llamarlo, y quería aprovecharlo para

conciliar el sueño. Con ambos sentimientos, el de mi rincón y el de Ana, caí en un sueño profundo, muy profundo…

El sonido de la alarma de mi móvil me sobresaltó, lo apagué dando paso al comienzo de una larga semana. Y digo larga porque, hasta el viernes, se me iba a hacer eterna. Me levanté descansado, me duché, vestí, etc. Busqué en la nevera algo para desayunar y caí en la cuenta de que tenía que cuidar lo que iba a comer y beber desde ese momento en adelante, durante todos esos días si quería llegar preparado, y con buen aliento, al viernes para la susodicha apuesta y conseguir besarla. Deseché casi todo de lo poco que tenía en la nevera, por lo que, viendo el panorama de que no había nada para comer, decidí ir antes al estudio y desayunar una tostada en un bar que había prácticamente al lado. Cogí mi moto y me fui. Llegué con bastante antelación, raro en mí, pero el hambre demandaba ingerir pronto algo líquido y algo sólido. Me debatí si tomar café o no, me cabía la duda de si la cafeína reportaría algún tipo de olor desagradable, pero sin café no soy nadie. Por esa vez, lo tomaría y, más tarde, investigaría un poco para ver a qué tipo de olores son más susceptibles las personas que padecen migrañas, más que nada para tener una idea de los alimentos a evitar y poner especial atención a lo que comía y bebía. Iba a hacer las cosas correctamente, pues me aterraba que se volviera a fastidiar todo, y menos por culpa mía. Tuve suerte, ya que la cafetería acababa de abrir y solo éramos dos personas a las que atender. Al final me pedí café, unas tostadas y huevos revueltos. Era un lugar tranquilo a esa hora. Más tarde, como ya comprobamos en alguna ocasión, se ponía hasta arriba de gente. Era imposible tomar algo a gusto sin tener que poner los ojos en blanco e incomodarme por miles de miraditas, sonrisitas e, incluso, «ofrecimientos» de muchas de las mujeres, de todas las edades, allí reunidas, que más que comer sus desayunos me comían a mí. Disfruté ese momento de lo lindo. Terminé y fui al estudio. Rave y Matt ya estaban allí. Se quedaron un poco sorprendidos de que yo hubiera llegado también tan pronto, pero no hicieron comentario alguno. Brian no tardó en aparecer. Su mirada de intriga por encontrarme ya en el estudio a esas horas le delataba, pero sabía de antemano que no iba a hacer ademán de preguntar. Yo sí que estaba intrigadísimo por que me explicara la relación que tenía con Ana, pero ni de coña iba a preguntarle. No iba a darle ese gustazo ni delatarme ante él de mi interés por ella. No os puedo asegurar si fue mi imaginación la que me jugó una mala pasada o fue real, pero, en un momento en el que nuestras miradas se cruzaron, noté como me miraba por encima del hombro, como regocijándose de lo que había pasado el sábado con Ana. Como queriéndome decir: «Mira, guaperas, yo estuve allí con ella, la llevé a su casa, y tú, no». Empecé a ponerme de muy mala leche. Menos mal que John llegó justo a tiempo para sacarme de ese estado enfermizo. Llegaba bastante tarde, era aún peor que yo. Los demás enseguida le dieron un toque de atención, pero era John, y como ya os he comentado, por un oído le entraba y por el otro le salía. No le dio la mayor importancia. Más de una vez hubiera dado lo que fuera por ser como él, por tomarme las cosas así tan a la ligera. Se fue directo a Brian. Mantuvieron una conversación por unos minutos y, luego, fue a por su guitarra. Estuve tentado en llamarle inmediatamente para ver de qué habían hablado, pero hubiera sido muy evidente que algo nos traíamos entre manos los dos. Preferí dejarlo estar, aguantarme mi ansia de saber y esperar a que se diera el momento adecuado para poder hablar tranquilamente y sin espectadores. Empezamos a tocar una de las canciones que había compuesto, pero no lográbamos acompasarnos, de alguna manera, cada uno iba por su lado. Después de varias frustrantes horas sin conseguir tocar nada en condiciones, hicimos una pausa. Me acerqué a John y le pregunté, como el que no quiere la cosa, por lo que había hecho el domingo. Eso me dio la oportunidad de despistar a los demás para que no se

interesasen por lo que estábamos hablando. Y, aprovechando a que todos estaban a lo suyo, le pregunté por la conversación entre él y Brian:

— ¿Qué narices has estado hablando con Brian?

—¿Qué pasa? ¿Sientes curiosidad?

—No me vaciles, ya sabes que sí —le espeté con cierto tono malhumorado.

—Relájate y no me montes una escena, guapo —me contestó riéndose de mí—. Le he preguntado por si quería quedar este viernes.

—No me lo creo, pero ¿a ti qué te pasa?, ¿que le has preguntado por el viernes? ¿Y… no le habrás vuelto a preguntar por Ana? —Ahora estaba perdiendo la poca paciencia con la que, hasta hace un momento, contaba.

—Sí y no. Y, antes que te tires a degüello a por mí, déjame que te explique. Me imaginé que te estarías comiendo el tarro todo el santo domingo por lo sucedido y que hoy empezarías la superdieta para la apuesta del viernes, ¿tengo razón? —me dijo sin dejarme meter baza en la conversación ni a contestar a su pregunta—. Así que he ido a preguntarle si el próximo viernes tenía planeado ir al *pub*, que quería compensarle por haberle dejado «tirado» el sábado, ya que, si viene él, vas a tener difícil el poder besar a Ana. Me dijo que aún no lo sabía, que estaba a expensas de contestación por parte de un amigo suyo para salir de marcha, si quedarían el viernes o el sábado. También me ha aclarado, y, por favor, no te cabrees, que hará todo lo necesario para que sea el viernes e ir al *pub* y, de paso, ver a Ana.

—¿Que no me cabree? Se me acaba de parar el corazón en seco. No sé lo que tienes que hacer ni cómo, pero pregúntale ¡qué coño le pasa con Ana! Por qué ese interés por ella, si están saliendo. —Ahora sí que notaba que iba a darme un infarto. ¿Realmente quería saber la respuesta a esa pregunta? El miedo a enterarme de si estaban saliendo o algo parecido era innegable, pero, sinceramente, necesitaba claridad. Lo determinaría todo con ella.

—Listo, ¿qué crees? Claro que se lo he preguntado, puesto que me lo ha dejado a huevo, ¿sabes? Y para que te calmes y te relajes, solo se conocen del *pub*. Ni son amigos, ni salen juntos, ni lo han hecho. Aunque si fuera por Brian…, hum, él está muy interesado en ella. Venga, vuelve a respirar, así, respira —me dijo viendo que me estaba poniendo morado de aguantar hasta oír, por fin, que entre ellos no había nada.

—Este Brian es un imbécil redomado. Ha intentado hacerme creer que tiene algo con ella. Me alegro de que no sea así. Que se joda si quiere algo más —dije con total convencimiento y fulminando, una vez más, a Brian con la mirada—. Y te digo bien clarito, John. Me importa una mierda que vaya el viernes. Voy a besar a Ana pase lo que pase, no me voy a dar por vencido. Siempre y cuando ella también lo desee, claro.

—¡Eso es, guaperas! Di que sí, con un par de cojones —dijo riéndose a carcajadas y llamando, ahora sí, la atención de todos.

Tuvimos que dejar ahí la conversación, pero ya no me importaba no seguir hablando. Había averiguado lo que más me carcomía por dentro: Brian no tenía una relación ni nada parecido con Ana. Eso me envalentonó y me emocionó al mismo tiempo. Lo siguiente era mantener mi promesa de llegar al viernes con un superaliento y besarla. Haría lo que fuese. Volvimos a ensayar y, esta vez, parece que nos iba saliendo algo mejor, aunque no era para cantar victoria. Llegó la hora de ir a comer, normalmente, íbamos a un restaurante asiático que quedaba a dos calles del estudio. No sabía qué hacer, no controlaba aún lo que podía ser perjudicial para mi aliento. Les dije a los chicos que se

fueran adelantando, que tenía que hacer una gestión para así darme tiempo a fisgonear en internet y evaluar qué podía comer. No encontré nada concluyente, lo que aparecía tenía que ver con lo que una persona con migraña debía de evitar a la hora de comer para no aumentar las crisis. No era tan fácil como me había imaginado. Decidí cambiar de estrategia y buscar los alimentos que más provocaban mal aliento y encontré los siguientes: ajo, cebolla, lácteos, el zumo de piña y de tomate, el rábano, el alcohol, el café… Iba a ser difícil pasar sin alguno de ellos; sobre todo, y el que más me fastidiaba quitarme, era el café, no soy nadie sin él. Pero como ya os he dicho, estaba totalmente decidido a que todo saliera bien. También miré otras cosas que podían provocar el mal aliento: como el tabaco, ciertos medicamentos... Debía extremar, además, mi higiene bucal. Lo tenía claro, iba a tener que sobrevivir esta semana a base de bocadillos. Ir a otro lugar a comer sería arriesgarme demasiado. Llamé a John para decirle que no me esperaran, que les dijera que se me había complicado la gestión y no me iba a dar tiempo. No me gusta mentir, pero esto era por una buena causa y, en parte, era cierto que estaba intentando gestionar esto. Bajé de nuevo a la cafetería donde había ido hace unas horas a desayunar y me pedí un bocadillo. Estaba llena de gente, demasiada. Lo bueno es que tenían muchos bocadillos preparados y tardaron poco en atenderme. Volví al estudio, saqué de la máquina una botella de agua y me lo comí tranquilamente. Madre mía, si me vieran los otros, se quedarían perplejos y pensarían que, de seguro, me pasa algo malo. Por un momento, me entró la risa de verme en esa situación. Estaba perdiendo la cabeza a pasos agigantados, imaginaros, yo riéndome solo de mí mismo, impensable. Continué mi investigación acerca de la migraña: qué era, las personas más propensas a ellas, los detonantes… También me interesé por los alimentos que, comúnmente, la desencadenan, la lista era considerable. Sentí un calambre en el estómago cuando leí que los estímulos sensitivos como luces brillantes o parpadeantes, sonidos y ¡olores fuertes! (perfumes, tabaco, alcohol…) acrecentaban aún más las crisis. Solo podía pensar en Ana, pobrecilla, joder, cómo lo tuvo que pasar de mal. Me dije de todo. Me hubiera gustado tener su teléfono para llamarla y preguntarle, pero no sabía cómo conseguirlo. Estaba claro que Brian no lo tenía, ya que solo supo cómo estaba hasta el momento de acompañarla a su casa. Y si lo hubiese tenido…, cualquiera se lo pedía, jamás, imposible, no me lo daría, y menos a mí. También pensé en su trabajo y cómo aguantaría atendiendo a los clientes en el *pub*. Precisamente, las luces, el ruido y el aliento de la gente no eran lo ideal para lo que ella padecía. ¿Se habría planteado cambiar de trabajo? Me rondaban miles de preguntas por la cabeza, preguntas a las que no tenía respuesta. Al poco, el bullicio de unas voces por el pasillo me indicó que mis compañeros ya volvían de comer.

La tarde fue una más. De lo que teníamos que haber grabado, solo abarcamos la mitad y sin ser todo lo bueno que debía. Mañana, cuando viniera nuestro mánager y viera lo poco que habíamos avanzado, íbamos a tener serios problemas y a llevarnos una reprimenda de tres pares de narices. Y con razón, no estábamos cubriendo los plazos y, encima, la calidad no era tampoco lo esperado. O surgía un milagro o dentro de nada nos veíamos de patitas en la calle. Las canciones que estábamos grabando no eran del todo malas, pero no cumplían con las expectativas para poder sacar un disco al mercado y, sin eso, nuestro sueño se esfumaba ante nosotros. Estaba muy frustrado al respecto y, aunque yo no dependía económicamente de este trabajo, la putada era que el resto de los integrantes de la banda sí. Además, todos habíamos luchado durante mucho tiempo por ello. Yo, sin el conocimiento del resto de mis compañeros, por supuesto, era el que inyectaba de dinero al mánager para poder continuar con lo que hacíamos. Tenía los recursos y no me importaba invertirlos en la banda. Creía en nosotros y muy dentro de mí algo me decía que persistiéramos, que algún día

llegaríamos lejos. El problema era cuánto íbamos a poder aguantar así. Esta situación no era sostenible por mucho más tiempo. Cada día la historia se complicaba por momentos. Ojalá consiguiera centrarme y, junto con los chicos, componer y tocar grandes temas. No teníamos altas aspiraciones, tales como la de llegar a ser una banda internacional, pero sí que, por lo menos, ser grandes en nuestro país. Deseábamos que a la gente les gustara nuestra música, se identificara con la letra de nuestras canciones, que despertáramos algo dentro de ellos, tener nuestros fanes, nuestros seguidores… Sueños y más sueños a la espera de ser cumplidos que se desvanecían cada día que iba pasando. Terminamos alrededor de las siete de la tarde, como casi siempre. Nos despedimos y nos fuimos cada uno por su lado. No volví a hablar nada más con John ese día.

7

Al día siguiente, vuelta a empezar. La misma historia y, como yo había predicho, nos calló la mundial cuando vino Travis, nuestro mánager. Tuvimos que agachar las orejas y recibir un buen rapapolvo. Hubo incluso insultos. Momento en el que la reunión se subió de tono y acabamos, para no variar, él y yo discutiendo. Se veía venir, por supuesto. Claro que le entendía; su cabreo y su enfado estaban totalmente justificados, pero lo que yo no admitía, y por eso siempre terminaba enfrentándome y discutiendo con él, era que nos insultara como si fuéramos una mierda, lo peor del mundo. No me gustaba para nada el tono que empleaba. Al fin y al cabo, él cobraba por sus servicios, por no mencionar que ni se preocupaba de buscar patrocinadores o colaboradores que era en gran parte su trabajo. No nos ayudaba en nada, solo se limitaba a aparecer de vez en cuando y pasarse de la raya con nosotros. Cualquier otro le hubiera mandado a paseo, pero tenía que morderme la lengua y contenerme de decirle todo lo que sentía y quería debido a que no había demasiados mánager dispuestos a trabajar con una banda novata, que está empezando en este mundo y en los que sus componentes no eran precisamente jovenzuelos. Estábamos atados de pies y manos. No se entretuvo mucho tiempo, nos echó la bronca, discutimos y, una hora después, ya no había rastro alguno de él. Cada vez que esto sucedía, nos costaba aún más concentrarnos, por lo que fue otro día tirado por el retrete.

El resto de la semana fue más de lo mismo, frustración, cabreos, desacuerdos en las grabaciones, mil excusas inventadas por mí para no ir a comer… Y si a todo esto le sumamos mi falta de ingesta de cafeína, y alguno que otro alimento, podréis haceros una idea de lo insoportable que estaba, aún más de lo que ya era, si cabe. Se me estaba haciendo eterno. El tiempo parecía no avanzar, o por lo menos no con la rapidez deseada. Mientras tanto, y según se acercaba el viernes, mis nervios iban acrecentándose. Me costaba estar tranquilo en casa, en el estudio, dormir, comer… No podía más. Solo las ganas que tenía de verla, de asegurarme que estaba bien y, por supuesto, de besarla, eran lo único que me mantenían cuerdo. Por otro lado, estaba la incertidumbre de si mi maldito compañero Brian iría el viernes o no. Estábamos ya a jueves y no se lo había confirmado aún a John. El pobre no sabía ya qué hacer ni qué decirle. Todo esto me hacía pensar que Brian, de algún modo, intuía lo que teníamos planeado y estaba haciendo todo lo posible por sabotearlo. Una descabellada idea cruzó mi mente: ¿será que Ana le ha contado lo de la apuesta y por eso este idiota actúa de esa manera? Sacudí mi cabeza inmediatamente para alejar ese absurdo pensamiento de mi mente. No la creía capaz ¿o sí? ¿Pero por qué iba a hacerlo? Ellos no eran tan siquiera amigos… Estaba desvariando y eso no era bueno para nadie. Hasta ahora me había demostrado ser sincera, por lo que no tenía por qué dudar de ella. Pero, tras mis experiencias con otras mujeres, llevaba muy mal el confiar en el género femenino. No podía hacer nada al respecto, por lo que opté por dejarme llevar y ver cómo se iban aconteciendo las cosas. Me costaba un triunfo la verdad, pero cuando peor lo llevaba, empezaba a pensar en ella, en todo lo que me había dicho cuando nos conocimos, en el brillo de sus preciosos ojos oscuros, en su tez sonrojada al mirarme, en su boca, en lo que me había hecho sentir tan solo hablando unos minutos… Este viernes iba a ser mi oportunidad para

acercarme a ella, sí o sí. Llegó la hora de marcharnos y ahí seguíamos sin noticias de si íbamos a estar solos en el *pub* mañana por la noche. Vi a John con intención de volverle a preguntar a Brian, inmediatamente, le hice un gesto de negación con la cabeza para que se olvidara de ello. Sería muy mosqueante y denotaría más que un solo mero interés por el simple hecho de quedar. Menos mal que John se coscó de lo que le quería decir y asintió con la cabeza desistiendo así de preguntarle. Me hizo un gesto con la mano para indicarme que me llamaría más tarde y nos fuimos de allí. Ya estaba anocheciendo. Me metí en mi estudio, no quería pensar en nada y ese era el sitio ideal. Empecé a tocar esperando que el tiempo pasara. Fue cerca de las nueve y media cuando recibí la llamada de John, tal y como me había indicado que haría.

—Hola, John, qué tal, qué pasa.

—Hola, guaperas, pues poca cosa. Aquí estoy, que acabamos de cenar y vamos a ver un poco la tele. ¿Tú qué haces?

—Pues estaba tocando un poco en mi estudio. Era la única manera de pasar la tarde tranquilo —le contesté.

—Menos mal que esta tarde me has hecho una señal, iba lanzado para volver a preguntarle a Brian por mañana —me comentó con voz de resignación—. A estas alturas sigo sin saber nada. Lo siento, Ray, me hubiera gustado poder decirte lo contrario. —Parecía molesto por ello. Pero él no tenía la culpa, demasiado estaba haciendo.

—No te preocupes, John, ya bastante has hecho. No creo que te lo confirme hasta tarde, no sé por qué me da —de verdad pensaba que sabía lo de la puesta—, he pensado incluso que sabe lo que tenemos planeado y está jugando con nosotros.

—No te hagas pajas mentales, Ray. ¿Cómo va a saber lo que tenemos en mente? Imposible —dijo firmemente y con total convencimiento—. Yo lo que creo es que su amigo aún no le ha contestado y ni siquiera lo sabe él mismo.

—Quizás tengas razón. Realmente, es lo que tiene más lógica. —Era cierto, lo que yo pensaba no tenía ningún sentido.

—Claro que tengo razón por una vez —dijo con una risa un tanto extraña—, pero te tengo que pedir un favor…

—Dime, qué es lo que necesitas.

—Habla tú con Jenni. Está un poco mosca, no se cree lo tuyo con Ana. Se piensa que soy yo el que quiere ir a verla. No sé por qué le ha dado por pensar eso, pero necesito que se lo expliques, por favor. —Esta sí que es buena, su novia pensando que era él el que tenía un interés especial por mi Ana.

—Está bien, pásale el teléfono, yo hablaré con ella, pero no pienso darle demasiadas explicaciones —le dije de forma tajante—, con esto ya va a saber demasiado y no me apetece que nadie más sepa de mi vida, sabes lo que pienso al respecto. Mi vida privada es solo mía.

—De acuerdo, solo quiero que lo escuche de ti. Si no, mañana me va a dar muchos problemas el querer salir de juerga, ¿sabes? —Le entendía a la perfección. Tenían peleas continuamente. Por eso John, para evitarlos, casi no salía. Esas dos últimas veces habían sido la excepción.

Hablé con Jenni. Le expliqué, sin muchos detalles, por supuesto, lo de la apuesta y que era yo el que tenía cierto interés por una camarera de allí. Todos saben que no miento, que no me gusta para nada la mentira ni las personas mentirosas. Jenni también lo sabía y, de alguna manera, confiaba más en mi palabra que en la de John. Le comenté que íbamos a salir en plan tranquilo y que no nos

demoraríamos mucho. Me dijo que *okey*, que sin problema entonces. Me volvió a pasar con John, del que me despedí diciéndole que mañana hablaríamos de ello. Cené otro bocadillo viendo la tele y luego me fui a la cama. Concilié el sueño enseguida, lo que me hizo pensar que estaría tranquilo, pero la realidad fue otra. Esa noche no pude pegar casi ojo. Al contrario que en noches anteriores, en las que me dormí bastante pronto y del tirón, en esta, miles de sueños con Ana, Brian, John y yo como protagonistas me asaltaban a cada rato despertándome sobresaltado. A estas alturas, ya os imaginaréis la basura de sueños que estaba teniendo: Brian ligando con Ana, yo intentando apartarle de ella, John riéndose a carcajadas de la escena, llega la hora en la que voy a besar a Ana, pero, en vez de besarme a mí, besa a… ¿John?, ¿por qué besa a John? Me desperté empapado en sudor. ¿Qué me estaba pasando? Y lo que más me perturbaba de todo era por qué había soñado que Ana le besaba a él en vez de a mí. Supongo que os estaréis preguntando que por qué soy tan retorcido, y os aseguro que lo mismo pensaba yo en ese instante. Nunca había sido así. Quise pensar que la conversación que habíamos mantenido por la noche John y yo me había llevado a tener ese absurdo sueño. Fui al baño a lavarme un poco la cara, pensando en que menos mal que era viernes, en que, por la noche, todo sucedería al fin dejando así de darle mil vueltas. Quedaba ya poco para que sonara el despertador. Me debatí entre acostarme de nuevo o quedarme ya levantado, pero la idea de volver a desvelarme por horribles sueños me convenció de aprovechar el madrugón para darme una ducha reparadora y desayunar tranquilamente.

El día se había puesto ya en marcha y solo podía pensar en esta noche. El resto me daba todo igual. Las dudas de si lo había hecho bien con las comidas durante la semana me asaltaban a cada rato. Mis nervios también iban aflorando con el transcurso de las horas. Había llegado otra vez temprano al estudio cuando, maldita suerte la mía, me di de bruces con el único que se encontraba allí, Brian. Podéis imaginaros la escena… Nos quedamos parados el uno frente al otro sin saber qué decir. Al fin, y tras unos eternos segundos, salió de mi boca un «buenos días». Me contestó también con unos buenos días, de la misma manera fría y desinteresada con la que yo le había hablado hace unos segundos. Me quité mi chaqueta, cogí mi guitarra y me dispuse a ponerla a punto para la grabación. La tensión entre los dos era evidente, aunque, sinceramente, no sabía muy bien por qué. Me sentía un poco raro ante esa situación, por lo que decidí entablar algo de conversación y, como aún me carcomía el no saber si iría esta tarde al *pub* o no, decidí echarle huevos y preguntarle directamente, aunque de forma sutil:

—Bueno, Brian, ¿qué pasa?, ¿cómo lo llevas? Hace mucho que no hablamos, desde el pasado sábado creo —le dije como el que no quiere la cosa.

—Pues, la verdad, no pasa nada. Todo va como siempre. Es cierto, no hablamos mucho y el sábado pasado no fue la excepción —me dijo de forma un tanto cortante dejándome sin muchas ideas de qué más preguntarle.

—Tienes razón, soy hombre de pocas palabras, pero eso ya lo sabes. Además, no presumo de una gran vida, por lo que no tengo muchas cosas de las que hablar. Prefiero escuchar las idas y venidas de personas que, al contrario que yo, sí que la tienen —le dije con total convencimiento—. Por cierto —ahora entraba de lleno en la boca del lobo—, ¿vas a ir mañana al *pub* de Jeff? El otro día me encontré muy a gusto. —Estuve a punto de decirle que tenía pensado ir hoy, pero no quería darle ninguna pista y esperar a ver por dónde salía él.

—La verdad es que no tengo intención de ir mañana. He quedado con un amigo y nos vamos a acercar hoy un rato. —Lo sabía, mi intuición no me fallaba—. ¿Por qué lo preguntas? Si que noté

que te gustó, aunque no sabría decirte si por el sitio o el personal… —Mierda, se había dado cuenta. Tenía que salir de esta como pudiese.

—Pues las dos cosas —le aclaré—. El sitio está muy bien, puedes tomarte tranquilamente algo, está decente y tiene buen ambiente. Y lo del personal, bueno, la verdad es que la camarera que me presentaste… Ana, ¿verdad? —dije como el que no quiere la cosa—, fue bastante amable y atenta. Te agradezco que nos presentaras —le dije tajantemente—, y dado que tú tienes buena relación con ella, me viene de perlas que estés allí para que nos trate aún mejor —le espeté esbozando una sarcástica sonrisa.

—Ah…—creo que le dejé sin saber con qué rebatirme—, ¿qué quieres decir con «nos trate? —Me equivoqué, ya volvía al ataque.

—Pues eso, que nos trate aún mejor a John y a mí. —No sabía por dónde me iba a salir ahora y empezaba a ponerme más nervioso de lo que aún estaba.

—Claro, me lo suponía. John lleva varios días preguntándome para quedar. ¿Eso es lo que os traíais entre manos? —me dijo con mirada incrédula.

—No sé a lo que te refieres. Por supuesto que me comentó que quería quedar contigo para compensarte el que se fuera antes el sábado pasado, pero al ver que no le confirmabas nada, habló conmigo para ver si quedábamos este viernes. —No era toda la verdad, pero tampoco le estaba mintiendo, simplemente, omitía la parte que no me interesaba que supiera.

—Pues sí que voy a ir hoy. Luego se lo comentaré. Pero si tú no tienes ningún problema con que vayamos todos juntos, no creo que él lo tenga, ¿no? —Ahora creo que esperaba mi reacción, ya que ninguno éramos del agrado del otro.

—No lo tendrá —tenía que desviar la conversación de alguna manera, ahora no podía mentirle o se me iba a ver el plumero—, a lo mejor es tu amigo el que puede tenerlo, ¿no? No nos conoce y, de seguro, no le hace gracia que seamos más mayores que vosotros ni vayamos, como lo expreso…, en el mismo rollo. —Bien hecho, Ray, me dije para mis adentros.

—Tranquilo, mi amigo no tendrá ningún problema. De todas formas, se lo aclararé cuando hable con él.

Di por terminada nuestra conversación cuando me giré y vi a John mirándonos boquiabierto. Creo que para nada se esperaba presenciar aquella disparatada escena. Le saludé como todos los días quitándole importancia a lo que acababa de ver. Le insté a que habláramos lo más cerca de Brian para darle más credibilidad a lo que yo le había contado minutos antes. Y deseando que no metiera la pata. Con lo que, con una señal que le hice para que me siguiera el juego, le dije:

—Hola, John, acabo de hablar con Brian y me ha dicho que al final va a ir esta noche con un amigo al *pub* de Jeff —tenía todo bajo control, cosa que comprendió rápidamente al oír el tono sereno y seguro de mi voz—, te lo va a comentar ahora. Se ha extrañado que fueras conmigo, pero le he dicho que, al no saber si al final ibais a quedar o no, me lo habías comentado a mí para ver si me apetecía acompañarte. —Le toqué el hombro e hice como si me apartara.

Todo salió bien, y lo mejor, sin que Brian sospechara nada. Yo estaba algo encabronado, aunque intentaba ocultarlo, porque eso me iba a dificultar mucho el poder llevar a cabo la apuesta. Me las tendría que apañar de alguna manera. Lo bueno es que tenía a John de mi lado y sé que me ayudaría en todo lo necesario. Fui al servicio y John me siguió, aprovechando que el resto de los chicos había llegado y distraían a Brian. Entró como alma que lleva al diablo y enseguida me preguntó qué leches había pasado antes de entrar por la puerta. Se lo resumí rápidamente y me mandó a paseo por ser tan

explícito con Brian y casi matarle a él cuando estuvo a punto de hacerlo. No puedo culparle porque tenía razón. Así que me disculpé con él y le pedí montar una estrategia para la noche. Quedamos en hablarlo nada más salir del estudio y mejor en persona antes que por teléfono. Dejaríamos que se fuesen todos antes y nos quedaríamos un rato más para ver qué se nos ocurría. No iba a ser nada fácil. Odiaba la idea de tener que ver a Brian flirtear con Ana toda la noche.

Volvimos y empezamos a tocar y a grabar la pieza que teníamos a medias. Yo no estaba para nada concentrado; me echaba humo la cabeza de pensar cómo iba a hacer para que no me viera besarla. Los chicos empezaron a notar lo distraído que estaba, por lo que tuve que poner todo de mi parte para no cagarla y terminar lo que habíamos empezado. Tuve suerte de que, como íbamos con retraso y ninguno nos queríamos quedar más de las siete, decidieran comer allí un bocadillo o algo por el estilo. Ya quedaba menos para poder volver a ingerir todo tipo de alimentos. El resto de la tarde se nos dio un poco mejor, puesto que había sido capaz de volver a mi ser y eso ayudó mucho a poder avanzar en la grabación teniendo en cuenta que yo era el vocalista. Terminamos justo a las seis y media. Cada uno recogió sus instrumentos lo más deprisa posible, excepto John y yo, que lo hicimos con calma a la espera de que los demás se fueran. No tardaron mucho en desaparecer. Brian se despidió de nosotros con una gran sonrisa diciendo que nos vería por la noche. Os juro que creo que, de alguna manera, intuía que me fastidiaba que fuera luego al *pub*. Y, sinceramente, así era. No me fastidiaba, me jodía muchísimo. Pude hablarlo tranquilamente con John cuando se fueron todos. Por más que nos devanamos los sesos, no pudimos dar con una estrategia que me ayudara a besar a Ana. No era tan fácil. Por lo que decidimos que, una vez allí, veríamos qué hacer y cómo. Cogimos nuestras cosas y nos fuimos a casa. Quedamos en que nos veríamos allí a las nueve, como las otras veces. Cada uno iría por su cuenta para que Brian no sospechara nada y por si yo tenía que salir de allí echando pestes por pelearme con él por besar a Ana, cosa que no iba a hacer ni de coña, claro está.

Llegué a casa decidido a comer algo pronto, para hacer la digestión lo antes posible e ir libre de posibles indeseables olores, y darme una ducha caliente. Estaba muy emocionado. Tenía sentimientos encontrados, por una parte, deseaba besarla más que nada, pero, por otro lado, no quería que pasara para seguir albergando esa emoción dentro de mí, me gustaba sentirme así. Me puse una camisa azul marino que encontré en el armario, ni siquiera recuerdo desde cuándo estaba allí, unos vaqueros y, de nuevo, botas y mi chaqueta de cuero. Los colores oscuros son, en general, los que más me gustan y lo que predomina en mi armario. Estuve tentado en echarme un poco de perfume, pero recordé lo que había leído sobre ciertos olores detonantes de migrañas y, aunque no era fuerte, decidí no arriesgarme. Cogí mi cartera, las llaves y partí hacia el *pub*.

8

Fui puntual y, para mi sorpresa, John, que llegaba justo al mismo tiempo que yo, también. Creo que me lo notó en la cara porque empezó a reírse justo al verme. Estábamos delante de la puerta y dispuestos a entrar cuando me paré en seco. Le miré con cara de preocupación y nerviosismo. Nunca me había sentido así ni John lo había vivido junto a mí, por lo que, entendiéndome solo con la mirada, me dijo que no me preocupara que todo iba a salir bien. Sé que pensaréis que menuda tontería, pero, para mí, esa noche era muy importante. Respiré hondo y, abriendo la puerta, pensé, «Allá vamos, Ray». Se notaba que era viernes porque no había tanta gente como el sábado pasado. Miré discretamente a la barra y allí estaba ella: radiante, espectacular, preciosa. Igual que en los días anteriores, no iba demasiado maquillada, resaltando un poco esos preciosos ojos de color marrón oscuro, algo de colorete en las mejillas y en los labios un suave brillo. Llevaba unos mechones recogidos a cada lado del flequillo y el resto de su larga melena le caía por los hombros. Traía puesto un top negro de cuello alto sin hombros, y eso era todo lo que pude llegar a ver, ya que estaba atendiendo a unos clientes. John me indicó que mirara hacia el otro lado y, para mi pesar, Brian ya se encontraba allí con su amigo, sentados en la mesa de siempre. De repente, la sonrisa que tenía hace un instante se había borrado de forma instantánea. No podía evitarlo. Mientras entrábamos y nos dirigíamos a la mesa, volví a mirar a la barra con la esperanza de que Ana me viera al pasar. Y, efectivamente, nuestras miradas se cruzaron con brevedad. Con la boca y la mirada más intensa que pude poner en ese momento, le insinué un «hola»; ella me respondió de la misma manera poniéndose colorada como un tomate. Imagino que por su mente pasaría lo que realmente buscaba yo esa noche allí y lo que estaba por acontecer. Ya en la mesa, saludamos a Brian, quien nos presentó a su amigo David. Se parecía bastante a Brian: ambos morenos, de pelo largo, aunque este lo llevaba algo más corto que Brian, que lo tenía por encima de los hombros, delgados pero musculosos, yo diría que de la misma edad, unos veintitantos, ojos grisáceos, al contrario que Brian que eran marrones claro. Se podría decir que eran atractivos, o de eso presumían ellos, de que se llevaban a las chicas de calle… John era más mi estilo, además de tocar como yo la guitarra eléctrica. Su pelo era bastante más largo y ondulado que el mío y de un color castaño oscuro. Ojos marrones y lo más destacado en él, su nariz. Era bastante prominente y peculiar, digamos, su rasgo más característico. Una vez hechas las presentaciones, nos sentamos. Ellos ya habían pedido y estaban tomando unos cócteles, por lo que me dirigí a John para hacerle saber que iba a acercarme a pedir algo de beber solo para nosotros. Lo teníamos claro, cerveza sin alcohol para los dos. Me levanté y me acerqué a la barra cruzando los dedos de que fuera Ana quien me atendiese. Tuve suerte, ya que nos dirigimos dos tíos a pedir al mismo tiempo, pero el otro se decantó por su compañera, que ofrecía, digámoslo así, mejores vistas, aunque no para mí. Demasiado ordinaria, seguía sin dejar mucho a la imaginación. No había nada en esa mujer, ni en otras, que yo pudiera desear. Solo había una que me tenía intrigado y que, bajo mis ojos, y os puedo asegurar que no era el único en pensar así, era muchísimo más guapa, años luz, que su compañera, que solo destacaba por ir maquilladísima y enseñándolo prácticamente todo. Me acerqué a la barra quedándome embobado de lo preciosa que

estaba. Un sentimiento de emoción surcó mi cuerpo al pensar que quizás al vestirse, al peinarse, al maquillarse así había estado pensando en mí, porque sabía que nos íbamos a ver y, si todo salía bien, nos besaríamos. Me saludó de manera tímida, como las veces anteriores. Se inclinó para darme dos besos y aproveché la ocasión para, vulgarmente, echarle mi aliento y comprobar antes que nada que no me rechazaba:

—Hola, Ray, me alegro de verte —me dijo con esa exquisita sonrisa y su voz tímida y algo entrecortada. Sabiendo de sobra lo que le iba a pedir.

—Hola, Ana, yo me alegro aún más de verte y comprobar que ya te encuentras bien —le contesté haciéndole saber que había estado preocupado por ella.

—Gracias, estoy ya mejor. La verdad que lo pasé fatal —me dijo resignada.

—Sí, Brian nos contó que incluso te tuvo que llevar a casa antes de cerrar —lo dije aguantándome las ganas de recriminarle por qué tuvo que ser precisamente él quien la llevara. Pero entonces se explicó.

—Sí, Jeff se empeñó en que me llevara, a pesar de que yo le insistí en llamar a un taxi, pero Brian se ofreció y… no fue la mejor de las ideas —me dijo con cierta cara de desagrado y dejándome totalmente intrigado por lo que me iba a contar a continuación–, lo pasé fatal de camino a casa. No soportaba el olor a alcohol que desprendía y me puse mucho peor. Pero, por favor te lo pido, no le digas nada. Solo lo sabe Jeff y se lo dije porque se acercó a casa nada más cerrar y, como me vio bastante mal, pues se lo tuve que confesar. Al final tuvo que llevarme a urgencias.

Os juro que no sabía qué decir. Por una parte, me alegraba un montón pensar que el imbécil de Brian, después de haber estado presumiendo de haberla llevado a su casa delante de todos, le había provocado aún más malestar que yo, pero, por otro lado, me sabía fatal enterarme de que había estado tan mal.

—Lo siento mucho, Ana. No tenía ni idea de que habías estado tan mal. Y, puedes quedarte tranquila, referente a lo de Brian, te prometo que no le diré nada ni a él ni a nadie, mis labios están sellados —le contesté sintiéndolo de verdad y dándole a entender que soy un hombre de palabra—. Eso me lleva a saber si tú… eres también una mujer de palabra —le solté sin más rodeos. Me miró perpleja sin entender muy bien por dónde iba ahora y así me lo hizo saber.

—No sé a qué te refieres, me he perdido.

—Acércate un poco a mi boca —me miró horrorizada, creo que pensando que le iba a dar allí un beso—, no me mires así, es solo para que compruebes una cosa —le dije tranquilizándola un poco.

—Vale, ¿qué es lo que quieres que compruebe? —Ahora me miraba intrigadísima. Le eché mi aliento, lo más discretamente posible y le pregunté.

—¿Qué te parece mi aliento? Espero que sea de tu agrado —le dije mirándola fijamente a sus impresionantes ojos marrones.

—Si es por lo del otro día, créeme que lo siento mucho, de verdad que no fue nada en contra tuya —me lo dijo un tanto angustiada, como sucedió el pasado sábado—, no fue por ti ni por no cumplir con la apuesta. —Había captado la directa, bien.

—Te creo, tranquila. Pero, ahora, que veo que ya estás bien, y que al parecer no te desagrada nada en mí…, me pregunto si vas a cumplir con tu palabra y vamos a llevar a cabo la apuesta. —Estaba dispuesto a ir a por todas, ya no había vuelta atrás.

—Bueno, ya he superado la crisis de migraña que tuve y me he cuidado mucho para que no vuelva a ocurrir lo de la otra noche y, por supuesto, para cumplir con lo que te prometí. No miento ni

tampoco hago promesas que no puedo o no quiero cumplir, Ray. Lo único que te pido es que esperes a que sea el momento propicio porque tengo que ver que Jeff no se dé cuenta, o nos matará a los dos. —Toda ella era pura sinceridad, en ningún momento apartó su mirada de la mía y la posición de su cuerpo acompañaba a sus palabras.

—Muy bien, esperaré a que tú me digas cuándo es el momento idóneo. También quiero que sepas que siento mucho lo del otro día y, por ello, he estado toda la semana intentando comer cosas que no produjesen olores indeseables, así como abstenerme de beber y fumar nada. Aunque eso solo lo hago en momentos muy puntuales, por desgracia, como el otro día —le dije también de la forma más sincera que pude, comprobando como se quedaba boquiabierta y sonrojándose aún más si cabe.

—… No sé qué decir. —Creo que ni en sus mejores sueños pensaba que un tipo como yo estaba tan interesado en besarla—. Por cierto, ¿qué quieres beber? —me dijo un tanto nerviosa.

—Ah, sí, claro, perdona —tenía razón llevaba ya un tiempo considerable ahí hablando con ella y los dos pudimos notar como sus compañeros nos miraban sin quitar ojo—, dos cervezas sin alcohol.

—Marchando —me dijo, ahora sí, con esa cautivadora sonrisa y haciendo ver a los demás como que todo estaba bien y no pasaba nada en especial.

Como de costumbre, tardó cero coma en preparar las cervezas y en servirnos algo de picoteo. Sentí mucho el no poder hablar más tiempo con ella. Disfrutaba de esas breves charlas, aunque, en realidad, no habláramos de grandes cosas. Le indiqué que me volvía a la mesa, pero que estaría «pendiente» de ella. En una de estas le iba a dar un infarto. Veía como su respiración era entrecortada y ahora estaba totalmente roja. Le di su cerveza a John y me senté. Brian tenía el semblante serio, no le había gustado nada que hubiera elegido a su chica para que me atendiera, y menos aún que hubiéramos estado de cháchara. Y no me lo imaginaba yo, los demás se percataron de su careto. John, como siempre, intentó quitarle leña al fuego e inició una divertida conversación con David. Era un auténtico personaje, parecía que había fumado o consumido algún tipo de sustancia porque decía cosas totalmente incoherentes o sin ningún fundamento. O eso o ya llevaban unas pocas bebidas. Estaba intrigado, por lo que les pregunté desde cuándo llevaban allí. Me contestaron que desde las ocho y que les había dado por pedir cócteles desde entonces, aclarándomelo todo. Llevaban un pedo, en especial el tal David, que no veas. Brian tenía mejor autocontrol y se le notaba algo chispa, pero más comedido que su amigo. Y eso es lo mucho que yo conversé con ellos hasta entonces, pues, entre lo poco que yo oía debido a dónde estaba sentado y que no les entendía ni jota, decidí concentrarme en observar a la única persona a la que quería prestar toda mi atención. Ana seguía atendiendo, al igual que sus compañeros, a la gente. No había mucha demanda, por lo que no se les veía agobiados. No podía dejar de mirarla, estaba completamente embobado. Se la veía feliz, rebosante de vitalidad y con buena cara, nada que ver a cómo se encontraba el sábado pasado. Cambiaron el estilo de luces y de la música. Su compañero Bailey era el que hacía de DJ cambiando y poniéndola a su antojo o, mejor dicho, al antojo de lo que más le gustaba escuchar a la gente. Brian se levantó, de repente, a pedir dos nuevos cócteles. El muy cabrón me había dicho que no querían nada, que aún tenían bebida, cuando les pregunté si querían beber algo, ya que iba a la barra a pedir. La verdad es que no me sorprendió para nada. Pero después de lo que me había contado Ana, de que fue muy desagradable para ella estar con él, ya no me importaba. La pena es que le había prometido que no le diría nada. Me hubiera gustado ver la cara que ponía al enterarse de lo sucedido. Pero eso no iba a suceder, o por lo menos no se iba a enterar por mí. No le quité ojo. Se pavoneaba delante de ella y de su amigo todo el rato. «Menudo niñato de

mierda», pensé para mis adentros, no sé qué pensaría que iba a poder hacer con una chica como Ana, qué narices le podía ofrecer. A lo que mi traicionera mente me contestó como si fuera él quien me escuchara y hablara: «Pues dime, listo, entonces qué es lo que tú le puedes ofrecer cuando solo eres un follador de mierda, que ni siquiera sabes tratar bien a las mujeres». Mi cara debió desencajarse haciendo que John, el cual se estaba divirtiendo de lo lindo con las tonterías del susodicho amigo, me diera un fuerte codazo arrancándome, gracias a Dios, de tan fulminante pensamiento. Le miré con gratitud, a lo cual me contestó:

—A ver, ¿qué coño está pasando por tu mente ahora mismo? He visto tu cara y he sabido que algún pensamiento oscuro estaba cruzando por esa dura cabezota —me dijo con media sonrisa, esperando que no empezara de nuevo con mis traumas, y menos en esa noche.

—Nada, que me autosaboteo, ya sabes. He pensado en qué narices le podía ofrecer Brian a una mujer como Ana viéndole ahí, pavonearse ante ella, y mi jodida mente me ha hecho la misma pregunta además de presuponerme que solo sé follar y maltratar a las mujeres —le dije dándole un trago a mi cerveza.

—Pero mira que llegas a ser retorcido, Ray. Deja a Brian en paz, bastante tiene con aguantar a su amigo pedo y de ver como el tío bueno de Ray le roba a su chica —me contestó ya a carcajada limpia.

—¿Pero qué narices? Ana no es su chica. Ni siquiera le… —Me detuve por un instante a punto de fastidiarla pero bien.

—Ni siquiera le… ¿qué? ¿Por qué te has detenido? —me contestó mirándome un tanto desconcertado.

—Nada, que ni siquiera le toma en serio, por lo que veo. Y tienes razón, voy a centrarme en lo mío. Que le den a Brian y a su amigo —le hice levantando mi cerveza en señal de brindis—, aunque, como siga bebiendo a este ritmo, en breve se cae del asiento —le dije intentando que no se me hubiera visto el plumero y viendo los aspavientos que hacía sentado.

—Eso es. Por cierto, ¿qué has hablado con ella? ¿Todo aclarado? —me dijo lleno de emoción.

—Sí, todo aclarado. Ella se encuentra bien. Yo estoy en óptimas condiciones para besarla… Todo está en marcha. Lo único que me ha indicado es que esperemos a ver si consigue que no nos vea su jefe, Jeff. Ya que, si nos ve, nos mata a los dos. —Parecía más su padre que su jefe. Tenía que averiguar más en relación con este hecho.

—Bueno, pues entonces habrá que proporcionar la ocasión… —dijo pensativo.

—Hay madre, ¿en qué estás pensando, John? —Me daba miedo preguntarle.

—Todavía en nada en concreto, pero ya se me ocurrirá algo —dijo guiñándome un ojo—. Tú relájate y disfruta.

Y eso es lo que hice. Brian seguía esperando sus cócteles. Ana y su compañero comenzaron a hacer una especie de coreografía al estilo película *Cocktail*. Era impresionante ver la pericia y el dominio que ambos tenían no solo con las botellas, sino también sobre el resto de los instrumentos dedicados para tal fin. Terminaron ante un fuerte aplauso ovacionado por todos los clientes del *pub*, incluidos nosotros. Es algo que no se ve todos los días, la verdad. Brian regresó y se sentó de nuevo con aire de superioridad. Desvié mi mirada para volver a centrarme en lo interesante: Ana. Me empezó a chirriar de nuevo la complicidad que ella tenía con su compañero. Hoy era aún más acentuada. Él la cogía por detrás, se empujaban suavemente, se metían el uno con el otro, se cuchicheaban cosas al oído… Era tal mi desazón que le pregunté a Brian si sabía algo más sobre él.

No quería hacerlo, pero necesitaba saberlo todo. Se quedó un poco extrañado por la pregunta en sí y por el hecho de que fuera yo quien le preguntara. Se empezó a reír, por lo que casi estuve a punto de levantarme y partirle la boca, pero me reprimí:

—Qué pasa, Ray, ¿no será que ahora te gustan los hombres? —me dijo después de soltar una gran carcajada.

—No sé a qué coño te refieres, Brian. Solo veo que hace muy buenas migas con tu querida amiga Ana. —No tenía ni idea de lo que estaba hablando y por qué me decía si me gustaban los hombres. Lo único que sabía es que mis ganas de partirle la cara estaban aumentando de manera exponencial.

—No tienes que temer nada. A Ana no le interesa él, son muy buenos amigos, pero nada más. Además, para tu información y ya que tienes gran interés en él, es gay —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja y volviendo a insinuar que yo quería algo con él.

—¿Estás seguro? —No daba crédito a lo que estaba oyendo, ¿sería verdad o me estaba mintiendo?

—Claro, si no me crees, ve y pregúntaselo tú mismo. No tengo por qué mentirte, so memo. —Se la iba a cargar de una vez por todas si continuaba hablándome así.

—Entendido, no mientes. Gracias —solté más seco que la arena de un desierto.

—Tienen mucha confianza porque son compañeros de piso, Ana le alquiló una habitación. Para ella, Bailey es como un hermano, nada más. Y, antes de que me lo preguntes, me lo ha contado ella en una de nuestras innumerables charlas, por eso lo sé de buena mano. —«Será hijo de perra», pensé.

—Pues no, no te iba a preguntar nada más. Te podías haber ahorrado la explicación —le dije pegando otro trago a mi cerveza para que no notara que le estaba mintiendo descaradamente.

Y ahí terminó nuestra conversación. Cada uno volvió a lo suyo. Él a entretenerse con su amigo y yo a concentrarme en mi objetivo, ahora que ya estaba más tranquilo. Sin saberlo, Brian me había ayudado mucho, más de lo que él hubiera imaginado y deseado. Estuve hablando con John un rato, encontrándole un poco ausente. Y me imagino que sería porque le estaba dando vueltas a qué hacer para distraer al personal y que yo tuviera oportunidad de besar a Ana. No quise pensar más en ello. Ya se nos ocurriría algo. El ambiente cada vez estaba más animado. Había llegado más gente y ahora el local estaba casi lleno. En la barra era un no parar de personas yendo y viniendo a por copas. John me hizo una señal de que ya no tenía cerveza y, dándole el último trago a la mía, volví a levantarme para pedir otra ronda. A los otros dos memos ni les pregunté. ¿Ello querían ir a su rollo? Pues que fueran. Me proponía invitar yo esa noche, pero, visto lo visto, ni de coña. Me acerqué lentamente, pero Ana seguía ocupada preparando otras bebidas, por lo que empezó a atenderme su compañero. Fue muy amable y para nada se le notaba que era gay, puesto que ligaba con las mujeres que le hacían ojitos. Pensé en que Brian me había mentido descaradamente, pero luego lo descarté, ya que, si no fuera así, él también estaría inquieto viendo el jueguecito que Ana y él se llevaban entre manos. Una voz diciéndole algo a él me sacó de mis pensamientos. Ana había terminado y le estaba diciendo que ya se encargaba ella, ya que tenía abierta la cuenta de nuestra mesa con su código. Él, al principio, la miró algo extrañado, pero asintió con la cabeza y me invitó a que fuera con ella para terminar de servirme las bebidas. Estaba a punto de explotar de la alegría:

—He estado haciendo tiempo para que me atendieras tú, pero como te he visto liada con otras bebidas ya daba por perdida la esperanza de que fuera así. La verdad, te prefiero a ti, tú eres más guapa y simpática —le solté con toda la naturalidad del mundo.

—Te agradezco el cumplido, pero creo que, de los tres aquí, yo soy la menos guapa y atractiva —me dijo de nuevo con su voz tímida y colorada nuevamente.

—Yo no lo creo así. De hecho, creo que tienes bastantes admiradores por aquí. —Sabía por lo menos de dos y alguno más que había visto cuando le pedían las bebidas.

—¡No tengo admiradores! —me contestó alucinando en colores por lo que le acababa de decir. Y cuando estuve a punto de rebatirle, su compañera metió baza.

—Perdonar mi intromisión. Claro que los tienes y, como dice este pedazo de tío bueno, más de los que piensas, lo que pasa es que estás empanada yendo a tu rollo y ni siquiera te das cuenta —soltó la muy descarada intentando que yo le dedicara alguna mirada. Pero me daba completamente igual. No aparté mis ojos de Ana.

—¡Alice! —soltó Ana, sobresaltada y, a su vez y por su expresión, avergonzada—. Pero ¿cómo puedes hablarle así? No tienes vergüenza.

—Tranquila, cariño, ni se ha inmutado. Tiene pinta de estar acostumbrado a que le digan eso y más, ¿no es cierto, guapo? Te puedo pasar mi número si quieres. —Ya me estaba tocando las narices y, aunque no quería parecer brusco, no me quedó más remedio.

—No quiero ni tu número ni nada que tenga que ver contigo —le continué diciendo sin apartar la vista de Ana—, así que por qué no nos dejas en paz.

Se hizo un silencio incómodo. Yo no quería decir nada más que pudiera asustar a Ana, ya que su mirada denotaba aflicción. Por fin, su susodicha compañera se dio cuenta de que ni por todo el oro del mundo iba a obtener nada de mí y se alejó, dejándonos en paz, pero no sin decir la última palabra:

—Tú mismo, pero no sabes lo que te pierdes. Serás muy guapo, pero eres gilipollas —lo soltó y se fue.

Yo, que seguía mirando a Ana, la cual ahora sí que no sabía dónde meterse, le dije que no tenía importancia:

—No te preocupes, no pasa nada. —Quería tranquilizarla.

—¿Que no me preocupe? No puedo creer que te haya hablado así. Sé que no lleva muy bien que la rechacen, pero… hablarte así, madre mía. Lo siento, créeme que lo siento muchísimo. —Se le notaba muy disgustada por lo sucedido.

—De verdad, no ha pasado nada. No es la primera vez que me dicen algo así. Es la típica que quiere que todos los hombres la miren y, si no lo haces, o no como ella quiere, se cree con el derecho para llamarte de todo y así sentirse mejor consigo misma. Ya está, no es la primera ni la última, te lo aseguro. No tengo ningún tipo de interés en mujeres como ella. No le demos más vueltas. ¿Cómo llevas la noche? —le pregunté intentando desviar el tema e intentar centrarnos solo en nosotros dos.

—Está bien, no le daré más vueltas entonces. Lo llevo bien, disfrutando, la gente está a gusto, el ambiente, tranquilo, hasta hace un momento casi, y, lo más importante, no me duele la cabeza —me dijo esbozando de nuevo esa sonrisa que me tenía cautivado—. ¿Tú qué tal, te lo estás pasando bien? —De nuevo me la comía.

—La noche no está mal. Se está bien aquí. —Quería decirle que hasta que no la besara iba a estar intranquilo, pero no quería incomodarla aún más.

—Me alegro. Toma las cervezas —me dijo poniéndolas en la barra.

—Muchas gracias. ¿Te abono ya todo o más tarde? —No sabía qué más decirle para estar con ella un ratito más.

—No, tranquilo. Está todo apuntado —Quería saber a qué se refería con todo.

—Una pregunta, ¿a qué te refieres con «todo»?

—A lo de la mesa, lo que habéis ido pidiendo tú y Brian. —«¡Ah, no, eso sí que no!», dije para mis adentros.

—Perdona, pero Brian va por libre con su colega, ¿sabes? —le dije muy sutilmente—. Ellos se pagan lo suyo si no es inconveniente. —Si no me quedaba más remedio, los invitaría, pero por no liar a Ana con la cuenta, no por los otros.

—Vale, perfecto. Ningún problema, lo separo y hago dos cuentas de la misma mesa.

—Te lo agradezco. Me vuelvo a la mesa. Luego te veo —era mi boca la que hablaba, pero mi cuerpo se negaba a moverse ni un milímetro.

—Claro, perdona, te estoy entreteniendo y se te van a calentar las cervezas. Por cierto, no me he olvidado de… ya sabes. En cuanto vea la posibilidad, te hago una señal. —Su mirada ahora era intensa.

—No me queda la menor duda. Confío en ti. —Ahora era yo quien la miraba con la misma o más intensidad que la suya—. Estaré esperando el tiempo que haga falta. —Involuntariamente, mi mano derecha se alzó acariciándole de forma muy suave su mejilla izquierda. En cuanto me di cuenta, la aparté y solo pude esbozar—: Perdón.

Di media vuelta y volví a la mesa como un rayo. Pero ¿qué es lo que acababa de hacer? Mi cuerpo tenía voluntad propia, se escapaba a mi control. Me senté preocupado por si alguien me había visto, pero, según pude comprobar, nadie, absolutamente nadie, se había percatado de mi hazaña. Yo, y solo yo, me moría de vergüenza. Hice ademán de levantar la vista para ver cómo se había quedado Ana. Estaba de espaldas a la barra bebiendo lo que me pareció que era un vaso de agua. Se le notaba agitada. Solo esperaba no haberla cagado antes de tiempo. Entonces, se giró y nuestras miradas se cruzaron de nuevo. Creo que pudo ver en mi forma de mirarla como nuevamente le pedía perdón. Me dedicó la mejor de sus sonrisas hasta el momento, y, moviendo sus labios, pareció decirme: «Todo bien». Entendí que no le había disgustado aquella caricia y volví a relajarme.

9

Seguimos bebiendo y hablando durante otro rato. Nuestros dos compañeros de mesa parecían ir ya bastante borrachos para entonces. «Juventud, divino tesoro», pensé para mis adentros. Si salían con ánimos de ligar, lo tenían crudo, ninguna mujer quiere estar al lado de un hombre en esas condiciones. Tenían mucho que aprender. No les envidiaba para nada. Por supuesto que, de vez en cuando, me gustaba beber algo, pero sin llegar a esos extremos. Mañana se arrepentirían de ello. Poco a poco, y al transcurso del tiempo, comencé a impacientarme. Veía como pasaba la noche, no habiendo manera de que dejaran a Ana sola. A estas alturas, tampoco habíamos sido capaces de idear ningún plan para desviar la atención sobre los dos. De repente, oímos algunas voces más altas de lo normal que procedían de detrás de la barra. Miramos intrigados hacia allá y vimos como la tal Alice y su compañero Bailey discutían acaloradamente; por los gestos y alguna que otra palabra que se podía escuchar, era por ver a quién le tocaba ir al almacén a por bebidas. Nos dio la impresión de que esos dos no se llevaban demasiado bien. A ellos se les sumó su jefe Jeff poniendo orden y regañándolos de una manera sutil por armar ese espectáculo delante de los clientes. Continuaron aún un poco más con la discusión hasta que Ana intervino. Imagino, por lo que pasó después, que fue ella quien se ofreció a ir a por las bebidas faltantes para reponer. Cuando se disponía a abandonar la barra, su jefe la detuvo cogiéndola por el brazo y habló con ella. La forma en la que la miraba era de puro amor, aunque eso creo que ya os lo he mencionado anteriormente. Como un padre mira a su hija, quizás. No pudo convencerla, pues Ana, al instante, se soltó y, con una expresión de resignación por parte de él, se fue por la puerta al almacén. Estuve en un tris de levantarme y seguirla, pero Jeff jamás me dejaría ir junto con ella. Entonces, y como si cosa del destino se tratara, un fuerte estruendo se escuchó justo a mi lado. Miré hacia el lado donde se sentaban Brian y su amigo y pude ver como este último, el cual había hecho ademán de levantarse para ir al baño, se había tropezado con Brian al pasar por su lado pegándose una hostia considerable contra el suelo. Imaginaros el revuelo que se montó en un momento. Nos levantamos para ver cómo se encontraba; John me detuvo y, haciéndome una señal con la cabeza, me indicó que esa era mi oportunidad. Todo el mundo estaba pendiente de lo sucedido y nadie se daría cuenta de mi ausencia. La verdad es que no sabía qué hacer, no era manera de actuar, el pobre muchacho podría estar malherido. John se dio cuenta de mi dilema, me cogió de un hombro diciéndome al oído que nosotros no íbamos a poder hacer nada, que aprovechara la distracción, que no creía que fuese a haber otra igual. Tenía razón, ese era mi momento. Y como alma que lleva al diablo, fui corriendo a la esquina de la barra, me agaché, me colé por el agujero de la barra y desaparecí por la puerta del almacén. No sabía por dónde tenía que ir, pero no había mucha pérdida. Unos pequeños escalones llevaban a una habitación donde se apilaban cajas de cerveza y refrescos. En una de las paredes, unas baldas se disponían a lo largo repletas de sacos de aperitivos, gominolas, atrezo para los cócteles y un sinfín de cosas que no tenía ni idea de para qué servían, en la contigua había una puerta para el personal que daba paso, por lo que ponía, a vestuarios y servicio. En la otra, y justo al otro lado de esa, se encontraba una mesa con sillas y un pequeño sofá. Y en la última pared había otra estantería repleta de botellas, muchísimas

botellas. Y buscando justo en esa estantería se encontraba Ana totalmente ajena a lo que estaba ocurriendo en ese mismo instante en la sala. Me acerqué por detrás pensando en que me habría oído entrar hasta que, mierda, parece que no:

—¡Hola! —le dije llevándose la pobre un susto de muerte.

—¡Ah!, jolín, madre mía, qué susto, ¿Ray? ¿Pero qué estás haciendo aquí? —me dijo entre asustada y nerviosa al mismo tiempo.

—Bueno, hay algo de revuelo en la sala y pensé que ahora sería el momento idóneo para llevar a cabo nuestra apuesta. Si estás dispuesta, claro —le dije esperando que lo quisiera tanto como yo.

—¿Has dicho que están distraídos? —me contestó evaluando la situación.

—Sí, el amigo de Brian se ha caído de bruces y todo el mundo está pendiente de él. Por eso he pensado que, ya sabes, ahora o nunca —fui totalmente sincero.

—Vale…, está bien. Tienes razón, es ahora o nunca. Comencemos con ello —me dijo más nerviosa aún. Aunque no sé quién lo estaba más de los dos.

Me acerqué y me coloqué delante suyo. Sus ojos me miraban fijamente mientras bajaba mi cabeza y me acercaba de manera lenta sin dejar de mirarla a los ojos, bueno, solo hubo un breve instante en el que cambié la trayectoria para localizar su boca. Mis labios casi rozaban los suyos. Podíamos notar como nuestras respiraciones, entrecortadas, excitadas, se entremezclaban la una con la otra. La suya era tremendamente cálida. El sonido de nuestros latidos, latiendo al unísono, era lo único que se escuchaba en la habitación. Cerré los ojos justo cuando mis labios se encontraron con los suyos, pensando que, al fin, mi sueño se estaba cumpliendo. Sus labios, suaves, dulces y carnosos, se dejaban llevar por los míos. Se acoplaban a los movimientos causados por mi boca. Sentí cómo una pequeña corriente de electricidad recorría mi cuerpo de arriba abajo. Tras un breve instante, nuestras bocas se separaron. Abrí mis ojos viendo que ella aún los tenía cerrados, abriéndolos de manera lenta justo al sentir el vacío que mis labios le habían dejado. Alzó de nuevo su mirada encontrándose con la mía. Ninguno de los dos medió palabra. Me derretía con su mirada, con su expresión. Mi mano derecha, una vez más, se levantó acariciándole su mejilla izquierda como había hecho hace un momento en la barra. Pero esta vez no era involuntario, al contrario, lo hacía con completa intención. Ana permaneció allí, inmóvil, mirándome con intensidad a los ojos. Los míos ahora seguían al movimiento de mi mano, la cual bajó hasta su barbilla sujetándola de forma delicada mientras mi dedo pulgar comenzó a acariciarle suavemente sus carnosos y sensuales labios. Primero, el superior, rozándoselo con ligereza, recorriéndolo de un lado a otro. Luego le siguió el inferior, efectuando el mismo ritual. Su boca se entreabrió un ápice, lo que me permitió acceder a este fácilmente. Un casi e imperceptible gemido salió de su boca, lo que me volvió loco por completo. Y ávido de volver a sentir su calor, el contacto de sus labios sobre los míos y su dulce aliento penetrar en lo más profundo de mi ser, me acerqué y la besé una vez más, uniendo de nuevo mis labios a los de ella. Rozándolos delicada pero intensamente. Jugueteando con su boca, la cual fue interactuando, poco a poco, con la mía, junto con mis movimientos. Absorbía su esencia, y ella, la mía, yo, su ser, y ella, el mío. Mi mano se movía acariciando la suave y cálida tez de su rostro. Nos fundimos el uno en el otro lentamente, sintiéndonos, explorando nuestras bocas… Estaba extasiado, era un beso lleno de sentimiento, de nuevas emociones jamás experimentadas por mí. Y esta vez no era por la apuesta, ese fue el primer beso, sino porque de verdad la deseaba, ansiaba sentirla, tenerla, amarla. De repente, el sonido de una voz masculina hizo que Ana se apartara bruscamente de mí, dejándome

desnudo, vacío sin su cercanía, sin su calor, jadeante y extasiado aún por lo que acababa de acontecer entre nosotros. Sus ojos denotaron preocupación cuando, de golpe, me dijo:

—Maldita sea, es Jeff, como te encuentre aquí y averigüe lo que ha pasado… —No llegó a terminar la frase, ya que el sonido de unos pasos señaló la inminente llegada de su jefe.

Me empujó delante de una escalera situada junto a la estantería de las botellas. Ella se subió rápidamente hasta casi el último peldaño indicándome que la sujetara para hacerle ver a su jefe que la estaba ayudando. «Chica lista», pensé justo cuando alguien detrás de mí soltó:

—¿Pero qué narices estás haciendo aquí? —Miré hacia atrás y le saludé, a lo que me respondió—: Sí, tú, te acabo de preguntar, ¿qué estás haciendo aquí? —Ana tenía razón, si se enteraba de lo sucedido, nos mataba.

—Jeff, ¿no lo ves? Os he llamado para que alguno de vosotros viniera a ayudarme, pero nada. Ray debió de oírme y, ofreciéndome su ayuda, se ha prestado a sujetar esta vieja escalera para que no me mate intentando coger las botellas de la última balda —le explicó bastante convincente, aunque girándose para coger más botellas y no mirarle directamente. Tenía razón en lo de que no solía mentir, yo, que la estaba viendo de reojo, podía apreciarlo en sus ojos.

—Vale, perdona. Es que no me lo esperaba —dijo dirigiéndose a mí y pidiéndome de esta forma perdón, agradecido por que fuera a rescatar a su querida Ana—. Vuelvo a la sala. Me llevo un par de cajas. ¿Ana, os encargáis del resto?

—Por supuesto, descuida. Termino de coger las botellas y subimos esas dos cajas de ahí que faltan. Gracias, Jeff. —Y así es como despachó a su jefe librándonos de una buena.

Quería decirle tantas cosas…, pero me fue imposible hablar con ella, ya que velozmente hizo que cogiéramos el encargo para dirigirnos también a la sala. Subimos y dejé una de las cajas justo a la orilla de la barra. Me dispuse a ir de nuevo a la mesa cuando Ana, agarrándome suavemente por el brazo, me detuvo:

—Muchas gracias por ayudarme, Ray. Espero haberte ayudado yo también a ti. —La miré exactamente igual que había hecho hace un instante, con todo el amor que había dejado en mí.

—Gracias a ti por hacer que gane la apuesta. Yo… —quería saber qué le había parecido que la hubiera vuelto a besar—, cuando te he vuelto a besar…, me ha encantado, ¿sabes? —Me había quedado sin palabras y, por su expresión, ella también.

—A mí… —Y de nuevo su jefe volvió a interrumpir tan esperado momento llamándola para hacerle una consulta. Tengo que decir a su favor que no tenía ni idea de ello, claro. Ana me hizo una señal con el cuerpo para disculparla y fue a ver para qué la necesitaba.

Una fuerte desazón invadió todo mi cuerpo. Necesitaba respuesta a mi pregunta, saber qué le había parecido. Si antes estaba mal, ahora me sentía aún peor. Volví a la mesa ante la intrigadísima mirada de John. Por suerte, Brian ya no estaba y su amigo tampoco. Le pregunté a John qué había pasado con el tal David. Me comentó que se había hecho una pequeña brecha en el entrecejo debido a la caída. Estaba semiconsciente, por lo que le recomendaron a Brian que se lo llevara a urgencias para hacerle un chequeo y descartar posibles lesiones internas. Gracias a Dios, todo había quedado en un gran susto. Y entonces me preguntó a mí si al final había conseguido mi ansiado beso:

—Bueno, y tú, ¿qué? ¿Qué ha pasado ahí dentro, has conseguido besarla? —me dijo muy pero que muy ansioso.

—Sí. He ganado la apuesta —le dije apesadumbrado.

—Hum, pues no pareces muy contento, la verdad. ¿No ha ido como esperabas? Venga, habla —Ahora se le notaba confuso, y yo, más.

—Sí, pero… creo que la he vuelto a cagar, John.

—A ver, ¿qué narices has hecho esta vez, Ray? No se te puede dejar solo. —Esta sí que era buena, me estaba regañando.

—He entrado, le he dicho lo de la apuesta y la he besado, hasta ahí todo bien. Pero, luego, cuando me he separado de ella, nos hemos quedado los dos mirándonos y deseaba más John, deseaba besarla de nuevo y eso he hecho. Ha sido prodigioso, maravilloso, mágico, fascinante, no tengo palabras…, pero luego nos ha interrumpido su jefe, y hemos tenido que volver aquí rápidamente, por lo que me he quedado sin saber si le había gustado tanto como a mí, iba a preguntárselo, pero nos han vuelto a interrumpir, y no sé. ¿Y si no le ha gustado?, ¿y si ahora me odia? —Me estaba rayando otra vez.

—¿Os ha pillado su jefe? —Después de todo lo que le acababa de decir, ¿eso era lo único que le había llamado la atención?

—No, Ana ha estado muy avispada y ha sabido reaccionar a tiempo —le contesté.

—Menos mal. Vale, y por lo del beso, ella ¿te apartó?, ¿te ha hecho pensar que no le ha gustado? —lo que me preguntaba tenía su lógica.

—No, no me apartó. Pero no he tenido tiempo de averiguar si le ha gustado.

—Pues vete a la barra a pedir otra ronda y pregúntaselo, cabeza de chorlito. Madre mía, no le das vueltas ni nada —me decía mientras meneaba la cabeza en señal de desaprobación.

—Ahora no puedo, John, por favor, vete tú a pedir. Yo…, simplemente, no puedo. Estoy… —Me frené en seco.

—Termina la frase, estoy… ¿qué? —No iba a parar hasta que no le dijese la verdad.

—¡Uf!, vale. Estoy enamorado de Ana. En realidad, creo que me enamoré de ella la primera vez que la vi, ¿sabes? Jamás había sentido esto antes por una mujer. Algo dentro de mí me decía que era así, pero no podía creerlo. Y cuando la he besado, hace un instante, lo he comprendido del todo —ya estaba, le había dicho lo que realmente sentía por ella.

—¡Alabado sea Dios! ¡Por fin, Ray, por fin! —me dijo—. Te ha costado soltarlo, chico. —Ahora el asombrado era yo.

—No pareces sorprendido, ¿por qué?

—Lo he sabido desde el principio, Ray. Por tu forma de mirarla, tu inquietud para con ella, el deseo de besarla, todo lo que has hecho para ello, tu miedo a que te rechazara… Todo eso indicaba que estabas enamorado de ella, pero como eres más terco que una mula y no das tu brazo a torcer… —ya sabía por dónde iba—, en fin, más vale tarde que nunca.

—Tienes razón, nunca en mi vida he sentido esto, John. No sé qué hacer. Estoy loco por ella —ahora sonaba un tanto desesperado.

—Bueno, primero voy a ir a pedir unas *cerves* y, luego, ya veremos, ¿te parece? —era muy tranquilizador.

—Está bien. Gracias.

Se levantó y fue a la barra. No había vuelto a mirar hacia allí desde que me senté. Alcé la mirada, pero no pude ver a Ana. La barra volvía a estar llena de gente. Deseaba ver su cara para poder adivinar cómo se sentía, pero me fue imposible. Estaba a rebosar. Poco a poco, veía como se acercaba el turno de John, al que se le podía notar, por su vaivén corporal, que empezaba a

impacientarse. Tras más de cinco minutos, al fin le tocó. No apreciaba demasiado bien quién le iba a atender hasta que se fue al lado izquierdo donde estaba Ana. «Suertudo», pensé para mis adentros. Sin embargo, un escalofrío recorrió mi cuerpo pensando en que, quizás, John pudiera decirle o contarle algo inapropiado o referente a mis sentimientos por ella y cagarla aún más. ¿Qué debía hacer? ¿Levantarme sin más e ir hacia ellos y demostrar a mi amigo que no confiaba en él? ¿Dejarlo pasar? Iba a salir de allí con un infarto. Decidí confiar en John, al fin y al cabo, yo ya había metido la pata suficientemente, o eso era lo que creía. Vi como los dos entraban en conversación y me estaba poniendo malo de no saber de qué leches estaban hablando:

—Hola, ¿qué quieres tomar?

—Hola, ponme dos cervezas sin alcohol, gracias.

—Perfecto, ahora mismo.

—Ana, ¿verdad? No sé si te acuerdas de mí, soy John, amigo de Ray y miembro de la banda, el que lleva sentado ahí toda la noche también.

—Por supuesto que me acuerdo de ti, ¿qué tal estás?, ¿lo estáis pasando bien?

—Sí, aunque ahora mismo estoy un poco molesto contigo.

—¿Conmigo?, ¿qué te he hecho si se puede saber?

—Me has hecho perder la apuesta. Ray me ha dicho que os habéis besado. Por eso estoy un poco.

—Bueno, tú no lo has visto. Debes confiar mucho en Ray para creerle.

—Es cierto, no lo he visto y, sí, confío en él plenamente. Me ha explicado el motivo por el que lo habéis hecho «a escondidas» y te puedo asegurar algo, Ana, Ray no miente, nunca. Así que a pagar me toca.

—Por lo que veo, sois muy buenos amigos entonces. Me alegro por él y lo siento por ti. Para compensarte, yo invito a esta ronda, ¿te parece?

—No lo he dicho por eso, no te preocupes.

—Insisto. Es un placer.

—Vale, entonces acepto de buen agrado tu invitación. Ya verás cuando se lo diga…

—Eh, una cosa más…

—Claro, lo que necesites.

—Por favor, ¿podrías decirle esto?: «A mí también me ha encantado». Él sabe a lo que me refiero, ¿vale?

—Que le diga que a ti también te ha encantado. Por supuesto. Ahora mismito se lo digo. Gracias.

—Gracias a ti, John. Adiós.

John cogió los botellines y regresó con una sonrisa de oreja a oreja. A lo que no tardé en asaltarle a preguntas:

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Y qué coño has estado hablando con Ana? —le dije echando pestes.

—Tienes razón, Ray, es una chica fabulosa. Supersimpática y atenta. Nos ha invitado a esta ronda. —¿Que había hecho qué?

—¿Nos ha invitado? ¿Por qué? Suelta prenda, John, o te juro que… —No me dejó terminar la frase.

—O qué, machote. No te pongas así…, te cuento. Le he pedido las cervezas y le he dicho que si me conocía, y, oye, ¡se acordaba de mí! —Le eché una mirada de las de vete al grano o te reviento—. Ya continúo ya. Entonces me ha preguntado si lo estábamos pasando bien… y le he dicho que

estaba algo molesto con ella por haberme hecho perder la apuesta. Y no me mires con esa cara, tenía que mencionárselo para darle la credibilidad correspondiente, hubiera resultado muy sospechoso que nadie reclamara o protestara por haber perdido o ganado, ¿no es cierto? Prosigo, me ha insinuado que mucho debía de confiar en ti y en tu palabra al no haber visto nada, a lo que le he contestado que, por supuesto, confío plenamente en ti y, además, nunca mientes. —Seguía atónito.

—¿Y te ha creído? —Ahora el incrédulo era yo.

—¿Por qué no iba a creerme? Me ha dicho que se alegraba por ti y lo sentía por mí, ya que ahora tenía que abonarte lo apostado. Por eso, y para que la perdonase, nos ha invitado a esta ronda. Al principio, no me ha parecido bien, pero me ha dicho que lo hacía encantada y la he dejado. Me cae fenomenal. —No sabía si abrazarle o matarle.

—¿Y cómo la has visto? —No aguantaba más.

—Yo la he visto muy bien, sonriente… Tienes buen gusto, bribón, es bastante guapa, más guapa de lo que parecía desde aquí. —No sabía a qué venía eso, pero no me había gustado ese comentario.

—Ese comentario sobra, sé de buena tinta lo preciosa que es, así que… —Y volvió a dejarme sin poder terminar la frase.

—Perdona que te corte otra vez, Ray, pero se me olvidaba darte un mensaje de su parte —¿cómo?, ¿qué?, ¿le había dejado un mensaje para mí?—, y cito palabras textuales de ella: «A mí también me ha encantado». Dijo que tú sabrías a lo que se refería. —No podía creer lo que mis oídos acababan de escuchar de la boca de John.

—John, ¿no te lo habrás inventado? Te pido, por favor, que no bromees con esto —no quería hacerme falsas esperanzas—, me hundirías más aún, ¿lo entiendes?

—Ray, me conoces, y sé perfectamente lo jodido y enamorado que estás en estos momentos. Jamás bromearía con algo así. —Le creí—. Ana me lo ha dicho con esas palabras, por eso te he puesto la coletilla de palabras textuales. Creo sinceramente que es una gran chica. Tienes vía libre, colega.

Mi corazón estaba a punto de estallar, pero esta vez de alegría. Estaba feliz por primera vez en muchísimo tiempo, demasiado. Nos habíamos besado y a ella le había encantado. Dicen que los ojos son el reflejo del alma y como tal brillaban los míos en este momento. Sin lugar a duda, Ana era la mujer de mi vida. Pero ahora tenía otro dilema: ver de qué manera podía volver a acercarme a ella. Estaba claro que otra apuesta no iba a colar ya y, sinceramente, no quería que fuese solo un momento robado, deseaba mucho más. No sé, quedar con ella e invitarla a salir, a tomar algo, hablar, ir al cine… Pensé en comentarlo otra vez con John para que me echara una mano, pero no quería ser más pesado de lo que hasta ahora había sido. El pobre tenía demasiada paciencia, yo le hubiera mandado a freír espárragos hace ya tiempo. Respiré hondo. Necesitaba centrarme un poco, relajarme para pensar con claridad, por lo que decidí disfrutar del momento. Aún era pronto. Le hice un gesto para brindar levantando mi botellín, al cual respondió chocando el suyo contra el mío y acompañándolo por: «Un brindis por mi mejor amigo y colega, Ray, porque esta noche ha encontrado al amor de su vida». Le devolví el gesto con la mejor de mis sonrisas. Algo que ya pensaba que estaba en peligro de extinción, una sonrisa que no habíamos visto, ni él ni yo, en siglos. Pasamos el rato charloteando y riéndonos, sí, riéndonos, por extraño que parezca. Creo que el que más alucinado estaba era John. Tuvimos muchas razones para ello, una de ellas, lo ocurrido con Brian y con su amigo (siempre pensando que no había sido nada grave, claro está). Otra, las peripecias y todo lo que había pasado durante la semana para eludir las comidas con los chicos y los

alimentos a evitar, lo que no me había resultado tan fácil. Miré hacia la barra en un nuevo y desesperado intento de verla. Y allí estaba, con su radiante sonrisa, hablando con Jeff y su compañero Bailey, ambos recogiendo la barra. En ese momento, deseé con todas mis fuerzas que alzara la vista y me mirara, quería ver esos preciosos ojos, comprobar su reacción al volver a vernos después de nuestro beso. Y, como por arte de magia, eso fue lo que sucedió, levantó su mirada y me buscó hasta que sus ojos se encontraron con los míos. No sé por qué, pero me dio la impresión de que los dos estábamos pensando lo mismo en ese preciso instante: en nuestras bocas unidas, en el roce sensual de nuestros labios, en la pasión de ese último beso… Ojalá hubiera durado un poco más. Mi boca se entreabrió, como queriéndola invitar de nuevo a que la hiciera suya. Ana inclinó de forma sugerente la cabeza y esbozó una maravillosa sonrisa. Todo mi cuerpo se alteró de tal manera provocándome una involuntaria erección. Me tapé lo más rápido y discretamente que pude con el brazo ante la reacción de Ana, ya que se había puesto colorada y desvió su mirada hacia otro lado. No pude comprobar si era porque se había percatado de mi entrepierna o por su timidez. Me reconfortó ver que había sido lo segundo cuando alzó furtivamente su mirada y volvió a sonreír. Me pareció el ser más encantador del mundo. Jamás había visto a una mujer tan tímida. Me parecía de lo más seductor. Durante lo que siguió de la noche, estuvimos intercambiando miradas robadas el uno con el otro. Ella, por su timidez, y yo, porque, cada dos por tres, notaba como el tal Bailey ese se quedaba mirándome, no sé explicarlo, diría que como sospechando algo. Decidimos tomarnos la última. Esta vez, y ahora que mi entrepierna ya había vuelto a su estado normal de reposo, quería ir yo a pedir y aprovechar la oportunidad para…, bueno, no sé para qué, solo quería hablar con ella. Le dije a John que no perdiera de vista a su compañero para cerciorarme de que mis sospechas no eran infundadas y, si estaba en lo cierto, tener más cuidado con mis actos. Me acerqué a la barra justo donde estaba Ana. Para suerte mía, sus dos compañeros volvían a estar enciscados en una discusión, por lo que ni me vieron venir. Me coloqué delante de Ana, la cual estaba de espaldas. Solté un potente «ejem» para hacerle saber que había alguien detrás de ella. Se dio la vuelta encontrándose conmigo cara a cara. Su cuerpo ahora temblaba de nervios. Volvíamos a estar bastante cerca, lo que revivió esa conexión que ahora existía entre nosotros.

—Hola, Ray, ¿cómo vas? ¿Qué te puedo servir? —me dijo con su dulce voz. Me disponía a hablar cuando me hizo un gesto con la cabeza haciéndome ver que su jefe estaba cerca y quizás podía oír lo que hablábamos. Asentí con la cabeza y tuve cuidado al expresarme.

—Otras dos cervezas sin alcohol. Por cierto, gracias por la invitación —le dije.

—No hay de qué, tenía que compensar a tu amigo por… —se inclinó un poco más sobre la barra — perder la apuesta.

—Sí, pensaba que no serías capaz de… —vi como Jeff se volteaba ligeramente hacia un lado. Ana tenía razón, tenía la oreja puesta en la conversación—, ya sabes. —Nos miramos sonriéndonos mutuamente por tan cómica escena.

—Sí, de ayudar a una damisela en apuros, ¿no? —Estaba muy impresionado de las buenas salidas que tenía.

—Eso es, he aprendido una gran lección. —No sabía qué decir.

Preparó las cervezas tan rápido como siempre. No podía hablar con ella de lo de antes ni para quedar, y me estaba desesperando. Decidí pedir la cuenta con la intención de que, tal vez, de esta forma, pudiera hacerle alguna señal aprovechando la distracción de su jefe. Parecía que mi plan iba a

surtir efecto, pero justo cuando me decidí a preguntarle para quedar, este se volvió para hacerle una consulta.

—Ana, perdona, estas son las consumiciones descontando dos cervezas que son a las que les has invitado tú, ¿cierto? —le preguntó.

—Sí, eso es —le contestó mirándome fijamente deseando saber lo que había estado a punto de decirle.

La miré moviendo mis labios intentando que descifrara lo que le quería decir. Pero entonces oí el importe de la cuenta y vi que algo no cuadraba. Tuve que abortar mi misión para esclarecerlo:

—Perdona, Jeff, me parece una cuenta muy elevada para las cervezas que hemos tomado. Normalmente, pago y punto, pero esto me parecía algo exagerado.

—Es la cuenta de vuestra mesa, si quieres, lo repasamos juntos.

Se acercó a la barra y me enseñó la cuenta para que la comprobara. Entonces todo me quedó claro. Brian se había ido sin pagar. Habían tomado porrón de cócteles y, debido a eso, la cuenta ascendía a tan elevado importe. Ana, que estaba viendo también por dónde podía venir el error, se quedó pálida:

—Jeff, esta mesa tiene dos cuentas, ¿ves? Hice la separación, puesto que Ray me dejó claro que, aunque se sentaran juntos, lo que bebían Brian y su amigo iba por separado. —Su semblante ahora era serio, muy serio.

—Lo he visto, Ana, pero Brian se ha ido, por lo que la cuenta sigue pendiente y alguien tiene que abonarlo —le contestó intentando que los dos lo entendiéramos.

—Sí, pero no es justo que ahora Ray tenga que hacerse cargo de ello —su indignación era latente —, la culpa ha sido mía. No de él. Lo pagaré yo, y cuando vea a Brian el próximo día, se lo pido y ya está. —Estaba bromeando, ¿verdad? Ni de coña iba a dejar que se hiciera cargo de ello, no estando yo allí.

—No hay problema, Ana, yo asumo toda la cuenta —dije mirándola, haciéndole entender que de verdad no pasaba nada.

—No puedo aceptarlo, Ray, me lo dijiste y ya está. —No, no y no, preciosa mía.

—Sí te lo dije, pero siempre y cuando las circunstancias hubieran sido las normales. Nadie contábamos con lo que le pasó al amigo de Brian, tú ni siquiera te encontrabas aquí. No podías saberlo. Está todo bien. —Le acaricié ligeramente la mano que tenía sobre la barra en un intento de que me hiciera caso.

—Ana, Ray te está diciendo que no hay problema… —le dijo Jeff intentando que desistiera de su empeño en hacerse cargo de la deuda, sin conseguirlo.

—No es justo, Jeff. —Su mirada ahora era de súplica.

—Ana, no voy a permitir que tú pagues la cuenta de nadie. Demasiado que te he permitido que invites a una ronda. —Cada vez pensaba más que eran padre e hija, le estaba regañando, aunque de una forma cariñosa. Quise intervenir a toda costa.

—Toma, Jeff, mi tarjeta. Haz el cargo de todo, así como de una buena propina, no pienso permitir que Ana pague nada. —La cogió ante la última insistencia de Ana por evitarlo y la pasó por el datáfono.

Le pedí un bloc y un boli para apuntar lo que me tenía que pagar Brian, mejor dicho, eso es lo que le dije, pero mi intención era otra completamente distinta. Ana se había puesto bastante más

nerviosa con todo esto, hasta tal punto, que pensé que le iba a dar algo. Empezó a hiperventilar, por lo que aproveché para tranquilizarla cuando su jefe se volvió para efectuar el pago.

—Ana, ven —le dije tirando suavemente de su mano hacia mí—, te juro que todo está bien. Por favor, no te preocupes. —Teníais que haber visto sus ojos, estaba tan apesadumbrada por lo sucedido…

—Lo siento, Ray, es que es tan injusto… —me dijo con una voz aún más temblorosa que antes.

—Te lo repito de nuevo: «NO PASA NADA», el dinero no es problema —le contesté con delicadeza, mirándola a su lindo y preocupado rostro.

Le acaricié rápido la mejilla y le dediqué mi más sincera sonrisa. Ana asintió al unísono en que mi mano la acariciaba aún algo temblorosa. Sin perder tiempo, cogí el bloc y el boli y anoté en una hoja mi nombre y mi número de móvil. Lo arranqué y se lo estrujé velozmente contra su mano, al ver como Jeff acababa de confirmar el pago y cerrar la cuenta, e iba a girarse de un momento a otro. Por la forma en la que lo hice, se dio cuenta de que era algo solo para sus ojos y se lo metió en el bolsillo del pantalón, justo a tiempo para leerlo en cuanto la presencia de los demás no la comprometieran. Jeff me dio el justificante del pago y me agradeció enormemente por no poner pegas y, además, por haberme hecho cargo del total de la cuenta. Se disculpó de nuevo y se fue a mediar, una vez más, entre sus otros empleados. Entendí que era momento de volver a la mesa, puesto que Ana, que ya se había quedado sola, tenía que atender a los clientes que querían pedir algo de beber. Estaba a punto de irme cuando vi que, mientras escuchaba la demanda de un hombre, Ana sacó la arrugada nota de su bolsillo y la abrió para poder leerla rápido. Entreabrió su boca y alzó su mirada hacia mí, dejándome apreciar el asombro en sus ojos. Sin titubear ni un instante, y empujando indebidamente a ese pobre tipo, me abalancé sobre la barra y le dije: «Llámame». Pedí disculpas y me fui. No quise ni mirar atrás por no comprobar su reacción.

10

Una vez en la mesa, John me preguntó por qué había tardado tanto tiempo para pedir dos cervezas y le expliqué solo lo ocurrido con lo de la cuenta. Lo otro me lo reservaba para mí, al fin y al cabo, no tenía ni idea de si Ana iba a llamarme. Algo me decía que jamás lo haría debido a lo tímida que era. John se quedó un poco perplejo por lo que le había contado y, aún más, por el importe que había pagado, aunque realmente no había sido culpa de nadie. Solo me instó a si se lo iba a reclamar a Brian o no. Le dije que vería por dónde me salía este el lunes; si me lo comentaba o lo dejaba pasar, y, entonces, ya pensaría qué hacer. Sinceramente, no era por el dinero, eso me importaba una mierda, sino por la chulería y la forma de comportarse que tenía para conmigo. Como acto de aprobación, volvimos a chocar las botellas siendo este el último brindis de la noche.

En la barra volvía a reinar la paz. Imagino que Jeff quiso asegurarse de que el resto de la noche fuera así, puesto que separó a Alice de Bailey colocando de forma estratégica a Ana en medio. Menos mal que ya no íbamos a pedir más porque se me vería demasiado el plumero escogiéndola siempre a ella. Desde nuestra mesa, lo lógico era ir a pedir al lado izquierdo, que es donde había estado siempre atendiendo, puesto que era lo que nos quedaba más cerca, pero, ahora, escoger el medio sería buscarla a propósito. Demasiado obvio. Sobre todo desde que John me había confirmado lo que yo ya sospechaba, que Bailey no nos quitaba el ojo a ninguno de los dos en cuanto tenía un momento. En vista a esto y a que ya era algo tarde, decidimos que nos terminaríamos las cervezas y nos iríamos para casa, aunque yo no tuviese gana alguna, si he de ser sincero. Pero ya no había nada más que hacer allí. Los dos teníamos empacho de cerveza. De repente, el tal Bailey empezó a hablar por un micrófono animando a la gente a si querían un chupito de parte de la casa. Se formó un jaleo, entre voces y gritos, impresionante, contestando por supuestísimo que sí, ovacionándolos por todo lo alto e, incluso, recibiendo algún que otro piropo, por decirlo finamente, de algunas de las mujeres que había por ahí sentadas. Ana y él se pusieron manos a la obra para prepararlos. Su otra compañera preparaba los vasos que fueron llenados de una manera rápida y asombrosa por los dos. La gente comenzó a levantarse, pero Bailey les hizo una señal instando a que todo el mundo se quedara en su sitio, puesto que ellos mismos iban a ir sirviéndolos por las mesas. Crucé los dedos para que Ana viniera a la nuestra y poder tenerla cerca una vez más, pero para mi desilusión fueron los otros dos camareros los que ejecutaron esta acción. Mi chica preciosa se quedó en la barra recogiendo y haciendo otro sin fin de cosas. A nosotros fue el tal Bailey el que nos los trajo. El cual nos dijo que aún no bebiéramos. John y yo nos quedamos mirándonos extrañados, no entendiendo de qué iba el tema. Se acercaron a la barra y, cogiendo todos ellos un chupito también, nos hicieron levantar los vasitos, ofreciéndonos un brindis a la salud de toda la clientela que se encontraba esta noche allí tomando algo. Fue un detallazo magnífico. Justo antes de acercarnos el vaso a la boca para beber, busqué a Ana con la mirada. Estaba recorriendo la sala con la mirada hasta que se detuvo en mí. Le hice un gesto dedicándole el brindis y ella hizo lo mismo. Y en una, dos y tres, todos nos bebimos aquel delicioso chupito. Un estrepitoso aplauso le continuó en modo de agradecimiento. En la barra se formó de nuevo jaleo, aunque creo

que para algunos pasó desapercibido, puesto que parecía que estaban de juerga. Pero yo enseguida supe que no cuando vi a la dichosa Alice hacerle gestos de «vete a la mierda» a su querido compañero. Este, al verla, la apartó de malas maneras y se dirigió de nuevo a la sala. Para mi sorpresa, Ana salió detrás de él para ayudar a recoger. Le hizo encargarse de las mesas de arriba y parte de las del centro haciéndose ella cargo de recoger el resto. Por mí, más que perfecto, tendría una última oportunidad para hablar con ella. Ya nos tocaba y mi excitación era evidente. Se inclinó sobre la mesa poniendo una bandeja para recoger los vasitos y, mirándonos, nos dijo:

—¿Qué tal, chicos? Espero que os haya gustado el chupito. Me he encargado de que no llevaran demasiado alcohol —nos dijo con esa maravillosa sonrisa. Su cabello le caía por un lateral y sus labios, ahora que los había probado, me parecían muchísimo más sensuales y excitantes que antes.

—Estaban deliciosos, Ana, muchísimas gracias —se adelantó a decir el muy cabrón de John.

—Sí, muy ricos —fui capaz de decirle yo—, te agradezco el detalle de lo del alcohol. —Ya no sabía qué más decirle. Recordé que nos íbamos a ir en breve y aproveché para despedirme—. Nos vamos a ir pronto, así que aprovecho a despedirme. —Me levanté un poco para darle dos besos.

—Es una pena que os vayáis ya —dijo tímidamente.

—Sí, pero es que ya es tarde y, bueno, el guapo este no tiene que darle explicaciones a nadie, pero yo, sí —dijo John levantándose primero y dándole dos besos, dejándole claro que yo estaba soltero. Bien por ti, John, gracias.

—Entonces no te demores mucho o te va a caer bronca —le contestó divertida por la manera en la que John lo había insinuado.

—Sí, entiendo entonces que tú sabes de lo que te estoy hablando —Casi le mato, pero esa pregunta era perfecta para saber si estaba libre y sin compromiso.

—No, John, no sé qué es que te regañen por llegar tarde, ya que no tengo a nadie a quien deberle explicaciones. Pero en este trabajo se ve y se oyen muchas cosas. No es la primera vez que oigo a clientes comentar sobre la bronca que le había echado su pareja por tardar, digamos, que más de la cuenta. No cabía de gozo dentro de mí.

Una vez que terminó de hablar con John, se dirigió a mí. Se acercó y nos dimos dos recatados besos. A lo que aproveché para embriagarme una vez más de su aroma, de su esencia. Sorprendentemente, mientras esto sucedía, buscó con su mano derecha la mía y, al igual que yo había hecho con ella antes, me apretó un papel contra mi mano. Y, antes de separarnos acercó su boca a mi oído susurrándome: «O puedes llamarme tú». Se echó de nuevo hacia atrás, volviendo a su posición inicial, cogiendo la bandeja y, sin dejar de mirarme, de esa forma que solo ella lo hacía, dijo: «Adiós, espero que lo hayáis pasado bien y sobre todo veros pronto por aquí». Nos obsequió con otra de sus increíbles y tímidas sonrisas y se fue. Me senté de golpe, aturdido, sin saber a qué venía eso. Miré entonces a mi mano abriéndola con discreción, no pudiendo dar crédito a lo que mis ojos estaban viendo en ese momento. Era una nota en la que ponía: Ana y su número de teléfono. Todo cobró sentido, por eso me había insinuado que yo también podía llamarla. Me había dado su número, madre mía, ¡su número! Me guardé ese papel a buen recaudo, me daría un infarto si lo perdiese. Miré al frente, necesitaba verla, pero cuando la hallé, vi que se encontraba de espaldas colocando botellas en el mural de detrás de la barra. Sentí como si alguien me miraba a mí en ese preciso momento, y, efectivamente, su compañero tenía clavados sus ojos en mí. No sabía qué hacer para que no descubriera que a quien buscaba era a Ana. Improvisé cogiendo mi botella y haciéndole ahora a él un gesto de brindis. Se quedó un poco alucinado por la cara que puso, pero logré lo que

yo buscaba, despistarle. John, que lo estaba viendo, alucinaba en colores. No tuve más remedio que explicarle esa maniobra. Sin decirle, claro está, lo de la nota. De nuevo, eso me lo reservaba para mí. Solamente se lo diría si al final quedaba con Ana. Dimos el último trago casi al unísono y nos levantamos para irnos. Nos disponíamos a salir por la puerta cuando me volví para buscarla y decirle adiós. Estaba atendiendo, no dándose tan siquiera cuenta de que nos íbamos. Justo cuando habíamos salido, y aún delante de la puerta, supe que tenía que decirle algo, que no podía irme así sin más. Le dije a John que esperara un momento, di la vuelta y volví a entrar. Me lancé literalmente sobre la parte en L de la barra y, comprobando que no había moros en la costa, que su jefe no estaba y que Ana se encontraba junto a la caja, mirándome alucinada, le dije:

—Me voy. Por favor, llámame. —Mierda eso no es lo que quería decirle. Era al revés.

—Mejor llámame tú —me respondió—, ya tienes mi número.

Oí una voz por la puerta que me llamaba, era John. Le contesté que ya iba y, cuando me disponía a salir, por segunda vez, le dije acercándome de nuevo y mirándola fijamente: «Te llamaré, te prometo que te llamaré». Lo último que vi mientras me marchaba fue su cara sonrojada y como asentía sonrientemente. John me preguntó qué me había pasado. Odio mentir, ya os lo he dicho, y sentía que debía responderle con sinceridad. Le acompañé al coche y le comenté lo que había pasado. Casi le da algo de la alegría, aunque no tanto como a mí. Era maravilloso contar con él. Después de decírselo, me quedé más tranquilo. Nos despedimos y nos fuimos cada uno por su lado, no antes de tener que prometerle que le informaría de todo lo que fuera sucediendo entre Ana y yo, si es que llegase a ocurrir algo.

Entré por la puerta de casa. Eran algo más de la una. Dejé las llaves y la cartera en la entrada y fui al dormitorio para cambiarme de ropa y ponerme cómodo. Había sido una noche realmente especial. De camino a casa, no dejaba de pensar en nuestro beso, en todo lo que me había hecho sentir. Ese momento tan íntimo, tan romántico, tan especial… ¿Cómo podía haberme enamorado de ella tan solo habiéndola visto unas pocas veces? Pero a lo que más vueltas le daba era qué había visto ella en mí, aparte de mi puñetero físico. Ojalá ella sintiera lo mismo o, por lo menos, algo parecido. No iba a perder la esperanza, esta vez no. Estaba tan excitado por todo ello que no tenía ni gota de sueño. Fui al salón y encendí la tele. Me senté en el sofá cambiando de canal en canal sin encontrar nada que resultara digno de mi atención. Ya tenía yo tarea suficiente pensando cuándo sería el mejor momento para llamarla. Mañana por la mañana, ¿quizás?, ¿a qué hora?, ¿y si la despierto y me manda a la mierda por ello?, ¿a la hora de comer? Igual piensa que por qué he tardado tanto en llamarla si tan interesado estaba en ella como le había demostrado esta noche… Joder, qué difícil. Y de la nada me vino una idea: ¿y si la llamaba ahora? Sería lo mejor, los dos seguíamos embriagados por lo ocurrido, con lo que no habría momento más reciente que este. Y mejor dar el paso antes que después, ¿verdad? Pero había un problema, no tenía ni idea de cuándo salía Ana de trabajar. Estuve tentado en llamar a Brian y, con la excusa de ver cómo se encontraba su amigo, intentar sacarle esa información, pero la deseché enseguida porque no iba a colar, segurísimo que no. Intenté recordar si lo había mencionado en alguna de las conversaciones que tuvimos en el *pub*, pero no me vino nada a la mente. La vez que Ana se puso mala, le contó a John que la llevó antes de tiempo a su casa. No me quedaba otra que llamarle. Y eso hice, me mandó a tomar por culo, no siendo de extrañar, claro, pero cuando entendió mi premisa por actuar lo antes posible, bajó el tono; al fin y al cabo, sabía lo que sentía por ella. Le noté agitado y solo había una persona que le podía sacar de sus casillas, su novia Jenni. Imagino que al final le había montado el pollo. «Pobre John», pensé para mis adentros.

La conversación fue muy breve consiguiendo la información que tanto ansiaba. Brian le había comentado que Ana trabajaba hasta la una y media de la noche. Miré el reloj del móvil, eran las dos menos cinco de la madrugada. Tampoco sabía a qué distancia vivía del *pub*. Mi cabeza echaba humo, os lo prometo. De repente, en la pantalla de la tele, apareció la escena de una película: se veía una majestuosa entrada en donde cobraba protagonismo un antiguo reloj que marcaba justamente las dos y cuarto de la madrugada y, tomándolo como una señal, yo que nunca he hecho caso a estas cosas, decidí que la llamaría a esa hora y que pasase lo que tuviera que pasar. Perdido por los nervios, fui a la nevera a ver si tenía algo que devorar. Todavía había sobrevivido algo del embutido que había comprado para mi «dieta del aliento», llamémosla así. Además, tenía también por ahí rondando restos de una barra de pan, por lo que me monté un bocadillo en toda regla. Comer me calmaría un rato, que no supuso más que diez minutos. Estaba tan hambriento que me supo a gloria. Miré al móvil y solo quedaban cinco minutos para llamarla. Necesitaba algo dulce para ese tiempo. Rebusqué por los armarios de la cocina, pero no encontré nada. Tenía que plantearme realizar una compra en condiciones. Miré el refrigerador y encontré medio bote de helado de chocolate. Perfecto, simplemente perfecto. Me lie con él hasta que volví a mirar el móvil y justo ponía las dos y cuarto. Solté la cuchara y, sin pensármelo dos veces, cogí la nota que me había dado Ana en el *pub*, la cual metí en mi cartera antes de montarme en la moto para no perderla, tecleé su número y pulsé «llamar». Tardó un poco en establecer la llamada, lo que produjo en mí un leve escalofrío, pero se me pasó rápidamente al oír el tono de una llamada en curso. Sonó, sonó y sonó hasta que saltó el contestador. Era la voz de Ana diciendo que, en esos momentos, no podía atender la llamada, dejara un mensaje al oír la señal y ella la devolvería tan pronto como le fuera posible. La mano que sujetaba el móvil se tornó temblorosa. Un repentino sudor caía por mi frente y tuve que levantarme para hacer carrera de mí y poder hablarle lo más tranquilamente posible. Un bip me sacó de mi estado y comencé a dejarle el siguiente mensaje: «Hola, Ana, soy Ray, el de esta noche en el *pub*. Te prometí que te llamaría y aquí está mi llamada, eh, quería pre… Justo mientras estaba dejando el mensaje oí en mi móvil el sonido de una llamada entrante. Miré y era ella. Madre de Dios, me la estaba devolviendo. Dejé de hablar y apreté a descolgar. Escuché una dulce voz:

—Hola, perdona, pero acabo de recibir una llamada tuya, ¿quién eres? —dijo en un tono calmado pero algo preocupado, imagino que por la hora, claro.

—Hola, Ana, soy Ray, el de esta noche en el *pub*. Perdona que te llame a estas horas intempestivas. —Lo sentía mucho, de verdad que no eran horas, pero no quería que esto se enfriase ni lo más mínimo.

—Ah, hola, Ray, no te preocupes. He llegado a casa hace un ratito. Lo siento, no he podido cogértelo a tiempo porque me has pillado saliendo de la ducha y, cuando he llegado, ya había saltado el contestador. —Después de esta información solo me venía una cosa a la mente: mi preciosa chica, con su cuerpo envuelto en una toalla, mojada, gotas por su piel resbalando dichosas…, caray, céntrate, Ray.

—No pasa nada, tranquila. Pensé que igual ya te pillaba durmiendo, por eso te estaba dejando un mensaje. —Menos mal que no se había molestado.

—Por cierto, ¿qué es lo que querías? —Claro, la razón. No se podía ser más idiota.

—Sí, claro, la razón de mi llamada, estoy un poco espeso, perdona. Bueno, era por si mañana, si no tienes otros planes, tienes tiempo y te apetece…, podíamos quedar a comer… —No había hecho esto desde mi juventud y no me resultaba nada fácil, no tenía ni idea de cómo se hacía.

—Para comer lo veo un poco precipitado porque, aunque no me levante demasiado tarde, no creo que desayune hasta pasadas las doce y luego no comeré hasta tarde… —suspiré, me estaba sonando a que me estaba dando largas, hasta que continuó hablando—, pero si estás libre por la tarde, entonces podemos quedar cuando te venga mejor, ya que no trabajo el fin de semana. Si tú quieres, por supuesto.

No podía creer lo que acababa de oír. ¡Me estaba diciendo que sí a salir conmigo! Menos mal que me había tumbado en la cama, que, si no, me hubiera caído de la emoción. Continuaba con mi racha de buena suerte.

—Sí, sin problema. Me viene genial. Cuando tú quieras. Dime a qué hora y paso a buscarte. —Si los demás me vieran, se harían cruces, yo quedando con una chica y yendo a recogerla.

—No sé, ¿sobre las siete y media te parecería bien? Tampoco hace falta que vengas hasta aquí, tengo coche y puedo acercarme a donde me digas. —Ah, no, preciosa, voy a ir a buscarte y vamos a ir juntos, como me llamo Ray.

—Las siete y media, me parece perfecto. Y, a no ser que no quieras que sepa dónde vives, voy a ir a buscarte. Lo único que yo tengo moto —quería aclarárselo, pues hay gente que no le gusta y yo lo respeto—, te lo comento por si no te gustan las motos o ir en ellas.

—No —me dijo en tono divertido—, claro que no me importa que sepas dónde vivo, solo era por no hacerte venir a buscarme y luego tener que traerme de vuelta otra vez, nada más. Y, para que lo sepas, me encantan las motos.

—Hecho entonces, mañana, a las siete y media, me tienes delante de la puerta de tu casa, siempre y cuando me pases tu dirección, hasta ahora, no me la has desvelado. —Ahora el que mantenía un tono divertido era yo. Esta conversación me estaba gustando muchísimo. Al teléfono todo parece más fácil.

—Te la paso por mensaje en cuanto colguemos. Creo que es mejor así para que no haya equivocaciones y aparezcas en la casa de otra persona.

—Muy buena idea, pero que sepas que te buscaría por toda la ciudad si hiciera falta. —No quería colgar, seguiría así la noche entera.

—Ja, ja, ja, creo que entonces no llegarías a la hora acordada a buscarme. —Cómo me gustaba oír su risa.

—No, no creo y, la verdad, me gusta ser puntual. —Quería que quedara también bien claro.

—Muy bien, a mí también me gusta la puntualidad —dijo abriéndosele la boca—, perdona por el bostezo, estoy algo cansada.

—Lo siento, soy un idiota. Te estoy entreteniendo y, además, te vas a constipar. Pásame tu dirección y nos vemos mañana. —Pobrecilla, y yo ahí impidiendo que se vista y se relaje.

—No te preocupes, ahora me pongo algo. En cuanto cuelgue y te mande mi dirección, me voy derechita a la cama.

—Entonces que descanses. Hasta mañana, Ana —le dije despidiéndome de ella.

—Que descanses tú también. Dulces sueños, Ray. —Y colgamos prácticamente al unísono.

Esas tres últimas palabras y la forma en la que las había dicho me hicieron sentirme tan increíblemente bien… Oírla pronunciar mi nombre en la forma que ella lo hacía me excitaba y mucho. No sé muy bien por qué. Solo tenía algo claro, muy claro, iba a quedar con ella, con la mujer que me volvía loco, la mujer que me había dado una razón para ver la vida de otra manera sin ni siquiera saberlo. Quité la alarma del móvil, ya que no tenía que madrugar. Cuando me disponía a

dejarlo encima de mi mesilla, entró un mensaje. Era Ana, me había enviado su dirección por fin. Ilusionado y entusiasmado, dejé mi móvil no sin antes enviarle lo siguiente: «Gracias. Dulces sueños, Ana». Cerré los ojos y me quedé dormido al instante.

11

Otra vez, un maravilloso sol entraba por los cristales de mi salón. Me levanté a mear. Viendo que era pronto aún, cerca de las nueve de la mañana, y no tenía gran cosa que hacer hasta la tarde, volví a meterme en la cama, aunque ya no logré conciliar de nuevo el sueño. Había dormido increíblemente bien. Me puse de lado en la cama, mirando a través del ventanal. Mientras lo hacía, recordé lo grandiosa que había sido la pasada noche. Seguía alucinado por todo lo sucedido. Si hace unas semanas alguien me hubiera dicho que esto me iba a pasar a mí, le hubiera tachado de loco y de majadero. Yo, Ray Stevens, el que desde la universidad no había tenido ni una sola cita, el que no quería saber nada o, mejor dicho, solo lo justo de las mujeres, el que nunca se había enamorado de nadie, el que no iría detrás de ninguna mujer ni aunque le apuntaran con una pistola y su vida pendiera de ello, el que se negaba a besar a una mujer, el que no creía que el amor fuera para él… Ese Ray era, ahora, el que estaba por completo enamorado, el que había hecho todo lo posible por llamar la atención de Ana, por conseguir un beso suyo, el que recorrería el mundo entero si fuera necesario solo por estar con ella, el que lo daría todo, incluso su vida entera, por tenerla para siempre a su lado. Me sentía raro, no sé cómo explicarlo. Imagino que es algo normal y que a más de uno os habrá pasado algo parecido. Estaba que no cabía de gozo en mí, pero, al mismo tiempo, un miedo atroz me invadía. No me gustaba la idea de no tener el control sobre mis sentimientos. Era tan inexperto en todo lo que al amor se refiere que me aterraba que me hicieran daño, pero aún más el hacérselo yo a otra persona. Aparte de todas mis experiencias de mierda que os he contado, este era otro motivo más para no implicarme sentimentalmente con nadie. Siempre me había considerado un tanto cobarde, con respecto a los demás, por escoger el lado fácil, por no tener relaciones ni querer comprometerme de modo alguno, evitando así que nadie dañara mi corazón. Y, sí, este seguía intacto, pero a costa de perder algo de igual valor o mucho más valioso incluso: mi esencia, mi ser, mi alma. Lo quería todo con Ana, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. Sonaba hasta ridículo, ¿no creéis? Le propongo una cita a una chica sin siquiera saber qué es eso. Bueno, saber sí que lo sabía por otros, aunque eso distaba mucho de tener claro qué es lo que tenía que hacer yo. Había una sola cosa que tenía clara, clarísima, respetar a Ana por encima de todo. No haríamos nada que la incomodara, que la hiciera sentirse mal o que no quisiera hacer y, aclaro, que no me refiero al tema sexual únicamente, sino a todo en lo que a nosotros dos respecta. Estuve tentado a mirar en internet cuál era la mejor manera para tener una cita exitosa, pero lo descarté, pues, al final, me pareció una idea totalmente absurda. Quería hacerlo bien, pero ¿cómo se consigue eso?, ¿quién determina qué está bien y qué está mal? Seríamos única y exclusivamente nosotros dos, por lo que iríamos improvisando sobre la marcha. Miré de nuevo el móvil, solo había pasado media hora. Bostecé y cerré los ojos, quedándome, como el que no quiere la cosa, otra vez dormido. La sirena de una ambulancia me despertó de repente. Normalmente, no se escuchaba nada en mi manzana. Ya eran cerca de las once y media de la mañana. Estas dos horitas me habían venido de lujo. Me levanté descansado y hambriento. Me puse unos pantalones, puesto que duermo sin ellos, y fui a la cocina. Ya no quedaba nada de comer, ni siquiera café para desayunar, y no me apetecía nada vestirme e ir a

una cafetería, las que había por la zona quedaban algo lejos para ir a pie. Rebusqué entre los panfletos de comida a domicilio y, para mi salvación, encontré uno que servían desayunos a domicilio. Ni corto ni perezoso, llamé. En cuestión de unos veinte minutos, tendría un megadesayuno entrando por la puerta de mi piso. Puse a cargar mi móvil, lo que me indujo a evaluar si mandarle a Ana un mensaje dándole los buenos días, pero me detuve, no quería que pensara que soy un pesado, aunque, seguramente, ya se hacía una idea después de haberla llamado a esas horas de la madrugada. Lo que sí hice es introducir su dirección en el navegador para ver a qué distancia se encontraba su casa de la mía y poder calcular así el tiempo que tardaría en ir hasta allí; puntualidad ante todo, y más con ella. Esto me distrajo lo suficiente para que llegara mi desayuno. A los veinte minutos, clavados, el repartidor llamaba al telefonillo. Estaba encantado por la puntualidad del servicio, lo que agradecí dándole una buena propina. Me había pedido un supermenú de desayuno que incluía huevos revueltos con beicon, tostadas, un *croissant*, un *muffin*, un surtido de panecillos, mantequilla, mermelada y un café extragrande. Felicidad en su máxima expresión: la comida. Para mí, comer se había convertido en uno de mis mayores placeres. Lo devoré todo pareciendo que nunca hubiera comido, habiendo pasado tan solo unas nueve horas desde la cena. Estaba lleno, a rebosar, mejor dicho. Fue justo después cuando me vino a la cabeza la migraña que Ana padecía y el tema de su intolerancia a ciertos olores; joder, ¿por qué no caí en ello antes de tomarlo? ¿Y si de nuevo aparecía con un aliento desagradable que nos llevara a tener que abortar la cita que yo tanto ansiaba tener? Maldito seas, Ray, por no tenerlo en cuenta. Se me había olvidado completamente. Lo tenía tan asociado a la apuesta y a besarnos solamente que, una vez ya había pasado, no había caído más en ello. Como aún era pronto, tenía la esperanza de que, hasta la hora de quedar, cualquier rastro desaparecería. Tendría más cuidado para la comida. Volví a comprobar mi móvil con la esperanza de haber recibido algún mensaje de Ana, pero no fue así. Solo tenía un mensaje de John disculpándose por ser tan borde cuando le llamé de madrugada. Había tenido una buena bronca con su novia, algo que no entiendo, ya que ella le había dado permiso para salir y tampoco es que llegáramos a las cinco de la mañana. Ni siquiera habíamos bebido. En fin, esa guerra no era mía. John debería ver cómo manejar su vida privada. Le contesté prestándome a hablar con Jenni si eso le ayudaba en algo, pero no me volvió a contestar. Sí que estaba calentita la cosa…

Me duché y salí rápidamente a comprar unas cosillas para comer y tener algo de suministros. Quería estar tranquilo en casa. Seguía sin saber a dónde llevar a Ana. Pobrecilla, no tenía ni idea con el hombre que había dado, un auténtico cero a la izquierda en estos temas. Solo esperaba que no quisiera salir a bailar o a alguna discoteca. Eso era lo único que no estaba dispuesto a hacer, aún me traía muy malos recuerdos de mis anteriores andanzas. Me estaba poniendo frenético con este tema, el tiempo corría y yo permanecía estancado. Me metí en mi estudio para ver si la música me aportaba algún tipo de inspiración. Ocurrió todo lo contrario, lo sucedido con Ana empezó a inspirarme en la letra de una canción que, de la nada, comenzaba a resonar en mi cabeza. Hacía muchísimo tiempo que no sentía esa sensación de creación y, aunque no duró demasiado, me hizo sentir realmente bien. Paré para comer, ya era tarde. Me podía pasar la vida entera tocando mi guitarra sin ser consciente del paso del tiempo. Mientras comía viendo la tele, un nuevo mensaje entrante llamó mi atención. Era de nuevo John, el cual, obviando mi sugerencia anterior de hablar con su novia, directamente, me preguntó si la cita seguía en pie. No tenía ni idea de a qué venía esa pregunta. Tampoco me dijo nada más. Imaginé que era para darle en los morros a Jenni sobre de que lo mío con Ana era cierto, pero esta forma de hacerlo me creó una duda, ¿sería que él sabe algo que yo no sé? Estuve en un tris

de preguntárselo…, pero no quería incomodarle más o generarle más problemas aún, por lo que decidí preguntárselo a la única persona que tenía la respuesta: Ana. Cogí el móvil y le envié un mensaje en el que le daba los buenos días, mejor dicho, tardes, le preguntaba cómo estaba y si tenía alguna idea de qué es lo que le gustaría que hiciéramos. Me di una palmadita mental en la espalda por la buena idea que se me había ocurrido. Dudé dos segundos y, después, le di a enviar. Estaba ansioso por que me contestara al instante, significaría que deseaba saber de mí tanto como yo de ella, pero no fue así. Empezaron a pasar los minutos y la respuesta no llegaba. Me fijé en las dos marquitas del mensaje que anunciaban que lo había recibido, pero no leído. Eso bastó para arruinarme la ilusión que me precedía desde largo rato atrás. Nuevamente, mi mente mezquina se puso a esbozar todo tipo de teorías. Unas, sobre Ana, alimentadas por las malas experiencias con las otras mujeres, otras, por mi miedo a que me rechazara, otras, mezcla de cosas sucedidas, habladas y soñadas, tal como una maquiavélica atracción entre John y ella… Cuando fui consciente de tanta gilipollez, sacudí la cabeza y volví en mí. No entendía por qué siempre tenía que ser tan retorcido ni podía confiar en otras personas. Todo el mundo se merece una oportunidad y Ana era la que más. Hice un par de respiraciones largas y profundas. Tenía que encontrar la calma que, hasta hace unos momentos, llevaba dentro. El que no me contestara al instante, no significaba nada. Podía haber cientos de motivos para ello. Si hubiera sucedido al revés, mientras yo estaba en el estudio, no le habría contestado hasta horas después. Cuando me metía allí, jamás me llevaba el teléfono. No había interrupciones ni distracción alguna. Y mientras se sucedía este discurso mental, sonó el tono de un nuevo mensaje. Era Ana y, por lo que puso, me pareció que estaba algo sorprendida de que le preguntara qué quería que hiciéramos. Me escribió que la perdonara por no contestarme antes, pero que habían terminado de comer hacía poco, estaba fregando y recogiendo y no se había fijado en el móvil, el cual, además, tenía en silencio. «¿Ves, Ray?», me dije, todo aclarado. Ahora el que se sentía idiota era yo, no solo por dudar de ella, sino porque seguramente lo puso en silencio para que ningún subnormal, como *mua*, volviera a molestarla de madrugada. Se siguió la siguiente pregunta: «¿Quiénes habían terminado de comer hacía poco?», pensé en su compañero Bailey, que sabía, desde hace poco, vivía con ella. No me hacía ni puta gracia este hecho, aunque fuera gay. No me dio tiempo a seguir elucubrando porque entró otro mensaje suyo. Ahora me decía que Jeff, su jefe, se había quedado a comer. Lo que me dejaba mucho más tranquilo. Luego me comentó que, en lo que me refería a dónde ir, tampoco tenía mucha idea; que, si me parecía, lo hablaríamos cuando pasara a buscarla y decidiríamos juntos. Me dio un vuelco el corazón de alegría al comprobar que seguía queriendo que fuese a por ella y saliéramos. Le contesté que saludara a Jeff de mi parte si así lo creía conveniente, no sabía si le había dicho algo de que tenía una cita conmigo, y que su idea, de decidir entre los dos a dónde ir, me parecía perfecta. Así ninguno asumía esa «carga», por así decirlo. Le escribí, para finalizar, que estaba deseando que fueran ya las siete y media para volver a verla. Y de esto no fui consciente hasta que le envié el mensaje. Para entonces ya era tarde porque lo había leído. Ahora maldije que fuese tan rápida leyéndolo. Bueno, ya estaba hecho y no podía dar marcha atrás. Estaba impaciente por ver qué me escribía de vuelta. Debajo de su nombre aparecía «escribiendo», lo que acrecentó mi nerviosismo. Tan solo en unos pocos segundos recibía lo siguiente: «He saludado a Jeff de tu parte y te da las gracias, te envía muchos saludos también, sigue agradeciéndote lo de ayer. Gracias por tu halago, menos mal que no me puedes ver porque estoy roja como un tomate. Comparto las ganas de que sea la hora para poder volver a verte». Me tembló todo el cuerpo al leer esto último. No era yo solo, ella quería verme también. Su comentario de que estaba roja como un

tomate me sacó unas risas. Me la imaginaba tal y como lo había vivido en persona la noche anterior. Lo que más me llegó al corazón, aparte de sus ganas por verme, es que se lo había dicho a Jeff. Creo que él es alguien muy importante en su vida y que se atreviera a confesárselo después de que si ayer nos hubiera pillado besándonos nos hubiera matado, significaba mucho para mí. En cuanto tuviera oportunidad y me atreviera, lo hablaría con ella. Entenderéis cómo me encontraba en ese momento: lleno de alegría, de emoción… Me proporcionó el chute de energía que necesitaba. Aún era algo pronto, pero, con esta sensación en mi cuerpo, decidí darme una buena ducha. No podía dejar de sonreír pensando en lo que me había dicho de que ella también ansiaba verme. Empecé a excitarme de una forma bárbara con el solo hecho de pensar en ella, en su boca, en sus labios… Madre mía, si con solo eso me ponía así de bravucón, no quería ni pensar en cómo sería si algún día la tuviera completamente desnuda ante mí. Necesitaba desahogarme, no me podía presentar así delante de ella, por lo que liberé toda esa tensión sexual masturbándome. Me tomé mi tiempo, más de lo que tenía pensado, la verdad. Cuando miré el reloj, quedaban solo treinta minutos para que dieran las siete, hora en la que me tenía que poner en marcha para llegar a tiempo a recoger a mi chica, por lo que tuve que darme un poco de prisa. No quería ir demasiado arreglado, quería que me viera tal y como soy, por lo que opté por una camiseta negra, un vaquero y botas. Me sequé un poco el pelo, cogí mi chaqueta, el móvil, la cartera, las llaves de casa, las de la moto y otro casco para Ana. Cerré la puerta, me subí a mi moto y partí hacia, prácticamente, la otra punta de la ciudad. Encontré más tráfico de lo que había esperado, pero aún me sobraba bastante tiempo. Me gusta ir tranquilo y sin prisas, en la moto, tu propio cuerpo es lo primero que impacta si tienes un accidente. El camino pasó sin incidentes y, después de dar una que otra vuelta, por fin llegué a la dirección que Ana me había facilitado. Aún quedaban cinco minutos para que dieran las siete y media. Había un hueco delante de su casa que me vino de lujo para aparcar la moto. Era una casa de una sola planta muy sencilla y bonita que hacía esquina. Frente a ella, había una carretera, y al otro lado, el mar. Tenía unas vistas muy bonitas. No era exactamente una zona residencial, pero sí que quedaba un poco a las afueras, por lo que gozaba de cierta tranquilidad. Me dio una sensación muy buena. No sé si sabéis de lo que estoy hablando. ¿No os pasa a veces que hay lugares que os transmiten buenas vibraciones? Pues algo así es lo que a mí me daba viendo ese lugar. Estaba quitándome el casco cuando la puerta de la casa se abrió y apareció Ana. Aún no eran las siete y media. Imagino que el sonido de mi moto le indicó que ya había llegado. Quedé fascinado al ver lo que llevaba puesto, iba sencilla pero preciosa al mismo tiempo: una cazadora negra de ante, unos vaqueros ajustados y botas negras altas de ante también. El pelo lo llevaba como la primera vez que la vi: una coleta pequeña que llevaba en la parte superior de la cabeza y el resto suelto. Con ese peinado, estaba mucho más mona incluso de lo que ya era. Su maquillaje continuaba en la línea: muy natural resaltando, sobre todo, pero discretamente a su vez, esos ojazos que tenía. Iba muy acorde conmigo y eso me pareció fabuloso. Bajó los tres peldaños de la escalera y se quedó ahí inmóvil observándome. Bajé de la moto y fui hacia ella. Me puse un poco en tensión, pues no sabía qué hacer cuando me acercara a ella. ¿Le daba un beso en la boca o dos besos en la mejilla como si lo de la noche anterior no hubiera pasado? Jolines, qué complicado era todo esto. Pero fue verla esbozar su maravillosa sonrisa y la tensión desapareció como por arte de magia. Me acerqué y, al mismo tiempo, Ana lo hizo también. Me quedé mirándola como un tonto mientras mi boca buscaba la suya y, sin pensarlo, le di un recatado beso en la boca. No se sorprendió ni lo rechazó. Estuve acertado en darle así el beso, no quería que lo de la pasada noche pasara indiferente, pero tampoco que pensara algo que no es, como que solo tenía interés en

salir con ella por, como se dice coloquialmente, trincármela. Cuando me separé, volví a mirarla y, de nuevo con su sonrisa, me dijo:

—¡Hola! Tenías razón, eres muy puntual.

—¡Hola! Ya te lo advertí. Tú también —le dije devolviéndole la sonrisa—. Venga, vamos. Por cierto, ¿a dónde? —Seguía sin saber a dónde llevarla y prefería que ella me dijera algo que le gustara para no meter la pata.

—Sinceramente, no se me ha ocurrido nada.

—Pues empezamos bien —le contesté soltando una carcajada.

—Ya te digo. No suelo salir mucho, ¿sabes? Por eso no tengo casi idea. —Era igualita a mí en ese sentido.

—Yo tampoco salgo. Las últimas veces han sido al *pub* donde tú trabajas y para de contar —quería que supiera que yo andaba tan perdido como ella.

—A ver, pensemos un poco, ¿quizás ir al cine?, ¿te gustaría?

—Me parece una buena idea. Podemos ir a un centro comercial, hay cines y zona de ocio. Quizás veamos allí algo que nos apetezca hacer. ¿Te parece? —pensé que podría resultar.

—Perfecto. Algo se nos ocurrirá, digo yo. —Asintiendo con la cabeza.

Le hice una señal invitándola a que fuera hacia la moto. Cuando estuve a punto de darle el casco para que se lo pusiera, exclamó: «¡Madre mía, Ray! Tu moto es una pasada». La verdad es que sí, era una American Chopper negra y de cilindros dorados, personalizada y creada a mi estilo. Para mí, suponía un símbolo de libertad y rebeldía, un tanto como yo era: libre y rebelde. Para mí, era más que una moto, era una obra de arte. Y me alegraba comprobar que para Ana también. La estética le llamó mucho la atención. Su comentario de que me venía como anillo al dedo estuvo completamente acertado. Le ayudé a ponerse el casco. Le quedaba un poco grande, pues no estaba pensado para una chica. Lo tenía como repuesto para el mío. Después de un par de maniobras, ya estaba preparada y, una vez me había montado, le indiqué que lo hiciera ella también. No estaba acostumbrado a llevar a nadie, por lo que necesité un poco de tiempo para colocarla de forma adecuada y que fuera cómoda atrás. Me dio la impresión de que tanto contacto con mi cuerpo la había puesto más nerviosa de lo que ya estaba. Su voz la delataba, pues ahora le temblaba. Le pedí que se apretara contra mí y que me rodeara la cintura con sus brazos, insistiéndole, a través del micrófono del casco, en que se sujetara firmemente abrazándome con más fuerza. Pobrecilla, creo que estaba a punto de darle algo. Para mí, sentirla tan cerca era maravilloso. Una vez comprobé que estaba lista, programé la dirección del centro comercial en el navegador y arranqué para irnos. No sin antes fijarme de que alguien, imagino que sería Bailey, nos «espiaba» desde el ventanal de su casa. Quité el pie de la moto y nos fuimos. Decidí ir más despacio de lo habitual por Ana, no sabía si se sentía segura o no. Al parar en un semáforo en rojo, le pregunté cómo iba, acariciándole suavemente su pierna:

—¿Cómo vas, Ana, todo bien? —Estaba un tanto preocupado por que no fuera cómoda o no le gustara ir en moto.

—¡Voy flipando en colores, Ray! Aunque me parece que vas un poco despacio, ¿no? —Sí que iba despacio por ti, pensé y así se lo dije.

—Un poco sí, estoy preocupado por que no te sientas cómoda o algo por el estilo.

—Te agradezco que estés tan pendiente, pero, de verdad, no te preocupes. Es cierto que nunca había montado en moto y mola un montón. Así que conduce como lo sueles hacer normalmente —me dijo con una seguridad y emoción asombrosa.

—Vale, solo quería estar seguro. Ahora que sé que te gusta, intentaré ir más rápido, pero hay bastante tráfico y prefiero ser precavido. —No lo hacía solo por ella, siempre he sido muy respetuoso conduciendo.

—Me parece perfecto, yo sigo, mientras tanto, disfrutando del viaje si no te importa. —Noté en su voz que decía la verdad, lo que me relajó disfrutando yo también al mismo tiempo.

12

Tras más de veinte minutos de camino, llegamos al centro comercial. El aparcamiento parecía algo lleno. Menos mal que el de motos no, por lo que pudimos aparcar muy cerca de la puerta de entrada. Le pedí a Ana que bajara primero para poder hacerlo yo a continuación, no estaba para nada acostumbrado a llevar a nadie. Le ayudé a quitarse el casco y luego me quité yo el mío. La miré y no pude evitar esbozar una sonrisa al ver los pelos de loca que traía. Al principio, me sentí mal. Pensé que había metido la pata y que me iba a mandar a la mierda por ello, pues, normalmente, las mujeres suelen ser un tanto especiales en cuestión de su aspecto, por lo menos aquellas con las que yo me he relacionado en las discotecas. Pero fue todo lo contrario:

—Qué pasa, Ray, tengo pelos de loca, ¿no? —me dijo con expresión divertida—. No estoy preparada para llevar casco. —Ahora se reía de sí misma mientras se miraba en uno de los espejos de la moto.

—Tienes un aspecto muy divertido, la verdad, espero que no te lo tomes a mal. —No quería ofenderla de ninguna manera.

—Claro que lo tengo, es lo que hay. Esto tiene rápida solución. —Se deshizo la coletita, se peinó y se la volvió a hacer. En unos segundos, estaba peinada de nuevo y con esa sonrisa me iba volviendo cada vez más y más loco—. Bueno, ya estoy lista de nuevo. ¿Ya estoy mejor ahora?

—Me parece increíble que no le des importancia, la mayoría de las mujeres me hubieran mandado a donde tú ya sabes por fastidiarles el peinado y, encima, reírme de su aspecto.

—Ojalá todos los problemas fueran estos, Ray. No pasa nada, si me despeino, me vuelvo a peinar y punto, no hay que hacer un drama de ello. Y, la verdad, disto mucho de ser como las demás mujeres. —No entendía por qué me decía eso, pero yo estaba maravillado de que fuera así.

Nos sonreímos mutuamente mientras nos adentramos en el centro comercial a ver todo lo que nos ofrecía. Estaba lleno de gente que caminaba de aquí para allá. Le dije que si le apetecía ir de tiendas, lo que hizo que me mirara como si el loco ahora fuera yo. Como la respuesta fue que no, decidimos dirigirnos directamente a la zona de ocio. Aquí había un poco menos de gente. Ante nosotros se extendían una gran variedad de restaurantes, una bolera, unos recreativos y un cine que contaba con unas diez salas. Ninguno de los dos sabía qué hacer. Nos acercamos al cine para mirar la cartelera a ver si encontrábamos algo que nos apeteciera ver a los dos. Yo casi lo prefería porque, aunque estuviera encantado de estar con ella, me encontraba un tanto incómodo por no saber, en cierto modo, qué hacer ni qué decir. No tenía citas con mujeres y estaba un poquito acojonado. De esta manera, estaríamos juntos, pero sin la necesidad de devanarme los sesos por sacar algún tema de conversación. La oferta de películas era asombrosa, lo que me hizo pensar que hacía un siglo que no iba al cine. Había de todo, de guerra, de ciencia ficción, comedia, acción, romántica, de dibujos y la única que me llamó la atención: de miedo. Estaba intrigado por saber qué género es el que le gustaba a Ana. Me imaginé que tiraría por la comedia o la romántica, así que me preparé mentalmente para ello:

—Bueno, ¿te convence alguna peli? —le dije esperando que se decantara por los géneros que os he comentado anteriormente.

—No sé, hay alguna que creo podría estar bien. ¿Cuál te gusta a ti?

—Ah, no, quiero que elijas tú la peli. —No quería arriesgarme de ninguna de las maneras.

—Yo creo que deberíamos elegirla entre los dos, ¿no? Me gustaría que los dos nos sintiéramos a gusto viéndola. —Era un encanto.

—Tienes razón, pero seguro que la que yo elija no te va a gustar.

—¿Por qué crees que no me va a gustar la que elijas? A lo mejor es a ti al que no le gusta la que a mí me gustaría ver. —Os puedo asegurar que la conversación era relajada y divertida al mismo tiempo. Mi acojone iba desapareciendo por momentos.

—Está bien, yo me decanto por la peli de miedo. Es mi género preferido —ya estaba, había soltado la bomba—. ¿Cuál te gustaría ver a ti?

—¿Me vas a tomar en serio y no me vas a considerar un bicho raro si te la digo? —No tenía ni idea a qué venía eso, pero me molaba la forma en la que me lo estaba diciendo.

—Por supuesto que sí te voy a tomar en serio, no sé por qué no iba a hacerlo.

—Pues me gustaría ver también la peli de miedo, ya te he dicho antes que no soy como las demás. Adoro este género, sobre todo las pelis de zombis. Creo que soy un bicho raro porque a muy pocas mujeres les gustan este tipo de películas. —Se puso colorada y por su voz noté que estaba realmente preocupada por lo que pudiera pensar de ella.

—Eres fabulosa, ¿lo sabías? Me parece una pasada que, hasta ahora, nos gusten las mismas cosas. Y, para dejarlo claro, estoy realmente encantado de que no seas, ni por asomo, como las demás. —tal cual lo pensaba se lo dije.

Volvió a ponerse como un tomate de roja. Decidido, veríamos la peli de miedo. Fuimos a la taquilla para comprar las entradas. La cola no era muy larga, además, habíamos llegado con tiempo, lo que nos permitía comprar aún algo de comer antes de entrar. Llegamos para sacar la entrada y le pregunté a Ana si prefería algún sitio en especial, creo que, por la cara que puso, no me entendió, pero me dijo que no, por lo que escogí yo. Hubo un momento de tensión cuando fui a pagar las entradas y vi que Ana sacaba su billetera para hacerlo ella:

—¿Qué estás haciendo? Voy a pagar yo, Ana —le dije mirándola y bloqueándola para que no pudiera sacar el dinero.

—¿Por qué tienes que pagar tú? Quiero pagar yo, pero me lo estás impidiendo —me contestó mirándome acalorada porque no le dejaba hacerlo.

—No pienso dejar que pagues tú. Yo soy el que te he invitado a salir —le dije divertido mientras le daba un suave toquecito en su, un poco respingona, nariz que también me volvía loco.

—Sí, sé que me has invitado a salir, pero eso no significa que tengas la obligación de invitarme —me decía divertida, pero, a su vez, decidida a no dejarme pagar.

—Vamos a ver, ya sé que no tengo ninguna obligación. Y, para que quede claro, lo hago de mil amores, de verdad. Voy a pagar y no admito discusión al respecto. Mira, el resto de la gente se está impacientando. —Fui contundente y no permití que pagara.

Le di mi tarjeta a la mujer de la taquilla y cogimos las entradas. Ana no iba para nada convencida, se lo notaba perfectamente. Era muy expresiva. No es que estuviera enfadada, pero su semblante se había vuelto un tanto más serio. Caminamos en dirección a los puestos de venta de palomitas y

varios. Dentro del cine, había más gente, sobre todo mucho más joven. Cuando estábamos a punto de ponernos en la fila para pedir, le pregunté qué quería tomar:

—¿Te apetecen palomitas o alguna otra cosa para comer viendo la peli? —Se lo pregunté con un poco de reparo deseando que lo ocurrido antes no hubiera fastidiado nada.

—No sé qué decirte, vas a volver a pagar tú, ¿verdad? —Creía haberle dejado claro que sí.

—Por supuesto, y espero que no te lo tomes a mal y me digas que no quieres tomar nada solo por ese hecho —se lo dije esperando realmente que no empezara con eso.

—No quiero ser desagradecida ni incordiar más con esto, ¿vale? Te agradezco, de verdad, que seas tan gentil, pero no me siento cómoda cuando alguien me invita. Esa es la razón, no lo llevo bien, me da la sensación como que luego le debo algo a la otra persona… —me contestó muy sincera, cosa que le agradecí. Era la única manera para que esto funcionara y saliera bien. Además, en ningún momento me levantó la voz o hizo ademán de tener una discusión. Todo fue muy suave y para nada desagradable.

—Entiendo y respeto que te puedas sentir incómoda y te agradezco tu sinceridad y tu saber estar. Puedes quedarte tranquila, no lo hago para que luego me tengas que deber nada, te lo prometo. No soy de ese tipo de hombres. Si hago algo, es porque lo siento, nada más. Estaba deseando salir contigo y poder invitarte, eso es lo que pretendía, y aún pretendo, hacer. Solo te pido que confíes en mí y que lo aceptes, no hay nada más detrás —también estaba siendo totalmente sincero. Jamás haría algo por interés.

Se detuvo un momento, creo que procesando la información que le acababa de dar, y, haciendo una fuerte respiración, me dijo que de acuerdo. Todo quedó aclarado justo antes de que llegara nuestro turno para pedir. Yo tenía mucha hambre, por lo que iba a pedir un supermenú de palomitas y bebida. Le pregunté a Ana si quería también uno de esos. Me respondió que sí, pero de menor tamaño. El muchacho que nos atendía dijo que si lo cogíamos para dos podía ser extragrande, a lo que inmediatamente dije que sí. Noté como Ana miraba para un lado y echaba una sonrisa. Me encantó ver que volvía a estar relajada, aunque tuvo que hacer un esfuerzo cuando saqué nuevamente la tarjeta para pagar. No dijo nada, volvió a respirar hondo y ya. Cogimos el cubo de palomitas y las bebidas y fuimos en busca de la sala. Quedaban aún unos minutos para poder entrar, por lo que aprovechamos para ir al servicio, primero, fue ella al baño, y luego, fui yo. Cuando regresaba del baño, se cruzaron ante mí un grupo de chicas jóvenes, de unos dieciséis años aproximadamente, la mar de descaradas, que me soltaron más que unos ingenuos piropos. No podía creer que fueran ya tan desvergonzadas a esa edad, las ignoré y me apresuré a volver al lado de Ana; la cual me miraba divertida al ver la escena y diciéndome que tenía mi propio club de fanes. La miré con desaprobación y, cogiendo parte de nuestro pedido, entramos en la sala.

Era una sala pequeña en comparación con las salas en las que había estado otras veces. Ana me preguntó qué fila teníamos y le dije que me siguiera. La mayoría de la gente que había sentada eran grupos de chicos y parejas. Empezamos a subir y a subir hasta la última fila, sí, habéis leído bien la última fila. Era la única forma de ver tranquilo una película. Las otras veces en las que me había sentado por el medio siempre me tocaba detrás un subnormal que no hacía más que darle patadas a mi butaca, lo que hacía que me encabronara y saliera discutiendo de allí. Por eso, de esta manera, evitaba esa desagradable situación. Coloqué las megacocacolas en los reposa-bebidas y me di la vuelta para ayudar a Ana:

—Trae que te ayudo con las palomitas para que te acomodes.

—Tranquilo, hazlo tú y ahora sigo yo. ¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Por qué te gusta tan arriba? —me dijo mirándome un poco asombrada por el sitio por mí escogido.

—Antes solía sentarme en las del medio, pero siempre me tocaba algún idiota que se sentaba detrás y se pasaba la peli golpeando mi butaca. Una de dos, o me aguantaba y estaba a disgusto durante la película o le cantaba las cuarenta. Y, bueno, al final las dos maneras eran desagradables, por lo que decidí, a partir de entonces, escoger la última fila. ¿No te gusta? Podemos cambiarnos si estás a disgusto. —Ahora tenía duda por si no le gustaba.

—No, está bien, solo sentía curiosidad por saber por qué. —Ya me quedaba más tranquilo.

Me quité la chaqueta, la coloqué en el respaldo de la butaca y me senté. Le cogí el cubo de palomitas a Ana para que ella pudiera ponerse cómoda también. Era un espectáculo ver cómo se quitaba su cazadora de ante. Estaba bastante intrigado por saber qué se había puesto. Llevaba una blusa negra con sutiles destellitos que dejaba al descubierto sus hombros, más o menos como la que llevaba puesta la segunda vez que la vi, aunque esta no era tan ajustada. Intenté ser disimulado, pero, cuando se sentó, no pude dejar de fijarme en su magnífico trasero y en el buen tamaño de su pecho. Tenerla sentada a mi lado, tan cerca, era más que un sueño hecho realidad. Hubo un momento en el que pensé realmente que no era más que eso, más que un maravilloso sueño. Fue la voz de Ana la que me devolvió a la realidad, que era aún más increíble que el sueño:

—Ya estoy, Ray, si quieres puedo sostener yo el cubo de palomitas —me dijo mientras apartaba su pelo hacia el lado opuesto al mío dejando esa parte del cuello al descubierto y evitando que cayera encima de las palomitas.

—Lo sostengo yo, tranquila —le dije apartando la mirada de ella, ya que empecé a notar como todo mi cuerpo se excitaba por su cercanía y por la dulzura en la que decía mi nombre.

Ana asintió con la cabeza mientras las luces se apagaban anunciando el empiece de la película. Seguía entrando gente rezagada, pero nadie subía hasta arriba; excepto una pareja que vino a nuestra fila y se sentó en el rincón, pudiéndome imaginar para qué. Solo esperaba que fueran discretos y no dieran mucho la nota incomodando a Ana o lo que pudiera pensar que quizás fuera a pasar entre nosotros. No le quise dar demasiada importancia, lo que deseaba era disfrutar de la película y de la fabulosa mujer que tenía a mi lado. De vez en cuando, nuestras manos se rozaban al ir a coger las palomitas, lo que provocaba en ambos una sonrisa y, por parte de Ana, algo de nerviosismo. De vez en cuando, le echaba de reojo un vistazo a su silueta. Ver su cuello, su hombro, me ponía a mil revoluciones por minuto. Barajé la posibilidad de echarle mi brazo por encima, pero no lo vi del todo claro, lo que hizo que la rechazara por completo. Comenzó la película, que iba sobre entes y actividades paranormales. Nunca me hubiera imaginado en el cine con una mujer, y menos aún viendo este tipo de pelis juntos. Tampoco pensé que me sentiría tan a gusto, la verdad. Estábamos tan cerca el uno del otro… La peli se sucedía ya hasta casi la mitad y estaba bastante bien, tenía momentos de mucho miedo y más de un susto, manteniendo la tensión durante todo el rato. Miraba de vez en cuando a Ana y veía que ella disfrutaba tanto o más que yo. Sí que le molaban este tipo de pelis. Yo me acojonaba en alguna que otra escena, pero ella permanecía impasible. Fue entonces cuando en la pantalla apareció un perro ladrando a una puerta que vi como Ana se revolvía en su asiento:

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien? —le dije acercándome a ella y susurrándole al oído un tanto preocupado.

—Creo que le va a pasar algo a ese perro. Pensarás que estoy como una cabra; puedo ver cómo unos zombis destripan y se comen a una persona, pero no puedo ver cómo hacen daño a un animal, a un bebé o a un niño indefenso, simplemente, no lo soporto —me susurró de la misma manera en la que yo lo hice.

—No pasa nada, no mires, yo te aviso —le dije mirándola con mucha dulzura. Ana me miró un tanto avergonzada, pero asintió.

Pero, justo entonces, el perro que antes ladraba comenzó a emitir ladridos como de dolor. Me fijé que ahora se llevaba las manos a los oídos para evitar oírlo y supe que estaba más afectada por esto de lo que había pensado. Miré nuevamente hacia ella y vi como la tristeza cubría su rostro. No tenía ni idea qué hacer para distraerla hasta que ese momento pasara. Así que puse mis manos sobre las suyas e hice algo que salió de mí sin pensar: darle un beso. Le sujeté su preciosa cara y me acerqué de la misma forma como lo había hecho la última vez que nos besamos, muy lentamente, mirándola a sus ojos y luego a su boca. Nos fundimos el uno en el otro, buscándonos, encontrándonos y explorándonos mutuamente. Dios, cómo me gustaba besarla y sentirla de aquella manera. Mi corazón se aceleraba cada vez más. Lo mejor de todo es que Ana no me rechazaba, todo lo contrario, salía al encuentro de mis labios y denotaba el mismo sentimiento por mí de la forma en cómo respondía a mi beso. Tras un breve transcurso de tiempo, el perro dejó de ladrar y supe que esa escena había llegado a su fin. Estuve tentado en decirle a Ana que ya había terminado, pero quería seguir sintiéndola un poquito más. No me demoré mucho, pues al final habría terminado por darse cuenta. Muy a pesar mío, y sintiéndolo más de lo que me hubiera gustado admitir en ese momento, separé mis labios y mi cara de la suya. Volví a mirarla y le dije que la escena ya había terminado y que podía continuar viendo la peli. Sus ojos ahora denotaban mucha ternura y, cogiendo mi cara con su mano, me dio las gracias, más colorada que nunca, sintiéndose algo abochornada por lo sucedido. Los dos nos giramos para seguir con la peli. Intuitivamente, llevé mi mano al reposabrazos y le cogí la mano. No hizo ningún movimiento extraño para apartarla, dejó que lo hiciera, quizás en señal de agradecimiento. Yo respiraba un tanto agitado no pudiendo creer todo lo que me estaba pasando. Estaba tan inmerso en ese precioso trance que no vi venir una terrorífica escena llevándome un susto enorme, lo que hizo que apretara con fuerza la mano de Ana, clavando mis uñas en la de ella. La pobre aguantó sin apenas protestar. Ahora el que se sentía abochornado era yo. La miré y me disculpé pidiéndole mil veces perdón. Le cogí la mano intentando ver qué narices le había hecho. Pensar que podía haberle hecho daño me desgarraba por dentro. No pude ver gran cosa porque no había demasiada luz. Ana me cogió con la otra mano y, mirándome otra vez con dulzura, me dijo que estuviera tranquilo que no había pasado nada y que estaba bien. Me sonrió e hizo que me relajara y pudiera continuar viendo la peli. Pasó un rato largo sin «incidentes». Hasta entonces, seguía agarrando la mano de Ana, la cual acariciaba aleatoriamente, quise soltársela después de mi desacertado apretón para no volvérselo a hacer, pero no me dejó. Y, sinceramente, no deseaba hacerlo. Sentirla de la forma que fuera era lo único que quería. Con la otra mano, cogí mi cocacola para darle un trago, pero ya casi no quedaba. Me acerqué a Ana para decirle que iba a buscar algo más de beber y si quería también algo. Me ofreció la suya para que me la bebiera, ya que estaba prácticamente llena; no quería dejarla sin ella, pero insistió. Mientras yo bebía la cocacola, aprovechó la ocasión, ya que le había dejado la mano libre, para buscar algo en el bolso. La miré con curiosidad deseando que se colocara como estaba antes para volver a cogérsela, ansiando tener de nuevo un contacto entre los dos. Sacó una bolsa con chuches y, devolviéndome la mirada, me dijo

que si quería. La abrió dándome a elegir la que más me gustara; había bastantes, sobre todo moras negras, mis preferidas, y, por lo que vi, también eran las de ella, teníamos tantas cosas en común… Transcurrida una media hora, más o menos, la peli llegó a su fin, las luces se encendieron y la gente comenzó a levantarse e irse. Me estiré sobre el asiento y giré mi cabeza para verla:

—¿Qué te ha parecido la película?, ¿te ha gustado? No ha estado del todo mal —le pregunté.

—Me ha gustado, ha estado bien. Solo que… —me contestó un poco apurada—, siento lo de antes con lo de la escena del perro, pero no he podido evitarlo.

—No tienes por qué sentirlo, te lo digo de verdad. Yo siento haberte besado, no sabía qué hacer para distraerte y me ha salido así sin más. —Ahora era yo el que necesitaba oírla decir que todo estaba bien.

—Has estado fantástico, Ray. Me ha gustado mucho tu manera de distraerme —me respondió sin apartar en ningún momento su mirada y, lanzándome una más de sus cautivadoras sonrisas, entendí que el sentimiento era mutuo.

Nos levantamos y bajamos por las escaleras de la sala hasta llegar a la salida. Ya era de noche, cerca de las diez. La peli había durado unas dos horas. Aún era pronto y yo me negaba a separarme de Ana. Tenía que inventarme algo para poder seguir con ella. Una vez ya fuera, y con buena luz, me detuve e hice que se parara también de forma repentina. Cogí su mano y me la acerqué para examinarla, mierda, tenía marcadas mis uñas. Le había hecho daño, pues tenía puntitos de sangre en una de las marcas; la pobre no había ni rechistado. Sin pensarlo, se la besé y acaricié, sintiéndome francamente mal:

—Ey, no ha pasado nada, ha sido sin querer —me dijo mirándome con benevolencia, quitándole importancia a lo ocurrido.

—Me siento fatal, Ana, hacerte daño es lo último que querría, ¿sabes? —era la verdad y se lo decía de corazón.

—Lo sé, por eso te estoy diciendo que no te preocupes, y cambiando de tema, ¿quieres que vayamos a otro sitio o prefieres irte ya a casa? —«Ah, no, a casa ni hablar», pensé para mis adentros.

—Sinceramente, estoy muy a gusto, por lo que me encantaría ir a otro sitio, aún es pronto. Si tú quieres, por supuesto.

—Yo también estoy a gusto. ¡Vale…! Ahora la pregunta es ¿qué hacemos? —me contestó divertida como adivinando que ninguno de los dos teníamos ni idea de qué hacer o a dónde ir.

—Buena pregunta, yo he propuesto antes lo de ir al cine, te toca a ti escoger. —No era del todo cierto, pero es que andaba perdido en estos temas. Pobrecilla, menudo gol le acababa de meter.

—Ah, ¿sí? No recuerdo que tú propusieras lo de venir al cine… —me contestó sonriéndome.

—Lo del cine, quizás no, pero sí la película que me interesaba ver… Lo siento, no es justo para ti, pero la verdad es que no tengo mucha experiencia en estas cosas y no tengo ni la más mínima idea de qué hacer —le dije intentando escabullirme, aunque luego preferí ser sincero.

—Ja, ja, ja, está bien. No hay mucho para elegir. Podemos ir a los recreativos a ver qué tal, no se me ocurre nada mejor, yo tampoco estoy muy ducha en estos temas. Descarto ir a comer, estamos hinchados de palomitas y de chuches, o por lo menos yo.

—Me llama lo de ir a los recreativos, hace una eternidad que no voy. Lo de comer, por el momento, no, aunque un poco más tarde puede que sí. —Me miró con cara de no me lo puedo creer, pero no dijo nada más.

13

Nos pusimos en camino en dirección a los recreativos para dar una vuelta. La última vez que estuve fue años atrás con John. No me llamaba demasiado la atención eso de los videojuegos, pero sí que había algunos de conducir, de disparar y de *jockey* que no estaban mal. Íbamos caminando uno al lado del otro sin mediar palabra. Se hizo un incómodo silencio que solo se veía interrumpido por el estruendo formado por algunos jóvenes, gritando y haciendo el tonto. No sabía qué hablar con ella, esto es lo que más temía. Yo era demasiado soso y ella demasiado tímida. Seguía dándole vueltas a ver qué podíamos hablar cuando se giró hacia mí y me preguntó si el tema de espíritus y de entes era el que más me gustaba para las pelis de miedo. Le contesté que me parecía interesante, pero que las de zombis, al igual que a ella, eran las que más me llamaban. Comenzamos a charlar sobre esto y ya no paramos hasta que nos detuvimos, ya que nos encontrábamos delante de la entrada de los recreativos. No podía creer lo fácil que me resultaba hablar con ella, sabiendo de qué, por supuesto. Hablábamos con total normalidad y aunque Ana es muy tímida, ya lo sabéis, en esto no lo parecía tanto. Se notaba a la legua que los dos estábamos muy a gusto en compañía del otro, lo que lo hacía enormemente sencillo y placentero.

Pasamos dentro. Había muchos jóvenes, claro está, pues para ellos es más que nada esta clase de sitios. Tenía dos plantas, como pudimos comprobar mientras íbamos echando una ojeada a la variedad de máquinas y juegos que nos ofrecía. En la planta en la que nos encontrábamos, había unas que me parecieron como más para niños, por lo que pasamos de la mayoría de ellas, hasta llegar a una que a Ana le llamó la atención. Se llamaba «Golpea al topo» y que consistía en darle con un martillo a unos topos que salían aleatoriamente de unos agujeros. De todas las que había por allí, era la que parecía un poco más interesante, y viendo que a Ana le hacía mucha gracia, decidí que jugaríamos en esa. La dejé que empezara primero, y no solo por caballerosidad, sino para ver cómo leches se jugaba a aquello, aunque, por lo que había visto, no debía de ser muy difícil. Introducimos las monedas correspondientes y empezó el juego. Al principio, iba un poco despacio, salía un topo y Ana le daba un porrazo con el martillo, otro le continuaba y lo mismo. Luego se fue animando un poco más, saliendo varios a la vez, teniendo que golpear a varios al mismo tiempo. Ana estaba graciosísima y se lo pasaba en grande aporreando a uno y a otro, tanto que me contagió de tal forma que ya tenía ganas de que llegara mi turno. Hubo un momento que salían casi todos a la vez, siendo prácticamente imposible atizarles, lo que hizo que poco después se terminara la partida:

—No se te ha dado nada mal. Me parece que has disfrutado atizando a esos pobres topos —le dije en plan divertido.

—La verdad es que mola mucho, ya me dirás ahora cuando lo pruebes, aunque, al final, es un poco agotador —me contestó también divertida pasándome el martillo.

—Me toca, ya verás como los dejó KO —le dije en plan macho.

—Vamos, vamos, musculitos, que no se diga —me contestó de coña absoluta.

Volví a introducir monedas y el juego comenzó tal y como la vez anterior, al principio, despacio, y, luego, iba aumentando progresivamente. Fue pan comido hasta que salieron varios topos

simultáneamente. Empecé a darles fuertes martillazos, pero no había manera de meter a los putos topos en sus correspondientes agujeros. No era tan fácil como le había visto a hacer a Ana y me estaba poniendo de mala leche, en el buen sentido; hasta tal punto que le di a uno de ellos con todas mis fuerzas haciendo que se colara, al fin, pero, a su vez, se quedara atascado. La máquina comenzó a hacer ruidos raros y se paró:

—Lo siento, no quería darle tan fuerte, bueno, sí, pero no cargarme la máquina —dije mirando a Ana apesadumbrado, la cual se había llevado la mano a la boca denotando sorpresa.

—Jolín, Ray, lo has fulminado —me contestó mirándome ahora con más que una sonrisa en sus labios.

De repente, el encargado de los recreativos apareció y se acercó a nosotros para comprobar qué había pasado. Le expliqué lo ocurrido y me disculpé por mi torpeza. Ana, para entonces, se moría de la risa, aunque intentaba, sin éxito, disimular. Verla así me provocó a mí también unas ganas de reírme bárbaras, pero tuve que contenerme, pues el encargado seguía ahí, justo a mi lado, echándome la bronca. Me dijo que esta máquina no soportaba golpes fuertes de adultos, por lo que, por favor, tuviera más cuidado. Asentí con la cabeza porque, si abría la boca, lo único que hubiera salido hubiera sido una carcajada. Abrió una compuerta y, después de un largo rato toqueteando e intentando que la dichosa máquina funcionara, por fin consiguió que volviera a su ser. Nos miró una última vez y, advirtiéndonos de nuevo por si no nos había quedado claro, se marchó. No había dado ni media vuelta cuando nos empezamos a descojonar de la risa. Nos miramos y decidimos intentarlo una vez más, pero ahora siendo más suaves con nuestros martillazos. Quise que Ana empezara la primera otra vez, pero me cedió su turno, creo que para evitar que pasase lo mismo. No quería meter la pata nuevamente, por lo que los martillazos los daba tan suaves que me costaba un triunfo meter al topo por el agujero. Como ya sabéis, la paciencia no es una de mis virtudes y, teniendo en cuenta esto, y que me estaba estresando un montón el puñetero jueguecito, volví a dar un golpe más fuerte de lo debido, cargándome por segunda vez la maquinita. Ahora sí que sí me moría por mi torpeza, no me lo podía creer. Nos la íbamos a cargar, pero bien. Estaba ahí de pie mirando a la máquina como un tonto cuando Ana me cogió del brazo y tiró de mí abandonando vilmente, los dos, la escena del crimen. Nos encontrábamos a punto de bajar las escaleras para ir a la otra planta cuando vimos como el encargado volvía encontrándose la máquina parada nuevamente. Comenzó a hacer aspavientos y a mover la boca, imagino que para cagarse en mí y en la madre que me parió, que en paz descanse. Miró en todas las direcciones buscándonos, por lo que nos apresuramos a bajar las escaleras, ya que nos pareció que nos había visto y venía detrás corriendo. Nada más bajar, nos escondimos en un estrecho hueco detrás de la escalera. Ana me empujó contra la pared y me hizo señas para que me quedara quieto. Se asomó un poquito con precaución para ver cómo estaba el panorama, pero se volvió a esconder rápidamente, pues el encargado estaba asomado a la barandilla en nuestra búsqueda. Fue un momento un tanto tenso, tengo que reconocerlo, pero excitante a la vez, ya que estábamos pegados el uno al otro, en donde mi cuerpo presionaba al suyo y viceversa, pues la tenía rodeada por mis brazos y cogida por la cintura. Pasó un breve lapsus de tiempo y efectuó la misma maniobra, asegurándose bien de que no hubiera moros en la costa para irnos de allí. Nos adentramos en la planta baja para camuflarnos entre los muchachos. No me atrevía a decir palabra, pues pensé que igual Ana se habría enfadado, pero ni por asomo. Cuando vimos que ya no había peligro, se volvió hacia mí:

—Ray, Ray, Ray, qué voy a hacer contigo. Eres puro músculo y adrenalina —me dijo mirándome de una forma que me la hubiera comido en ese momento, sonriendo a más no poder.

—Me muero de la vergüenza, te lo juro. Yo en tu lugar estaría hecho una furia —le respondí sintiéndolo de verdad, profundamente avergonzado.

—Pero ¡qué dices, ha sido la mar de divertido! Aunque no creo que podamos volver por esa zona nunca más. Seguro que ponen carteles prohibiendo jugar a los adultos, y porque no tienen tu foto que si no… —Se lo estaba pasando bien y todo. Me parecía increíble que, en la primera cita, y con todo lo patoso que había sido hasta ahora, no me hubiera mandado ya a la mierda.

—¿Divertido? ¿No piensas en mandarme a paseo? La llevo liando parda prácticamente toda la noche, Ana —tenía que explicarme, que me entendiera que de verdad no había sido mi intención.

—Has venido a buscarme y me tienes que llevar de vuelta a mi casa, por eso no te puedo mandar de paseo —¿Cómo?, ¿estaba escuchando bien? No podía creerlo.

—Ahora estás de coña, ¿verdad? —le pregunté un tanto alucinado.

—¡Claro que sí! Vamos a seguir cargándonos máquinas, ¿te parece? —me dijo guiñándome un ojo y agarrándome del brazo, algo que me encantó, por supuesto, pero solo porque era ella quien me agarraba.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías? —le solté sin ni siquiera pensarlo, dándole otro suave toquecito en su naricita.

A eso ya no me contestó. No sé cómo lo entendió, pues desvió su mirada y empezó a caminar echándole un vistazo a todos los videojuegos y resto de máquinas que por allí se extendían. Lo que le había dicho era del todo verdad, solo llevábamos unas horas juntos y ya estaba completamente loco por ella. No quise incidir más en esto que le había dicho por miedo a que hablar de sentimientos tan pronto nos cortara el rollo, por lo que la seguí e hice como si no hubiera dicho nada. Las máquinas de esta planta eran ya para personas más adultas. Había unos videojuegos con simulador de motos, coches e, incluso, camiones. Yo quise probar con las motos, cómo no. Cogí a Ana de la mano para detenerla y decirle que quería jugar en una de esas. Me miró sonriente, asintiendo. Le dije que si quería probar, pero me contestó que ella no era tanto de motos, sino que le molaban más los coches. Así que buscó unos videojuegos que se encontraban al lado y se fue para allá. No me gustó que se alejara de mí. Pensé en dejarlo e ir con ella, pero no quería que se sintiera tampoco agobiada. Introduje el dinero y empecé la partida. No tenía nada que ver con la conducción normal de una moto, por lo que no tardé mucho en perder. Creí que se me iba a dar mejor e iba a ser más fácil. Me levanté y busqué rápidamente a ver dónde estaba Ana. Eché un par de vistazos sin conseguir verla y empecé a ponerme un poco nervioso; pensar que la había perdido o que le hubieran podido hacer algo hizo que se me formara un nudo en la garganta. De repente, escuché su voz indicándome dónde se encontraba. Había estado pendiente de mí, aunque, en realidad, debería de haber sido al contrario. Me juré que esa sería la última vez, que, a partir de ese momento, los dos iríamos juntos a cualquier parte, exceptuando al baño, claro. Seguimos recorriendo la sala hasta que vimos un videojuego de disparar a unos zombis. Parece que la habían hecho justo para nosotros. Miré a Ana y ella me miró a mí, le pregunté que si probábamos juntos, a lo que me contestó, cogiendo una de las dos pistolas y con un aire muy *sexy*: «Vamos a por ellos, Ray". Cogí la otra pistola, me acerqué a ella y, pegando mi nariz a la suya, le dije: «Contigo al fin del mundo, preciosa». Nos empezamos a reír como dos tontos hasta que el sonido de «go» nos indicó que el juego comenzaba. Se notaba que a los dos nos gustaba este juego, disparábamos a diestro y siniestro matando zombis por doquier y

recargando nuestras pistolas cuando el juego así lo requería. Quise impresionar a Ana, por lo que empecé a arriesgarme demasiado provocando que me mataran. Maldije mi estampa por ser tan idiota. Ella seguía ahí disparando y, cuando paró un momento para el siguiente nivel, me miró y me dijo: «Has durado muy poco, ¿no crees?». Me encogí de hombros haciéndole ver que tenía razón. Iba a comenzar la siguiente partida cuando vi que se dejaba matar:

—Pero ¿qué haces? ¿Por qué has dejado que te maten? —le pregunté asombrado después de que le hubiera costado tanto llegar hasta ahí.

—Porque sola no es tan divertido. Me gustaba cómo nos cargábamos juntos a esos zombis. No quiero jugar sin ti. —Madre mía, ahora sí que estaba a puntito de comérmela.

—Me han matado por idiota y por querer impresionarte, Ana, esa es la verdad —no sé por qué no podía controlar lo que salía de mi boca—, si te parece, jugamos otra y ahora pondré todo de mi parte.

—No tienes por qué impresionarme, no hace falta. Me gustaría conocerte tal y como eres. Con eso me basta. Venga, empecemos pues —me dijo mirándome un tanto desconcertada y completamente roja por lo de querer impresionarla.

Era ella la que cada vez me impresionaba más y más, sobre todo con su forma de ser. Llevaba razón, a partir de ahora sería yo para bien o para mal. Quería que me conociera como el Ray que soy; si en verdad le gustaba, que fuera por lo que realmente había en mí. Comenzamos una nueva partida y, esta vez, se nos dio de maravilla. Los dos nos protegimos mutuamente hasta que ya se puso difícil y nos mataron casi a la par. Afirmaría que a los dos nos fastidió mucho porque nos lo estábamos pasando genial. En fin, era lo que tocaba. Dejamos las pistolas y continuamos caminando por la sala. Había una máquina de baile y Ana me propuso que lo intentáramos juntos, pero soy un pato mareado en lo que al baile se refiere, así que, muy a pesar mío, le dije que no. Pasamos por delante de las de simuladores de coches y ahora fui yo quien animé a Ana a que echara una partida. Tenía curiosidad por ver cómo se le daba la conducción. Le gustó la idea y se montó en uno de los coches. Empezó la partida, comprobando con asombro que se le daba francamente bien. Se la veía cómoda conduciendo, pero, como a mí, no le duró mucho, pues eran de conducción deportiva y no estábamos acostumbrados. Después de eso, no encontramos nada más interesante, por lo que decidimos dirigirnos ya a la salida. Justo antes de salir, vi la máquina de *air jockey* que tanto me gustaba y le pedí a Ana que echara una partida conmigo:

—Ana, ¿te gustaría jugar una partida de *air jockey*? —le pregunté ilusionado.

—No sé cómo se juega, no he jugado nunca, pero si te apetece, claro —me contestó. Ahora me sentía mal por haberle dicho antes que no.

—Si no te apetece, no pasa nada, nos vamos y ya está, de verdad. —Me comían los remordimientos.

—Sí que quiero, lo único que vas a tener que enseñarme, nada más. —Y otra vez esa sonrisa y esa mirada llena de dulzura…

Le enseñé cómo se jugaba explicándole las reglas básicas y poco más, pues era muy sencillo. Le propuse jugar una partida de prueba para que se fuera familiarizando y, cuando se sintiera segura, otra para ver quién ganaba. Le pareció bien y comenzamos. No era difícil, pero sí que debías tener cierta habilidad o, mejor dicho, práctica, y eso era, precisamente, lo que a Ana le faltaba. Tras unas partidas de prueba, acordamos en jugar ya en serio. Empezamos y, aunque no se le daba mal del todo, le faltaba fuerza en los tiros. No le di tregua y en nada ya le había ganado por puntos, aunque

había dejado que me metiera algún tanto de forma intencionada para que no se sintiera en demasiada desventaja:

—No hace falta que me dejes marcar si no lo merezco, Ray —me dijo dándose perfectamente cuenta de lo que había hecho.

—Lo siento, pero no quería que te sintieras mal, al fin y al cabo, juego con demasiada ventaja. —Pobrecilla, era injusto, sí.

—Bueno, el caso es que vaya aprendiendo a jugar, ¿no? Y cuando lo haya hecho, veremos a quién se le da mejor… —Me encantaba su lógica, su manera de expresarse, pero, sobre todo, que no se lo tomara a mal ni se enfadase.

—Seguro que cuando aprendas, serás tú quien me dé a mí una paliza jugando a esto —tal se lo dije, lo pensaba.

Echamos unas cuantas partidas para que Ana fuera soltándose. Verla inclinarse sobre la mesa mostrándome un poco más de su escote y apartarse el pelo hacia un lado, para que no le interfiriera a la hora de lanzar el disco, me excitaba mucho. Todo en ella hacía que mis hormonas se revolucionaran a mil revoluciones por minuto. Pero lo que más me encantaba era cuando nuestras miradas se cruzaban y, aunque su rostro colorado la delataba, no impedía que apartara la mirada. Yo tenía unos ojos verdes que llamaban mucho la atención, pero, en mi opinión, ni comparación con los de Ana que me traían de cabeza, pues poseía una mirada misteriosa y hechizante al mismo tiempo. Decidí terminar con el juego, pues ya no me parecía tan divertido, y tengo que decir que Ana estuvo fantástica porque en ningún momento se quejó, ni puso mala cara o me hizo tener la sensación de que no se divertía, todo lo contrario. Estoy seguro de que, si yo no digo de irnos, seguiríamos jugando aún. Tuve la sensación de que lo hacía por complacerme. Cogimos nuestras cosas y salimos de allí. Para entonces, yo ya había hecho hambre, pero había demasiada gente en la zona de los restaurantes y no me apetecía tanto jaleo. Le pregunté a Ana para ver qué quería hacer:

—¿Tienes ganas de comer algo o prefieres que te lleve ya a casa? —se lo pregunté imaginando que estaría hasta las narices de estar conmigo.

—No tengo prisa por llegar a casa, pero tampoco tengo demasiada hambre. ¿A qué te refieres con lo de comer algo? ¿Te refieres a ir cenar o tomar solo algo? —me lo preguntó de nuevo extrañada por mi hambre voraz.

—No sé, quizás comer una hamburguesa o algo por el estilo. —Necesitaba combustible, pues había desgastado ya las palomitas con el *jockey*.

—Vale, aunque yo tomaré poca cosa si no te importa.

—Claro que no, lo que te apetezca. Lo único es que este sitio está petado de gente y me gustaría ir a algún otro sitio un pelín más tranquilo. —Esperaba que estuviera de acuerdo porque tanto jaleo me ponía de los nervios.

—Sí, donde tú quieras. A mí también me gusta la tranquilidad. —Genial, pensé.

14

Salimos del centro comercial, nos montamos en la moto y fuimos en busca de una hamburguesería que no estuviese llena de gente. Pasamos por unas cuantas, en el camino de vuelta, pero estaban hasta las cejas y eso que ya era más de medianoche. Decidí salir de la zona centro pensando que cuanto más a las afueras fuéramos, más posibilidades tendríamos de encontrar un sitio tranquilo. Estando parados en un semáforo, comprobé que me quedaba poca gasolina, por lo que le indiqué a Ana que haríamos una parada para repostar. Estaba un poco lejos de la zona que yo conocía y no quería arriesgarme. Decidí que pararía en la próxima gasolinera que encontrara. Tras unos kilómetros, una señal con el símbolo de un surtidor me alertó de que a trescientos metros había una. Tomé el desvío y paramos, con tan buena suerte que al lado había un restaurante de comida rápida prácticamente vacío. Tuve que pedir a Ana que se bajara de la moto para poder hacerlo yo. Pensé en decirle que se fuera adelantando si quería hacia el restaurante, pero me dio miedo que pudiera pasarle algo y deseché la idea por completo. Reposté y, sin perderla casi de vista, me fui deprisa a pagar. Luego nos montamos y fuimos hacia el restaurante. Entramos y nos acercamos al mostrador para ver qué ofrecían de comer. Parecía un sitio tranquilo, solo unas pocas personas se hallaban sentadas dispersadas por el comedor. Le pregunté a Ana qué le apetecía comer y me dijo que, como mucho, unas patatas. Yo tenía hambre, por lo que me pedí una hamburguesa doble y patatas. También una cerveza sin alcohol y una botella de agua para beber. No tardaron mucho en tenerlo todo hecho. Pagué y buscamos una mesa que nos agradara. Había una junto a una ventana, alejada de todos y en esa nos pusimos. Repartimos lo de cada uno y empezamos a comer. Nuevamente, no sabía de qué hablar. Cuando ya estábamos metidos en una conversación, no me resultaba para nada difícil hablar con ella, pero sacar un tema para ello me resultaba imposible. Bostezó discretamente y eso me dio pie para empezar:

—Me parece que alguien tiene ya sueño… —le dije incomodándola un poco, pues pensaba que no me había dado cuenta.

—Lo siento, pensé que no te habías fijado. Sueño, sueño, como tal, no, pero esta semana ha sido agotadora y no estoy acostumbrada a estar despierta a estas horas a no ser que sea en los días que trabajo —me contestó tímida y cortada al mismo tiempo.

—Es normal si no estás acostumbrada. La noche ha estado cargada de sobresaltos y momentos un tanto estresantes, eso cansa lo suyo —le contesté tranquilizándola un poco.

—La verdad es que me he divertido mucho, hacía tiempo que no salía ni me lo pasaba tan bien —me dijo sonriendo.

—Sí, yo también. Creo que tenemos muchas cosas en común —le dije creyéndolo firmemente.

—Alguna hay, aunque respecto a la comida, creo que no. Me parece increíble que, con todas las palomitas que hemos comido durante la peli, tengas tanta hambre —me comentó asombrada.

—Soy de buen comer. Suelo tener mucho apetito, bueno, a la vista está. Puedo estar comiendo durante todo el día, así soy yo —menuda cosa le estaba diciendo.

—¿Y dónde lo echas? Porque, según me dices, tendrías que estar considerablemente más «fuerte», por decirlo de alguna manera, ¿haces deporte o vas al gimnasio para mantenerte? —La pobre estaba alucinando en colores.

—Pues ni una cosa ni la otra. Alguna que otra vez, si me apetece, salgo a correr un poco. Nada del otro mundo. El que no esté como una foca se lo debo principalmente a la genética. —La verdad y nada más que la verdad.

—Entonces eres muy afortunado. Cuantas personas darían lo que fuera por estar en tu pellejo, sobre todo por poder comer lo que quisieran y no engordar por ello.

—Sí, sé que hay muchas personas, pero, créeme, no saben lo que dicen —le contesté con un halo de tristeza en mis ojos y en mis palabras.

—¿Por qué dices eso? No sé si te has mirado últimamente en el espejo, pero, bueno, ya sabes, eres, ejem, bastante guapo —me dijo colorada y algo cortada al mismo tiempo.

—Esto es simple fachada, Ana, nada más que eso, una bonita fachada —le contesté sin poder explicarle por qué me sentía así.

—No me refería solo al físico. Todos tenemos algo extraordinario que aportar al mundo. Y tú tienes ambas cosas —me dijo con expresión serena, y un tanto de tristeza, su mirada la delataban.

—Agradezco tus palabras, y seguro que tienes razón, pero mejor dejémoslo estar, lo estamos pasando bien y no quiero estropearlo. —No quería profundizar en esto. Quería olvidar mi mierda de vida por unas horas.

—Está bien… Oye, ¿qué tal está la hamburguesa? Tiene buena pinta. Si está como las patatas, entonces este sitio ha sido un acierto seguro —me contestó sin más, cambiando el tema para que volviera a sentirme cómodo.

—Está muy rica, ¿quieres probar? —le dije como si ya no me importara lo que habíamos hablado hace un instante y acercándole la hamburguesa para que le diera un mordisco si le apetecía.

—No, gracias. Con las patatas tengo suficiente —me dijo.

—Si es porque ya está mordisqueada, que sepas que no tengo nada contagioso —le dije pensando que a lo mejor ese era el motivo, que le pudiera dar asco.

—No es eso, es que no me apete… —me estaba diciendo cuando se paró antes de terminar—, venga, sí, dame un bocado para probarla —me contestó cambiando su discurso.

No sé por qué se detuvo y decidió catarla. Quizás para que no pensara que sí que le daba reparo comer de mí ya mordisqueada hamburguesa, y menos mal que lo hizo así, porque eso es lo que hubiera pasado exactamente. A estas alturas, ya no os extrañará lo retorcido que llego a ser. Le dio un pequeño mordisco a la hamburguesa justo por donde ya lo había hecho yo. La observé fijamente para ver si hacía algún gesto raro o de asco, pero nada más lejos que ese pensamiento. Lo degustó lentamente y, devolviéndomela, agradecida, me confesó que estaba muy rica. Esto hizo que me volviera a relajar. No sé por qué me había puesto en guardia. Recogí la hamburguesa de entre sus manos y le di un bocado gigantesco donde hace un segundo Ana lo había hecho. Quería demostrarle que tampoco tenía ningún tipo de reparo en poner mi boca después de haber estado la suya. Me miró riéndose de lo tragón que era, haciéndome tanta gracia a mí también que terminé riéndome con ella. Me contagiaba de su alegría, de su sentimiento, de su serenidad, de su manera de disfrutar de estas pequeñas cosas, era una mujer verdaderamente extraordinaria y me moría por conocerlo todo de ella hasta el más mínimo detalle. En nada terminé mi comida, ahora ya me sentía lleno. Ana me ofreció que me terminara sus patatas, pues ya no le cabían más. Una vez acabado todo, le pregunté si

le gustaría ir a algún otro lado. Esta vez tenía la certeza de que me iba a decir que no, pues sabía que estaba cansada y ya no había gran cosa para hacer a estas horas, excepto ir a la discoteca o a algún sitio a tomar algo. Cosas que no queríamos ninguno de los dos. Me miró con cara de no saber qué contestarme, por lo que decidí ponérselo fácil:

—Por la cara que pones, creo que no quieres contestarme para que no me ofenda, ¿verdad? —le dije mirándola a los ojos.

—Es que no quiero que pienses que estoy a disgusto o que no me apetece estar contigo —me dijo mirándome también fijamente.

—Quiero que me digas lo que realmente quieres hacer, Ana. No te preocupes por lo que yo pueda pensar. —Quería que se sintiera libre para decirme lo que en verdad le apetecía.

—Gracias. Estoy muy a gusto, pero es cierto que ya estoy un poco cansada y no me apetece ni beber ni comer nada más, por lo que no nos quedan muchas alternativas, ¿no? —me dijo cuidando mucho la forma en la que me lo decía.

—Entonces no hay más que hablar, te llevo a tu casa y ya está —le dije un tanto desilusionado, aunque no por ella, sino porque nuestra cita llegaba a su fin.

—¿Y qué pasa con lo que tú quieres, Ray? También cuenta lo que a ti te apetece hacer —me dijo dejándome más que asombrado.

—A mí me apetece lo que a ti —no sabía que decirle, seguía alucinado de que realmente le interesara mi opinión.

—Yo no quiero eso, quiero que me digas lo que tú quieres hacer —me dijo ahora firmemente, dejándome claro que no iba a aceptar otra cosa.

No podía decirle la verdad, como decirle que me gustaría pasar toda la noche con ella, que tenerla a mi lado era lo único que me mantenía cuerdo y con ganas de vivir mi mísera vida. Y no me refiero en plan sexual, pues, aunque ciertamente me excitaba pensar en ella desnuda, no era eso lo que más me llamaba de Ana en estos momentos. La quería toda para mí:

—Te mentiría si no te dijera que, por una parte, me da pena que esta cita se acabe, pero entiendo que, en algún momento, tendrá que ser así. —De nuevo, las palabras salían por mi boca sin control alguno—. Además, sé que estás cansada, me lo has dicho hace un momento.

—Si te soy sincera, a mí también me da pena. Pero lo bueno de esto es que, aunque hoy llegue a su fin, podemos quedar otro día si quieres. —Cómo no iba a querer, lo deseaba por encima de todo.

—¿Te gustaría repetir? —le pregunté queriendo oír de nuevo lo que me acababa de decir.

—Sí, si no, no te lo hubiera comentado. Ya te dije en una ocasión que no digo ni hago cosas que no quiera o pretenda hacer una vez dichas —me dijo esta vez un poco más seria.

—No dudo de ti, que quede claro, lo que no entiendo es qué encuentras en mí para querer repetir. —Se quedó de piedra. Me dio la sensación de que, de algún modo, me entendía completamente.

—A lo mejor eso es lo que también pienso yo, qué hace un hombre como tú con alguien como yo. —Había dado en el clavo. Los dos nos sentíamos de la misma manera.

—Entendido. Lo aceptaré como un cumplido y no volveré a hacer hincapié en ello —le dije sonriendo y aceptando su forma de verlo—, cuando quieras, podemos irnos.

Recogimos nuestras cosas y salimos al aparcamiento. Nos montamos en la moto y la llevé, ahora sí, a su casa. El camino fue breve, ya que no había nada de tráfico. Eran cerca de las dos de la madrugada y eso se notaba. Aparqué delante de la puerta, tal y como lo había hecho cuando pasé a recogerla. Ana se bajó y después yo. Le ayudé a quitarse el casco y, luego, me quité el mío. Tenía una

sensación un tanto extraña; habíamos pasado la tarde juntos y me sentía muy cercano a ella, pero, en este mismo instante, era de nuevo un manojo de nervios. La acompañé hasta las escaleras de su casa, no sin antes fijarme que no había luz:

—Bueno, ya estás en casa, sana y salva —le dije intentando no parecer tan nervioso.

—Sí, muchas gracias por venir a buscarme, por traerme, por invitarme…, en fin, por todo. Me lo he pasado fenomenal —me dijo también un tanto nerviosa, se le notaba a la legua.

—Gracias a ti, por darnos esta oportunidad. Ha sido un placer, Ana —le contesté tremendamente agradecido.

No sabía qué más decirle, así que opté por empezar a despedirme. Me acerqué primero para colocarle su coletita que, nuevamente, se había ido al garete por el casco. Ana se dio cuenta y tiró de la goma soltándose el pelo por completo. La forma en la que movió a ambos lados su cabeza para colocárselo me pareció de lo más erótico, provocando que, sin tan siquiera pensarlo, metiera mi mano entre su cabello, acariciando su larga melena y, a continuación, su rostro. Quería volver a verla lo antes posible. La idea de quedar mañana nuevamente llevaba rondándome por la cabeza desde que habíamos salido del centro comercial, pero no me atreví a decírselo antes por miedo a que pensara que era un pesado o se agobiara por querer repetir tan seguido. Estábamos mirándonos fijamente mientras la acariciaba cuando, sin pensar, la pregunta salió de mis labios:

—A riesgo de que pienses que soy un pesado…, quería preguntarte si mañana estás libre, y si es así, ¿te apetecería volver a quedar conmigo? Podríamos quedar a comer o hacer lo que tú quieras —se lo había soltado prácticamente sin querer. Mi subconsciente hacía de las suyas una vez más.

—¿Por qué crees que voy a pensar que eres un pesado? —me dijo con una maravillosa sonrisa, pero sin contestarme a mi pregunta. Lo que me puso un tanto nervioso.

—Déjame pensar, pues porque te llamé de madrugada el mismo día que me diste tu número de teléfono, ¿quizás? —Si yo lo pensaba, por qué ella no.

—Te dije que me podías llamar y no especifiqué hora alguna, así que yo te di pie a ello. —Por una parte, llevaba razón, pero yo sabía que nadie hubiera llamado a esas horas.

—Agradezco que me quieras hacer pensar que no lo soy. —«Por favor, los nervios me están devorando, contéstame a lo de quedar mañana», pensé para mis adentros.

—No, no eres un pesado. En lo referente a quedar mañana… —por fin lo que yo quería saber—, tengo todo el día libre. Y, sí, por supuesto que me apetece que quedemos. Me lo he pasado genial, pero no hemos podido hablar mucho. Estaría bien conocerte un poco más —me contestó dulcemente.

—Tienes razón. A mí también me gustaría saber más acerca de ti. ¿Te gustaría que quedáramos para comer? Así tendríamos tiempo para charlar. —le dije temiendo, en parte, que lo que averiguara de mí pudiera alejarla.

—Vale, me parece bien. Solo que, con una condición, invito yo. —Y dale con lo de pagar.

—No voy a aceptar que me invites tú. La idea ha sido mía y, aunque no hubiera sido así, pagaría yo también, no hay más que hablar. —le dije decidido a no dejar que pagase.

—Entonces, lo siento, pero tengo que rechazar el quedar mañana. —¿En serio no quería quedar por tema de dinero?

—¿Por qué me lo pones tan difícil? ¿Qué tiene de malo que quiera invitarte? Ya te he dicho que no quiero nada a cambio. —No entendía su actitud, normalmente es al contrario, cualquier mujer desea ser invitada y no tener que pagar.

—No te lo pongo difícil, ni tiene nada de malo que quieras invitarme, pero no es justo que, cada vez que quedemos, tengas que pagarme todo. Dime, ¿qué tiene de malo que quiera invitarte yo? Y no hace falta que me recuerdes que no quieres nada a cambio. Me lo has dicho y te creo. —Ahora se había puesto un poco más seria y me angustió pensar que la había hecho sentirse mal.

—Perdona, no quería decirlo así. Solo quiero que entiendas que no lo hago por obligación, lo hago encantado. Te agradezco mucho que confíes en mí, no estoy acostumbrado a que nadie lo haga —le contesté cabizbajo, mirando a su boca porque no quería ver la decepción en sus ojos.

—Ray, mírame, lo siento —me dijo con voz temblorosa, levantándome la cara con su mano y respirando profundamente—, está bien, dejaré que pagues tú por esta vez. Quiero que sepas que eres un hombre excepcional y que no dudo de ti ni de tus intenciones —me dijo con mucha ternura. Era la primera vez que alguien me decía algo así.

Los dos nos quedamos ahí sin decir nada, mirándonos. No sé qué vio Ana en mi mirada, pero hizo que subiera su mano, me acariciara la mejilla y acercara su boca para darme el beso más dulce y maravilloso que nadie me ha dado en mi vida hasta ese momento. No pude dejar de mirarla hasta que su boca entró en contacto con la mía. Cuando se separó de mí, noté que estaba un poco avergonzada, dándome la sensación de que nunca había hecho algo parecido. Apoyé mi frente en la suya y le dije que la llamaría por la mañana para hablar sobre qué hora quedaríamos. Asintió y fui yo el que le dio otro beso, esta vez, y a mi pesar, de despedida. Sabía que si me quedaba más con ella cometería alguna estupidez y no quería fastidiarlo. Me di la vuelta y fui hacia mi moto. Justo cuando iba a ponerme el casco, oí a Ana decirme algo que me dejó atónito:

—Ray, por favor, si no te importa, escríbeme cuando estés en casa para saber que has llegado bien, ¿vale? —me dijo con su mirada llena de preocupación—. No creo que pueda dormir si no sé si has llegado sano y salvo. No me perdonaría si te pasara algo por haber tenido que traerme.

Qué puedo deciros, me quedé sin aliento, asimilando que alguien se preocupara por mi bienestar hasta tal punto, y menos sin casi conocerme. Pude comprobar como la voz de Ana se quebraba mientras me lo decía, sobre todo la última parte de si me pasara algo por haberla traído a casa. Un fuerte sentimiento de amor invadió todo mi cuerpo mientras la veía ahí, de pie, frente a las escaleras de su casa, con su cara llena de preocupación por mí, sí, por mí. Esto hizo que tirara el casco sobre la moto, me acercara velozmente, la cogiera por la cintura y la atrajera hacia mí. Ana me puso una mano en el pecho y se quedó mirándome un tanto sorprendida, pero no hizo nada para soltarse, al contrario, se quedó mirándome a la espera de que continuara lo que ya había empezado. La apreté un poco más contra mí, cogí la mano que aún tenía puesta sobre mi pecho y la llevé alrededor de mi cuello y, sujetando suavemente su cabeza, la besé como hasta ahora no lo había hecho, intensamente, devorándola, prolongando este éxtasis al máximo, ansiando más que nunca que fuera mía. Empecé a excitarme, muchísimo, más de lo que hubiera deseado, lo que me indicó que debía parar antes de que Ana notara la dureza de mi entrepierna y pudiera malinterpretarlo o llegara un momento en el que yo no quisiera ya parar. Fui bajando la intensidad y parando lentamente. Cuando me detuve por completo y volví a abrir los ojos, me encontré con los de Ana. Tenían un brillo especial y su respiración era muy agitada, lo mismo que la mía. Le pasé la mano por su mejilla mientras le dije que, en cuanto estuviera ya en casa, la avisaría sin falta. Sin dejar de mirarla, la di otro beso, esta vez rápido, y me fui hacia la moto. Me puse el casco, me monté en la moto y arranqué observando a través del espejo como Ana se dirigía también hacia la puerta de su casa y estaba a punto de entrar. Se giró para ver cómo me marchaba; le hice un gesto de adiós con la mano y,

comprobando que no venía ningún coche, partí hacia la otra punta de la ciudad. Tenía una mezcla de sentimientos un tanto agridulce. El haberme ido tan deprisa me dejó un mal sabor de boca, sobre todo después del arrebato que había tenido y del increíble beso que le había dado. Debería de haberme quedado un poco más para ver su reacción, pero tenía que irme, pues estaba claro que una parte de mí, desconocida hasta ahora, salía a la luz sin control alguno y no quería hacer nada que estropeara lo que estaba empezando con Ana. Por encima de todo le tenía absoluto respeto y debía de estar seguro de lo que ella sentía para poder ir avanzando si surgía algo más entre los dos. Me fui quedando más tranquilo a medida que mis pensamientos iban aportándome razones de peso para lo sucedido. Aparte de esto, había dos cosas que me habían tocado por completo el corazón y eran, por una parte, las últimas palabras de Ana pidiéndome que le confirmara que había llegado bien, resonando incesantemente en mi cabeza, y, por otra parte, la demostración de su preocupación. No era fingido ni planeado, le salió de dentro tanto como a mí el besarla de esa forma tan intensa. Seguía sin entender cómo alguien como ella veía tanto en mí como para preocuparse de esa manera. Qué decir, que estaba maravillado, claro está.

Llegué antes de lo que pensaba. La ciudad a esas horas estaba prácticamente desierta y, exceptuando el tener que parar en un par de semáforos en rojo, por lo demás, fue muy rápido. Aparqué la moto y subí a mi piso. Todo estaba en calma, en demasiada calma. Me quité la chaqueta y dejé mis cosas en la entrada y, a continuación, cogí el teléfono para enviarle un mensaje a Ana. Empecé a escribirle que ya había llegado a casa y en perfectas condiciones. Lo envié y, casi al instante, recibí otro suyo, dándome las gracias por haberle hecho saber que había llegado bien. Rápidamente, me desvestí y me puse cómodo. Sentí un escalofrío; después de todo lo que había pasado entre nosotros, escribirnos por mensaje no tenía demasiado sentido. Necesitaba comprobar si Ana se sentía bien, ahora era yo el que no me quedaba tranquilo si no lo averiguaba. Le volví a escribir preguntándole si ya se había acostado, pues no quería molestarla si ya estaba metida en la cama. Me contestó que aún no, que estaba en el salón viendo un poco la tele, ya que la espera para ver si yo le decía si había llegado bien le había quitado el sueño. Supe que esa era mi oportunidad y, sin dudarlo ni un momento, pulsé a llamar. Me lo cogió rápidamente y, muerto de miedo, empecé a hablar:

—Hola, perdona que te vuelva a llamar a estas horas, pero no me gustan mucho los mensajes y, además, me he ido tan deprisa que necesitaba comprobar que estabas bien.

—Hola, me alegro de que hayas llegado sano y salvo y de volver a oír tu voz me dijo con voz dulce y serena.

—Sí, la verdad es que no había tráfico y he tardado menos de lo normal. Esto… Yo… ¿Estás bien? —le pregunté para saber si ese beso tan intenso había sido demasiado para nuestra primera cita.

—Estoy bien, Ray, ¿por qué me lo preguntas? —Notaba en su voz cierto tono de sorpresa.

—Pues porque te he dado un beso muy intenso pillándote por sorpresa, y, como te lo explico… —Me daba tanto pánico lo que pudiera contestarme al respecto que no sabía cómo continuar.

—Dímelo entonces tal cual sale de tu interior, ser sincero es siempre lo más acertado —dijo para tranquilizarme, consiguiéndolo.

—Tienes razón, allá va, no sé si te ha podido sentar mal el que te haya besado de esa manera en la primera cita y, luego, me haya ido tan deprisa. Según volvía para casa le he ido dando vueltas y…, Ana, creo que se nota que me gustas, bastante, y no quiero hacer nada que no quieras o te pueda

hacer sentir mal, esa es la razón —volvía a hablar más de la cuenta, pero ya estaba dicho y, por primera vez, me sentí bien por haberlo hecho.

—Guau, me va a dar un telele. Bien, ahora me toca a mí. Tú también me gustas, creo que es obvio. No sé cómo funcionan estas cosas, no tengo mucha experiencia, pero te puedo asegurar que en ningún momento me has forzado a hacer nada que no quisiera ni me he sentido mal por algo que hayas dicho o hecho. Todo lo contrario, te has preocupado en todo momento por mí, has tenido en cuenta mi opinión, eso dice mucho de ti, del excepcional hombre que eres. Y lo que menos deseo es que te comas la cabeza pensando en tu conducta y, aún menos, por… mí. —De nuevo había conseguido con sus palabras y su forma de expresarse que sintiera un inmenso amor recorriendo mi cuerpo.

—Quiero que sepas que me fascina tu sinceridad y cómo logras que me sienta bien después de creer que he metido la pata. Tengo la sensación de que ahora el telele, como tan acertadamente has dicho, me va a dar a mí. Dices que yo me preocupo por ti, pero tú también lo has hecho, pues, durante todo este tiempo que hemos estado juntos, has velado por mí. Y te puedo jurar que, hasta ahora, nadie lo había hecho —le dije embriagado por los sentimientos que despertaba en mí.

—Ha sido una cita muy especial. No le des más vueltas a nada, y si tú también lo has sentido así, entonces, quédate con ese sentimiento. —Sus palabras eran un bálsamo para mis oídos y mi corazón.

—Para mí también ha sido muy especial —justo mientras le terminaba de decir estas palabras oí el sonido de una puerta y a alguien hablarle a Ana—. Hablamos mañana mejor, estás acompañada.

—No, tranquilo, solo ha sido Bailey que acaba de llegar de trabajar, me ha dado las buenas noches y se ha ido a su habitación, nada más. —No me gustaba nada que viviera con ese tipo.

—Vale, pero creo que ya es tarde y no quiero entretenerte más —le dije, pues un bostezo por su parte delató que ya le estaba entrando sueño.

—Mañana hablamos, ¿a qué hora te puedo llamar? Para que no seas siempre tú el que lo haga —me dijo.

—Cuando tú quieras y no me importa ser yo el que llame —le contesté ilusionado porque ella quisiera tomar la iniciativa.

—Si quieres, sobre las doce más o menos. Así no te despierto, creo. —Noté por su voz que lo último que querría sería eso, despertarme.

—Como prefieras. No suelo dormir hasta tan tarde y tampoco pasa nada porque me despiertes. No veo mejor forma de comenzar el día que escuchando tu voz. —Esto se me iba de las manos.

—Madre mía, ha sido precioso. Menos mal que estamos hablando por teléfono y no puedes verme, porque, de estar colorada, he pasado a rojo tomate —me dijo con excitación y un tanto nerviosa.

Estuve a punto de decirle que tuviera por seguro que me hubiera encantado estar a su lado para verla enrojecer, pero pensé que quizás esto sí que fuera demasiado para nuestro primer encuentro. Hasta ahora me había librado de todas y cada una de mis «hazañas» gracias a la increíble mujer que tenía a mi lado, pero todo tiene un límite y no quería rebasarlo. Me despedí de ella deseándole dulces sueños y haciéndole saber que esperaba con ilusión su llamada y el volver a verla. Ana se despidió de igual modo, envolviéndome en elogios y agradecimientos. Y, a punto de colgar, me dijo en ese tono que me volvía loco: «Dulces sueños, Ray». Dejé el móvil en la mesilla y me tumbé boca arriba mirando al oscuro techo invadido por una mezcla de sensaciones: amor, paz, emoción,

expectación… Después de tantos miedos e incertidumbres, nuestra cita había sido memorable en todos los sentidos. Poco a poco, mis ojos se fueron cerrando, quedándome plácidamente dormido.

15

Me desperté alrededor de las once de la mañana. No entraba el sol como normalmente solía hacerlo, lo que hizo que durmiera hasta esa hora. El día estaba un poco nublado. Abrí el balcón del salón para así poder contemplar la temperatura en la calle, era bastante agradable, lo cual era fantástico para ir en la moto. Fui a la cocina a hacerme un café, esencial para comenzar bien el día. Me levanté descansado y con una maravillosa sensación en el cuerpo. Mientras desayunaba mi café y unos bollos, la idea de ver de nuevo a Ana y pasar tiempo con ella me acariciaba el corazón. Volví a recordar el excitante beso que me hizo salir de allí más deprisa de lo deseado y no solo por que pensara qué me estaba pasando, sino porque no quería excederme ni perder los papeles. Siempre había tenido mucho control, pero con Ana lo perdía por completo. Mi cuerpo hacía cosas teniendo vida propia y mis pensamientos fluían a través de mi boca sin consentimiento por mi parte. Ninguna mujer me había excitado como para tener erecciones involuntarias, sin embargo, un roce con la sensual boca de Ana me ponía el pene mucho más que duro. No me podía ni imaginar qué sucedería si llegábamos a besarnos con más intensidad o, incluso, a intimar. Según me lo estaba diciendo a mí mismo, otra parte de mi cuerpo cobraba vida propia, ya me entendéis. Debía tener mucho cuidado y poner especial atención a esto. Podría arruinarlo todo con Ana y no estaba dispuesto a ello. Decidí que, a partir de ahora, mediría la intensidad de mis besos o, por lo menos, lo intentaría. Pondría todos los sentidos en ello. Lo que tuviera que pasar es porque los dos así lo decidiéramos y estuviéramos de acuerdo, por mucho que me costara resistirme a ella. No podía borrar la sonrisa que se dibujaba en mi rostro al pensar en todo lo que habíamos vivido en la tarde de ayer. Cómo superarlo. Y eso daba paso a otra pregunta que empezó a rondarme por la cabeza: ¿a dónde podría llevarla a comer? No era para nada experto en restaurantes, todo lo contrario, me consideraba una persona muy básica y poco entendida en este aspecto. Como ya he comentado, los únicos restaurantes que solía frecuentar eran el de cerca de mi casa de comida china, alguna pizzería o hamburguesería y alguno que otro de la misma categoría cerca del trabajo. Teniendo en cuenta, además, que la mayoría de las veces lo pedía para comer en casa. Se lo diría abiertamente a Ana a la espera de que ella tuviera más idea que yo. No estaría de más investigar algún restaurante de lujo para impresionarla… Sí, eso es lo que haría. Miré el móvil para comprobar la hora. Quedaba media hora para hablar con ella, por lo que me daba tiempo a darme una ducha. Me empecé a desnudar cuando mi teléfono empezó a sonar. Fui corriendo a por él pensando que era Ana quien me llamaba impaciente, pero no fue así. Era John para preguntarme qué tal había salido la cita:

—Buenos días, guaperas, ¿qué tal? ¿Qué haces? —me preguntó sin más.

—Buenos días, John, qué raro que me llames —le dije riéndome de él—. Pues acabo de desnudar porque iba a meterme en la ducha.

—Oye, que sepas que no hacía falta que fueras tan específico, no me pones nada ni aunque me digas que estás en pelotas —me dijo todo indignado—. En fin, cuéntame, ¿cómo te fue ayer con Ana? —Eso es lo que quería saber desde el primer momento el condenado.

—Pues la verdad es que bien, qué digo, mucho mejor que bien —le comenté de nuevo con una sonrisa de oreja a oreja, pero sin contarle ningún detalle.

—¿En serio? Aunque por el buen humor con el que contestas ha debido de ser así —me contestó alucinado.

—Eh, ¿por qué no iba a salir bien?, ¿esperabas que hubiera salido de otra manera o qué? —Me había tocado un poco las narices que hubiera creído lo contrario.

—No, Ray, perdona. Pero en vista de cómo había acontecido las últimas veces, pues, no sé, pensé que igual metías la pata y que Ana por ello te hubiera mandado a paseo —lo decía en serio el muy cabrón, pero no podía quitarle la razón.

—Pues no ha sido así, y no porque no metiera la pata, sino porque Ana es maravillosa. Hubo un par de veces que estuve a punto de estropearlo, pero al final no fue para tanto —le contesté aún asombrado de lo que había vivido ayer.

—Bien, entonces. ¿Y qué hicisteis, a dónde fuisteis? —No pensaba que mi cita le hubiera llamado tanto la atención.

—Fui a recogerla a su casa, luego al centro comercial, estuvimos viendo una peli, luego en los recreativos, de camino a casa, nos paramos a comer algo y, por último, la llevé de vuelta a casa, sana y salva. —Sabía que con esto no se iba a quedar a gusto.

—Vaya, vaya, vaya, así que ya sabes dónde vive y, además, habéis hecho muchas cosas juntos. No pensé que fueras a dar tanto de sí. —No tenía ninguna fe en mí.

—Gracias por confiar en mí. Aunque no te lo puedo echar en cara, pues yo tampoco lo hacía. Al principio, iba acojonado, pero una vez con Ana todo fue mucho más fácil, decidimos entre los dos y fue fantástico. Además, tenemos muchas cosas en común —le dije orgulloso de ello.

—¿Tenéis muchas cosas en común? ¿Cuáles? —Parecía nuevamente asombrado por lo que le acababa de decir.

—A los dos nos gusta el cine, las mismas pelis. ¿Te puedes creer que le vuelven loca las pelis de terror? Los dos apenas salimos, ninguno de los dos tenemos experiencia en citas… —Yo mismo seguía alucinado por ello.

—Me parece increíble, la primera cita que tienes con una mujer y resulta que sois prácticamente almas gemelas. Menuda suerte tienes, bribón. Y, otra cosa, ¿ha habido tema? Ya me entiendes —me preguntó curioseando nuevamente.

—¿A qué te refieres con lo de «si ha habido tema»? —No entendía esa pregunta.

—Joder, Ray, eres un poco cortito. Pues a si os habéis acostado u os habéis metido mano, esas cosas, hombre. —¿De verdad, me estaba preguntando eso?

—Pero ¿quién te crees que soy? O, peor dicho, ¿quién te crees que es Ana? Ella no es de esa clase de chicas. Solo nos hemos besado, nada más, y casi la cago al final. —Ese comentario me había dolido y mucho, no solo por mí, sino por Ana.

—Lo siento, no estaba insinuando nada ni quería ofenderos a ninguno de los dos, pero entiende que según has sido tú, que solo quedabas para, bueno, follar, pues eso es lo que se me ha pasado por la cabeza. —Ahora sí que la había cagado.

—Gracias, John, cojonudo. Has sido testigo de lo que ha pasado estos días entre Ana y yo, sabes que siento algo muy fuerte por ella y, aun así, piensas que solo iba a quedar con ella para tirármela. Perfecto, tú y yo no tenemos nada más que hablar. —No tenía necesidad de aguantar este tipo de comentarios.

—Ray, tío, lo siento, no lo decía en serio. —Me daba igual que ahora quisiera retractarse de lo dicho.

—John, creí que me conocías, pero me has demostrado que no. No voy a tolerar más comentarios, así que, como te acabo de decir, no tenemos nada más que hablar. Hasta luego. —Cogí y le colgué.

Era increíble, para una vez que me había levantado de buen humor y estaba contento, tenía que venir alguien y estropearlo. Pues no iba a permitirlo, esta vez no, sobre todo porque tenía un gran motivo, en unas horas, volvería a estar con la mujer de mis sueños. Respiré hondo y, dejando el teléfono, me dispuse a ir a la ducha. En el instante en el que estaba a punto de entrar por la puerta de mi baño, el teléfono comenzó a sonar otra vez. Tan seguro estaba que era John para pedirme perdón que lo cogí sin ver quién era el que llamaba y así contesté:

—Déjame en paz, me tienes hasta las narices. Ya te he dicho que no hay más que hablar —lo dije de carrerilla hasta que oí una voz de mujer y, entonces, caí, miré la hora y era Ana. Tenía que decir algo para intentar arreglarlo antes de que me colgara—. Ana, mierda, perdona, pensé que era otra persona. —No habíamos ni quedado y ya lo estaba estropeando.

—Hola, tranquilo, solo que no sabía qué había hecho para que te pusieras así conmigo. —Joder, por su voz la notaba un tanto asustada, tenía que explicarme.

—De verdad, lo siento. Hace un momento, me ha llamado John, ya sabes, con el que he ido al *pub* y, bueno, hemos tenido algo más que un intercambio de opiniones. Me ha cabreado y le he colgado. Por eso cuando ha sonado nuevamente el teléfono, lo he cogido sin mirar pensando que era él. —Esperaba de corazón que entendiera lo ocurrido.

—Menos mal, ahora me quedo más tranquila. En fin, empecemos de nuevo. Buenos días, Ray. —De verdad que ella era increíble.

—Gracias. Me parece perfecto. Buenos días, Ana, ¿qué tal? ¿Has pasado buena noche? —Necesitaba centrarme en ella—. Por cierto, no suelo ser así, solo que salto cuando me tocan la fibra sensible.

—Ray, no tienes que darme más explicaciones, con saber que no estás enfadado conmigo, es más que suficiente. Y, en lo referente a tu pregunta, he dormido bastante y bien. Además, el desayuno ha sido formidable —me dijo en un tono normal—, ¿qué tal has dormido tú? —me preguntó.

—He dormido francamente bien. Me he levantado genial y de muy buen humor hasta que me ha llamado John. Una cosa, ¿a qué te refieres que tu desayuno ha sido fantástico? —Estaba intrigado, solo esperaba que no me dijera que por desayunar con su compañero de piso, eso me cabrearía un poco.

—Pues a que he hecho tortitas para desayunar combinadas con sirope y frutas y me han salido deliciosas, me he puesto morada. Para mí, el desayuno es la mejor parte del día, y poder desayunar tranquila es aún mejor todavía. —Se me estaba haciendo la boca agua solo con oírla—. ¿Qué has desayunado tú?

—Unos simples bollos del súper, nada comparado con tus tortitas. —Necesitaba saber a ciencia cierta si había desayunado sola o no, pues no lo tenía del todo claro—. Tu compañero Bailey tiene mucha suerte de poder desayunar algo así.

—No creo que él opine así, además, las tortitas las he hecho para mí. Alguna vez me salen más de la cuenta y, entonces, le dejo alguna, pero no es lo habitual. La mayoría de las veces no sé si está o no, o si se va a levantar a desayunar, por lo que no me molesto. Tiene bollos y otras cosas si quiere. —Bien, había desayunado sola.

—Si yo viviera con alguien como tú y, encima, me hiciera tortitas para desayunar, no me lo perdería por nada del mundo. —Ahora deseaba probar las dichosas tortitas.

—Qué mono eres. Si quieres, quedamos un día para desayunar y te las hago para que las pruebes. —¿Cómo?, ¿estaba dispuesta a hacerme tortitas para desayunar? Era un cielo o, mejor dicho, yo estaba en el cielo.

—Acepto encantado tu invitación, me vuelven loco las tortitas, y caseras más aún, así que ahora no te puedes echar atrás. —Estaba a punto de decirle que ella me volvía todavía más loco.

—No me voy a echar atrás —me dijo divertida—, estaría encantada, de verdad. Y, cambiando de tema, antes de que se me olvide, ¿a qué hora te parece bien que quedemos? —Uf, ya se estaba despertando cierta parte del cuerpo…

—¿Te parece bien que pase a buscarte a las dos? Otra cosa, ¿qué te gustaría comer? Para saber a dónde ir. —Esperaba que me sacase de dudas.

—Las dos me parece muy buena hora, y también puedo ir a recogerte yo. Por lo de comer, no sé, como ya te comenté, no suelo salir mucho. —Vaya, esa era la desventaja de ser los dos demasiado parecidos.

—Ni hablar de que vengas tú a buscarme, voy yo. Y tampoco tengo mucha idea que digamos. ¿Te gustaría ir a algún restaurante francés o algo por el estilo?, ¿o, por el contrario, prefieres comida china o italiana? —Se me había acabado el repertorio. Si me decía comida francesa, tenía que ver a dónde podía llevarla.

—No he ido nunca a ningún restaurante francés, la verdad. Por mí, la comida china estaría perfecta, si a ti también te gusta. —Más coincidencias, fantástico.

—Comida china, genial. Yo suelo ir a un restaurante que está cerca de donde yo vivo. Lo único que no es muy elegante y, a lo mejor, no te gusta la decoración, pero la comida es fantástica. —No sé cómo me había atrevido a nombrarle ese sitio.

—Lo importante no es el sitio, es que la comida esté buena y la compañía, por supuesto. Me encantaría comer allí. —Estaba a punto de tener un orgasmo solo con oírla.

—Gracias por lo de la compañía, para mí es lo mejor de todo. A las dos te recojo entonces. Y, bueno, ¿qué vas a hacer ahora? —Quería saberlo todo de su vida.

—Pues he recogido la cocina y, en cuanto terminemos de hablar, voy a meterme en la ducha para estar lista cuando vengas a buscarme. —Comenzó a rondarme el pensamiento de los dos juntos en la ducha, bueno, no solo mi cabeza pensaba en eso, otra parte de mi cuerpo también—. Y tú, ¿qué vas a hacer? —Me encantaba este jueguecito de preguntarnos cosas.

—Yo también voy a meterme en la ducha en cuanto terminemos de hablar. Ya me había desnudado y estaba a punto de entrar en el baño cuando ha sonado el teléfono. —La madre que me parió, pero qué le acababa de soltar…

—Ah, pues entonces creo que es mejor que terminemos ya de hablar, no quiero que te constipes —me dijo con la voz entrecortada.

—Tranquila, aquí, en casa, hace bastante calor —no sabía qué narices decirle.

—Aun así, mejor que te metas en la ducha. Nos vemos a las dos, ¿vale? —No hacía falta que la viera, es como si la tuviera delante, totalmente roja y a punto de darle un infarto.

— Sí, tienes razón. Te veo en breve, lo estoy deseando. Pensaré en ti mientras me... —joder, casi le suelto que iba a pensar en ella mientras me duchaba, pero qué me estaba pasando— me pongo de camino. —Por suerte pude rectificar a tiempo.

—Yo también, Ray. Ten cuidado en el camino, ¿vale? —Menos mal, no se había dado cuenta de lo que había estado a punto de decirle.

—Descuida, lo tendré. Un beso, chao —le dije de despedida.

—Otro para ti, adiós.

Y colgué. Solo pensar que casi le digo una barbaridad hace un momento, hizo que volviera a replantearme lo de intentar controlarme más. Lo único bueno era que ya no estaba enfadado. Hablar con Ana era una cura para mí. Revisé el teléfono, pero no había ninguna llamada de John. Tenía la lección aprendida y sabía que, una vez me cabreara, lo mejor era dejar que el tiempo pasara. Después de esto, tiré de una vez el móvil y me metí en la ducha. Cuando el agua comenzó a caer por mi cuerpo, recordé que seguramente Ana también se encontraría duchándose. Sentía muchísima curiosidad por ver cómo sería su cuerpo. Pero era algo que, por el momento, se quedaría en eso, en mera curiosidad. Me duché tranquilamente, al fin y al cabo, aún tenía suficiente tiempo hasta que llegara la hora de irme. Estuve tentado a satisfacerme una vez más, pero, por una parte, me sentía como que traicionaba a Ana, sobre todo después del desafortunado comentario de John, así que lo dejé estar. Tampoco lo necesitaba como otras veces. Estar con Ana me bastaba. Después de ducharme y arreglarme, llamé al restaurante chino para reservar mesa, aunque dudaba mucho de que estuviera completo, pero no quería arriesgarme. Me confirmó lo que yo ya sospechaba, pero, aun así, reservé mesa para dos. Aún me sobraba algo de tiempo y lo dediqué a enviarle un mensaje a John. Ya se me había pasado el enfado y no quería estar peleado con él, era mi mejor amigo. Mañana en el estudio lo hablaría para que me respetara y ya está. Una vez se lo hube enviado, me quedé mil veces más tranquilo. No me contestó, ni siquiera parecía que lo hubiera recibido. En fin, ya lo haría cuando él quisiera, yo lo había intentado. Cogí todas mis cosas y, más entusiasmado que nunca, salí a recoger a la mujer más increíble del mundo.

Era domingo y, aunque el tiempo no era el mejor de todos, había tráfico. Como siempre, conduje tranquilo y sin prisa llegando cinco minutos antes de las dos. Aparqué la moto en el mismo sitio que ayer, pero esta vez Ana no estaba aún en la puerta. Me bajé y, subiendo los dos peldaños que había hasta la puerta, comencé a recordar cuando nos despedimos y el besazo que nos dimos. Dios, qué boca tenía. Volví a centrarme y, una vez delante de su puerta, llamé al timbre. Oí la voz de Ana decir que empujara la puerta, que estaba abierto. Y tomándome sus palabras al pie de la letra, abrí y entré. Me quedé maravillado nada más pasar. La casa tenía una pequeña entradita que, separada por una pequeña estantería, daba directamente a un coqueto salón que se encontraba a mano derecha. No era muy grande pero sí acogedor, el cual estaba regido por un maravilloso ventanal por el que entraba muchísima luz. Ana vino corriendo, ya estaba lista con la cazadora puesta. Nos dimos un buen beso, aunque bastante más recatado que el de la anterior noche y me invitó a ver el resto de la casa. Me adentré hacia el salón y vi que a mano izquierda se disponía un pasillo en el que había tres puertas y, justo al lado, una cocina encantadora. Era blanca y con las encimera de madera. Ocupaba toda esa pared y tenía una pequeña barra que dividía la cocina del comedor, donde había colocada una mesa redonda. También tenía una gran ventana por la que entraba mucha luz. Nada más verla, me imaginé a Ana desayunando allí sus deliciosas tortitas. A continuación, fuimos por el pasillo. La primera puerta que se encontraba a mano izquierda daba a un baño completo con muy buena pinta, aunque, ciertamente, un poco destartalado, de uso exclusivo de Bailey y al que ella entraba solo para hacer la colada, ya que en él se ubicaba la lavadora. En la puerta de enfrente, se encontraba el dormitorio de su compañero. Me comentó que jamás entraba en él, lo cual me alegró enormemente. La puerta que

quedaba a la derecha y la última, era la de su dormitorio. Entramos quedándome impresionado de lo sencillo y bonito que lo tenía. Todos los muebles eran blancos, muy al contrario que los míos, que eran negros. A mano izquierda, nada más entrar, se encontraba la cama, de gran tamaño, junto con un par de mesillas de noche y, frente a ella, una gran ventana. Tras la puerta y en la pared de la derecha, se ubicaba un armario empotrado de pared a pared que casi pasaba desapercibido. En la otra pared, la de la izquierda, se encontraba otro armario algo más pequeño que el primero y, al lado de este, otra puerta. La abrió y entramos, dando paso a la última estancia de la casa: su baño, al que solo ella entraba. Frente a esta se encontraba un lavabo con un mueble muy moderno y sencillo enmarcado por un majestuoso espejo. A continuación, había una ventana y, justo debajo, el retrete. En la pared de la izquierda, una ducha bastante espaciosa se extendía de lado a lado. Por mi cabeza empezaron a circular imágenes de Ana duchándose hace un rato en ella, de las que intenté deshacerme lo antes posible, al notar cierta tirantez en la entrepierna de mis pantalones. Salimos de allí no sin antes apreciar el delicioso aroma al perfume de Ana que me embriagaba completamente. En general, la casa era preciosa, al igual que ella. No me costó nada imaginarme viviendo allí juntos. Me indicó que fuera a la puerta y, cogiendo su bolso y las llaves, salimos. Ya una vez al lado de mi moto, pude fijarme más en ella. Llevaba una cazadora de ante, esta vez marrón, vaqueros ajustados y botas también marrones. El pelo lo llevaba suelto, que era como más me gustaba, imagino que para no tener que pasar lo mismo que la noche anterior con su minicoleta. Quise ayudarla a ponerse el caso, pero me dijo que podía ella sola, así que me puse el mío y me monté para ir arrancando la moto. Luego lo hizo ella. Ni qué deciros que me encantaba sentirla detrás de mí rodeando mi cuerpo con sus brazos, algo muy raro en mí, ya que no me gustaba que nadie fuera montado conmigo. Tuve que decirle que se pegara más a mí y que me apretara con más fuerza, pues no quería que se cayera de la moto. Una vez acoplados, nos dirigimos al restaurante chino. Llegamos sobre las dos y media. Esta vez había necesitado un poco más de tiempo para hacer el recorrido de vuelta. En el camino, le fui explicando que el restaurante estaba cerca de donde yo vivía, lo cual hizo que se sintiera mal por haber consentido que fuera a buscarla. Me dijo que, si hubiera venido ella con el coche, me habría recogido y, luego, yo ya estaría al lado de casa y ella se volvería tan tranquila para la suya. De esta manera, tenía que llevarla y, de nuevo, volver. Me comentó que luego pediría un taxi, a lo que yo me negué en redondo. Llegamos y aparqué frente al restaurante. Nada más bajarnos y en cuanto se quitó el casco, la cogí y le dije que yo era el que la iba a llevar a casa, que era lo que quería y me apetecía hacer. Fue verle su preciosa cara y notar que sufría cada vez que me ponía en carretera por su culpa. Le di un tierno beso en su linda nariz y le dije que no se preocupara en absoluto. La cogí de la mano y entramos en el restaurante, no sin antes volver a advertirle de que era un tanto cutre.

16

Entramos y nos detuvimos al lado del mostrador donde ya había un par de personas esperando. Les pregunté confirmándome que solo estaban allí para recoger su pedido. Justo cuando íbamos a pasar adentro, apareció Chang-Li. Me saludó tan amable como siempre quedándose totalmente perplejo al verme allí acompañado y, además, de una mujer. Miró a Ana y, luego, a mí, y esbozando una amplia sonrisa nos indicó para que le acompañáramos a nuestra mesa. No había mucho que andar, pero fue un detalle por su parte. La mesa reservada estaba situada al fondo del salón y daba a una ventana, no era de lujo, pero sí la mejor de las que allí había. Nos dejó una carta para cada uno y nos preguntó por lo que queríamos beber. Yo ordené una cerveza sin alcohol y Ana una cocacola baja en calorías. Mientras Ana le echaba una ojeada a la carta, yo me dediqué a mirarla a ella, sobre todo porque comenzó a quitarse su cazadora. Llevaba puesto un maravilloso top con cuello, sin mangas, marrón, el cual le marcaba unos pechos más que generosos. En ese transcurso, y un tanto ya nervioso, le pregunté qué le parecía el lugar:

—Bueno, ¿qué te parece el restaurante? Ya te he dicho que no era nada del otro mundo —le indiqué como recordatorio de que ya le había prevenido.

—Está bastante bien, no te preocupes. Ya te dije que lo más importante es la comida y la compañía —me contestó levantando la mirada de la carta y sonriendo.

— Siempre consigues que me sienta bien, gracias. Si te soy sincero, estaba un tanto intranquilo porque no te gustara. No a todo el mundo le molan este tipo de sitios —le dije relajándome por completo al ver la actitud de Ana.

—No salgo mucho y no entiendo demasiado de restaurantes. Cuando salgo alguna vez con Jeff, también preferimos ir a sitios pequeños y más íntimos en los que te sirvan buena comida. Y mientras estén limpios, no hay ningún problema.

—Entonces, una vez más, coincidimos en gustos. ¿Has visto algo ya que te guste? —le dije dedicándole, ahora yo, una sonrisa.

—No sé, tú has comido aquí, ¿qué me recomiendas? —me preguntó con curiosidad por mis gustos.

—Los rollitos están buenísimos, los tallarines y el arroz tres delicias también. La carne está deliciosa. Creo que no hay nada que no esté riquísimo —le contesté como buen glotón que soy.

—Entiendo, así que pida lo que pida va a estar todo muy bueno. No me sacas de dudas, Ray —me dijo en un tono dulce y muy muy provocativo, o eso me pareció a mí.

En ese momento, llegó Chang con nuestras bebidas y, colocando a cada uno la suya, le pregunté:

—Chang, esta es Ana y le acabo de decir que pida lo que pida va a acertar porque todo está riquísimo —le comenté, para que constatara lo que yo le había dicho.

—Sí, Lay *tenel lazón*. Todo aquí *estal* buenísimo. Puedo *aconsejal valios* platos *pala compaltil* y así *plobal* más cosas —dijo con su peculiar acento chino y sin dejar de mirar de una forma un tanto extraña a Ana.

—Hola, sí, ya me ha dicho que todo está exquisito. No sé, entonces que escoja él por los dos —le contestó Ana a Chang dedicándole una gran sonrisa y luego a mí.

—Vale, entonces pediré yo por los dos, pero luego no me eches la culpa si pido mal —le dije a Ana temiendo que algo no le molara y pudiera decirme que fue por mi culpa.

—Tranquilo, estoy completamente segura de que todo lo que pidas estará riquísimo y, además, tenemos gustos muy parecidos, así que no habrá ningún problema. —Estaba más que encantado con esta mujer, de verdad.

Seleccioné todo lo que a mí me gustaba y ya había probado, más una que otra cosa recomendada por Chang, que seguía sin quitarle el ojo de encima. Terminó de tomar nota y se fue. Elevé mi vaso de cerveza para brindar con Ana que estaba alucinada por la cantidad de platos que había pedido para comer. No tenía ni idea de todo lo que yo era capaz de engullir, solo deseaba que no se asustara cuando lo comprobara. No tardaron mucho en servir los primeros platos y esto era otro motivo más por el que me encantaba este sitio, eran bastante rápidos en preparar y servir la comida. Todo tenía una pinta estupenda, lo que hizo que no tardáramos en comenzar a degustarlo. Yo miraba a Ana para ver su reacción hasta que me pilló haciéndolo:

—Me estás poniendo nerviosa mirándome todo el rato —me dijo colorada y algo intimidada por ello.

—Perdona, pero es que estás preciosa y, además, estoy comprobando tu reacción al probar la comida —según lo sentía así se lo decía.

—Gracias por el piropo. Tú estás también muy guapo, bueno, ya eres tremendamente guapo —me contestó poniéndose más colorada aún—. Por la comida, no te preocupes, lo que he probado está delicioso.

—Ahora soy yo el que te da gracias a ti por el piropo y por hacer que me quede más tranquilo en cuanto a la elección de la comida —le dije sin quitarle la vista de encima queriéndomela comer yo a ella.

—Me imagino que estás acostumbrado a que te lo digan, a lo de guapo me refiero —me comentó un poquito más tímida que de costumbre.

—Sí, pero no me lo dicen así de una forma tan, como denominarlo, inocente. Suelen ser otro tipo de piropos, si es que se pueden llamar así. Pero dejemos ese tema. —No quería estomagarme con esos recuerdos.

—Claro, ¿qué tal van las grabaciones? ¿Habéis podido avanzar? —Otro tema delicado, pero de algo teníamos que hablar.

—No mucho si te soy sincero. He conseguido escribir alguna que otra cosilla, pero sigo estando bloqueado —no podía decirle otra cosa, pues sería mentirle.

—Lo siento, si es un tema delicado, podemos hablar sobre algo diferente. —Por una parte, lo deseaba, pero hablar con ella siempre me reconfortaba.

—No, tranquila, lo que pasa es que no suelo hablar con nadie y me resulta un tanto extraño. No sé qué pasa que aún no consigo conectar de nuevo conmigo mismo, aunque, desde que te conozco, me parece que las barreras están flaqueando.

—Sigues sin ver lo especial que eres entonces. Qué puedo hacer o decir para ayudarte a verlo —me dijo con tanta pasión, dejándome completamente boquiabierto.

—Ojalá lo supiera, Ana. Solamente el hecho de que tú me veas así, ya me ayuda, de verdad. —Estaba tan seguro de ello como de que el día es día y la noche, noche.

—Tus compañeros, ¿dicen algo al respecto?, ¿intentan ayudarte? Según lo veo yo, sois un equipo, si falla uno, falláis todos, al igual que, si uno colabora, todos podéis colaborar. —Tenía razón, aunque realmente no funcionaba así.

—Me apoyan en tanto que no me presionan. Por lo demás, no colaboran. Al principio, estábamos más relajados, nos íbamos a tomar algo juntos para compartir experiencias, lo que me ayudaba más a componer. Luego cambió, perdimos esa costumbre, yo… tuve unas experiencias desagradables y ya nada volvió a ser igual. No puedo echarles la culpa, el que compone soy yo. —En resumidas cuentas, la historia de mi vida.

—Deja de echarte la culpa, no sirve de nada. Lo que tienes que hacer es mirar hacia delante. Las cosas pasan por algo, y, aunque ahora te parezca imposible, te aseguro que dentro de poco estarás componiendo de nuevo y temas que os harán llegar a lo más alto. Solo tienes que creer en ti, Ray, solo eso. —Ojalá fuera como ella dice.

—Ese es el problema, que, desde hace mucho tiempo, dejé de creer en mí. Y ahora no es fácil. No sabes nada de mí, Ana, de mi vida, te aseguro que si lo supieras, no estarías aquí diciéndome estas cosas tan maravillosas —le dije desde lo más profundo de mi ser, pues estaba seguro de ello.

— No, no sé nada de ti ni de tu vida, tampoco quiero, a no ser que tú decidas y te apetezca contármelo. No creo que hayas hecho nada que me pueda llevar a pensar que no eres una buena persona. Por si no lo sabías, tus ojos dicen mucho más de ti de lo que tú crees. Y si alguna vez has cometido algún error, pues ya está, el pasado, pasado es. Me atrevería a decir que no eres el mismo Ray que entonces. —Cómo era posible que ella viera tanto en mí.

—No, no soy el mismo. Pero no puedo enmendar mis errores y me persiguen.

—Te persiguen porque tú dejas que lo hagan. Has aprendido y ahora toca seguir adelante, que es lo que importa. Mientras no lo veas así, seguirás bloqueándote y no merece la pena, te lo aseguro. —Tenía razón y quería verlo así, pero no sé si lo conseguiría.

—Según lo dices, parece tan fácil… Te puedo asegurar que lo intento con todas mis fuerzas cada día. —Lo intentaba y lo intentaba.

—Poco a poco. Habla con los chicos, retomad las buenas costumbres de iros a tomar algo y conectar de nuevo. Eso te hará ver las cosas de otra forma, ya lo verás. —Toda ella era un verdadero atisbo de bondad y sabiduría. La quería en mi vida sin lugar a duda.

—Te haré caso. La verdad es que me encuentro muy a gusto contigo. Siento que podemos hablar de cualquier cosa sin miedo a que me juzgues o a que te ofendas. Y, hasta ahora, nunca me había sucedido esto con una mujer. —Quería que viera que ella sí que era formidable y especial.

—Yo también estoy muy a gusto. Tampoco estoy acostumbrada a hablar tanto con un hombre que no sea Jeff, claro. Soy bastante tímida y me cuesta bastante relacionarme con el sexo opuesto, aunque ya lo habrás notado —me dijo siendo tan sincera como siempre.

—Sí, y, sin embargo, no conmigo, o tan solo un poco. Cuando estamos juntos, cuando hablamos, las veces que has tratado conmigo, lo has hecho siempre de una manera normal, haces que todo sea tan fácil y sencillo… —Era la pura verdad.

—No sigas, por favor, que ahora sí que me va a dar un telele —me contestó desviando su mirada al plato que tenía delante.

—Me encanta cuando dices lo del «telele» —le dije para que se relajara.

Seguimos comiendo y degustando cada plato que Chang nos traía. La comida estaba como siempre, espectacular, y lo mejor de todo es que a Ana también se lo parecía. Nuestros temas de

conversación fueron dispares, hablando de todo lo que se nos iba ocurriendo sobre la marcha, con fluidez y totalmente relajados. Al igual que la noche anterior me había costado saber de qué hablar, hoy era todo lo contrario. Noté como ya no hizo intento de profundizar más en lo de la música, evitando, además, todo lo que me hacía ponerme incómodo. Hasta que, de repente, recordamos lo sucedido, la pasada noche, con la máquina de los topos en los recreativos. Ana comenzó a reírse moderadamente mientras yo la miraba y le decía que no era para ello, pero, de algún modo, no podía parar, y verme a mí diciéndole que no siguiera, no hizo más que provocarle más risa aún. Verla así tan despreocupada, riéndose de la situación en sí, no de mí, hizo que yo también comenzara a reírme y ya tampoco pudiera parar. La verdad es que, pensándolo bien, fue muy cómico. No podía creer lo que me estaba sucediendo, me parecía totalmente increíble haber encontrado a una mujer como Ana y que yo fuera el afortunado. Ella era todo lo que yo siempre había deseado e, incluso, más. No sabía qué nos depararía el futuro, pero de lo que sí estaba seguro es de que haría lo que fuera por mantenerla a mi lado costase lo que costase. Todavía quedaba bastante comida en la mesa cuando Ana dijo que se daba por vencida, que ya no podía más. La miré un tanto sorprendido porque comer, lo que se dice comer, no había comido mucho. Había estado picoteando un poco de cada plato, pero ya está. Intenté convencerla de que diese algún bocado más y, pinchando tres trozos aleatorios, se negó rotundamente a continuar comiendo. No quería atosigarla, por lo que ya no le insistí. Además, quería que se reservara para el postre. Tenían un combo con diferentes dulces chinos que estaba delicioso y me hacía mucha ilusión que lo comiéramos juntos. Solo pensaba en una cosa y era en compartir todo con ella. Llegó el postre y ahora sí que me miraba como si estuviera completamente loco. La curiosidad que Ana poseía la instó, aún con el estómago lleno, a probar un poco de que cada cosa. No me cansaba de mirarla, disfrutaba con ello, era muy expresiva, algo que no se veía muy a menudo. Lo intentamos, pero no pudimos con todo, aunque no quedó gran cosa. Por extraño que parezca, hasta yo me había cansado ya de comer, y llegar a eso no era tarea fácil. Acto seguido, y después de recoger la mesa, Chang nos ofreció un poco de licor y, como no, la galleta de la suerte. Lo que me hizo recordar el episodio tan raro y singular que me ocurrió la última vez que estuve allí, el cual, y con el ajetreo para conseguir salir con Ana, se me había olvidado por completo. Aún tenía el papel guardado en mi cartera y seguía sin entender nada de nada. Chang procedió del mismo modo que la vez anterior, trajo el cuenco con las galletas para que cada uno escogiera la suya. Dejé que Ana lo hiciera primero y después la cogí yo. Mientras las abríamos, pedimos un café. Decidimos hacerlo al mismo tiempo para ver qué nos deparaba el destino. Estaba un poco nervioso teniendo en cuenta lo que me había revelado la vez anterior. Las galletas ya estaban abiertas y, sobresaliendo de una parte, aparecía el dichoso papelito. Miré a Ana y ella a mí:

—Si te parece, a la de tres, miramos cada uno su respectivo mensaje —le dije para que ninguno estuviéramos tan pendiente del otro.

—A la de tres, me parece una buena idea —me contestó divertida, no tenía ni idea de qué iba la cosa.

—Entonces…, a la de una, a la de dos y a la de tres. Ahora a leer el mensaje —le dije tirando del mío y comenzándolo a leer.

Como si de nuevo cosa del destino fuera, lo que ese trozo de papel revelaba me dejó sin sentido, ponía: «El amor de tu vida está delante de ti y hará realidad tus sueños». Totalmente confuso, solo pude elevar la vista y mirar a Ana, sin saber qué decir, deseando que, por una vez en mi vida, ese papel tuviera razón. Su cara denotaba también asombro, pero no me atreví a preguntarle por si

quería que yo le dijera lo que me ponía a mí. Creo que se sintió observada porque, al momento, alzó la vista y me pilló mirándola. Nos sonreímos mutuamente, un tanto nerviosos sin sabernos qué decir. Fue Chang quien nos interrumpió al traernos los cafés. Decir que sabía lo que ponía en cada papel sería una completa locura, pero, según nos miraba, me hizo pensar que así era. Se fue sin decir nada, dejándonos sumidos otra vez en silencio. Ana tenía fija su mirada en el café, el cual removía despacio, y, cuando menos me lo esperaba, me preguntó:

—Bueno, Ray, ¿qué te depara la buena fortuna? —me preguntó dándome la impresión de que también conocía el contenido del mensaje, algo totalmente absurdo. Sin saber qué decirle, y no queriéndole mentir, le contesté:

—Que mis sueños se harán realidad, ya sabes esas cosas que ponen normalmente. —No le había dicho toda la verdad, pero tampoco le había mentido—. ¿Y qué pone en la tuya?

—A mí me pone que al fin encontré aquello que tanto buscaba. —Sabía que no me estaba mintiendo por la expresión en su cara y puesto que no desvió su mirada de la mía.

Era un mensaje bastante normal que, por lo menos para mí, carecía de sentido. Pero tuve la sensación de que Ana sabía exactamente lo que ese texto significaba. Cogió el papel y se lo guardó en el bolso. Luego de agarrar su café y darle un sorbo, me miró otra vez. Sus ojos ahora brillaban de una forma muy especial. Me hubiera gustado preguntarle a qué se refería, pero no tuve valor. En más de una ocasión, hubiera dado lo que fuera por saber qué pasaba por su cabeza. Quería saber mucho más de ella, de su vida. No habíamos profundizado en la vida de cada uno, exceptuando en lo relativo a mi música. Es cierto que esa era la segunda vez que quedábamos y, a lo mejor, era un poco pronto para ello, pero yo me moría por conocerlo todo y no iba a parar hasta averiguarlo. Eso suponía un riesgo para mí, porque seguramente ella estaría también interesada en detalles de mi pasado y me angustiaba contarle el «inapropiado» estilo de vida que había llevado. Seguía temiendo que me rechazara, aunque yo ya no era el de entonces y ni volvería a serlo, ni, por supuesto, querría. Si alguna vez surgiera el tema y habláramos de ello, intentaría explicárselo para que entendiera que jamás regresaría a esa vida, tan fría y vacía, carente de sentimientos y de emociones. Ana me había mostrado otro lado totalmente diferente, distinto, en el que yo quería permanecer. Nuevamente andaba sumergido en mis pensamientos cuando su voz me trajo de vuelta:

—Hola, ¿va todo bien? Estás muy callado mirándome fijamente —me dijo un tanto perpleja.

—Lo siento, estaba inmerso en mis pensamientos —le contesté intentando analizar si se había molestado por ello.

—¿En qué piensas si se puede preguntar? Siento curiosidad. Si es por si me gusta el sitio y he comido bien, te puedo asegurar que estoy encantada. El restaurante es sencillo pero acogedor y la comida exquisita. —Pobrecilla, pensaba que era por eso.

—Claro que puedes preguntar. Y, no, no es por lo de la comida, aunque me alegra saber que ha sido todo un acierto, gracias. La verdad es que estaba pensando que no sé mucho de ti y me gustaría conocerte más, si no te importa —ya estaba dicho.

—No sabía que fuera tan interesante. Sinceramente, no hay mucho que contar. —Me daba la sensación de que estaba siendo un tanto esquiva con este tema.

—Mucho o poco, siempre hay algo, ¿no crees? Oye, si no te apetece o no quieres en este momento y prefieres hacerlo más adelante, por mí, perfecto. No quiero que te sientas obligada a nada. Tú has sentido curiosidad por mis pensamientos y yo la siento por… ti, eso es todo. —No quería presionarla.

—Eres un cielo, ¿lo sabías? Mira, no me siento obligada y no me importa hablar de mí, lo que te he dicho es cierto, no hay gran cosa que contar. La razón de ello es que tuve un accidente y no recuerdo nada anterior a hace un tiempo. Tampoco puedo decirte cómo fue ni qué pasó. Lo primero que recuerdo es abrir mis ojos y estar en mi habitación tumbada sobre la cama. Y no hace mucho de ello. —Joder, joder, joder.

—No sé qué decir, lo siento. No lo sabía. —Estaba noqueado sin saber qué decirle.

—Ya sé que no lo sabías, en realidad, hay muy pocas personas que lo saben, mejor dicho, solo hay una, y es Jeff. Se encargó de mí, me acogió y me ayudó. No estaría aquí de no haber sido por él. Le debo mi vida. Para mí, es como un padre, qué narices, es mi padre. —Ahora lo entendía todo, ese amor tan especial entre ellos, de padre a hija.

—Sí, lo noté la primera vez que os vi juntos. En realidad, eso es lo que pensé, bueno, y también barajé la posibilidad que fuerais pareja —por qué le decía esto, ni idea.

—¿Que pensaste qué? —Ya la había vuelto a liar—. ¿Cómo se te ocurre? Hay cerca de unos veinte años de diferencia. Se conserva bien y es atractivo, pero ¿Ray? —me preguntó casi a punto de darle un síncope.

—No sé, lo pensé solo un instante. Hay mujeres a las que les gustan los hombres más mayores que ellas, no es tan descabellado. No cuela. —Según veía como me miraba, no.

—No, no cuela. Pero no puedo controlar lo que piensa la gente, así que… Lo que me inquieta es que, si tú lo has pensado, es seguro que los demás también —me dijo bastante acalorada y abochornada.

—Seguro que no, nadie es tan idiota y retorcido como yo. —Tierra trágame.

—No eres idiota ni retorcido, nunca pensaría eso de ti. Además, eres libre de pensar lo que quieras. No pasa nada. ¿Qué más quieres saber? —Ahora era yo el que no sabía por dónde continuar.

—Mira, siempre estoy metiendo la pata contigo, así que, para no, y perdona la expresión, cagarla más, cuéntame lo que tú quieras. —Me sentía fatal.

—¿Por qué piensas que metes la pata conmigo? No es cierto. Me parece que eres tú el único que te juzgas, y con bastante dureza, además. Yo creo que eres noble, atento y considerado. Y no me gusta que te sientas mal, eso sería lo último que querría —me dijo mirándome con tanta ternura que hizo que se me pasara todo.

—Sigue pareciéndome increíble que veas todo eso en mí. Tienes razón, yo mismo me basto y me sobro para hacerme reproches. Me alegro de que no pienses de la misma manera que yo. Desde ahora, intentaré cambiar el chip y tomarme las cosas de una forma más relajada. —Lo que Ana lograba en mí me dejaba estupefacto.

—Así me gusta. Relativo a mi vida, yo creo que sabes ya ciertas cosas de mí. Sabes dónde vivo, cómo es mi casa, dónde trabajo, los días que voy al *pub* y el horario, que comparto casa con mi compañero de trabajo Bailey, que, por cierto, es gay, qué más, sabes que tengo migrañas…

—Vale, vale, sí que sé alguna que otra cosilla. —Sabía más yo de ella que ella de mí, estaba claro.

—Y, perdona mi atrevimiento, no sé si tienes intención de que nos sigamos viendo, pero, si fuera así, entonces tendré que reservarme algo para poder ir contándote y que te resulte aún interesante. —¿En serio me estaba preguntando si quería que nos siguiéramos viendo?

—Por supuesto que tengo intención de seguir viéndonos, la pregunta es si tú la tienes —le pregunté un tanto irritado por la insinuación.

—También me gustaría, mucho —me contestó, pasando de irritado a emocionado.

—Entonces, lo mejor es que nos vayamos contando, poco a poco, cosas el uno al otro si te parece —le dije, lleno de júbilo y dando gracias al destino por haberla encontrado.

Asintió sonriente a más no poder. Y lo mismo hice yo. Esto era tan maravilloso que no podía estar pasándome a mí, estaba seguro de que todo era un sueño y que, en algún momento, despertaría, volviendo a mi vida de mierda en donde nada de esto habría ocurrido, seguiría solo, luchando contra mí, totalmente perdido en la oscuridad. No podía perderla, Ana era la que ahora iluminaba mi camino.

Ya habíamos terminado de comer, por lo que nos levantamos y nos dirigimos a la entrada para pagar. Ana se descompuso nuevamente cuando les entregué la tarjeta, pero no dijo nada, se quedó ahí mirando alrededor hasta que Chang-Li empezó a decirle algo en chino que, por supuesto, no entendí. Ella levantó la mirada y le contestó. Me giré mirando a cada uno, asombrado al oírlos cómo mantenían una conversación. No sabía que Ana hablara chino, no me lo había mencionado. Una vez efectuado el pago, nos despedimos, ahora ya, en idioma entendible, por lo menos para mí. Salimos y, parándome en la puerta, le pregunté a Ana que desde cuándo hablaba chino. Su respuesta me dejó más loco aún, pues me contestó que ni siquiera sabía que lo hablaba hasta ese mismo momento y, por la cara que había puesto, era la pura verdad, pues me miraba con expresión de que ni ella misma lo entendía. Le pregunté también sobre qué habían hablado, respondiéndome que relacionado con nosotros, pero no quiso revelármelo exactamente. Pensé que igual la ponía en un compromiso si le insistía, por lo que no lo hice. Nos acercamos hasta mi moto y nos detuvimos allí. No teníamos ni idea de qué hacer ahora. Sinceramente, yo estaba demasiado a gusto como para despedirme. La simple idea de pasar solo el resto de la tarde me asqueaba. Mi cabeza iba a mil por hora en cuanto a pensamientos, pues también me había planteado que, durante la próxima semana, apenas tendríamos tiempo de vernos, si es que Ana estaba por la labor, y eso me hacía sentir pinchazos en el estómago. Parecía increíble, siempre había estado solo la mar de bien, pero, ahora, después de salir con Ana, se me hacía impensable y me agobiaba. Miré a Ana que me escudriñaba con la mirada, en un intento de leer mis pensamientos:

—¿Qué piensas, Ray? —me preguntó.

—Estoy pensando en qué podríamos hacer ahora. Si te soy sincero, me gustaría pasar más rato contigo, el de la comida se me ha hecho corto. —Quería decirle que más que gustarme, era que me volvía loco, pero eso hubiera sido demasiado.

—Te puedo confesar algo —me dijo sonrojándose—, estaba pensando en lo mismo. —Guau, no me lo esperaba, menudo subidón me acaba de dar.

—Descartamos comer y beber, eso seguro. Podemos ir al cine y… no sé qué más. —No tenía la más menor idea.

—Podemos pasear si quieres, así bajamos un poco la comida y vamos viendo a ver qué se nos ocurre, si es que se nos ocurre algo —me dijo divertida.

—Me parece la mejor de las ideas. Podemos acercarnos hasta la playa y caminar por el paseo marítimo, ¿qué te parece? —Me daba igual cómo y dónde, estando con ella.

—No muy lejos de donde yo vivo, hay una playa y buenos paseos para dar una vuelta. Y, si quieres, luego podemos tomar algo por allí o en mi casa, lo que prefieras. —¿De verdad había escuchado bien? Que me invitara a su casa significaba mucho para mí, sobre todo por la confianza que depositaba en mi persona.

—Genial. Pues vamos para allá y me indicas —le dije dándole el casco para que se lo pusiera.

17

Nos dirigimos en dirección a la playa que Ana decía, la cual me iba indicando por dónde ir. Dejamos la moto en un aparcamiento situado al lado y nos fuimos dando un paseo. La zona era maravillosa. Había gente paseando, pero no demasiada, ya que el día estaba algo nublado y casi no había sol. Otra cosa que nunca había hecho era salir a pasear con una mujer. Mientras caminábamos, nos cruzamos con parejas que iban de la mano, lo que me hizo plantearme si yo debiera de coger a Ana así también. Pero no tenía del todo claro si a ella le parecería bien, después de todo, solo habíamos salido un par de veces y, no sé, llegados a este punto, cómo deberíamos denominarnos. Yo lo tenía claro, más que eso, lo tenía clarísimo, no había otra mujer en el mundo que Ana y, para mí, era la única, pero dudaba de que ella lo viera de la misma forma. Por lo que iría paso a paso, según ella marcase. Además, la confesión que me había hecho sobre su accidente y que no recordaba nada anterior a él, hizo que me replanteara la manera de tratarla. Intentaría ser mucho más delicado a la hora de preguntar para averiguar más cosas sobre ella. Imagino que no debió de ser nada fácil perder el recuerdo de prácticamente su vida entera, aunque no me había dicho exactamente cuánto tiempo había pasado de ello. Por eso me asombraba aún más su manera de ser, tan tranquila, tan serena… Llegamos a una parte del paseo donde no había nadie, deteniéndonos allí para admirar el mar. Estaba tranquilo, con poco oleaje. De vez en cuando, un rayo de sol atravesaba las nubes iluminando una parte de él, recreando una espectacular escena. Una ligera brisa rozaba nuestros rostros, acariciándolos. Me giré y miré a Ana, que tenía su mirada puesta en el horizonte, empapándose de tanta majestuosidad:

—¿Te gusta el mar? —le pregunté con curiosidad.

—Es una belleza, ¿no crees? No me canso de mirarlo —me contestó sin quitar la vista del mar.

—Sí, es una belleza. Pero hay algo más bello aún —le dije embriagado, no sé si por el lugar, por la cercanía o por ella.

—¿Conoces algo más bello que esto? —me preguntó tan ingenuamente, porque sí, Ana era muy pero que muy ingenua.

—Claro que conozco algo muchísimo más bello —le solté sonriéndole al ver que no se enteraba de lo que le estaba insinuando.

—A ver, ¿qué me he perdido? ¿Por qué sonríes así, Ray? —me dijo mirándome, detectando perfectamente que no estaba captando a lo que me refería.

—Tú, Ana, tú eres más bella que esto —le dije saliéndome del alma y viendo que ahora sí que le iba a dar un telele, pero de los buenos.

—Ay, madre, pero ¿qué dices? Yo no soy ni por asomo tan… tan… Creo que me voy a desmayar —me dijo poniéndose muy nerviosa e intentando controlar su respiración, a punto de caerse redonda.

—Ey, tranquila, respira —le contesté cogiéndola de su preciosa cara, un poco asustado porque, en verdad, notaba que respiraba con dificultad—, no quería causarte un trauma, pero es lo que pienso y me ha salido así —continué diciéndole en un intento de que volviera a su ser.

Por un rato, que a mí se me hizo eterno, continuó intentando controlar la respiración, hasta que, poco a poco, fue volviendo a su ritmo normal. Yo seguí ahí sujetándola sin saber qué hacer. Cuando ya se tranquilizó, me pidió perdón, totalmente avergonzada por las dos cosas. Era cierto que, para ciertas cosas, su timidez la superaba:

—Lo siento, Ray, me muero de la vergüenza —me dijo con voz quebrada.

—No tienes que sentir nada, lo único es que no me lo esperaba y me he asustado un poco, nada más —le intenté decir para que se tranquilizara.

—No estoy acostumbrada a que nadie me diga estas cosas, y menos que vengan de alguien como tú —no sé qué quería decir con eso.

—¿Como que de alguien como yo? —Necesitaba que me lo aclarara.

—Bueno, me refiero a alguien tan guapo, como tú —me dijo, ahora sí, desviando su mirada nuevamente hacia el mar y respirando hondo.

—Ahora lo entiendo. Perdona, sabía que eras tímida, pero no hasta qué punto —le dije desviando mi mirada también al mar para no agobiarla más.

—No es culpa tuya. Te agradezco tu piropo y la comparación tan bonita que has hecho. No puedo evitarlo. Es algo que aún no controlo —Su voz aún seguía un poco entrecortada.

—Nos estamos conociendo, así que tiempo al tiempo, no quiero que te sientas avergonzada por nada, ¿vale? —le dije, aunque, en verdad, me encantaba el hecho de que fuera así.

—Vale. Gracias —me dijo volviéndose hacia mí, mirándome con agradecimiento.

—Cambiando de tema. Parece que conoces muy bien este sitio, ¿vienes aquí a menudo? —le dije, dándole un suave toquecito sobre su nariz respingona.

—A menudo, no, pero sí que de vez en cuando. Estas vistas y el sonido del mar me relajan mucho. Aprovecho sobre todo cuando no hace sol y no hay casi gente. Así es cuando lo puedes percibir bien —me dijo como sintiendo de verdad esa relajación dentro de ella—. ¿Te gusta el mar?

—Sí, pero no suelo venir mucho por esta zona. Salgo por donde yo vivo, que está cerca del muelle, pero no me he detenido como para sentir eso que me acabas de explicar —le dije, queriendo poder hacerlo, pero sin tener idea de cómo.

—Yo te guío entonces. Cierra los ojos, Ray —me dijo en un tono suave y sutil, a lo que yo le hice caso, cerrando mis ojos y dejándome llevar—. Ahora, deja tu mente en blanco, respira hondo y déjate ir. No tengas miedo, estoy contigo —me dijo, sintiendo cierto nerviosismo en mí y, para tranquilizarme, cogiéndome de la mano—, escucha el sonido de las olas rompiendo en la arena, siente la cálida brisa acariciando tu rostro e imprégnate del aroma a sal proveniente del mar, céntrate solo en eso y conecta contigo. —Y Ana dejó de hablar.

Cómo explicaros lo que, entonces y por primera vez, sentí. Comencé a percibir todas aquellas cosas que Ana me había ido diciendo, sintiendo todas y cada una de ellas como jamás lo había hecho. Pensé que no podría y, para mi asombro, sí que pude. No podía creer que aquello estuviera frente a mis ojos todos los días de mi vida y no hubiera sido capaz de detenerme a admirarlo como Ana me había dicho ahora. Noté como un agradable calor inundaba mi interior haciéndome sentir sereno, en paz y a gusto conmigo mismo. Fue una sensación extraordinaria hasta que mi respiración comenzó a acelerarse, semejante a lo que le había pasado antes a Ana, no pudiendo controlarla y notando como si me ahogara. Me faltaba el aire y sentí que entraba en pánico, pero, entonces, oí su voz que me decía: «No tengas miedo, Ray, libérate, respira de nuevo». Una bola, la cual era la causante de ese ahogamiento, subió desde muy dentro de mí hasta mi garganta, y, haciendo caso a lo

que ella me había dicho, la solté a través de algo así como un alarido permitiendo que mi respiración se normalizara. Mientras eso ocurría, Ana envolvió mi mano entre las suyas proporcionándome el calor, apoyo y seguridad que necesitaba en ese preciso instante y, recuperándome lentamente, me dijo que abriera despacio los ojos. Todo seguía igual, en su sitio, tal y como lo había dejado minutos antes de cerrar los ojos, excepto yo. Continuaba un poco agitado, pero sintiendo como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Miré a mi mano que aún seguía entre las de Ana y, levantando la vista, la miré a ella:

—¿Estás bien? ¿Cómo te sientes? —me dijo con tanto afecto y ternura que estuve más que a punto de decirle lo que de verdad sentía por ella.

—Sí. Me siento liberado, como si me hubiera quitado un gran peso de encima, ¿qué ha sido esto, Ana? —le pregunté sintiéndome tan diferente…

—Una manera de liberar aquello que oprime tu corazón, Ray. Noto mucha rabia y tristeza en tu interior que te impide ver quién eres realmente. Y pensé que así, quizás, podría ayudarte a ir soltándolo poco a poco, no puedo dejarte con eso dentro. —No sé por qué, pero ahora esa tristeza que ella decía ver en mí, la apreciaba en ella, quizás para mostrarme cómo se veía.

—No sé qué decir. Nadie, y reitero, nadie me ha hecho sentir esto que estoy sintiendo ahora mismo. —Mi mirada ahora era de inmensa gratitud. Estaba tan agradecido por cómo intentaba rescatarme de mis tinieblas que levanté sus manos comiéndomelas a besos.

—No hace falta que digas nada, este es tu momento, Ray. —Era gratificante escuchar que no quería explicaciones y darme mi espacio.

—Ves y aprecias las cosas de una manera tan diferente… Al igual que tu visión de la vida, que no tiene nada que ver con la de cualquier persona —le dije pensando qué la habría llevado a ser así.

—Sí, no soy como el resto, pero de eso ya te habrás dado cuenta. El no recordar nada de la mayoría de las cosas que has vivido, te hace ver el mundo con otros ojos. Cada día es un descubrimiento y una emoción constante, ¿sabes? Pero, a veces, también te hace sentir como si no pertenecieras a este mundo. Tengo el problema de que no entiendo muchas cosas, lo que provoca que, en ocasiones, me encuentre rara, perdida, ¿y a quién recurres entonces? De alguna forma, sabía que solo yo podía ayudarme. Así que, en estos momentos de desesperación, vengo aquí o me voy a algún sitio así de maravilloso para conectar de nuevo conmigo misma y soltar eso que me oprime, como a ti. Me centro en la naturaleza, en la majestuosidad de este mundo y pienso en lo afortunada que soy de poder ser testigo de ello. Hago lo que te he indicado: cierro los ojos, dejo mi mente en blanco y me dejo ir; conecto con mi interior liberándome de todas esas emociones que no me pertenecen. El mundo va tan deprisa… y todo es tan superficial que la gente no ve la grandeza del mundo que les rodea, así como tampoco aprecian la verdadera esencia de las personas que forman parte de su vida. Es una pena. —Me hizo reflexionar, pues me di cuenta de que, por sus palabras, debió, y debe, ser duro no recordar lo que fuiste o qué vida llevaste.

—Tienes razón, las personas no ven más allá de sus narices. Siento que no recuerdes nada de tu pasado, pero muchas personas lo darían todo por cambiarse por ti. —Yo preferiría borrar más de medio pasado.

—Pues esas personas no saben de qué hablan. No solo no recuerdas lo malo, que eso está muy bien, sino que tampoco recuerdas lo bueno. Las vivencias de la vida son las que definen nuestro ser, para bien o para mal. Nos hacen aprender, evolucionar, sin ellas estaríamos incompletos. —Ahora lo entendía, por mucho que quisiera borrar cosas malas del pasado, también se irían las buenas y eso no

es lo que yo realmente deseaba. Un sentimiento de impotencia recorría mi ser al comprender que Ana se sentía incompleta.

—Me gustaría ayudarte, al igual que tú has hecho conmigo, y estar a tu lado si lo necesitas. Quiero que sepas que puedes recurrir a mí siempre. —se lo dije completamente en serio, dándome igual lo que pensara.

—Te lo agradezco de corazón. Lo haré —me contestó, liberando una de sus manos para acariciarme la mejilla. A lo que yo respondí, apretando mi cara contra ella y cerrando brevemente los ojos por el sentimiento tan profundo que había causado eso en mí—. Deberías buscar un sitio especial para desconectar y dejarte llevar cuando lo necesites —me comentó al ver mi gesto.

—Tengo uno al que voy, aunque no tanto como debiera, que solo yo conozco y no suele ir nadie, por lo menos hasta el momento —le contesté deseando llevarla allí—, la próxima vez te llevaré, seguro que te encanta.

—No, Ray, no debes llevarme. Ese sitio es tuyo, te pertenece solo a ti. Esa es la parte mágica, ningún pensamiento está vinculado a una persona ni a emociones relacionados con ella. Simplemente, te dejas llevar liberándote de todo. Pero si lo compartes, tu mente lo asociará a esa otra persona para bien o para mal y ya no funcionará, terminarás contaminándolo con esos recuerdos. Hazme caso. Me alegra que lo tengas, eso es todo. —No permitió que insistiera y lo dejé estar.

De repente, empecé a sentirme un tanto cansado, todas estas sensaciones me habían provocado un bajón considerable. Intenté disimularlo, pero Ana se dio cuenta. Me dijo que, si me apetecía, podíamos ir a su casa y allí tomar un café, pudiendo descansar todo el tiempo que quisiera. No lo dudé ni un momento, por lo que le contesté que me encantaría. Fuimos recorriendo el camino de vuelta hasta el aparcamiento y, una vez allí, cogimos mi moto para dirigirnos a casa de Ana. Estaba muy cerquita y llegamos enseguida, cosa que agradecí porque me moría de cansancio. Aparqué donde siempre y entramos.

Parecía que no había nadie, pero no me atreví ni a preguntar, sinceramente, no quería saberlo. Seguía sin gustarme que viviera con su compañero, y esto os lo iré recordando durante toda la historia. Encendió las luces, pues, aunque era pronto, las nubes se habían apoderado del cielo oscureciendo tremendamente el día. Me encantaba su casa y esa sensación tan acogedora que transmitía. Nos quitamos la chaqueta y Ana me indicó que me sentara en el sofá mientras preparaba café. Se fue un momento a su habitación y yo me puse cómodo en el sofá, el cual era muy confortable, demasiado. No puedo decir el tiempo que pasó, solo que, de repente, me incorporé sobresaltado. Tenía una manta echada por encima. Mierda, me había quedado dormido. Pobre Ana, quedo con ella, me invita a su casa y me duermo. Miré a mi alrededor, pero no la veía, hasta que su voz, proveniente de la cocina, me dijo:

—¿Qué tal estás? ¿Has descansado? —Su voz era dulce sin parecer enfadada.

—Perdona, me he quedado dormido. ¿Cuánto tiempo llevo así? —le pregunté deseando que hubiera sido unos minutos.

—Pues no lo he cronometrado, pero creo que cerca de una hora y media o así. Fui un momento a mi habitación, nada, un par de minutos, y, al volver, estabas profundamente dormido. Te tapé, pues aún hace un poco de fresco en casa —me dijo sonriendo mientras yo me daba de leches mentalmente—. ¿Quieres un café? —terminó preguntándome.

—Lo siento, no sé, me he sentado y este sofá es tan cómodo que ni me he dado cuenta… ¿Qué habrás pensado? Gracias por preocuparte. Y, sí, café por favor. —No sabía dónde meterme.

—He pensado que estabas cansado, ¿qué voy a pensar? El conectar con uno mismo y liberarse de lo que te oprime te deja agotado. Tranquilo, a mí también me ha pasado. Por eso te dije lo de venir a casa. Me reconforta porque eso significa que te encuentras a gusto aquí. ¿Lo quieres flojo, fuerte, solo o con leche? —A mí también me encantaba sentirme como en mi casa.

—Café fuerte con leche, gracias —le dije mientras me acercaba a la cocina para echarle una mano y acompañarla.

Verla preparar el café hizo que fantaseara nuevamente con la idea de vivir juntos. Me quedé flipado al ver que tenía una máquina automática para hacer el café moliéndolo al momento. Estaba muerto de curiosidad por catarlo y apreciar su sabor. También vi cómo calentaba la leche por separado. Se lo pregunté y me dijo que recalentar el café hacía que disminuyeran sus beneficios antioxidantes, así como que volvía su sabor más ácido y amargo. Me quedé impresionado, y más aún cuando lo probé. Dios, sabía increíble, como el de un bar. Necesitaba una máquina de esas lo antes posible y no la mierda que tenía en casa, más siendo un amante y adicto al café como lo era. Ana me miraba divertida mientras se hacía otro para ella. Me preguntó si quería algo para merendar, y no sé si fue la expresión en mi cara, pero no esperó a que le contestara, automáticamente, sacó bollos y cosas dulces para tomar junto al café. Nos pusimos en la mesa junto a la cocina, pues, según ella, estábamos más cómodos que donde el sofá. Tenía un montón de cosas riquísimas, por lo que me costó decidirme:

—Coge lo que quieras, no te cortes —me dijo.

—Es que todo tiene tan buena pinta que no sé por dónde empezar, ¿qué me recomiendas? —apremié a decirle babeando por tan magnífico festín.

—Depende, si te gusta el chocolate, entonces este *coulant*, pero, antes de comerlo, debo calentarlo. Las palmeras también están deliciosas, pero yo muero por un dónut de azúcar. —Después de haber oído lo del *coulant* de chocolate, deseaba probarlo.

—El *coulant*, sin lugar a duda, soy adicto al chocolate, bueno, y al café, sobre todo a este, está impresionante, pero no hace falta que lo calientes, lo tomo así —le dije para que no volviera a levantarse y causarle más molestia.

—Hay que calentarlo, porque… Luego lo descubrirás —me contestó, llevándose el *coulant* mientras yo me maldecía por haber elegido precisamente ese.

No tardó más que un minuto cuando un delicioso olor a chocolate empezó a invadir la habitación. Me puso el plato y no dudé ni un instante en meterle mano, al plato, claro. Menuda sorpresa me llevé cuando lo partí y un montón de chocolate líquido comenzó a salir de dentro. Ahora entendía por qué me había dicho que ya lo descubriría y también por qué lo calentaba. Ana me explicó que, en algunos lugares, lo denominan muerte por chocolate, nombre muy acertado, por cierto. Ya eran dos cosas por las que moriría, por chocolate y por mi amor por ella. Estaba espectacular, no había probado algo tan rico hasta el momento. Mi cara debía ser todo un poema, pues Ana no paraba de mirarme y sonreír. No podía ignorar la felicidad y lo bien que me encontraba allí con ella, compartiendo un momento tan normal para el resto de las personas y, sin embargo, tan especial para mí. Entre bocado y sorbo, le empecé a preguntar por lo que iba a hacer mañana, lunes. Nuevamente, el hecho de que casi no la iba a ver el resto de la semana me inquietaba. No quería ser pesado ni

pegajoso, pero no podía hacer otra cosa, necesitaba verla, estar con ella, aunque fuera solo un rato, con eso me conformaría:

—Y qué planes tienes para mañana, lunes, ¿algo interesante? —comencé a preguntarle de manera inofensiva.

—Siento desilusionarte, pero de interesante nada. Por la mañana, he quedado con Jeff para solucionar unos temas que tiene referentes al *pub* y luego iremos a hacer compra de bebidas, aperitivos y varios. A ver, qué más, luego quiero ir a echar unos currículos y, después, vuelta a casa para hacer la comida. De lo más emocionante, ¿eh? —me contestó arqueando las cejas haciendo hincapié en lo de «emocionante».

—Pues no está nada mal, tienes una mañana bastante ocupada. Una pregunta, si no te importa, ¿por qué vas a echar currículos? —le pregunté intrigadísimo por esto último.

—Bueno, me gusta el trabajo en el *pub* y no está nada mal, pero me gustaría hacer algo más en la vida, aparte de servir copas. Ya no me llena y cada vez se me hace más pesado tener que lidiar con cierto tipo de clientes, ya me entiendes. A Alice le encanta, pero a mí no. Creo que sirvo para algo más que para esto —me contestó muy segura. A mí no me hacía tampoco gracia que trabajara de camarera, solo pensar que otro tío podría babosearla me sacaba fuera de mis casillas.

—Me parece genial que busques otra cosa si el trabajo en el *pub* ya no te llena. ¿Has pensado en qué te gustaría trabajar? —Seguía intrigado por saber a qué le gustaría dedicarse.

—Me gustaría ser cantante —¿Perdona? ¿Qué? La miré anonadado.

—¿Tú cantas? Te puedo echar un cable, incluso podíamos cantar juntos. —Sería increíble.

—Tendrías que verte la cara ahora mismo, Ray, no, es broma, solo quería ver qué decías al respecto —me dijo riéndose por habérmelo creído, pero no hubiera sido tan descabellado.

—No seas mala, ya empezaba a fantasear con los dos, juntos, en el escenario —le dije riéndome también.

—Eso lo dejo para ti, que eres el que posee el don. Yo había pensado en publicista, elaborando estrategias y *marketing* para la promoción de productos de los clientes que así lo soliciten. En más de una ocasión, he tenido montones de ideas y, por lo que veo, no se me da nada mal —me dijo muy ilusionada con este tema.

—Si es lo que te gusta, entonces a por ello. No se te daría nada mal y, quizás, en un futuro, podrías encargarte de la publicidad de nuestra banda. Así trabajaríamos juntos. —Dios, esta idea me fascinaba, yo trabajando mano a mano con la mujer de mis sueños.

—Sería genial, pero no voy a tirar cohetes, pues no tengo experiencia, solo conocimientos teóricos. Tampoco tengo ninguna titulación que me respalde en esta profesión, así que ya veremos qué pasa. —La estaba oyendo ensimismado, me parecía que sería perfecta para este campo.

—Y, ejem, por la tarde, ¿tienes algo que hacer? —Estaba seguro de que me iba a tachar de pesado.

—No, quiero empaparme un poco de estrategias de *marketing*, pero eso es todo, ¿por qué lo preguntas? ¿Tú haces algo? —me dijo mirándome intrigada.

—Nada en concreto. Salgo a las siete del estudio y había pensado que a lo mejor te apetecía que nos viéramos un rato —le solté intentando que pareciera improvisado.

—Si quieres, por mí, de acuerdo —me contestó sin tan siquiera pensarlo, algo que me emocionó y mucho, pues me dio a entender que realmente le gustaba estar conmigo.

—Genial. Me alegra que no pienses que soy un pesado. Paso a por ti y vamos a tomar algo, o hacemos lo que te apetezca, no hace falta que sea hasta tarde —le dije encantado por verla otra vez.

—Lo que tú quieras, pero sigo recordándote de que tengo coche y me puedo desplazar. Me da mucho coraje que andes de aquí para allá pudiendo hacerlo yo también. —Tenía razón, pero a mí no me importaba en absoluto.

—Me lo pienso y mañana te lo confirmo. El que no quiere que estés en carretera soy yo. —Y punto.

—No sé si algún día nos vamos a poner de acuerdo en eso —me dijo sonriendo por el tira y afloja que teníamos siempre relativo a este tema.

Terminamos la merienda y nos fuimos al salón. Ana propuso que viéramos una peli de miedo, pues ninguno teníamos ganas de ir a otro sitio. Elegimos nuestro tema favorito, zombis, y poniéndonos cómodos, pegados el uno al otro, la empezamos a ver. Seguía sin saber si estábamos solos o no, pero, llegados a ese punto, ya no me importaba, me sentía en casa. Ana se había encargado de ello. Era emocionante ver pelis de terror con ella, disfrutando como dos adolescentes. Pero tenerla tan cerca despertaba en mí demasiados sentimientos, deseaba besarla, acariciarla, tocarla… Nos mirábamos de vez en cuando para comentar las escenas y fue en una de esas veces donde ya no pude resistirme, le cogí su cara y, buscando su seductora boca, la besé. No sé qué se le pasó a Ana por la cabeza, pero la noté un poco nerviosa después de besarnos. Intentaba decirme algo con la mirada, aunque de su boca no salió ni una palabra. Entendí que no se sentía cómoda ante esa situación. Yo no quería mermar su confianza, por lo que decidí irme a casa y, no me entendáis mal, deseaba con todas mis fuerzas quedarme y pasar el resto de la tarde con ella, pero me daba miedo no poder resistirme a la tentación y hacer algo que lo pudiera echar todo a perder. Quería estar más que seguro y, joder, si casi no podía resistirme a sus besos, imaginaros estando tan cerca de ella, pegado a su cuerpo. No, no confiaba en mí, no en ese sentido. Necesitaba estar centrado y tener más autocontrol y no me resultaba nada fácil. Por eso prefería no dar pie ni la oportunidad. Además, quedarme significaría una cosa, no querer irme de allí jamás. Le dije a Ana que mejor me iba, que se estaba haciendo tarde y no quería seguir importunándola más, que otro día terminaríamos la película. Con una envolvente sonrisa, me dijo que lo que yo quisiera, y eso me hizo, aún más, alegrarme de mi decisión, pues no me retuvo, no me pidió que me quedara. Creía que no estaba preparada y todo me hacía sospechar que así era. Nos levantamos y, poniéndome mi chaqueta, nos dirigimos a la puerta. Antes de irme, quedamos en hablarnos mañana para vernos por la tarde. Nos miramos, volvimos a besarnos y me fui, no sin antes pedirme que la avisara, como la vez anterior, de que había llegado bien. Me monté en la moto casi sin mirar atrás, notando una sensación extraña dentro de mí. Tardé en llegar a casa, pues había más tráfico de lo normal. Tiré la chaqueta y el resto de mis cosas sobre la mesa de la cocina. Me quedé mirando el piso, tembloroso, con un nudo en el estómago, temiendo haberlo estropeado. Sabía que estaría esperando mi llamada o mensaje confirmando que había llegado bien, pero estaba paralizado. Por qué siempre terminaba haciendo algo que me dejaba hecho polvo, era un misterio que me traía de cabeza. Parecía que intentaba sabotear todo lo que me hacía feliz, como que algo dentro de mí me decía que no merecía serlo. Tampoco comprendía el miedo que tenía de perderla. Entonces, el sonido de un mensaje en el móvil hizo que la sangre volviera a mi cuerpo activándolo de nuevo. Era Ana, estaba preocupada porque ya era tarde y no había recibido noticias mías. La llamé, pues merecía una explicación por mi parte:

—Hola, preciosa, perdona por no haber dado señales de vida. He llegado hace un momento, había mucho tráfico —le dije intentando parecer sereno y dándome cuenta de que, hasta este momento, nunca la había llamado de esa manera.

—Menos mal, Ray, estás bien, ya había empezado a preocuparme —me habló en un tono contenido.

—Bicho malo nunca muere, no te preocupes —le contesté intentando quitarle seriedad al tema.

—No bromees con eso, por favor. Estaba poniéndome bastante nerviosa. Ahora sí que noté que su preocupación iba más allá de lo que yo hubiera podido imaginar.

—Ana, cálmate, solo lo he dicho para que veas que no ha pasado nada. Estoy bien. —Ahora lo único que deseaba era estar a su lado y abrazarla para aliviarla.

—Tenía que haberte insistido para que te quedaras, ha sido un error por mi parte dejarte ir, lo siento —me dijo afligida.

—No ha sido tu error, ha sido el mío por besarte y hacerte sentir incómoda en tu propia casa. Te juro que no era eso lo que pretendía, simplemente… —Pero antes de que pudiera terminar la frase, Ana me interrumpió.

—Ray, me gustaría que habláramos de ello en persona, así que, si te parece, mañana seguimos con esta conversación. —No sabía qué pensar después de este giro de ciento ochenta grados.

—Si ves más conveniente que lo hablemos mañana, cuando nos veamos, por mí de acuerdo. —Seguía sin comprender el porqué de posponerlo.

—He pasado un día extraordinario y ni siquiera esa palabra le hace la justicia que se merece. Quería que lo supieras. —Sus palabras aflojaron toda la tensión de mi cuerpo, disipando, además, ese miedo infundado de hacía un momento.

—No puedo más que reafirmarme en lo que acabas de decir. Ha significado mucho para mí, más de lo que te imaginas, el haberme invitado a pasar una tarde tan fabulosa en tu casa. —Quería que supiera que había sido muy especial.

—Y para mí que hayas querido venir. Deseo que disfrutes de una apacible noche y que mañana sea el comienzo de una prodigiosa semana —me dijo.

—Lo mismo te deseo, mi dulce Ana. Eres el oasis en medio de mi desierto. Hasta mañana. —Y, anotando mentalmente esa frase para convertirla en la posible letra de una canción, nos despedimos.

Fui a mi habitación, me tiré en la cama y me quedé dormido hasta el día siguiente en el que me desperté gracias a la alarma que tenía puesta en el móvil. Me pasé las manos por la cabeza y me levanté para darme una buena ducha. Un nuevo lunes se presentaba ante mí, muy diferente a los anteriores; en tan solo dos días, mi vida había cambiado, yo había cambiado, bueno, una parte de mí, y eso se lo debía exclusivamente a una persona. Me iba a costar un triunfo no soltarle a Brian en su cara que estaba saliendo con su «camarera favorita», pero ante todo quería mantener mi privacidad y también la de Ana. Según pensaba esto, recordé que John no había reaccionado al mensaje que le dejé después de nuestra discusión. Nada más llegar al estudio, hablaría con él. Además, quería poner en práctica lo que Ana me había aconsejado ayer durante la comida y darle un giro a nuestros días en el estudio. Algo se acontecía, lo presentía. No sabía si mis compañeros iban a estar por la labor, pero yo iba a intentarlo, de eso estaba seguro. Me arreglé y fui a la cocina a hacerme algo de desayunar. Viendo como mi cafetera escupía prácticamente el café, recordé lo delicioso que estuvo el que Ana me preparó ayer. Necesitaba por todos los medios hacerme con una cafetera como aquella. Me lo apunté mentalmente para preguntárselo esta tarde cuando nos viéramos. Increíble, nos habíamos visto el sábado, ayer, y, aun así, deseaba fervorosamente volver a estar con ella. Comí algo, me bebí el aguado café y me fui al estudio.

18

Los lunes eran insoportables en cuanto al tráfico se refiere, parece que la gente aún va agilipollada del fin de semana. Estuve en un tris de tener un accidente por un subnormal que casi me arroya. Iba mirando al móvil y no vio que yo tenía puesto el intermitente para girar. Gracias a Dios, no pasó nada y todo quedó en un susto. Menos mal que estaba justo al lado del estudio porque, con el temblor de cuerpo que traía, me hubiera sido imposible haber conducido durante mucho más tiempo. Llegaba tarde, como de costumbre, todos estaban allí, excepto John y Dave, los cuales aparecieron segundos después de hacerlo yo. Entraron corriendo tras de mí y me preguntaron si estaba bien. Habían visto el incidente, ya que estaban cuatro coches más atrás. Matt se acercó para interesarse por mi bienestar, siendo Brian el único que ni se inmutó. No tenía claro de si se hubiera enterado de que había salido con Ana, pero tampoco le di demasiada importancia. Caí en la cuenta de que seguro estaría jodido por haber tenido que irse con su amigo a urgencias, dejándome solo con ella. Si supiera que gracias a ello pude besarla, se daría de bruces contra la pared. Eso me hizo recordar que me debía bastante pasta, ya que tuve que pagar su cuenta. Ya vería si se lo restregaba o no, desde luego, con su comportamiento, no se merecía que le pagara ni un euro. Después de explicarles que me encontraba tan solo un poco alterado, nos pusimos manos a la obra, empezando a tocar como de costumbre. No sé qué esperaba, creo que algo como que surgiera la magia y todo fuera distinto desde el primer momento, pero no fue así. Seguíamos sonando igual de nefastos que el viernes, ni concentración, ni compás, ni ninguna idea por mi parte. Eran cerca de las once, por lo que decidimos hacer una pequeña pausa para tomar un café. Busqué a John para hablar con él:

—Hola, John, ¿qué tal? —le pregunté.

—Hola, guaperas, aquí estamos de nuevo, qué más se puede pedir —le notaba un tanto parco a la hora de responderme.

—No sé si recibiste mi mensaje ayer. Te lo escribí después de, ya sabes, nuestro cambio de impresiones, por llamarlo de alguna manera —le dije intentando suavizarlo un poco.

—Sí, lo recibí. Pero imaginé que ya te habrías ido, y como me pusiste que hablaríamos hoy, pues ya no te contesté —me afirmó tan pancho como él es.

—Mira, John, eres un gran amigo y no me sentía bien después de colgarte como lo hice, pero me dolió mucho que insinuaras que pretendía acostarme con Ana. De los demás me hubiera importado una mierda, pero viniendo de ti no me lo esperaba —le confesé sintiéndome mal por ambas cosas.

—Te entiendo, Ray. De verdad que lo siento. No sé por qué me salió esa estupidez. Quizás es porque yo sí que lo habría hecho así, pero tú no eres yo. Es cierto que jamás te había visto en una situación semejante, quedando con una mujer como cualquier persona normal y me pareció raro, no sé, como que no eras tú, sino otro Ray, no sé si me explico —me aclaró con una seriedad poco común en él.

—Tienes razón, ya no soy ese Ray, soy otro desde que la conozco. No quiero volver a ser el de antes, de eso estoy seguro. Y si no te gusta esta nueva versión de mí, entonces es tu problema. —No sabía qué me iba a contestar ante este nuevo acontecimiento.

—Para mí no cambiará nada. Sigues siendo el mismo tío, pero, ahora, en versión mejorada. ¡Pues claro que me gusta el nuevo Ray! Me parece que Ana te hace mucho bien, te veo más sereno, centrado y en mejor relación contigo mismo, aparte de que te está haciendo ver la vida desde otra perspectiva. —Mi buen amigo John ahora estaba más tranquilo sabiendo que no le había perdido.

—Sí, me tiene embrujado. Doy gracias al cielo por haberla puesto en mi camino. Ayer, entre otros temas de los que estuvimos hablando, lo hicimos sobre la evolución de la banda y me dio unos consejos que pretendo poner en práctica, si os parece bien. Entre eso y mi nuevo yo, tengo la sensación de que podemos hacer grandes cosas —por primera vez lo decía con completa convicción.

—Todo lo que nos pueda ayudar, bienvenido sea. Por ti y por los cambios —me dijo chocando su café contra el mío, casi tirándomelo.

—No te pases, que a lo mejor el resto no está tan animado y de acuerdo como tú —le dije mirándole de tal modo que entendiera mi grado de preocupación.

Ya quedaba poco para terminar nuestro descanso. Miré la hora y aún quedaban unos minutos. Cogí mi móvil para llamar a Ana, tanto hablar de ella había despertado en mí unas ganas locas por oír su voz. Ni corto ni perezoso marqué su número, esperando impaciente a que me lo cogiera. A la tercera llamada, su voz resonó a través del altavoz de mi teléfono. Nos dimos los buenos días y comenzamos a contarnos lo que hasta ese momento habíamos hecho:

—Buenos días, Ray, ¿cómo estás? —me preguntó de un excelente humor.

—Buenos días, Ana. Bien, aquí, en el estudio, grabando, o por lo menos intentándolo. Hemos hecho una pausa, por eso he aprovechado para llamarte —le contesté alegre contagiado por su buen talante.

De repente, John metió baza, yéndose de la lengua, chivándose del incidente que me había ocurrido a punto de llegar al estudio:

—¡Ana, soy John!, no hagas caso a Ray, está un pelín revuelto porque esta mañana casi lo arrolla un coche a escasos metros de aquí —dijo el metepatas, gritando para que Ana le escuchara mientras yo intentaba evadirle y evitar que pudiera oírle.

—¡¿Qué?! Dios mío, ¿Ray, estás bien? —Genial, había conseguido preocuparla, cosa que no quería.

—Tranquila, tranquila, no ha pasado nada, estoy bien —le contesté rápidamente para que no se pusiera más nerviosa.

—¿Cómo ha sido? ¿Qué ha pasado? —Seguía inquieta intentando averiguar si realmente estaba bien.

—Un idiota que no ha visto mi intermitencia para girar y casi se choca conmigo por ir mirando el móvil. Te repito que estoy bien, todo ha quedado en un susto, nada más. Por favor, no le hagas caso a John —esperaba haber disipado, con ello, cualquier duda con relación a como me encontraba.

—Menos mal que no te ha pasado nada —me dijo asustada aún—. La gente conduce como loca. Por eso no me gusta cuando te pasas tanto tiempo en carretera viniendo a por mí y luego teniendo que volver a casa.

—No tiene que ver una cosa con la otra, esto me ha pasado viniendo a trabajar y no va a coartarme de ir a por ti —se lo dije con toda la razón, pero si hubiera sido al revés también me sentiría como ella.

—Eres muy testarudo —me dijo—, pero no te lo puedo echar en cara porque yo también lo soy.

—No se puede ser tan perfecto, es broma. ¿Tú qué tal? ¿Qué has estado haciendo? —le pregunté pensando en lo que me había dicho el día anterior, relacionado con encontrar un nuevo trabajo.

—Yo, bien. Hemos ido ya al banco y ahora vamos a comprar suministros para el *pub*. De camino iré echando currículos, puesto que algunas de las empresas que buscan personal en *Marketing*, y a mí me interesan, nos pillan de paso. Y luego de vuelta a casa. Emocionante, ¿verdad? —me contó tan natural y espontánea como ella era.

—Pues no está nada mal. Aunque lo más emocionante llegará por la tarde —le dije dándomelas de tío guay.

—Ah, ¿sí? ¿Qué pasa esta tarde? —me preguntó, quedándome, por un momento, sin sentido al oírla—. Es broma. Ten por seguro que verte va a ser lo más emocionante de mi día. —Solté un suspiro, alegrándome por lo que había dicho.

—Casi me da algo cuando me has preguntado por esta tarde, he llegado a pensar que ya te habías olvidado de mí y de que habíamos quedado. Porque sigues queriendo que nos veamos, ¿no? —Lo mío era dudar, sí o sí, no tenía remedio.

—Claro que sí. Lo que te he dicho de verte y de que es lo más emocionante en mi día no era broma, en absoluto. —Pobre, la había puesto en guardia nuevamente.

—Te creo, estoy un poquito espeso. Espera un momento, preciosa…, ¡enseguida voy! —contesté a John que me reclamaba para retomar la grabación—. Ana, perdona, se acaba la pausa y tengo que volver con los chicos. ¿Te parece que te llame sobre las dos? Es cuando paramos a comer y tengo más tiempo —le dije no gustándome dejarla así, de sopetón.

—Si tienes tiempo y te apetece, por mí perfecto. Pero si, por lo que sea, no puedes, me llamas cuando termines para decirme a qué hora quedamos y solucionado. —Era tan comprensiva que daba gusto con ella.

—Te prometo que, en cuanto pueda, te llamo. Hasta luego, preciosa. —Nuevamente, me había salido lo de «preciosa» y ni siquiera tenía idea de por qué.

—Hasta luego, ojazos —me dijo colgándome y sacándome una sonrisa al oír lo que me había llamado. Me había gustado, sí.

Volvimos al estudio continuando con la grabación. Después de unas cuantas tomas, pudimos terminar uno de los temas que llevábamos meses grabando. No es que fuera de lo mejor, pero al fin habíamos conseguido acabarlo. De alguna manera, el haber hablado con Ana hacía un rato me había impulsado y motivado a ello. Cogimos el siguiente sencillo para comenzar con él. Empezamos a tocar los acordes, batería, teclado, guitarras y voz. Mientras lo hacíamos, noté que seguíamos sin sentir la música, tocando por tocar y cantando por cantar. Me detuve y, armándome de valor, hablé con el resto de los integrantes de la banda. Les expuse lo que antes le había comentado a John: hacer algo juntos para unirnos de nuevo, insistiendo en que yo estaba abierto a cualquier idea, incluida la de componer temas juntos, que no me quería conformar con lo que estábamos haciendo porque sentía que valíamos para mucho más e, incluso, les pedí perdón por no haber estado a la altura y ser responsable de la decadencia del grupo. Todos se quedaron en *shock*, no se lo esperaban. Les ofrecí terminar antes, coger algo de comida para llevar e irnos al parque, donde antes solíamos ir, para comer allí y conectar tanto con nosotros como con el mundo. Tanto aislamiento en el estudio nos había llevado, o por lo menos a mí, a perder la perspectiva del exterior, de lo que nos rodeaba. Para mi sorpresa, todos se entusiasmaron bastante con la idea, alabando mi iniciativa; todos excepto Brian, pero, al ser el único en discordia, tuvo que acatar la decisión del resto y hacer de tripas

corazón. Seguía haciéndome responsable de nuestra mala racha, cosa que no puedo reprocharle porque yo también lo sentía así. Pero estaba decidido a cambiarlo, pues había encontrado a mi musa, mi inspiración, a la persona que me apoyaba, la que me infundía el ánimo y el valor necesario para llevarlo a cabo.

Recogimos pronto, tal y como habíamos hablado, y nos fuimos a por unos bocadillos y algo de beber. Por primera vez en mucho tiempo, estaba esperanzado. Ver a mis colegas relajados al fin, hablando unos con otros, compartiendo algo más que música, tal y como lo hacíamos cuando decidimos formar el grupo, fue mucho más que revelador. Ahora entendía las palabras de Ana, lo que intentaba decirme, hacerme ver. Se venían nuevos tiempos para todos, lo presentía. Me sentía espléndido, notando que empezaba a tener el control de mi vida. Pero lo mejor estaba aún por llegar.

El tiempo voló tan rápido que me olvidé de llamar a Ana. Recordando sus palabras, me pareció que había intuido lo que iba a pasar, allanándome el camino, diciéndome que, si no tenía tiempo, lo hiciera cuando terminara, pues sabía lo mal que me sentía cuando, hablando en plata, la cagaba. Cuando estuviéramos juntos, sería todo suyo en cuerpo y alma, no habría distracciones. Ya eran cerca de las siete, por lo que decidimos irnos ya. Mañana pondríamos más cosas en práctica. Esperé a coger mi moto para llamarla, no quería testigos de ninguna clase. No tardó en contestar, por lo que deduje que estaría esperando mi llamada, teniendo en cuenta la hora que era. Seguía empeñada en quedar en algún sitio para no tener que ir a buscarla. Estaba un tanto cansado por todo lo vivido, por lo que, y sin que sirviera de precedente, accedí a quedar a medio camino. No me entusiasmaba la idea, pero al ver que se quedaba más aliviada con esa decisión, hizo que creyera que era lo más acertado. Quedamos en un complejo comercial que estaba a unos diez minutos aproximadamente de los dos. Tenía una zona de ocio al aire libre, por lo que podríamos sentarnos en algún sitio a tomar algo. Llegué antes que Ana, la cual me acababa de llamar para decirme que se retrasaría, pues había habido un accidente y el tráfico era lento. Me quedé junto a mi moto a esperarla mientras me entretenía mirando el móvil, investigando lugares a donde poder ir con ella, pues mi idea era quedar todos los días. Mi mente barajaba la posibilidad de llevarla fuera de la ciudad para poder pasar juntos el fin de semana, pero, de momento, me lo reservaría para mí. Después de lo acontecido ayer en su casa, y en vista de lo que quería que habláramos hoy en persona, no tenía todas conmigo de que fuera lo ideal. Miré el reloj, pero tan solo habían pasado cinco minutos de la hora a la que habíamos quedado. Era como si el tiempo se hubiera detenido; además de que esperar no era lo mío precisamente. Intenté relajarme un poco justo cuando oí el pitido del claxon de un coche. Me di la vuelta viendo que era Ana quien venía rauda y me indicaba que iba a aparcar dos sitios más allá, pues donde yo estaba estacionado era aparcamiento específico para motos. Asentí con la cabeza y fui rápidamente hacia ella. Me quedé maravillado de su pericia y dotes para aparcar. Tenía un coche muy bonito de color gris oscuro. Mi corazón palpitaba de la excitación que me producía quedar de esa manera, llegando cada uno por su lado. Hasta ahora había ido yo a recogerla y fue emocionante, pero así me hacía sentir algo totalmente diferente. Estando ya casi a su altura, noté música que salía de su coche, lo que me hizo entender lo que me había contado de su pasión por ella. La puerta del conductor se abrió tanto como mi boca, pudiendo divisar sus piernas al salir, pues llevaba puesto un vestido. Siempre la había visto con vaqueros, bastante lógico según el trabajo que desempeñaba y teniendo, además, en cuenta que mi medio de desplazamiento, y con el que la iba a recoger, era una moto. Se me vino a la mente la cantidad de veces que se había ofrecido para quedar de esta manera, seguramente por querer ponerse vestido o falda y, testarudo de mí, negarme a ello. Me quedé

embobado observando tan fascinante espectáculo. Babeaba, sí, con todas las connotaciones que esa palabra puede abarcar. El adjetivo de «preciosa» se me hacía insuficiente en todas las ocasiones, pero en esta aún más. El vestido que llevaba no era demasiado corto, pero sí que dejaba al aire buena parte de sus lindas piernas. Con una chaqueta y unos botines a juego, estaba despampanante. Esta vez llevaba el pelo recogido en una coleta alta que le daba un aire muy fresco y juvenil. Cogiendo su bolso y cerrando la puerta, se volteó hacia mí. Me miró sonriente mientras se daba cuenta del escáner completo que le estaba haciendo. Bajó su cabeza para mirarse en un intento de comprender por qué la miraba de esa forma. Cuando la alzó de nuevo, comprobé como su piel comenzaba a enrojecerse. Me sentí fatal por no haber sido más discreto, pero estaba cegado por su belleza, como cuando un insecto acude a la luz atraído por su esplendor. Y no contento con ello, volví a soltarle lo que comenzó a ser mi halago preferido:

—Hola, preciosa, estás que cortas la respiración —le dije sin poder contenerme, pegándome a ella mientras succionaba con delicadeza sus labios.

—Hola, ojazos, tú sí que me dejas sin aliento. ¿Cómo te encuentras? —se atrevió a decirme, no sé cómo, pasando de leve tono rosáceo a rojo total mientras liberaba su boca y acariciándome el rostro, afligida.

—Estoy bien, no te preocupes. Ahora entiendo por qué no querías que te recogiera con la moto —le dije verbalizando sin más mis pensamientos, sin poder quitarle la vista de encima y abrumado por cómo se preocupaba por mí.

—¿Lo dices por el vestido? No, no es por eso. Llevo todo el día vestida así, desde que salí esta mañana de casa. Como tenía la idea de visitar ciertas empresas, pensé que debía ponerme algo un poco más apropiado que unos vaqueros. Y, la verdad, voy a gusto, por lo que no me apetecía cambiarme —me explicó con franqueza.

—Sinceramente, te pongas lo que te pongas, siempre me deslumbras —le dije poniéndome en plan romántico y no para impresionarla, sino porque realmente era lo que me hacía sentir.

—Madre mía, Ray, creo que contigo paso ya al tono rojo carmesí —me insinuó soplándose y abanicándose, en un intento de bajar el subidón que le había dado.

—Me encanta ver tus cambios de tonalidades. Mejor vamos a tomar algo —le dije para que fuera serenándose un poco.

19

Decidimos dar primero una vuelta para ver qué tipo de restaurantes y cafeterías nos ofrecía la zona de ocio mientras intentábamos aclararnos si comer algo o no. A mí me pareció la mejor de las ideas, así podría seguir disfrutando de las vistas. Me chiflaba su cuerpo curvilíneo. Yo tenía hambre, claro que cuándo no, por lo que decidimos ir a cenar. Creo que lo que más nos convenció fue el ruido descomunal de mis tripas pidiendo ingesta masiva de alimentos. Decantarnos por uno de los cientos de restaurantes suponía, sin embargo, una ardua tarea. Los dos teníamos claro que no queríamos una cena formal, bueno, fue Ana quien me hizo desistir de ello; yo se lo había sugerido, puesto que lo bella que estaba así lo merecía. Al final elegimos una pizzería, la cual nos pareció que tenía muy buena pinta. Aquí los dos encontraríamos algo que comer con relación a nuestro apetito: yo muerto de hambre y ella solo un poco. El interior era muy bonito y lo mejor de todo es que no había apenas gente, bastante entendible teniendo en cuenta que era un lunes por la tarde. Me senté rápidamente para deleitarme viendo a Ana quitarse su chaqueta y colocarse el vestido para poder sentarse. La parte de arriba del vestido, sin mangas, se abría en pico dejando apreciar un poco de su escote y, a su vez, enfatizando su ya increíble pecho. Toda ella era pura sensualidad, lo que terminó de rematarme. Así no había manera de que mantuviera el control. No podía evitar desearla cada vez más. Me daba igual lo que hiciera, cualquier gesto, cualquier movimiento era una auténtica provocación para mí. No creo tan siquiera que Ana fuera consciente de ello. El camarero llegó en el momento idóneo entregándonos las cartas para poder pedir y evitando que mi mente y el resto del cuerpo se apoderaran de mí como un parásito de su huésped, teniéndolo bajo su control. Me apetecía comer *pizza* más que otra cosa. Ana se decantó por una ensalada, pero pude convencerla de que compartiéramos los platos, por lo que empezamos a mirar qué ensalada y qué *pizza* pedir, pues había gran variedad de ambas. Para beber fue fácil: agua y cerveza sin alcohol. Mientras ojeábamos la carta, nos pusieron un aperitivo la mar de delicioso. Noté como Ana se revolvía algo nerviosa y, a punto de preguntarle, fue ella la que comenzó a decirme:

—Antes de nada, me gustaría que habláramos —me dijo mirándome intranquila.

— Si es porque no te he llamado al mediodía, en mi defensa diré que todo el grupo nos fuimos, siguiendo tu consejo de hacer algo juntos, y me olvidé por completo. Lo siento —me adelanté a decirle esperando que eso fuera de lo que quería hablar, pero no sé por qué sabía que no era así.

—No, no es de eso de lo que quería que habláramos, ya te dije que no pasaba nada, que me llamaras en cuanto terminaras. Me gustaría retomar la conversación que dejamos a medias ayer, cuando te dije que mejor lo habláramos en persona. —Estaba en lo cierto, sabía que era por mi metedura de pata.

—Ana…, yo… no sé ni por dónde empezar. Me dejé llevar, te prometo que haré todo lo posible para que no vuelva a suceder. —La cosa se ponía sería, lo presentía.

—Fue fallo mío, Ray, y por eso necesitaba aclararlo lo antes posible. A ver cómo te digo esto…, no… soy… del tipo de mujeres que se enrolla con un hombre nada más conocerle. Quizás te he dado esa impresión por lo ocurrido con lo de la apuesta, por quedar contigo o por continuar

besándonos, no lo sé. Si ha sido así, te juro que esa no ha sido mi intención, y, desde ya, te pido perdón. Solo quería que lo supieras, y si no quieres que nos veamos más, lo entenderé. —Me sentía desarmado, le había causado la peor de las impresiones.

—¿Eso es lo que opinas de mí? —fue lo único que pude decir.

—No tiene nada que ver con lo que yo opine de ti —me contestó.

—Pues yo creo que tiene mucho que ver. Es cierto que el que ha sido, digamos, bastante efusivo casi siempre he sido yo, pero no por el hecho de querer «enrollarme» contigo si a eso te refieres, sino porque me gustas, mucho, no es un secreto —le dije, alzando un poco más de lo habitual mi tono de voz, ya que, por un momento, se me pasó por la cabeza que sabía a lo que me había dedicado antes de conocerla y lo que todo el mundo pensaba de mí.

—Ray, por favor, no te alteres. Me he armado de valor para hablar contigo de esto en persona, porque me parece que así no doy pie a malentendidos. También me gustas mucho y es por ello por lo que me gustaría dejar ciertas cosas claras desde el principio. Nada más lejos de mi intención crearte falsas esperanzas. Opino que eres un hombre excepcional y fuera de lo común, ya te lo he dicho anteriormente. Cuando acepté lo de la apuesta, fue con todas las consecuencias, lo mismo que las veces que hemos quedado. Y a riesgo de que sufra un infarto cuando termine de decirte esto, me encanta cuando me besas, cuando me agarras, me tocas y, sobre todo, la pasión que pones en ello. Pero, ayer, en mi casa, me hizo pensar que, quizás, quieres ir más allá y… yo no estoy preparada de momento. —No podía dejar de admirarla por su sinceridad, por su valentía, ya que no dejaba que su timidez le impidiera hablar con tanta franqueza.

—Que seas tan sincera y directa dice mucho de la sensacional mujer que eres. No creo que te haya resultado nada fácil decirme que no…, que no estás preparada. El hecho de que quieras aclarar las cosas desde el principio me parece asombroso, ¿sabes? Demuestra que realmente tienes interés porque esto funcione. Yo también lo tengo, por lo que voy a ser lo más sincero posible. No he tenido citas desde que tenía veinte años o así, por lo que ni idea de cómo funciona, ya lo has podido comprobar. Lo único que sé es que, por encima de todo, te respeto y que esperaré el tiempo que necesites, el que sea, porque me importas y quiero que te sientas segura a mi lado. Y meteré la pata en más de una ocasión, así que lo único que te pido es que tengas paciencia conmigo —le dije mirándola fijamente, depositando mi corazón en sus manos.

—Si te sirve de consuelo, yo nunca he tenido una cita, por lo menos hasta que he tenido uso de memoria, que es hace nada. Aunque, por lo que me han comentado de mi vida anterior, tampoco las tuve, pero eso ya te lo explicaré más adelante. Me alegra comprobar que la sinceridad entre nosotros es mutua y me parece que es primordial para que esto funcione. Me gustaría, además, que tuvieras la confianza y te sintieras completamente libre para preguntarme o hablar de cualquier cosa. —Seguía ensimismado por lo fácil que resultaba todo con ella.

—No me puedo imaginar que nadie te propusiera ninguna cita, es imposible, pero me alegro de ello. No miento, Ana, nunca, ya lo hemos hablado también, por eso una de las cosas que más me atraen de ti es esa sinceridad aplastante que profesas. Créeme cuando te digo que me siento totalmente libre cuando hablo contigo y espero que tú también te sientas así. Resulta tan refrescante… —No pude terminar, pues el camarero vino a tomarnos nota.

Le pedimos unos minutos más mientras nos apresuramos a leer la carta y a elegir la clase de ensalada y *pizza* que íbamos a cenar. Apenas nos demoramos, aliviando al pobre camarero que nos miraba con cara de pocos amigos por la tardanza. Siguiendo con nuestra conversación, el haber

aclarado esa parte que tanto nos preocupaba a los dos hizo que me sintiera aliviado y, ahora, sí que sí, optimista respecto al futuro. Sé que para mí supondría un verdadero reto intentar no sucumbir a sus encantos, pero haría lo imposible porque ella así lo requería y necesitaba. Ana no solo se había convertido en la principal persona en mi vida, sino también en la razón que me motivaba al levantarme cada mañana.

La rapidez con la que nos sirvieron lo pedido fue prodigiosa, tanto como lo delicioso que estaba todo. Continuamos hablando y profundizando en lo que había supuesto nuestro día. Ana se había quedado con lo que yo le había comentado de haber hecho algo diferente junto con la banda:

—Ray, ¿te importaría detallarme qué es lo que habéis hecho hoy los chicos y tú? Me encantaría saber más acerca de ello —me preguntó con mucho interés.

—No me importa en absoluto, ya que, si lo hemos hecho, ha sido gracias a ti. Verás, esta mañana tenía la esperanza de que todo fuera diferente, pero, según pasaba el día, fui dándome cuenta de que nada había cambiado. Terminamos de grabar un tema y nos pusimos manos a la obra con el siguiente e ídem. Cada uno continuaba tocando por su lado, sin ningún tipo de compenetración. Hicimos una pausa y, mientras hablaba con John, el cual me dijo que yo ya no era el mismo, dicho para bien, por supuesto, tomé la determinación de intentar cambiar las cosas. Me vino a la mente nuestra conversación en la comida y, tienes razón, somos un equipo, así que me armé de valor, les propuse irnos a comer fuera para reencontrarnos y eso es lo que hemos estado haciendo hasta que hemos quedado; mañana veremos si empieza a surtir efecto. —También comenzaba una nueva etapa en este sentido y todo gracias a ella.

—Va a ser apoteósico, lo sabes, ¿verdad? No me cabe la más mínima duda —me dijo tan segura y conmovida al mismo tiempo.

—Antes tenía mis dudas, lo admito, pero, desde que te conozco, siento que, en verdad, vamos a conseguirlo, que va a pasar —le contesté intentando asimilar tanta buena suerte.

—Algún día podrías tocarme algo —me preguntó haciendo que me atragantara con el trozo de *pizza* que tenía en la boca.

—¿Que quieres que te toque algo? —le contesté dando un trago a mi cerveza para evitar ahogarme.

—Sí, una canción o, si es mucho, una estrofa, no sé, ¿he dicho algo mal? —me preguntó mirándome extrañada, tan ingenua como siempre, todo lo contrario que yo, poseedor de una mente tan sucia. En qué estaría yo pensando.

—Ah, vale, ja, ja,ja, perdona…, no sé qué se me ha pasado por la cabeza —le dije esperando que no me preguntara por ello—, por supuesto, cuando quieras.

Su sonrisa iluminó toda la sala, os lo aseguro. La verdad es que se conformaba con muy poco, todo le parecía bien, incluidas mis meteduras de pata a las que siempre le encontraba una justificación. Era un auténtico lujo estar con ella, tenerla en mi vida. Mirarla y comprender que estábamos saliendo me produjo un vuelco en el corazón, el cual latía exclusivamente por y para ella. Ni en mis mejores sueños lo habría imaginado. Quería estar con ella cada día de mi vida, por lo que le pregunté por vernos mañana nuevamente:

—Me gustaría volver a verte mañana, ¿te apetece? Sé que aún no ha terminado este día y ya te estoy preguntando por otro, pero así soy yo —le dije muy envalentonado por cómo se habían dado hoy las cosas.

—Sí, además, tengo que aprovechar porque miércoles, jueves y viernes trabajo en el *pub* por la tarde y no salgo hasta la una aproximadamente, con lo que no podré quedar contigo —me contestó melancólica por el hecho de tener que trabajar y no poder vernos.

—Por eso no te preocupes, esos días pasaré por el *pub* un rato para verte si estás de acuerdo, naturalmente —le afirmé, ya que es lo que pensaba hacer, necesitaba verla, y si esa era la única manera, por mi encantado.

—Sería formidable, Ray, pero no puedo pedirte eso, bastante tienes tú ya con tu trabajo como para, encima, tener que recorrer media ciudad para verme tan solo un rato. —Mi chica, siempre tan pendiente de mí, anteponiendo mi bienestar a sus deseos.

—Ana, no me supone nada ir allí, y menos si sé que es para verte. Es lo único que me apetece hacer. También me sirve de distracción, así acabo con la rutina de cada puñetero día. —le dije sin medir las palabras.

—Uf, quién puede resistirse ante esos argumentos... Acepto encantada que vengas a verme. Ojalá tus días dejen de ser «puñeteros» y pasen a ser excepcionales —me contestó excitada, aunque más bien ese era yo.

Pensar en no verla me producía tan malestar que lo descartaba de inmediato, por lo que tener la certeza de que la iba a ver, aunque fuera un instante, durante el resto de la semana, me producía un inmenso placer. Y más sabiendo que Ana sentía lo mismo. No quería desaprovechar ninguna oportunidad de gozar de su encanto, de su cercanía, de su buen talante, de su amor por las cosas, por la vida, y, tal vez, por mí. El resto de la tarde fue maravilloso y, como siempre, se pasó demasiado rápido. Volvimos a tener diferencias respecto a quién iba a pagar la cuenta, pero mi testarudez superaba la suya por goleada, por lo que no le quedó más remedio que resignarse y aceptar lo inevitable. Salimos del restaurante dando un paseo hasta el aparcamiento. Despedirme de ella era para mí lo peor, cada día se me hacía más cuesta arriba. Hubiera sido perfecto irnos a casa juntos, ver la tele, dormir, despertarnos, desayunar… Todas aquellas cosas de pareja que nunca se me habían pasado por la cabeza y que ahora deseaba con fervor hacer con Ana. Tiempo al tiempo, aún nos quedaba mucho camino por recorrer. Llegamos a su coche y nos detuvimos allí. Echaba de menos llevarla detrás en la moto, notando el roce de su cuerpo contra el mío. Nos miramos y nos sonreímos. La conversación de antes había suavizado mucho el contacto entre los dos, proporcionándonos seguridad, por lo que no tuve reparo en colocarla contra el lateral de su coche y mi cuerpo, pegándolo al suyo. Cogí su cara cuidadosamente entre mis manos y busqué su boca para hacerla mía una vez más. Posé mis labios sobre los suyos comenzando a besarnos. Al principio, fue lento, degustándonos, haciendo pequeñas pausas, mirándonos tan solo un segundo, para volver a unir nuestras bocas incitados por el vacío que nos producía esa sensación de lejanía. Bajé mis manos recorriendo su cuerpo hasta llegar a su cintura, donde me detuve para cogerla, rodeándola con mis brazos, estrechándola un poco más contra mí y separándola de su vehículo. Ana reaccionó levantando sus brazos, rodeando mi cuello y apretando su cuerpo contra el mío, algo que hasta ahora nunca había hecho. Creo que lo que le había dicho de que la respetaba y esperaría a que estuviera preparada le hizo entender que no corría riesgo si nos dejábamos llevar un poco. Fue este acercamiento lo que originó que comenzáramos a besarnos con auténtico frenesí, succionándonos, devorándonos. En un desliz, mi mano derecha bajó hasta su trasero apretando una de sus nalgas en un intento de acercarla más a mí, si es que era posible, haciéndola gemir. Subió una de sus manos de mi cuello hacia la cabeza, acariciándome, enredando sus dedos entre mi cabello y jugueteando con él.

Estaba tan embelesado ante esta demostración de deseo, que decir que desató en mí algo más que una simple erección sería quedarme corto. El intenso roce de su zona baja contra mi entrepierna casi me provoca un orgasmo. Empecé a sentir como oleadas de placer invadían mi cuerpo, por lo que, despacio, volví a rodearla por la cintura con esa mano y me separé un poco. Jadeando, bajé la intensidad con la que hasta ahora nos estábamos besando, deteniéndonos gradualmente. Apoyé entonces mi frente contra la suya cerrando los ojos, atesorando ese momento muy dentro de mí y, aun notando como me costaba coordinar la respiración, le susurré:

—No quiero que te vayas, Ana, no quiero separarme de ti —le insinué, desbordado por lo que sentía por ella.

—Yo tampoco quiero, Ray —me susurró a mí.

Los dos queríamos lo mismo, pero sabíamos perfectamente que no era el lugar ni el momento indicado. Levanté mi cabeza y la apreté otra vez contra mí, fundiéndonos en un potente abrazo, permaneciendo así un rato en absoluto silencio. Juntos, cuerpo a cuerpo, corazón con corazón, alma con alma. Un tremendo suspiro se me escapó cuando nos separamos. Ana me miró y, acariciándome la mejilla, me susurró nuevamente: «Esto es tan solo el principio, Ray, no ha hecho nada más que empezar». Tenía razón, como siempre. Abrió su coche para, ahora sí, partir hacia su casa. Quería esperar a verla marchar, pero me indicó que yo me fuera también a coger mi moto y así salir juntos del centro comercial. Así lo hicimos. Mientras yo montaba en la moto y me preparaba, Ana maniobró para sacar el coche del aparcamiento y esperarme a la salida. Me coloqué detrás suyo y, así, uno detrás de otro, salimos de allí. Le di un par de veces la luz larga en señal de despedida cuando llegamos a una intersección en donde ella debía girar a la derecha y yo a la izquierda. En ese momento, una extraña sensación me recorrió el cuerpo, sintiendo como si esa fuera la última vez que la iba a ver. Tragué saliva e, intentando concentrarme de nuevo en la carretera, me fui a casa.

20

Llegué repleto de sentimientos encontrados que no tenían ninguna lógica ni explicación, ya que, por una vez, no había metido la pata. Y, aunque todo había funcionado perfectamente entre nosotros, yo seguía rallándome. No sé cómo, pero caí en la cuenta de que siempre me sucedía esto cuando me alejaba de Ana. La llamé para decirle que había llegado bien. Cuando lo cogió, noté cierto eco, por lo que le pregunté dónde estaba. Me dijo que aún no había llegado y que iba conduciendo con el manos libres. Me extrañó un poco, pero me dijo que habían cortado la carretera por el accidente de antes y había tenido que coger un desvío, de allí la tardanza. Estaba a punto de decirle que entonces me volviera a llamar al llegar a casa cuando me confirmó que no hacía falta, pues iba a aparcar ya. No tuve tiempo de hablar más con ella porque me dijo que tenía que colgar, Jeff la llamaba y sentía que había pasado algo, pues nunca lo hacía, y menos a esas horas, a no ser que fuera importante. Quedó en que luego me daba un toque, a lo que yo respondí que perfecto. Me puse cómodo y me fui al salón para ver un poco la tele, pero no pude concentrarme. Comencé a pensar en lo que había ocurrido esta tarde entre nosotros y en que, por primera vez, no había salido corriendo, quedándome con esa sensación de haberlo echado todo a perder. Hoy había sido testigo de una de las mayores demostraciones de confianza jamás por mí vista. Tan solo mi declaración de respeto le había bastado a Ana para confiar plenamente en mí, demostrándomelo cuando se dejó llevar mientras nos besábamos. Todas y cada una de esas veces habían sido muy particulares y significativas para mí, fruto del momento en el que nos encontrábamos, pero esta última, en especial, me había dejado totalmente desarmado y sin defensas. En un instante, miles de palabras comenzaron a resonar por mi cabeza cobrando más sentido que nunca, por lo que, corriendo, fui a mi estudio y, cogiendo papel, bolígrafo y mi guitarra, empecé a tocar acordes, a escribir letras y a componer llevado por una inspiración extrema, como si de magia se tratara. Mientras lo hacía, fui consciente de la cantidad de tiempo que me había pasado sin sentir nada, tan solo odio y rencor, haciéndome entender por qué no era de extrañar que no fuera capaz de componer. Sin embargo, ahora, miles de sensaciones me invadían, despertando algo en mí. Estaba tan inmerso en mi música, enloquecido por toda esa inspiración, que me olvidé por completo de que me había dejado el teléfono en el salón y de que Ana me llamaría en cuanto pudiera. No pude parar en un buen rato que, para ser sincero, me dejó completamente renovado. Me detuve y fue cuando reparé en lo que tenía que haber sido para mí más que evidente. Me levanté de forma precipitada a coger el móvil. Tenía un sinfín de llamadas perdidas y mensajes de Ana. Se me cayó el alma a los pies al oír el último de ellos. Estaba tan asustada porque pensaba que me había sucedido algo que no era capaz de entenderla. Podía imaginarme todo lo que se le habría pasado por la cabeza, porque me ponía en su lugar y sé lo que yo estaría pensando. Menos mal que habíamos hablado antes y sabía que había llegado bien. No dudé ni un segundo y la llamé:

—Ray, por Dios, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué no contestas a mis llamadas? He hecho algo que, no sé… —me dijo sollozando y dejando de hablar casi al instante. Era igual a mí, sintiéndose culpable por todo.

—Ana, preciosa, lo siento, lo siento muchísimo. He estado pensando en nuestra despedida, en todo lo que me haces sentir y, de repente, me ha venido la inspiración y me he metido en el estudio a componer. Estaba tan motivado y concentrado que se me ha olvidado de que me había dejado el móvil en el salón y, además, he perdido la noción del tiempo —no podía decirle nada más.

Un silencio incómodo invadió la línea. Solo la oía suspirar.

—Ana, por favor, dime algo, me estás asustando —le dije pensando en lo peor.

—… Me alegro de que estés bien y no te haya pasado nada —me dijo escuetamente, algo que no era típico en ella—, nos vemos mañana, que descanses.

—Espera, espera, no cuelgues, te lo suplico. Dime qué te pasa, no pareces tú. Además, no quiero que nos despidamos de esta forma. —Ahora sí que estaba preocupado, notaba que algo no iba bien.

—Estaba tan intranquila porque no me cogías el teléfono que se me ha pasado de todo por la cabeza y no… no me gusta sentirme así. Entre esto y lo de Jeff, lo poco que conozco de este mundo se me ha venido encima. —Mierda, estaba llorando.

—¡No quiero que sufras por mí, lo entiendes, no lo merezco! Por favor, no llores. Dime, ¿qué ha pasado con Jeff? ¿Cuál ha sido el motivo de su llamada? —Esperé a que me contestara.

De nuevo se hizo el silencio, tan solo podía apreciar un ligero gimoteo, por lo que no aguanté más y volví a hablarle:

—Ana, o me contestas o cojo ahora mismo la moto y me presento en tu casa. No voy a permitir que estés así, y menos por mi culpa. —Empecé a desesperarme como nunca lo había hecho.

—No, no quiero que vengas, no estoy en casa. —Ahora sí que estaba totalmente confundido y no entendía nada.

—¿Que no estás en casa? ¿Dónde estás entonces? —le pregunté encendido por no tener ni idea de lo que estaba ocurriendo.

—Estoy en el hospital, pero no te preocupes, yo estoy bien. Por eso te llamé en cuanto colgué con Jeff, para decírtelo, pero no me cogiste el teléfono. Probé, probé y probé tantas veces que, no sé, estaba tan nerviosa que empecé a pensar de todo. —Su voz seguía sonando irregular y afligida.

—¿Por qué estás en el hospital? Joder, Ana, te juro que no lo he hecho a propósito. No sé qué más decirte. —Estaba agotado, me necesitaba y yo me olvidé de ella.

—Tenía razón cuando vi la llamada de Jeff. Me estaba llamando desde el hospital porque le había dado un ataque al corazón, le han ingresado para hacerle pruebas. No quería decírmelo, pero tenía miedo de que me enterara por Bailey, por lo que optó por llamarme personalmente. De esta manera, me tranquilizaría al hablar directamente con él. —No me lo podía creer, no me extraña que estuviera llorando y, encima, voy y no le cojo el teléfono; si yo hubiera estado en su lugar, no hubiera querido saber nada más de mí.

—Pero, por lo que he entendido, está bien, ¿no? —Sabía lo que Jeff significaba para Ana.

—Está estable, le han cogido a tiempo, si es a eso a lo que te refieres —me contestó un poco más serena.

—Me alegro entonces. Pero sigo sin entender una cosa, ¿qué haces tú en el hospital? —Necesitaba saber más.

—Jeff no tiene familia, yo soy la única persona que tiene en este mundo. Sé que aquí no hago nada, que me va a echar la bronca y que se va a culpar por haberme llamado, pero necesito verle y asegurarme de que no me miente. No puedo quedarme en casa de brazos cruzados —me contestó inquieta por la posible reacción de su «padre».

—Dime en qué hospital estás. Voy para allá, no quiero que estés allí sola —se lo dije mientras me fui directo a mi habitación para cambiarme y salir como un rayo.

—No, Ray, no vengas. Aquí no vas a poder hacer nada —me dijo.

—Ya sé que no puedo hacer nada, pero por lo menos estoy contigo. Ana, es lo que quiero, te lo debo. Si no fuera tan anormal, ahora estaría a tu lado. —le espeté casi sin dejarle mediar palabra.

—No me debes nada, esto no es por tu culpa. Es mi problema. Además, aunque hubiéramos hablado antes, tampoco habría dejado que te acercaras hasta aquí. Creo que la noche va a ser larga y tú necesitas descansar, mañana tienes que ir al estudio —me dijo contundentemente.

—Me da igual lo que me digas, quiero estar contigo. A la mierda el trabajo, no va a pasar nada porque mañana no vaya o lo haga más tarde. —Así soy yo, de cabeza dura.

—Ray, no. Esta vez no voy a dejar que te salgas con la tuya. Me he asustado mucho cuando no me has cogido la llamada, eso es todo. Ahora ya sé lo que ha pasado y que no lo has hecho intencionadamente, con eso me basta. Solo necesitaba saber que no te había pasado nada y que entre nosotros todo seguía… como antes. Quédate tranquilo. Estaré bien, no es la primera vez, pero, cuando pasa, me impresiona. Tienes que ir al estudio, por favor, hazlo por mí. Te agradezco que quieras estar conmigo, pero ni yo sé el tiempo que me van a dejar quedarme. —Ahora ya sonaba como la Ana de siempre, aunque no me gustaba lo que me estaba diciendo.

—Vale, no iré. Te pido tan solo una cosa y espero que en esto me hagas caso, cualquier cosa que necesites, que te haga falta, llámame, da igual el momento u hora que sea del día, ¿entendido? Iré a donde estés pase lo que pase, por mí se puede ir todo al garete, lo único que me importa eres tú. Te juro que no volverá a pasar lo de hoy, estaré pendiente del móvil. —La entendía, pero quería que me entendiera ella a mí también.

—Lo haré, prometido. Pero no debes olvidarte de la música, es primordial para ti. Siento haber montado este numerito, Ray. Pensar que os podría haber perdido a los dos en el mismo día, las personas más importantes de mi vida, me ha hecho perder los estribos. —Me había quedado anonadado al escucharla.

—Yo no lo hubiera hecho mejor, descuida. Tienes un talento para gestionar los problemas sobrehumano y un verdadero don para hacer sentirse a los demás especiales. No tienes ni la más remota idea de lo que significa para mí lo que me acabas de decir. —Y con esas palabras esperé a que me contestara.

—Me hago una ligera idea, pues lo mismo significan para mí. Ray, todo está bien, absolutamente todo, te lo aseguro. Mañana por la mañana, te escribo y te cuento. Y, hazme un favor, descansa por los dos. Búscame en tus sueños, allí estaré. Gracias por ser incondicional conmigo —me contestó apaciblemente, transmitiéndome esa seguridad que yo tanto necesitaba de ella y que había recuperado durante nuestra conversación.

— Ya me quedo más tranquilo. Espero que pronto le den el alta y puedas ir a tu casa. Te buscaré, dalo por hecho.

Colgué el teléfono y lo dejé en la mesilla de noche. Me puse la camiseta que me había quitado cuando estuve a punto de ir a verla, apagué las luces y me acosté. No tardé en dormirme, pero me desperté varias veces a lo largo de la noche. En cada una de ellas, efectuaba el mismo ritual, cogía el móvil y lo miraba para comprobar si había algún mensaje suyo, pero no había nada. Haberla disgustado tanto es lo último que quería, pero ya estaba hecho y no podía dar marcha atrás por mucho que lo deseara. La noche estaba bastante avanzada y no quedaba mucho para que

amaneciera. Miré por última vez el móvil comprendiendo que Ana no me escribiría a no ser que fuera estrictamente necesario. Solo pensaba en mí y en mi bienestar, por lo que me imaginé que despertarme para decirme que estaba en casa sería impensable para ella. Estuve tentado en ponerle yo un mensaje, pero caí en la cuenta de que eso la alarmaría y la haría sentir responsable por no estar durmiendo plácidamente como ella tanto me había deseado. Mañana, antes de ir al estudio, la llamaría e intentaría quedar con ella lo antes posible.

21

La alarma del móvil comenzó a sonar justo cuando más a gusto estaba. Me desperecé un rato antes de levantarme. Volví a coger el móvil para llevármelo a la ducha cuando me sorprendí al ver que tenía un mensaje de Ana recibido pocos minutos antes de despertarme. Lo escuché *ipso facto*. En él me decía lo que ya sospechaba, que no había querido mandarme nada antes para no despertarme. Me contaba que los médicos habían terminado con las pruebas cerca de las tres y media de la mañana sin encontrar nada relevante, pero que, para estar más seguros, habían decidido dejarle ingresado hasta el día siguiente. También me comentó que la habían dejado pasar a verle, que lo había encontrado bastante pálido y que se había enfadado porque se había quedado en el hospital. Por último, me dijo que había llegado a casa sobre las cuatro y media de la mañana, que había dormido un poco, pero ya estaba despierta. Fue escuchar esto último y llamarla inmediatamente:

—Buenos días, preciosa, ¿qué haces ya levantada? Has dormido apenas tres horas —le dije inquieto.

—Buenos días, ojazos, pues, al principio, estaba muy cansada, pero luego me he desvelado y ya no he podido pegar ojo, por lo que he decidido levantarme. Tengo una entrevista de trabajo y tampoco sé cuándo me van a llamar para ir a recoger a Jeff, así que voy a ducharme y a prepararme para estar lista lo antes posible —me contestó, lo que a mí me pareció, un poco amodorrada.

—Deberías dormir algo más. Luego tienes que coger el coche y no creo que sea buena idea si estás muerta de sueño. —Mi inquietud aumentaba por momentos.

—Te pareces a Jeff regañándome. No te preocupes, en cuanto me ponga en marcha, se me habrá pasado el cansancio. Ten por seguro que no lo haría si creyera que no estoy en disposición de conducir para no ponerme en peligro o a los demás. Tengo mucho por lo que vivir y no me arriesgaría innecesariamente. —Escucharla decir eso, dándome por aludido, claro está, y con esa melosidad, hizo que me relajara y me emocionara al mismo tiempo.

—Eso espero, si no, la regañina te va a caer por ambas partes. Ahora en serio, Ana, ten cuidado, ¿vale? Me gustaría verte esta tarde vivita y coleando —la reprendí un tanto en broma, pero en serio a la vez.

—Vale, tendré mucho cuidado. ¿Qué tal has dormido tú? —me preguntó precavida.

—Bien, sin problemas… —No quería que se sintiera mal, de ahí esa mentirijilla piadosa.

—Me da la sensación de que no estás siendo del todo sincero, recuerdo que, en varias ocasiones, me has dicho que no mentías… —Ups, me había pillado.

—Está bien. Te he dicho eso porque no quería que te sintieras mal si te decía que me he despertado varias veces. Para que veas que no se me da nada bien mentir —le aclaré rápidamente.

—Desde ya, te pido siempre sinceridad, me voy a sentir mal de todas formas. Me imaginaba que no pegarías ojo, te pido disculpas, no es lo que yo pretendía. Ya te acordarás de mí cuando estés en el estudio muerto de sueño —me dijo excusándose por lo ocurrido.

—No te preocupes, he pasado buena noche, lo único es que me he despertado más veces de lo habitual. En cuanto a lo de la sinceridad, yo también lo prefiero, además, no te he mentido, he

dormido sin problemas. Y en cuanto a que me acordaré de ti por la falta de sueño, por supuesto, pero te aseguro que no será por el sueño. —Ahora no podía tacharme de no ser sincero.

—Me halagas con las cosas tan bonitas que me dices —me dijo con voz acaramelada.

—Es lo que siento, Ana, por eso me salen así —le afirmé sin lugar a duda.

—Creo que eres muy romántico y sensible —apuntó a lo que le acababa de decir.

—Pues yo te digo que eres la única persona del mundo que piensa eso, te lo aseguro. Todos afirman que soy lo contrario a romántico —le dije incrédulo de mí por esas supuestas facetas mías.

—Ya descubriremos quién lleva razón. Te dejo, guapo, tienes que arreglarte para ir a trabajar y te estoy entreteniendo —me dijo teniendo razón.

—No pasa nada, no tardo mucho y están acostumbrados a que no llegue a la hora. Tú puedes entretenerme todo lo que quieras —contesté ansioso por seguir charlando con ella.

—Ya, pero no quiero que luego vayas con prisas y ser la responsable de tu tardanza —dijo riéndose—, nos vemos esta tarde.

—No lo dudes. Vamos hablando y me dices cuándo paso a por ti —le dije pensando que me iba a salir de nuevo con lo de que tiene coche.

—Genial. Hablamos. Que tengas un día tan increíble como tú. Chao —me dijo por última vez.

—Chao, princesa, luego nos vemos.

Colgué y me fui velozmente a la ducha. Debía darme prisa, pues, en verdad, se me había ido más tiempo del pensado hablando con Ana. No me alcanzaba para desayunar, por lo que cogí un par de bollos que tenía en casa y me los llevé para tomármelos a la hora del café. Había comenzado el día eufórico y pensaba aprovecharme de esa buena energía.

Llegué tarde al estudio, pero nadie me preguntó por qué. Eso era lo bueno de que ya lo consideraran una costumbre. Me preparé lo más rápido que pude y empezamos a grabar. Paramos a las once para tomar café, lo que agradecí infinitamente, pues estaba famélico. Engullí los bollos en cero coma y tuve que sacarme algo más de la máquina, pues me supieron a poco. Miré el móvil y vi que había recibido un audio de Ana. Me narraba que se había acercado al hospital para ver a Jeff y que le indicaran a la hora que le iban a dar el alta, pues tenía una entrevista y quería saberlo para posponerla o no. Le dijeron que el médico no pasaría hasta cerca de las dos, lo que le dejaba margen más que suficiente, por lo que ahora iba ya de camino. Antes de terminar, hizo hincapié en que se encontraba bien y no tenía ni pizca de sueño. Oír su voz, que me recalcara que estaba bien y desearme lo mejor, me proporcionó una inyección de fuerza que se vio reflejada en las grabaciones. La mañana nos cundió más de lo esperado, pero, aun así, decidimos ir a buscar algo de comer y quedarnos en el estudio. Estábamos muy motivados después de tanto tiempo, por lo que no queríamos interrupciones. El día anterior había provocado el efecto que buscaba, pues comenzábamos a compenetrarnos y a interactuar sin tapujos, tal y como lo hacíamos en nuestros comienzos. El ambiente pasó a ser más relajado y distendido, incluso hubo risas y alguna que otra broma. Empezamos a apuntar lo que a cada uno se nos pasaba por la cabeza, dándonos igual que tuviera relevancia o no. Esto, junto con los acordes precisos, podría implicar un gran éxito en el futuro, por lo que no íbamos a desechar ninguna idea. Cada uno contribuyó con lo que quiso, excepto Brian. Me dio la impresión de que no le hacía nada de gracia esta nueva situación ni de que fuera yo el que estuviera cambiando las cosas y nuestra mala racha. Peor para él si no quería integrarse, yo lo tenía bien claro. En uno de los descansos que nos permitimos, llamé a Ana. Hablamos brevemente, pues la entrevista se había retrasado e iba apurada a recoger a Jeff.

Quedamos en que en cuanto yo acabara, la llamaría para ir a por ella. Me supo a poco esa escueta conversación teniendo en cuenta lo que nos enrollábamos hablando, pero fue mejor así, ya que yo tampoco precisaba de demasiado tiempo. La tarde siguió siendo bastante fructífera echándosenos encima rápidamente. Nos despedimos con muchas ganas de retomar donde lo habíamos dejado, lo que me hizo francamente feliz. Ahora venía la otra parte, la que más me entusiasmaba de todas, disfrutar de la compañía de mi precioso ángel. No me entendáis mal, la música lo era todo para mí y me proporcionaba cierto placer, pero Ana también, aunque de distinta manera. Las dos eran perfectas y, lo mejor de todo, compaginables.

John me esperó a la salida para hablar un poco, mejor dicho, cotillear. Le comenté todo lo que había vivido el día de ayer y mi episodio sobre mi olvido del teléfono y el susto que le metí a Ana. Pensó lo mismo que yo, que, si se lo hubiera hecho a él, no habría querido saber nada más de mí. Le expliqué que del miércoles a viernes iría un rato al *pub* para verla, pues tenía que trabajar y le ofrecí venir si le apetecía. La cara que puso fue de pocos amigos, por lo que no le insistí, tan solo le dejé caer que, si en algún momento cambiaba de opinión, era bienvenido. Yo iba a ir con o sin él. Llegué a donde tenía aparcada la moto y llamé a Ana para ver si estaba lista. Me confirmó somnolienta que pasara cuando quisiera. Tuve la tentación de decirle que, si quería, nos quedábamos viendo una peli, pero, teniendo en cuenta lo sucedido la última vez en su casa, opté por dejarlo estar. Iría hacia allí y juntos decidiríamos qué hacer. No le había mencionado mi hora exacta de llegada por si me encontraba con tráfico que pudiera retrasarme y preocuparla por ello; ya me bastaba con lo de ayer.

Aparqué donde siempre, subí los tres peldaños y llamé a la puerta. No tardó nada en abrir. Y ahí estaba, tan bonita como siempre, aunque su rostro claramente evidenciaba signos de agotamiento y cansancio a la par. Se acercó a mí obsequiándome con una deslumbrante sonrisa y, abalanzándose sobre mí, comenzó a abrazarme intensamente, como si de verdad hubiera estado a un tris de perderme a mí también. Entonces comprendí hasta qué punto había sufrido ayer debido a mi olvido y estupidez. Durante este increíble gesto de afecto por su parte, pude notar como su cuerpo temblaba. Me conmovió tanto su angustia que no pude más que abrazarla con la misma intensidad, acariciarle su cabeza y hundirme en su cuello, al que colmé de pequeños besos, haciéndole entender que no tenía nada que temer, que me encontraba bien. Le susurré al oído que me dejara ver esos enigmáticos ojos que tan loco me volvían. Suspiró hondamente y comenzó a separarse un poco de mí. Me miró fijamente con los ojos vidriosos. Acerqué mi boca a su cara y comencé a besársela empezando por la frente, bajando hacia sus ojos, continuando por la nariz, mejillas y terminando en su boca. Mis labios acariciaron los suyos como a cámara lenta, pasando después a apoderarse de su boca. Esta vez no fue un beso como los que acostumbrábamos a darnos cuando estábamos juntos, todo lo contrario, fue muy distinto, mucho más íntimo, dotado de una profunda demostración de anhelo, mimo y amor. Nos tomamos nuestro tiempo con ello, no queriendo romper de ningún modo esa inexorable conexión que se había formado entre nosotros. El sonido del móvil de Ana fue el que nos forzó a separarnos. Lo llevaba en la mano, por lo que atendió la llamada al instante. Me cogió de la mano y me llevó al salón indicándome que me pusiera cómodo. Nos sentamos en el sofá mientras hablaba con alguien que me pareció un hombre. Solo alcanzaba a oír una voz ronca y apagada, que le hablaba con quietud. Ana, al verme intrigado, puso el manos libres para que pudiera escuchar toda la conversación. Jeff la llamaba para ver qué tal estaba, pues, con todo lo que había sucedido, tenía miedo de que tuviera otra crisis de migraña y estuviera sola pasándolo mal. Le dijo que yo me encontraba con ella y que no se preocupara, que estaba bien. Le indicó, además, que

había puesto el altavoz, por lo que yo podía oír ahora toda la conversación. Totalmente de acuerdo, y agradecido por estar con su «hija», me saludó. Aproveché la ocasión saludándole yo también e interesándome por cómo se encontraba. Les ofrecí, tanto a él como a Ana, mi ayuda para lo que necesitaran. Para cualquier cosa que me pidieran allí estaría. Sumamente agradecido por el gesto, me indicó que lo único que me pedía es que cuidara de ella. Ana permaneció ahí, respirando con cierta dificultad, avergonzada por sus palabras. Cuando consiguió controlarlo, le reprendió por pedirme que me cuidara y, poniendo punto final a la conversación, le indicó que se echara e hiciera caso de las indicaciones del doctor. Jeff asintió, no sé muy bien si para no preocuparla más o porque de verdad estaba asustado de lo cerca que había estado de perder la vida, y, despidiéndose de ambos, colgó. Levanté la vista para mirar a Ana que respiraba entrecortadamente. Le acaricié el rostro mientras le propuse quedarnos allí si no le apetecía hacer nada o se encontraba cansada para salir. Me miró más calmada y me dijo que prefería ir a cualquier lado antes que quedarse en casa, así podría evadirse un poco. Le dije que por mí perfecto y que ahora tocaba decidir a dónde ir. Me confesó que había preparado unos bocadillos y cosas para comer pensando que a lo mejor podíamos ir a algún lado a comérnoslo. Se levantó e, indicándome que la siguiera, me llevó a la cocina donde tenía preparado un sinfín de comida, bebida y dulces de postre. Se me hizo la boca agua al verlo, por lo que, y no solo por eso, claro está, acepté sin siquiera pensarlo. Sugirió ir al paseo por donde estuvimos caminando el pasado domingo, pues en esa dirección había una especie de merendero en el que podíamos comer tranquilos y al cual no iba apenas gente, a excepción del fin de semana. Imaginaros mi cara, ¡yo y ella a solas! Para mí, un sueño hecho realidad. Era la mejor idea que había podido tener y así se lo hice saber. Cogió una especie de tartera y la metió al microondas para calentarlo ante mi atenta mirada, pues estaba intrigadísimo por ver lo que había preparado. Mientras, se fue a coger una chaqueta por si luego refrescaba e ir al baño. A continuación, aproveché yo también para ir a desaguar. Cuando volví a la cocina, ya tenía todo preparado. Había una nevera pequeña y una bolsa enorme. Quise coger yo las dos cosas, pero Ana se negó, portando nada más que la nevera, ya que, según ella, es lo que más pesaba de las dos cosas. Agarré mi chaqueta al salir y nos fuimos. Pensé en llevar la moto, pero lo que llevábamos era demasiado voluminoso y hubiera sido imposible transportarlo. Ana abrió su coche y me dijo que lo metiera allí. El lugar del que me había hablado estaba relativamente cerca en coche, pero andando y cargados como íbamos, se situaba lejos. Tenía razón, el otro día me pareció que estaba a pocos minutos, hasta que caí en que habíamos ido en moto. Monté por primera vez en su bonito coche, el cual era bastante espacioso y con un salpicadero la mar de chulo. Arrancó y partimos. Me resultaba extraño ir de copiloto, y más en el coche de una mujer. No tardamos ni diez minutos en llegar, aparcamos y sacamos las cosas que habíamos traído. En un recuadro, que invadía una pequeña parte de la playa, habían dispuesto mesas y bancos de madera repartidos para que la gente pudiera almorzar cómodamente en vez de hacerlo sobre la arena cuando querían pasar allí el día. Llevaba razón cuando mencionó que no iba casi nadie entre diario. Solo había otra pareja sentada, nada más. Me dejó escoger la mesa a mí, eligiendo una que quedaba en una esquina, la más apartada y con las mejores vistas. No sabía cómo nos sentaríamos, por lo que le dije que ahora fuera ella la que decidiera cómo le apetecía más sentarse. Yo lo tenía bien claro, y, al parecer, Ana también, juntos, uno al lado del otro. Ciertamente, de esa manera, los dos podíamos disfrutar de nuestra cercanía y, a su vez, admirar las increíbles vistas. Comenzamos a sacar las cosas de la bolsa y, madre mía, había comida para un regimiento. Aunque no era de extrañar que hubiera preparado tanto, teniendo en cuenta el hambre voraz del que yo era

portador. Había bocadillos de varias clases, cosas de picoteo, saladitos rellenos y dos tarteras repletas de filetes rusos y beicon. Eso es lo que había calentado antes de salir. Abrió la nevera sacando una cocacola baja en calorías y una cerveza sin alcohol. Colocó sobre la mesa unas cuantas salsas y panecillos para los filetes aconsejándome que me lo comiera lo primero para que estuvieran lo más calentitos posible. Esto era un festín digno de reyes y lo demás tontería. Estaba maravillado, no solo la compañía me parecía inmejorable, el lugar y lo que Ana había cocinado y preparado para mí, también. No sé de dónde sacaba el tiempo y, sobre todo, las ganas. Di un primer bocado degustando tan rico manjar. ¡Dios, sabía espectacular! Y, además, aún estaba calentito. No hizo falta mencionar lo que estaba experimentando en ese momento, mi cara, mi gesto y mi gemido lo decían todo por mí. Ana se echó unas carcajadas al verme gozar como lo estaba haciendo; no creo ni que se le hubiera pasado por la cabeza que me pudiera hacer tan feliz con ello. Después de un par de bocados, me centré en el paisaje y en el sonido de las olas. Podíamos sentirnos privilegiados por tenerlo cerca y poder disfrutar tranquilamente. Por unos minutos, nos mantuvimos en silencio hasta que comencé a preguntarle por el resto de su día y a alabarla por su comida:

—Ana, esto está de rechupete. No sé cómo se te ha ocurrido, pero ha sido una idea magnífica. La comida, el lugar y, sobre todo, tú, es lo mejor que me podía pasar en el día de hoy —le dije, alucinado aún por su capacidad para hacer que me sienta siempre tan especial y completamente agasajado—. Otra cosa, ¿qué tal la entrevista de esta mañana?

—Menuda alabanza, millones de gracias, lo he preparado con todo el cariño del mundo. La entrevista se retrasó bastante y me estresó porque llegaba tarde a por Jeff. En sí, fue bien, pero la persona que me entrevistó no me gustó demasiado. No se excusaron por retrasarse y la vi con poco interés. Al salir, había otras dos chicas más que estaban comentando lo mismo. Aunque me llamaran, no diría que sí a ese puesto. No podría trabajar con ese tipo de gente ni en un ambiente tan dañino —me explicó decepcionada por lo vivido.

—Pues entonces un sitio menos del que preocuparse. Hay muchas más agencias de *marketing*, seguro que se rifarán por tenerte —le dije convencido de que sería un fichaje muy interesante.

—Eres un cielo, pero yo no estaría tan segura. Hay una a la que le he echado el ojo que está dirigida por una mujer, la cual me fascina. He investigado un poco sobre su trayectoria laboral y también la de la empresa. Lo que hacen y cómo lo ejecutan me parece muy interesante. Tienen una vacante y me he apuntado para una entrevista el lunes que viene —me dijo superemocionada.

—Estoy segurísimo de que va a ser tu gran oportunidad, no lo dudes —se lo dije con todo el convencimiento del mundo. Yo la apoyaría en lo que hiciera falta.

—Ojalá, no pierdo la esperanza. Sería un gran paso para mí —me comentó sonriendo—. ¿Y tú qué tal con las grabaciones?, ¿cómo vais?

—Ha sido otro día prometedor. Vamos avanzando, estamos llenos de entusiasmo, todos intentan aportar algo… Incluso ahora el día nos sabe a poco y estamos deseando que llegue mañana para retomar donde lo dejamos —le comenté devolviéndole la sonrisa que antes me había regalado.

—No tienes ni idea de lo que me alegro, Ray, ya te dije que todo cambiaría para bien, solo era cuestión de tiempo y de confiar en ti. —Oír y ver cómo se entusiasmaba al mismo tiempo me hacía perder el poco juicio que ya tenía queriendo aclamar al mundo entero lo que sentía por ella.

—Tus palabras son música para mis oídos, ¿lo sabías? Nunca mejor dicho. Aunque todo esto es gracias a ti —le repetí como en anteriores ocasiones.

—No es mérito mío, es tuyo. Yo solo te he animado, nada más —me contestó con cierto escepticismo.

—Te lo puedo asegurar, Ana, sin tu apoyo e inspiración, aún seguiría bloqueado y nada de esto estaría pasando. ¡Eres mi musa! —le dije poniéndome en plan romántico y dedicándole una mirada llena de devoción por ella.

—Uf, no sé qué decir, gracias. Una cosa, ¿qué es una musa? —me preguntó, curiosa por ver con qué la estaba comparando.

—Pues una musa es un ser divino que proporciona inspiración a los artistas, potenciando su imaginación y la sensibilidad para crear sus obras —se quedó a cuadros cuando le di la explicación.

No sé qué le pasó en ese instante por la cabeza, solo sé que su expresión cambió por completo, como si de verdad fuera una musa y la hubiese descubierto sin querer. Bueno, o eso es lo que me pareció a mí, algo totalmente sin sentido e imposible. Quizás esa manera de idealizarla le vino grande, pues se quedó callada, respirando fuertemente, desviando la vista al horizonte, perdiéndose en él. Pasaron unos segundos hasta que reaccionó de nuevo diciéndome que menudas cosas se me pasaban por la cabeza, que ella distaba mucho de ser una criatura tan fabulosa. Lo creyese o no, para mí sí que lo era, en todos los sentidos. Volvimos a retomar la conversación cuando le pregunté de qué conocía ese lugar y si venía a menudo. Me contestó que, de vez en cuando, paseaba por aquí y, al hacerlo, había visto como la gente se montaba estos picnics y que era algo que siempre había deseado hacer, pero que sola no tenía gracia. Esa última coletilla me subió el ánimo, no solo porque acababa de averiguar que nunca lo había hecho con otro hombre, sino, además, había querido hacerlo conmigo. También me sirvió para acallar los celos, que hasta este instante me corroían, de pensar que ya habría hecho esto mismo junto con su compañero. Mi mente volaba a mil por hora imaginándose a Ana y al tal Bailey en todos los escenarios por los que nosotros habíamos pasado, el cine, los recreativos, comer en un chino, la playa, el picnic, solos en su casa acaramelados en el sofá… Joder, Ray, no te hagas esto y disfruta. Necesitaba indagar más, pero no quería estropear el momento. Ya se lo preguntaría más adelante. Ahora me interesaba saber si Ana tenía un sitio especial al que iba, sola, como lo hacía yo cuando quería escapar de este horrible mundo:

—¿Te puedo preguntar una cosa? —le pregunté sin más.

—Claro, pregunta —me respondió apaciblemente.

—Ya sabes que yo tengo un sitio especial al que suelo ir cuando quiero evadirme de todo y quería preguntarte si tú tienes alguno también. —Me picaba la curiosidad y mucho.

—No, la verdad es que no tengo un sitio específico al que ir. Aún no he encontrado ninguno —me dijo dejándome un poco frío, después de todo, el de hoy podía haber sido el elegido.

—Pensé que a lo mejor este lugar era especial para ti. —Me sentía un poco defraudado.

—Por supuesto que esta playa y el mar significan mucho para mí, por eso he querido que viniéramos hoy juntos y compartirlo contigo. A lo que me refiero que no es «mi sitio especial». Tú tienes tu pequeño trocito de mundo al que retirarte y escapar, pero yo no. Para mí, mi sitio especial está en mi coche cuando monto, pongo mi música preferida y conduzco persiguiendo el atardecer, dándome igual en la dirección que tenga que ir. —me confesó emocionadísima.

—Entiendo, ¿y a dónde vas? ¿O coges el coche y, simplemente, conduces sin rumbo fijo? —le pregunté ávido de saber a dónde solía ir, toda información era valiosísima para mí.

—Conduzco sin rumbo fijo. Me puedo tirar horas hasta que me canso. Más de una vez me he perdido sin tener ni idea de dónde estaba. Menos mal que mi coche tiene un navegador que es la

caña, si no, no sabría qué habría sido de mí en más de una ocasión —me contestó de tal manera que lo que me hubiera gustado ahora mismo es coger la moto y hacer lo mismo, escaparnos y perdernos por cualquier pueblecito, solo ella y yo.

—Quizás la próxima vez te apetezca llevarme contigo —le insinué, deseando que dijese que sí.

—Déjame pensar…, hasta ahora, siempre he ido yo sola, pero sería increíble que vinieses conmigo. —¡Oh, sí! Eso es lo que yo necesitaba escuchar.

—También podríamos ir en la moto o intercambiarlo, un día, coche, un día, moto. —Estaba que me salía de mí, lo veía claramente.

—Lo que tú quieras. Tan solo una cosita, por favor, no le comentes nada de esto a Jeff. Se preocupa en demasía y no quiero que se inquiete. A pesar de no saber a dónde voy, lo tengo controlado y no me arriesgo innecesariamente, pero si se entera, le va a dar un síncope. Por eso te pido que me guardes el secreto —me pidió poniéndome ojitos.

—Tú, yo y un secreto, interesante. No te preocupes, está a salvo conmigo. —Cómo me gustaba ser su cómplice—. Hablando de Jeff, ¿te han explicado los médicos el motivo por el que le ha dado el ataque?

—Me han comentado que ha sido por nervios, tenía la tensión disparada cuando se la tomaron. Le he preguntado al mediodía, cuando he pasado a buscarle, ya que hacerlo ayer no me parecía la mejor idea, pero ha evitado el tema. Lo que me ha hecho pensar en que ha tenido una discusión con Bailey —me narró entristecida por este hecho, si es que fue el que lo originó.

—Pero Jeff no te lo ha confirmado, ¿no? ¿Por qué crees entonces que ha sido eso? —No entendía exactamente por qué había llegado a esa conclusión.

—No es la primera vez, ¿sabes? Ya le pasó en otra ocasión, tuvieron una discusión bastante acalorada por la que Jeff sufrió un ataque de estas características, con el mismo diagnóstico. Además, Bailey lleva desde ayer sin aparecer por casa y uno más uno, son dos. —Si Ana lo creía así, seguro que llevaba razón.

—No tenía ni idea de que esto ya le hubiera pasado anteriormente. Lo que no entiendo es por qué Jeff permite que le altere de ese modo. —Ciertamente, me desconcertaba este hecho.

—Bailey altera hasta a un santo, Ray. Yo soy muy paciente y tengo un aguante infinito e, incluso a mí, más de una vez, me ha sacado de mis casillas. Le tiene cogida la medida a Jeff y le pone al límite. Es muy prepotente y se cree por encima de todos. Esto unido a que discuten mucho por temas de trabajo, te puedes imaginar el panorama tan funesto que tienen cuando están juntos. Estoy completamente segura de que ha sido eso. Lo averiguaré, te lo aseguro —me dijo con una creencia inquebrantable.

—Entonces ten cuidado con Bailey. Me preocupa que vivas con él siendo como dices que es. —Nunca me había gustado que vivieran juntos, y sabiendo esto, muchísimo menos.

—Tranquilo, hasta ahora no se ha sobrepasado conmigo. Soy la única que le controla, por así decirlo. Ten por seguro que, si no me gusta lo que veo o su comportamiento, le echaré de mi casa. —Su firmeza me inspiraba algo de seguridad, pero no las tenía todas conmigo.

—Solo espero que no se le ocurra gritarte o ponerte una mano encima porque, si me entero de que te ha hecho algo de eso…, no respondo de mí —le contesté enervado pensando en que algún día la llegara a agredir.

—Mi protector, me gusta, pero jamás te expondría a nada semejante. No llegará la sangre al río, te lo aseguro. Bailey es muy prepotente y, al igual que se envalentona con quien no debe, luego no da la

cara. En realidad, es un cobarde, los hechos lo demuestran. Mejor hablemos de otra cosa si no te importa. —Ahora comprendía lo que me había dicho de desconectar, por lo que aborté el tema del muy cabrón de su compañero de piso.

22

Fue Ana la que desvió completamente la conversación para continuar con otras de mayor agrado para los dos. Me estuvo contando que había llegado a pueblos de ensueño, pero siempre de noche, por lo que no se detuvo a visitarlos. Tomé nota mentalmente, ya que podría ser un plan interesante. Sería un sueño salir un viernes después de trabajar, coger la moto, o si Ana prefiere el coche, e irnos a uno de ellos a pasar el fin de semana los dos solos, alejados de todo y de todos. Ya me lo estaba imaginando cuando un olor a chocolate invadió todos mis sentidos. Había preparado un bizcocho empapado de este maravilloso ingrediente. Se me hizo la boca agua al verlo y ya ni os digo cuando lo probé. Sacó, además, unas moras, la gominola, por excelencia, que más nos gustaban a los dos. Quería adularla nuevamente cuando sacó una botella pequeña de champán, cosa que me dejó un poco perplejo, pues ninguno de los dos bebíamos alcohol, o solo en momentos especiales. No lo comprendí hasta que lo abrió, lo echó en dos copas y me dijo: «Por ti, Ray, no tendré un sitio especial, pero sí un momento, y es el atardecer, el cual quería compartir hoy contigo». Asentí transmitiéndole que el brindis también iba por ella. Chocamos las copas para brindar y dimos un sorbo mientras presenciábamos uno de los atardeceres más impactantes que hasta ahora había vivido. Duró escasos minutos, pero en mi memoria perduraría para siempre. Luces tenues se encendieron alrededor de la playa, en el merendero donde estábamos y por el paseo. Me giré hacia Ana y me pegué a ella lo más que pude, comenzando a acariciar su preciosa cara, queriéndole confesar todas mis emociones, que había sido un momento mágico, inigualable:

—Este ha sido un momento mágico e inigualable, Ana. Nunca nadie me ha hecho tan feliz como tú —le dije con la mirada de un eterno enamorado.

—Eso es lo que pretendo siempre, Ray. Tu felicidad, verte sonreír, disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, que seas libre, es lo único que me importa. —me dijo entrecerrando los ojos por mis caricias y apretando su mejilla contra mi mano.

—¿Dónde has estado toda mi vida, Ana? —no pude más que preguntárselo, ojalá la hubiera conocido mucho antes.

—Buscándote —me dijo suspirando, abriendo sus ojos y mirándome con la misma devoción que yo lo hacía.

—No sé cómo interpretar eso —le confesé, intentando averiguar a qué se refería—, pero lo cierto es que al final te he encontrado yo —una vez dicho esto, me di cuenta de que acababa de romper el romanticismo del momento.

—Eh…, olvida lo que he dicho, por favor. Tienes razón, fuiste tú el que vino al *pub*, el que me besó y el que me pidió salir. —No quería olvidarlo, había sido precioso, pero, por su forma de expresarse y por lo que aconteció después, me pareció que había hablado más de la cuenta.

—Perdona, ha sido muy romántico lo que me has dicho y lo he estropeado —le supliqué sintiéndome idiota.

—Tranquilo. Lo que has dicho ha sido la verdad. Creo que deberíamos recoger, se está haciendo de noche y mañana tienes que madrugar —me contestó mirándome de nuevo con su divina sonrisa,

pero sin poder hacer que me sintiera mejor.

Recogimos las cosas y nos dirigimos al coche. Ana sacó una bolsa que tenía preparada, metiendo lo que había sobrado de comida junto con el resto del bizcocho para que me lo llevara a casa. Le dije que no hacía falta, pero insistió. Lo había preparado para mí y así tendría comida por si luego me entrara el hambre. Su conducta era encantadora, sin embargo, yo tenía mis reservas en cuanto a que no se hubiera mosqueado. Volvimos a su casa tan rápido como lo habíamos hecho a la ida. Aparcó y nos bajamos. Cogí la bolsa que me había dado y la metí en el portamaletas. Ana entró fugazmente a su casa, quedándome absorto, pues ni siquiera nos habíamos despedido. Pensé que sí que estaba cabreada, pero, entonces, ¿por qué no me lo había dicho? ¿Por qué me había dado a entender con su actitud que todo estaba bien? Estaba devanándome los sesos cuando salió cargando una bandeja, cerrando la puerta de su casa con llave y metiéndola en su coche. Me quedé ahí alucinando por unos segundos. Me miró sorprendida por cómo me había quedado, en el sitio, alelado:

—¿Qué te ocurre, Ray? —me preguntó.

—Que no entiendo qué estás haciendo ahora. He pensado que te habías mosqueado conmigo y que te ibas sin despedirte. Y ahora te veo saliendo de nuevo con algo en la mano y metiéndolo en el coche. Y estoy flipando —le dije.

—Ray, no me he mosqueado. Te he dicho que llevabas razón. Y jamás me iría sin despedirme de ti. En el trayecto a casa, me he acordado de que le había hecho también un bizcocho a Jeff y voy a ir a su casa a llevárselo y a ver cómo está —me aclaró clara y concisamente.

—Joder…, seguro que ahora la que estarás alucinando eres tú —le dije llevándome las manos a la cabeza, echándome el pelo para atrás en señal de subnormalidad pura y dura.

—Alucino, sí, pero de las cosas que llegas a pensar —me contestó acercándose a mí, colocándome un mechón de pelo que me había dejado así de cualquier forma—. Relájate, no tienes que estar en guardia constantemente, y menos conmigo.

—Como sigas diciéndome estas cosas voy a terminar comiéndote a besos, solo quería que lo supieras —le dije a punto de cometer otra de mis locuras, pero conteniéndome al final.

—Qué harías si te dijera que me encantaría que lo hicieras… —me contestó muy muy sensualmente, tanto que sí que la iba a cagar, seguro.

—Te diría que ahora no te va a salvar ni san Pedro —le dije abalanzándome sobre ella, comenzando a darle pequeños mordisquitos por su cuello, por sus pequeñas orejitas, por sus mejillas, por sus labios...

— ¡Ray…, ahhhh…, para…, ahhhh…, Ray! —me chillaba en voz baja mientras intentaba zafarse de mí sin conseguirlo, por supuesto—. Oye, ¿qué tiene que ver san Pedro en esto? —me preguntó ilusa por no entender la expresión.

—Es una forma de expresarse, sirve para decirte que no te vas a librar de mí pase lo que pase —le expliqué parando solo brevemente y retomando de nuevo mis acciones al terminar.

Fue la mar de divertido y erótico al mismo tiempo. La colmé de mimos, de mordiscos y de besos para terminar besándonos apasionadamente. Su inocencia, su paciencia, su saber estar y entendimiento para mis cagadas me fascinaban cada día más:

—Ana, yo… yo… te… qui… —Me detuve al darme cuenta de lo que estaba a punto de decirle.

—¿Qué quieres decirme, Ray? —me preguntó invitándome a continuar con lo que pretendía confesarle.

—Ejem, te quería preguntar por mañana, para saber si te apetece que nos veamos otro ratito…, sí, eso era. —Uf, solo esperaba que no se hubiera dado cuenta de que los tiros iban por otro lado.

—Sí, me apetece. Podemos hacer como hoy, hablamos a lo largo del día y me avisas cuando termines —me propuso mientras la sostenía entre mis brazos.

—Me parece perfecto. Lo vamos viendo sobre la marcha. Otra cosa, ten cuidado ahora si vas a donde Jeff, ¿vive muy lejos de aquí? Si quieres, te puedo acercar. —La despedida era un mal trago para mí, daba igual el tiempo que hubiéramos pasado juntos.

—Muchas gracias, pero tú te vas a casa, ojazos. No temas, Jeff vive a diez minutos de aquí. No tardo nada yendo en coche —me contestó rodeándome aún más fuerte con sus brazos, así era imposible que quisiera irme a casa.

—Me pirra que me llames «ojazos», sobre todo en el tono en el que lo haces. Para que lo tengas en cuenta, por si no te lo había dicho ya —le dije besándola esta vez de forma más suave, pero con el mismo sentimiento.

—Me alegro, es que tienes unos ojos de infarto, como todo tú. —Me daba la impresión de que ninguno de los dos tenía ni la más mínima gana de separarse del otro.

—Te estás arriesgando a que vuelva a comerte, y, una vez que empiece, no pienso volver a parar —le dije, advirtiéndole de que estaba perdiendo la cordura por momentos.

—Por mucho que me guste la idea, tengo que ir a ver a Jeff —me dijo pareciéndome que lo de no volver a parar la había asustado, tal vez, un poco.

—Claro. Lo dicho, ten cuidado. Te doy un toque cuando llegue a casa y, por favor, haz tú lo mismo. Buenas noches, princesa —le contesté mirándola atentamente a ver su reacción y dándole otro beso de despedida.

Asintió y, montando en su coche y yo en mi moto, partimos cada uno hacia destinos diferentes. Estuve a punto de insistirle en lo referente a que sí que pararía si viera que no le gustaba lo que le hacía, pero recordé sus palabras sobre que no permaneciera siempre en guardia y me relajara, por lo que lo dejé estar. Tardé lo de siempre hasta llegar a casa. Subí, me cambié y le dejé un mensaje diciéndole que había llegado bien. Me gustaba más llamarla para volver a hablar con ella, pero no quería importunarla si estaba con Jeff. Merecía tener toda su atención, teniendo en cuenta lo que le había sucedido y pensando que, si no hubiéramos quedado, ella habría permanecido a su lado toda la tarde. Así que era lo justo. Saqué las cosas de la bolsa haciéndoseme de nuevo la boca agua. Me había metido una bolsita de moras que venían acompañadas con una nota: «Espero que te vuelvan tan loco como a mí y disfrutes saboreándolas». Si ella supiera que eso es lo que ella provocaba en mí…, es como si me hubiera leído el pensamiento: me volvía loco de remate y disfrutaba saboreando su piel, sus labios, su boca. Recordé todo lo que había experimentado hoy a su lado y es que cada rato que pasaba junto a Ana era un auténtico alucine. Ningún día era igual, sorprendiéndome siempre con algo diferente. Nuestros encuentros se hacían cada vez más intensos y no solo a nivel físico; había creado un vínculo emocional tan fuerte hacia ella que el hecho de pensar en no volver a verla o sentirla me partía el corazón. Nunca pretendí nada de esto, simplemente, había sucedido. Desempaqueté el bizcocho, el cual me invitaba incesantemente a darle otro bocado. Corté un buen pedazo, comiéndomelo con las mismas ganas que lo miraba hace un momento. Un mensaje de Ana acompañó tan ansiado momento. Me puso que había llegado a casa de Jeff, pero que había tardado casi más en encontrar aparcamiento que en conducir hasta allí, por ello su tardanza en enviarme el mensaje. Me escribió, además, que me mandaría otro cuando ya

estuviera en su casa para que no me preocupara. Respiré al saber que se encontraba bien, encantándome que siempre me tuviera en cuenta y pensara en mí. En realidad, la pobre no hacía otra cosa que eso: pensar en mí y en que me sintiera bien y feliz. Una cosa era segura, no la merecía.

Saqué un poco de leche de la nevera y me puse otro poco de bizcocho. El resto me lo dejaba para desayunar al día siguiente. Como no era muy tarde, me puse a ver una película. Me quedé traspuesto un buen rato, despertándome el sonido de otro mensaje en el teléfono. Lo busqué y lo miré pensando en que sería de Ana. Efectivamente, me escribía para decirme que pasaría esta noche en casa de Jeff, a pesar de la disconformidad de este a que lo hiciera. No le veía nada bien y no quería arriesgarse a que le diera otro ataque. La verdad es que comencé a sentir celos de él por tenerla a su lado, por disfrutar de su compañía, de que le cuidara. Qué no daría yo por estar ahora mismo en su pellejo. Le contesté que aún estaba despierto y que permanecería así un rato por si quería llamarme o, por el contrario, llamarla yo. Me desilusioné un poco al pasar los minutos y no obtener respuesta. Mi mente perversa comenzaba ya a confabular todo tipo de teorías en su contra, cosa que pude detener a tiempo. Ya estaba cansado de esas maquinaciones y de lo que luego suponían para mi pobre ser. Debía aprender a acallarla de alguna manera, eligiendo poner toda mi atención en la película, de la cual me había perdido un trozo por haberme quedado dormido. El tiempo transcurrió rondando las once y media cuando miré la hora en el teléfono. Seguía sin haber recibido mensaje alguno de Ana. Busqué otra cosa que ver porque sabía con certeza que, aunque me fuera a dormir, no conseguiría conciliar el sueño, pues había logrado aplacar mis pensamientos destructivos, pero no el recelo que me rondaba por dentro al pensar por qué no me llamaba. Tanta tensión me producía hambre, por lo que fui a la cocina a por algo para llevarme a la boca. Cogí la bolsita de moras y volví al salón. Me llevé una a la boca que me supo deliciosa. Despegué la nota releyéndola una y otra vez. Me dispuse a suspirar pensando en ella cuando recibí otro mensaje suyo. Me decía que no sabía si ya me había acostado, por eso no se atrevía a llamarme. Había estado ocupada peleando con Jeff para que cenara lo que le había dicho el médico, se medicara y se acostara. Ahora era yo el que dudaba en si llamarla o no. Quería oír su voz antes de acostarme, por lo que la llamé sin más, si no podía cogérmelo, ya me lo diría:

—Hola, ojazos, pensé que estabas ya durmiendo, por eso no he querido llamarte —me dijo en voz baja.

—Hola, preciosa, tranquila, estaba viendo la tele mientras saboreaba una mora de la bolsita que me regalaste. Por cierto, muchas gracias por todo, pero por la nota más que nada, me ha encantado —le contesté también con voz bajita, no sé muy bien por qué—. ¿Cómo está Jeff?

—Hecho un cascarrabias. Ni te imaginas la que me ha montado por aparecer en su casa y por quedarme esta noche, según él, para vigilarle. Ha empezado diciéndome que no es un niño pequeño al que tienen que cuidar, que se vale por sí solo, etc. Pero, al final, he conseguido que se calmara y me ha reconocido que se siente más cómodo y seguro teniéndome aquí —me explicó, pensando para mis adentros que cómo no iba a encontrarse tan feliz de tenerla a su lado.

—Tiene suerte de tenerte, me cambiaría por él solo por estar junto a ti —le dije sin pensar, tradición ya en mí, en lo que le estaba diciendo.

—Ya me has tenido esta tarde. No sé cómo no te cansas de mí, no soy nada del otro mundo —contestó con incertidumbre.

—¿Cansarme de ti? Jamás. Soy yo el que se pregunta por qué no eres tú la que te cansas de mí. Yo sí que no soy nada ni aporto nada, Ana. —El sentimiento era mutuo, pero yo sí que me sentía un

cero a la izquierda.

—No, nunca me cansaría de ti. No tienes ni idea de lo que me aportas. Para mí, lo eres todo, Ray —me dijo, dejándome estupefacto, mudo al mismo tiempo y sin capacidad de reacción—. ¿Ray? Per… perdona, no debería decir estas cosas, y menos por teléfono. Ray, ¿sigues ahí? —me preguntaba con voz temblorosa sin ser consciente de que había mermado mi aptitud para hablar.

—Estoy aquí. —Son las únicas palabras que conseguí pronunciar, quedándome callado de nuevo durante segundos.

—Me parece que será mejor que hablemos mañana. Creo que, en esta ocasión, la que ha metido la pata he sido yo, lo siento. Que descanses. Adiós —dijo colgando el teléfono, al ver que seguía sin respuesta alguna por mi parte.

Me quedé ahí patidifuso, asimilando lo que me acababa de decir. No cabía de gozo en mí, por primera vez, tenía la certeza de que sentía tanto por mí como yo por ella, aunque quizás no con la misma intensidad, pero con eso me bastaba. Por qué no había sabido reaccionar es algo que no comprendía. Lo había deseado desde el primer momento y ahora que ella se sinceraba conmigo, me quedaba mudo y sin saber qué decir. Me puse en su lugar, pues nadie mejor que yo sabía por lo que estaba pasando en este preciso momento, ni cuántas veces me he crucificado pensando en haberla cagado siendo ahora ella quien creía haberlo hecho. La llamé rápidamente, no podía dejarlo así:

—Dime, Ray —contestó al cogerlo con voz tímida.

—No me has dado tiempo a despedirme —le dije costándome aún el hablar con normalidad.

—Como te has quedado callado sin decir nada, he pensado que, en fin, que no querrías hablarme —continuó explicándome en el mismo tono del principio.

—No, para nada. Solo que me has dejado boquiabierto con lo que me has dicho y no he sido capaz de reaccionar a tiempo —le contesté recuperando mi capacidad para emitir sonidos.

—Ya, siento si te he incomodado, no era mi intención. Tampoco pretendo influenciarte ni nada por el estilo. No es tu problema —me dijo amargamente.

—Ana, no me ha incomodado, en absoluto. Y no la has cagado, de verdad que no. No has dicho nada por lo que debas arrepentirte. Si fuera así, yo tendría que hacer ya penitencia por la cantidad de veces que he metido la pata —le expliqué intentando hacerle entender que nada de esto me había molestado, todo lo contrario.

—Si tú lo dices, entonces tendré que creerte —me contestó escéptica, pero no se lo podía reprochar.

—Nunca te mentiría, lo sabes. Además, ¿desde cuándo hemos intercambiado los papeles? Soy yo el que la caga y tú quien me adulas diciéndome las cosas más bonitas del mundo —no sabía qué más decirle para hacerla sentirse bien.

—Lo sé, pero no está bien decir ciertas cosas, y menos por teléfono. —Seguía apenada.

—Creo que al no tener a la otra persona delante es cuando uno más se envalentona, dejándose llevar sin más. —Era capaz de sentir su tristeza y no quería dejarla así.

—Será eso. Aun así, lo siento. Hablamos mañana, necesitas dormir y tienes que madrugar. —No iba a permitir que se quedara así, hecha polvo.

—Ana, no voy a colgar hasta que tenga la certeza de que te encuentras bien. Me da igual si me cuesta toda la noche —le impuse, hablándole un poco exasperado.

—Estaré bien, tranquilo. Necesito mi tiempo, nada más. Ha sido un día de muchas emociones y me cuesta procesarlas —no sé si lo hacía para que no me preocupara o me lo decía de verdad, pero

su tono casi había cambiado al suyo normal.

—Espero que no lo hagas para que me quede tranquilo, porque eso sí que no me gustaría —se lo dije sin poder contenerme.

—¿Cómo te quedas tú cuando sucede a la inversa, Ray? —saltó con una pregunta que me impactó porque sabía perfectamente la respuesta.

—Aunque me hayas dicho que no ha pasado nada y que todo está como antes, me cuesta todavía un tiempo volver a sentirme bien —no podía mentirle y ahora la entendía completamente.

—Eso es lo que quiero que comprendas. Yo también necesito mi tiempo y no tiene ya nada que ver contigo. Me gustaría zanjar ya este tema. Por favor, vete a la cama, duerme y descansa. —Era más una súplica que una petición.

—Vale, no sería justo por mi parte pedirte algo que ni yo sería capaz de hacer. Que esto no te quite el sueño a ti tampoco. Descansa. Soñaré contigo —le dije esperando meter yo la pata también y quedarnos los dos igual de hechos polvo.

—No creo que pegue ojo, pero será más por estar pendiente de Jeff. Dulces sueños, Ray —me dijo cariñosamente.

—Dulces sueños, preciosa. Mañana hablamos —le dije colgando esta vez yo.

Apagué la tele y me dispuse para irme a la cama. Dejé con cuidado la bolsa de moras en la encimera de la cocina y me fui al baño para lavarme los dientes y echar un pis antes de acostarme. En mi cabeza resonaba la voz pesarosa de Ana. Éramos tan parecidos… Los dos nos pasábamos todo el rato arrepintiéndonos y pidiéndonos perdón por las cosas que hacíamos y entendíamos que podían molestar, incomodar o dañar al otro, aunque en esto era yo el que me llevaba la palma, cuando, nada más lejos de la realidad, distaba de ser así. Ella tenía un don para hacerme sentir bien, pero yo no era tan hábil con las palabras y ni sabía cómo, o lo que tenía que hacer para reconfortarla. De ello el sentirme inútil por completo. Lo único que me consolaba era el haberlo intentado, el haber hecho todo lo posible por transmitirle que cualquier cosa que viniera de su parte era maravillosa para mí. Me acosté pensando en ella, deseando que descansara, pero sabiendo a ciencia cierta, y ahora que ya la conocía un poco más, que no iba a ser así. Apagué la luz y me dormí.

23

La alarma de mi móvil me despertó un día más. Lo miré para comprobar si había recibido algún mensaje, pero no hubo suerte, estaba tal cual lo había dejado la noche anterior. Me levanté y ejecuté el mismo ritual de todas las mañanas, ducha, vestimenta, desayuno. Bueno, el desayuno no era el mismo, al contrario, distaba mucho de ser el de todos los días. Hoy tenía un exquisito bizcocho con extra de chocolate hecho única y exclusivamente para mí. Y eso me hacía sentirme increíblemente dichoso, lo que provocó el jurarme que haría lo que fuera necesario para que Ana se sintiera como yo. Lo primero que hice es ponerle un audio dándole los buenos días, contándole un poco lo que teníamos previsto hacer hoy en el estudio y desearle que tuviera una mañana lo más tranquila posible. Terminé diciéndole que, en cuanto tuviera un rato, la llamaría, pues estaba deseoso de oír su voz. Quería, con todo esto, que tuviera la certeza y la seguridad de que nada había cambiado entre nosotros y que deseaba verla pasara lo que pasara. Tendría que idear algún plan para esta tarde, pues ansiaba devolverle todas las atenciones que había tenido ella para conmigo el día anterior, aunque no tenía ni pajolera idea de cómo lo iba a hacer. En fin, tenía hasta la tarde para pensar en ello. Salí de casa, bajé al garaje para coger mi moto y partí hacia el estudio.

Había llegado bien, con tiempo de sobra. Matt ya estaba allí y el resto de los chicos no tardaron en llegar. Mientras nos preparábamos, saqué el móvil de la chaqueta para dejarlo encima de una mesa comprobando con emoción que había recibido también un audio de Ana. En él me decía que no podía mentirme, que había pasado una noche de perros, pues le había estado dando mil vueltas a lo sucedido ayer y, para colmo, Jeff empezó a encontrarse mal, con fiebre, teniendo que estar pendiente de él toda lo noche. Me informó de que se estaban arreglando para ir al hospital a ver qué le decía el médico. Me confirmó que, por supuesto, luego hablaríamos, pues también necesitaba oír mi voz. Por último, añadió que lo único que la reconfortaba es saber que yo sí que había descansado y que me encontraba bien. Joder, mi dulce chica siempre pensando en mí. Suspiré al oír como me decía que hiciera mi magia y se despedía con la coletilla de «ojazos». Mientras terminaba de escuchar el mensaje, John se me pegó en un intento de oír lo que me decía:

—Pero ¿qué haces, John? No seas cotilla —le dije dándole un empujón para quitármelo de encima.

—Intentando averiguar un poco sobre tu vida amorosa, Romeo —me contestó cachondeándose de mí descaradamente.

—Menos mal que sé cómo eres, si no… Si quieres saber algo, pregunta y ya está. No hace falta que hagas el tonto —le advertí, pues él sabía que yo le contaba todo o prácticamente todo.

—Tienes razón, pero así es más divertido. Pues ahí va la pregunta: ¿Cómo te va con…? Ya sabes quién —me preguntó sin más, aunque no muy alto para que no se enteraran los demás.

—Ayer pasé una tarde que recordaré de por vida. Estuvo cocinando para mí y nos fuimos a un merendero que hay en la playa cerca de donde ella vive. Estuvimos allí cenando filetes rusos, bocadillos, saladitos e, incluso, me hizo un bizcocho con extra de chocolate, ah, y chuches. Llevó también una botellita pequeña de champán para que brindáramos, principalmente, por mí, mientras

contemplábamos la puesta de sol más bella del mundo, haciéndome sentir el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. —Seguía estupefacto reviviendo ese momento.

—¿Todo eso preparó, solo y exclusivamente, para ti? Jolines, Ray, debes significar mucho para ella —me dijo llevando razón al cien por cien.

—Sí, por la noche estuvimos hablando y se le escapó una cosa que me dejó sin palabras, completamente mudo —le conté, recordando mi cagada ante uno de los momentos más románticos que he vivido.

—Madre mía, Ray, no seas tan parco con las palabras y explícate de una vez, caray, me tienes en un sinvivir y date prisa que vamos a empezar de un momento a otro y no me puedes dejar con esta incertidumbre —me dijo un tanto crispado.

—Lo siento, tienes razón. Pues resumiendo, Ana empezó a decirme, al yo insistir en que volviéramos a quedar hoy, que cómo no me cansaba de ella, y yo le dije que jamás, que yo no entendía cómo no era ella la que se cansaba de mí y que yo no era nada. A continuación de eso, me contestó que ella nunca se cansaba de mí y, ahora viene lo que me dejó sin palabras, que yo lo era todo para ella. Qué, ¿cómo te quedas? —Por su reacción, creo que se quedó como yo.

—Es muy fuerte, Ray. Así que ella también está enamorada de ti… —me dijo alucinado.

—Me parece que afirmar que está enamorada de mí es mucho suponer, John. Yo no me atrevería a decir tanto, pero con saber que siente algo por mí y que es tan fuerte como para llegar a confesármelo me es más que suficiente —le dije pletórico.

—Genial, tío. Me alegro mucho por ti —me dijo dándome unas palmaditas en la espalda.

—No te alegres tanto porque ella confundió el hecho de que me quedara mudo, con que no me había molado lo que me había dicho y se sintió francamente mal por ello, tanto que se despidió de mí y colgó el teléfono —le confesé para que se diera cuenta de que no todo era de color de rosas.

—Sinceramente, yo, por la manera en la que actuaste, hubiera pensado lo mismo. Ray, normalmente, al hombre no le gusta que, a la primera de cambio, una mujer cree apego emocional o se enamore de él. —No era consciente de ello, pues nunca me habían interesado las relaciones de pareja.

—Ya, pero yo no soy como el resto de los hombres y estoy que me salgo de mí. Además, la volví a llamar y le aclaré lo sucedido —le expliqué antes de que me diera otro sermón.

—*Okey*, solucionado entonces. Otra pregunta y, por favor, no te cabrees, ¿habéis, ya sabes, intimado? —Me repateaba un poco ese tema, pero era lógico que me preguntara por ello.

—No, a lo máximo que hemos llegado es a besarnos muy apasionadamente, rozando nuestros cuerpos, ya me entiendes… Pero cada día se me hace más difícil resistirme a ella. No sé cuánto podré aguantar. Y… no sé cómo decirlo. —Por un momento, dudé si contárselo o no.

—Decir el qué. Ray, soy yo, tu amigo John, sabes que puedes contármelo todo, si quieres, por supuesto —me dijo no en ánimo de curiosear como anteriormente, sino ofreciéndome su valiosa amistad.

—Ya lo sé, John, y es lo que más valoro. Ahí va…, tengo miedo, ¿sabes? De que llegue el momento y meter la pata, o, aún peor, hacerle daño mientras lo hacemos. No he hecho nunca el amor, no tengo ni idea de cómo se hace. Así que, por una parte, me viene bien si se retrasa un poco. —No podía ser más sincero, liberarme de este peso me aliviaba bastante.

—No debes de tener miedo, Ray. Mira, lo primero, estás enamorado de ella, por lo que, cuando os decidáis a acostaros juntos, la respetarás y cuidarás por encima de todo. Lo segundo, jamás le

infringirías ningún dolor, de eso estoy seguro porque te conozco, las putas esas que te difamaron se pusieron de acuerdo las unas con las otras, vete tú a saber por qué. Estoy convencido de que no tienes nada que temer. Cuando el momento llegue, solo déjate llevar. —Fue de gran ayuda oír sus palabras. John también era muy sincero y, por muy amigo que fuera suyo, no me mentiría.

—Gracias, John, hacerle daño a Ana… No quiero ni pensar en ello —le aseguré sintiendo que algo me quemaba por dentro, pensando en ayer por la noche y en que no quería que se repitiera.

—Eh, Ray, deja de comerte el coco. Te ha mandado un audio y todo está bien. Así es el amor, lleno de altibajos. Venga, vamos a comenzar o nos echan del grupo —me dijo soltando una carcajada al ver a los otros como nos miraban al vernos cuchichear como marujas.

Cada uno cogió su guitarra, reuniéndonos con el resto para iniciar el día. Se nos iba dando cada vez mejor y yo sabía a quién se lo debía. Hasta el mánager se sorprendió cuando nos hizo una visita sorpresa, no pudiendo recriminarnos nada. Estábamos tan metidos en los nuevos temas que la parada del café duró lo justo para ir a la máquina, sacarlos y bebérnoslos. Tenía muchas ganas de hablar con Ana, pero, por esta vez, tendría que esperar a la hora de comer. Todos habían estado de acuerdo en sacrificar ese tiempo y no quería ser yo quien lo fastidiara. Eso sí, eché un vistazo rápido al móvil para cerciorarme de si tenía algún mensaje suyo. No había nada, aunque no era de extrañar, pues seguro estarían aún en el médico. Cuando parásemos, lo primero que haría es llamarla. Volvimos a la sala y continuamos con lo que teníamos entre manos.

La voz del técnico de sonido se escuchó por los altavoces para avisarnos de que ya eran más de las dos, por si queríamos hacer un descanso. Y, aunque estábamos ansiosos por seguir, decidimos parar un rato a comer y a despejarnos un poco. Cogimos nuestras cosas y nos fuimos a un restaurante que se encontraba al lado del estudio a recargar pilas. Me quedé el último para poder llamar a Ana. John permaneció a mi lado para disimular un poco. Marqué su número, pero me sorprendí al oír la voz de un hombre:

—¿Sí? —contestó un hombre.

—Hola, ¿Ana? No sé si me he equivocado —le pregunté un poco confundido mirando el teléfono para comprobar si había marcado correctamente.

—Eres Ray, o eso es lo que aparece en la pantalla del móvil de Ana. Soy Jeff —apremió a decirme para que supiera a quién tenía al otro lado de la línea.

—Ah, Jeff, hola. No había reconocido tu voz, bueno, tampoco me esperaba que me lo cogieras tú —le expliqué siguiendo aún confuso.

—Sí, perdona. Es que Ana está echada y se ha dejado el teléfono aquí, en el salón, y, al ver que la llamaban, lo he cogido yo —me explicó para que entendiera lo sucedido.

—¿Está echada? ¿No se encuentra bien? —le pregunté preocupado.

—Ha pasado muy mala noche, no la he dejado pegar ojo. Al principio, me enfadé mucho porque sabía lo que pasaría, pero no sé qué hubiera sido de mí si no se hubiera quedado. Luego hemos estado toda la mañana en el médico y, al llegar a casa, la pobre estaba tan KO que ha preferido echarse antes que comer algo. —Esa información era muy valiosa para mí e hizo que mi preocupación disminuyera un poco.

—Gracias por la información, Jeff. Si se despierta, ¿te importaría decirle que la he llamado? Hemos quedado esta tarde, pero me gustaría decirle que, si tiene que cuidarte o está cansada, me paso un rato a verla y me vengo —le dije para que supiera que me bastaba con solo verla, aunque fuera un instante.

—Por supuesto, se lo digo en cuanto asome por aquí. Pero también te digo que, si ha quedado contigo, hará todo lo posible para que lo que tengáis planeado siga en pie. Siempre piensa en los demás antes que en sí misma —me dijo, afianzando lo que yo ya iba comprobando en ella.

—Sí, es muy especial y por eso no quiero hacer nada que pueda perjudicarla. Me conformo con verla, aunque solo sea llamar a la puerta y saludarla —le confirmé para que entendiera que mi interés iba mucho más lejos.

—Es una mujer increíble. Ya lo irás descubriendo según la vayas conociendo —me dijo de una forma la mar de cordial.

—No me cabe la menor duda. Por cierto, ¿todo bien en el médico? Perdona, con la preocupación por Ana se me ha pasado por completo preguntarle —le dije cayendo en la cuenta de que no me había interesado por él en ningún momento.

—Tranquilo. Han estado haciéndome más pruebas, por ello el haber pasado toda la mañana en el hospital. Me han dicho que estaba todo bien, pero, aun así, me han aconsejado que no me quede solo por la noche, pues es cuando más propenso estoy a que me dé fiebre, como ayer. Lo que lamento es que Ana estuviera presente, porque no va a dejarme solo. Mañana, miércoles, tiene que ir al *pub* y, entre una cosa y la otra, va a caer enferma y yo seré el responsable de ello —me explicó con voz y sentimiento de culpabilidad, algo que yo entendía perfectamente.

—Jeff, si yo puedo ayudar en algo, no tiene más que decírmelo, ¿de acuerdo? No sé qué es lo que puedo hacer exactamente, pero ten por seguro que lo intentaré sea lo que sea —le afirmé.

—Eres un buen hombre, Ray. Solo te pido una cosa, en realidad, la misma de ayer, cuida de mi Ana, con eso me basta. Se merece el cielo. Gracias —me contestó llenándome de júbilo al escuchar sus palabras.

—La cuidaré toda mi vida si ella quiere, Jeff, hasta el último de mis días. Tengo que dejarle, vamos a comer. Espero que se mejore. Y, por favor, dele un beso a Ana de mi parte —le dije terminando la conversación.

—Claro, se lo daré de parte tuya. Adiós, Ray —me dijo antes de que llegara a colgar.

Entramos en el restaurante donde el resto ya había cogido mesa. John había escuchado casi todo, ahorrándome el tener que contárselo. Nos sentamos uno al lado del otro y, agarrándome del hombro, me dijo en voz baja que no me preocupara, que Ana estaría bien, sabiendo que no dejaría de pensar en ella por mucho que me lo propusiera. Cierto es que casi nada me quitaba el apetito, pero no pude disfrutar de la comida como lo hacía habitualmente. Lo único que me reconfortaba eran las palabras de Jeff y su confianza puesta en mí para cuidar de la persona más importante en su vida. Eso fue lo que me proporcionó el ánimo suficiente para continuar con las grabaciones durante el resto de la tarde. Llegó la hora y yo estaba deseoso de coger mis cosas y marcharme a ver a Ana. Salí zumbando del estudio, dejando a todos intrigadísimos por mis prisas. No quería esperar más para comprobar cómo se encontraba. La llamé ya de camino confirmándome que estaba en su casa y que allí me esperaría, que no tuviera prisa. Recordé las palabras de Jeff, mencionando que haría todo para vernos si ya habíamos quedado. Entre una cosa y la otra, no había tenido tiempo de pensar a dónde llevarla. Barajé la posibilidad de ir a mi «lugar secreto», aunque me daba un poco de reparo, pues ella me había dejado bien claro que no quería invadir ese espacio tan especial para mí, pero, hasta ese momento, eso era lo único que se me había ocurrido. Al llegar, vi que Ana me estaba esperando en la calle, lo que me mosqueó un poco, pues, hasta ahora, siempre lo había hecho dentro de su casa. Qué decir, que estaba increíble con unos vaqueros ajustados negros, un top blanco con

escote que dejaba apreciar la grandeza de sus pechos, aunque enseñando lo justo, botas y una camisa vaquera azul a modo de cazadora. Llevaba puestas gafas de sol, por lo que no pude comprobar hacia dónde miraba. El motor de mi moto le indicó mi llegada, pues giró la cabeza en mi dirección. Aparqué y me quité el casco mientras ella salía a mi encuentro. No hizo amago de quitarse las gafas, lo que me escamó aún más teniendo en cuenta que pretendía que la besara con ellas puestas. Me negué diciéndole que o se quitaba las gafas o no había beso de bienvenida. Se debatió unos segundos quitándoselas finalmente. La expresión de mi cara cambió por completo cuando por fin pude verle los ojos. Los tenía enrojecidos y se la veía muy cansada. La cogí entre mis brazos trayéndola hacia mí, así podía verla mejor y darle un beso como Dios manda. Le pregunté si estaba bien y le sugerí que, si quería, nos podíamos quedar en su casa tranquilamente. Estaría solo un ratito y me iría pronto para que pudiera descansar, pues sabía que esa noche también debía ir a casa de Jeff. Me dijo que no, que prefería salir y estar conmigo todo el tiempo que fuera posible. Le conté que había un problema, que no tenía ni idea de a dónde ir. Me sonrió y me dijo que a tomar cualquier cosa, al cine, a cenar, a donde nos llevara el destino…, pero juntos. Quería comérmela allí mismo, os lo juro, me pareció la frase más bonita del mundo, apuntándomela mentalmente para utilizarla en alguna de mis canciones. Le comenté de ir al centro comercial donde estuvimos la primera vez que salimos y ya allí decidir. Le pasé su casco mientras asentía con la cabeza. Se montó y nos pusimos en marcha. El tráfico a estas horas era un asco, lo que nos retrasó un poco. Ana me iba apaciguando, apretándose contra mí, mientras yo maldecía a uno que otro conductor que parecían que iban solos en la carretera. Me gustó muchísimo tenerla así, tanto que, la próxima vez, lo haría tan solo por sentirla tan próxima a mi cuerpo. Al fin llegamos al centro comercial, el cual no parecía tan abarrotado como el sábado pasado. Dejamos la moto aparcada y fuimos dando un paseo a ver de qué es lo que teníamos ganas. Me dio la sensación de que Ana iba más apagada y callada que de costumbre, pero no le di demasiada importancia considerando la noche y el día que había pasado. Aun así, opté por preguntarle:

—Te llamé a la hora de comer cogiéndomelo Jeff. Estuve hablando con él y me contó lo del médico, lo cansada que estabas y que pasarías de nuevo la noche allí. Ah, y espero que te diera un beso de mi parte —le expliqué para que supiera que estaba informado de primera mano.

—Sí, me lo dijo al despertarme, que fue cerca de las cinco de la tarde. También me comentó que le ofreciste tu ayuda y terminó diciéndome que eras un buen hombre —me dijo mirándome orgullosa.

—Claro que se la ofrecí y no lo dije por decir, así es como lo siento —le indiqué para que viese que iba totalmente en serio.

—Que sepas que se emocionó mucho. Y es que, aunque parece un hombre serio e impasible, lo cierto es que es muy sentido y lo tiene todo muy en cuenta. También sé que se siente mal por darme, como él dice, la lata, pero se merece eso y más —me aclaró haciéndome sentir gratamente importante.

—Se nota que te quiere mucho y que eres muy importante para él, por el modo en el que habla de ti, te idolatra —le comenté a punto de decirle que yo también.

—Hablando de eso, Ray, yo… te pido perdón por el comentario que te hice ayer —me dijo con resignación.

—Ey, mírame —le dije poniéndome delante suyo y mirándola fijamente—, no necesitas pedirme perdón. Fue un comentario muy halagador que yo estropeé, como es habitual en mí, pero es que me

quedé fuera de juego, en el buen sentido, por supuesto —le aclaré mientras veía cómo se sonrojaba y temblaba al mismo tiempo.

—Esta vez no puedes echarte tú la culpa, cualquiera en tu lugar hubiera reaccionado de esa forma. Soy yo la que tiene que aprender a no decir cosas indebidas —me indicó suspirando más de la cuenta. Algo no iba bien, se lo notaba.

—Qué te parece si lo dejamos estar. Tú misma me dijiste que debería relajarme y no estar constantemente en guardia y te prometo que lo intentaré, pero tú también deberías hacerlo. Si lo que me has ido «confesando» hasta ahora no me hubiera gustado, ten por seguro que no estaría aquí contigo. Mira, me siento muy atraído por ti y me encanta comprobar que tú sientes lo mismo, o por lo menos algo muy parecido. Los dos, a estas alturas, creo que somos conscientes de ello, espero —le aclaré para que termináramos de una vez con estas idas y venidas que no nos provocaban nada más que malestar.

—Yo afirmaría que nunca se es demasiado consciente y, además, el hombre no suele reaccionar igual ante estas cosas que la mujer —me comentó reforzando lo que ya me habían dicho.

—Eso mismo me dijo John cuando hemos hablado de ello esta mañana al verme algo decaído. Y te digo lo mismo que a él, para bien o para mal, no soy como los demás. Por eso créeme cuando te digo que estoy alucinado de que pueda gustarte tanto —le dije sin poder evitar que se me escapara una sonrisa de oreja a oreja al pensarlo.

—Ya sé que no eres como los demás. Eso es lo que más me atrae de ti. Tienes razón, yo también intentaré relajarme. Gracias por ser tan comprensivo —me contestó dejándome flipado por tantos elogios.

—Mira quién fue a hablar. Eres única, Ana —le dije acariciándole sus labios y besándola con sumo cuidado y delicadeza.

24

Una vez aclarado todo, reiniciamos la marcha en busca de algo que hacer. Vimos un restaurante nuevo de comida internacional en donde podías pedir platos de distintos países del mundo, al cual, movidos por la curiosidad y por el hambre, entramos. Yo tenía un hambre voraz y Ana también algo, que, al principio, me extrañó mucho hasta que me explicó que llevaba desde el desayuno sin ingerir bocado. Había estado tan cansada que había preferido dormir antes que comer. Le eché la bronca, pues me parecía que no comía lo suficiente y no quería que cayera enferma. Me dio la razón, cosa que pasaba mucho últimamente, prometiéndome que se cuidaría más. Siempre que me prometía algo, o yo a ella, nos mirábamos con fijeza para que ambos supiéramos que lo decíamos en serio. No me gustaba verla así, tan cansada, tan… frágil. Entramos al curioso restaurante. Casi no había gente, por lo que yo estaba tan feliz. El interior era tan interesante, por así decirlo, como dispar. La decoración representaba a varios países según la zona. Había una mesa con unas preciosas vistas a una ventana que simulaba el paisaje de una campiña repleta de viñedos al amanecer que fue la que elegimos embebidos por la majestuosidad de la escena. A ambos nos hubiera gustado pedir una botella de vino y bebérnosla entera, pero yo tenía que conducir y para Ana, que apenas bebía alcohol, hubiera sido demasiado. Lo que sí hicimos fue pedir dos copas. Un camarero nos trajo la carta, la cual estaba repleta de cientos de platos, a cual más apetitoso. Hubo varios que nos llamaron la atención y que decidimos pedir. Aun así, cuando vinieron a tomarnos nota, preguntamos qué nos recomendaban. Pedimos unos cuantos platos variados, reservándonos muchos más para otra ocasión siempre y cuando la comida estuviera rica. Nos trajeron las dos copas de vino y un aperitivo de hojaldre que tenía una pinta estupenda. Lo primero que hicimos fue catarlo, tras la recomendación del metre, al no ser demasiado entendidos en esta materia. Cogimos nuestras copas y brindamos por los dos. El vino estaba delicioso y no excesivamente fuerte. Le saqué una foto para comprarlo al ver que también resultó del agrado de Ana, la cual no hacía más que bostezar y pedirme perdón por ello. No podía dejar de mirarla, aparte de por su belleza y su atrayente escote, esta vez era además por su extenuante y triste mirada, que intentaba ocultar sin obtener el resultado deseado, pues era demasiado expresiva. Probamos lo que nos habían traído comprobando que le costaba hasta comer:

—Ana, ¿te encuentras bien? Te noto agotada, triste, más callada de lo normal. Te lo digo de verdad, si no estás a gusto, nos levantamos y nos vamos, o cogemos lo que hemos encargado y nos lo llevamos a tu casa —le dije, serio, muy serio.

—No, Ray, estoy feliz de estar aquí contigo. Es cierto que estoy muy cansada, y… ya. —Y se detuvo, dándome la impresión de que había algo que no quería contarme.

—Y ya…, umm, yo creo que me estás ocultando algo. Puedes contarme lo que sea, ya lo sabes —apremié a insinuarle para que me dijera qué le pasaba.

—Ray, tú ya tienes bastante con tus cosas para que, encima, venga yo a contarte mis problemas —me dijo con ojos de agradecimiento.

—Tengo toda esta noche y el día de mañana, y de nuevo la noche… —No sé de qué manera la miré, pero fue lo suficientemente convincente para que se decidiera a contármelo.

—Vale, me has convencido. Seguro que te has preguntado por qué te he esperado fuera cuando has pasado a buscarme, en vez de hacerlo como otras veces en mi casa —me dijo mientras yo asentía con la cabeza para no interrumpirla—, me lo imaginaba. Te comenté que, desde lo ocurrido con Jeff, el cual me confirmó haber discutido con mi compañero de piso, Bailey no había aparecido por casa ni dado señales de vida, pues, hoy, al mediodía, se ha dignado a volver. Ha entrado en casa como si nada hubiera pasado. Se ha acercado a mí, teniendo la cara dura de decirme que tenía muy mala pinta y que parecía que no había descansado lo suficiente. Créeme, soy muy paciente y no pierdo los papeles, pero no he podido evitarlo y hemos acabado discutiendo. No por lo que acababa de decir de mí, sino porque me parecía increíble lo que había hecho con Jeff y que hubiera salido huyendo como un cobarde en vez de dar la cara o, por lo menos, hacerse cargo de él, como responsable de lo sucedido —me explicó, entendiéndola ahora un poco más y pensando para mis adentros que lo que le faltaba a la pobre.

—¿Y qué te contestó? —le pregunté acalorándome por momentos.

—Lo de siempre: que él no había tenido la culpa, que no había hecho nada, que por qué no le preguntaba a Jeff, que todo esto era una conspiración contra él, etc. —me aclaró insinuándome que era lo normal en él—. Luego me echó en cara que yo le consentía demasiado a Jeff y que le utilizaba para ponerlo en mi contra —acabó de decirme con un hondo suspiro.

—Será imbécil, ¿eso cree? Espero que le hayas respondido como se merece. —Si ya le tenía manía, ahora solo deseaba que no se me pusiera delante.

—Ese fue el problema, que le respondí y con argumentos que no pudo rebatir. Le dije que, si él no se consideraba el responsable de lo que le había sucedido a Jeff, entonces por qué huyó, por qué no le llevó a urgencias y se encargó de él, así evitaría más manipulaciones por mi parte. Ni te imaginas cómo se puso —me comentó de una manera que se me pusieron los pelos de punta e invadiéndome una enorme duda.

—Ana, te voy a preguntar una cosa y espero que, pase lo que pase, no me mientas, ¿te ha puesto alguna mano encima? —le pregunté expectante con tal tensión que mis venas parecieran que fueran a estallar.

—¡No! Tranquilo, no se atrevería. Solo se ha puesto a insultar a diestro y siniestro, eso es todo —me contestó con la mirada puesta en la mía.

—Espero que no lo estés suavizando para protegerle. Si me entero de que… De que… —Estaba a punto de decir una barbaridad cuando me interrumpió.

—Ray, jamás te mentiría y tampoco estoy suavizando nada para protegerle, no se lo merece. Créeme, sé que no me haría daño, por lo menos voluntariamente —me aclaró intentando aplacar mi agitado corazón.

—Ni voluntaria ni involuntariamente. Además, que te haya insultado lo considero ya un motivo para romperle la cara —le dije pensando en cómo le habría hablado, encendiéndome más por ello.

—¿Estás loco? No voy a consentir que te pegues con él —me contestó asustada.

—¿Crees que no podría con él? No soy nada violento y es cierto que me gusta la paz y que me alejo de los conflictos, pero este, en concreto, se lo ha buscado y te aseguro que yo podré salir perjudicado, aunque él más aún —le aclaré lo mejor que pude para que entendiera mis motivos.

—No se trata de quién pueda con quién. No voy a permitir que te pelees con él, y menos por mí, ni que te hagan daño o te lastimen por ello. Tienes que pensar en tus increíbles manos, ¿qué pasaría si te las rompes? ¿O te da en la cara? Prométeme que no harás nada y que me dejarás a mí encargarme de todo. Y no te equivoques, pues me resulta tremendamente halagador, más de lo que puedas imaginarte, porque haces que me sienta segura estando tu lado. Pero, ante todo, necesito saber que vas a estar bien, como tú lo necesitas de mí. —Su angustia era tan evidente que supe que por quien realmente estaba preocupada era por mí y no por ella o por su compañero.

—Uf, ahora soy yo el que se siente adulado. Te prometo que no haré nada que nos pueda poner en apuros a ninguno de los dos. Es que, al verte así con los ojos tan enrojecidos, triste, y después de contarme lo de la pelea, me ha venido a la cabeza el que te hubiera podido maltratar —le contesté bajando la guardia por completo, cautivado por su inquietud hacia mí.

—Lo siento mucho, hubiera sido mejor haberte pedido que nos viéramos otro día. Esto es lo último que yo quería que pasase. Pero pensé que no se me notaría tanto y, además, tenía muchas ganas de verte. El tema de mis ojos enrojecidos y de mi pesar vienen causados por que no estoy hecha para los conflictos, las peleas o las discusiones. De lo poco que recuerdo, jamás viví con ello, solo rodeada de amor. Por eso me gusta arreglarlo todo a través del diálogo, la comunicación, de buenas maneras, y hoy no lo he conseguido, produciéndome una terrible impotencia y tristeza que no he sido capaz de controlar —me explicó haciéndome una idea más clara de la impresionante persona que Ana era.

—¿Nunca has discutido o peleado con alguien? —le pregunté asombrado por tal hecho.

—Cuando, por así decirlo, «desperté», es cuando empecé a conocer todo eso. Jeff me enseñó a cómo defenderme, siempre por las buenas, claro —me aclaró sin poder sacarme de mi estado de perplejidad.

—Ahora comprendo el por qué conmigo has buscado y buscas continuamente el hablar y llegar a un entendimiento —le dije.

—Es que contigo todo es tremendamente sencillo, eres noble y bueno. Si piensas que has metido la pata, pides perdón sin sentirte mal por ello, y lo mejor de todo es que lo haces de corazón. No hay muchas personas así en el mundo, Ray. Y yo tengo la inmensa suerte de haberte conocido y poder pasar tiempo contigo —me manifestó dejándome anonadado por completo. Es cierto que sí que era consciente de esa manera de ser mía, pero nunca la habría catalogado de especial, al contrario, siempre me he visto como el bicho raro.

—Para suerte, la mía. Tú sí que no perteneces a este mundo, eres tan… tan… Me quedo sin adjetivos que te hagan justicia —le declaré abiertamente, me quedaba sin palabras.

Los dos nos sonreímos como dos tontos o, quizás, enamorados, bueno, ese era yo, mientras le cogía de la mano, acariciándosela, embelesado por su presencia. Volvimos a hacer un brindis comenzando, justo, a traer el camarero los platos que habíamos pedido, los cuales tenían una pinta magnífica, pero siendo las cantidades un tanto escasas. Miré a Ana que se dio perfecta cuenta del detalle, devolviéndome la mirada con una expresión divertida de «te vas a quedar con hambre». Los dos nos echamos unas risas en tanto que empezamos a degustarlo todo. Tengo que decir que los sabores y las texturas nos sorprendieron a ambos. No es que fuera lo más delicioso, pero no estaba nada mal. De ahí en adelante, la tarde noche se tornó fabulosa. Ana se fue olvidando de lo sucedido con el gilipollas de su compañero, centrándose por completo en mí, en mi trabajo, en lo que hacíamos a cada momento en el estudio, en qué sería lo próximo que queríamos hacer…,

emocionándose con cada cosa que le contaba. Yo no quise preguntar mucho acerca de su próximo día, y no por no tener interés, todo lo contrario, yo también ansiaba saber todo sobre sus quehaceres, pero sabía que tenía por delante una noche complicada en la que apenas pegaría ojo y luego estaba el conflicto sin resolver al volver a su casa. Y, para colmo, le tocaba trabajar por la tarde. No sé cómo lo iba a hacer.

Terminamos con los platos principales y pedimos el postre. Para entonces Ana estaba muerta de sueño, lo que hizo que se pidiera un café bien cargado. Ansiaba poder quedarme con ella toda la noche, echándole una mano y atravesando juntos el mal trago. Se lo insinué recibiendo un no rotundo como respuesta. Lo único que aceptó es ir a verla un rato al *pub* al día siguiente y porque me puse tan pesado que no tuvo más remedio que decirme que sí. Hubiera deseado pasar más tiempo juntos por el centro e, incluso, haber ido al cine, pero sabía perfectamente que me diría que sí a pesar de lo cansada que se encontraba y que estaría sufriendo por Jeff, el cual estaba solo. Pedí la cuenta, comentándole que no la entretendría más y que la llevaría enseguida a casa. Me miró sorprendida, pues yo era el que siempre se sacaba de la manga algún motivo para quedarme con ella. Le aclaré el motivo por el cual lo hacía, pues quería que entendiese que, si bien ella era mi máxima prioridad, respetaba la suya tanto como la mía. Me dio las gracias de corazón llenándome de júbilo y repitiéndome que era especial. Nos levantamos y nos fuimos dejando en mi mente el ir al cine para el fin de semana, si quedábamos y nos apetecía. Montamos en la moto encaminándonos de nuevo a casa de Ana. Era relativamente temprano, pero, a pesar de haber sido yo el que le había insistido en dejarla ya allí, no deseaba irme a casa. Aparqué la moto delante de su coche y me bajé para acompañarla dentro, quería saber si el imbécil ese estaba en casa, pues seguía sin fiarme de él. Ana me miró y me preguntó si quería dar un paseo, podíamos acercarnos a la playa, cerca de donde estuvimos ayer. Le dije que por mí encantado, pero que tenía que ir a hacerle compañía a Jeff y, además, continuaba cansada. Abrió su bolso, sacó el móvil e hizo una llamada. Le llamó expresamente para preguntarle si le importaba que fuera más tarde, ya que ahora mismo estaba muy a gusto y quería pasar un rato más conmigo. No sé qué le contestó. Yo estaba encantado de que le dijera que quedábamos y que no le ocultara nada relativo a que salíamos juntos. Metió el móvil nuevamente en el bolso y me dijo que teníamos todo el tiempo que quisiéramos; Jeff se sentía aliviado de que no fuera tan pronto y de que estuviera disfrutando a mi lado después de lo que había pasado. Tiró de mí para ir hacia el paseo, en dirección a la playa, no teniendo que insistir demasiado. De nuevo, tenía esa sensación de que Ana poseía algún tipo de don, pues era como si leyese mi interior, adivinando la agitación que me invadía al tener que separarme de ella.

25

No fuimos tan lejos como ayer, puesto que íbamos andando. Hacía buena temperatura, pero como ya estaba anocheciendo, no había casi gente. La hora mágica de Ana, el atardecer, ya había pasado y, reitero la de Ana, porque para mí todas las horas me lo parecían estando a su lado. Nos detuvimos en la barandilla como la primera vez que me llevó allí, aunque me sugirió adentrarnos en la playa y sentarnos en la arena, cerca de la orilla. Le dije que sí sin dudar ni un segundo, pues me pareció una buenísima idea que a mí ni siquiera se me habría pasado por la cabeza. Caminamos hasta que nos pareció el sitio ideal y nos sentamos. Ana comenzó a realizar respiraciones lentas y profundas animándome a hacerlas junto con ella para embebernos de la paz que allí se respiraba. La última vez que lo hice me produjo una liberación increíble, por lo que quise probar otra vez. Cerré mis ojos e intenté seguirle el ritmo, pero no lo conseguí, poniéndome aún más nervioso. Ana, que estaba pendiente de mí y había percibido mi desazón, me agarró de la mano y me hizo abrir los ojos. La miré y le dije que no era capaz, no sabía por qué, contestándome que no siempre resultaba fácil desconectar y buscar la paz interior, que a ella le sucedía también. Me dijo que, si yo quería, podríamos intentarlo juntos, causando un estremecimiento enorme en mí y tal ansia por ello que no hizo falta ni que le contestara que sí. Se levantó y, advirtiéndome por si me pudiera molestar, se sentó detrás de mí. Noté como intentaba acoplarse por atrás, pero sin lograrlo, pues yo era mucho más grande y voluminoso que ella, por decirlo de alguna manera. Volvió a levantarse colocándose delante mío y explicándome que lo que había pretendido hacer era sentarse detrás para rodearme con los brazos y las piernas de modo que me sintiera más seguro y así ayudarme a marcar el ritmo de la respiración, pero, evidentemente, no abarcaba lo suficiente y que, si yo estaba de acuerdo, lo haríamos al contrario, siendo ella la que se sentara delante e intentar probar de esa manera. No me hacía falta ver la cara de tonto que debí de poner en ese momento mientras asentía procurando que no se notara mi regocijo. Abrí las piernas para que pudiera sentarse delante. Ana lo hizo un poco alejada, acercándose lentamente a mí y esperando a que le confirmara a la distancia que yo quería que estuviera. Qué decir, que aproveché la ocasión y no le dije nada hasta que se dio cuenta de que estaba por completo pegada a mi cuerpo, preguntándome con prudencia si realmente me encontraba cómodo estando tan cerca. Le confirmé que yo sí, pero quería saber si ella también lo estaba, asintiendo con timidez, quedándome así más tranquilo. Se apartó un poco hacia un lado para que yo tuviera visibilidad ocasionando que su pelo me hiciera ligeras y maravillosas cosquillas, el cual apartó rápidamente al darse cuenta, pidiéndome, la pobre, perdón por ello. No sabía muy bien qué hacer, si abrazarla o no, por lo que esperé a que ella tomara la iniciativa y me fuera indicando. Me dijo que la abrazara y, mientras lo hacía, fue levantando sus brazos al mismo tiempo colocándolos encima de los míos. Tenía la sensación de que la protegía, y ella, de ese modo, a mí también. Era otra manera para que yo me sintiera seguro. Y por supuesto que así es como me sentía. Fue hablándome casi como en un susurro, pautando la manera en la que debía coger aire y lo mismo para soltarlo. No me resultaba nada fácil y eso que no tenía mucho misterio. Estaba tan nervioso por tenerla tan cerca y en una posición tan íntima, pues su trasero rozaba delicadamente mis partes, que me costaba concentrarme.

Ana se dio cuenta de que algo me pasaba, por lo que, con total calma, me expresó que si me sentía incómodo o no me apetecía hacer esto de la respiración, lo podíamos dejar para otra ocasión o simplemente dejarlo estar. Había pensado que podía ser interesante, pero siempre y cuando a mí también me lo pareciera, no estando obligado a nada. Lo que ella no sabía y no le podía decir es que rozaba la locura al tenerla así, sentada delante de mí, entregada por completo, abrazándonos mutuamente. Tuve que darme prisa para encontrar las palabras apropiadas y no descubrirme, ya que esperaba que le confirmara si seguíamos adelante o no. Le aseguré que estar junto a ella significaba mucho para mí y que, al contrario de lo que pudiera pensar, me gustaba hacer esas respiraciones. La primera vez me produjo mucha liberación y bienestar, y deseaba volver a sentirlo, pero que continuaba costándome mucho el hacerlo correctamente. Ana giró su cabeza para mirarme, acariciándome la cara con su mano. Yo me giré a su vez para mirarla al mismo tiempo contemplando como sus ojos emanaban cariño, aunque yo preferí ver algo distinto en ellos, amor. Siguió con las caricias mientras me decía que disfrutara del momento, que no pensara en nada, que me dejara llevar, cosa que nunca me había resultado nada fácil. Sonriendo, desvió su mirada hacia mi boca y, ante mi atenta mirada, me besó muy delicadamente, rozando mis labios con infinita suavidad y sensualidad, haciendo vibrar a mi cuerpo por completo. Duró poco para mi gusto, después de todo, era la primera vez que ella me besaba. Separó sus labios apartando su mano de mi cara y volviendo a la posición inicial. Me había sabido a poco, oh, sí, a muy poco. Pero no quedó ahí la cosa. Pensaba que lo que sucedería ahora sería que volvería a abrazarme y no fue así. Comenzó a darme nuevas indicaciones para controlar la respiración, como que respirara hondo, contara hasta tres y luego exhalase. Os juro que puse todo de mi parte, pero no llegaba a ejecutarlo de forma correcta. Entonces cogió mi mano derecha sujetándola y colocándosela en el pecho, a la altura del corazón, pudiendo notar como este latía con fuerza y haciéndome entrar en un estado de excitación profunda producido por el hecho de saber que su corazón latía así por mí y por sentir el tacto y el calor de su delicada piel. Fue un momento supererótico para mí sin que Ana fuera consciente de ello. Con voz tímida, me dijo que cerrara los ojos y, seguidamente, comenzó a guiarme para que ambos cogiéramos aire al mismo tiempo, tomando como referencia su pecho que me marcaría el ritmo a través de mi mano. Y así lo hicimos, centrándome en el movimiento de su pecho, en cómo se hinchaba, cuánto tiempo lo retenía y luego cómo lo expulsaba. Repetimos así varias veces hasta que comenzó a salirme por sí solo. Con cada respiración, sentía más y más liberación, comprobando que mi agitación y la de Ana, por los momentos tensos vividos entre una cosa y la otra, se iban disipando. Luego me animó a que abriera los ojos, para incorporar a ese maravilloso sentimiento el de las increíbles vistas de la playa al anochecer, soltando a su vez mi mano. Los dos permanecimos allí respirando profundamente al unísono, como si de una sola persona se tratara. Quería estrecharla entre mis brazos aún más, por lo que empecé a abrazarla con más intensidad. Pensé que me iba a decir que la soltara, pero no fue así. Apoyó su cabeza contra la mía, apretando mis brazos con los suyos y mostrándome que se sentía a gusto a través de un fuerte suspiro. Nos quedamos así, en silencio, atesorando ese instante, dejándonos llevar por sentimientos ocultos que de otra manera no hubiéramos sido capaces de revelar, bien por timidez o por miedo a meter la pata. Le besé la cabeza unas cuantas veces en señal de agradecimiento. Ana siempre hallaba la manera para hacerme sentir bien, para que pudiera conectar conmigo mismo, para hacerme ver mi verdadero potencial. Seguía tan cegado por la magnitud del momento que casi no me di cuenta de que Ana había comenzado a aflojar sus brazos y a intentar levantarse. La quise retener, sin tener éxito. Una vez levantada, se giró

y me dijo que este era mi momento y que ahora tenía que estar solo para alcanzar mi paz interior. Se alejó despacio por la playa, aunque no se fue muy lejos, imagino que por si me ponía nervioso. Al principio, no entendí sus motivos, pero, ciertamente, ella nunca hacia las cosas porque sí, para llamar la atención o para causarme malestar, todo lo contrario. Que yo me encontrara en paz era muy importante para ella y por eso decidí poner todo de mi parte. Comencé a respirar según lo habíamos hecho, resultándome más fácil de lo que había pensado. Me concentré en ello, en el vaivén de las olas, en el sonido de estas rompiendo al llegar a la orilla, en el olor a sal que invadía mis fosas nasales y, de repente, todo cambió surtiendo efecto, conectando con mi ser interior, dejando de estar en guerra conmigo mismo por un momento, proponiéndome una tregua e intentando perdonarme por haberme alejado tanto de mi ser por culpa de gente ajena que nunca supo ver más allá de mi exterior. Sentí paz, mi paz interior, siendo este sentimiento tan potente que comencé a suspirar humedeciéndoseme los ojos de la emoción, sin control ni remedio alguno. Ana tenía razón, este era mi momento, si ella hubiera permanecido entre mis brazos, yo no hubiera permitido que todos estos sentimientos afloraran de la forma que lo hacían y todo esto no habría servido para nada. Que respetara tanto mi intimidad me cautivaba, pues me demostraba el gigantesco interés por mí. Pasaron unos cuantos minutos en los que disfruté de este estado hasta que otro sentimiento fue acaparando mi cuerpo y mi mente. Giré la cabeza en ambos sentidos en un intento de ver dónde se encontraba la mujer que tanto amaba y que había conseguido despertar en mí lo que nadie más en toda la tierra había sido capaz. Estaba de pie junto a la orilla, mirando fijamente al horizonte, tan sumamente hermosa. Estuve en un tris de llamarla para decirle que podía volver, pero ahora era yo el que no quería molestarla. Me quedé embobado mirándola, deseando saber qué es lo que le estaría pasando por la cabeza. Y como si de una misteriosa atracción entre los dos se tratase, Ana se volvió hacia mí, comprobando como era yo el que la miraba. Caminó tranquila hasta situarse de nuevo delante de mí. Me preguntó que si me encontraba bien y, sin decirle nada, la cogí de la mano y tiré de ella para que se sentara otra vez como antes. No hizo falta que le explicara el motivo ni que le indicara cómo colocarse, me entendió a la perfección con solo mirarme a los ojos. Eso era otra cosa que me fascinaba, no necesitábamos darnos explicaciones, una mirada nos bastaba para comprendernos. Se sentó igualmente de pegada que hacía un rato, la abracé apretándola con cuidado contra mi pecho, manteniéndola lo más cerca de mi corazón. Y, en ese preciso momento, fui consciente de que ella era mi paz. El ruido del oleaje era lo único que se oía, hasta que Ana me preguntó:

—¿Estás bien? —me preguntó con voz tierna.

—Increíblemente bien, preciosa —le contesté amorosamente mientras retomaba el besarle su cabecita y queriendo hacerlo en otra zona de su cuerpo.

—Me alegro —me dijo girándose hacia mí, intuyendo que necesitaba mucho más de ella.

—No sé cómo lo haces, pero te lo agradezco de todo corazón. Te necesito —le solté sin poder remediarlo mientras ella esbozaba un suspiro y una tierna sonrisa al mismo tiempo.

—Yo también te necesito. —Y eso me bastó para derretirme por completo.

Nos acercamos al mismo tiempo buscando nuestras bocas. Sus hermosos y carnosos labios ocasionaban en mí suspiros de puro deseo, ansiando acariciarlos, absorberlos, devorarlos. Posé los míos sobre los suyos, con calidez, rozando primero su labio superior y, a continuación, el inferior, saboreándola lenta pero intensamente, desatando un océano de emociones. Nuestra pasión fue tomando fuerza producida por cada ida y venida de nuestros labios. Poco a poco, fui reclinándome

sobre ella hasta acabar tumbados completamente sobre la arena. No estaba totalmente encima suyo, pero sí una gran parte de mi cuerpo, por lo que me ladeé un poco para no aplastarla. Continuamos besándonos, ambos con las manos acariciando la cabeza del otro, haciéndonos el amor mutuamente con nuestras bocas, robándonos el aliento. Mi mano, con vida propia y fuera de control, comenzó a descender desde su cabeza bajando por su cuello a su espalda, continuando por su nalga para terminar en su muslo, el cual agarré atrayéndolo hacia mí, colocando su pierna sobre mi cadera y regresando nuevamente mi mano a su trasero. Nunca habíamos llegado tan lejos y me encontraba extasiado. La fricción producida por la zona baja entre nuestros cuerpos aumentaba de forma peligrosa el deseo de llegar a más, mucho más. Subí mi mano lentamente por su costado, deteniéndome en su pecho, el cual rocé y acaricié sutilmente loco de excitación. Ana no me detuvo, dejándome que siguiera con mi reconocimiento, confiada en la promesa que le hice de que la respetaría. Y fue justo ese pensamiento lo que hizo que me diera cuenta de que tenía que buscar la manera de que esto no fuera a más. Por ello, y a pesar de que me hubiera gustado continuar explorando sus senos y el resto de su cuerpo, continué subiendo mi mano hasta situarla en su cuello. Culminamos el besarnos, apoyando mi frente sobre la suya mientras recobraba el aliento y la cordura que, por un maravilloso momento, había perdido. Ana cogió mi cara con ambas manos levantándomela al percibir mi reacción, pues, aparte de lo descrito, no me atrevía a mirarla, ya que sentía que había roto mi promesa al sobetearla. Cuando mis ojos quedaron a la altura de los suyos y nuestras miradas se cruzaron, pude comprobar que no había atisbo alguno de decepción o enfado, todo lo contrario, era pura devoción por mí y por lo ocurrido entre los dos. Apartó con mucha delicadeza un mechón de mi cabello que se me vino a la cara debido a mi posición mientras me regalaba una de sus deslumbrantes sonrisas. Y cuando creí que ya lo había vivido todo con ella en esa tarde, tiró de mí apoderándose de mi boca, besándome con sumo cuidado y cariño, elevándome a un cielo del que ya no quería regresar. Cuando su boca se separó de la mía, fui yo el que le dediqué la mejor de mis sonrisas y la mirada más profunda de afecto. No quería estropear ese momento, por lo que le dije que ya se había hecho tarde y que era hora de llevarla a casa, pues Jeff la estaba esperando muy a pesar mío. Ana lo confirmó levantándonos para irnos. Nos sacudimos la arena de la ropa y del cabello y fuimos caminando hasta su casa en silencio. Una vez allí, volví a fijarme en si había luz, pero todo permanecía a oscuras. Le pregunté si tenía que entrar, diciéndome que ya llevaba en el coche lo que necesitaba y, aparte de eso, en casa de Jeff ya tenía algunas cosas. Ahora, sí que sí, tocaba despedida:

—Bueno, al fin vas a librarte de mí —le dije bromeando.

—Por supuesto, o a lo mejor eres tú el que se libra de mí —me contestó siguiéndome el juego.

—¿Librarme? Quisiera todo lo contrario —le manifesté bien seguro de que eso sería lo último que desearía.

—Me reconforta oírte decir eso. Antes de que te vayas, me gustaría saber cómo te encuentras —me preguntó un poco preocupada.

—Me siento como si estuviera en el paraíso, Ana, sereno, liberado, feliz. Ojalá pudieras adentrarte en mi interior para hacerte una idea de lo que ha significado para mí lo acontecido en la playa —de nuevo afloraban aquellos sentimientos de hace unos instantes—, no sé cómo agradecerte por esta impresionante tarde y por lo que me has hecho sentir.

—No tienes que agradecerme nada. Yo solo quiero verte feliz y que salga a la superficie la grandeza de tu ser —me dijo con entusiasmo—. Tengo que irme, ojazos, dame un toque cuando

llegues.

—Sí, al final te estoy entreteniendo más de la cuenta. Te pongo un mensaje cuando esté en casa. Avísame tú también cuando estés ya con Jeff —le dije poniéndome romántico.

—Por supuesto, aunque aún tardaré un rato, por lo que no te preocupes, ¿vale? Me va a costar encontrar aparcamiento —me dijo con razón, pues la noche anterior fue lo que ocurrió.

—Tranquila. Esperaré tu mensaje. Buenas noches, preciosa —le dije agarrándola y dándole un buen beso de despedida que recibió de mil amores.

Se fue hacia su coche mientras yo permanecí como un lelo observándola, y digo como un lelo porque imagino que es así cómo me vería, ya que se metió y volvió a salir acercándose de nuevo y propinándome un pedazo de beso que me dejó sin sentido. Sonriendo, se alejó diciéndome adiós con la mano y, ahora sí, montándose en él y arrancando. Me puse el casco y arranqué también en cuanto pude salir de mi estado de atontamiento. Hoy me había tocado el pleno, pues dos veces me había besado Ana en una tarde. Mi mente iba a mil por hora, en el buen sentido y con razón, pues había motivos para ello. Pero lo mejor de todo es que, por primera vez, ni ella ni yo habíamos acabado disculpándonos, ni pidiendo perdón, por creer haber metido la pata sintiéndonos fatal. Esa había sido la tónica de las veces anteriores que siempre se repetía cuando quedábamos. Los dos habíamos disfrutado de los momentos más «íntimos», por decirlo de alguna manera, dejándome un maravilloso sabor de boca. Ya en casa, seguía que no cabía de gozo en mí mismo, siendo la sensación tan reconfortante que lo único que deseaba era volver a verla, pero como sabía que eso no era posible, lo que intentaría sería hablarle. Le envié un audio diciéndole que ya estaba en casa, dándole nuevamente las gracias por todo y proponiéndole que, si no la importunaba y le apetecía, podíamos llamarnos luego y charlar otro poco. Después de enviárselo, tuve tentaciones de borrarlo antes de que lo escuchara por si pensaba de mí que estaba desesperado, pero, qué narices, es lo que necesitaba y me apetecía, así que lo dejé tal cual. Me di una ducha rápida, pues me picaba todo el cuerpo de la arena de la playa, aunque la más perjudicada fue Ana que es la que había quedado en contacto directo con dicha superficie. Cuando salí, comprobé que ya tenía un mensaje suyo, el cual me hizo soltar unas carcajadas en cuanto lo escuché, pues, mientras Ana lo había estado grabando, Jeff se había puesto a refunfuñar quedando registrado y escuchándose de fondo. Estaba molesto por haberse presentado tan pronto y, sabiendo que estaba a gusto, no haber pasado más tiempo conmigo. Lo último creo que iba relacionado sobre el tema de sus cuidados, aunque ya no logré entenderlo bien, pues casi no se escuchaba. Lo mejor y más importante vino después, cuando me declaró que deseaba, de igual modo, charlar, siendo la única pega que tendría que esperar un poco, pues primero quería dejar a Jeff apañado y siempre y cuando no se me hiciera demasiado tarde. Le puse otro mensaje diciéndole que no importaba lo que tardase y que se tomase todo el tiempo que necesitara, pues lo que quería era escuchar su voz antes de irme a dormir. No solía acostarme pronto y esta vez no iba a ser una excepción. En eso fue en lo que quedamos, llenándome de ilusión, y pensando en qué podía hacer hasta que me llamara. Fui a la cocina, pues se me había ido agudizando el hambre en el camino causado por lo poco que había cenado para ser yo, y la excitación de la playa. Como era costumbre en mí, no me quedaba gran cosa que llevarme a la boca, solamente un trozo del exquisito bizcocho, el cual me reservaba para el desayuno, y media bolsa de las moras, que resultaron ser las elegidas para apaliar mi hambruna. Me fui al salón a ver un rato la tele degustando lentamente cada una de las riquísimas moras. Pasó una media hora más o menos cuando Ana me llamó:

—Hola, espero que estuvieras despierto aún —me dijo en voz bajita y un tanto temerosa por si me había acostado ya.

—No, estoy viendo la tele y comiéndome el resto de las moras que me regalaste. ¿Tú qué haces? —le pregunté curioso.

—Estoy sentada con Jeff viendo una peli antiquísima con la que segurísimo me dormiré en un periquete, a pesar del café que me tomé en el restaurante —me contestó divertida mientras Jeff, el cual se había acercado a su móvil, me decía que no le hiciera caso, pues no hacía más que protestar cada vez que ponía películas de antaño.

—Ja, ja, ja, tengo la sensación de que os lo estáis pasando en grande —le dije riéndome también al imaginarme tan cómica escena.

—Sí, uf, no tienes ni idea de lo aburridas que son, aunque lo mismo dice él de las que nosotros estamos acostumbrados a ver. Es cierto que sobre gustos no hay nada escrito —me contó, siendo una gran verdad, a lo que había hecho referencia de que cada uno tiene sus preferencias.

—Espero que te acuestes pronto e intentes descansar, aunque, por tus bostezos, no creo que tardes mucho —le dije al escuchar cómo se le abría la boca.

—Ya te he dicho que esta peli me va a dejar KO —me contestó sonriendo—, lo que dudo es que pueda descansar bien. Esta noche tengo que tomarle la temperatura a Jeff cada dos horas e ir apuntándolo para decírselo al médico, por lo que va a ser un poco difícil. Pero solo es esta noche, y si todo va bien, ya habrá pasado lo peor —me explicó optimista, a pesar de la dureza de las horas venideras.

—Me siento impotente por no poder ayudarte, Ana. Tú siempre estás haciendo cosas por mí, y yo, nada —le comenté afligido porque era cierto, ella siempre andaba velando por mi bienestar, y yo, no.

—Ray, no puedes hacer nada, esto es cosa mía. Me has ofrecido tu ayuda y, para mí, es más que suficiente. Ya tendré tiempo de dormir mañana. —Era un cielo de mujer, todo le parecía bien.

—Gracias por hacerlo todo tan fácil. Por cierto, esta tarde me he sentido pletórico teniéndote entre mis brazos. Sigo necesitándote —le dije sacudido por los recuerdos.

—Lo sé, y yo a ti. No hay sitio en el que pueda o quiera estar mejor que entre los tuyos, Ray —me confesó feliz, sin tener remordimientos por ello.

—No puedo esperar a verte mañana, ¿no es de locos? —le dije rindiéndome a la evidencia.

—Pues, si es de locos, entonces deberían encerrarnos a los dos por lo mismo. —Menos mal que no la tenía cerca, sino no respondería de mí.

—Espero que Jeff no esté al tanto de la conversación porque, si es así, la próxima vez que me vea, me mata —le comenté intentando desviarme del tema para que no se notara tanto mi amor por ella.

—La verdad es que está poniendo caras raras y yo creo que se está haciendo un poco el sueco. Pero, tranquilo, no tienes que temer nada, él te aprecia mucho. —Escuchar como Ana me decía eso y con la dulzura que lo hacía me tocó el alma.

—No sé qué decir… —y era verdad—, eres tan especial y significas tanto para mí… —Me derretía por completo—. Será mejor que me calle y te deje ya en paz o entonces sí que Jeff me va a odiar.

—Te aseguro que no le importa, pero tú tienes que irte a dormir. Y, por lo otro que has dicho, yo te dije…, en fin, ya sabes lo importante que eres para mí. Que disfrutes de un profundo y dulce descanso, Ray —me dijo despidiéndose.

—Te diría que lo mismo te deseo, pero prefiero no hacerlo porque me sentiría mal sabiendo que no va a ser así. Lo que me gustaría es que pudieras dormir algo y descansar mañana todo lo posible.

Y, te lo repito, si me necesitas, sea para lo que sea, no dudes en decírmelo que ahí estaré. Buenas noches, preciosa —así me despedí yo.

—Lo tendré en cuenta. ¡Gracias! Buenas noches, ojazos.

Finalizamos la llamada quedándome en un indeseable silencio. No me reconfortaba el seguir viendo la peli, por lo que me fui a dormir. Me acosté pensando en cómo hoy nos habíamos entregado, a nuestra manera, el uno al otro. Y sintiendo que avanzábamos cada vez más, sobre todo al expresar nuestros sentimientos. Cerré los ojos repasando una y otra vez la escena de los dos en la playa hasta que el sueño me invadió por completo.

26

Me levanté al baño disponiéndome a mear cuando la alarma comenzó a sonar. Dejé tranquilamente que sonara tomándome mi tiempo, ya que nadie se iba a despertar si continuaba sonando hasta que terminara con mis necesidades fisiológicas. Cuando volví para apagarla, vi que Ana me había enviado una foto con la imagen de una playa al atardecer y la silueta de una pareja abrazada como lo habíamos estado nosotros ayer, a la cual acompañaba la siguiente dedicatoria: «Tus brazos son mi refugio, donde me siento segura y el único lugar donde quiero estar». Mi corazón dio un vuelco, pues ese mensaje reflejaba exactamente lo que yo había sentido ayer cuando estuvimos abrazados. Quería enviarle yo otro, pero no tenía ni idea de qué mandarle. Busqué imágenes de amor, pero dudaba si sería demasiado revelador. No me considero un hombre romántico y no quería tampoco hacerle ver algo que no era, por lo que deseché el corresponderle de la misma manera. Le puse un audio declarando lo que había sentido al ver su mensaje y lo que me había emocionado al saber que compartíamos los mismos sentimientos. Fui a la cocina a desayunar notando, cómo se dice…, ah, sí, mariposas en el estómago. Mientras me deleitaba con el resto del bizcocho, se me vino a la mente escribirle y dedicarle una canción. Sería la mejor forma, y la única que yo sabía, para expresar mis sentimientos por ella. Terminé, cogí mis cosas y me fui al estudio. El tráfico hoy se había complicado por obras en la carretera haciéndome llegar tarde aun habiendo salido con tiempo de sobra para llegar a la hora. Me encontré a John justo cuando iba a entrar en el edificio, pues él también llegaba tarde:

—Ey, muy buenos días, Romeo, ¿qué tal ayer? Por la cara de tonto que traes, me parece que fue todo un éxito —me preguntó tanteándome a ver qué le respondía y cachondeándose de mí para no variar.

—Buenos días, John, pues, sí, estuvo increíblemente bien, no te lo puedes ni imaginar —le contesté sintiéndome el hombre más feliz del universo y haciendo caso omiso a sus burlas.

—No me digas. Espera, déjame adivinar…, qué cabrón, ¡os habéis acostado!

—Pero tú estás tonto o qué te pasa, y, además, ¿a ti qué te importa? Y, para que lo sepas y dejes de darme la lata, no, no nos hemos acostado, ha sido algo así como… un revolcón, pero sin llegar a hondar en nada —le respondí un poco harto de que solo pensara en si me acostaba con Ana o no.

—Hombre, pues ni tan mal y, aun así, ha debido ser la hostia por la cara que traes —me soltó guiñándome un ojo como acto de complicidad.

Le conté, sin entrar mucho en detalles, pues ya estábamos a punto de llegar, sobre la cita tan increíblemente especial y maravillosa que había tenido, sin olvidarme del mensaje que Ana me había enviado. Sonrió abriendo la puerta y cambiando de tema justo al entrar. En verdad debía de tener una cara de gili que no veas, pues todos me miraban con extrañeza siendo Brian el que más, aunque, viniendo de él, no me sorprendió para nada. Estaba tan eufórico y feliz que cogí carrerilla costándoles seguirme el ritmo, lo que causó más intriga entre ellos aún. De vez en cuando, miraba a John, que sí sabía de qué iba la vaina, el cual se estaba descojonando al ver como a todos les corroía la curiosidad, pero nadie se atrevía a preguntar. Fue Rave el que en la pausa del café se dirigió a mí

para enterarse de una vez de qué es lo que pasaba conmigo. Pude notar como los otros se quedaban a la espera de mi respuesta. Le expliqué que no había nada en especial, no siendo lo suficientemente convincente. A él, que era el mayor del grupo y perro viejo, por así decirlo, era difícil engañarle, pues tenía mucha escuela y sabía de la vida, no convenciéndole mi contestación. Se detuvo delante de mí y, después de escudriñarme detenidamente durante unos segundos, algo que me pareció muy incómodo, por cierto, dijo en voz alta, y para que todos se enteraran, que lo que a mí me pasaba es que estaba enamorado. Mi cara y la de todos, en ese momento, fue todo un poema. No supe qué hacer ni qué decir y lo único sensato que se me ocurrió fue contestar que «a lo mejor». John hizo el paripé dándome una palmadita en la espalda acompañado de un «enhorabuena», siguiéndole los demás. Todos declararon un «al fin» queriendo saber a toda costa quién era la suertuda, o no. Les aseguré que no iba a dar detalles ni a revelar su nombre, pues llevábamos saliendo relativamente poco y prefería reservarme hasta que tuviera la certeza de que la cosa iba en serio. Yo estaba convencido de lo que sentía, pero no podía hablar en nombre de Ana, y hasta que no lo tuviera claro, no daría ninguna información. Esto no se lo dije, por supuesto. A pesar de ello, se acercaron a mí dándome palmaditas en el hombro al igual que lo había hecho John, excepto Brian, que solo me dio la enhorabuena tan sieso como siempre lo era conmigo y observándome con recelo. Solo esperaba que no sumara uno más uno y cayera en la cuenta de que era de Ana de quien me había enamorado. Sostuve mi palabra de que no iba a abrir la boca, por mucho que me insistieran, hasta que lo considerara oportuno y por ello les pedí, por favor, que respetaran mi decisión y mi privacidad. Hubo un consenso entre todos y dimos por zanjado el tema. En ese sentido, no me podía quejar, pues siempre habíamos sido muy respetuosos los unos con los otros, exceptuando uno que ya sabéis. Antes de reiniciar las grabaciones, me fui al pasillo y llamé a Ana. Comenzó a dar la señal, pero no me lo cogió. Caí en la cuenta de que igual estaba dormida, por lo que decidí no insistir más, siendo justo ese momento cuando oí que me decía «hola» con voz fatigada:

—Hola, preciosa, espero no haberte despertado —le dije un poco apurado por si había sido así.

—Hola, ojazos, no, tranquilo, iba a meterme en la ducha cuando lo he oído y he venido tan deprisa pensando que no me daba tiempo a llegar y cogerlo. ¿Cómo estás? —me preguntó tan tierna como de costumbre.

—Muy bien. He dormido estupendamente, me encuentro descansado, liviano, y todo gracias a ti, aunque lo mejor y lo que me ha alegrado el día ha sido tu mensaje. No salgo de mi asombro, estoy feliz —le dije apasionado—. Tú cómo estás, ¿has podido dormir algo? —le pregunté sabiendo la respuesta.

—La verdad es que no mucho, pero ya ha pasado. En un rato, vamos a llevarle los resultados al doctor y a ver qué nos dice. No ha tenido nada de fiebre en ningún momento, por lo que entiendo que ya estará fuera de peligro —me explicó, cambiando al tema de cómo me sentía—. Me alegra verte feliz, es lo único que deseo —me contestó tan espontánea y natural como ella era.

—De verdad, me siento increíble y no es que lo diga yo, los chicos se han dado cuenta también —le comenté esbozando una gran sonrisa al pensar en ello y hablándole directamente desde el corazón—. No sé cómo hacer para que el tiempo pase más deprisa y poder verte lo antes posible.

—A mí me ha ocurrido de igual modo al oír el mensaje que me dejaste. Me has dado un nuevo motivo para sonreír —me dijo dulcemente, pero notándola algo decaída.

—Ana, ¿estás bien? Eso que me acabas de decir me alegra por un lado, pero me mosquea por el otro. No será…, ¿has estado con tu compañero de piso, ese tal Bailey? —le pregunté enojado

porque sabía que tenía algo que ver con ello.

—Estar, no, hemos hablado por teléfono y hemos quedado en vernos después de ir al médico para hablar. Quiero arreglar esto, si se puede, antes de ir esta tarde al *pub* —me contestó temerosa de mi reacción.

—Basta con que me digas «ven» y salgo de aquí zumbando hasta tu casa, lo sabes, ¿verdad? —le dije serio, muy serio.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no tienes de qué preocuparte, no va a pasar nada. Voy a quedar con él en un café y, además, Jeff no andará lejos por si acaso. Quería estar presente, pero me he opuesto rotundamente. Bailey se sentiría acorralado por ello y soy yo la que esta tarde tiene que trabajar con él y aguantarle. Quiero que confíes en mí y te concentres en lo tuyo. Cuando haya terminado de hablar con él, te envío un mensaje. Insisto, voy a estar bien, mi caballero andante. —Su voz y su mensaje me tranquilizaron un poco; lo que daría por poder estar presente solo por si acaso.

—De acuerdo, tú le conoces mejor que yo. Y por supuesto que confío en ti, que quede claro, en quien no confío es en él. Estaré pendiente del móvil, que lo sepas. Tengo que irme, preciosa, ya están todos dispuestos para seguir. Ansío verte —le dije sin querer terminar de hablar con ella.

—Descuida, yo también tengo que acabar de arreglarme, si no, vamos a llegar tarde. A por todo, ojazos. Ojalá no tuviera que trabajar para pasar toda la tarde juntos. Un beso, guapo. —Normalmente no me gustaba el apelativo de «guapo», pero dicho por ella me sonaba fenomenal.

—Otro beso para ti donde tú elijas, bombón —le dije suspirando de amor.

Me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón para ir echándole una ojeada según tuviera un rato, en vez de dejarlo fuera como acostumbrábamos. Continuamos componiendo hasta que fue la hora de comer. Seguía sin tener noticias de Ana y empecé a preocuparme. Estuve a punto de llamarla, pues no aguantaba más la incertidumbre, cuando John, que estaba al corriente de mi última conversación con ella, me dijo que no me impacientara y confiara en ella como le había dicho. Tenía que reconocer que llevaba razón, así que no me quedaría más remedio que continuar esperando noticias suyas. Mientras íbamos de camino al restaurante, aproveché para pedirle que me acompañara al *pub* esta tarde, pues si pasaba algo entre Ana y su compañero, no sabía cómo iba a reaccionar al verle y le necesitaba para que me mantuviera a raya y no cometiera ninguna estupidez. Me contestó que faltaría más, que le dijera la hora y allí estaría. Le aseguré que no nos demoraríamos mucho, sobre todo porque Ana no me lo iba a permitir, lo que le venía de perlas para evitar más problemas con Jenni. Mi nerviosismo aumentaba por segundos cuando sonó el tono de un mensaje en mi móvil. ¡Por fin! Era de ella. Me decía que se encontraba bien. Al final había decidido quedar con Bailey en el *pub*, pues Jeff quería pasar a ver cómo estaba todo y ya aprovecharían para hablar allí. Me comentó que al principio fue un poco reacio, no teniendo elección y aceptando el cambio de sitio. Jeff se ocultó en el almacén, para que no le viera, escuchándolo todo y pudiendo aparecer si la cosa se complicaba. La situación seguía algo tensa aun habiéndolo hablado, pues Bailey no daba su brazo a torcer, así que el trabajar juntos por la noche sería una tediosa tarea. Me reiteró que no me preocupara, que estaba bien y que estaba muy ilusionada por verme allí más tarde. También se disculpó por no haberme escrito antes; habían estado hablando hasta ahora y, cuando acabaron y se dio cuenta de la hora que ya era, casi le da un soponcio pensando en cómo me encontraría yo. Le contesté que no podía mentirle y que en verdad me había puesto histérico, haciéndome toda clase de conjeturas. Fue en ese instante, cuando recibió mi contestación, que me llamó. Quería saber cómo

me encontraba, no dejando de pedirme perdón a cada momento. Le hice entender que ahora que sabía que estaba bien y a salvo, lo demás había dejado de importarme. Tampoco podía reprocharle nada, pues habíamos quedado en eso, en que me mandaría un mensaje al terminar de hablar y fue exactamente lo que hizo sin perder ni un solo segundo, pero no conseguí hacerla sentir mejor. Nos despedimos, pues yo tenía el tiempo justo para comer sabiendo, a ciencia cierta, que le había chafado el resto del día hasta que nos viéramos, aunque ella me hubiera asegurado de que no sería así. Comimos y nos incorporamos de nuevo al trabajo. Mi mente no paraba de pensar en si estaría bien o no. Tuve en cuenta las sabias palabras que John me había recordado antes, respecto a confiar en ella, después de todo, si Ana me había asegurado de que no era cierto que le hubiera chafado el día, debía creer en que así sería. La tarde, en especial las tres últimas horas, se me hizo eterna, a pesar de que me encontraba a gusto componiendo un nuevo tema. A cada rato que podía, comprobaba mi móvil para ver si Ana había vuelto a escribirme. De verdad no había sido mi intención hacerla sentir mal, pero no pude mentirle. Debía de habérselo dicho con un poco más de tacto, pero estaba tan nervioso que me fue imposible pensar con claridad para ejecutarlo de ese modo y es lo que me reprochaba a mí mismo. Un poco antes de terminar, al mirar por última vez el móvil, vi que tenía un nuevo mensaje suyo. En él me comentaba que se había ido a comer con Jeff y que después se había echado un poco, pues estaba que no se tenía en pie, ya que no había pegado apenas ojo en la noche y la mañana se había terciado más tensa de lo esperado. Lo que me hizo reflexionar en que, encima, yo no había hecho más que causarle más quebraderos de cabeza; no tenía remedio. Insistió, por último y ya despidiéndose, de que se encontraba bien, persistiendo en que no me comiera la cabeza por lo sucedido. Así era ella, siempre pendiente de mi bienestar. Ahora solo deseaba verla y estrecharla entre mis brazos para disculparme y conectar con ella, como sucedía cuando lo hacíamos.

Salimos del estudio, quedando con John en que primero iría a casa a darme una ducha rápida, comer algo e ir al *pub* alrededor de las ocho y media, hora en la que nos veríamos allí. Tardé en llegar a casa por culpa de las malditas obras, teniendo que apurarme un poco si quería ser puntual y llegar a la hora acordada. Le puse rápidamente un mensaje a Ana avisándola de la hora a la que pretendía pasarme a verla, contestándome, de forma escueta, que perfecto y que nos veríamos dentro de un rato, despidiéndose con un beso, lo que me hizo imaginar que andaría liada a estas horas preparándolo todo para abrir. Luego hablaríamos tranquilamente. Encargué unos bocadillos, pues era lo más rápido, aprovechando a ducharme mientras los preparaban y los traían para no perder nada de tiempo. Es increíble como cuando quieres que el tiempo pase rápido, parece que se detiene, y que cuando deseas todo lo contrario, es decir, que pase despacio, vuela. Llamé a John para decirle que mejor quedábamos allí a las nueve menos cuarto, pues veía que no me iba a dar tiempo para terminar de cenar y llegar hasta allí, el cual no puso objeción alguna, pudiendo relajarme un poco. Avisé a Ana a través de un audio explicándole el porqué de mi retraso, pues no quería que pensara nada raro, ah, sí, ese era yo. Acabé de cenar, cogí mi cartera, las llaves de la moto y salí hacia el *pub*. Como era de costumbre, me tocó esperar a John que llegaba tarde; con razón no le importó el cambio de horario. Me impacientaba a pasos agigantados, pues no podía esperar más para ver a mi chica, así que decidí que, si en cinco minutos no aparecía, entraría yo solo y le esperaría sentado dentro. Tuve suerte, llegando cuando quedaban tan solo dos minutos de la cuenta atrás que ya había iniciado.

27

Entramos y allí estaba mi Ana compartiendo barra con el memo de su compañero. Estaba guapísima portando un top gris clarito ajustado, sin mangas y cruzado a un costado con un escote en pico que resaltaba sus preciosos pechos. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta que dejaba su largo y esbelto cuello al descubierto, cosa que me ponía y mucho. Ambos tenían el semblante serio hasta que giró la cabeza hacia la puerta y me vio, cambiando completamente a radiante y alegre. Aún se le podían apreciar rastros del cansancio que arrastraba desde el lunes. Nos acercamos a la barra a saludar no sabiendo cómo actuar, es decir, si besarla delante del otro o no, ya que no tenía claro si Ana le había contado algo, en cuanto a lo nuestro, de que estábamos saliendo. A ver, el tal Bailey ese no era idiota y me había visto ya demasiadas veces por allí tonteando con ella, además, estuvo espiando por la ventana la primera vez que fui a buscarla sabiendo que habíamos salido juntos ese día, pero dudaba que supiera exactamente qué había entre nosotros dos o de que Ana le hubiera dado explicaciones al respecto aclarándoselo. Opté por darle dos besos al igual que John, quedándose un poco asombrada, pero imaginándoselo al mismo tiempo, pues no dijo nada. La verdad es que me jodía un montón el no poder besar su cálida y juguetona boca, ni hacer míos esos ardientes y exquisitos labios que eran una auténtica droga para mí; era como si me faltase algo. Se puede decir que era por completo adicto a sus besos y, en especial, a ella. Pedimos lo de costumbre para beber. John se fue a coger un sitio para dejarnos un momento solos. Gracias a eso, pude quedarme lo suficiente para preguntarle rápidamente qué tal estaba el ambiente entre su compañero y ella. Me dijo que había llegado puntual y que, en lo que respectaba al trabajo, se estaba comportando de maravilla; era con ella con la que andaba esquivo. No entendía cómo podía actuar de esa manera, pues era la mujer más maravillosa e increíble del mundo. Me miró y me dijo que me relajara, tenía todo bajo control. Quise pensar en que así era, aunque la sangre me hervía por dentro cuando le miraba y le veía mohíno y cabizbajo. Agarré las cervezas sin y me fui a la mesa con John. Nada más sentarme, me preguntó:

—¿Qué has averiguado, colega? ¿Cómo está el percal? —preguntó algo alarmado, pues me notó enfurecido después de haber hablado con Ana.

—La situación está tensa. Respecto al trabajo, va todo bien, pero está resentido con ella y eso es lo que me tiene preocupado y encabronado al mismo tiempo. No entiendo cómo alguien puede enojarse tan siquiera con ella —dije mirándola, añorando sus besos y sus caricias.

—Sí, se les nota. Pero a ella la ves bien, ¿no? Me refiero a que no le teme. —Era increíble que pensara como yo.

—Me ha asegurado que lo tiene todo controlado. Ya le he dicho que me fío de ella, pero que de él no. Por eso evaluaré si me quedo más tiempo del que tenía pensado. No te preocupes, John, si lo hago, tú puedes irte cuando quieras, demasiado que has venido y me estás acompañando —le dije totalmente agradecido e intentando que no tuviera más problemas aún.

—Normalmente, ya sabes que me quedaría hasta el final, colega, pero no es poco que Jenni no me la haya liado al venir esta tarde contigo, por eso me iré según lo hablado, ya que le he dicho que

llegaría como muy tarde sobre las diez y media —se disculpó el pobre sin tener motivos para ello.

—De verdad, al contrario, soy yo el que tiene que disculparse por meterte siempre en estos berenjenales. Te prometo que te compensaré por todo lo que estás haciendo por nosotros. —No sabía de qué manera, pero algo se me ocurriría.

—Anda, no seas tonto, no me debes nada. Y vete a la barra a que te den algo para picar —me dijo guiñándome el ojo.

—Tus deseos son órdenes para mí —le dije levantándome y haciendo lo que me había pedido.

Me acerqué a la barra y le pedí a Ana algo para acompañar a las cervezas. Sonrió disculpándose por el despiste y entregándome dos cuencos grandes para que no nos faltara. Nuestras miradas se cruzaron repletas de añoranza del uno por el otro, haciéndonos suspirar al mismo tiempo por ello. Enseguida volví a la mesa, pues me estaba encendiendo cada vez más al ver como Bailey nos miraba de reojo. Aun así, me debatía en si cambiarnos y sentarnos en la barra. Necesitaba estar cerca de ella sí o sí. Se lo comenté a John, el cual dijo que sí de inmediato, cogiendo todo lo de la mesa y trasladándonos al lugar elegido. La cara de grata sorpresa de Ana lo dijo todo, comprendiendo que la idea había sido todo un acierto. En ese momento, la puerta se abrió tras nosotros, entrando un grupito de jóvenes a tomar algo, fastidiándome el poder hablar más detenidamente con ella. Tomaron posesión de algunas mesas, incluyendo en la que habíamos estado nosotros hacía un instante, mientras varios del grupo se abalanzaron sobre la barra a pedir. Vi como uno de ellos le echó el ojo a Ana, acercándose a ella para que le atendiera seguido de otro de sus colegas. Ambos se quedaron totalmente cautivados cuando esta les sonrió y les preguntó tan dulcemente, como era ella, qué les apetecía beber. Pidieron unos cócteles y, sin vergüenza alguna, su número de teléfono. Se puso colorada en un momento mientras yo me atragantaba al escucharlo. Hizo caso omiso, pero la insistencia de uno de ellos, y al ver que yo comenzaba a perder los estribos levantándome para mandarles a tomar por culo, la llevó a decirles muy amablemente que no se lo iba a dar y que ya salía con alguien. Los dos jóvenes, que se miraron decepcionados, se disculparon dejando de tocar de una vez las pelotas. Ana se apresuró a preparar las bebidas encargadas intuyendo que, en cualquier momento, yo la podía liar. Para eso mi querido amigo John ya se había encargado de sujetarme sin que ella llegara a verlo sentándome de nuevo en la banqueta. Me aconsejó que lo dejara estar, comenzando a repetirme a mí mismo: «Son solo unos niñatos, Ray, unos capullos y estúpidos niñatos que están de fiesta y pretenden hacer una gracia». Eso y ver que Ana les había dicho que estaba con alguien me hizo volver en mí llenándome de satisfacción el comprobar que ella se tomaba lo nuestro tan en serio como yo. Su compañero Bailey, que había presenciado también lo sucedido, hizo una mueca como de estar encantado viéndonos a los dos pasarlo mal, lo que me sentó realmente a cuerno quemado. Se la estaba cargando con todo el equipo. Él prosiguió poniendo copas mientras que Ana llenaba cuencos con frutos secos. Terminó de atender indicándole que se encargara de la barra, pues se habían quedado sin picoteo e iba al almacén a buscarlo. Abrió la puerta y se metió en el almacén, instante en el que estuve tentado, aprovechando la ocasión, de pedirle que se acercara para así poder decirle unas cuantas cosas, pero recordé lo que ella me había hablado de que no me entrometiera y le dejara arreglarlo a su manera junto con la promesa que yo le había hecho de respetarlo. Por lo que me quedé quieto, eso sí, mordiéndome la lengua. Cuando recobré la cordura, caí en que me podía beneficiar del momento para escabullirme yo también al almacén. Estaba a punto de avisar a John de mis planes cuando Ana reapareció asomándose brevemente y pidiéndome por favor si podía ayudarla con unos sacos. No tardé ni un segundo en ponerme de pie

para, como hombre caballeroso que soy, prestarle mi ayuda a mi damisela en apuros. Le hice una señal a mi colega de que enseguida estaría nuevamente con él. Bajamos los dos escalones y, una vez ya en el almacén, nos acercamos y nos besamos manifestando el inmenso anhelo que nos teníamos y habíamos acumulado hasta entonces. La estreché entre mis brazos tal y como lo había estado imaginando al mediodía, abrazándome ella a su vez con la misma pasión. Se separó un poco de mí para observarme detenidamente:

—Siento lo ocurrido hace un momento con esos clientes, casi me da un soponcio cuando los he oído pedirme mi número de teléfono —se excusó tan tímida como siempre.

—No tienes por qué sentirlo, tú no tienes la culpa. Son unos niñatos imbéciles e irrespetuosos. He estado en un tris de levantarme y partirles la cara —le dije confirmándole lo que había apreciado en mí durante lo sucedido.

—Por eso les he contestado y, gracias a dios, lo han entendido y me han dejado en paz. No siempre lo hacen. Así que te pido que lo olvides, ¿vale? —No se trataba de querer olvidarlo, sino de poder hacerlo, ahí estaba la clave.

—Lo intentaré, te lo prometo. Por cierto, me ha molado y mucho cuando les has contestado que ya salías con alguien —le dije cogiéndola de la espalda y la nuca para acercarla un poco más a mí.

—Suelo ser bastante discreta en lo que a mi vida privada se refiere, pero tampoco voy a ocultar nada. Y, aparte de eso, es la verdad —me aclaró entendiéndole perfectamente—. Me imagino que el haberme dado dos besos cuando habéis llegado es por lo mismo, ¿no? —me preguntó dudosa de qué opinaba yo al respecto.

—Sinceramente, me moría de ganas por besarte como lo acabamos de hacer, pero no tenía claro si tu compañero está al tanto de que salimos juntos, por lo que he preferido ser discreto y optar por darte dos besos hasta hablar contigo. Quiero que sepas y tengas la certeza de que solo hay una mujer que me interesa, y esa eres, única y exclusivamente, tú —se lo podía decir más alto, pero no más claro, impactándola y poniéndola más roja que la sangre.

—Yo también deseaba besarte y abrazarte, por eso cuando he tenido que venir al almacén a por provisiones he pensado que sería el momento idóneo para estar juntos, en privado. Y de ahí el pedirte ayuda.

—Pues has pensado bien, preciosa, muy bien. —Me encantaba que buscara un rato para nosotros —. Hablando de otra cosa, sé que no vas a estar de acuerdo, pero me gustaría quedarme aquí hasta que cerréis. He visto a tu compañero comportarse de una manera que no me ha gustado un pelo y a ese no le voy a pasar nada por alto —tenía que insistir para que lo aceptara como fuera y poder quedarme tranquilo.

—¡Rotundamente, no, Ray! No voy a consentir que te quedes. No soy tonta y he visto como se ha divertido de lo lindo cuando esos chicos me ponían en un apuro. Creo que, de alguna manera, intenta provocarnos y no estoy por la labor de que se salga con la suya. Te he pedido que confíes en mí, así que, por favor, hazlo —sabía que no me iba a dejar.

—Ana, de verdad que confío en ti, pero en él no. ¿Y si me voy y se le ocurre hacerte algo? —Ahora estaba fuera de mí, tenía que reconocerlo.

—Ray, cielo —me dijo cogiéndome la cara y hablándome muy suavemente—, si me quiere hacer algo, tiene miles de ocasiones para llevarlo a cabo, compartimos casa, ¿recuerdas? No puedes estar conmigo las veinticuatro horas del día para protegerme.

—Porque tú no quieres. Podías venirte a mi casa o yo a la tuya —le dije más convencido que nunca.

—Qué hago contigo, mi guapísimo caballero de ojos verdes... Ray, si tiene que pasar algo, pasará por más que quieras evitarlo. Yo quiero que estemos juntos porque ambos lo deseemos y no porque me sienta en peligro.

—Eh…, yo quiero y deseo que estemos juntos pase lo que pase —le dije necesitando oírla decir que sí.

—Algún día, te lo prometo... Y no te preocupes, no va a pasarme nada, te lo aseguro. Bailey es idiota, pero sabe con quién meterse, hasta qué punto y con quien no. Y sabe que es mejor tenerme de aliada que de enemiga, por su propio interés, pues tiene mucho que perder. Prométeme que me harás caso y te irás a la hora que tenías pensada. —No había manera de convencerla, así que tiré la toalla.

—Está bien, me iré junto con John tal cual lo habíamos hablado, aunque no creo que pueda pegar ojo. —No quería ponerme pesado, pero es que seguía sin gustarme que se quedara sola.

—Vas a dormir a pierna suelta porque yo voy a estar bien. No va a volver a pasar lo de esta mañana, te lo garantizo. Te iré enviando mensajes a cada rato para que compruebes de que no tienes nada de qué preocuparte, ¿entendido? —me dijo comenzando a darme tiernos besos y jugueteando con mis labios, obnubilando todos mis sentidos y alterando otros.

—Umm, no sé si me has convencido, ¿sabes? Sobre todo si continúas haciéndome estas carantoñas que me están volviendo loco —le contesté, pues no quería que parara con lo que estaba haciendo.

—¡Ray! —soltó al comprobar que me estaba aprovechando un poquito de la situación, pero sin detenerse por ello y sonriéndome de tal forma que me pareció endiabladamente *sexy*.

—Entendido —le dije sucumbiendo a sus mimos y poniéndome, con perdón de la expresión, bastante cachondo.

—Vamos a tener que dejarlo aquí por el momento, ojazos, tengo que volver al trabajo, muy a pesar mío —dijo mirando el reloj, suspirando.

—Es una pena —le contesté mirándola a ella y acariciándole su linda carita.

Cogió todo lo que necesitaba, repartiéndolo entre los dos, y volvimos al *pub*. La cara de su compañero cambió por completo al vernos salir juntos del almacén. Creo que se imaginaba lo que habíamos estado haciendo por el tiempo que habíamos tardado, algo que a mí me importaba un pimiento. Pude comprobar que Ana llevaba toda la razón cuando afirmaba que era un cobarde, pues, tras mirarle fijamente por si algo de esto le había supuesto un problema, no me mantuvo la mirada, retirándola y desviándola de inmediato hacia otro lado. Regresé de nuevo a mi sitio junto a un condescendiente John que me esperaba paciente y ansioso de conocer mis últimas andanzas. Di un sorbo a mi cerveza y comencé a contarle lo que acababa de pasar sin perder ni un momento de vista a mi chica, no pudiendo evitar que mi cuerpo reaccionara sin control por ello, siendo un hecho más que evidente y por lo que mi colega comenzó a reírse a carcajadas. Pedimos otra ronda, ya que aún teníamos tiempo de sobra. Ana hablaba a ratos, y cuando el trabajo se lo permitía, con nosotros. La noche se había animado gracias a los niñatos de antes, apareciendo unos cuantos más y juntándose a los que ya estaban allí. No dejaba de observarlos, ni a ellos ni a mi preciosidad. Cada movimiento suyo me hechizaba. La deseaba cada vez más y más. Bailey fue cambiando la música y amenizando la velada. No le quitaba ojo y eso le ponía nervioso, lo que me motivó a seguir haciéndolo, ya que me

divertía mogollón. Debido a ello, intentó ponerse gallito un par de veces con Ana, aplacando enseguida su soberbia al ver como ella le plantaba cara. Se hablaban lo justo y estrictamente necesario por el trabajo, fuera de eso, casi ni se miraban. No sé si él se sentía incómodo, de lo que estaba seguro es de que Ana sí. Se la notaba muchísimo en su expresión, la cual intentaba cambiar en cuanto se daba cuenta de que yo la miraba o se acercaba algún cliente a la barra para ser atendido. Me hubiera gustado decirle que no tenía por qué aguantar eso, que lo dejara y se viniera conmigo para poder encargarme y cuidar de ella. Se lo daría todo, sin excepción. Sin embargo, sabía que jamás le haría eso a Jeff, que no renunciaría sin más, todo lo contrario. Y, además, ese sería un gran paso que no tenía claro si ella estaba dispuesta a dar. Todo iba fabuloso entre nosotros, pero, hasta ahora, solo habíamos expresado lo mucho que nos gustábamos, nada más. Ese era un tema en el que había estado pensando en los últimos días y del que, un poco más adelante, me gustaría hablar con ella; necesitaba saber qué era lo que sentía realmente por mí. Continuamos charlando, acabándose el tiempo, pues quedaba nada para tener que irnos. Seguía sin estar conforme con lo de dejarla sola y eso iba a darme más que un quebradero de cabeza esta noche conociéndome como me conocía, pero no le diría nada a Ana, bastante tenía ella ya para tener que preocuparse también por mí. Le pedí la cuenta, pagándosela gratamente pese a su persistencia en invitarnos. Nos despedimos con otros dos besos mientras le decía con prisa que la iba a echar mucho de menos, confirmándome que ella también a mí. Ni siquiera miré al estúpido de su compañero, simplemente nos dimos la vuelta y nos fuimos. Al salir, me paré delante de la puerta. John se volvió hacia mí, mirándome extrañado, sin saber qué me pasaba y preguntándome si me encontraba bien. Y la verdad es que no, me sentía mal, muy mal, pues consideraba que no estaba haciendo lo correcto:

—Eh, Ray, ¿todo bien? —me preguntó finalmente.

—No, no está bien dejarla ahí sola, John —le contesté angustiado solo de pensarlo.

—No puedes hacer otra cosa, colega. Ella ya te ha dicho que va a estar bien. Ya verás como al final te vas a dar cuenta de que te has estado preocupando por nada. Tengo que irme, Ray, no puedo quedarme más —terminó de decirme.

—Claro, vete, tranquilo. Yo también me voy, si entro de nuevo, Ana se va a mosquear y eso es lo último que quiero. Nos vemos mañana y gracias.

Nos despedimos y nos fuimos cada uno por su lado. Me monté en la moto mientras le echaba un último vistazo al *pub*. Arranqué y me fui a casa.

28

Entré por la puerta de mi piso un tanto desanimado, sin poder evitarlo. Y eso que seguía aún alucinado de lo que había vivido en el almacén junto a ella. Lo primero que hice fue escribirle para decirle que había llegado, pues sabía lo mucho que se preocupaba. No tardó en contestarme diciéndome que se alegraba de saber que estaba ya en casa y certificándome que se encontraba bien, lo que me hizo esbozar una leve sonrisa al ser consciente de lo pendiente que estaba de mí. Eso me valió para animarme algo más. Quería aprovechar toda esa montaña rusa de sentimientos que albergaba en mí, por lo que me metí en mi estudio a componer, asegurándome esta vez de llevar el móvil conmigo. Estuve un rato largo hasta que el abrir continuo de mi boca me indicó que ya era hora de irme a la cama. Apagué todo y me acosté, no sin antes enviarle a mi chica otro mensaje de buenas noches. Esta vez tardó más en contestarme, pues según me explicó era un no parar en el *pub*. Aparte me envió un audio deseándome los sueños más dulces y felices del mundo, diciéndome que me echaba de menos y que todo estaba bajo control. Fue con lo que me quedé, cerrando los ojos y abandonándome al descanso. Al principio, el sueño me invadió, aunque muy brevemente, pues comencé a dar vueltas en la cama. No podía dormir pensando en Ana, en cómo la hacían sufrir innecesariamente, en la expresión de su cara cuando nadie la miraba y eso me partía el corazón. De vez en cuando, revisaba el móvil para ver si había recibido más mensajes suyos mientras mi cabeza no cesaba de darle vueltas a todo lo vivido en el *pub*, haciendo más hincapié en nuestro íntimo momento en el almacén. ¡Madre de Dios! Cómo me ponían sus muestras de cariño. Tan solo de pensar en su forma de besarme, en la humedad de su boca, así como en el roce de su cuerpo contra el mío se me puso dura como una piedra y, al no tener otra cosa mejor que hacer, pues seguía sin poder pegar ojo, opté por satisfacerme sexualmente dándome placer. No estuvo nada mal, pero mi cuerpo ya me pedía a gritos otro tipo de contacto físico. Me levanté a echar un pis y asearme. Al regresar a la cama, miré nuevamente el móvil que marcaba ya las dos y media de la mañana. Sentí malestar al caer en la cuenta de que me acababa de masturbar pensando en ella, sin tener en cuenta que no se encontraba bien. Se me pasó por la cabeza enviarle un mensaje para saber cómo iba y avisarla de que estaba despierto aún, pero lo deseché rápidamente, pues si me preguntaba por lo que había estado haciendo hasta ahora, no le podía contar la verdad de que había estado jugando con mi miembro y, especialmente, porque se iba a disgustar. Me quedé un rato tumbado boca arriba mirando las formas que las luces de la calle producían en el techo de mi habitación, cuando un mensaje rompió el silencio de la noche. Ana me acababa de escribir para decirme que justo, en ese momento, estaba entrando por la puerta de su casa. No lo pensé dos veces y ni corto ni perezoso cogí el móvil y la llamé:

—Me alegro de que ya estés en casa, preciosa —le dije con voz suave y afectiva.

—¡Ray!, ¿qué haces aún despierto a estas horas de la madrugada? Te he enviado el mensaje pensando que dormías plácidamente. —Su voz sonaba apenada.

—Ya ves, hoy soy yo el que no va a dormir bien. Créeme que lo he intentado sin éxito. Ha habido un rato en el que parecía que tenía sueño, pero tan solo fue una falsa alarma —le aclaré sin explicarle

lo entretenido que había estado.

—Lo siento, y todo por mi culpa —suspiró, al decirlo, tan fuerte que fui capaz de percibirlo.

—No es tu culpa, Ana, sino la mía por no dejar de darle vueltas a las cosas. Así que tranquila. Por cierto, ¿qué tal se ha dado la noche? —necesitaba ser sincero y hacerle ver que solo yo era el responsable de mi insomnio.

—Bastante bien. Hemos estado muy liados hasta casi la hora de cerrar, aunque mejor así, pues se me ha pasado muy rápido —me explicó mientras la oía abrir puertas.

—Y con el gili ese…, perdona, con tu compañero, ¿cómo vas? ¿Está ahí contigo? —Le pregunté tragando saliva por lo que pudiera responderme.

—Casi no hemos mediado palabra durante el resto de la noche; exclusivamente, lo justo y necesario para la realización del trabajo. Cuando se han ido todos, hemos recogido y dejado todo preparado para hoy. Después cerramos y nos hemos ido cada uno por su lado. Puedes estar tranquilo porque todavía no ha aparecido por aquí y me da que no tiene intenciones de venir a dormir. Que haga lo que le dé la gana —me contó muy detalladamente entre un mar de bostezos y haciendo que por fin llegara a relajarme.

—Sinceramente, me quedo muchísimo más tranquilo al oír eso —le confesé bostezando yo también contagiado por los suyos.

—Ojazos, tienes que dormir algo. Así que, por favor, cierra los ojos y duérmete. Ya estoy en casa. Además, le he enviado a Bailey un mensaje diciéndole que he cerrado la puerta con llave dejándolas puestas en la cerradura por si se le ocurre venir a casa, que me llame antes —apremió a decirme dándome el toque mágico para que, ahora sí, pudiera dormir a pierna suelta.

—Seguro que ahora sí que puedo conciliar el sueño. Dulces sueños, princesa. Gracias de nuevo por estar tan pendiente de mí. Que descanses. Mañana hablamos —terminé despidiéndome, deseando volver a sentirla.

—Igualmente, mi caballero. Estoy impaciente por verte. —Y colgó, dejándome feliz y sereno.

Me giré hacia el lado izquierdo de la cama, imaginando que ella estaba ahí, a mi lado, mirándome y sonriéndome al mismo tiempo. Y, con ese pensamiento, mis ojos se cerraron, quedándome completamente dormido hasta la hora en que la alarma de mi móvil me devolvía a este mundo.

Nuevo día, mismo ritual matutino. El mismo camino hasta el estudio, esta vez sin tanta complicación y la misma llegada. Rutina y nada más que rutina. Menos mal que el ir al *pub* a ver a mi princesa por la tarde rompía por completo esa cadena de sucesos tan predecibles como aburridos. Hablé rápidamente con John de lo acontecido por la noche, pues se había quedado un poco mosca después de haberle transmitido yo mi preocupación. Sonrió al enterarse de que Ana estaba bien, no habiendo ocurrido ningún percance entre ella y su compañero y restregándome, el muy caradura, de que él ya me lo había advertido. Nos miramos con complicidad y nos pusimos manos a la obra, ya que hoy recibíamos la visita de nuestro mánager y queríamos terminar otro tema para poder presentárselo. Le puse un audio rápidamente a Ana dándole los buenos días y comenzamos. Estábamos que nos salíamos de la tabla acabando la grabación tal y como habíamos planeado. Hicimos un breve descanso para tomar un café y reanudar el trabajo lo antes posible. Aproveché para ver el móvil, encontrándome que ya tenía un mensaje de Ana dándome también los buenos días y poniéndome, por lo que me había dicho, de que me echaba de menos y estaba deseosa de verme esta tarde, de un estupendo humor. Regresamos prestos a la sala, quedándonos de piedra al ver como Sam, el técnico de sonido, no paraba de hacer aspavientos con las manos y de toquetear la

mesa de mezclas mientras blasfemaba y se cagaba en todo lo que se le pasaba por la cabeza. Le preguntamos qué es lo que le ocurría, contándonos que no tenía ni idea de cómo había podido pasar, pero que se habían perdido las grabaciones de los tres últimos temas, dejándonos totalmente chafados y desolados. Lo que nos faltaba, y más hoy que debíamos presentarlos sí o sí, pero no había tiempo para lamentaciones, el daño ya estaba hecho. Lo único que podíamos hacer era ponernos a grabarlos de nuevo cuanto antes. Repletos de resignación, comenzamos nuevamente. No llevábamos mucho cuando una voz tosca y desagradable nos anunció que Travis, nuestro mánager, estaba ya en el pasillo a punto de entrar. Normalmente, no era tan puntual, y qué maldita casualidad que cuando menos lo necesitábamos, llegaba antes que ningún día. Nos pidió, sin tan siquiera dar los buenos días, que dejáramos todo y nos reuniéramos con él para que le diéramos una actualización de cómo íbamos. Por nuestras caras, se temió lo peor. Sam, que estaba hecho un manojo de nervios, le contó lo sucedido con las tres últimas grabaciones. Travis comenzó a ponerse colorado, tanto que pensamos que iba a explotar. Nos dijo de todo, desde que éramos unos putos vagos hasta que no sabíamos nada más que inventarnos excusas para justificar el no haber podido presentarle lo que nos había pedido. Había cogido tal carrerilla no permitiéndonos casi explicarnos. Una vez de las que tuvo que parar a coger aire para recobrar así el aliento, Rave aprovechó, tomando la iniciativa, para insistirle de que los temas ya hubieran estado listos a no ser por el fallo técnico. Le pedimos que nos dejara un poco más de tiempo, asegurándonos de que los recibiera correctamente. No estaba por la labor de dar su brazo a torcer arremetiendo continuamente contra nosotros y amenazando a Sam con despedirle si esto volvía a ocurrir. Yo, que esta vez quería mantenerme al margen, pues siempre era el que la liaba enfrentándome a él, le dije que no saldríamos de ahí hasta tenerlo todo terminado y que no hacía falta despedir a nadie, pues estas cosas pasaban hasta en las mejores empresas. Me miró fijamente desafiándome, haciéndome entender que yo era el peor de todos y que, con toda certeza, esto era culpa mía. Me lancé hacia él, a punto de cometer una locura, para darle un puñetazo en su cara de macho prepotente, deteniéndome Rave a tiempo. Dentro de mi exaltación, pude pensar con claridad recordando que había hecho una demo de todos los temas por seguridad. Tragué saliva, y mi orgullo, y le dije que se las podía facilitar para que viera que estaba equivocado y confirmando así que habíamos cumplido con nuestro objetivo; comprometiéndonos, además, a que el viernes a última hora tendría el material grabado correctamente y listo. Me vio tan seguro de mí mismo que no tuvo más opción que recular. Las cogí del armario donde las guardaba y se las entregué, sin admitirle que tenía otra copia, por si acaso. Admitió la propuesta, las cogió sin disculparse en ningún momento y reiteró que, si el viernes no recibía los temas, nos quedábamos solos. Nos obsequió con una mirada de desprecio absoluto y, dando un monumental portazo, se fue. Nos miramos y, con resignación, volvimos a nuestros puestos. Sam no hacía más que disculparse y nos aseguró que no volvería a pasar. Nos dijo que esperáramos un poco antes de comenzar a grabar, pues iba a pedir una mesa auxiliar y un nuevo equipo de grabación para evitar que sucediera lo mismo. Cogió el teléfono, realizó un par de llamadas y nos dijo que en media hora ya lo tendría todo listo para empezar. El día, que tan bien había arrancado, se había fastidiado por completo. Todos nos encontrábamos abatidos, pero yo tenía otro motivo por el cual me encontraba tremendamente jodido: hoy no podría ver a Ana. Desde que nos besamos en el *pub,* no habíamos pasado ni un día sin vernos, siendo esta la primera vez. Solo podía pensar en lo ilusionada que estaba por vernos y en que le había fallado. Encima, la dejaba sola con Bailey, ¡me cago en la puta! Esto no me podía estar pasando a mí. Fui al baño para que no notaran mi encabronamiento ni mi desesperación. John me

siguió sabiendo exactamente lo que me pasaba. Era mi jodida conciencia, pero para bien. Después de exponerle cómo me sentía, comenzó a tranquilizarme diciéndome que no se acababa el mundo si por un día no la veía, que no me rayara, pues estaba seguro de que Ana lo entendería perfectamente. Yo eso también lo tenía claro, pues para ella yo y mi trabajo éramos lo primero, pero sabía que, aunque fuera muy en el fondo, sí que se iba a decepcionar un poco. Le di las gracias por aplacar mis ánimos y volvimos. No sabía si llamarla ya o esperar un poco a decírselo. Cuanto más tiempo pasase, peor me sentiría yo y más la haría creer a ella que todo iba según lo planeado. De modo que me armé de valor, cogí el teléfono y, saliéndome al pasillo, la llamé:

—Hola, preciosa, ¿qué tal? —comencé a decirle intentando disimular mi estado de ánimo.

—Hola, ojazos. Estoy bien —me dijo haciéndome suspirar al pensar que definitivamente hoy no iba a estar con ella—. ¿Qué pasa, Ray? —me preguntó con tono de preocupación.

—No sé cómo decirte esto… Ha habido un fallo con las grabaciones que teníamos que entregar, se han borrado y ahora nos toca empezar de nuevo, por lo que vamos a tener que quedarnos hasta tarde aquí en el estudio y, muy a pesar mío, no voy a poder ir a verte —le solté con el corazón encogido en un puño.

—Jolines, Ray, me habías asustado, pensé que te había pasado algo —me contestó dejándome perplejo.

—¿Y ya está? ¿No tienes nada que decir de que no vayamos a poder vernos esta tarde? Parece que ni siquiera te importa —le dije exasperado, no gustándome lo que acababa de escuchar.

—Ey…, Ray, claro que me importa, pero si ha ocurrido algo en tu trabajo y no vamos a vernos, no pasa nada. Puedo imaginarme cómo te debes encontrar en estos momentos para que, encima, yo te empiece a echar en cara que no vas a venir, ¿lo entiendes? No lo comparto, pero lo tengo que aceptar porque es lo que hay. Y por supuesto que te voy a echar muchísimo de menos. Me he acostumbrado tanto a ti, a vernos… —Me sentí fatal por haber pensado mal de ella.

—Lo siento, joder, Ana, lo siento mucho, es que estoy tan decepcionado que he pensado que, si yo lo estoy, seguramente tú también, y eso me está volviendo loco. No quería ponerme así, discúlpame. —Ya era una situación difícil y yo no hacía más que empeorarla.

—No tienes de qué disculparte, te entiendo perfectamente. Lo que quiero más que nada es que estés tranquilo, que te centres en lo que verdaderamente es importante ahora y no quiero que me salgas con que yo también lo soy porque eso ya me lo has dejado claro. —Me estaba privando de argumentos para rebatirle—. Ray, este es vuestro momento, tenéis que grabar esos temas y dar lo mejor de vosotros, aunque las circunstancias no sean las deseadas. Yo voy a estar bien. Podemos escribirnos, llamarnos si tienes un rato o cuando llegues a casa. Mañana todo esto habrá pasado y volveremos a vernos, te lo prometo —me dio a entender de la forma más cariñosa que existía.

—Tienes razón, como siempre. Qué haría yo sin ti, Ana. Eres mi luz, mi guía, mi todo. —Era total y absolutamente única.

—No es para tanto, mi caballero de ojos verdes, pero te mentiría si no te confesase que me encanta oírte decir eso. Ah, otra cosa, Jeff, que ya está mejor, me ha dicho que vendrá esta tarde al *pub*; se niega a quedarse en casa estando bien, por lo que ya no tienes motivos para estar inquieto. —Eso sí que me daba la vida y una paz que, en estos momentos, necesitaba y me venía de perlas.

—Esa es la mejor noticia que me podrías haber dado. Sé que con Jeff estás segura y en buenas manos. No sé cómo hacer para compensarte todo lo que haces por mí y lo increíblemente razonable que eres siempre conmigo. Solo deseo que hoy pase pronto y que llegue cuanto antes el día de

mañana. Ya te echo de menos, mi princesa. —Ese era yo, anhelándola desde lo más profundo de mi ser.

—Yo también a ti, Ray. Hablamos luego y, por favor, prométeme que vas a estar bien. —Sabía que iba a estar preocupada por mí y no podía permitirlo.

—Te lo prometo. ¿Dónde has estado toda mi vida, Ana? —le confesé deseando haberla conocido mucho antes.

—No te lo creerías si te lo dijera. Saca lo que llevas dentro y da lo mejor de ti, te aseguro que entonces nada podrá pararte —me dijo dejándome intrigadísimo por su contestación.

—Lo haré, preciosa. Hasta luego —le dije colgando el teléfono.

Llevaba razón en cuanto a que a veces suceden cosas que se escapan a nuestro control, debiendo aceptarlas e intentando sacar partido de ellas. En cuanto volví a la sala, hablé con los chicos, quería transmitirles lo que Ana me había dicho y así alentarlos. Teníamos otra oportunidad para hacerlo mejor y seguro que la íbamos a aprovechar. Los ánimos se elevaron un poco mientras comenzamos a planificarnos y organizarnos. A la media hora exactamente, trajeron el nuevo equipo que nuestro técnico acopló y puso en marcha con maestría. Utilizaríamos las demos como guía, lo que nos iba a facilitar y mucho el trabajo, ayudándonos también a economizar el tiempo. Llamamos a un restaurante para que nos trajeran la comida y así no desperdiciar ni un minuto. Fue una mañana intensa en la que solo parábamos para ir al baño. Para comer decidimos turnarnos haciéndolo sobre la marcha. Sam estuvo muy pendiente de que todo marchase y se grabase correctamente, no queriendo ni comer, pues se echaba la culpa, sintiéndose responsable de lo sucedido. Intenté quitarle esa tontería de la cabeza sin éxito, a pesar de mi recurrente insistencia, pero yo no era tan hábil ni tenía el don de la palabra como Ana. Aunque estaba concentrado hasta el extremo, de vez en cuando, su recuerdo penetraba en mi mente invadiéndome por completo. Cuando tuve oportunidad, tomé el móvil y le escribí diciéndole lo mucho que la echaba de menos, recibiendo otro mensaje suyo en el que me contestaba que ella a mí también.

Nos implicamos de tal forma que, a principio de la tarde, ya habíamos terminado de grabar uno de los temas, continuando con el segundo que debíamos de acabar también sí o sí. Para ello pasaríamos toda la noche grabando si fuese necesario. Eran cerca de las siete cuando hicimos un descanso para tomar café. Tenía las cuerdas vocales que me echaban humo y necesitaba una pequeña pausa. Si se me jodía la voz, ya sí que nos caíamos con todo el equipo. Llamé rápidamente a Ana, la cual estaba ya en el *pub* con Jeff revisando unas cosas y preparando para abrir en breve. Volvió a insistirme en que esto pasaría rápido y casi sin darnos cuenta estaríamos otra vez juntos. Sus palabras me proporcionaron el ánimo y el impulso que necesitaba para el resto de la tarde. Después de esa llamada, no volvimos a hablar; tan solo pudimos enviarnos un par de escuetos mensajes, pues los dos estábamos ocupados con nuestros respectivos trabajos. A las doce y media de la noche, conseguimos dejar acabado y grabado el segundo tema también. Todos estábamos que no nos teníamos en pie y mi voz ya sí que se resentía del todo, por lo que decidimos dejarlo, irnos a casa a dormir y volver mañana temprano frescos y con mi voz renovada. Recogimos lo necesario y nos fuimos. Lo bueno de salir a esas horas era que ya no había nada de tráfico, llegando a casa en un santiamén. En el camino, evalué acercarme a ver a Ana, aunque fuera solo para saludarla y darle las buenas noches, pero estaba que me caía de sueño. Tenía suerte de vivir cerca del estudio, pues no sé si me hubiera mantenido despierto el tiempo suficiente para llegar. Entré por la puerta, como siempre, sintiendo un vacío descomunal en mi interior. Había estado tan ocupado durante el día que

no me había percatado de ello. Fue en el silencio de mis cuatro paredes que lo pude percibir con total claridad. No hacía mucho tiempo, ese era el sentimiento que me perseguía haciéndose más evidente al llegar a casa. Desde que comencé a salir con Ana, parecía que se había disipado, pero ahora tenía la certeza de que no, pues regresó del mismo lugar oscuro y profundo en donde se gestó. No sé qué fue lo que más me preocupó, si ese vacío, que era a lo que yo ya me había desacostumbrado, o el miedo que me invadió al pensar qué sería de mí si la llegase a perder, algo lógico que podía suceder perfectamente, ya que tan solo habíamos salido unas veces y no sabíamos de los sentimientos del otro. Me quedaría sumido de nuevo en la oscuridad sin remedio, totalmente perdido, ahora que por fin había conocido la felicidad. Mi puta mente atacaba de nuevo al encontrar mi mayor debilidad, mi amor por Ana. Di la luz rápidamente con la esperanza de que todos mis tormentos se desvanecieran con ella. No fue lo esperado, pero sí que ayudó un poco. Tiré las cosas encima de la mesa, me fui a la habitación, saqué ropa cómoda y fui a darme una ducha. Tenía que haberle enviado un mensaje diciéndole que ya estaba en casa, pero no quería hacerlo estando en ese estado, pues estoy casi seguro de que lo notaría. Por eso se lo mandaría después de ducharme. Abrí el grifo para que el agua corriera hasta salir templada. Una vez que estaba a la temperatura deseada, me puse debajo, dejando que cayera por la cabeza y recorriendo así cada centímetro de mi cuerpo. Fue una sensación inigualable; sentí como ese elemento incoloro limpiaba cada poro de mi piel, arrastrando consigo todo lo malo y serenando mi afligido corazón. Cuando salí, me encontré mucho más aliviado, estando ahora en mejores condiciones para ponerle un audio que no la alarmara. Fui breve, pues me dolía la garganta y me caía de sueño, explicándole que ya estaba en casa, que por fin ya se había acabado el terrible día y que me iba a acostar, pues mañana madrugaba para empezar lo antes posible. Me despedí deseándole una feliz noche y asegurándole que ya contaba las horas para volver a verla. Por último, cambié la alarma, ya que habíamos decidido ir una hora antes, tiré el móvil en la mesilla y adiós.

29

La noche pasó tan rápida que cuando la alarma sonó tuve la sensación de que acababa de meterme en la cama. Eran las seis de la mañana, siendo estas horas de levantarse para nada humanas. Miré el móvil para ver si Ana me había escrito y, efectivamente, fue así; me escribió un poco después de yo caer en un profundo sueño y, de nuevo, al llegar a casa. También había acabado rendida, pues hubo mucho movimiento en el *pub* y, además, por la evidente tensión existente entre los tres. Me deseó dulces sueños, esperando que ya estuviera dormido y que, de igual modo, había puesto en marcha la cuenta atrás. No pude más que sonreír al leerlo. Ella seguía ahí, como siempre, deseosa de que nos viéramos, disipando por completo todos mis temores de hacía unas horas. Tomé un café sin nada más, pues no tenía nada que llevarme a la boca; ya me sacaría algo de la máquina cuando llegara al estudio. Me arreglé rápidamente y salí tan pronto estuve listo. Llegué a la puerta encontrándome con Matt, el cual me preguntó qué tal tenía la garganta, ya que ayer tuve que forzarla en exceso y todos temían que eso me hubiera pasado factura. Era un buen muchacho, discreto y respetuoso. No teníamos mucho en común ni solíamos conversar demasiado, pero nos llevábamos bien. Cuando hablábamos, daba gusto, pues era bastante cabal y no tenía la cabeza llena de pájaros como otro que yo me sé. A su pregunta, le contesté que me encontraba perfectamente dándole las gracias por su interés. En el tema musical siempre me había idolatrado: sobre todo por mi voz, mi habilidad con la guitarra eléctrica y por saber componer. Y todo esto teniendo en cuenta que él era muy bueno tocando el bajo, siendo un gran fichaje para el grupo. Además, no se lo tenía nada creído buscando el mejorar cada vez más. Solo le podía poner una pega, y es que se dejaba mangonear e influir demasiado por su buen amigo Brian, del que ya era amigo antes de coincidir en la banda, aun no compartiendo la opinión ni estando de acuerdo muchas veces con lo que decía. Antes de entrar, saqué unos bollos y nos dirigimos a la sala. Pasamos un rato muy agradable preparándolo todo mientras charlábamos animosamente sobre lo acontecido en las últimas semanas. Lamentablemente, duró poco, pues Brian apareció enseguida acaparando y apartando a Matt para evitar que se juntara conmigo, pues no le gustó nada vernos hablar tan compenetrados cuando entró por la puerta. El hecho de que los demás se llevaran bien conmigo y no compartieran su odio hacia mí le repateaba los huevos; se le notaba a la legua, y no digamos si encima se trataba de su mejor amigo. Pasé de él como de comer mierda, dedicándome a degustar mi rico dónut. No tardaron mucho en aparecer John y Rave, que entraron como si de unos zombis se trataran. Sam llegó casi a la par disponiéndolo todo en un periquete para empezar con la última grabación. Entre tanto, aproveché para mandarle un mensaje de buenos días a mi chica. El simple hecho de pensar que la vería más tarde fue razón suficiente para alegrarme el día y comenzarlo de excelente humor. Todo iba sobre ruedas hasta que, sin querer, escuché a Matt y Brian hablar de la hora a la que pensaban quedar para ir al *pub* esta noche. Mierda, mierda y más mierda, pensé para mis adentros, ahora sí que me habían jodido. No podría acercarme ni hablar todo lo que quisiera con Ana estando todos, y más él, allí presentes; se nos vería demasiado el plumero descubriendo lo nuestro y ya lo que me faltaba. Sabía que, si lo mío con ella iba en serio, algún día se enteraría y tendría que enfrentarme a él, pero para entonces ya no

habría vuelta atrás y que pasara lo que tuviese que pasar. Y, siendo sincero, lo que él pensase y me dijese me la traía al pairo, pero sabía perfectamente que eso afectaría a la banda, por lo que cuanto más tiempo lo retrasase, mejor. Lo que tenía muy muy claro es que ni por ellos ni por nada del mundo iba a renunciar al amor de mi vida. Se lo comenté a John cuanto tuve oportunidad y le pedí de nuevo que se viniera conmigo. Me miró dubitativo, pues sabía que eso le supondría una posible bronca con su novia, pero accedió cuando vio que, para evitarle precisamente eso, me dirigí a Rave para hablar con él e intentar que se viniera conmigo. Si me quedaba a solas con el *dream team*, saldríamos en los periódicos. Al final decidimos ir todos, chafando así las expectativas de Brian, el cual ya se había encargado, sin saberlo, de hacerlo con las mías. Nos dedicamos en cuerpo y alma con la última grabación. No hicimos ningún descanso, salvo para las necesidades primarias, no pudiendo hablar con Ana ni tan siquiera mandarle un mensaje. Cuando tuviera tiempo, la llamaría y se lo explicaría. A pesar de lo cansados que estábamos, la mañana nos cundió previendo, incluyendo la parada de una hora para comer, que terminaríamos antes de las cinco de la tarde. Luego quedaría el último toque técnico y lo habríamos conseguido. Todos cruzaríamos los dedos hasta entonces para que no pasara ningún otro inoportuno contratiempo. Llegó la hora de comer y yo estaba que ya no me tenía en pie. Esta vez decidimos ir al bar más cercano para salir un rato de allí. Empleé unos minutos para llamar a mi chica que había estado esperando ansiosa mi llamada. No quiso enviarme nada para no entretenerme, lo cual yo agradecí porque no lo habría podido ver en ese mismo momento y me hubiera agobiado al comprobar, a última hora, que me había escrito sin tan siquiera haberme dado cuenta de ello. La conversación fue corta, pues los otros andaban alrededor mío y, por lo que a mí me pareció, pendientes de lo que hablaba. Le dije que luego nos veríamos, pero que no iría solo, sino que toda la banda íbamos a ir esta tarde. Se lo comenté para que lo tuviera en cuenta y supiera que, al llegar, los dos nos tendríamos que conformar con darnos dos besos, tal y como sucedió el miércoles. Me comentó que ya se lo imaginaba porque Brian ya había reservado ayer «su mesa», algo que me sacó completamente de quicio, sobre todo al pensar que estuvo hablando con ella sin tener ni idea de cómo y cuándo. Se me pasó por la sesera que el muy cabrón igual se había acercado ayer al *pub* cuando terminamos aquí, haciéndome sentir una mierda, si Ana me confirmaba que había sido así, pues él había sido capaz de sacrificarse para ir a verla y yo no. Menos mal que me dijo que lo había hecho por teléfono cuando llegó a casa. Me encantaría decir que me quedé más tranquilo, pero no sería cierto, pues, de alguna manera, muy dentro de mí, me sentía culpable. Le pregunté por la hora a la que estaba reservada la mesa, diciéndome que para las ocho y media. Nos despedimos compartiendo las ganas de vernos y quedando en que yo le confirmaría si me acercaba también a esa hora o un poco más tarde, sobre las nueve, pues dependería de cuándo llegara a casa y si me daba tiempo a cenar algo. Me dijo que no tuviera prisa y que comiera algo en condiciones. Y una vez más, finalizamos la llamada manteniendo la sensación de que a los dos nos hubiera gustado hablar durante un rato más. Comimos algo rápido para no entretenernos demasiado y respetar la hora de comida, cosa que solíamos hacer, pero hoy más que nunca. El resto de la tarde se desarrolló según lo planeado sin que ocurriera ningún incidente, pudiendo entregarle a Travis los tres temas a tiempo. Se quedó perplejo teniendo que tragarse sus palabras y sus ganas de mandarnos a tomar por culo. Acabamos reventados, pero superorgullosos de haberlo logrado y en tiempo récord, incluyendo la satisfacción que sentíamos de habernos superado, pues las grabaciones habían quedado mil veces mejor que la primera vez. Ya pasaban de las seis cuando exhaustos comenzamos a recoger para irnos. Habíamos cumplido por esa semana y nos

habíamos ganado un merecidísimo descanso. Yo estaba feliz porque ahora sí que tendría tiempo de llegar a casa, ducharme y comer algo tranquilamente sin tener que sacrificar ni un solo minuto para poder llegar a las ocho y media al *pub*. Salimos despidiéndonos y quedando en vernos más tarde ante la cara de besugo de Brian que estaba en total desacuerdo, intentando convencernos de que fuéramos a otro lado a celebrarlo. Sin hacerle ni caso, seguimos adelante con el plan y nos fuimos cada uno por su lado.

Llegué a casa y lo primero que hice fue encargar la cena, pidiéndome unas ricas *pizzas*. Me duché mientras las traían para no desperdiciar tiempo alguno. Llamé rápidamente a Ana confirmándole que llegaría a la hora a la que estaba hecha la reserva y luego a John para saber si iba a poder ir o no. Me dijo que, al enterarse Jenni de que todos nos juntábamos, no se había mosqueado demasiado, corroborando que nos veríamos allí más tarde. Lo único en lo que le insistí es en que fuera puntual, aunque fuera solo por esta vez, pues no me hacía mucha ilusión llegar antes que él teniendo que vérmelas a solas con el espécimen de mi compañero. Me dijo que lo intentaría, no quedándome muy conforme con que fuese a ser cierto. Ya lo comprobaría luego. Pasada una media hora, llegó el repartidor con mi cena, que devoré con ansia viva y como si no hubiese un mañana mientras veía un poco la tele. En circunstancias normales, estaría eufórico por ir al *pub* a ver a Ana, pero esta vez no me sentía así. El hecho de verla y no poder tocarla ni besarla se me hacía insoportable. El miércoles tuve suerte y nos pudimos escabullir al almacén, sin embargo, hoy no creo que fuese posible. Terminé y me vestí con un poco más de cuidado para que mi chica me viese lo más guapo posible. La verdad es que viniendo de mí era más que inusual este tipo de comportamiento, pero así era yo desde que la conocí, cambiando a pasos agigantados y, lo mejor de todo, para bien. Salí con el tiempo más bien justo, pues no quería llegar con tanta antelación, prefiriendo ser yo, por esta vez, el que se retrasara. Como siempre, el tráfico era un infierno un viernes a estas horas, suerte que con la moto pude librarme de unos cuantos atascos. Llegué prácticamente puntual, llevándome la agradable sorpresa de ver a John ya en la puerta esperándome. Nos saludamos, pero no pasamos, pues Rave venía también de camino y estaba a punto de llegar. Otra cosa totalmente inverosímil, Rave viniendo solo sin «acoplarse» a nadie. Se lo comenté a John, el cual me dijo que no le había quedado más remedio, pues él se quería ir pronto a casa y, de esta manera, no tendría que estar pendiente de nadie. «Ay, mi querido amigo —le contesté—, por fin comprendes por qué yo lo hago así». Asintió dándome la razón. Rave apareció a los pocos minutos, entrando juntos al *pub*.

Abrimos la puerta y, aunque no estaba demasiado lleno, ya había bastante gente tomando algo. Fue entrar y buscarla con la mirada, comprobando que los otros dos ya estaban allí e indignándome al ver a Brian en la barra pidiendo bebidas mientras se le caía la baba hablando con ella. Ciertamente, no puedo culparle, pues no era para menos, hoy estaba espectacular. Llevaba un top asimétrico negro y con brillantitos que iba sujeto a un lado con un tirante y una anilla que unía ambas partes, haciéndolo terriblemente *sexy*, unos pantalones negros y su pelo recogido con su característico quiqui. Joder, y yo sin poder hacerme dueño de su boca. Nos acercamos a saludar, encontrándonos con dos expresiones de cara absolutamente diferentes: la de Ana, que nos miraba radiante y feliz, y la de Brian, que nos fulminaba con la mirada. Salió brevemente de la barra para darnos dos besos a todos, quedándome yo el último, de modo que no tuviéramos los ojos de los otros clavados en nosotros. John estuvo muy avispado, pues se puso delante nuestro haciendo de pared y privando a los otros de poder observarnos mientras nos dábamos los dos besos. Nos aproximamos, rozándonos las mejillas con los labios y dándole aprisa un pico aprovechando que nadie nos veía.

Ana me sonrió; parecíamos dos chiquillos haciendo cosas a escondidas para que nadie se diera cuenta. No pude dedicarle más tiempo, pues no se había entretenido tanto con los demás. Ya que estábamos, le encargamos tres cervezas sin alcohol. Mientras, nos dirigimos a la mesa para saludar a Matt, tomar asiento y dejar nuestras cosas. Me levanté para recoger las bebidas y volví a mi sitio junto a Brian. No hablamos nada en ese momento, pues teníamos muchos ojos acechándonos. Sinceramente, no me resultó fácil, pero es lo que tocaba, por lo menos de momento. Quizás a lo largo de la noche tendría alguna oportunidad para acercarme y hablar un poco con ella. Una vez sentados, pude constatar el buen ambiente que había en el *pub*, aunque precisamente no detrás de la barra. Se podía apreciar cierta tensión. Cada uno estaba en su sitio y no interactuaban demasiado entre ellos a no ser que fuese estrictamente necesario. Bueno, entre su compañera Alice y Bailey nunca ha habido buen rollo y no era de extrañar que casi no se hablaran; lo que sí que llamaba la atención era la frialdad entre él y Ana. Tuve la sensación de que su compi se lo estaba pasando en grande con esta situación. Se juntaba mucho con Ana, charlando, ayudándose mutuamente, en un intento de hacerle ver a Bailey que él ya no era su preferido, sino ella. Resultaba curioso, muy curioso. De vez en cuando, intercambiábamos alguna que otra mirada teniendo especial cuidado de que no fuera demasiado notorio. En la mesa estuvimos cambiando impresiones entre los ahí reunidos cuando hubo algo que me llamó la atención: no habían puesto nada para picar resultándome extraño, pues siempre andaban muy pendientes de que a sus clientes no les faltara algo que llevarse a la boca mientras degustaban sus bebidas. Fue entonces cómo la vi hablar con Jeff empezando a llenar cuencos con saladitos. Ana salió a la sala para repartirlos, lo que me alegró, pues así podría deleitarme contemplando su figura. Mientras los otros se los iban poniendo en bandejas, ella las recogía y distribuía entre las mesas. Nosotros fuimos los últimos en ser suministrados para nuestra suerte, pues pudo detenerse tranquilamente a hablar con nosotros:

—Hola de nuevo, chicos, ¿cómo vais? Ya me ha comentado Brian que habéis estado grabando dos días seguidos durante un montón de tiempo y estáis agotados —preguntó dándome ganas de decirle al capullo ese que lo sabía por mí de antemano para que no se las diera de listillo y que borrara esa estúpida sonrisa de su cara.

—Sí. Han sido dos días muy intensos, pero ya se ha acabado y, además, ha salido todo estupendamente —le contestó Rave muy amablemente, sin percatarse tan siquiera de las maquinaciones de Brian.

—Ray, ¿tú qué tal lo llevas? —me preguntó con especial afecto y dejando a todos un tanto atónitos.

—Pues cómo va a estar, Ana, cansado como todos, él no ha sido el único que ha estado tocando incesantemente —le contestó mosqueado y sin venir a cuento, privándome de poder responderle yo y teniendo que hacer de tripas corazón para no levantarme y partirle la cara.

—Perdona, Brian, claro que todos habéis tocado incansablemente, pero Ray, aparte de eso, contribuye con su voz y el haber cantado durante tantas horas seguidas debe de haberle dejado echo polvo —le contestó con reproche—. Ray, me parece fascinante que hayas aguantado tan bien sin que tus cuerdas vocales se resientan —me dijo tirando por tierra a Brian y sus estupideces.

Se giró mirando hacia la barra y, disculpándose por tener que regresar al trabajo, se fue.

—Eh, Brian, ¿por qué tienes que acabar arremetiendo siempre contra Ray? ¿Te das cuenta de que, si él pierde la voz, lo que estamos haciendo se acabó? —le recriminó John cansado de vivir lo mismo una y otra vez.

—Déjame en paz, John. Siempre tienes que salir en defensa de tu coleguita como si fuerais pareja. Si tiene algún problema, que sea él quien lo diga, ¿o acaso no tiene boca para defenderse que tienes que saltar como si fueras su dóberman? —contestó el muy engreído para no sentirse derrotado.

—Eres un soplapollas, Brian —le respondió calentándose aún más el ambiente y a punto de liarse entre los dos.

—John, cálmate, no le des esa satisfacción. Siéntate y no le hagas ni caso. Yo paso de él, ¿no lo ves? Así que, si yo puedo, tú también —le supliqué intentando apaciguar a las fieras.

—Pues si tu idea era la de impresionar a tu «querida camarera», creo que la has cagado por completo y te has caído con todo el equipo, colega. Ahí lo dejo —le dijo por último John dándole donde más le dolía.

—No intentaba impresionarla, no me hace falta. Sé de muy buena tinta que le molo —le replicó enfrentándose nuevamente a él y, encima, alardeando de algo que ni siquiera era verdad.

—¿Que tú le molas? ¿En serio? En otro universo paralelo, quizás, pero te aseguro que no en este. Estás muy equivocado, aquí el único que le mola es… —Joder, John, cállate—. Pero ¿qué haces, Ray? —me dijo apartándose rápidamente, pues le había tirado mi cerveza por encima.

—¿Qué hago? ¿Qué haces tú? Casi la cagas revelándole lo mío con Ana, imbécil —le susurré y haciendo el paripé con lo de la cerveza—. Perdona, lo siento, he tenido un espasmo y se me ha ido de las manos. Será por haber estado tocando tanto tiempo —expliqué a ver si colaba.

—La próxima vez ten más cuidado, tío —me dijo mientras se limpiaba el pantalón y disculpándose por lo bajo—, lo siento, lo siento, mierda, tendré más cuidado.

—Voy a la barra a pedirme otra cerveza. Lo siento, John —le dije disculpándome por mi torpeza.

Me levanté y fui a pedir otra cerveza, pues me había quedado sin ella tras vertérsela a John en un intento de que no se fuera más de la lengua. Ya en la barra, evité a Alice que, al ver a Ana ocupada, aprovechó para atenderme. Sé que fui un tanto grosero, pero simplemente no puedo con esa clase de mujeres que intentan a toda costa ligar contigo aun sabiendo que ni tan siquiera estás interesado en ellas y, lo peor de todo, intuyendo que algo pasaba entre Ana y yo. Al final se dio por vencida teniendo que decirle que tenía a un cliente esperando, el cual solo quería ser atendido por ella. Ana se giró un tanto violenta y apurada hasta que me vio, dándose cuenta de que se trataba de mí y, tras ello, recuperando su respiración:

—Hola, Ray, ¿qué te pongo? —me preguntó extrañada por verme pidiendo nuevamente.

—Otra cerveza, por favor —le respondí sin querer entrar en detalles.

—¿Ya te has bebido la de antes? No creo que le haga muy bien a tus cuerdas vocales bebértela tan deprisa estando tan fría —me reprochó con cariño, pues siempre andaba superpendiente de mí.

—No, tranquila. Ha habido un percance y lo que me quedaba ha acabado derramado sobre John —le expliqué esperando que no me pidiera que le dijera cómo había sucedido.

—Ah, vale, perdona. Ahora te pongo otra nueva, entonces, pero no tan fría, no le conviene a esa extraordinaria garganta tuya —argumentó mucho más que dulcemente.

—Me encanta la forma en la que me cuidas —le dije extrañándola a cada segundo que pasaba.

—Lo intento, aunque no sé si siempre lo consigo. Has expuesto tu voz durante muchas horas a un monumental esfuerzo y seguro que la tienes algo irritada, por lo que beber cosas frías es contraproducente para tus cuerdas vocales —me aclaró poniéndome otra cerveza no tan fría.

—Qué haría yo sin ti —le dije poniéndome muy acaramelado y notando como los demás nos prestaban demasiada atención.

—Pues aquí tienes, ¿necesitas algo más? —me preguntó dándose cuenta también de que su jefe y sus compis andaban cotilleando.

—Sí, a ti —le solté sin poder contenerme, aunque en el tono más bajo que pude.

Iba a contestarme cuando noté que alguien se colocaba a mi lado cortándonos el rollo por completo. Miré hacia mi derecha y allí estaba el imbécil de Brian provocando acaparar la atención de Ana pidiéndole otra copa. Sabía que lo hacía a propósito, pues no soportaba verme hablar con ella. Actuó todo sonriente, como si no pasara nada entre nosotros, incluso intentó hacer una gracia dándome palmaditas en el hombro después de contar la anécdota ocurrida en estos días de las demos que había guardado y que nos habían sacado, en gran parte, del apuro. Todo para hacerle ver que nos llevábamos bien y que antes no pretendía atacarme ni ir en contra mío. Mi cara lo decía todo, comenzando a poner nerviosa a Ana que sabía lo incómodo que me encontraba con esa situación. Creo que, de alguna manera, sabía perfectamente que no había buen rollo entre nosotros. Por ello decidí no ponerla en un compromiso ni hacérselo pasar mal y, cogiendo mi cerveza, y contra mi voluntad, le dije adiós regresando a la mesa. No sin antes comprobar la sonrisa de satisfacción que la sabandija de Brian puso al ver que me iba dejándolos solos. No quise mirar más para no ponerme de más mala leche. Intenté concentrarme en la conversación que mis otros colegas mantenían, resultándome completamente imposible. Sé que Brian me odiaba sin motivo alguno, pero yo sí que tenía motivos para odiarle a él. Mi mente pretendía jugarme otra mala pasada cuando comprobé que había regresado ya a la mesa. Por la expresión de su cara, sabía que las cosas con Ana no habían salido como él pensaba. Miré en su dirección, buscándola para comprobar cómo se encontraba y notando por su expresión que nada bien. Estuvo un rato hablando con Jeff, el cual cogió su linda carita entre sus manos y la observó detenidamente. No sé qué más le dijo, pero hizo que desapareciera por la puerta del almacén sin tardar ni un segundo. Lo que daría por ir detrás de ella, pero sabía perfectamente que era imposible. John comenzó a preguntarme por lo que había pasado antes en la barra. Empecé a contárselo cuando, de repente, vi que miraba al frente, asentía y, girándose hacia mí nuevamente, me empujó para que yo mirara también en esa dirección. Jeff me estaba llamando, pero, al ver que no le escuchaba, le hizo señas a John para que me avisara. Bastante sorprendido de que me quisiera a mí, me levanté y acudí a su llamada:

—Hola, Jeff, aquí me tienes, dime —le dije intrigado.

—Hola, Ray, perdona que te moleste, pero necesito que me hagas un favor y eres el único en el que confío para ello —respondió aumentando la intriga.

—Claro, lo que necesites —le contesté maravillado por lo que me había dicho.

—He mandado a Ana al almacén a desarmar y tirar unas cajas y necesitaría que fueras con ella y le echaras una mano. Son unas cuantas y van a pesar lo suyo para llevarlas ella sola. Yo lo haría, pero el médico me dijo que no hiciera esfuerzos y, de todas maneras, ella no me lo permitiría. Sin embargo, siendo tú, creo que la cosa cambiaría. ¿Harías eso por mí? —No podía creérmelo, Jeff confiaba en mí, proporcionándome, además, la ocasión de estar un rato con mi chica a solas. Era muy afortunado.

—Voy ya para no perder ni un segundo —le dije eufórico a punto de atravesar la puerta cuando Jeff me detuvo un instante.

—Otra cosa, Ray, ¡cuida de ella! —me dijo mientras me apretaba el hombro dedicándome una mirada de confiabilidad que le devolví con sumo gusto.

—Es lo único que deseo —le contesté sincero y muy agradecido, desapareciendo por la puerta del almacén.

30

Ya dentro, pude ver a Ana liada con las cajas. Jeff tenía razón, pues había más que unas cuantas. Me puse detrás de ella y tosí para que se percatara de mi presencia, sobresaltándose la pobre:

—¡Ray! Casi me da un ataque. ¿Qué haces aquí? —preguntó asombradísima, imagino que pensando que me había colado para estar con ella.

—Sé lo que estás pensando y no es eso, no me he colado. Jeff me ha llamado y me ha pedido que te ayude con esto que te traes entre manos, pues él no puede —le expliqué para que se quedara tranquila.

—¿Que Jeff te ha pedido a ti que vengas aquí y me ayudes? Esta sí que es buena, estoy que no salgo de mi asombro. Pues sí que le caes bien si te ha pedido que vengas al almacén donde estaremos juntos y a solas —dijo alucinando.

—Eso he pensado yo y, no voy a mentirte, me siento fenomenal pensando en que confía en mí hasta ese punto —le afirmé portando una sonrisa monumental.

—Ya lo veo, ojazos. Pero no me cuadra nada de esto, ¿sabes? Esto de las cajas se podría hacer cualquier otro día, no hacía falta que fuese ahora. Y, encima, te llama a ti para que me ayudes, no tiene sentido, a no ser… —dejó de hablar por un momento reflexionando por lo sucedido.

— A no ser… —repetí intrigado por la conclusión a la que estaba llegando.

—¿Te acuerdas de cuando has venido a la barra, hemos estado hablando, pero hemos tenido que cortar porque tanto Jeff como mis compañeros andaban pendientes de nuestra conversación? Pues estoy segurísima de que Jeff sí que nos ha escuchado. —Aunque su reflexión tenía sentido, yo aún seguía algo perdido de dónde quería llegar.

—Vale, nos ha escuchado, pero no hemos hablado de nada con relación a nosotros para esto, ¿no? —No terminaba de comprenderlo.

—Sí, ha habido una cosa que me has dicho que le ha ido directo al corazón, te lo aseguro: que me necesitabas. —Me quedé sorprendido.

—Pero eso te lo dije casi susurrando. —No salía de mi asombro.

—Te puede impresionar la capacidad auditiva de Jeff, te lo aseguro —me confirmó segura de lo que me decía.

—Entonces, ¿ha organizado todo esto porque me ha oído decirte que te necesito? Me parece increíble —le pregunté perplejo a más no poder.

—Sí y porque sabe a ciencia cierta que yo también te necesito a ti —me contestó nerviosa por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Tú no llegaste a decírmelo, ¿cómo lo sabe entonces? —Esto se ponía cada vez más y más interesante.

—No hace falta que te lo diga, me conoce perfectamente y sabe que siento lo mismo que tú —me explicó poniéndose colorada y más nerviosa aún.

Creo que revelar ciertos sentimientos la inquietaba. Ya le ocurrió cuando me dijo que yo lo era todo para ella, creyendo haber metido la pata al decírmelo y dándome la sensación de que esto se lo

volvía a recordar. No era capaz de comprender lo que significaba para mí oírle decir eso. Noté como su cuerpo comenzaba a temblar y su respiración se volvía entrecortada. Fui acortando la distancia entre nosotros hasta terminar pegado a ella. Sus ojos me miraban con esa necesidad que no había llegado a pronunciar antes, pero que, sin embargo, manifestaba con claridad. Ahora lo veía claro, eso era lo que ella le había transmitido a Jeff; mi dulce chica no le había ocultado ninguno de sus sentimientos hacia mí, todo lo contrario, le había hecho partícipe de todos y cada uno de ellos. Comencé a restregar mi frente contra la suya y luego se la besé. Bajé hasta su adorable naricita, besándosela también con mucho mimo y delicadeza, deteniéndome en su boca. Levanté la mirada para establecer de nuevo contacto visual con ella. Ver sus ojos brillar de aquella manera por mí hacían que me derritiera por completo. Dios, podía perderme en ellos. Y más deseoso que nunca por sentirla, la besé despacio, muy muy despacio. En otra circunstancia, me hubiera adueñado de su boca velozmente, dejándome llevar por el frenesí del momento, pero justo ahora no lo deseaba así. Quería atesorarme de cada mínimo movimiento de nuestros labios al rozarse el uno con el otro, del intercambio de respiraciones, del abrir y cerrar de nuestros ojos perfectamente sincronizados con el acercamiento y alejamiento de nuestras bocas. Y así nos unimos una vez más, ocultándonos del mundo entero, solos ella y yo, expresando lo que sentíamos. Nos tomamos nuestro tiempo, sin prisa, sabiendo que ninguno de los dos quería que se acabase. Le acaricié su cabello y su cara, dejando por último mi mano en su cuello mientras la sujetaba con cuidado. Y qué cierto es que una mirada vale más que mil palabras, siendo este momento un ejemplo perfecto de ello, pues no necesitábamos decir nada para entender lo que acabábamos de experimentar. Nos quedamos un rato así hasta que una voz nos pidió amablemente, desde el hueco de la puerta, que nos diéramos un poquito de prisa, pues en la barra necesitaban la ayuda de Ana:

—Vamos, volvamos, hay más personas, aparte de mí, que te necesitan —le manifesté a mi pesar, y cuando estaba a punto de darme la vuelta…

—Espera, aún no —me dijo mirándome, acercándose ahora ella a mí y, apoderándose de mi boca, me besó apasionadamente.

No tuve ya valor para apartarla, aunque, sinceramente, tampoco lo habría hecho si lo hubiera tenido. Ese arranque suyo me había pillado completamente por sorpresa, produciendo una tormenta eléctrica que recorrió todo mi cuerpo en milésimas de segundo. Excitándome, subiendo mi libido hasta puntos insospechados por mí y provocando que, de puro deseo, bajara mi boca hasta su cuello, besándoselo, mordisqueándoselo, continuando luego con el hombro que llevaba al descubierto, apretándola contra mí, rozando mi cuerpo contra el suyo sumido en un profundo arrebato, hasta notar como su cuerpo comenzaba a temblar y parando de inmediato al tomar conciencia de lo que estaba haciendo. Aún jadeante, la miré pidiéndole que me perdonara. Me acarició la cara siendo ella la que me pedía disculpas a mí por decepcionarme y por no poder darme aún lo que tanto deseaba. Sus ojos se tornaron vidriosos y unas lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas sin control alguno bajo mi atónita mirada. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Era yo el que nuevamente se había pasado y, sin embargo, era ella la que lloraba:

—Siento no ser lo que tú esperas, Ray; debes de estar tan decepcionado... Seguro que no te imaginabas dar con alguien como yo. —Su voz era desgarradora, pero aún más lo que me estaba diciendo.

—Ana, no estoy para nada decepcionado, al contrario. En todo caso, tú eres la que debería estarlo, pues te prometí que intentaría controlarme y hoy no lo he hecho. Y no quiero mentirte, cada día me

resulta más difícil resistirme a ti porque te deseo más que cualquier cosa en el mundo. Pero ten por seguro que, aun así, esperaré lo que haga falta hasta que estés preparada, poniendo todo de mi parte para no hacerte daño y que esto no vuelva a ocurrir. Quiero tenerte en mi vida, a mi lado, por favor, no llores por mí —le aseguré mientras se me encogía el corazón de verla así.

Sin pensármelo dos veces, acerqué mis labios a su rostro, recogiendo con ellos cada lágrima que sus preciosos ojos aún derramaban, hasta que, poco a poco, fueron cesando. Suspiró mientras se las secaba, agradeciéndome que fuera tan comprensivo y paciente con ella. Me miró garantizándome que, como en otras ocasiones, no tenía nada de lo que arrepentirme ni, por consiguiente, disculparme, había sido su culpa. Así nos unimos en un abrazo tan especial como íntimo que no tenía nada que envidiarle ni siquiera a los anteriores besos. Tenerla tan cerca de mi corazón era igual de memorable o incluso más, fundiéndonos en ese instante los dos en uno. La sostendría así, sin soltarla, hasta estar completamente seguro de que se encontraba bien. Poco a poco, fui notando como la rigidez de su cuerpo desaparecía, entregándose por completo a mí. Volvía a sentirse cómoda entre mis brazos, expresándome que entre ellos era donde más le gustaba estar. Al parecer, y sin yo saberlo, había encontrado otra forma mucho más inocente de expresarle mi amor. Aprovechamos para despedirnos allí, haciéndolo a nuestra manera y de la única forma que conocíamos, ya que una vez arriba no tendríamos la posibilidad.

Yo salí primero, parándome junto a Jeff, agradeciéndonos mutuamente el favor que nos habíamos hecho, bueno, él más a mí que yo a él. Volví a la mesa, sentándome y esperando a ver cuándo lo hacía Ana. No tardó mucho, poniéndose enseguida a atender a los clientes. Pude apreciar las miradas y sonrisas de complicidad entre ella y Jeff, el cual la miró detenidamente sintiendo que había ocurrido algo más. Los chicos me preguntaron qué había estado haciendo, explicándoles sin entrar en detalles el favor que el jefe del *pub* me había pedido. John se volteó un poco hacia mí para averiguar más:

—¿Suspiráis por una bella dama, Romeo? —me preguntó viendo cómo la miraba.

—Pues sí, ¿tan evidente es? —le dije sin quitar mis ojos de Ana.

—Colega, demasiado evidente, diría yo. Sé un poco más discreto, se te nota a la legua que ella te mola —me soltó a modo de reprimenda.

—Es que no puedo evitarlo. En fin, haré todo lo que pueda —le aseguré dándole la razón—. Oye, ¿qué cuchichean esos dos? —le pregunté a John, refiriéndome a Brian y a Matt que no hacían más que decirse cosas al oído.

—Llevan así desde que te fuiste al almacén, sin hacernos prácticamente caso a Rave o a mí. ¿Y sabes una cosa? A Brian no le ha gustado nada que te quedaras a solas con su chica —me comentó no extrañándome ni un ápice.

—Sí, no hace falta que lo jures. Ya veo cómo me mira —le dije levantando mi cerveza y haciéndole una señal de brindis junto con la sonrisa más cínica que me salió en ese momento.

—No sé, Ray, me mosquea y mucho. Me da que planea algo y no es bueno. Así que ándate con cuidado y, te repito, sé prudente. —Tenía razón en todo. Le agradecía mucho su sinceridad, su aprecio y, en especial, su apoyo.

Continuamos la velada manteniendo una amena charla entre los tres, Rave, John y yo, ya que los otros dos habían hecho su propio grupo y no participaban en nada. Veía a Matt algo incómodo con la situación, pero sin hacer nada al respecto y siguiéndole el juego como un corderito. De las veces que miré discretamente a la barra, vi a Ana hablar de nuevo con Jeff. Estuve a punto de acercarme

para ver qué le pasaba, pero iba a levantar demasiadas sospechas y no era necesario, quedándome sentado como un tonto devanándome los sesos de qué sería lo que estaba sucediendo detrás de la barra. No tardando mucho, todos volvieron a sus quehaceres. Pasó un rato cuando Alice y Ana se ausentaron yendo al almacén a comer algo. Jeff aprovechó ese instante, reclamándome nuevamente. Sin dudarlo, fui hacia él, que, con un gesto, me invitó a salir del *pub* para, según él, ayudarle a tirar la basura. Cogió unas bolsas y, dándome unas a mí, salimos. Casi me da algo, pues sabía que solo era un pretexto y que detrás se escondía otro motivo. Pensé en qué quizás había visto cuando me arranqué a algo más que besar a Ana y que me iba a caer una buena por mermar su confianza. Ya una vez fuera, y habiendo tirado las bolsas, se dirigió a mí:

—Te preguntarás por qué te he hecho salir, ¿verdad? —me preguntó dando por sentado mi respuesta al ver mi cara.

—Sí, la verdad es que sí —le contesté claramente.

—He visto que Ana tenía los ojos un poco llorosos y me gustaría saber qué es lo que ha pasado para que los tuviese así —me dijo serio pero cortés.

—Ha sido mi culpa. Nos hemos besado y, hasta ahí, todo bien, pero, a punto de subir, me ha besado apasionadamente y ha hecho que…, en fin…, la besara en otras partes haciéndola sentir incómoda. Le juro que he parado en cuanto lo he percibido y que jamás haría nada en contra de su voluntad porque, ante todo, la respeto. Le he pedido perdón, lo que ha hecho que se disguste, pues es ella la que siente que me ha decepcionado —le expliqué lo mejor que pude, resultándome realmente difícil, pues, al fin y al cabo, ese hombre que tenía delante era como su padre.

—Entiendo. Ray, como ya te dije en otra ocasión, Ana no es como las demás mujeres. No lo ha tenido nada fácil y no es por tirarme flores, pero si no hubiese sido por mí, ella no estaría en este mundo. Casi no se conoce a sí misma, ¿sabes? Cuando la encontré por primera vez, andaba moribunda, deshidratada por completo y a punto de desmayarse. Se pasó días sin beber ni comer, ya que no sabía tan siquiera lo que era eso ni que lo necesitaba para vivir, y menos mal que el respirar es algo innato del cuerpo, porque entonces sí que no hubiera aguantado ni un minuto. Simplemente, se despertó un día sin saber quién era, ni dónde estaba, ni qué era todo aquello que la rodeaba. Después del accidente, sufrió una pérdida de memoria total regresando a este mundo a cero. Tuvo que aprenderlo prácticamente todo como si de un niño se tratase. ¿Y por qué te cuento todo esto? Pues para que comprendas que Ana no está familiarizada con su cuerpo aún y que hay cosas que no sabe o que, aun sabiendo, no comprende cómo funcionan. Del mismo modo que no es consciente de lo que puede llegar a provocar haciendo ciertas cosas, tales como dar un buen beso. Todo ello puede llegar a intimidarla y bloquearla cuando se da cuenta de lo que ha hecho —me explicó dejándome completamente estupefacto.

—Jeff, yo… no tenía ni la menor idea. Sí que me comentó lo del accidente, pero no hasta qué punto había afectado a su vida. Ahora entiendo muchas cosas. Lo que no comprendo es por qué piensa que me ha decepcionado. —Necesitaba más respuestas que me ayudaran a entenderlo.

—Me parece que es porque tú deseas intimar con ella y nota que aún no está lista. También se imaginará que alguien como tú no estará acostumbrado a esperar —me dijo, ahora sí, hiriéndome sin razón.

—¿Perdón? ¿Alguien como yo? Así que esa es la opinión que tiene de mí al verme. Genial. —Estaba empezando a repatearme el giro inesperado que había tomado la conversación, sintiéndome atacado.

—No, Ray, esa no es la opinión que tengo de ti, pero tienes que reconocer que eso es lo usual en los hombres de tu edad y de tus características… En los hombres en general, nada más. Si lo pensara, jamás te hubiera permitido que te acercaras a ella ni os hubiera proporcionado ni un minuto a solas. Sé que sientes algo muy fuerte por Ana, lo veo en cómo la miras, lo percibo, pero sobre todo es el hecho de que la respetes como lo haces, lo que lo dice todo de ti y de tus sentimientos hacia ella —Continuó hablándome, haciendo que mi malestar desapareciera de igual manera en la que apareció.

—Quiero ser totalmente sincero con usted, la verdad es que… ¡la amo! Me enamoré de ella en el momento en que la vi. Nunca lo he estado de nadie y todo esto es también nuevo para mí. Solo deseo hacerla feliz. Por eso no me importa lo que tenga que esperar, pero es cierto que cada día se me hace más difícil porque la deseo y me vuelve completamente loco haga lo que haga —le dije depositando así toda mi confianza en él, valorando y agradeciendo lo que estaba haciendo por nosotros.

—Me alegra oír eso. Se merece alguien que la ame profundamente. Ten un poco más de paciencia, te aseguro que no te arrepentirás. Volvamos dentro, no quiero que Ana sepa de esta conversación. Será nuestro secreto —me dijo confidencialmente.

—Jeff, no le voy a mentir si me pregunta. Yo no miento. Por supuesto que no le voy a contar sobre todo lo que hemos hablado, pero no voy a negarlo si llega a hacerlo —le aseguré de forma concisa.

—Así me gusta, claro y directo. Cada vez me caes mejor —me contestó brindándome una sonrisa y abriendo la puerta para que entrara.

31

Jeff se fue a la caja comprobando que las chicas seguían en el almacén. Yo regresé a la mesa ante la mirada encolerizada de Brian. Un poco más y hubiese echado fuego por los ojos. Tenía claro que no se pronunciaba al respecto porque los otros estaban allí presentes, que, si no, me habría dedicado todo tipo de palabrotas que se le hubiesen ocurrido en el momento. La confianza que había demostrado tener con el dueño y «padre» de Ana le habían lastimado profundamente. Me imagino que se estaría haciendo cruces al pensar en el día en que nos invitó a conocer el local y a sus empleados culpándose por ello y queriendo echar marcha atrás en el tiempo para no cometer tan fatídico error. Y, encima, yo, para rematar la faena, había acaparado la atención de las personas que él pretendía conquistar. Si yo fuese él, estaría dándome cabezazos contra la pared hasta perder el sentido. Así que menos mal que no lo era. No quería regocijarme, pero le estaba bien empleado.

Pasados unos minutos, Ana y su compañera regresaron a la sala turnándose con Bailey que efectuaba ahora su descanso. No podía olvidar todo lo que Jeff me había explicado sobre ella, haciendo que la mirara más maravillado que nunca. Comencé a recordar todos nuestros encuentros: su nerviosismo en ciertas situaciones, su timidez, comprendiendo y alabando su comportamiento. No sé si yo hubiera reaccionado como ella lo hizo en cada una de ellas. Su confianza hacia mí me llenaba de júbilo, haciéndome sentir absolutamente pletórico. Ahora más que nunca pondría todo de mí para no invadirla a nivel físico y evitar así desagradables percances. Todo volvió a la normalidad por un rato. Las chicas prepararon chupitos para los que estábamos en el *pub*, saliendo a repartirlos rápidamente. Al pasar Ana delante de mí, de camino a la barra, me dedicó una fugaz sonrisa, lo que me bastó para recrearme en la suerte que tenía. John empezó a darme codazos para que mirara en otra dirección. Brian y Matt murmuraban entre sí, sabiendo perfectamente que algo se traían entre manos. Y no tardamos mucho en averiguarlo. Cogiendo sus bebidas, Brian se levantó y fue a la barra en busca de Ana. Estuvieron hablando hasta que él le dijo algo haciendo que saliera de la barra hacia un lado. Un fuerte resquemor comenzó a invadirme. Juro que me hubiera levantado y le hubiera cogido del cuello obligándole a confesarme qué pretendía hablando así con Ana, pero debía mantener la calma costase lo que costase. No era cuestión de montar una escena sin motivo aparente, y menos cuando yo era el que llevaba las de ganar, pues salía con ella. Se le acercó bastante, hablándole al oído, mientras yo me descomponía por momentos al verlo. Vi como John, que también los observaba, andaba pendiente de mí y de mi reacción. Parecía que Brian le hacía preguntas, respondiendo Ana a ellas. Parecía que todo transcurría de manera inocente, hasta que acercó su cara para besarla, provocando dos cosas: que yo saltara como un resorte de mi asiento para partirle la cara, agarrándome John simultáneamente de la camiseta y obligándome así a sentarme de nuevo, y la retirada del cuerpo de Ana hacia atrás, que no salía de su asombro, mirando desconcertada hacia los lados apartándose todo lo que pudo. No sé qué desenlace tomó el resto de la conversación, pero, por el gesto de Ana, le estaba resultando bastante desagradable. Noté cómo me miraba de reojo con cara desconsolada, algo que no me gustó ni un pelo. Lo último de esa escena que pudimos contemplar, fue como Brian asentía después de decirle Ana algo y, cabizbajo, se daba la

vuelta regresando a la mesa sin mediar palabra, metido en sí mismo. Se sentó preguntándole Matt algo y contestándole Brian lo que fuera totalmente echo polvo. Se le notaba a la legua. Volvió a levantarse para ir al baño, dándome la oportunidad para preguntarle a Matt qué es lo que le pasaba a su queridísimo amigo. No me dio tiempo a hacerlo pues Rave, ávido de saber qué es lo que narices pasaba y harto de las tonterías en esa noche de esos dos, se me adelantó preguntándole él tan directo como siempre. Primero nos hizo prometer que no le diríamos nada a Brian, pues, si se enteraba de que nos lo había dicho, le mataría. Todos accedimos a guardar el secreto, procediendo a contarnos rápidamente que Brian llevaba ya tiempo detrás de Ana y que estaba tan loco por ella que hoy, al final, se había armado de valor para pedirle que saliera con él. Pero que, pese a su sorpresa, le había dado calabazas, como se suele decir, pues, según le dijo, le gustaba otro tío con el cual ya estaba saliendo. Tras esa confesión, se me heló la sangre, pensando en que igual caía en la cuenta de que ese otro tipo era yo. John tragó saliva cayendo en la misma conclusión que yo, preparándose para lo que pudiera venir. Brian regresó de la misma forma en la que se fue. Matt intentó consolarle lo más discretamente que pudo mientras nosotros nos hacíamos los suecos hablando de otras cosas. Chúpate esa, imbécil, pensé al principio para mis adentros, pues no sentía demasiada simpatía hacia él, y menos ahora que había intentado besar a Ana, habiéndole soltado un puñetazo sin ningún tipo de remordimiento, solo por ello, pero, al verle así, totalmente abatido y derrotado, solo podía sentir una cosa: lástima. Sé que si hubiera sucedido a la inversa, él se hubiera alegrado de lo lindo, sin embargo, eso era lo que nos diferenciaba. Yo me ponía en su piel creyendo sinceramente que, que alguien te guste y no ser correspondido, era de las peores cosas que te podían suceder. Y no digamos si encima estás enamorado, eso sí que son palabras mayores. Yo había pasado por esa angustia cuando conocí a Ana y no se lo deseaba ni a mi peor enemigo. Pensando en ella busqué una excusa para acercarme a la barra e intentar averiguar cómo se encontraba. Tuve suerte, pues necesitábamos una nueva ronda de cervezas, sirviéndome ello perfectamente para poder arrimarme pasando desapercibido. Le pedí a John que vigilara a Brian y saber así si sospechaba de mí o no. Cogí los vasos y me dirigí a la barra. La cara que me encontré cuando estuve próximo a ella me dolió en el alma. La tenía lánguida, con una expresión seria y afligida. Me jodió pensar que se estaba sintiendo mal por haberle dicho que no a otro hasta que, al mirarnos, supe que no era de eso de lo que se trataba. Lo pude ver en su mirada, estaba sufriendo por mí, por cómo me debería de estar sintiendo ante aquello y, en especial, por tratarse de un colega mío, creyéndose, de alguna manera, culpable por haberlo permitido. No podía quedarme mucho tiempo, por lo que le pedí las cervezas aprovechando, mientras hablaba con ella, para asegurarle que me encontraba bien y que lo único que deseaba es que ella también lo estuviera. Y que por nada del mundo se sintiera mal por lo sucedido. Nadie podía saber lo que ese imbécil tenía pensado hacer. Me miró sonriendo, pudiendo notar cómo había algo extraño en ella: sus ojos habían perdido parte de su brillo. Jeff se acercó a nosotros para comprobar cómo nos encontrábamos. Se había mantenido en la retaguardia, pendiente de lo que sucedía, cuidando de Ana y vigilándola en todo momento. Le dijo que pusiese las cervezas y después fuera al almacén y le esperara allí. Intentamos actuar con la mayor normalidad posible y manteniéndonos a cierta distancia mientras tanto. Se dispuso a poner las cervezas cuando, sujetando el vaso, sus manos comenzaron a temblar de tal modo que me asusté. Jeff se acercó rápidamente cogiéndoselas, deteniendo su tembleque y terminando él mismo de servirlas. La miró y, sin necesidad de decir ni una palabra, se despidió de mí y se fue. Me alarmé muchísimo, por lo que, antes de irme, le confesé a Jeff que me gustaría bajar para estar con ella, pero que nadie sabía que estábamos

saliendo, por lo que el hacerlo justo ahora revelaría ese hecho y ya lo que nos faltaba con todo lo que había ocurrido hace un rato. Afirmó que ya tenía conocimiento de ello por Ana y que no me preocupara en absoluto. También me comentó que el mandarla nuevamente al almacén era para que se calmara y se medicara, pues le estaba dando migraña, confirmando lo que yo había notado en su mirada. Él sabía que lo vivido durante la semana le pasaría factura, rematándola esto por completo. Le agradecí enormemente que me informara y, cogiendo las bebidas, volví a mi sitio, en donde los ánimos seguían igual que antes sin cambiar nada. Me acerqué a John para ver si había podido indagar algo:

—Dime, ¿ha pasado algo interesante o que deba saber? —le pregunté consciente de que nadie nos escuchaba.

—No, al principio, se ha quedado mirándote a ver cómo actuabas, creo que para saber si podrías ser tú ese por el que Ana le ha mandado a paseo. Pero me da la sensación de que ni por asomo tiene idea de que seas tú, aunque le joda cómo interactúas con ella —expuso en voz baja.

—Mejor así, por lo menos por el momento. Aunque si todo sigue como ahora, no creo que tarde mucho en enterarse —le confesé, teniendo en cuenta cómo había sucedido todo.

—Si se entera, no será por mí, que te quede claro. Oye, otra cosa, ¿cómo está…? Ya sabes —me preguntó también inquieto por Ana.

—Mal. Se siente culpable por permitir que esto sucediera y afligida por cómo me estaría sintiendo yo. Entre unas cosas y otras, se ha puesto tan nerviosa que hasta le temblaban las manos. Y no siendo esto suficiente, además, le está dando migraña. Por eso su jefe le ha dicho que vaya al almacén para calmarse y medicarse —le conté angustiado—. Me gustaría ir tanto con ella y permanecer a su lado…

—Lo sé, pero no puedes, ya sabes por qué —contestó señalando discretamente a Brian.

—Pues te digo una cosa, porque sé que está en buenas manos y bien atendida, si no, iría con ella importándome una mierda lo demás, eso te lo aseguro como me llamo Ray —le aseguré algo subidito de tono.

Todos teníamos claro que Ana le gustaba según vacilaba cuando estábamos allí, pero no sospechaba, ni por asomo, cuánto. Después del desplante de esta noche, cuando se enterase de que soy yo con el que está saliendo, la íbamos a tener y gorda. Poco quedaba, en estos momentos, del chico presumido, entrometido y borde de hace unos minutos. Por extraño que parezca, me sentía algo culpable, sinceramente no entendiendo muy bien por qué. Yo no me había entrometido en nada y si él hubiera querido, se lo podría haber propuesto mucho antes de que me conociera a mí, aunque dudo que le hubiera servido de algo. Pasé de ese pensamiento a otro que me estaba llevando de cabeza: mi preocupación por el estado de Ana al ver que no volvía. Jeff lo hizo rápidamente para no dejar tanto tiempo sola a su otra empleada. Ya en su sitio, me miró haciéndome un gesto de «todo OK» con la mano, dejándome un poco más tranquilo. A los pocos minutos, ella apareció junto con Bailey. Creo que intentó recomponerse para no preocuparme más, pues me miró y me dedicó una sonrisa que para nada tenía que ver a las que estaba acostumbrado. La noche continuó su curso sin más sorpresas desagradables, al menos por el momento, y animándose según el paso de las horas. Ana fue mejorando también o, por lo menos, eso era la impresión que me daba. Se centró por completo en su trabajo, atendiendo a los clientes tan amable y sonriente como siempre. En ocasiones, nos dedicábamos miradas y sonrisas robadas que se me quedaban cortas. Por mucho que John me daba para no permanecer embobado observándola, me resultaba del todo imposible el no

hacerlo. Su manera de moverse, de hablar, de poner las bebidas, en definitiva, todo en ella me provocaba descargas eléctricas por todo mi cuerpo sin poder remediarlo y eso es lo que me producía pavor, pues sucedía sin más, sin poder controlarlo, significando un irremediable deseo por ella, por hacerla mía. Fue entonces que Brian se levantó, dirigiéndose de nuevo hacia la barra y sacándome del trance en el que estaba sumido. Me quedé en guardia con la certeza de que esta vez no iba a quedarme de brazos cruzados si volvía a intentar algo con Ana, la cual se quedó de piedra cuando lo vio aproximarse a la barra, más concretamente a donde ella estaba. Desde mi posición, no alcanzaba a ver gran cosa, poniéndome en tensión absoluta. Lo único que distinguí es que volvió a encargarle algo de beber, hablando con ella sin entretenerse demasiado, solo lo justo hasta que se las sirvió, pues no tardó nada en regresar con ellas a la mesa acompañado del mismo gesto de desolación de instantes atrás. Me fijé en Ana, apreciando en ella un profundo suspiro y una mirada perdida a la nada que no le duró ni un segundo al desviarla hacia mí y percatarse de que yo la observaba con detenimiento. Qué decir, que me moría de ganas de saber qué más le había dicho Brian, teniéndome que quedar con ellas sí o sí. Bueno, ya se lo preguntaría cuando habláramos más tarde, deseoso que quisiera contármelo. Pasaban más de las once cuando me vino un bajón considerable de golpe, producido por la tensión de estos dos días, junto con lo de hoy, haciendo mella en mí. No quería irme de allí antes que los otros, en especial del que había intentado besar a mi chica, pero estaba que no podía con mi cuerpo. John se dio cuenta del estado en el que me encontraba, ofreciéndome el que nos fuéramos ya:

—Ey, donjuán, ¿por qué no nos vamos? Estás que te caes de sueño y, para serte sincero, yo también estoy agotado —me preguntó asumiendo mi respuesta.

—No voy a irme y dejar a ese idiota aquí solo con Ana —le contesté abriéndoseme tanto la boca que casi se me desencaja la mandíbula.

—Pero serás cabezón… No va a pasar nada más. Me parece que le ha quedado más que claro que no va a conseguir nada. Y, además, su jefe va a cuidar de ella. Venga, vámonos ya, cuanto más tiempo pase, más cansados vamos a estar y más en peligro nos vamos a poner conduciendo —me aseguró levantándose y echándome a un lado para poder pasar.

—Espera un momento, ¿a dónde vas? —le pregunté asombrado de que se levantara tan repentinamente.

—Voy a pedir la cuenta y a despedirme. Si quieres acompañarme, yo encantado, y alguien que yo me sé, más aún —dijo seguro a sabiendas de que no iba a aceptar un no por respuesta.

—John, espera, solo un rato más. Además, no voy a dejar que pagues tú. A fin de cuentas, estás aquí porque yo te lo he pedido —le expliqué rogándole más que otra cosa.

—No, nos vamos ahora —dijo implacable, despidiéndose de los otros, dándose la vuelta y dirigiéndose a la barra.

—Joder, John —es lo último que pronuncié mientras me despedía también del resto e iba detrás de él como un corderito.

Cuando le alcancé ya estaba hablando con Ana, contándole que nos íbamos porque estábamos terriblemente cansados y chivándose de que yo estaba siendo bastante testarudo al pretender quedarme un rato más. La mirada de desaprobación suya me hizo comprender que, de ningún modo, iba a permitir que me quedara:

—Qué hago contigo, Ray. No creas ni por un momento que voy a dejar que te quedes más aquí en ese estado —me reprochó con talante serio.

—Solo sería un rato más. No me gustaría dejarte ahora después de lo que ha pasado —le dije buscando una excusa que fuera lo más convincente posible.

—No, Ray, te vas y punto, estoy bien. No te va a servir de nada intentar convencerme —me dijo tajantemente.

—Ana…, por favor… —le supliqué poniéndole ojitos.

—Jeff, ¿puedes terminar de cobrarles? Y, si Ray no se quiere ir, ¿podrías echarle del local? —le preguntó ante mi perpleja mirada.

—Por supuesto. Esta es la cuenta, chicos. Y, Ray, o haces caso de lo que ella te está pidiendo o yo mismo te saco de aquí —me articuló en un tono desafiante, pero acompañándolo de una mueca sonriente.

—Está bien, ¡nos vamos! Tres contra uno, no es justo —contesté sacando la tarjeta y viendo como todos se lo estaban pasando en grande a mi costa.

—Ojazos, si te quedas, cuando luego te vayas a casa, me vas a tener en un vilo, ¿sabes? Y no quiero pasar por eso, hoy no. Ya me va a costar bastante pensar en que te vas cansado. Por favor, sé coherente por una vez —me dijo mi preciosa mujer implorándome, llevando toda la razón.

—Vaya, si te lo digo yo, no me haces ni puñetero caso, pero, claro, si te lo dice ella, sí, guana —intervino John haciendo una coña sacándonos una carcajada a todos.

—No te compares, tú eres tú, y ella, la mujer que me vuelve loco —dije sin pensarlo ni un momento, sonrojando a Ana y mirando a todos lados para comprobar que nadie más que ellos me habían escuchado.

Tan pronto sacó la cuenta, la dejé saldada. Tanto John como yo, nos despedimos de ella con dos besos formales y con un apretón de manos de Jeff, el cual antes de soltarle me dijo que no me preocupara. Ana y yo nos hicimos discretamente un gesto de avisarnos en cuanto llegáramos cada uno a casa. Y echándole un último vistazo, salimos por la puerta seguidos oportunamente de Rave. Quedarse con aquellos dos mindundis era lo último que deseaba. «Menuda nochecita», fue lo que comentamos entre los tres ya en la calle. Por la forma en la que me miró al despedirnos, me dio la sensación de que se olía que era yo con el que Ana estaba saliendo, corroborándolo al instante cuando me dijo: «Tu secreto está a salvo conmigo». Nos dio una palmadita a cada uno y se fue. John y yo nos miramos desconcertados, sin decir ni una palabra. Nos despedimos también y nos fuimos cada uno en una dirección.

No tardé casi nada, pero es cierto que el camino se me hizo eterno. Menos mal que John me obligó a irme, pues estaba que apenas me tenía en pie. Fue llegar a casa, tirar todo de cualquier manera, ponerme una camiseta y lanzarme a la cama. Estaba quedándome prácticamente dormido cuando me acordé de que no le había puesto el mensaje a Ana, preocupándola si no lo hacía. Le dejé un audio contándole que ya había llegado, pues los ojos se me cerraban de forma involuntaria, impidiéndome poder escribirle un mensaje de texto. Le deseé buenas noches y le pedí también que, aunque no lo leyera en ese momento, me escribiera cuando llegara a casa. Y, así, con el móvil en la mano, me dormí.

32

Fue tal el cansancio que tenía en el cuerpo que no me moví en toda la noche. Había dormido en la misma posición, siendo consciente de ello al despertarme. Miré la hora, asombrándome, pues eran cerca de las once de la mañana. Se me había pasado volando, encontrándome exhausto, aun habiendo dormido tanto tiempo. Fui al baño, no sin antes revisar mi móvil en busca de un mensaje de Ana. Había recibido dos: el primero, también un audio, nada más enviarle yo el mío, dándome las buenas noches y agradeciéndome por haber ido a verla, y el segundo, este en mensaje de texto, para decirme que ya había llegado a casa, dejándome algo angustiado por la hora, pues eran las tres menos veinte dos de la madrugada. Seguramente, habría caído tan rendida como lo hice yo. Por ello, esperaría a una hora prudente para llamarla y hablar con ella. Necesitaba verla y sentirla sin tener que estar pendiente de que nadie nos pudiera ver, completamente tranquilos y a nuestro rollo. Al fin había llegado el fin de semana, pudiendo quedar a nuestras anchas, ya que ninguno de los dos trabajábamos y poseíamos todo el tiempo del mundo. Eso es lo que más ilusión me hacía. Fui a la cocina a desayunar y después me tumbé en el sofá un rato mientras veía la tele, pues no tenía ganas de hacer nada, ni siquiera de tocar en mi estudio, haciéndome el remolón. Sintiendo como los ojos se me cerraban nuevamente sin poder remediarlo, me quedé dormido. Más tarde los abrí mientras me desperezaba e incorporaba, permaneciendo sentado durante unos instantes hasta recuperar el sentido. Casi me da algo al coger el móvil y ver la hora que era, pues faltaban cinco minutos para dar las dos del mediodía. Había estado durmiendo más de doce horas y, aun así, no había conseguido recuperarme del todo. Tenía unas ganas locas de hablar con Ana y saber cómo se encontraba, así que, ni corto ni perezoso, cogí el móvil y, considerando que era buena hora, marqué su número. Sonó unas cuantas veces hasta que respondió a mi llamada:

—Hola, preciosa, buenos días, ¿cómo estás? —le pregunté emocionado por escuchar su voz.

—Hola, Ray, ¿qué hora es? —contestó con una voz apagada, dándome la impresión de estar hablando con otra persona en vez de con ella.

—Ahora mismo son ya las dos del medio día, ¿te encuentras bien? Tu voz no se parece en nada a la que estoy acostumbrado a oír y echo en falta mi apelativo de «ojazos» —le dije intrigado.

—Perdona, ojazos, estaba dormida. Me ha estado doliendo bastante la cabeza y no he podido pegar prácticamente ojo hasta hace un rato en el que me he quedado frita, imagino que de puro agotamiento —me contó mientras yo me sentía mal por haberla despertado.

—Lo… lo siento, mi vida, no pretendía despertarte. Vuelve a dormirte y me llamas tú cuando te espabiles —apremié a decirle afligido por el sentimiento de culpa.

—No te preocupes, no podías saberlo. Voy a levantarme ya y a intentar comer algo. Luego, si lo necesito, vuelvo a echarme otro poco. ¿Tú qué tal? ¿Has conseguido descansar? —me preguntó bostezando.

—Pues he dormido del tirón, pero me he levantado todavía agotado. Luego he desayunado, me he echado en el sofá y me he vuelto a quedar dormido hasta hace unos minutos. He alucinado al mirar el móvil y ver la hora que era —le contesté sin salir aún de mi asombro.

—Vaya dos, creo que hoy, en el tema de sueño y cansancio, estamos conectados —me dijo mientras su voz iba sonando entre bostezos a la de siempre.

—Yo creo que también. Iba a preguntarte por si te apetecía quedar para comer, pero me imagino que no tendrás muchas ganas —le consulté dudando de si había sido buena idea el haberlo hecho, sobre todo por no obligarla a nada.

—Por supuesto que me apetece, sin embargo, mi cuerpo no me acompaña en ese deseo. Lo siento, Ray, si quedásemos, no aguantaría mucho y tendría que volver a casa, y eso no es lo que quiero —afirmó afligida por tener que declinar mi proposición de quedar para comer.

—No hace falta que te disculpes, Ana, yo lo único que quiero es que estés bien. Si te parece y te encuentras mejor, podemos quedar por la tarde noche y hacer algo en plan tranquilo, ¿qué te parece? —Solo deseaba una cosa, que me dijese que sí, pues pasar el sábado sin verla sería lo peor.

—Me encantaría. Así tengo tiempo para descansar y estar perfecta cuando nos veamos —me contestó proporcionándome la mayor de las alegrías.

—Ya eres perfecta, ¿lo sabías? —le dije en plan seductor y con la certeza de que lo era para mí.

—Si vamos a hablar de perfección, entonces deberíamos hablar mejor de ti. —Ahora era yo el que me sentía abrumado, pues distaba muchísimo de ello.

—No lo comparto, pero si tú lo dices… —añadí chuleándome de que ella me viera así—. Bromas aparte, estoy deseando verte —continué diciéndole ya en serio.

—Yo también lo estoy deseando. Por eso voy a cuidarme para poder quedar lo antes posible —me declaró, aumentando mi emoción.

—Lo sé. Entonces te voy a dejar ya para que descanses. Llámame cuando estés mejor y concretamos la hora. Dónde no hace falta porque, por supuesto, voy a ir a buscarte —le expresé para que no quedase ninguna duda al respecto.

—Cómo resistirse a eso, ojazos. Me encanta ir contigo en tu moto. Luego te llamo. Un beso en esa increíble boca que tanto me priva —dijo, despidiéndose y calentándome en una fracción de segundo.

—La tuya sí que me priva a mí. Espera cuando te vea y te lo haré saber. Descansa —me despedí pensando en qué poco necesitaba para ponerme a tono.

Colgué y me quedé un rato pensando en lo sucedido ayer tanto con Brian como con Ana y conmigo. Era increíble lo que ella era capaz de hacerme sentir en cualquiera de los momentos que estábamos juntos. Daba igual si nos besábamos lenta o apasionadamente, si nos abrazábamos, incluso después de cagarla, nuestro deseo del uno por el otro permanecía latente. Ayer me lo demostró con creces, sobre todo cuando se sintió mal por lo sucedido con mi colega. Estaba ansioso por saber cuáles eran los verdaderos sentimientos que albergaba por mí, pero tenía demasiado miedo de preguntarle por si resultaba no ser correspondido. Seguiría esperando hasta encontrar el momento idóneo para averiguarlo, si es que las circunstancias no me lo revelaban antes. Me levanté y llamé al restaurante chino encargándole un supermenú, pues estaba muerto de hambre. Mientras tanto, me duché, pasándome a la hora que me habían dicho a recogerlo. Todavía en casa, había estado evaluando la posibilidad de ir y comérmelo en el mismo restaurante, pero la comodidad de mis cuatro paredes me hizo cambiar rápido de idea. Y la decisión tomada fue la acertada, pues, una vez me puse cómodo y me senté en el sofá, pude apreciar lo tranquilo y a gusto que iba a comer, algo que en el restaurante no hubiera sido posible, ya que, cuando fui a por mi pedido, estaba prácticamente lleno y con demasiado alboroto para mi gusto. Lo único que echaba de menos era a mi chica. Lo que hubiera dado por tenerla a mi lado y comer juntos. Eso me apenaba, pero aún más

el saber que no se encontraba bien. Cómo debería estar su cuerpo para no querer quedar a comer. Todas estas reflexiones me hicieron pensar en que, de nuevo, no tenía ni pajolera idea de a dónde ir esta noche. A estas alturas de la historia, queda más que claro lo soso que soy, no siendo suficiente con eso, añadiendo, además, lo falto en ideas e iniciativa. Menos mal que Ana se conformaba con cualquier cosa que, si no, me vería en serias dificultades para conquistarla. Seguía comiéndome la cabeza pensando qué narices es lo que veía en mí; de fachada, no íbamos mal, pero del resto dejaba bastante que desear. Ella por lo menos había ideado lo del picnic, luego lo de la playa, había cocinado para mí… Y yo, excepto dar el primer paso e invitarla a comer, nada de nada. Me rondaba una inquietante idea que llevaba barajando desde hace unos días y es que deseaba invitarla a casa, que conociera dónde vivía. Aquí podríamos relajarnos y pedir algo para cenar, no sé, para tener más intimidad. Lo que me echaba un poco para atrás era lo que Ana pensaría al respecto, si lo vería como algo normal o, por el contrario, como una invitación a intimar sexualmente. Daba por hecho de que en su casa se sentía segura porque, pasara lo que pasara, siempre podía mandarme a tomar por culo, pero en la mía la cosa cambiaba. Bueno, primero iría a buscarla y luego vería si le decía algo o no, pero no antes de estar seguro de que podría resistirme a sus encantos y ahora me parecía completamente imposible; era superior a mí. Empecé a comer acabando con todo. Recogí rápido y me eché otro poco en el sofá. Esta vez no llegué a dormirme muy profundo, quedándome más en trance que otra cosa, pero disfrutando de ese monumental descanso que me dio la vida. No sé muy bien por qué, pero comencé a pensar en Brian y cómo lo estaría pasando. Me intrigaba saber qué es lo último que había hablado con Ana y cuánto tiempo se quedó después de irnos. Sé que debería de darme igual, y más sabiendo lo que ella le contestó de que estaba saliendo con otro, pero, aun así, unos celos absurdos me asaltaban. Necesitaba hablarlo más tarde para recobrar mi serenidad en lo relativo a este tema. Eran cerca de las seis de la tarde cuando Ana me llamó para establecer la hora a la que iría a recogerla, comentándome que se encontraba algo mejor y que le apetecía mucho que nos viéramos. No cabía de gozo en mí, la verdad sea dicha. Le sugerí pasar a buscarla a las siete y media, por si nos apetecía ir al cine a ver alguna película, aunque eso era más una excusa que otra cosa, pues lo cierto es que no podía esperar para verla y tenerla cerca de mí, contestándome al instante que le parecía perfecto. No nos entretuvimos mucho más y colgamos. Aún quedaba tiempo, por lo que decidí ver un rato la tele. Cuando lo consideré adecuado, apagué todo y me preparé. Al haberme duchado antes, no me tomó mucho rato, por lo que a las siete ya estaba saliendo por la puerta. Ya echaba de menos el ir a su casa para recogerla. Desde que empezamos a salir, mi vida giraba plenamente en torno a ella, deseando más y más tras el transcurso de los días.

Llegué más que puntual, aparcando la moto al comprobar que aún no había salido. Dejé el casco, subí los dos escalones y llamé a la puerta. El resonar de unos tacones me indicaron que ya venía a abrirme. Abrió la puerta dejándome impactado al ver su rostro, pues estaba bastante demacrada y tenía la mirada vacía. Se le notaba a la legua lo mal que lo había pasado, haciéndome tragar saliva al pensar que había quedado conmigo solo por complacerme. Me acerqué para besarla evaluando bien si estaba receptiva para ello y comprobando que lo deseaba tanto como yo. Fue un beso cargado de añoranza y fervor. Me invitó a pasar un momento mientras terminaba de preparar el bolso:

—Pasa, por favor, me queda coger un par de cosas y ya estaré lista, no tardo nada —me explicó revolviendo en su bolso.

—Tranquila, sin prisa —le dije al verla más nerviosa de lo usual yendo de allí para acá—. Ana, ¿de verdad te encuentras bien? Si no te apetece salir, podemos hacer cualquier otra cosa, en serio —le

ofrecí parándola y trayéndola hacia mí para abrazarla.

—Estoy algo mejor, no te preocupes. Sinceramente, necesito salir un poco y despejarme —me contestó devolviéndome el abrazo muy cariñosamente, como necesitada de mi presencia.

—Dime entonces qué es lo que te apetecería hacer, por más que he estado pensando, no se me ha ocurrido nada original, como mucho ir al cine o a cenar algo. Vamos, lo de siempre —le comenté observándola por si ponía cara de frustración por ello.

—Yo tampoco soy nada original, ojazos, en eso también coincidimos. Podemos ir a ver qué echan en el cine y ya decidimos, ¿te parece? —me dijo dedicándome su maravillosa sonrisa, que tanto echaba de menos.

—Me parece, preciosa mía —le contesté embelesado por la cercanía de su boca, la cual rocé dulcemente.

—Voy a coger mi móvil y nos vamos… —dijo soltándose de mis brazos y caminando de un lado para otro en su busca—. A ver, Ana, céntrate, dónde narices lo has dejado, menos mal que tengo la cabeza sujeta al cuerpo, si no, también la habría perdido —decía mientras yo la observaba divertido pensando que no era al único que le pasaban estas cosas y recreándome con sus andanzas.

El semblante de su cara hoy no le hacía justicia a su voluptuoso cuerpo que me traía, para no variar, de cabeza, comprobando que no era la única parte de mí y dejándome clarísimo que la opción de quedarnos en casa, dando igual la suya que la mía, no era la ideal. Terminó de coger unas pastillas de la cocina, las echó al bolso y, explicándome que eran por «si acaso», me cogió del brazo y nos fuimos hasta la puerta. Le pregunté por lo bajo si estaba sola, contestándome que creía que no, pero que no me lo podía asegurar, pues esta vez había salido más tarde que Bailey del *pub* pudiendo haber llegado antes que ella. No quise explicarle el motivo de mi pregunta, pues solo quería saberlo para comprobar si eso le habría causado más dolor aún. Cogió sus llaves, cerró la puerta y nos fuimos hacia el centro comercial. Estaba a reventar. Nos resultó un poco complicado poder aparcar, pues hasta el aparcamiento para motos estaba completo. Fuimos caminando por los pasillos del centro en dirección a los cines. Pasamos por delante de los recreativos comprobando que la máquina de los topos seguía averiada, sacándonos a ambos unas cuantas risas al rememorar el momento en que me la cargué. Había muchísima gente de acá para allá, demasiada para mi gusto, y creo que, por lo que observé, a Ana se lo parecía también. Cuando al fin llegamos, después de ir esquivando a todo tipo de gente, las colas que había para sacar las entradas nos dejaron de piedra. Largas filas se extendían tras las cuatro taquillas. Nos miramos con el mismo pensamiento, dejarlo estar e irnos a otro sitio. Pero ya estábamos allí, por lo que decidimos ver si nos interesaba alguna peli y, si nos llamaba alguna, evaluar entrar por la noche. Había varias de estreno, siendo la mayoría para jóvenes, de ahí tanta afluencia de gente. A mí ninguna de las que proyectaban me llamaba, pero quise preguntarle a Ana:

—Qué te parece, ¿has visto alguna película que te gustaría ver? —pregunté deseando saber su opinión.

—La verdad es que no hay ninguna que me atraiga. Además, hay muchísima gente. ¿A ti te interesa alguna? —me dijo un tanto agobiada entre tanto barullo.

—No, tampoco hay ninguna que me convenza. Podemos ir a otro sitio. Damos una vuelta por aquí si te parece, y nos lo vamos pensando. Es lo único que se me ocurre —le dije ansioso por ir a algún lugar más tranquilo.

—Me parece fenomenal. Mi cabeza te lo agradecerá, pues aún no está preparada para tanto jaleo —me comentó con resignación por no encontrarse bien del todo.

Y eso hicimos. Fuimos deambulando por los pasillos, intentando hacernos una idea de qué era lo que nos gustaría hacer. Pensé en tomar algo por allí, pero estaba todo a rebosar y, desde luego, no había ni un ápice de tranquilidad. Pasábamos por delante de unas tiendas cuando, a lo lejos, creí reconocer la silueta de un joven: mierda, era Brian acompañado de una niña, imagino que su hermana. Me quedé inmóvil sin saber qué hacer. Ana se dio cuenta y, tirándome del brazo, me metió rápidamente en una de ellas. Miró a su alrededor para comprobar el tipo de tienda al que nos habíamos metido y descartar el que pudieran entrar y pillarnos. Permanecimos ocultos un rato hasta que los vimos pasar de largo. Esperamos un tiempo prudencial para salir y, verificando que no había moros en la costa, nos fuimos tan rápido como pudimos al aparcamiento. Una vez ya junto a mi moto, me giré hacia Ana para pedirle perdón:

—Ana, te pido mil disculpas. No sé por qué he actuado así. No debería ocultarme como si estuviera cometiendo un delito, y menos arrastrarte a ti.

—Yo sí lo sé. Ayer me quedó más que claro y entiendo que quieras retrasar lo máximo posible un conflicto con él. Después de todo, podría afectar a la banda. Lo que me apena es ser yo la causa de ello. —Sus palabras estaban cargadas tanto de tristeza como de culpa.

—Tú no eres la causa —le dije explicándole que nuestra rivalidad ya venía de tiempo atrás—. Verás, Brian y yo nunca hemos tenido una buena relación. Nunca me ha respetado, ni a mí ni a mí…, digamos, forma de vida. De hecho, hemos tenido muchos encontronazos por ello. Sí que es cierto que desde que me ha visto hablar contigo intenta ridiculizarme aún más y exponerme como si fuera lo peor del mundo, pero ya está. Imagino que después de lo de ayer, no me parecía el mejor momento para que descubriera que soy yo el tío con el que le dijiste que salías —le dije mientras me apoyaba en mi moto, trayéndola lo más cerca de mí y observando su reacción.

—Eso no exime que yo siga siendo la nota discordante en este asunto, nunca mejor dicho —contestó con relativa razón, desviando su mirada hacia el horizonte y perdiéndose en él.

—Ey, mírame, vuelve conmigo. Nadie tiene la culpa, ¿lo entiendes? No voy a permitir que nos amargue la tarde ni la vida, Ana. Cuando se entere, lo que tenga que pasar, pasará y punto. No voy a renunciar ni a ti ni a mi felicidad. Espero que te quede claro —le dije poniéndome serio—. Y, además, esto no va a volver a suceder. No pienso esconderme más. Soy yo el que lo ha permitido y la ha cagado de nuevo, pero por última vez, te lo aseguro. —Me estaba encendiendo por momentos, por haber sido tan idiota.

Cuando volvió a mirarme, pude ver que no se encontraba nada bien y eso me mataba por dentro. No me atrevía casi ni a preguntarle, pero no podía verla así:

—Preciosa, no te encuentras bien, lo sé. Tu cara lo dice todo. ¿Por qué me has dicho que estás bien cuando no es así? Si quieres, te llevo a casa de vuelta —se lo insinué con la boca pequeña, deseando de corazón que me dijese que no.

—No te he dicho que estuviera bien, te he dicho que me encontraba algo mejor, así que no me recrimines. Y, no, no me apetece volver a casa. Solo quiero ir a algún lugar tranquilo —me contestó mirándome con tanta dulzura, a pesar de no estar bien, que comencé a derretirme.

Nos pusimos a pensar dónde podríamos ir. En ese momento, me vino a la mente una conversación mantenida por Rave y John acerca de un sitio nuevo que habían abierto a las afueras de la ciudad que estaba muy bien y al que no iba mucha gente por quedar demasiado lejos. Se lo

comenté a Ana para ver qué le parecía e, inmediatamente de decirme que sí, llamé a John para que me facilitara el nombre y la dirección. Mientras me lo decía, ella lo fue metiendo en su móvil para verlo. Le di las gracias a John y colgué. Me dio la sensación de que se tambaleaba un poco, así que la giré poniéndola de espaldas a mí e hice que se sentara encima mío, tal y como ya lo habíamos puesto en práctica la última vez que estuvimos en la playa. De esta manera, ambos podíamos ver la pantalla sin dificultad. Aparté su pelo hacia un lado para apoyar mi cabeza junto a la suya, dejando su cuello al descubierto. Deseaba besarlo como ya lo había hecho el día anterior, pero esta vez con su permiso y siempre y cuando le pareciera bien. Por ello le pregunté si no le importaría que lo hiciera. Con mis labios rocé su piel para que supiera a qué me refería, notando cómo se estremecía al hacerlo. Paré y esperé a que me confirmara si podía seguir o, por el contrario, parara y me estuviera quieto. Me dijo que le encantaba, por lo que continué, disfrutando e impregnándome de su esencia. Entre roce y roce, los dos nos uníamos en un hondo suspiro anhelando un nuevo contacto. Cuando cargó la página, tuve que detenerme, muy a mi pesar, para poder ver la imagen del lugar. Tenía buena pinta y, por la autopista, no tardaríamos mucho. Los dos éramos de la opinión de que merecía la pena alejarse de todo y probar algo nuevo, por lo que nos montamos en la moto y pusimos rumbo a ese sitio desconocido.

33

En el trayecto, no hacía más que preguntarle a Ana qué tal se encontraba, pues temía que un viaje un tanto más largo pudiera afectarla. No dejó de decirme que se encontraba bien con toda la paciencia del mundo; imagino que porque entendía mi preocupación por su estado de salud. Tardamos unos tres cuartos de hora en llegar, mereciendo aun así la pena, pues era maravilloso. Era un complejo de restaurantes y zona de ocio construidos en un puerto a la orilla del mar. Las vistas eran espectaculares y, efectivamente, no había apenas gente, pudiendo gozar de tan ansiada tranquilidad. Había una gran oferta gastronómica pudiendo elegir entre restaurantes de comida rápida o convencional. Descubrimos un restaurante asiático casi al final del recinto, completamente pegado al mar, que ofrecía bufé libre a elegir entre un montón de tapas. Nos llamó la atención, pues, aunque no eran de gran tamaño, podías pedir y repetir cuantas veces quisieras, cuadrando por completo con nuestros diferentes apetitos. Además, tenían una amplia terraza en la que se respiraba mucha paz y en donde se oía únicamente el sonido del mar, un leve murmullo de voces, casi imperceptible, y la discreta música del local. Atraídos por el entorno y la comida, decidimos quedarnos allí, pudiendo elegir la mesa que más nos gustara. Mientras nos informaban de cómo funcionaba el sistema para pedir las tapas, Ana pidió agua para tomarse una pastilla. Hice como si no me hubiera dado cuenta, pues no quería que se agobiase. Debía confiar en ella en todos los aspectos, y más aún en este. Empezamos pidiendo unos cuantos platos, sin pasarnos, para ir probando. Seguía ansioso por preguntarle por lo sucedido con Brian tras mi partida, pero no veía ni cómo ni cuándo, pues no quería fastidiarla más. De alguna manera, me leyó el pensamiento, ya que fue ella quien sacó la conversación:

—¿Estás pensando en Brian y en lo ocurrido ayer? —preguntó sorprendiéndome por completo.

—La verdad es que no es exactamente en eso, sino en qué ocurrió cuando yo me fui —le confesé más bien cauto y temiendo que se negara a hablar del tema.

—Me lo imaginaba. ¿Era por eso por lo que no querías irte ayer? —insistió, casando las piezas del puzle.

—Por una parte, sí, sobre todo al verte tan abatida. La otra es que, aunque no pudiéramos estar juntos, deseaba estar allí viéndote por lo menos —le confesé sincerándome, ya que no se merecía menos.

—No fue fácil para mí afrontar esa situación. No estoy hecha para hacer daño a las personas y, ayer, os lo hice a los dos, sin querer, por supuesto, pero así fue —dijo apenada y dejándome claro que lo ocurrido con Brian también le había afectado de alguna manera.

—Nadie está preparado para ese tipo de cosas. Y te pido de nuevo perdón por la parte que me toca —le dije cogiéndole la mano y acariciándosela mientras la miraba con todo mi cariño.

—No tienes por qué, fui yo la que te provocó. Ahora hablamos de eso. Lo que querías saber: ayer, justo antes de que te fueras, cuando se levantó y vino directamente a mí, lo que hizo fue disculparse y pedirme perdón por intentar besarme. Me comentó que no tenía ni idea de que estuviera saliendo con otro y, en vista de que nos llevábamos tan bien, pensó que me gustaba, estando interesada en

quedar con él y tener una cita. Después de irte tú, ni siquiera se acercó a la barra, todo lo tuvo que hacer tu otro colega, creo que era ¿Matt? Terminaron de beber lo que habían pedido y se fueron rápido, sin despedirse siquiera. No volvió a mirarme y dudo de que vuelva por el *pub*. —Ahora comprendía lo afligida que se encontraba, aunque me seguía repateando que sufriera por alguien que realmente no lo merecía.

—No merece que sufras por él. Podía habértelo propuesto de otra manera y no intentar hacerse el gallito sobrepasándose contigo delante de todo el mundo —le dije un tanto seco.

—Tienes toda la razón, pero yo soy así, no puedo remediarlo. Y volviendo a lo sucedido entre nosotros en el almacén, la que te pide perdón soy yo. Cuando cerramos, Jeff y yo nos quedamos un rato más porque quería averiguar el motivo por el que había estado llorando —me comentó poniéndome en alerta, ya que él me había dicho que mantuviera nuestra conversación en secreto.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté haciéndome «el sueco» como se suele decir, pero, a su vez, odiándome por no comentarle que él ya había estado hablando conmigo antes que con ella.

—Le comenté que cuando estuviste a punto de irte del almacén, yo te detuve y te besé más afectuosamente de lo normal, desencadenando que tú respondieras a esa provocación deseando más. Lo que ocasionó que ambos nos sintiéramos mal por ello, cada uno por distintos motivos —explicó poniéndose como un tomate de roja y bastante nerviosa, no sé si causado por el hecho de tener que recordármelo o porque estaba reviviendo nuevamente ese momento.

—¿Y a qué conclusión llegó? —le pregunté, pues no sabía qué decir ni cómo evadirme del tema.

—Me dijo que, a partir de ahora, debería de medir mis actos, ya que estos traen consecuencias. Le comenté que ya habíamos hablado de este tema y que me habías dicho que me respetarías, respondiéndome que no era justo que recayera únicamente sobre ti toda esa responsabilidad, llevando razón. Añadió que, si no estaba preparada para dar otro paso, entonces, no debería provocar situaciones que te incitaran a ello —me dijo casi sin ser capaz de mirarme por la vergüenza que le estaba dando hablar sobre esto conmigo y continuando con su explicación—. Le dije que la mayoría de las veces ni tan siquiera soy consciente de qué estoy provocando o del alcance de mis acciones; bueno, él sabe que no estoy demasiado familiarizada en relación al tema: hombres, y, aunque tengo un conocimiento bastante exhaustivo sobre el cuerpo humano y sus funciones, desconozco las causas que provocan ciertas reacciones en él. Luego me explicó que vosotros, el género masculino, no siempre podéis controlar ciertas partes de vuestra anatomía, siendo a veces como si tuvieran vida propia y escapando a vuestro completo control. Así que después de comprender la lección, te prometo que no va a volver a pasar nada semejante si no es porque realmente así lo desee —concretó para finalizar, dejándome muy intrigado por saber más acerca de sus relaciones con otros hombres y cómo habrían sido.

—No me parece bien que te reproche algo conociéndote como te conoce y sabiendo que tú ignorabas lo que estabas haciendo. Sobre todo después de que yo se lo explicara cuando hablamos. —En ese momento de confidencias, acababa de caerme con todo el equipo revelando mi conversación con Jeff.

—Jeff y tú, ¿habéis estado hablando? ¿Cuándo? —preguntó con total asombro y desconcierto.

—¡Mierda! He vuelto a meter la pata para no variar, ya que me dijo que le guardara el secreto de nuestra conversación y, a la primera de cambio, me voy de la lengua. En fin, ya está hecho, así que… Al volver a la sala, se dio cuenta de que habías estado llorando y, cuando te envió de nuevo al almacén, me pidió que le ayudara a sacar la basura, aprovechando para preguntarme qué había

sucedido entre nosotros. Le conté lo de mi desliz y cómo te había hecho sentir con ello. Luego me explicó un poco más en detalle lo de tu accidente, las consecuencias de ello y lo que tuviste que superar, exponiéndome tu desconocimiento en lo referente a ciertos temas y esclareciéndome el porqué de tus reacciones en diferentes situaciones. Fue muy atento —sostuve siendo totalmente sincero y sin querer ocultarle nada más.

—¡Madre mía, madre mía, madre mía! —repitió unas cuantas veces mientras se le entrecortaba la respiración, levantándose de repente de la silla y yendo hacia la barandilla de la terraza, en la cual se apoyó con las dos manos mirando desconcertada hacia el mar e intentando coger aire inspirando profundamente.

Me quedé mirándola atónito sin saber qué hacer ni qué decir. Se sentía abrumada porque Jeff me hubiera revelado detalles sobre ella. Tras unos segundos, volvió a la mesa, sentándose de nuevo y respirando aún con cierta dificultad:

—¿Estás bien? No quería incomodarte. En realidad, no tenía que haberte contado nada —le dije molesto por mi poco tacto.

—No me lo esperaba y me ha pillado totalmente por sorpresa. Cómo imaginarme que osaría hablar contigo sobre mí —contestó sofocada—. Confío en Jeff y sé que lo ha hecho con la mejor de las intenciones, pero no le compete a él revelarte detalles míos. Yo decidiré cuándo, cómo y, si es necesario, decírtelo en persona. —Por extraño que parezca yo también consideraba que tenía razón, a mí tampoco me gustaría que, por ejemplo, John le contase cosas de mí o de mi vida.

—Te entiendo perfectamente, pero en su defensa diré que tan solo me lo comentó para que te conociese algo más y así no dar lugar a nuevos malentendidos o enfadarme por cosas que no comprendo —le expliqué intentando que se relajara de nuevo y no se lo tuviera en cuenta a Jeff—. Por favor, no te enfades con él.

—No pretendo enojarme, pero él sabe lo delicado que es todo en lo referente a mí. Me pongo muy nerviosa con ciertos temas y situaciones, bueno, acabas de verlo en directo. En fin, como tú bien has dicho antes, ya está hecho —terminó de decir dando un trago de agua y mirándome tímidamente.

— Ana, ya me parecías una mujer absolutamente maravillosa y esto no ha hecho más que acentuarlo —le dije prendado de ella; esa manera de ruborizarse me parecía de lo más sensual.

En ese momento, y antes de que pudiera decirme nada, comenzaron a traernos lo que habíamos pedido para cenar. Eran bastantes platos, pero con poca cantidad, lo que para nada me preocupaba, pues podíamos repetir cuantas veces quisiéramos. Nos agradó mucho ese planteamiento, ya que nos permitía probar cada una de las tapas sin miedo a tener que dejarlo si no nos gustaba. Veía a Ana tantear la comida dándome la impresión de que seguía sin encontrarse del todo bien. Pensé que igual lo había fastidiado de nuevo, pero no fue así, volviendo a ser la misma chica alegre de hacía un instante, a pesar de nuestra conversación. Era impresionante lo fácil y sencillo que resultaba estar con ella; si algo de eso le había afectado, no volvió a demostrármelo. Creo que, aunque no lo reconociera abiertamente, estaba agradecida de que Jeff se preocupara por ambos e intentara allanarnos el camino. Estábamos en territorio desconocido y cualquier ayuda era bienvenida. No sé cómo se sentía ella, lo que sí que puedo decir a ciencia cierta es que yo me encontraba en la gloria más absoluta. Estuvimos hablando tranquilamente. Ana me preguntó por los dos días tan intensos que tuve en el estudio y por los cuales no pudimos vernos como me hubiera gustado. Comencé a detallarle lo sucedido y cuánto nos había costado. Todos habíamos colaborado dando lo mejor de nosotros y, a pesar de los inconvenientes, lo habíamos logrado superando con creces a la primera

grabación. Le agradecí enormemente su apoyo y sus consejos, garantizándole que sin ellos nada de lo ocurrido habría sido posible. No permitió que le otorgara el mérito, diciéndome que no necesitaba de ella para realizar mis sueños. Nadie me había dicho nada parecido, y menos en la manera que lo hizo, pues era tal su pasión por todo lo referente a mí y a lo que yo hacía que me contagiaba haciéndome sentir verdaderamente alguien especial. El tiempo pasó volando, aunque aún no era demasiado tarde. Las luces del complejo se encendieron, pues ya se había hecho casi de noche creando un ambiente idílico y muy romántico con el mar de fondo. Es cierto que el restaurante donde estábamos no se acercaba a la categoría de esa clase de sitios, pero se podía decir que tenía su encanto. A mí lo que más me importaba era que Ana se sintiera a gusto y estándolo ella, por supuesto, yo también. Pedimos varias tapas más, distintas a las anteriores, repitiendo alguna de las que más nos habían gustado. Yo seguí comiendo durante un largo rato viendo que Ana se había dado por vencida no queriendo comer más, una tendencia que ya era común cuando salíamos. Yo lo devoraba todo mientras que ella comía como un jilguero. Cuando no se daba cuenta, la observaba detenidamente enamorándome cada vez más y más. Nunca me había considerado un tío con suerte hasta el momento de conocerla. Poco a poco, fui notando cómo su mirada se apagaba, lo que me alertó de que se estuviera poniendo peor y no quisiera decírmelo. Volvió a sacar una pastilla del bolso, dándome el pretexto para preguntarle:

—¿Para qué es esa pastilla? Te has tomado una nada más llegar, ¿y ahora otra? ¿Te encuentras bien? Si no es así, por favor, dímelo y nos vamos —le dije inquieto, pues no la quería ver aguantando innecesariamente.

—La pastilla es para la migraña, la otra que me he tomado era un analgésico para quitarme el dolor, pero no me ha hecho nada. Así que necesito algo específico para que, si no termina de quitármelo, por lo menos me mantenga estable y evite que me siga subiendo —contestó apenada porque sabía perfectamente que ya iba a estar intranquilo y pendiente de ella, cosa que no le gustaba en absoluto.

—Si quieres, pido la cuenta y te llevo a casa. De verdad, no me importa —le comenté levantándome un poco de mi asiento para acariciarle su lindo rostro en señal de que todo estaba bien.

—Sigue comiendo, Ray, no hace falta que salgamos corriendo. Me tomo la pastilla y vamos viendo. No quiero irme a casa. Estoy increíblemente bien aquí contigo —contestó agarrándome la mano, demostrándome que le agradaban mucho mis caricias—. Te prometo que te avisaré si veo que no me hace efecto.

—Entendido, confío en ti. —Y dejamos zanjado el tema.

Se apresuraron a traer un par de tapas más que aún teníamos pendiente, no saliendo Ana fuera de su asombro por mi exagerado apetito:

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Ha habido alguna vez que no hayas tenido hambre? —me preguntó admirada por la capacidad infinita de mi estómago.

—En alguna ocasión, he llegado a perder parte del apetito, pero eso es todo. Y ahora te pregunto yo, ¿tú lo has llegado a tener alguna vez? —le pregunté sonriéndole, pues me había hecho mucha gracia su forma de preguntármelo.

—Alguna —contestó divertida sin apartar la vista de mí, mirándome atentamente—. ¿Sabes que tienes una sonrisa muy bonita? —me dijo haciendo que casi me atragantara, pues jamás nadie me había hecho tal apreciación.

—Guau, es la primera vez que me lo dicen, aunque no es de extrañar porque creo que nunca me han visto sonreír. Tú sí que tienes una sonrisa espectacular —apremié a decirle, ya que a mí era la suya la que me lo parecía.

—Gracias, pero no desvíes el tema, estamos hablando de ti, ¿o te pone nervioso que te diga cosas de ese tipo? —me preguntó intrigada y sonrojada al mismo tiempo.

—No es que me ponga nervioso el que me digas un cumplido, simplemente, es que yo no lo veo así —le comenté encantado de que mi sonrisa le resultara tan atractiva.

—Pues considero que ya es hora de que lo veas y, sobre todo, de que te lo creas. Lo tienes todo, Ray, belleza exterior y belleza interior, es impresionante —me dijo con veneración y dejándome completamente noqueado por sus palabras.

—Me dejas fuera de juego, Ana —logré decirle lleno de emoción, trayendo un poco más a la superficie una parte de mí que creí tener perdida.

—Haré todo lo que sea necesario para que veas lo maravilloso que eres y todas las cualidades que posees —comentó con una seguridad pasmosa.

Permanecimos sonriéndonos durante un buen rato mientras yo acababa con toda la comida que quedaba en los platos. A continuación, justo después de dejarlos limpios como la patena, nos trajeron la carta de los postres. Le insistí a Ana en que pidiéramos algo para compartir, pero me dijo que era incapaz de meter nada más en el cuerpo. Al decirme eso, noté como se le descomponía la cara, no llegando a saber si era porque estaba demasiado llena y pensar en el postre la había saturado o porque no había podido parar la migraña al no haberle hecho efecto la segunda pastilla. Me había dicho que me avisaría en tal caso, por lo que quise darle un voto de confianza y no adelantarme a las circunstancias. No tardé mucho más en pedir el postre, comérmelo y pedir la cuenta, estomagándola, para no variar, al ver que de nuevo iba a pagar yo. Sin darle la oportunidad para debatirlo, cogí la tarjeta y pagué rápido. Después de eso, nos levantamos y dimos un pequeño paseo por los alrededores. Comenzaba a llegar un poco más de gente, imagino que por la hora, pues nosotros habíamos cenado más pronto de lo habitual, siendo ahora cuando se estaba de lujo. Corría una ligera brisa y la temperatura era más que agradable. Le pregunté a Ana qué es lo que quería que hiciéramos, si ir a otro lugar a tomar algo o, simplemente, quedarnos por allí. Suspirando con profundidad y afligida, me detuvo y me pidió que la llevara de regreso a casa. La migraña le avanzaba cada vez más y, viendo que aún teníamos bastantes kilómetros por delante, no quería arriesgarse a ponerse peor o no estar lo suficientemente bien para mantenerse tan siquiera sentada en la moto. Me pidió mil perdones por fastidiar el momento, a lo que yo le respondí que, en serio, no pasaba nada, mientras la abrazaba acariciándole la parte trasera de su cabeza con suma suavidad. Continuamos caminando hasta llegar al aparcamiento y, cogiendo la moto, partimos nuevamente hacia la ciudad. Ana se pasó la mayoría del viaje callada, lo que aumentó mi preocupación. No tenía ni idea del alcance de la migraña ni de su sintomatología. La otra vez me centré solo en lo que la provocaba, arrepintiéndome en este instante de no haberme interesado por el resto de los aspectos. Cogimos un desvío para evitar atascos y llegar lo antes posible. Una vez allí, aparqué y la acompañé a la puerta. Estaba totalmente blanca y sus ojos se habían apagado. La miré desconcertado e impotente sin saber qué hacer o qué decir. Me dijo que lo sentía en el alma, que lo único que había deseado durante todo el día era pasar el mayor tiempo posible juntos. Se me rompió el corazón en ese momento, pues su sufrimiento era tan extremo que no se tenía casi en pie:

—Me gustaría quedarme y cuidar de ti. No estoy contigo solo para salir y ya, ¿sabes? Quiero que seas consciente de que aquí me tienes para lo que necesites —le ofrecí para que no estuviera sola en esas circunstancias obteniendo un no por respuesta.

—Significa muchísimo que quieras acompañarme en estos momentos, Ray, pero es mejor que no te quedes. Necesito relajarme y descansar, y pensar que estás aquí pendiente de mí me va a agobiar más que otra cosa. Mira, voy a tomarme otra pastilla, un relajante muscular y a echarme en la cama a oscuras y en silencio. No hay nada que puedas hacer, te lo aseguro —me comentó suplicándome con la mirada.

—Está bien, como prefieras. Pero si te encuentras peor o necesitas cualquier cosa, quiero que me llames, por favor. Estamos juntos en esto —no podía dejar de insistirle, pues todo mi afán era ayudarla, aunque sin saber cómo narices hacerlo.

—Eres absolutamente maravilloso. No dudes en que te llamaré si lo veo necesario. Debo entrar ya, necesito medicarme. Pero, antes que nada, en vista de que hoy lo he fastidiado, ¿qué te parece si mañana quedamos para desayunar y te preparo tortitas? Te prometí que te invitaría y me encantaría que las probases —me dijo haciendo un gesto raro al mencionar la comida.

—Por mí, encantado. Volver a verte y desayunar tortitas es para mí la combinación perfecta, pero ¿crees que estarás bien para ello? Podemos dejarlo para otro día si no… —le insistí porque no quería que se sintiera obligada a ello si no se encontraba del todo bien.

—En principio, podemos quedar, y si veo que no me he recuperado, te aviso con tiempo y, entonces, sí que tendremos que quedar en otro momento —me propuso esperando que no le chafara la idea.

—Hecho. Bueno, me voy. Cuídate mucho, preciosa —me despedí dándole un suave beso, pues veía que ya no aguantaba más ahí de pie.

—Lo haré. Conduce con cuidado y, ya sabes, avísame cuando hayas llegado —contestó respondiendo a mi boca con la misma suavidad que yo lo había hecho.

Me quedé esperando a que entrara y, cuando ya estuvo dentro, cogí la moto y me fui extrañado de que no hubiera encendido ninguna luz, permaneciendo completamente a oscuras. Había algo de tráfico, por lo que tardé un poco en llegar. Ya en casa, me puse cómodo y le envié un mensaje a Ana. Había pensado en llamarla, pero no quería molestarla por si ya se había echado. Estaba a punto de encender la tele cuando vi que me llamaba:

—Hola, preciosa, acabo de llegar, ¿cómo te encuentras? —pregunté deseando oírla decir que mejor, tirándome a plomo en el sofá.

—He estado vomitando y ahora estoy tumbada esperando un poco para comprobar que ya no voy a hacerlo más y así poder tomarme las pastillas. Espero que entonces ya me quede KO y pueda descansar —contestó con voz lánguida.

—Joder, Ana, no me gusta oírte así. Ojalá pudiera ayudarte de alguna forma, pero no sé cómo —le dije angustiado por estar tan lejos de ella y sin posibilidad de consolarla.

—Ya lo haces estando pendiente de mí. Tranquilo, se me pasará. Descansa y no te preocupes. Voy a poner el móvil en silencio, por lo que, si me llamas o me mandas algún mensaje, no lo veré hasta que esté en condiciones, ¿vale? —dijo avisándome, lo cual yo agradecí y mucho para no asustarme innecesariamente.

—Perfecto. Deseo con todo mi corazón que te mejores. Intenta descansar. Mañana hablamos. Un beso —le declaré acordándome de su cara desencajada por el dolor y queriendo que volviese a ser la

de siempre.

—Buenas noches, ojazos. Te mando otro beso de vuelta. Hasta mañana —dijo despidiéndose definitivamente.

Me puse a ver la tele, pues entre la preocupación que albergaba en mi interior y el empacho que tenía era incapaz de echarme a dormir. Además, no era muy tarde. Las horas fueron pasando y ni pizca de sueño. Estaba intranquilo, más de lo que mi cuerpo podía soportar. No saber si se encontraría ya mejor o, incluso, peor me estaba pasando factura. Fue un ir y venir de la cocina al salón buscando algo para comer en un intento de mantener a mi mente ocupada para no pensar. Menos mal que, por una vez, echaban una peli de miedo interesante que me mantuvo entretenido un buen rato. Ya casi terminando de verla, los ojos se me empezaron a cerrar. Aguanté hasta el final y, apagándolo todo, me fui a la cama. No dormí muy bien que digamos, pues, aunque había ratos que me había quedado cuajado por completo, de repente, me despertaba sobresaltado. En esos lapsus miraba el móvil por si Ana me había mandado algo, pero nada, todo estaba tranquilo. Una de las veces en las que tardé mucho en volver a conciliar el sueño estuve indagando sobre las migrañas y todo lo relacionado con ellas, para entenderlo bien y poder ayudarla, ya que, hasta ahora, no lo había podido hacer sintiéndome fatal por ello. Fue una revelación para mí, entendiendo muchas cosas que ignoraba. Creo que cuando mi cabeza asimiló toda esta información y supo que ya estaba preparado para lo que ella necesitase, se relajó por completo haciéndome caer en un sueño profundo del que no desperté hasta que sonó la alarma de mi móvil.

34

Cuando fui a apagarla, siendo las nueve de la mañana, vi un mensaje de Ana en el que, después de darme los buenos días, me decía que, en gran parte, ya se le había pasado el dolor y que, aunque tenía el cuerpo un poco descompensado por la crisis y las pastillas, se encontraba bien para desayunar juntos. Me preguntó si me parecía bien quedar a las diez o, por el contrario, un poco más tarde. Mi alegría era más que evidente, no solo por saber que ya estaba mejor, sino por verla, por estar con ella y por el riquísimo desayuno que me iba a preparar. No tardé ni un segundo en responderle asegurándole que así daba gusto despertarse y que a las diez estaría allí, pues no aguantaba más sin verla. Estuve en un tris de repetirle que, si no se sentía bien, lo podíamos dejar para otro momento, pero no quería ser machacón con este tema, así que lo deseché totalmente. Me levanté feliz y me di una ducha. No sabía si luego íbamos a hacer alguna otra cosa, por lo que me vestí un poco más de *sport* que de costumbre. Me pareció que, aunque Ana se sintiera ya algo mejor, no tendría el cuerpo para estar de picos pardos todo el día, así que lo más práctico sería ir cómodo. Eran las nueve y media cuando le puse un mensaje para decirle que salía ya para su casa. Al igual que el día anterior, estaba empachado del todo, ahora no sentía nada más que un tremendo vacío en el estómago.

Cómo se notaba que era domingo, y por la mañana, pues no había a penas tráfico, llegando a casa de Ana en tiempo récord. Todo estaba muy tranquilo y en silencio, escuchándose únicamente el ruido del motor de mi moto. Aparqué donde siempre y llamé a la puerta. Me abrió enseguida haciéndome pasar rápidamente. Una vez ya dentro, me quedé observándola para comprobar su estado. Tenía mejor aspecto que la noche anterior, aunque aún se la veía algo pálida y con bastantes ojeras. A parte de eso, me pareció que estaba encantadora con el pelo recogido en un moño alto y un conjunto de *sport* que le hacía un cuerpazo. Después de este breve y conciso reconocimiento, vino lo mejor: nuestro beso de buenos días. Nos cogimos con ganas, pues fue intenso, degustándonos con deseo y pasión, algo que debido a la situación del día anterior no habíamos podido hacer. Nos tomó un rato, ya que, tras el beso, nos abrazamos mientras nos mirábamos ensimismados el uno del otro. La magia del momento terminó al escuchar abrirse una puerta, continuado del sonido de unos pasos y de la apertura de otra. Le siguió el cierre de la segunda puerta, así como del accionado de una cisterna y terminando con otro abrir y cerrar de puertas, indicándome que Bailey se encontraba en casa; no gustándome ni un pelo. Lo llevaba fatal, aun sabiendo que el interés de este era por los de su propio género. Ana me cogió de la mano conduciéndome hacia la cocina ignorando por completo la presencia de su compañero. Tenía la mesa preparada con los platos, cubiertos y resto de aderezos, exceptuando las tazas. No sabiendo qué hacer le pregunté por si podía echarle una mano en algo:

—¿Te ayudo en algo? —pregunté deseando poder colaborar.

—Sí, por favor, abre la nevera y saca una fuente que hay con fruta —me dijo indicándome mientras la abría dónde estaba.

—Entiendo que es esta —le dije retirando un poco el papel de aluminio que la tapaba para comprobarlo y confirmándomelo ella asintiendo con la cabeza.

La puse sobre la mesa y regresé para colocarme a su lado y observar cómo hacía las tortitas. Tenía la masa ya lista para prepararlas cuando yo llegara y tomarlas recién hechas y calentitas. Con un cacito, cogía la masa y lo iba volcando encima de una sartén plana, quedándole muy redonditas, a pesar de haberlo hecho a pulso. En un abrir y cerrar de ojos, las dos primeras ya estaban listas, continuando así con el resto. Estaba tan maravillado de que se tomara tantas molestias solo por mí que me puse detrás suyo, rodeándole la cintura con mis brazos. Lo hice lentamente para que no se asustara y comprobando a su vez de que mi gesto de cariño hacia ella era aceptado de buena gana. Y así fue. La besé varias veces en su preciosa cabecita, expresándole mi total agradecimiento e intentando demostrarle que mis intenciones para con ella trascendían mucho más allá de lo físico. No quise ser demasiado pesado ni empalagoso, por lo que después de unos minutos la liberé de mi aprisionamiento. Volví a preguntarle si podía hacer alguna cosa más, diciéndome que abriera uno de los cajones de debajo de la cafetera y eligiera la taza que más me gustase. Abrí unos ojos como platos, pues a mí la verdad es que siempre me había dado igual en dónde lo tomara, tanto que no tuvo más remedio que explicarse:

—No me mires así. A mí, según el día, me apetece tomarme el café en una taza o en otra, por eso no las he puesto en la mesa, pensando que a ti, quizás, te pasaría lo mismo, aunque, por la expresión de tu cara, ya veo que no —comentó riéndose de mi perplejidad y de mi ignorancia con estas cosas.

—La verdad es que me da un poco igual. Creo que eso va más con vosotras, las mujeres —le contesté lo más sincero que pude intentando no ofenderla por mi indiferencia—. ¿Cuál vas a escoger tú? —le pregunté para no coincidir en la misma elección.

—Yo quiero la taza grande de estrellitas azules, la que está justo a tu izquierda. Hay otra similar de puntitos debajo, que es la pareja de esa, por si la quieres para ti —me explicó viéndome francamente perdido, pero sin saber que me había encantado la idea de que me la ofreciera por lo de ser la pareja de la suya.

—Sí, perfecto. Puedo ir poniendo los cafés si te parece —le pregunté ansioso por manipular esa maravillosa máquina que hacía un café espectacular.

—Claro. ¿Recuerdas, de la última vez, cómo funciona? —me preguntó mientras le hacía un gesto de negación con la cabeza—. Tranquilo, mira, ahí colocas la taza y, apretando el botón de tu izquierda, la enciendes. La ruleta del medio es para indicar la cantidad que quieres de café, yo la última vez la giré al máximo, y los otros dos botones indican si lo quieres más o menos fuerte —me explicó pareciéndome la cosa más fácil del mundo y es que lo era.

Preparé ambos en un periquete según sus instrucciones y los llevé a la mesa. Ana, que ya tenía la leche en el micro esperando a ser calentada, le dio al botón para que se fuera calentando mientras terminaba de hacer las tortitas. Había hecho un montón y tenían una pinta fantástica. Cuando tuvo el plato lleno, apagó el fuego y lo llevó a la mesa. Yo, que aún permanecía de pie esperando a que acabase, me senté tras hacerme una señal con la mano de que, por favor, me sentara. Le hice una foto a la mesa con todo lo preparado, después de haberle preguntado a Ana si le importaba, por supuesto, pues quería dejar ese momento inmortalizado y quizás ponerle los dientes largos a John cuando hablara con él mañana. Cogió la leche del microondas y, poniéndola sobre la mesa, al fin, se sentó. Dejé que empezara ella primero para ver cómo lo hacía, ya que había comido tortitas alguna que otra vez, pero sin llevar fruta ni nada parecido, solamente con sirope y nata. Se me quedó mirando con curiosidad hasta que me preguntó qué era lo que me pasaba:

—¿Hay algún problema? ¿Por qué no empiezas? —preguntó intrigada de que con mi hambre famosa aún no hubiera tocado el plato.

—Estoy esperando a que te prepares tú una para saber cómo tengo que hacerlo —contesté pensando que lo que para mí era más que obvio, no lo era tanto para ella—. Yo nunca las he comido así y no sé si se echa el sirope encima y luego la fruta o al revés —le apunté como observación.

—Da igual cómo lo hagas, es de la manera que más te guste a ti, no hay ninguna norma establecida. Yo, por ejemplo, primero echo el sirope para que la tortita se empape bien y se adhiera mejor la fruta, pero hay gente que le gusta más al revés. Vete probando y decides cuál es lo que a ti te parece mejor —contestó tan dulcemente que prefería probarla a ella más que a sus tortitas. Algo que me reservé para mí, por supuesto.

—Entonces probaré de las dos formas y ya decidiré —le dije empezando la preparación de la mía.

Comencé mientras la miraba de reojo para no perderme detalle alguno, lo que hizo que le diera una risa contagiosa al pillarme en ello. Después de ese momento, fue ella la que se me quedó mirando a mí a la espera de mi veredicto. No tuvo ni que preguntar, pues cuando la probé casi me deshago en gemidos de gusto. «¡Madre de mi vida!», dije maravillado. Estaban espectaculares. La combinación del dulce de la masa junto con el de la fruta y el sirope hacían de ellas la cosa más rica que jamás había probado. Creo que llegó un momento en el que pensó que exageraba a propósito, pero nada más lejos de la realidad. Y así se lo expresé. Yo era bastante glotón, lo reconozco, pero tampoco me comía cualquier cosa, que quede claro. En realidad, era bastante exigente al respecto. De vez en cuando, continuaba observándola, con un poquito más de discreción, dándome cuenta de que se echaba sirope de arce en vez del de chocolate y por ello le pregunté, explicándome que a ella el de choco le empalagaba demasiado restándole sabor al resto de ingredientes. Me ofreció que probara y que viera la diferencia. Y eso hice. Tenía completamente razón, el de arce resaltaba los otros sabores y estaba mucho más rico que con el otro. Estuvimos un buen rato comiendo y charlando de todo un poco:

—Dime, ¿qué planes tienes para la próxima semana? —le pregunté, pues no sabía casi nada de su día a día, a excepción de su trabajo en el *pub*.

—Pues lo único que tengo en mente es pasarme por otras dos empresas y mantenerme a la espera de la contestación de las que visité la semana pasada. A parte de eso y del trabajo en el *pub*, que esta semana es solo jueves y viernes hasta las nueve y media, no tengo mucho más que hacer —contestó con un poco de pena.

—No está mal. Tampoco es que yo tenga una vida de lo más apasionante. Voy al estudio, grabamos y se acabó. Así que no te preocupes ni te entristezcas por ello —le dije sabiendo perfectamente que estaría dándole vueltas a lo que yo podría pensar de todo eso.

—Me parece que el que lee las mentes ahora eres tú. Sinceramente, me gustaría hacer otras cosas más interesantes. Lo que tú haces me parece apasionante y, sí, ahora vas al estudio nada más, pero dentro de nada estaréis dando conciertos y haciendo lo que deseas. Hay mucha diferencia entre una cosa y la otra, Ray. —Mirándolo desde esa perspectiva, por supuesto, pero no quería que se sintiera mal y menos por compararse conmigo.

—Eso no lo sabes, quizás nunca llegue, Ana. Quién dice que no conseguirás tú antes…, en fin, ese trabajo que tanto ansías. Tiempo al tiempo, hay cosas más importantes en esta vida. —Y ahí me detuve, pues a nada estaba de decirle que ella lo era para mí.

Y entonces me dio por pensar, una vez más, en la vida diaria que compartía con su compañero Bailey. ¿De qué disfrutaría ese imbécil aparte de tenerla consigo todo el tiempo que quisiera? Y, poniéndome otra tortita, caí en la cuenta de que quizás hubiesen estado comiéndolas juntos tal y como estábamos haciendo nosotros en este preciso instante. Los celos comenzaban a aflorar de manera irremediable pensando en la cantidad de cosas que habrían compartido. Sin pensarlo ni un momento y para aplacar mi pobre mente, le pregunté:

—Estaba pensando que tu compañero Bailey tiene una suerte enorme viviendo aquí contigo y pudiendo disfrutar de manjares tan deliciosos como este —le dije un tanto sarcástico sin poder refrenarme—. Menudo chollo ha encontrado —puntualicé.

—No creo que te responda eso si se lo preguntas. Además, ya te comenté que no solemos hacer demasiada vida en común. Respecto a las tortitas, sí que las probó un día, pero nada más. Coincidió que llegó cuando ya me las había hecho y sobraron unas pocas y le dejé que se las comiera. Solamente las he preparado para ti y, en alguna otra ocasión, para Jeff —me dijo sonriéndome, dándome a entender que no las preparaba para cualquiera, sino exclusivamente para quien ella consideraba especial.

Y con esas simples palabras, era cómo me había hecho sentir a mí «especial». Era yo y mi puñetera imaginación la que planteaban miles de escenas de una vida en pareja entre ellos, distando mucho de ser así. Me quedé más tranquilo pudiendo disfrutar plenamente de mi chica y del glorioso desayuno, mientras teníamos una conversación amena. No tenía claro si después de esto quería que hiciéramos alguna otra cosa o, por el contrario, que me fuera ya a casa para que pudiera descansar. Casi no me atrevía a preguntarle, pues el simple hecho de que me dijera que mejor nos veíamos de nuevo mañana me asqueaba. Tampoco había pensado qué es lo que podríamos hacer si me quedaba. Me hubiera encantado ser de ese tipo de hombres que tiene un montón de ideas e innova en cada una de sus citas. Pensándolo bien, debería de esforzarme mucho más para que Ana no llegara a aburrirse conmigo o de mí. Es lo último que deseaba, pero no tenía ni pajolera idea de cómo hacerlo. Entre esas reflexiones, y a punto de acabarse las tortitas, me preguntó si quería más, ya que había sobrado masa. Me dio un poco de corte decirle que sí, pero creo que mi cara contestó por mí a la pregunta, pues se levantó y preparó otra tanda, aunque esta vez más pequeña. Como el loco enamorado que era, no le quité el ojo de encima, aprovechando la ocasión para recorrer su cuerpo, en esta ocasión, sin su permiso, estudiando cada uno de sus movimientos y admirando el pedazo de mujer que la vida me había puesto en mi camino. Me esforzaría, en todos los sentidos, por darle todo lo mejor de mí en cualquier aspecto. No tardó casi nada, volviendo rápidamente con otras ocho tortitas. Fue entonces cuando me armé de valor:

—Dime, ¿te apetece que vayamos luego a algún sitio? O, si no, me voy a casa y así descansas algo más —le insinué haciéndome un poco el duro como si de su respuesta no dependiera mi felicidad.

—No había pensado en nada, pero, sí, claro, podemos dar una vuelta y, si te parece bien, también comer juntos —me dijo alegrándome el día con sus palabras.

—Francamente, esperaba de todo corazón que me dijeras que sí —le confesé al caer en la cuenta de que mi cara de felicidad me estaría delatando en estos momentos—, pero no tengo ni idea de qué podemos hacer.

Sonrió y comenzamos a plantearnos a dónde ir. Decidimos que un centro comercial no era opción en el día de hoy, pues estaría a rebosar de gente y, sinceramente, después del incidente de ayer con Brian tampoco es que nos apeteciera demasiado; ocultarnos como si hubiéramos cometido el mayor

de los delitos no era para nada romántico ni emocionante. Nos miramos un par de veces y nos echamos a reír, pues a ninguno de los dos se nos ocurría nada interesante que hacer. Sin querer y contra mi voluntad, solté un eructo que, aparte de avergonzarme por completo delante de ella, le sirvió para ofrecerme ir a pasear por la playa y bajar un poco el copioso desayuno que aún seguía metiéndome en el cuerpo. Me pareció una maravillosa idea que me iba a venir de perlas. Aún me llevó un rato hasta que terminé de desayunar, y hablo nada más de mí, pues Ana solo había comido unas pocas acabando enseguida. A continuación, recogimos todo y, poniéndose unos playeros, cogió sus llaves, el bolso y nos fuimos.

35

Ya en la calle, nos dirigimos al paseo marítimo. Hacía una temperatura muy agradable de unos veinticuatro grados aproximadamente y tampoco había demasiada gente paseando, por lo que se podía decir que era más que ideal. Ana y yo íbamos muy pegados, lo que me animó a cogerle de la mano. Cuando lo hice, la miré para ver si estaba de acuerdo con que la agarrara. Me devolvió la mirada y, acompañándola con una tímida sonrisa, agarró también mi mano en señal de conformidad y complacencia. Se me hacía tremendamente raro ir paseando de la mano con una mujer, aunque estaba más que encantado. Después de cómo había acabado la noche, poder pasar el día con mi chica era más de lo que podía desear. Mientras paseábamos, estuvimos hablando de los próximos temas que teníamos pensados grabar y de las aspiraciones de la banda. Ana me insistió en que le gustaría oírme tocar, por lo que le prometí que la invitaría un día a casa y le tocaría algún tema. Su ilusión fue tan evidente que soltó mi mano para aplaudir, volviéndomela a coger en cuanto se dio cuenta de su euforia y de que se había soltado involuntariamente. Que se apasionara por esas pequeñas cosas la hacían adorable. Continuamos caminando durante bastante rato. Pasamos por delante de las dos zonas de la playa donde ya habíamos estado, trayendo a mi mente muy buenos recuerdos. Me surgieron unas ganas enormes de volver a sentarnos en la playa, tal y como lo hicimos la última vez, con nuestros cuerpos pegados y abrazados, sumidos en el éxtasis de ese momento. Se lo comenté a Ana que, por su cara, creo que estaba pensando también en aquello. Así que nos adentramos en la arena y, eligiendo el sitio que más nos gustaba, nos sentamos. Primero lo hice yo, y cuando ya estuve listo, lo hizo ella acoplándose lentamente a mí. La abracé, correspondiéndome de la misma forma. Permanecimos así un tiempo, sin hablar, sintiendo nuestros cuerpos respirar y latir a la par. Era realmente sorprendente y muy relajante hasta que las voces y jugueteos de una panda de jóvenes perturbaron nuestra paz haciendo desaparecer el encanto del momento. Yo suspiré algo molesto por habérmelo robado:

—Tranquilo, podemos volver en otra ocasión cuando no haya casi gente y continuar con este ritual —me dijo apretándose un poquito más contra mí para calmar mi agitación.

—Sí, lo sé, pero ahora que estábamos tan bien tienen que venir y fastidiarlo —dije molesto.

—La playa es de todos y son jóvenes, déjales que disfruten también —me dijo girando la cabeza hacia mí, dándome un suave beso en la mejilla.

—De acuerdo —contesté enfurruñado como un niño pequeño—, ¿has pensado a dónde quieres que vayamos a comer? —aproveché para preguntarle intentando recobrar mi serenidad.

—¡No me digas que tienes de nuevo hambre! —dijo mirándome tan alucinada que no pude más que olvidar mi enfado y echarme a reír.

—Ja, ja, ja, ahora mismo, no, preciosa. Estoy bastante lleno aún. Lo preguntaba por ir pensando a dónde ir —dije dándole yo ahora un beso en esa naricita que me apasionaba.

—¿Te importaría si, en vez de irnos fuera, comiéramos algo en casa? No me he entonado aún del todo y me gustaría estar un poco más tranquila —comentó mirándome un poco apenada por ello y esperando mi respuesta.

—¿Cómo me va a importar? Todo lo contrario, me parece un plan ideal. Podemos pedir que nos traigan la comida a casa —le dije con todo el convencimiento del mundo—, es lo que yo normalmente hago en fin de semana.

—No hace falta que pidamos nada si no queremos. Tengo comida, ¿te gusta la lasaña? —preguntó agradecida por mi conformismo ante su petición.

—Adoro la lasaña, pero no quiero que te des la paliza cocinando, Ana, no es necesario. Otro día que te encuentres mejor, ¿vale? —le dije acariciándole con mis dedos sus labios. No podía permitir que hiciera más esfuerzos, y menos por mí—. Ya has hecho suficiente hoy preparándome el desayuno.

—No me cuesta nada ni me voy a dar una paliza. Además, ya la tengo preparada y lista para meterla en el horno y que se haga —dijo sonriéndome al ver mi cara de preocupación.

—¿Qué hago contigo, preciosidad? —le dije sin esperar respuesta, pues acababa de ocuparle su boca con la mía, fundiéndonos en un sensual y anheloso beso.

Al poco tuvimos que levantar el vuelo, pues los endiablados jóvenes no hacían más que dar por culo corriendo y jugueteando los unos contra los otros, y de aquí para allá, molestando a todos los que estábamos sentados tan tranquilos. Sus estridentes chillidos hicieron mella en Ana que, de un salto, se puso en pie mientras se tapaba los oídos. Eso me recordó lo que había estado averiguando por la noche de que las migrañas provocan una hipersensibilidad auditiva haciendo de cualquier ruido la peor de sus pesadillas. Yo me levanté también rápidamente, aunque con un poco más de torpeza, saliendo de allí cogidos de nuevo de la mano.

Disfrutamos del camino de vuelta, pero, sobre todo, de la inmensa paz que volvíamos a respirar tras el griterío de instantes atrás. Desde lejos ya se podía divisar su calle, asaltándome sin más el pensamiento de si su compi estaría en casa o no. Si seguía allí y no salía por mi presencia, entonces iba a estar bastante jodido cuando comprobase que me quedaba a comer y, quizás, a pasar también la tarde. Menudo personaje estaba hecho, lo que no entendía es cómo Ana lo aguantaba, y menos permitía que viviera con ella bajo el mismo techo. Tenía la idea de comentárselo más adelante, porque, si lo hiciese ahora, me tacharía de celoso. Lo que tenía claro es que, si formalizábamos lo nuestro, no me gustaría que viviera con alguien más que no fuera yo. Pero, bueno, eso ya lo hablaríamos más adelante.

Ya en casa, nos sentamos en el salón y nos pusimos a ver un poco la tele. Habían pasado ya cerca de dos horas desde el desayuno y Ana me preguntó si quería tomar algo de aperitivo mientras se cocinaba la lasaña. Dudé en qué contestarle, ya que el simple hecho de decirle que sí, pues volvía a tener hambre, me daba algo de vergüenza. Pero había un problema, y era que no era capaz de mentirle, por lo que le dije que estaría genial tomar un tentempié. Se levantó y se fue a la cocina a prepararlo y a meter la lasaña en el horno. Quise ir con ella, impidiéndomelo a toda costa, ya que este no iba a ser gran cosa, tardando poquísimo en prepararlo. Y estaba en lo cierto, ni dos segundos había necesitado, estando de vuelta con una bandeja que contenía la bebida y varias cosas para picar. Lo puso todo sobre la mesa del salón y se sentó. Al paso del tiempo, ya se podía respirar el delicioso aroma de la pasta y el fundirse de los ingredientes junto con ella y el queso. Tenía mucha curiosidad por catarla, pues, si estaba como todo lo que hasta ahora había probado hecho por ella, iba a ser una auténtica exquisitez. Cuando estaba ya casi lista, preparamos la mesa con todo lo necesario para comer. Olía realmente increíble y así fue cuando sacó la fuente del horno. Y no era únicamente el olor, pues la pinta que tenía era de lo más apetecible, haciéndoseme la boca agua por momentos.

Puedo decir que me había conquistado de todas las maneras posibles y a través de todos los sentidos: oído, vista, gusto, tacto y olfato. Repartió una parte entre ambos platos, pero justo cuando íbamos a comenzar, una voz nos sobresaltó. Efectivamente, Bailey andaba por casa y había salido al reclamo del excelente aroma. Se quedó de piedra al verme, sin saber qué decir ni qué hacer. Fue Ana, con su naturalidad, la que tomó las riendas de la situación, ofreciéndole si quería comer con nosotros. Le contestó que se lo agradecía, pero que prefería llevárselo a su habitación y comer allí para no molestarnos. No sonó para nada convincente, o eso me lo pareció a mí. Continuó instándole a que pasara y se sirviera lo que quisiera. Se preparó un plato extragrande que puso en una bandeja junto con pan y bebida, entre otras cosas. No dejé de observarle en ningún momento, lo que debió de notar, pues mientras se lo preparaba me miraba de reojo. Me hubiera gustado poder leerle la mente en ese momento para averiguar qué es lo que estaría pensando. Ana emitió un «carraspeo» para que volviera de nuevo con ella, ya que deseaba conocer mi veredicto. Le hice un gesto pidiéndole perdón y me puse manos a la obra. Antes de que pudiera catarlo, Bailey volvió a interrumpirnos para darle las gracias y despedirse, yéndose a su habitación y dejándonos nuevamente a solas. Fue entonces cuando el primer trozo entró en contacto con mi boca y mis papilas gustativas, provocándome un placer descomunal al degustarlo, resultando tan gráfica la escena que poco más hizo falta para que supiera mi opinión acerca de su lasaña. Joder con mi chica y sus dotes culinarias. Tenía claro que, si no moría algún día por su amor, lo haría causado por el placer de su comida. Nos tomamos nuestro tiempo comiendo relajados y sin prisas. En ese momento, nos convencimos de que su idea de quedarnos en casa había sido un acierto seguro. Cuando terminamos el postre, recogimos entre los dos y nos fuimos de nuevo al salón, sentándonos cómodamente mientras Ana nos echaba una mantita fina por encima. Empezamos a ver una película mientras yo me temía lo que iba a pasar a continuación. Y, sí, me quedé dormido sin poder remediarlo. El maravilloso paseo, la increíble comida, la paz que se respiraba en su casa y, lo principal de todo, Ana a mi lado eran el cóctel perfecto para bajar todas mis defensas y dejarme ir hacia un sueñecito. No sé qué hizo ella durante ese tiempo en el que me quedé cuajado, pero no me molestó en absoluto. Después de un rato, abrí los ojos y, volviendo en mí, me desperecé viendo que ya no estaba en la posición en la que me había quedado dormido, sino que estaba echado en media parte del sofá, tapado con un extremo de la manta. Miré en busca de Ana, la cual se encontraba en la misma posición que yo, aunque en el otro lado. También se había quedado dormida, lo que me permitió poder observarla con detenimiento sin miedo a lo que pudiera pensar. Me pasé un buen rato recorriéndola de arriba abajo y llegando a la conclusión de que era demasiado perfecta para ser de este mundo. Estábamos un poco separados, por lo que me incorporé y me acerqué a ella. Fue una estupidez, porque el movimiento de mi cuerpo produjo que el sofá se moviera un poco despertándola de golpe. Miró asustada qué era lo que pasaba hasta que comprendió lo que yo me traía entre manos. Así que, poniendo uno de los dos cojines detrás de su cabeza, se tumbó a lo largo y se echó hacia delante haciéndome hueco para que yo pudiera colocarme detrás suyo. Más o menos como lo habíamos hecho en la playa, pero tumbados. Despacio, me posicioné acabando pegado por completo a ella. El cojín que había colocado alzaba mi cabeza permitiéndome poder ver la tele con total comodidad, dejando hueco para la suya. Le rodeé con mi brazo su cintura y apoyé ligeramente mi cabeza sobre la suya. Por mucho que hubiera querido, no me habría imaginado el poder estar así con ella.

Y así colocados, comenzamos a ver una película de miedo. Sé que muchos pensarán que vaya aburrimiento, pero para mí no había nada mejor en el mundo. El simple hecho de estar juntos,

donde quiera que fuese, era uno de mis sueños más preciados. Las vistas que yo tenía desde mi posición eran inmejorables, ya que tenía su sensual cuello delante de mí, totalmente al descubierto al llevar su cabello recogido, poniéndome muchísimo. Deseoso de sentir su piel a través de mis labios, bajé despacio mi cabeza para rozarlos contra él, pero, al instante, recordé la vez en el almacén del *pub* cuando me lancé a besárselo y comérselo, haciendo que me detuviera en seco. Ana, al percatarse de mi movimiento, me preguntó qué me pasaba e, incapaz de mentirle, le confesé que sentía unas ganas locas de besarle su cuello. Se quedó callada un instante, imagino que evaluando la situación, hasta que me dijo que estaba de acuerdo y continuara. Ana iba rompiendo la barrera, cualquiera que fuese, que le impedía que intimáramos. Estaba más receptiva, podía sentirlo. El hecho de sentirse en lugar seguro y de no actuar por sorpresa, sabiendo de antemano las intenciones de lo que pretendía hacerle, creo que también contribuía a ello. Sin perder ni un segundo, comencé a deslizar mis labios por todo su cuello, produciéndole escalofríos, pues podía ver cómo la piel se le erizaba, y luego continué dándole pequeños mordisquitos. Estuve así un buen rato, haciendo pequeñas pausas para ir viendo como lo iba asimilando. Subí luego al lóbulo de su oreja, el cual besé y mordisqueé suavemente mientras ambas respiraciones se aceleraban a pasos agigantados, indicando la excitación mutua que estábamos experimentando. Alcé la mano que, hasta hace un momento, agarraba su cintura, cogiéndole con ella su carita y, girándole la cabeza hacia mí, abordé su boca con especial cuidado. No quería que fuese algo arrebatado, al contrario, lo necesitaba así: pausado, lento, recreándome con cada movimiento, con cada gemido. Levantó a su vez su mano, sujetando mi cabeza, lo que me animó a continuar besándola. De pronto, Ana me soltó, se levantó y, ante mi temerosa mirada por creer que nuevamente me había pasado, volvió a tumbarse, pero ahora cara a mí. Ni un segundo necesitamos para continuar donde lo habíamos dejado. Aunque esta vez aumentando la intensidad, motivada por la cercanía de nuestros cuerpos, ya que había cogido su pierna haciendo que rodeara con ella mi cadera. Deslicé mi mano por su espalda, bajando hasta su trasero y, agarrándole su nalga, la apreté todo lo que pude contra mí. Nos pusimos bastante acaramelados y esta vez sin sentirnos mal, sin meteduras de pata, queriendo los dos. Cogí un tirante y, quitándoselo gradualmente, le bajé un lado de la camiseta dejando al descubierto su sujetador. Mi mano ansiosa se detuvo entonces en su pecho, prominente y firme, comenzando a toquetearlo con especial mimo; joder, me enloquecía hasta no poder más. Deseaba quitárselo y acariciar su tersa piel, pero no podía ser, no estábamos solos. Y menos mal que no continué porque, una vez más, el ruido de una puerta al abrirse nos interrumpió exaltando a Ana que, en un acto reflejo, se subió la camiseta y el tirante para incorporarse y comprobar que no nos habían «pillado». A mí me pareció una escena muy cómica, pues quién nos iba a decir que a nuestra edad e independencia íbamos a tener que preocuparnos por lo que otro pudiera haber visto, pero no se lo dije, ya que la vi un tanto apurada. Me incorporé yo también, le pasé el brazo por detrás y la atraje hacia mí. Podía notar el latir agitado de su corazón que parecía salirse de su pecho. La miré y, dándole un leve beso en los labios, le dije que todo estaba bien. Me sonrió de una forma tan bonita que me caló profundamente. Miré de reojo y vi a Bailey aparecer por la cocina para dejar la bandeja de la comida. Miró disimuladamente hacia el salón y cuando constató que aún seguía allí, sentado y abrazando a su querida compañera, su cara se descompuso por completo. Desvió su mirada al frente, cogió no sé qué mierda del armario y desapareció fugazmente por donde vino. Cuando Ana quiso mirar a ver qué pasaba, ya no había rastro de él. Nos miramos y decidimos, puesto que nos había cortado el rollo y que ya no íbamos a «tontear» más, aprovechar para merendar. Preparó café con unos dulces, los cuales degustamos

mientras terminábamos la película que habíamos empezado a ver a trozos, debido a alguna que otra interrupción por nuestra parte. La tarde había pasado rapidísimo y ahora ya no podía dejar de pensar que en breve tendría que irme a casa, solo. Le hubiera sugerido quedarme a pasar la noche juntos, pero sé de alguien a quien le daría un infarto si al despertarse me viese por ahí y, fuera de broma, en realidad, debería de ser Ana quien me lo propusiera. Y, aunque hoy hubiéramos dado un paso más en cuanto a intimar se refiere, sabía que era pronto para dormir compartiendo la misma cama con lo que ello conllevaría. Hoy habíamos avanzado muchísimo en nuestra relación y con eso me conformaba. Le ofrecí quedarme hasta después de cenar para pasar más tiempo con ella, no estaba cansado y no me importaba llegar a casa para tan solo ponerme el pijama y acostarme. A Ana no le gustaba mucho la idea de que condujese de noche, pero le insistí tanto que no le quedó más remedio que aceptar. De todos modos, ya había oscurecido y cuanto más tarde me fuese, menos tráfico encontraría de regreso. Nos pusimos otra peli, a la cual no prestamos demasiada atención, ya que comenzamos a hablar, entre otras cosas, para quedar al día siguiente. Después cenamos y, terminando de recoger, Ana me apuró para que me fuera, pues se había hecho tarde, pues ya eran alrededor de las diez y media y hasta las once no llegaría. Volví a insistirle de que no pasaba nada, pero la vi tan preocupada que no puse más resistencia. Con todo mi pesar, cogí mis cosas y, proporcionándole un beso de estos de película, nos despedimos y me fui. Ya en casa, la llamé para decirle que había llegado bien y darle las buenas noches. De nuevo me dormí contando las horas deseoso de volver a verla y, con este pensamiento, me embarqué en un reconfortante sueño.

36

De nuevo, comienzo de semana y rutina. En el estudio se respiraba un aire tranquilo. Todos habíamos descansado e iniciábamos la jornada entusiasmados por los nuevos temas a grabar. Mi cara era de absoluta felicidad mientras la de otro que yo me sé manifestaba todo lo contrario. Solo esperaba que no nos hubiera visto juntos, a Ana y a mí, el sábado por la tarde. Me miró de la misma forma que todos los días, con desprecio y frialdad, entendiendo que mi temor no había sido nada más que una falsa alarma. Comenzamos a tocar un nuevo tema hasta la pausa del café, siendo en este ratito cuando me entretuve para escribirle a mi chica. Nos habíamos dado ya los buenos días, pero sin entrar mucho en detalles. A punto de grabarle un audio, John se acercó a mí para curiosear y averiguar qué tal había ido mi fin de semana:

—¿Qué tal donjuán? ¿Cómo te ha ido el finde? —preguntó guiñándome el ojo y esbozando una pícara sonrisa.

—No sigas por ahí, John. Sé a dónde quieres ir a parar y a eso no te voy a responder. La verdad es que ha sido un fin de semana fantástico, quitando que Ana se puso mala el sábado y casi nos pilla el subnormal de tecladista que tienes por compañero dando una vuelta por el centro comercial —le conté viéndole poner una cara de sorpresa inigualable.

—No me fastidies. ¿Y qué hicisteis? —me preguntó ávido de tener más suculentos detalles.

—Escondernos en una tienda y, a continuación, salir escopetados de allí. Me sentí fatal, sobre todo por Ana. Creo que entre unas cosas y otras le di la tarde —le dije reconociendo que no había sido la mejor de nuestras citas.

—Vale, entonces no te vio o ya se te hubiera tirado al cuello por robarle a su «camarera». ¿Y algo más? —continuó interrogándome.

—Poco más. Ayer pasamos todo el día juntos, me invitó a desayunar sus famosas tortitas, que estaban divinas, luego paseamos por la playa y nos quedamos en su casa a comer una lasaña que había preparado con la que casi muero de placer. Después nos pusimos a ver pelis de miedo mientras nos dábamos el lote y, cuando terminamos, preparó algo de merendar. Me quedé hasta tarde cenando allí con ella también y luego regresé a casa para dormir —le detallé brevemente.

—Joder Ray, no haces más que comer. Eres un «tragón» —afirmó teniendo que darle la razón, pues era completamente cierto.

—No puedo negarlo. Hasta Ana me pregunta que dónde echo todo lo que como, pues no entiende que conserve la figura con lo que zampo —puntualicé extrañándome hasta yo por ello.

—Eso es porque no ha visto tu pene. En cuanto lo vea, ya entenderá a dónde va todo. ¡Claro! Ahora caigo yo también —dijo apuntando en dirección a mis partes nobles.

—¡Serás imbécil! —le grité por el pedazo de tontería que acababa de soltar.

—A ver, guaperas, a la mayoría, la comida se nos va a la barriga y a ti, a tu polla, porque, mira, no es normal que la tengas tan grande, tío. Yo como y acaba en todos lados, excepto aquí —siguió diciendo mientras señalaba con la mano a sus atributos.

—Pero ¿quieres dejar de meterte conmigo? Bueno, con mis partes —le contesté un tanto exasperado por sus insinuaciones, aunque la manera tan graciosa con lo que lo había expresado, junto con el total convencimiento de su teoría, me sacaron finalmente una sonrisa.

—Espera, espera —dijo intrigándome por lo que seguía a continuación—, acabo de desvelar el misterio de tu apetito voraz. Sabes que hay un dicho que dice que la comida es el sustituto del sexo, ¿no? Entonces, ¡como no follas, comes! Y a lo bestia —dijo emocionado como si en verdad hubiera descubierto una teoría.

— ¡Déjalo ya, so memo, ja, ja, ja! —le dije dándole un manotazo en el hombro y partiéndome de risa, pues su cara era de felicidad absoluta y la situación demasiado cómica.

La parada estaba a punto de terminar, por lo que le grabé rápidamente un audio a Ana y regresé a la sala. Estuvimos interpretando la pieza enérgicamente y muy motivados, notándose que esa canción, en especial, sacaba lo mejor de nosotros. Mientras tocábamos, pillé a John mirándome con extrañeza unas cuantas veces, como rompiéndose la cabeza por algo, poniéndome de los nervios cada vez que lo hacía. Se la pasó así el resto de la mañana hasta que paramos a comer. Dejamos los instrumentos y, aprovechando que los otros se adelantaban, vino corriendo hacia mí para preguntarme:

—Dime una cosa, si no me equivoco, hace un rato me dijiste que ayer por la tarde estuvisteis viendo pelis de miedo mientras os dabais el lote, ¿lo he oído bien? Porque llevo pensando en esa puñetera palabra todo el tiempo, no pudiendo comprender cómo no me lo has detallado —preguntó poniendo ojos de loco por no haberle dicho más.

—¿Por eso me mirabas tan raro? Eres de lo que no hay. Te lo hubiera explicado mejor, pero a ti te pareció más divertido cachondearte de mi apetito y del tamaño de mi pene —le contesté agarrándole del hombro e instándole a que fuera andando para salir a comer.

—Lo sé, se me fue la olla, así soy yo, pero ahora déjate de tonterías y cuéntame —continuó diciendo, metiéndome prisa para tener el tiempo suficiente antes de llegar junto a los otros.

—No voy a entrar en detalles, ¿vale? Nos echamos en el sofá y, provocando a Ana mordisqueándole su cuello, comenzamos a besarnos de forma apasionada y, como coloquialmente se dice, a meternos mano; bueno, en realidad, fui yo quien le metí mano. No llegamos a más porque fuimos interrumpidos por el tontaina de su compañero, quedándose ahí la cosa —le conté reservándome para mí la parte del asalto a la delantera de Ana.

—¡Guau! Está muy bien. Por eso lo compensaste luego con la merienda y la cena, si ya lo decía yo —me dijo mientras le echaba la mirada de «me estás tocando los cojones de nuevo»—. Es broma, no me mires así.

—John, para nosotros es un paso muy importante. Ana está más receptiva a mis carantoñas y va acercándose cada vez más a mí. Con eso me basta. Ayer fue maravilloso —le contesté dichoso por lo que había sucedido entre nosotros.

Asintió dándome ahora él una palmadita en el hombro y sin pronunciar ni una palabra más, pues ya habíamos llegado. Durante la comida solo hubo cabida en mi cabeza para un único pensamiento y era el de nosotros dos en el sofá, besándonos con auténtico anhelo, rozándonos, queriéndonos. La echaba de menos a cada segundo sin poder hacer nada para remediarlo. Miré mi móvil a ver si me había dejado algún mensaje deseoso de que fuera así, teniendo mucha suerte, pues había recibido uno de ella no hacía mucho. Lo que no me pude imaginar es que, al oírlo, esa suerte cambiaría por completo. En él, Ana sonaba nuevamente apagada, cansada y me decía con una voz triste y con el

mayor de los pesares que esta tarde no íbamos a poder vernos, ya que le había dado otro ataque de migraña y no se podía ni levantar de la cama. Esto me cayó como un jarro de agua fría, pues el saber que más tarde íbamos a vernos se había convertido en el motor de mi día, pero esto no es lo que me había hecho sentir así, era el pensar que estaba mal y, quizás, por mi culpa o por lo intenso de nuestro acercamiento ayer. Me levanté y fui al baño para escribirle que si me necesitaba solo tenía que decírmelo y estaría allí lo antes posible. Inmediatamente, me contestó que necesitaba descansar, aunque me agradecía mi ayuda. Me dijo también que según se fuera encontrando mejor me llamaría para poder hablar un ratito. Cuando volví a la mesa, mi expresión ya no era la del tío feliz de esta mañana, en estos momentos, no quedaba ni rastro de él.

Ya en el estudio intenté concentrarme en el trabajo. John andaba pendiente de mí, pues le había tenido que contar lo de Ana, ya que, al verme tan abatido, no dejó de insistir preguntándome qué me pasaba hasta que se lo dije. Por primera vez, no tenía ninguna gana de que llegara la hora de irnos. La idea de meterme en casa y no verla se me hacía insoportable, pero era algo inevitable que llegaría sí o sí. Por eso, cuando dieron las siete, cogí mis cosas y, simplemente, me fui. Pasé la tarde tocando en mi estudio, ya que era lo único que me reconfortaba. Al caer la noche, pedí algo de cenar. A cada rato miraba el móvil para comprobar si me había escrito, ya que no tenía ninguna llamada suya, haciendo que me preocupara y mucho. Comí y volví a tocar en un intento por acallar mis temores. Fue ya tarde cuando Ana me llamó pidiéndome perdón por la demora. El dolor había remitido un poco, encontrándose con las fuerzas suficientes para llamarme. Me obstiné en ir a su lado y esta vez no solo por ella, sino por mí, pues no aguantaba más. En ese momento, oí como un sollozo muy lejano. Me quedé esperando a que dijera algo con el corazón compungido y, tardando lo que a mí se me hizo una eternidad, me respondió, y ahora sí que llorando, que no estaba en condiciones para tenerme allí. Le contesté con toda la calma que pude reunir que no se preocupara, que se echara de nuevo e intentara dormir y descansar. Me lo agradeció y, dándome las buenas noches, colgó. Un nudo, como una pelota de béisbol, se me puso en la garganta impidiendo que pudiera emitir ningún tipo de sonido. Se me habían quitado las ganas de absolutamente todo, por lo que me puse cómodo y me fui a la cama. Tuve mil pesadillas durante la noche hasta que, en algún momento del que ya no fui consciente, debí de quedarme dormido.

El resto de la semana continuó de la misma forma, sin apenas vernos, debido a la fuerte crisis de migraña que la tuvo yendo a urgencias durante tres días seguidos y postrada en la cama incapaz de levantarse. Hablábamos esporádicamente cuando su enfermedad se lo permitía, siendo con Jeff con quien más en contacto estaba, dándome parte de absolutamente todo al estar cuidando de ella. En varias ocasiones, le insinué que quería pasarme a verla, pero me aconsejó que me esperara un poco, ya que Ana aún no había mejorado lo suficiente para recibir visitas. También me dijo que no me preocupara y que tan pronto la viera mejor, me avisaría de inmediato. Jeff siempre nos había apoyado, por lo que no dudé ni un instante de su palabra y de que así lo haría. Yo, llegados a este punto, no era ni persona. Lo único que me ayudaba era la música, recayendo en ella prácticamente toda mi atención. El miércoles a última hora de la tarde recibí una llamada de Ana, devolviéndome la vida al escucharla:

—Ey, preciosa mía, ¿cómo te encuentras? —le pregunté esperanzado al ver que su voz se asemejaba a la habitual.

—Hola, ojazos, me encuentro ya mejor. Toda la medicación recibida durante estos días ha ido surtiendo efecto y por fin he podido levantarme sin dolores y no teniendo que devolver a cada rato

—comentó suspirando por su ansiada mejoría.

—Te he echado tanto de menos, Ana… He querido ir a verte un par de veces, pero Jeff me aconsejó que no porque no te encontrabas aún bien. La verdad es que ha sido superamable teniéndome al tanto de toda tu evolución —le dije queriendo que supiera que no había dejado de pensar en ella ni un solo instante.

—Yo también te he echado mucho de menos, Ray. No he dejado de pensar en ti y en lo que estarías pasando. Creo que en parte eso me agobiaba y ha hecho que la medicación tardara más en hacer efecto —me dijo sobrecogiéndome por completo al oír su testimonio.

—¿Estabas preocupada por mí y por lo que yo estaba pasando? Pero si eras tú quien estaba mal… Solo alguien tan maravillosa como tú se preocuparía antes por los demás que por ella. —Y llevaba toda la razón con mi afirmación.

—Pienso que lo normal es preocuparse por las personas que te importan, ¿no? —me preguntó tan dulce como ella era.

— No, mi cielo, no es lo normal. Tú eres diferente. Por cierto, y perdona que cambie tan bruscamente de tema, ¿crees que mañana podría pasarme a verte? —pregunté deseando que su respuesta fuera un sí rotundo, ya que estaba a punto de perder la cabeza por completo.

—Claro que sí. Te diría de salir a algún sitio, pero prefiero descansar un poco más, ya que el viernes tengo que trabajar —me contestó proporcionándome un subidón al instante.

—Tranquila, hacemos lo que tú digas. Yo solo quiero estar contigo —le aclaré concisamente.

Hablamos un poco más y quedamos en que nos veríamos mañana un ratito, siendo motivo suficiente para poder dormir en paz y descansar, lo que me había resultado francamente difícil en las pasadas noches.

La alarma de mi móvil sonó, comenzando la mañana con un Ray repleto de optimismo y emoción. Mi talante había decaído bastante durante estos últimos días, dándose todos cuenta de ello y de que algo me pasaba, pero sin atreverse ninguno a preguntarme. Quizás porque mi cara hablaba por mí más que mis palabras. Cuando llegué al estudio sonriente, no supieron por dónde cogerme. Fue únicamente a John al que hice partícipe del motivo de mi alegría, explicándole la mejoría de Ana y que esta tarde, al fin, íbamos a vernos después de tres interminables días. La mañana se pasó relativamente rápida entre grabación y grabación, pausa para el café y la comida. La tarde es la que se me hizo menos liviana, pues ya no podía esperar más para verla. Durante el día, le había ido preguntando cómo se encontraba, no fuese que hubiese recaído y, sabiendo mis ganas de verla, no me lo hubiera dicho, contestándome que ya estaba prácticamente bien, deseosa como yo de que llegara la hora para vernos, siendo gracias a eso que pude aguantar hasta que dieron las siete. Al igual que en días anteriores demoraba al máximo el tener que ir a casa, hoy salí deprisa como un rayo sin darles casi tiempo a mis colegas a decirme adiós, ya que no quería desperdiciar ni un segundo.

La suerte andaba de mi lado, pues milagrosamente no había tráfico, lo que no era normal, y menos a estas horas, consiguiendo llegar mucho antes de lo habitual. Aparqué y me fui deprisa a la puerta, la cual se abrió sin darme tiempo a llamar al timbre. Ana se me abalanzó abrazándome con fuerza siendo recibida por mí tan efusivamente como ella lo acababa de hacer. Nos mantuvimos unos instantes así hasta que intenté separarme un poco para ver su hermoso rostro resultándome imposible. Era como si tuviera miedo de soltarme, algo que yo entendía a la perfección. La sujeté fuertemente y, levantándola un poco en el aire, entramos en casa. Cuando la puse de nuevo en el

suelo, me soltó lo suficiente para poder observarla en detalle. Fue cuando lo hice que el alma se me cayó a los pies. Estaba completamente pálida, con los ojos hundidos y bastante más delgada que cuando la vi el domingo por última vez. Tragué saliva y besándole con suavidad su frente la cogí entre mis brazos y la acerqué a mi pecho. Mi corazón comenzó a latir con fuerza impidiéndome respirar con normalidad. Me dolía demasiado verla así y, lo peor de todo, el no haber podido hacer nada para evitarle el sufrimiento pasado. Ana lo percibió y, alzando su cabeza, me miró con benevolencia. Con una mano comenzó a acariciar mi cabello y, colocando la otra mano sobre mi pecho, fue apaciguándome poco a poco. Nuestras bocas se abrieron camino sin consentimiento alguno buscando frenéticamente los labios del otro, dando paso a más que un simple beso: la demostración más efusiva de anhelo y añoranza jamás vivida. Tras tan necesitado contacto, fuimos al salón y nos pusimos cómodos. A continuación, Ana preparó algo de comer mientras me fue narrando cómo había vivido esos tres infernales días. Necesitaba que lo entendiera para que no sufriera más de lo necesario, aunque, a estas alturas, ya era inevitable. Me fui horrorizando por momentos según iba entrando en detalles, lo que la inquietó al ver esa expresión en mi cara. Se acercó a mí y, rodeándome el cuello con sus brazos, me dijo que no me preocupara. El proceso había sido duro, pero ya se encontraba mejor y quería que yo también lo viera así. Lo único que lamentaba era haber tenido que rechazarme cuando le propuse venir a verla, asegurándome que eso la había atormentado más que toda la crisis en sí. La impotencia había hecho nuevamente mella en ambos, era así de sencillo. Cenamos tranquilamente mientras hablábamos de muchas cosas, entre ellas, de lo que yo había hecho durante esos días. Después continuamos con nuestra conversación acomodados ya en el sofá, gozando así de la proximidad del otro. Le pregunté si quería que nos viéramos mañana, recibiendo un veloz y rotundo sí. Acordamos que iría a buscarla al *pub* para irnos desde allí a tomar algo en cuanto terminara su jornada que para mi sorpresa sería a las nueve y media. No había tenido tiempo de contarme que ya solo iría al *pub* los viernes, de momento y hasta esa hora, a echar una mano. Yo no podía estar más contento, pues verla allí rodeada de babosos me ponía de muy mala leche. Miré el reloj y, aunque no eran más que las diez, decidí irme a casa. No quería quedarme más para no cansarla. Ya la tendría para mí todo el fin de semana si ella así lo quería, por supuesto. Nos despedimos durante un buen rato y me fui a casa llamándola tan pronto entré por la puerta para decirle que ya había llegado. Hablamos brevemente, nos dimos las buenas noches y colgamos. No tardé en acostarme conciliando el sueño, por extraño que parezca, con facilidad.

37

Por fin era viernes y hacía un día estupendo. Me fui temprano para pillar algo de desayunar, ya que no había nada en la cocina. Después de llenar el estómago y coger fuerzas, entré en el estudio donde ya estaban todos. Nos preparamos y comenzamos la tarea. A la hora del café hablé con Ana, se encontraba bien y muy animada haciendo que me sintiera muy feliz al escucharla. El resto de la mañana transcurrió con normalidad hasta que llegó la hora de comer. Antes de salir hacia el restaurante, mientras los chicos recogían sus cosas, aproveché la ocasión para llamar de nuevo a mi chica yendo al pasillo para que nadie pudiera oírnos. Durante la conversación, escuché las voces de Brian y John que venían del estudio. No pude captar con exactitud de lo que hablaban, aunque sí el tono con el que lo hacían, ya que, al mismo tiempo, yo mantenía una conversación:

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? ¿Qué haces? Yo bien, deseando verte esta noche. Nos vamos a ir ahora a comer, por eso aprovecho para llamarte —conversaba con Ana mientras los oía hablar.

—Uy, perdón —escuché decir a John.

—Joder, tío, mira por dónde vas —contestó Brian a continuación cabreado.

—Si no te hubieras plantado ahí como un pasmarote, no me hubiera tropezado contigo —le dijo sin contemplación alguna—. ¿Estás espiando a Ray?

—No digas cosas absurdas, no me interesa para nada su vida —contestó tan chulo como él era.

—Pues a mí me parece todo lo contrario, y si no quieres que vuelva a arroyarte, apártate a un lado o quítate del medio —fue lo último que oí de John.

Me giré y, terminando la conversación con Ana, le pregunté para que me detallara más lo que había medio oído:

—¿Qué es lo que pasa, John? —le pregunté colgando justo en ese momento el teléfono.

—Que el imbécil de Brian estaba intentando escuchar con quién y lo que hablabas —me contestó, explicándome en detalle la conversación mantenida.

—La madre que lo parió. Deberé tener más cuidado la próxima vez. Es alucinante que a estas alturas tenga que andar escondiéndome de él —solté maldiciendo su estampa.

—Por cierto, si quieres, puedo ir contigo esta tarde al *pub* —me comentó mirando atrás por si venían los otros.

—Yo encantado, John, ya lo sabes, pero no quiero que tengas más problemas con Jenni por mi culpa —le dije reiterándome como ya lo había hecho en anteriores ocasiones—. Además, no voy a estar mucho rato. Me iré para estar allí sobre las ocho y media, me tomo algo y, aproximadamente una hora más tarde, nos marcharemos cuando Ana termine.

—¡Es perfecto! Jenni está inaguantable y dos horitas de evasión me vendrían de perlas. Además, no creo que ponga pegas, ya que no voy a irme demasiado rato. Así que cuenta conmigo, colega —dijo haciendo una cosa muy divertida con los ojos.

Dejamos ahí la conversación, ya que los demás salieron, poniéndonos en camino para ir a comer. Disfruté de ese rato como no lo había podido hacer días atrás. Saber que John me acompañaría por la tarde también me había alegrado bastante. Apuramos la hora de la comida hasta el último

segundo, ya que no teníamos demasiadas ganas de volver. Estos parones venían bien, aunque luego se nos hacía cuesta arriba continuar con el trabajo. Y como al final es el deber el que manda, regresamos de nuevo al estudio. Después del primer sentimiento de pereza, conseguimos calentar motores, pasando las restantes cuatro horas con normalidad. Diez minutos antes de las siete, paramos y recogimos saliendo raudos hacia nuestros respectivos destinos. John y yo habíamos quedado en vernos en la puerta del *pub* a las ocho y media. Llegué a casa, me duché, me preparé y a las ocho salí.

John entró primero y, cuando fui a hacerlo yo, me choqué de golpe contra él:

—John, maldita sea, no te pares así en seco —le dije sin conseguir que se moviera.

—Houston, tenemos un problema. Me cago en la puta —le oí balbucear.

—¿Qué pasa, John? ¡La madre que me parió! —solté al conseguir entrar y mirar hacia donde John me señalaba, viendo a Brian y a Matt sentados donde costumbre—. Pensé que con el chasco que se llevó el otro día ya no querría volver más por aquí.

—Me parece que vas a tener problemas para irte luego con Ana sin que se dé cuenta —dijo en un ligero tono de preocupación.

—Lo sé, con esto no contaba, ¡mierda! —expulsé por la boca como si de serpientes se tratara.

—Venga, vamos a saludar a tu chica como lo hemos hecho siempre para que no diga que no somos unos tíos la mar de simpáticos —sugirió poniendo el punto gracioso a la situación.

Nos dirigimos a la barra y, a punto de saludarla, me quedé sin palabras ni respiración al ver lo increíblemente *sexy* y atractiva que iba. Llevaba un top negro con escote *bardot* (sé que se llama así porque ella misma me lo aclaró después), botones y mangas anchas que le hacían una delantera espectacular. Pero lo que más me excitó fue cuando, al irse hacia el otro lado de la barra a buscar una botella, vi que llevaba puesto un pantalón corto también negro con cinturón ancho que le hacían una trasera y un tipo de infarto. Tenía una parte del pelo recogido con una pinza y, aunque su cara aún reflejaba signos de lo mal que lo había pasado, el poco maquillaje que llevaba resaltaba sus bellos rasgos. La voz de John me sacó de mi estado de ensimismamiento:

—Pero qué cara de tonto se te ha puesto al verla —me soltó riéndose descaradamente de mí.

—¡Oye! No te metas conmigo o, mejor dicho, con mi cara —le contesté un poco molesto.

—Es que es verdad, babeas y todo, ¡mírate! —siguió cachondeándose más aún.

—Dime que no es para ello con el pedazo mujer que tengo delante —le aclaré sin poder quitarle los ojos de encima.

—Sí, sinceramente, es para eso y más. Es preciosa, Ray —me contestó ya en serio.

Al regresar con la botella, Ana nos vio, iluminándosele la cara al instante, aunque se acercó discretamente, como en otras ocasiones, a sabiendas de que había alguien que se encontraba al acecho. Nos dimos dos besos, aprovechando para decirle rápidamente lo deslumbrante que estaba. Sonrió y, después de eso, nos fuimos a la mesa. Saludamos a Matt y a Brian respondiéndonos este último con el mismo entusiasmo de siempre. Nada más sentarnos, se levantó y se fue derechito a Alice a pedirle dos cócteles más sin tan siquiera preguntarnos por si nosotros también queríamos algo de beber. John estaba muy molesto, pero a mí me daba absolutamente igual, al contrario, lo prefería porque así podía ir yo a pedir y hablar un poquito con Ana. Mientras tanto, John hacía de nuevo de las suyas:

—¡Eh! Oye, Matt, ¿por qué habéis venido aquí otra vez después del corte que se llevó Brian el otro día? —le preguntó John tan directo como siempre.

—Tampoco lo entiendo muy bien, ya que el otro día, al salir de aquí, juró que no volvería más. Creo que está despechado y quiere hacérselo pagar, no sé. La ha ignorado por completo desde que llegamos y le está tirando los tejos a su compañera intencionadamente para darle celos.

—¿Darle celos? ¿Qué parte no ha entendido de que a ella le mola otro con el que ya está saliendo? Es bobo —dijo John mientras yo tosía adrede para hacerle ver que no me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Crees que no se lo he dicho ya? Pero no entra en razón y, mira, ahí le tienes haciendo el payaso y el ridículo —sugirió con cara de no saber a qué atenerse respecto a la conducta de su íntimo amigo.

Brian regresó aprovechando para irme yo. Ya en la barra, no podía dejar de mirar a Ana; no sabía cómo iba a poder aguantar sin hacer algo inapropiado cuando al fin estuviéramos a solas. Como de costumbre, me preguntó por lo que quería de beber mientras aprovechábamos la preparación de las cervezas para hablar rápidamente. Me dijo que se encontraba muy bien y que no podía esperar a que dieran las nueve y media para irnos. Le consulté por si había pensado a dónde quería ir, indicándome con un movimiento de cabeza que no. Le confesé que yo ya tenía algo en mente, asintiendo emocionada e intrigada por saber qué me traía entre manos. Miré de reojo hacia la mesa y le pregunté por cómo se sentía al tener allí nuevamente a mi colega. Me confesó que no era muy agradable, pero que no podía hacer nada al respecto, contándome, además, que la había ignorado por completo hasta el momento. Me dieron ganas de ir y partirle su estúpida cara, pero eso estaría fuera de lugar. Ana me dijo que pasara de él y me divirtiera, siendo este un acertadísimo consejo. Era él el que estaba jodido y con eso ya tenía más que suficiente. Paralelamente, John mantenía una intrigante conversación de la que me informó más tarde:

—John —dijo Matt.

—¿Qué? —le contestó John de manera condescendiente.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le preguntó arrimándose un poco más a él para que Brian no los oyera.

—Sí, dime —dijo emitiendo un suspiro de resignación.

—¿A Ray le gusta Ana? —insinuó a modo de pregunta captando por completo la atención de John y poniéndole en una incómoda situación.

—No sé por qué me preguntas eso —le contestó intentando no hacerse el sorprendido y de la manera más natural posible.

—Pues porque las veces que hemos venido no se me ha pasado por alto, ni a Brian tampoco, que siempre va donde ella está a pedir las bebidas. Y ella es especialmente amable con él —comentó comprometiéndole de todas todas.

—A ver, Ana es superamable con «todos», no solo con Ray y, además, tu querido Brian tiene también mucha culpa de esa supuesta amabilidad, ya que se ha metido siempre con él delante de ella, la cual solo intenta ser justa. Y la elige porque, la verdad, es la única opción —le dijo siendo bastante convincente.

— Lo primero, te lo compro, lo segundo, no. Hay dos camareros más en la barra, así que no me digas que es la única elección John —le reprochó molesto por considerar que le estaba tratando de tonto.

—A ver, cabeza de chorlito, te lo voy a explicar para que lo entiendas de una vez por todas. Alice es el tipo de mujer que Ray detesta, ya lo sabes, así que descartada. El tal Bailey es gay y, aunque no tiene nada en contra de él, descartado también, quedando Ana como única opción viable, ya que, además de ser encantadora, es muy amable, ¿lo has entendido ahora? —le dijo con una seguridad pasmosa.

—Sí, John, todo claro. Perdona —le contestó dejando el tema.

Cuando las cervezas ya estuvieron listas, las cogí y volví a mi sitio apreciando una cara inusual de incomodidad en John. Le pregunté qué es lo que había sucedido para que estuviera así, narrándome todo lo anterior con pelos y señales. Me quedé estupefacto:

—Ray, ¿qué vas a hacer? —me preguntó de manera disimulada.

—No tengo ni la más remota idea —le contesté indecisamente—. A lo mejor salgo yo primero y espero fuera a que Ana salga, no lo sé.

—¿Vas a salir tú primero y luego ella? Sea como sea, se van a coscar, ya andan con la mosca detrás de la oreja… —me dijo más inquieto de lo normal.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Anulo mi cita? Ni Ana ni yo nos merecemos esto. Mira, estoy más que cansado de ocultarme. Decidido, cuando termine, la esperaré y los dos juntos saldremos por la puerta. Mi felicidad no va a depender de la suya —le contesté con la más absoluta seguridad.

Se habían acabado las tonterías de una vez por todas. No haría nada como besarla o abrazarla delante suya por respeto, pero eso era todo. John aplaudió mi determinación, sellándolo con un choque de cervezas a modo de brindis, dejando a los otros dos tontainas intrigados por saber a qué había venido eso. Pasamos el rato charlando en tanto que yo observaba a Ana con la máxima discreción que me era posible. Brillaba como nunca, después de haber pasado varios días completamente apagada por su enfermedad. Verla así de radiante significaba mucho para mí. Hasta parecía que con su compañero Bailey todo iba mejor, pues volvían a hablarse y a reírse juntos. Él estaba lo que a mí me pareció demasiado pendiente, y digo demasiado porque cada dos por tres le agarraba la cara para ver cómo se encontraba, cuando tenía que coger algo, se ofrecía a ayudarla cogiéndolo él por ella y varias demostraciones afectuosas que no hacían más que revolverme por dentro. No digo que me alegrara de que no se hablaran porque sabía que Ana sufría con ello y eso era lo último que deseaba, pero, desde luego, me gustaba más que lo que ahora estaba presenciando. Presenciar todo eso hizo que mirara el reloj ansiando que el tiempo pasara para irnos lo más rápido posible de allí, quedando aún cerca de una media hora. Había una cosa que comenzaba a rondarme por la cabeza y era la preocupación por mi determinación de llevarla a mi rincón favorito, pues no quería disgustarla bajo ningún concepto ni hacer que se sintiera mal por, como ella solía decir, contaminarlo con su presencia. Encima hoy se había puesto guapísima como para comer comida basura sentada en el duro suelo de la cima de una colina. Estaba totalmente indeciso. Lo bueno era que Ana se adaptaba a todo y eso aliviaba un poco cada uno de esos pensamientos. En fin, ya vería qué hacer llegado el momento. Volví con John, el cual me sacó de mis tesituras codeándome para que mirara a Brian flirtear con la otra camarera. La escena resultaba un tanto patética, ya que se veía forzada y, encima, sin causar los efectos por él deseados, pues Ana estaba a lo suyo sin prestarle ninguna atención. Regresó a la mesa con otras dos copas y con peor talante que el mostrado a nuestra llegada. Tras una interminable media hora, Ana se fue al almacén a por sus cosas y yo me preparé para coger mis bártulos e ir a la barra a saldar la cuenta. Me despedí de John, el cual me comentó que se iba a quedar unos minutos más para ver qué sucedía con Brian a mi marcha y así

poder contármelo luego. De los otros lo hice con un simple gesto con la mano. Pagué lo que habíamos consumido y esperé a que Ana saliese. No tardó mucho e, invitándola a pasar ella primero, nos fuimos sin mirar atrás.

Ya una vez fuera respiré hondo, la giré hacia mí y, cogiéndola delicadamente entre mis brazos, acerqué mi boca a la suya. Me quedé mirando sus impresionantes ojos marrones a la espera de su respuesta empapándome de su aliento mientras nuestros labios se rozaban ligeramente y nuestras respiraciones se aceleraban por décimas de segundos. No tuve que esperar mucho, pues Ana estaba tan ávida de sentirme como yo a ella, por lo que abriendo sus labios me dio paso para que me adueñase de su boca. Sabía tan bien que, si hubiera sido por mí, no habría dejado de besarla. Fue el ruido del abrir y cerrar de la puerta del *pub* lo que nos devolvió a la realidad. Así que, tras un fuerte suspiro y cogiéndola de la mano, fuimos a por la moto. Se quitó la pinza para poder ponerse el casco, deleitándome mientras tanto con su forma de soltarse el cabello. Montamos y nos pusimos en marcha. En el camino, le mencioné por encima mi plan de ir a por unas hamburguesas y llevarla a un sitio especial a comérnoslas, pareciéndole el mejor de los planes, especialmente, porque había salido de mí. Era absolutamente extraordinaria, otra en su lugar me hubiera mandado a la mierda por no llevarla a un buen restaurante, a bailar o a algún lugar donde pudiera lucirse. No tardamos mucho en llegar a la hamburguesería. Entramos y nos pusimos a la cola mientras nos decidíamos por el menú que íbamos a pedir. Yo lo tenía bien claro, pues ya conocía lo que ofrecían pidiéndome prácticamente durante toda mi vida lo mismo, pero Ana no, costándole decidirse. Le aconsejé sobre lo que a mi parecer estaba mejor, ayudándola bastante en su decisión. Regresamos a la moto intentando repartirlo y teniendo que llevar Ana consigo algunas cosas, pues no cabía todo en el portamaletas. De allí a la cima de la colina no había más que cinco minutos, así que le comenté que en la medida de lo posible llevara los ojos cerrados para poder sorprenderla. Conduciría despacio para que no se zarandeara mucho ni se mareara, prometiéndome que los cerraría durante todo el camino, ya que no quería arruinar mi sorpresa. Nos pusimos en marcha llegando pasados unos minutos más del tiempo por mí estimado. El bajarse Ana de la moto fue toda una odisea entre los ojos cerrados y la bolsa que la pobre cargaba, pero yo no tenía ninguna posibilidad de hacerlo primero. Se quedó quieta en el sitio mientras yo anclaba la moto y preparaba el escenario. Puse la manta en el suelo, cogí la bolsa que Ana portaba junto con lo que se encontraba en la maleta, colocándolo todo por encima. Una vez listo, volví a por ella para quitarle cuidadosamente el casco. Su melena cayó como una cascada por encima de sus hombros manteniendo todavía sus ojos completamente cerrados. Le di un dulce beso en los labios correspondiéndome con una encantadora sonrisa:

—¿Estás lista? —le pregunté mientras la cogía de las manos y la llevaba a un lugar seguro y con las mejores vistas.

—Sí, lo estoy —contestó deseosa de que por fin le dejara ver lo que le había ocultado durante el camino.

—Vale. Ya puedes abrir los ojos —le dije ansioso por ver su reacción.

A continuación, los abrió. No necesitó decir palabra alguna, su expresión lo dijo todo por ella. Delante suyo se extendía un espectacular océano de luces. Ana se tapó la boca totalmente cautivada por la belleza que el lugar le ofrecía. De todas las reacciones posibles que me había imaginado, jamás pensé que lo hiciese así. Comenzó a temblar y a respirar entrecortadamente para luego dar paso a unas rebeldes lágrimas que, escapándose de sus inmensos ojos marrones, resbalaban por su rostro en

una especie de caída libre. Se giró hacia a mí sin darle tiempo a preguntarme nada, pues, por su forma de mirarme, supe exactamente cuál era la pregunta. Asentí con la cabeza mientras Ana me obsequiaba con una mirada colmada de la máxima ternura. A continuación, la bajó y, desviándola de nuevo hacia el horizonte, me dijo:

—¿Por qué lo has hecho, Ray? Este lugar ya no será el mismo para ti —dijo en un tono donde se podía apreciar cierto halo de tristeza.

—Bueno, quería que conocieras más cosas de mí. Tú me has mostrado tu mundo y yo quería mostrarte el mío también. Llevo desde que nos conocimos queriendo enseñártelo ¿sabes? Pero no estaba seguro de si te gustaría o, por el contrario, te decepcionaría —le confesé pensando que estaba más cerca de lo segundo que de lo primero.

—¿Decepcionarme? ¿Cómo has podido tan siquiera llegar a pensar eso? ¡Ray, este lugar es el más increíble que he visto jamás! Mi tristeza no tiene nada que ver con eso, sino que pienso que, al enseñármelo, ha perdido su magia. Este sitio nunca ha estado vinculado ni a nada ni a nadie, por eso te sientes tan bien aquí, pero, ahora, aunque no lo quieras, mi recuerdo lo contaminará, ¿lo entiendes? —me explicó recordándome lo que ya me dijo una vez en la playa.

—Me da igual, Ana. No me imagino nadie mejor para alterar la magia de este lugar. ¿Te has planteado que quizás tú hagas que sea más mágico aún? —le dije acercándome hacia ella y colocándome detrás suyo mientras la abrazaba como ya era costumbre, sintiéndonos uno.

—Gracias por tanto, Ray, no te puedes hacer a la idea de lo que esto significa para mí —dijo agarrando mis brazos para que la apretara contra mí con más fuerza.

Su respiración continuó intermitente, al igual que sus lágrimas, hasta que poco a poco se fue normalizando. Su agitación me pareció del todo encantadora, manifestando sentimientos muy profundos hacia mí que iban más allá de lo que yo podía imaginar. No quería interrumpir ese maravilloso momento, pero la comida se enfriaba y una hamburguesa fría no era de lo más apetitoso. Le besuqueé la mejilla diciéndole que deberíamos empezar a cenar. Nos sentamos encima de la manta y repartimos lo que habíamos pedido cada uno. Comimos conversando de un montón de cosas. Me fascinaba estar allí con ella, de verdad, había superado todas y cada una de mis expectativas. No solo se sentía a gusto, sino que estaba disfrutando tanto o más que yo. Mirándola, tan sumamente hermosa vestida y arreglada, me fue imposible no pensar en que estaba siendo demasiado egoísta con respecto a ella. Debería llevarla a los mejores sitios de la ciudad y no a una triste colina. Me miró entre tanto que yo le daba vueltas al asunto:

—¿En qué piensas, Ray? —preguntó curiosa de saber qué trajinaba para mis adentros.

—En lo increíblemente bella que estás y yo trayéndote a comer una hamburguesa sentada en el duro suelo de una colina, fantástico, ¿no crees? No tengo perdón, Ana, lo siento —le contesté soltando un suspiro, apenado por no saber tratarla como se merecía.

—No digas eso. En serio, no me imagino un sitio ni una cena más perfecta que esta. No tienes nada que sentir —afirmó manifestando una emoción de euforia contagiosa.

—Vamos, estás espectacular vestida así y ni siquiera vas a poder lucirte… —seguí diciéndole, continuando con mis tesituras y elucubraciones.

—Sí, es cierto que hoy me he arreglado más, pero porque, después de todos estos días tan echa polvo, necesitaba y me apetecía verme bien, ¿sabes? Y, además, quería estar guapa para… ti —me explicó sonrojándose al decirme esto último.

—Te pongas lo que te pongas siempre estás impresionante, pero me halaga el hecho de que te hayas vestido así pensado en mí —contesté poniéndola aún más nerviosa con mis palabras—, aunque sigo creyendo que un buen restaurante hubiera sido, hoy, mejor opción —terminé por decirle.

—Quizás tengas razón, pero, dime una cosa, ¿hubieras encontrado uno con las vistas aún más grandiosas que estas? Te aseguro que no. Y, por lo que a mí respecta, no necesito lucirme delante de nadie. Respeto a las mujeres que para ellas les es imprescindible tal cosa, pero para mí no lo es en absoluto —me declaró con tal convicción que mis dudas se disiparon siendo llevadas por la suave brisa de la noche.

Mientras continuábamos cenando, me fui un momento a encender la luz de la moto para iluminarnos un poco, ya que, aunque no era noche cerrada y la luna brillaba, estábamos prácticamente en penumbra. Accionando la palanca y dirigiendo la luz de modo que no nos deslumbrara, pude contemplar nuevamente a la chica más bella del mundo entero. Desde el primer momento, había notado en ella algo especial que no sabía explicar y, ahora, viéndola ahí sentada con el marco de luces de fondo, con sus ojos centelleando como si de dos luceros se tratase y su maravillosa sonrisa, lo era aún más. Mi admiración por ella incrementaba con el paso de los minutos. Ya no nos quedaba mucho para terminar la cena y yo me preguntaba qué era lo próximo que podíamos hacer. Miré el reloj y eran pasadas las diez y media, por lo que no había muchas opciones:

—Dime, preciosa, ¿qué te gustaría hacer después? El venir aquí a cenar es todo lo que tenía planeado —le pregunté reconociéndome a mí mismo lo penoso que era en estas cosas.

—No tengo ni la más mínima idea. Podíamos ir al cine, ¿quizás? —expuso como alternativa con su inocente carita.

—Ya es algo tarde para el cine. Creo que la última sesión es a las diez y media y ya pasa de esa hora. Te apetecería ir, no sé, ¿a tomar una copa o ir a bailar? —le pregunté con la boca pequeña deseando que dijera que no a mi segundo ofrecimiento, pues yo ya no pisaba discotecas ni ningún club de esos desde lo sucedido en mi pasado, aunque, si Ana me lo pidiese, por supuesto que iría.

—¿Tú bailas? —me preguntó sorprendida y expectante, lo que me sugirió que ella seguramente sí bailaba y estaría encantada de que fuéramos a una discoteca.

—No, lo siento, soy completamente arrítmico y no tengo ni idea de bailar, pero si a ti te apetece, vamos a algún sitio y bailamos —le dije sin poder mentirle.

—No, quiero que hagamos algo que nos guste a los dos —me dijo mientras yo recuperaba la respiración que se había quedado retenida en mi pecho hasta escuchar su decisión—. Podemos ir a tomar algo también.

Fue entonces cuando de la nada me surgió la idea de irnos a mi casa y tomarnos tranquilamente algo allí. Sin vacilar ni sopesar las posibles consecuencias, le sugerí la idea. Ana se quedó callada por un instante considerando mi propuesta. Yo ya llevaba pensando en enseñarle el lugar donde vivía sí o sí, por lo que este momento me pareció el idóneo, sin que hubiera segundas intenciones por mi parte. El movimiento de su cabeza en modo de asentimiento acompañó a sus palabras diciéndome que le parecía una idea magnífica. Me quedé alucinado casi sin creérmelo: iba a llevarla a mi casa. Jamás había llevado allí a una mujer, ese espacio era lo único que tenía en mi vida alejado del superficial mundo, era mi santuario, mi remanso de paz. No quise comentarle nada porque sabía perfectamente que entonces diría que no, ya bastante mal se había sentido por haber permitido

romper la magia de este otro lugar. Nos quedamos solo un ratito más, ya que comenzaba a refrescar notándose en el frío suelo. Recogimos todo minuciosamente y nos fuimos para casa.

38

Durante el camino, Ana permaneció bastante callada, lo que me hizo plantearme si, en realidad, el ofrecimiento de tomar una copa en mi casa había sido una buena idea. Volví a preguntarle, ya que quería saber si eso era lo que en verdad le apetecía. Mi pregunta le llamó tanto la atención que no tuve más remedio que explicárselo. Me agarró un poco más fuerte de la cintura diciéndome que la perdonara, pero que estaba concentrada contemplando el recorrido por dónde íbamos, pues estábamos pasando por zonas de la ciudad que no conocía en absoluto. Recuperé la tranquilidad justo antes de llegar. Accioné el botón de apertura del garaje y entramos. Aparqué la moto y, dejando los cascos en su sitio, la agarré de la mano y, conduciéndola hacia el ascensor, metí mi llave para que bajara. Le expliqué que estaba diseñado para que solo yo tuviera acceso y controlara quién subía y quién bajaba. Se quedó mirándome extrañada, pues si yo era el único que tenía la llave, no entendía cómo lo hacían mis vecinos para subir a sus viviendas. Me daba un poco de miedo contarle la verdad, pero como no quería tener secretos para ella, le dije que, en realidad, en ese edificio solo vivía yo y nadie más, perteneciéndome por completo. Nadie ha sabido nunca nada de mi poder adquisitivo ni de la cuantía del dinero que poseía, excepto John, al que había ayudado económicamente en varias ocasiones. Siempre he sido muy reservado en todos los aspectos, pero en este más aún. Ana estaba graciosísima con su cara de asombro. Entramos en el ascensor accionándolo con la misma llave y llevándonos a la segunda planta. El portón del ascensor se abrió dando paso a un rellano donde únicamente había una puerta, la mía. La abrí y entramos. Di las luces, dejando a Ana perpleja a más no poder. Ante ella se disponía una planta entera y diáfana casi en su totalidad. Nada más entrar, a la derecha, se ubicaba una cocina en madera, abierta al resto de la vivienda, junto con una gran mesa del mismo acabado. A la izquierda, y tras un minúsculo pasillo, se situaba un baño completo, que, si me preguntáis, realmente, no sé para qué se puso, pues jamás tuve intenciones de tener invitados, en fin, cosas que se hacen sin sentido. Atravesando la estancia y desembocando en el salón se encontraba la joya de la corona: mi estudio. Pude ver la emoción que este le provocó a Ana, ya que me rogó que le tocara una pieza con la guitarra. Era tal su entusiasmo por oírme tocar que no se lo hubiera podido negar ni aun queriendo. Por eso le afirmé que se lo enseñaría más detenidamente luego. A continuación, el salón, en el que se ubicaba un gigantesco sofá, una mesa y una igualmente gigantesca tele colgada de la pared, acaparaba el resto de la parte izquierda y centro del piso precedido de unos inmensos ventanales, en aluminio negro, a través de los cuales se podía divisar parte del muelle. Ana se acercó a ellos para admirar las vistas cuando, sin más, desvió su atención a uno en especial, captando mi atención por ello. Le pregunté pillándola, lo que a mí me pareció, desprevenida y sin saber qué contestarme. Tras unos segundos, me dijo, poniéndose casi de espaldas a mí, que no era relevante y me instó a seguir con el *tour*. Como no entendía nada, lo dejé estar, acompañándola hacia la siguiente estancia: mi dormitorio. Tres pequeños escalones hacían de preludio dando paso a una cama gigantesca con dos mesillas dispuestas a ambos lados. Un pasillo a mano derecha hacía de separación entre esta y un inmenso armario de color negro que se extendía a lo largo de toda la pared. Y no es que lo necesitara por

tener demasiada ropa, pues en ese sentido era también bastante sencillo, sino porque había que aprovechar la pared y esa era la solución que más sentido tenía. No sé qué le estaría pasando a Ana por la cabeza mientras le enseñaba la parte más íntima de la casa, pero comenzó a apretarme la mano sin querer, indicándome que se estaba poniendo nerviosa. Decidí terminar lo antes posible, por lo que me apresuré a mostrarle la última estancia que era el baño encontrándose al final del pasillo, pegado a la pared donde se encontraba la cabecera de la cama. Entramos quedándose nuevamente fuera de juego, pues era un baño enorme. Frente a la puerta, una encimera enorme de color beis, provista de un gran lavabo junto con un mueble de color negro y un espejo de semejantes dimensiones, se disponía a lo largo de toda la pared. En la de la derecha se encontraba el retrete y, justo enfrente, en la de la izquierda, otro colosal ventanal aportaba la luz y majestuosidad apropiadas. En la pared de la derecha, tras la puerta, se abría paso una ducha gigantesca acabada con el mismo mármol y materiales que los del lavabo. En realidad, era un piso bastante sobrio y con poco lujo de detalles, en un estilo industrial, con paredes de ladrillo visto en tonos claros contrastadas por la madera y el color negro de ciertos elementos. Hecho a mi gusto, simple y llanamente.

Volvimos a la cocina para hacer una paradita y ofrecerle algo de beber. Fui a la nevera y, «tachán», no había nada ni para beber, a excepción de unas cuantas cervezas sin alcohol, ni para comer. Me maldije por no ser más atento con estas cosas. Ana, que vio el dilema en mi cara, me preguntó qué es lo que me pasaba:

—¿Va todo bien? —preguntó sin saber por dónde coger mi careto.

—La verdad es que no. Perdóname, preciosa, pero no contaba con que vendríamos aquí y me encuentro con que no tengo nada que ofrecerte, y cuando me refiero a «nada», quiero decir exactamente eso, «nada» —le dije total y completamente avergonzado.

—Bueno, si no cocinas y pides comida a domicilio, es normal, ¿no? —contestó proporcionándome una creíble justificación que se asemejaba exactamente a la realidad de mi día a día.

En ese momento, se me ocurrió que podía acercarme al minisúper que había muy cerca de mi piso; aún estaría abierto y podría comprar lo necesario para picar y beber algo. Le dije a Ana que me iba un momento a comprar unas cosas y que solo tardaría cinco minutos. Le ofrecí que se pusiera cómoda mientras tanto, que estaba en su casa. La pobre insistió en que no hacía falta, pero esto sí que no lo iba a permitir, bastante había aguantado ya la pobre con mis estupideces como para traerla a casa a beber simple agua del grifo. Cogí rápidamente las llaves, la cartera y salí como alma que lleva el diablo sin casi mirar atrás. En el súper cogí todo lo que se me ocurrió para picotear, unas botellas del mejor vino que me aconsejaron y, pensando en mi chica, unas bolsas de moras que vi justo antes de pasar por caja. Pagué rápidamente y volví intentando tardar lo menos posible. Cuando entré por la puerta, Ana seguía en el mismo lugar donde la dejé sin siquiera haberse quitado la cazadora. Le pregunté que por qué no se había puesto cómoda ehe ido al salón a sentarse más a gusto, contestándome que le daba apuro andar por la casa sin estar yo presente. Me quedé atónito, pero encantado al mismo tiempo de que respetara tanto la intimidad de los demás. Descargué las dos bolsas ayudado por Ana que miraba con curiosidad todo lo que había comprado:

—Pero ¿qué has traído ahí? —preguntó por todo lo que había comprado.

—Pues de todo lo que me iba encontrando por los pasillos supongo, no tenía ni idea de qué coger —le dije poniéndole cara de tierno corderito—, he comprado este vino que me han recomendado, ¿te apetece una copa?

—Sí, por favor —afirmó expectante.

—Espero tener algo para abrirla —le dije revolviendo en los cajones en busca de una abrebotellas —. ¿Puedes hacerme un favor entretanto? ¿Podrías abrir los armarios y coger unas copas? —le pregunté, pues me estaba desesperando, viendo cómo la iba a fastidiar otra vez.

—Vale… —dijo mirándome más perpleja aún al comprobar que no tenía ni idea de lo que había o no en mi cocina—. Ahora que lo pienso, viviendo aquí, mi casa te parecería una cajita de cerillas —me dijo abriendo y cerrando armarios.

—Al contrario, Ana, tu casa me parece muy bonita y tremendamente acogedora. Eso es lo que pensé cuando entré por primera vez. Me pareció un verdadero hogar, al contrario que esta, que, si bien es colosal, carece de calidez —le contesté pensando que si ella viviera conmigo todo cambiaría.

Por suerte, encontramos ambas cosas, pudiendo abrir la botella y servir el vino en copas como se merecía. En unos platos echamos un popurrí de cosas para picotear. Ana encontró la bolsa de las moras agradeciéndome, con un delicioso beso, el gesto de que pensara en ella. Cogimos todo lo que necesitábamos y fuimos al salón. Nos acoplamos mientras decidíamos qué ver, poniéndome a la búsqueda de una película de miedo, como a nosotros nos gustaba, aunque no tuviera nada de romántico. A punto de encontrarla, mi chica preciosa me indicó muy sutilmente que aún no le había enseñado mi estudio y que, si yo no tenía inconveniente, le gustaría verlo antes de ponernos a ver la película. Le contesté que por supuesto y, dejando las copas de vino sobre la mesa, la llevé a mi estudio. Al entrar, se quedó estupefacta. De la única pared que había, ya que las restantes eran de cristal, colgaban varias guitarras eléctricas que había ido coleccionando con el tiempo, cada una en distintos colores: una en blanco y negro, otra en blanco y madera, otra blanca, otra morada y otra blanca y roja. Prácticamente debajo de ellas, una inmensa mesa de mezclas, totalmente equipada, abarcaba la parte baja de la pared. Tras la puerta de entrada, un pequeño y antiguo sofá rellenaba ese espacio. En medio de la habitación, un micrófono de pie, una guitarra blanca y azul, un taburete elevable y otro tipo de instrumentos daban el toque principal al estudio. Me preguntó por qué tenía tantas guitarras, explicándole que todas tenían una historia y un significado para mí:

—Dime, ¿cuál, de entre todas ellas, es la que más te gusta? —le pregunté intrigado por su respuesta.

—Esta que tienes aquí de pie, blanca y azul, me parece preciosa, pero si tuviera que elegir, escogería aquella morada de la pared. Es espectacular y tiene algo especial, pero no sabría decirte el qué, es más una sensación —contestó acercándose a ella y mirándola maravillada—. ¿Cuál es tu favorita? —me preguntó.

—Al igual que tú, la morada. Me la regaló mi madre cuando le dije que mi sueño era tocar la guitarra eléctrica. Me parece increíble que tú también hayas percibido su magia —le dije alucinado, ya que me parecía que de nuevo estábamos conectados por completo.

—Estará superorgullosa de ti y de lo que haces —comentó tan dulcemente.

—No lo creo, preciosa, mi madre murió hace mucho tiempo de un tumor en la cabeza cuando yo tenía trece años —le contesté aportándole un triste dato de mi vida—, era una mujer increíble. Me recuerdas mucho a ella.

—Oh, lo… lo siento, Ray, perdóname, no tenía ni idea, ¿y tu padre? —dijo abrumada, cambiándole la expresión que tenía de alegría a la de un sentimiento profundo de pena.

—Tranquila, no podías saberlo y, además, ya han pasado muchos años desde que nos dejó. Pasé unos años con mi padre hasta que me metió en un internado. Luego solo nos hemos visto en

contadas ocasiones hasta casi perder el contacto —le contesté no pudiendo negar que seguía echándola de menos tanto como el primer día, lo que no sucedía con mi progenitor.

Ana era altamente respetuosa, como ya me había venido demostrando todo el tiempo, por lo que se abstuvo de preguntarme sobre su muerte o lo relacionado con esa dura etapa, la cual le expliqué más adelante. Su cara repleta de tristeza me mostró que tenía que recuperar su alegría inicial al entrar aquí, por lo que le dije que se sentara en el sofá mientras yo preparaba todo para tocarle una pieza. Y, por suerte, surtió efecto. Veía como sus espectaculares ojos marrones brillaban a más no poder mientras me colgaba la guitarra y tocaba algunos acordes para ponerla a punto. No sé por qué, pero me estaba poniendo nervioso al tener que tocar delante suyo. Jamás me había sucedido algo así, todo lo contrario, pero que ella estuviera observándome me alteraba. Busqué la manera para poder concentrarme en lo que estaba haciendo, pues quería mostrarle lo que mejor sabía hacer y, sin pensarlo ni un segundo más, me puse a tocar y a cantar una parte de una de las canciones que había compuesto. Tras unos pocos minutos, me detuve levantando la vista para ver la reacción de Ana. Estaba en éxtasis puro, os lo juro, idolatrándome con la mirada y aplaudiendo a más no poder:

—¿Qué te ha parecido? ¿Te gusta? —le pregunté sabiendo por su reacción que su respuesta iba a ser afirmativa.

—¡Eres un portento, Ray! Tu manera de interpretar las notas con la guitarra acompañadas de tu potente voz hace que me estremezca y sienta escalofríos por todo el cuerpo. Eres magia en estado puro —me dijo dejándome fascinado no solo por sus palabras, sino por su forma de decirlo y expresarlo físicamente, ya que efectivamente tenía erizada toda su piel.

Estaba totalmente impactada y qué deciros que yo también por haberle causado esa sensación, sabía que le gustaría, aunque no hasta tal punto. Le dije que volvería a tocarle más piezas en otra ocasión, pero que por hoy lo dejábamos ahí. Recogí todo rápidamente y volvimos al sofá.

39

Puse en marcha la película mientras bebíamos y comíamos algo. Después del subidón del momento en el estudio, me pareció que lo de la película no había sido tan buena idea. Quería hacer algo especial y eso no me lo parecía en absoluto. Le di un gran trago a mi copa dejándola casi vacía, por lo que me levanté llevándome también la de Ana a la que también le quedaba poco. De camino a la cocina, comencé a darle vueltas nuevamente al hecho de que ella se merecía mucho más. Cogí la botella para llenar las copas resbalándoseme de la mano y derramando todo el vino que quedaba aún dentro:

—¡Mierda, no hago nada bien! —dije maldiciéndome por mi enorme torpeza y por mis pensamientos.

—¿Qué te pasa, Ray? —me preguntó acercándose a la cocina para ver la que había liado y ayudándome a recoger el estropicio organizado.

—Mírame, Ana, soy lo peor —le dije cansado de mí mismo.

—¿Por qué dices que eres lo peor? Un accidente puede tenerlo cualquiera —contestó tan paciente como ella era.

—Por supuesto que lo soy, y no solo por eso, te he traído aquí y ni siquiera tenía nada que ofrecerte. No sé qué haces conmigo, tú te mereces a alguien que sepa colmarte de todo lo que te mereces, que tenga iniciativa para que no te aburras y te lleve a todos los sitios a los que va la gente con clase —le expliqué tirando la bayeta al fregadero y apoyándome en él, desilusionado por no saber hacerlo mejor.

Ana se acercó a mí, me cogió de los brazos, girándome para tener contacto visual:

—Ray, lo que has hecho hoy por mí no tiene precio. Me has llevado a tu lugar sagrado, queriendo compartirlo conmigo, y ese es para mí el mejor regalo que me podías hacer, ¿no lo entiendes? Has confiado en mí para ello, mostrándome una parte muy íntima y especial tuya. De todas las cosas que hemos hecho y compartido juntos, esta es con gran diferencia la más increíble —dijo dejándome loco perdido, pues ni en mis sueños había adivinado que le hubiera llegado tanto algo que para mí era más que normal.

Nos fuimos acercando muy lentamente, con la mirada fija puesta en el otro, observando como nuestras bocas se buscaban hasta encontrarse finalmente, atesorando el sentimiento producido tras el roce de la delicada piel de nuestros labios y acallando la imperiosa necesidad de saborearnos. Repetimos varias veces esta acción sin prisa, tomándonos todo el tiempo del mundo. Nos habíamos besado en innumerables ocasiones, siendo cada una diferente y especial, pero esta no tenía nada que ver con las anteriores. Implicaba sentimientos y deseos aún más profundos de los que no sé si podría escapar, pues esta vez quería más, necesitaba más. Mi deseo por ella se hacía incontrolable a cada roce de nuestras bocas. Ahora mis besos eran de anhelo por el roce de nuestra piel, por tocarnos el alma a través de sus caricias, por sentirla, por hacerle el amor. Así que la agarré fuertemente de la cintura, levantándola para subir los escalones y llevarla a mi dormitorio, asustándola un poco al cogerla de esa forma:

—¡Ray! Peso mucho, no soy una chica de esas finas —me gritó temiendo que me hiciera daño.

—No pesas tanto, tranquila. Lo tengo todo bajo control —le contesté subiendo hábilmente los escalones y depositándola suavemente.

Una vez ya en el suelo y teniéndola aún abrazada a mí, comenzamos a besarnos. Mis manos, que en ese momento acariciaban su espalda y su trasero, se detuvieron, volviendo a mí para quitarme la camiseta. Mi torso quedó al desnudo ante la atenta mirada de Ana. Después de unos segundos admirándome, bajó sus manos hasta su cintura y, agarrando la parte baja de su top con ellas, comenzó a quitarse lentamente también la parte de arriba quedándose en sujetador mientras mi boca se hacía agua al verla. Mis manos, más vivas que nunca, fueron hasta su cinturón, desabrochándoselo al igual que su pantalón corto. Muy despacio fui bajándoselo junto con las medias que llevaba, descubriendo poco a poco su ya increíble cuerpo. Quitándole los botines, le saqué ambas cosas volviendo a incorporarme mientras mis manos la recorrían con calma. Me quité también mi pantalón quedándonos ambos en ropa interior. Deseando continuar y de que se quitara el sujetador para poder admirar al fin sus voluptuosos senos, Ana comenzó a temblar como si de un ataque de pánico se tratara. No sé si el ver mi incipiente erección o el tamaño de mi pene fueron los causantes de ello, lo que sí sabía es que no me gustaba para nada esa reacción. Me separé un poco de ella y le agarré su asustada carita en un intento de que se tranquilizara:

—Eh, preciosa, no tenemos por qué seguir si no quieres o no estás preparada aún. No pasa nada, te lo aseguro. Nos ponemos algo más cómodo y regresamos al salón para continuar viendo la película y tomar algo tranquilamente —le dije mirándola a los ojos para que supiera que se lo estaba diciendo muy en serio—. No me voy a enfadar ni a decepcionarme en absoluto, esperaré lo que haga falta. Solo quiero que los dos lo deseemos por igual —terminé diciéndole, pues yo no deseaba eso, no quería que lo hiciese por mí o por complacerme, simplemente que ella albergara el mismo deseo que yo de amarnos.

No dijo ni una palabra siguiendo con su mirada fija en mí y expresándome con ella una inmensa gratitud. No tenía ni idea de qué hacer, por lo que decidí separarme un poco para proporcionarle algo más de espacio. Entonces Ana, que aún continuaba temblando, llevó sus manos a su espalda desabrochándose el sujetador y quitándoselo ante mi más absoluto y completo asombro. De repente, ahí la tenía, enfrente mío, desnuda de cintura para arriba permitiéndome admirar sus majestuosos senos. No me equivocaba en nada cuando decía que tenía un cuerpo fabuloso. Sin más, se acercó, abrazándome y estrechándose contra mí, haciendo que sus pechos acariciasen mi torso desnudo provocando que, al sentir su roce, perdiera la poca cordura que poseía:

—Ana, ¿estás segura? Si continuamos, no voy a poder parar, no voy a querer parar —le dije mientras nuestras bocas se unían nuevamente—. ¡Te deseo!

—Yo también te deseo, Ray —me dijo disipando toda duda.

Me adueñé de su boca ansiando más, introduciéndole la lengua suavemente, reclamándole la suya que salía rauda respondiendo a mi llamada. Comencé a arder por la pasión que sus labios generaban en los míos, chupándole primero el superior y luego el inferior, jugueteando con ellos y volviendo a introducir mi lengua relamiéndome de lo rica que toda ella me sabía. Mi mano indiscreta que la sostenía por detrás se adelantó para separarnos un poco y así poder acariciar otra parte de su cuerpo por la que literalmente me moría por tocar. Y, con toda la delicadeza posible, comencé a manosearle uno de sus pechos. Era firme y muy suave. Uno de mis dedos se adelantó para jugar con su duro pezón que, sin remedio, tuve que catar. Abandoné por un momento su boca, bajé mi cabeza y,

poniendo mis labios sobre él, empecé a chupárselo, a lamérselo y a mordisqueárselo con suavidad, como si del más exquisito manjar se tratase, sin poder parar. Comenzó a gemir tímidamente lo que, junto a su respiración entrecortada y jadeante, me excitó de tal manera que provocó en mí miles de descargas alterando todas y cada una de las células de mi cuerpo, por no mencionar otras partes. Después de deleitarme con ese pecho, cambié al otro ejecutando la misma operación. Antojado de más, regresé a su boca, deteniéndome por un breve instante para cogerla con fuerza y depositarla cuidadosamente encima de la cama, la cual abrí para estar más cómodos. Me coloqué encima suyo sin dejarme caer totalmente para no asfixiarla, sin poder dejar de mirarla ni de creerme que, en verdad, esto estuviera pasando. Lo que estaba viviendo era por completo nuevo para mí, pues, exceptuando alguna contada vez en mi adolescencia, jamás había estado así con una mujer. No tenía ningún tipo de experiencia en lo que al acto de hacer el amor se refiere, pues lo único que había hecho en mi vida era follar, no teniendo absolutamente nada que ver. Intenté no pensar en ello y concentrarme en lo único que ahora me importaba: amarla. Me dejé llevar acariciándole parte de su rostro con mi mano, continuando por su cuello y bajando por el lateral de su pecho, deteniéndome en su cadera ante la atenta mirada de Ana. Me agarró del cuello reclamando de nuevo mi boca que ahora más que degustarla la devoraba avivada por tanta excitación. Mi cuerpo deseaba contacto, por lo que me dejé caer un poco más sobre ella. La presión ejercida por mi miembro en su entrepierna desencadenó en mí un movimiento fortuito, restregando mi cuerpo contra el suyo, produciéndome un placer descomunal. Llegados a este punto, ya no me bastaba solo con eso, ahora deseaba conocer todos los rincones y secretos que su espectacular cuerpo escondía, así que, separándome un poco de ella y retirándome de su boca, comencé a explorarlo. Mis labios descendieron para recorrerla por todos lados. Su esbelto cuello y los lóbulos de sus lindas y pequeñas orejas me incitaron a querer mordisqueárselos, por lo que le fui propinando suaves y juguetonas mordidas haciéndola suspirar. Continué bajando por su escote, recreándome en sus pechos y pezones, a los que no podía parar de comerme, chupetear y succionar mientras Ana, provocada por lo que le estaba haciendo, deslizaba sus dedos entre mi cabello indicándome que le gustaba. Me hubiera quedado ahí toda la noche, pero aún no había acabado con la exploración. Seguí con mis besos, ahora ya en la zona de su abdomen, hasta que, empujándome un poco con su mano, me detuvo indicándome que los besos en esa zona en concreto le hacían unas cosquillas que no le resultaban demasiado gratas. Dándole un último beso, lo que le hizo soltar un leve gritito, avancé hacia sus partes bajas. Agarré con delicadeza sus braguitas, quitándoselas pausadamente y sacándoselas con sumo cuidado. Antes de reanudar mi examen, me quedé un instante ahí, delante de ella, contemplando su desnudo y aún tembloroso cuerpo, pues estaba absolutamente preciosa. Esa era otra de las cosas que jamás había hecho ni me había interesado nunca de una mujer, pero que al conocer a Ana no había podido quitarme de la cabeza. Quería perderme en sus curvas y en su cuerpo. Me tumbé posicionándome a la altura de sus partes íntimas, comenzando a comérmelo todo, hambriento de ella. Mi boca abarcó por completo su vagina, absorbiéndola y chupándola por doquier, moviéndose sin control totalmente embelesado mientras me hacía acopio de todo lo que de ella emanaba. Mi lengua traviesa comenzó a masajear su clítoris a la par que mis dedos entraban y salían haciéndola convulsionar de placer, gimiendo y removiéndose, hasta desatar en ella un potente orgasmo. Esto provocó en mí mucho más que excitación, mi cuerpo ardía en deseos de hacerla mía. Me quité el calzoncillo, saqué un preservativo de mi mesilla y, después de ponérmelo, me coloqué nuevamente encima de Ana. No sé quién estaba más nervioso de los dos, si ella o yo, lo que sí que puedo asegurar es que el miedo por hacerle daño

me asaltaba. Era mi punto crítico y no sabía si estaba preparado por si eso ocurría, pues si algo le sucedía, me moriría. La miré a los ojos que me observaban con detenimiento, me agarró la cara en busca de mi boca comenzando a besarme con tanta pasión que hizo que mi miedo se desvaneciera:

—Mi vida, voy a entrar en ti muy pero que muy lentamente —le susurré—, tengo un miembro con un tamaño más grande de lo normal, por eso tengo que ir con mucho cuidado para no hacerte daño. Necesito que, si en algún momento sientes la más mínima molestia, me lo digas, ¿entendido? Pararé de inmediato —le ultimé cogiéndole ahora yo de su preciosa carita y suplicándole con la mirada que, por favor, me hiciera caso.

Asintió con la cabeza mientras me decía:

—Jamás me harías daño, Ray, tranquilo —dijo acompañándolo con una mirada repleta del convencimiento de que así sería.

Comencé a introducirme dentro de ella mientras la miraba y escuchaba atento a cualquier señal que pudiera indicarme que debía detenerme haciendo pequeñas paradas, constatando que todo estaba bien, y reanudando de nuevo la penetración. Y, así, poco a poco, hasta llegar a la longitud máxima que me fue permitida con otras mujeres, me frené insistiéndole:

—¿Estás bien? —le pregunté sin moverme ni un ápice.

—Sí, muy bien —me dijo con voz temblorosa y mirándome con extrañeza.

—Me voy a detener aquí, ¿vale? —le afirmé.

—No entiendo qué me quieres decir —comentó sin alcanzar a seguirme en lo que le estaba expresando.

—Pues que no voy a introducirlo más, aunque aún quede parte de mi miembro fuera —le expliqué dándome vergüenza, sin saber muy bien por qué, pues jamás había sido tímido en estos aspectos.

—¿Y por qué no? Yo no quiero eso. Quiero que entres plenamente en mí —me contestó con apabullante determinación.

—Porque te voy a hacer daño y me daría algo si eso ocurriera —le confesé con toda mi sinceridad.

—Confía en mí, te aseguro que te avisaré si siento dolor, pero sobre todo confía en ti —me dijo con absoluta certeza y claridad—. ¡Soy tuya, Ray!

Esas dos últimas palabras lo significaron y cambiaron todo para mí, me tocaron el alma y, queriendo tocar también la suya, le dije:

—¡Y yo soy tuyo, Ana!

Seguí penetrándola hasta que un gemido suyo me detuvo. Comprobando que se encontraba bien, y viendo que había sido una falsa alarma, continué volviendo a hacer que gimiera y notando, además, que hacía tope con algo. No podía creérmelo, estaba plenamente dentro de ella y, menos aún, sin hacerle daño. Volví a entrar y salir de ella con suavidad para constatar que lo que acababa de suceder no habían sido imaginaciones mías. Y, en efecto, sus gemidos eran de puro placer, el mismo que yo estaba sintiendo, pues nunca, jamás, había podido introducir mi pene por completo. Estaba alucinando. A partir de ese momento, y sin dejar de tener especial cuidado, comenzamos a hacer el amor. Mis movimientos eran lentos pero constantes, entraba y salía respectivamente, deslizándome sobre su cuerpo, sintiendo su tacto, su calor, su humedad, adentrándome en lo más íntimo de su ser. Nuestras bocas, mientras tanto, se fundían en fervorosos besos acompañados de delicadas caricias, provocando un aumento en mis movimientos que se intensificaban a medida que el placer que estaba experimentando aumentaba. Cada una de las cosas que estaba sintiendo eran totalmente nuevas para mí, deshaciéndome de manera literal dentro suyo. En dos ocasiones volví a preguntarle

si se encontraba bien, contestándome con cierta dificultad que sí. Hacer el amor se tornó tan mágico y especial que ni en mis mejores sueños hubiera imaginado que esto podría llegar a ser así. Quería sentirla de otras formas, así que fui bajando el ritmo de mis acometidas hasta parar, saliendo por completo de Ana y dejándola confusa. Me incorporé, me senté y tiré de ella para que se pusiera encima de mí. Me dio la sensación de que no sabía qué hacer, por lo que la fui encaminando hacia la posición en la que quería que se pusiera:

— Preciosa, en esta posición tú tienes el control por eso te pido que vayas despacio para no hacerte daño – la expliqué mirando su temeroso rostro.

— Está bien – fueron las únicas palabras que en un tono casi imperceptible salieron de su boca.

La ayudé a sentarse sobre mí, sosteniéndola con fuerza, pues quería que fuera introduciéndose mi pene suavemente, pero, en un momento de descuido, la solté entrándole de golpe, provocando que los dos emitiéramos un fuerte gemido. El mío fue de éxtasis total, sin embargo, pensé que el de Ana era porque le había hecho daño. La sostuve observándola aterrorizado mientras le reprochaba el que no me hubiera hecho caso. Me suplicó que me relajara, ya que en ningún momento había sentido dolor y que su gemido había sido, al igual que el mío, de puro placer al sentirme de lleno dentro suyo. Tras sus palabras, me serené queriendo retomarlo desde donde lo habíamos dejado. No sabía por qué no se movía, haciéndome pensar que quizás la había intimidado demasiado, así que, agarrándola de sus caderas, comencé a moverla, subiéndola y bajándola sobre mí mientras se abrazaba a mi cuello poniendo sus divinos pechos al alcance de mi boca que se volvía loca de pasión con su roce y el de sus pezones a cada movimiento. Comenzó a jadear sin fin excitándome tanto que empecé a notar cómo debido a eso y el tremendo placer que estaba experimentando iba perdiendo el control, peligrando el culmen de un inminente orgasmo. La detuve otra vez y, sujetándola con fuerza para que no se moviera, volví a tumbarla y a ponerme encima de ella, golpeándola ligeramente al penetrarla, haciéndonos gemir al unísono. Ana comenzó a besarme y a mordisquearme en el cuello y el lóbulo de mi oreja potenciando el placer de manera exponencial, haciéndome perder el sentido y la consciencia. Estaba fuera de mí, repleto de lujuria, alcanzando niveles de gozo que no pensé que podían existir a punto de correrme vivo:

—Preciosa, ¿cómo vas? Estoy muy excitado y no creo que aguante mucho más, pero, si lo necesitas, puedo parar ahora, más adelante no sé si me será posible —le pregunté, ya que deseaba que llegáramos al mismo tiempo.

—Por favor, no pares —me dijo agarrándome fuertemente para que siguiera.

—De verdad, no me importa si necesitas más tiempo —le repetí porque quería que estuviera segura.

—Ray, ¡sigue! —y, tras ese imperativo, ya no hubo vuelta atrás.

Mi cuerpo tomó un ritmo enloquecedor acusado por el movimiento del suyo, el cual asimilaba mis embestidas acoplándose a la perfección a ellas y multiplicando su efecto, no pudiendo aguantarme ni retener más el orgasmo. Empecé a escuchar a Ana gemir de manera profunda a punto de correrse, desencadenando un éxtasis total por el que yo también comencé a gemir fuertemente y sin control alguno, explotando dentro de ella, entregándonos y liberándonos mutuamente a través de interminables sacudidas, escapándoseme hasta el alma. Pasados unos segundos y creyendo que ya lo había experimentado todo, comencé a sentir otro placer indescriptible provocado por espasmos vaginales suyos haciéndome jadear de nuevo, aunque esta vez más sutilmente. Ana me miraba perpleja sin entender qué me estaba haciendo, pidiéndome perdón, ya que no sabía qué hacer para

pararlos. Le dije que, por favor, no hiciera nada, pues me estaban sabiendo a gloria bendita, siendo una prolongación del maravilloso clímax por ella proporcionado. Rematado por completo, dejé caer mi cabeza al lado de la de ella mientras ambos recuperábamos la respiración y el sentido. Ya de vuelta en mí, comprendí que me había relajado dejándome llevar y, al darme cuenta de eso, un miedo absoluto me invadió:

—Ana, lo siento, me he dejado llevar sin control. Por favor, dime que estás bien, que no te he hecho daño —le dije cogiéndole su sonrosada carita y mirándole muy asustado.

—Tranquilo, Ray, estoy más que bien. En ningún momento he sentido ni un ápice de molestia o daño, todo lo contrario, solo puro placer. Ha sido maravilloso —me contestó mirándome con veneración absoluta y promediándome la paz que tanto necesitaba en ese momento.

40

Estuve a punto de decirle que la amaba, que ella ahora era mía y yo suyo. Que nos habíamos unido de la manera más hermosa que había sobre la faz de la tierra, en cuerpo y alma, pero me detuve al recordar un dicho que decía que estos momentos no eran los más apropiados para declararse. No quería que lo malinterpretara, y menos que pensara que era por habernos acostado. Yo ya le pertenecía desde aquel instante en el que la vi, ya la amaba y habiéndonos acostado o no, no hubiera cambiado lo que ya sentía por ella. Nos giramos hacia un lado para no aplastarla más y que pudiera recobrar el aliento. Le pregunté si le molestaba que permaneciera dentro de ella un rato más, indicándome con la cabeza que no, ya que aún sentía bastante placer. Sus ojos habían adquirido un brillo especial haciéndola más bella de lo que ya era:

—¿Has llegado bien? —le pregunté afectuosamente, queriendo asegurarme al cien por cien para, si no era así, ponerle remedio.

—Sí, gracias por preguntar. Y tú, ¿también has llegado bien? —me preguntó con una timidez extrema que me llamó mucho la atención.

—Sí, bueno, ejem, creo que me han escuchado hasta en la otra punta de la cuidad. Menos mal que no tengo vecinos… —puntualicé de forma cómica, pues en verdad había gritado muchísimo, lo que no me había sucedido nunca manteniendo relaciones—. ¿Te pasa algo? Te noto un poco rara.

—No, solamente te lo pregunto porque, en fin, no tengo mucha experiencia, por no decir ninguna, en estas cosas y quería estar segura de que lo había hecho bien —me dijo acaparando mi atención por ese comentario.

—No entiendo, ¿no tienes experiencia? ¿Es la primera vez que tienes relaciones? —le pregunté muy muy intrigado y altamente sorprendido.

—Cómo te lo explico sin morirme de vergüenza… Solo lo he hecho una vez, si es que se puede decir así —puntualizó enrojeciendo por completo—. Antes, cuando me estaba desnudando y me ha dado el tembleque, no es porque no lo deseara o no estuviera preparada, pues te he deseado desde el primer día, la verdadera razón es que no quería decepcionarte —me dijo no dejándome salir de mi asombro.

—¿Decepcionarme? Ana, tú jamás me decepcionarías, eres lo que siempre he deseado en una mujer —le dije no queriendo que se sintiera así, y menos por mí.

—Ray, tú tienes experiencia, pues has estado con otras mujeres… —continuó diciéndome, cortándola de inmediato.

—Jamás he hecho esto con otra mujer, solo…, creo que el que ahora se muere de la vergüenza soy yo, he mantenido relaciones sexuales sin ningún tipo de sentimiento, de lo cual no estoy orgulloso, que quede claro, pero es lo que decidí en su momento —le expliqué estomagándome a mí mismo por momentos e intentando por todas las maneras que no tuviera una asquerosa imagen de mí, dándome la impresión de que alguien le había hablado de mis andanzas.

—Ray, ese es tu pasado y es muy respetable, además, cada uno lo vive con los recursos que tiene en esos momentos y de la mejor manera posible. No te juzgo, pero, y es a lo que voy, sí que has

tenido otras relaciones y sabes por…, cómo se dice…, ah, sí, dónde van los tiros. En cambio, yo no —me contestó aclarándome ciertas dudas—. No sé prácticamente nada, ni siquiera lo que hay que hacer, ¿sabes? Por ejemplo, cuando me has sentado encima de ti, yo no tenía ni idea de qué es lo que querías que hiciera y, al cambiarme tan repentinamente de posición, me ha hecho pensar que era porque no te estaba dando lo que deseabas —me dijo con voz lastimosa y bochornosa a la vez.

—Nada más lejos de la realidad, te lo prometo, todo lo contrario, pensé que te había abrumado al decirte lo de que no fueras tan brusca para no hacerte daño. Y lo de cambiar la posición fue porque me estaba muriendo de gusto y sabía que, si continuábamos así, no iba a aguantar mucho, por lo que escogí la otra nuevamente —le expliqué mirándola sorprendido por lo que le había estado pasando por la cabeza sin darme la más mínima cuenta.

—Está bien —dijo suspirando aliviada y denotando agradecimiento por la explicación en su mirada.

—¿Y por qué solo una vez? Perdona, no es de mi incumbencia, lo sé, pero es que no entiendo cómo alguien te dejaría escapar —le pregunté ansioso por conocer los motivos por los que se separaron.

—Hace tiempo conocí a un chico, Tom se llamaba, con el que congenié de inmediato. Un día estaba tomando un café en una cafetería del centro cuando un chico se tropezó conmigo derramando parte del suyo sobre mí y, con la excusa de pedirme perdón, comenzamos a hablar, surgiendo a partir de ahí una bonita amistad. Ni él ni yo queríamos nada más, solo alguien con quien salir, charlar y pasar tiempo libre sin ningún tipo de compromiso. Los dos fuimos muy claros al respecto. Hacíamos muchas cosas juntos y nos volvimos inseparables. En fin, voy al grano. Pasadas unas semanas, un caluroso día de verano, quedamos en mi casa para ver unas pelis. Trajo unas botellas de un vino italiano llamado lambrusco que estaba bastante fresquito para que las probara. Le dije que yo no bebía prácticamente alcohol, pero me explicó que este vino lo podía beber sin problemas, pues casi no tenía. Nos pusimos a ver la peli mientras lo degustábamos entrando tremendamente bien como si de agua se tratara, por lo que cayeron las dos botellas. De ahí en adelante tengo bastantes lagunas y no recuerdo todo con exactitud. En una de las veces en las que estuve algo consciente me pude ver a mí tumbada y a él echado encima mío. Me había bajado la camiseta y andaba manoseándome. Luego sentí algo dentro de mí y a él moviéndose como tú lo has hecho antes. Poco más recuerdo, solo que, tras unos minutos y notándome más rara de lo normal, paró y ya. Después de eso, todo cambió. Se arrimaba, intentaba toquetearme, buscaba más ocasiones para estar juntos, hasta que un día me declaró que se había enamorado de mí y que quería más. Me quedé petrificada sin saber en qué momento nuestra amistad había cambiado, sintiéndome además culpable pensando en qué había hecho yo. Le dije que le quería mucho, pero como amigo y que, con todo el dolor de mi corazón, yo no estaba enamorada de él. Si le hubiera insultado, no le habría sentado tan mal. Me acusó de incitarle, de confundirle y de no sé qué barbaridades más. Cogió sus cosas, abrió la puerta y se marchó. Te aseguro que jamás pretendí hacerle daño; aquel día en el que mantuvimos relaciones, ni siquiera fui consciente de lo que ocurrió. Lo único que tenía claro es que yo no sentía lo mismo por él que él por mí, razón de más para no seguir como hasta entonces. Me dio mucha pena, pues teníamos algo muy especial, pero se estropeó al confesarme lo de sus sentimientos hacia mí. —Me estaba costando asimilar lo que estaba escuchando de boca de Ana.

—Ana, ¿te das cuenta de que te emborrachó a propósito para aprovecharse sexualmente de ti? A eso se llama violación —le dije echando chispas, deseando no encontrarme jamás con él, pues no

tendría miramientos en partirle la cara por abusar de ella y quitarme algo que estaba destinado a ser para mí.

—Sí, pero yo lo consentí… No hice nada por impedírselo —contestó sintiéndose culpable, lo cual no iba a permitir bajo ningún concepto.

—No podías impedírselo, cómo, si estabas literalmente inconsciente. Espero no toparme con él, si no… —Me detuve, pues ya bastante mal se sentía la pobre como para tener que preocuparse por cómo me estaba cayendo a mí la bomba que acababa de soltar—. ¿Le has vuelto a ver? —Era lo que ahora me rondaba por la cabeza.

—Al mes de lo ocurrido, se pasó por el *pub*, dejándome atónita, pues después de cómo terminó todo, pensé que no volvería a saber nada más de él. Entró junto con unos amigos saludándome como si nada hubiera ocurrido. Le pregunté qué tal estaba, contestándome que bien. Había comenzado a salir con una chica a la que me mostró desde lejos. Era muy guapa: rubia, ojos azules como los de él, delgada, hacían muy buena pareja. Después de eso, no le he vuelto a ver ni a encontrármelo —me dijo asimilando lo que me estaba contando y sabiendo a ciencia cierta de que él aún seguía, por lo que me había contado, enamorado de ella.

—Es un tío despreciable, Ana, cuando fue a verte al *pub*, lo hizo por despecho, para restregarte en tu cara que ya te había olvidado y que estaba con otra tía mejor que tú —apremié a decirle para que se le quitara esa pena por haberle hecho daño.

—No entiendo por qué haría una cosa así, yo nunca sentí nada por él aparte de un tremendo cariño. Para mí, verle allí y feliz con otra mujer, me alivió, ya que tuve la certeza de que no le había hecho tanto daño como yo creía —me dijo, reafirmando mis sospechas y cabreándome un poco porque después de lo que le había hecho aún siguiera protegiéndolo.

—Te aseguro que su visión era totalmente distinta a la tuya —le dije intentando recuperar la calma.

—¿Y qué me dices de ti? Me cuesta mucho creer que ninguna mujer te haya querido nunca —me preguntó tocando un tema del que no me gustaba hablar.

—Pues créetelo, preciosa. El único interés que han tenido las mujeres en mí durante mi vida ha sido meramente físico y sexual. Ninguna quiso ver qué había más allá de eso. Y, al final, lo medio acepté quedando solamente para… para ya sabes —le expliqué con toda la delicadeza posible—, hasta que todo ello me superó y me aislé prefiriendo estar solo.

—Lo siento, Ray, ojalá se me hubiera permitido llegar antes para haberte ahorrado todo ese sufrimiento —me dijo acariciándome el rostro, sin llegar a entender qué es lo que me había querido decir. Imaginándome a que se refería a habernos conocido antes, no volví a preguntarle.

Dejamos tan delicado tema agradeciéndoselo en el alma, pues no me sentía cómodo precisándole la superficial y mierda de vida que había llevado hasta hace casi un año. Además, algunas de esas sombras aún me perseguían y no quería que arruinaran la felicidad que había alcanzado. Noté a Ana revolverse inquieta, lo que me hizo pensar que quizás lo narrado acerca de mi pasado la había revuelto. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que sabía que yo estaba muy a gusto dentro de ella, pero que necesitaba ir al baño a hacer un pis. Solté un suspiro enorme y pidiéndole perdón abandoné su calentita cueva liberándola de mi opresión. Salió tan deprisa hacia el baño que ni tiempo me dio a recrearme con su desnudo cuerpo. Cuando regresó, se metió en la cama tapándose a toda prisa. Aproveché para ir yo también a desaguar y quitarme el condón, apreciando cómo Ana desviaba la mirada hacia otro lado. Al regresar le dije que, si le apetecía, podíamos ver otro rato la tele, poniendo una cómica cara:

—Lo que tú quieras, pero no me gusta que me lleves tan tarde a casa y luego circules por la carretera a altas horas de la noche —me dijo dejándome completamente loco.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le pregunté horrorizado, ya que eso no entraba en mis pensamientos.

—No sé, lo que no quiero es molestarte, ¿qué es en lo que habías pensado? —me dijo confundida también.

—Me había hecho a la idea de que te quedaras aquí y pasáramos la noche juntos. Para serte sincero, me encantaría que durmieras conmigo —le dije albergando una tremenda esperanza de que me dijera que sí, siéndole totalmente sincero—. Ana, nunca, jamás, una mujer ha entrado en esta casa, y mucho menos en mi cama, pero desde que te conozco es algo con lo que siempre he soñado.

—Ray, a mí también me encantaría, lo único es que no me he traído nada para dormir —me dijo haciendo estallar a mi corazón de júbilo.

—Eso es fácil de solucionar. Toma una camiseta mía —le dije saltando de la cama al armario en busca de una camiseta.

Le mostré varias de ellas para que decidiera cuál quería, comprobando que evitaba mirarme, dejándome a mí la elección:

—¿Hay alguna razón por la que no quieres mirarme? —le pregunté con curiosidad viendo cómo se ponía muy colorada—. ¿Es porque estoy desnudo? Porque a mí no me importa que me mires.

—Sí, lo siento, soy muy tímida —me dijo ruborizada.

—Acabamos de hacer el amor completamente desnudos, Ana. He recorrido todo tu cuerpo, he estado dentro de ti… —le dije mientras se tapaba la cabeza con la sábana.

—Lo sé, no me preguntes por qué. De cerca y metidos en materia, como que todo fluye, pero luego en frío, los dos desnudos, tú y ese cuerpazo tuyo, me da mucha vergüenza —me confesó mientras yo me echaba a su lado y le quitaba la sábana para ver su preciosa y ruborizada cara.

—Yo te como, ¿lo sabías? —le dije besándola por donde podía e intentando quitarle la sábana de encima.

—¡Ray, para!¡Ray! —me decía riéndose, pues le hacía cosquillas.

Jugueteamos de esta manera un ratito enamorándome más y más de ella a cada instante que pasaba. Nos levantamos, nos pusimos cómodos y nos fuimos nuevamente al salón. Me senté yo primero y luego Ana, que, no sabiendo muy bien por qué, lo hizo un poco lejos de mí. La miré y la cogí de la cintura trayéndola hacia mí para permanecer pegados lo máximo posible. Anhelaba su contacto, sentir el calor que emanaba de su piel, a ella. Al preguntarle por qué no se había sentado más cerca, me dijo que lo último que quería era molestarme e invadir mi espacio personal, ya que, según le había confesado, siempre había estado solo. La miré fijamente y, explicándoselo para que le quedara claro de una vez por todas, le dije que ella era todo lo que yo quería y deseaba. Estábamos juntos y eso era lo único que me importaba. Brindándome una exquisita sonrisa, me besó afectuosamente, alterando mi ser otra vez, y, a continuación, se acurrucó a mi lado sin movernos ni un ápice durante el resto de la película. Al terminar, comprobé que Ana se había quedado dormida entre mis brazos haciéndome sentir absolutamente feliz. Permanecí un tiempo acariciándola, disfrutando de tenerla así, percibiendo su respiración tranquila y serena; que se hubiera quedado dormida me llenó de dicha, pues significaba que se sentía segura a mi lado. Le besé delicadamente la frente mientras le susurraba que era hora de irnos a dormir. Se desperezó, me miró y, cogiéndola de la mano, apagué todo y nos fuimos a la cama. Me preguntó qué lado era mi preferido, confesándole

que, al dormir solo, no tenía ninguno en concreto, y no teniendo ella tampoco ninguno, decidimos que yo me cogería el de la derecha, al lado del baño, y, por consiguiente, ella el otro. Me quité la camiseta y el pantalón mientras Ana, cogiendo un neceser de su bolso, entró en el baño regresando a la cama a los pocos minutos. Ya dentro, me quedé observando cómo se metía por el otro lado y discretamente se arrimaba a mí. Yo no era tan sutil, así que, agarrándola de la cintura, la pegué a mi cuerpo. Nos dimos un apasionado beso de buenas noches y, dedicándonos una maravillosa mirada de enamorados, nos dormimos. Me desperté un par de veces, viendo en una de ellas cómo mi preciosa chica se había desplazado hasta la otra punta de la cama estando a punto de caerse. La traje de nuevo hasta el centro y me fui al baño. Al volver y meterme en la cama, me quedé embobado observándola por unos instantes sin poder dar crédito ni llegar a asimilar todo lo que en esa noche había sucedido. Ana colocó su mano en mi pecho y comenzó a acariciármelo dormida. Era tal la paz que gracias a sus caricias sentí dentro de mí que me quedé inmediatamente dormido hasta el día siguiente.

41

La luz del día entraba a través de los gigantescos ventanales iluminándolo todo a su paso. Me desperté y miré el móvil para ver la hora que era, siendo las ocho de la mañana. Eso me hizo pensar en que no tenía nada que ofrecerle a Ana para desayunar y que deberíamos ir a algún lado para ello. Me giré hacia el lado donde ella estaba, viendo como su cuerpo estaba posicionado boca abajo con su cabeza en dirección a la ventana mientras su pelo se extendía hacia el contrario, como un manto, por la almohada y parte de su espalda. Estaba bastante destapada bajándole yo un poquito más las sábanas para poder apreciar su maravilloso trasero y sus perfectas piernas. Me arrimé a ella pegándome a su cuerpo, abrazándola todo lo que pude, ansioso por sentir su calidez de nuevo. Al sentirme, se ladeó instintivamente posicionando su pompis contra mis partes, provocando que me excitara salvajemente. Quería hacerle otra vez el amor, pero temía que se sintiera intimidada al tener ganas de nuevo y eso le provocase que viera en mí a un Ray interesado más en el sexo que en otra cosa. Así que decidí darme una ducha y así evitar la tentación. Al notar mi alejamiento, se dio la vuelta, preguntándome que a dónde iba. Dándole un fogoso beso de buenos días le dije que iba a ducharme y que aprovechara para quedarse tranquilamente un poco más en la cama. Ana se quedó tumbada mirando cómo desparecía por la puerta. Me quité los calzoncillos y activé la ducha esperando a que el agua estuviera de mi agrado para meterme. Seguía alterado con un pedazo de erección como la copa de un pino. Una vez alcanzada la temperatura adecuada, me metí y comencé a lavarme primero el pelo, enjabonándome la cabeza y luego aclarándomela. Cuando terminé, cambié el flujo del agua al de los chorros para que ya no saliera por arriba. A punto de continuar el ritual con el resto de mi cuerpo, noté una presencia detrás mía y, a continuación, unas manos que comenzaron a enjabonarme. No tenía ni idea de qué iba esto, pero me pareció la leche. Con suma delicadeza, las manos de Ana fueron enjabonando y masajeándome el cuello y la espalda. Continuando con mi culo, la parte de atrás de las piernas y de los pies. De repente, se detuvo, dejándome expectante de saber si proseguiría con la parte delantera, teniendo sobre todo en cuenta lo tímida que era y de lo que eso podía implicar. Me quedé perplejo al ver cómo me rodeaba por un lateral para terminar colocándose delante de mí completamente desnuda, llevando el pelo recogido en un moño alto. Cogió el bote del gel y, echándose otro poco en las manos, reemprendió su acción. Estaba concentrada mirándome tan solo por un segundo para ver mi reacción. Luego dirigió su vista hacia donde llevaba sus manos. Me frotó con suavidad el cuello, los brazos, las axilas y luego el pecho, consiguiendo que, al contacto de estas sobre él, la piel se me erizara por completo. Bajó de manera peligrosa saltándose para mi sorpresa mis partes delicadas, pasando a frotar directamente las piernas y los pies. La decepción me invadió por un instante al ver como después de eso Ana se detuvo sin intención de continuar, provocando por inercia que mi tieso pene comenzara a caerse. Pero fue entonces que, después de un fuerte suspiro por su parte, se echó más gel y, colocándolo entre sus manos, empezó a deslizarlas subiéndolas y bajándolas sobre él ejerciendo una leve presión y poniéndome a dos mil por segundo con su masaje. Una de ellas bajó en busca de mis testículos lavándomelos al mismo tiempo, lo que ya terminó de rematarme y de desarmarme totalmente. Solo quería que el tiempo se detuviera, pues,

¡madre mía!, esto era gozo puro. Pero al cumplir su misión, no teniendo nada que ver lo que había hecho con masturbarme, apartó sus manos y, dándome un casto beso en la boca, mientras me miraba con atención, se preparó para irse diciéndome que ahora ya estaba limpito. Al ver que en verdad estaba a punto de dejarme ahí solo, la agarré con suavidad y ardiendo literalmente comencé a besarla con auténtico frenesí. Fui empujándola hasta apoyarla contra la pared, devorándola, buscando que se excitara acariciando, besando y rozando todas las partes de su cuerpo, en especial, sus prominentes pechos y su vagina, proporcionándole todo el placer que me fuera posible. Anhelaba estar dentro de ella, llenarla de mí, hacerle otra vez el amor. Mientras disfrutábamos como dos locos de los preliminares, un deseo imperioso de hacerlo sin preservativo me invadió. Tenía claro que no haría nada sin su consentimiento, pues esto era cosa de dos, por lo que, aun a riesgo de romper la magia del momento, le pregunté:

—Preciosa, necesito tu opinión sobre una cosa y te pido que seas sincera. Me gustaría hacerlo sin protección, ya me entiendes, quiero sentirte a través de mi piel. No sé qué opinas tú sobre esto. ¿Tomas algún anticonceptivo? —le pregunté sin pelos en la lengua y sin dejar de acariciarla—. Yo llevo muchísimo tiempo sin intimar con nadie, por lo que estoy sano a lo que en enfermedades venéreas se refiere, espero haberme explicado.

—Si así lo deseas, me parece bien. Desde aquella vez, no he vuelto a tener relaciones con nadie, por lo que también estoy sana en ese sentido. Y sí que tomo una píldora, aunque no por lo de quedarme embarazada, que ha hecho que se me retire el período y con ello el riesgo de un embarazo casi al cien por cien, ¿contesta esto a tu pregunta? —me contestó muy muy sincera y roja como un tomate.

Tras su explicación y la expresión afirmativa de su deseo de hacerlo sin nada, me sentí libre para continuar. La seguí estimulando hasta estar más que mojada, y mandándole que se abrazara fuertemente a mí, la levanté en volandas, lo que no le pareció muy bien, pues seguía pensando que pesaba mucho para esa posición y que me haría daño sin remedio. Empecé a introducírselo de forma lenta hasta estar por completo dentro de ella, de manera similar a cómo lo había hecho la noche anterior, preguntándole a cada centímetro si le hacía daño. Entregado por completo a tanto placer, comencé a decirle:

—Te deseo como jamás he deseado a nadie. No te puedes hacer una idea de los sentimientos que provocas en mí. Ana, te… Y justo cuando ya no podía contenerme de decirle que la amaba, me resbalé haciéndole sin querer un poco de daño al inclinarme y golpearse la espalda con la pared.

Me maldije mientras la palpaba para ver qué le había hecho. No dejó que me preocupara sin motivo, diciéndome que no era nada e implorándome que por favor no volviéramos a esa posición, salí de ella, la cogí en brazos y la coloqué sobre la encimera del lavabo. A través del espejo comprobé el estado de su espalda, la cual estaba tan solo un poco roja y, quedándome ya más tranquilo, le abrí las piernas, me acoplé entre ellas y volví a entrar con cuidado. Sus ardientes caricias y su boca me seducían y alteraban imprevisiblemente. La incliné por un instante hacia atrás para llegar a sus pezones y así poder jugar con ellos, lamiéndoselos y chupándoselos, intensificando sus jadeos. Nuestros cuerpos adquirieron tal complicidad que comenzaron a realizar una danza de movimientos perfectamente sincronizados haciendo las delicias del acto en sí. Cambié su posición adelantándola hacia mí y elevándola un poco más, llegando a ella de una manera que no podría describir ni aunque quisiera. Sentir su cavidad interior en fricción con mi desnudo miembro acentuó al máximo mi

sentimiento tan supremo de placer, perdiendo el control sobre mi cuerpo y dejándome totalmente expuesto al orgasmo más intenso que jamás había experimentado:

—Vida, estoy a punto de correrme, joder, umm, no sigas moviéndote, no puedo más, ahhhh, me voy, ¡Ana! Por favor, llega tú también, ¡dios mío, dios mío! ahhhh, ahhhh, ahhhh, ¡¡¡¡¡ahhhh!!!!!

Lo único que llegué a oír fue como ella gritaba también mi nombre. La última sacudida fue impresionante dejándome totalmente exhausto. Mientras ambos respirábamos con dificultad, levanté mi cabeza para mirarla y pedirle perdón por no haberla avisado ni dado tiempo para prepararse. Le juré que me había venido de repente, sin esperármelo, preguntándole si había podido alcanzar el orgasmo. Me miró sonriendo y, besándome con mucha ternura, me contestó que sí. La había oído gritar mi nombre, pero estaba tan acostumbrado a que las otras fingieran y luego me echaran la culpa de no haberlas avisado que necesitaba estar seguro. Nos abrazamos fuertemente manteniéndonos así durante unos segundos notando al igual que en la noche anterior, cómo debido a las contracciones tras el acto, sus paredes apretaban suavemente mi pene terminando de rematarme. Ana se sentía muy avergonzada por no poder controlarlas, al contrario que yo, que me moría de gusto. La besé con veneración abandonando su increíble cueva para que pudiera incorporarse. Después de un último reconocimiento para cerciorarme de que todo estaba bien, me sequé el pelo y la dejé para que se duchara tranquilamente.

Empecé a vestirme cuando, sin previo aviso y de la nada, la conversación mantenida con Ana en relación con el enamoramiento de su amigo y lo que eso había afectado a su amistad, terminando del todo con ella, me asaltó provocándome un miedo espantoso a declararle mi amor. Estaba confuso y sin saber qué hacer. Aprovechando que estaba en la ducha, llamé rápidamente a John, pues necesitaba contárselo para que me ayudara en mi tesitura:

—Buenos días, guaperas, ¿qué tal? ¿Cómo fue tu cita de ayer? Por cierto, y antes de que se me olvide, Brian vio no solo cómo os ibais juntos del *pub*, sino también cómo os besabais saliendo justo detrás vuestro, ya que no daba crédito a sus ojos. Está que echa chispas, por lo que prepárate para el lunes, pues te la va a liar pero bien —me dijo importándome ahora una mierda el idiota de Brian y sus berrinches.

—John, cállate, no tengo mucho tiempo. Ana se está duchando y no tardará mucho en salir —le dije apremiando para poder contarle lo que me estaba volviendo loco en estos instantes.

—Perdona, ¿he escuchado bien? ¿Has dicho que tu chica se está duchando? ¿¿Habéis pasado la noche juntos?? Dónde, ¿en su casa? ¡Vamos, cuéntame! —me dijo sin permitirme meter baza.

—Sí, John, has escuchado bien. Cenamos y luego la invité a tomar algo en casa. Bebimos vino, le toqué una pieza de música en mi estudio… Esas cosas —le expliqué poniéndome cada vez más nervioso, pues no dejaba de preguntarme y no me iba a dar tiempo a que me dijera qué es lo que tenía que hacer.

—¿¿En tu casa?? No me lo puedo creer —dijo asombrado—. Al grano, tío, ¿os habéis acostado? —preguntó ya por último desesperado por que le diera jugosos detalles.

—Sí, hemos hecho el amor y, sinceramente, no tengo palabras para explicarte lo que mi preciosa chica me ha hecho sentir. Y no te hablo solo físicamente, con su cuerpo y su piel me ha tocado hasta el alma. ¡John, estoy enamorado de ella hasta la médula! —expliqué reviviendo otra vez esos más que maravillosos momentos.

—¡¡Oh, sí!! ¡¡Enhorabuena, amigo mío, al fin!! —me gritó repleto de emoción y alegrándose de verdad—. Bueno, ¿y algo más? —preguntó deseando más salseo.

—Tengo una duda que espero me ayudes a resolver. Ayer, después de hacerlo, estuvimos hablando de nuestros pasados, comentándome que hace tiempo estuvo con un chico con el que salía a menudo y al que ella quería un montón, pero solo como amigos, cuando un buen día él se le declaró diciéndole que se había enamorado de ella. El caso es que Ana no sentía lo mismo por él, acabando definitivamente con esa relación —se lo expliqué lo más detalladamente posible, pero sin enrollarme, pues no tenía tiempo.

—Muy bien, ¿y eso qué tiene que ver contigo? —me preguntó sin haber captado lo que yo quería decirle.

—A ver, he estado varias veces a punto de decirle que la amo, pero tengo miedo de que no sienta lo mismo por mí y no quiera seguir con lo nuestro para no hacerme daño, tal y como sucedió con su amigo —le precisé pudiendo apreciar la tensión y el pánico en mi voz.

—Vale, ya entiendo. Desde mi punto de vista, creo que una cosa no es comparable con la otra y, además, si no sintiera algo por ti no habríais llegado hasta este punto, ¿no? —dijo dejándome igual que antes.

—Claro que siente algo por mí, pero eso no significa que esté enamorada. John, estoy cagado de miedo, Ana es mi vida y no puedo perderla, ahora no —le confesé esperando que me diera las claves para salir de esto.

—Pues pregúntale qué es lo que siente realmente por ti y sales de dudas —dijo tan pachón y tranquilo como él era.

—Se lo pregunto así, sin más, y ya está, genial, John. —Me estaba poniendo de los nervios, pues no me estaba sirviendo de gran ayuda.

—Me parece que la sangre se te ha quedado acumulada en una parte y no es precisamente en tu cabeza. Si necesitas saberlo y tú no eres capaz de declararte primero por miedo, entonces tendrás que preguntárselo a ella directamente y, en función de lo que te responda, actúas. No veo otra forma. —Tenía razón, eso era innegable.

—Joder, le voy a meter un gol a la pobre… No se lo merece. —Esa era la pura verdad—. Te dejo, colega, acaba de cerrar el grifo y saldrá pronto.

—Vale, adiós, majo. Pero, y ya por último, lo merezca o no es tu única opción —terminó diciendo a modo de despedida.

—Adiós, John. Gracias de nuevo.

Colgué el teléfono apareciendo justo Ana por la puerta. Le conté, pues seguramente me había escuchado hablar con alguien, que había estado hablando con John mientras tanto. Me estuvo comentando algo que no capté con excesiva claridad, ya que me quedé embobado admirando su humedecido cuerpo envuelto en una toalla. Se me quedó mirando un tanto extrañada sin decir nada más. Discretamente, recogió su ropa y, de espaldas a mí, se vistió velozmente. Estuve a punto de asaltarla al quitarse la toalla dejando al desnudo la parte trasera de su cuerpo, pero antes de volver a hacerle el amor necesitaba conocer el alcance de sus sentimientos por mí. Le dije qué es lo que le apetecía que hiciéramos, sugiriéndole lo primero de ir a desayunar. Me comentó que, si quería quedar mejor con John, la llevara a casa, siendo precisamente eso lo que antes me había sugerido cuando no le hice caso. Su ofrecimiento acrecentó mi miedo, molestándome, además, que creyera que preferiría salir con mi amigo antes que pasar el día con ella:

—Dime, ¿quieres que te lleve a casa? Porque, si es así, no necesitas excusarte en que yo quiera salir con John —le pregunté sintiendo una tremenda inquietud e incomodidad—. Además, había pensado

en pasar juntos el fin de semana, si tú quieres, claro.

—Ojazos, si te he dicho lo de llevarme a casa, es para que no te sientas en la obligación de tener que estar conmigo si lo que deseas es hacer otras cosas como, por ejemplo, salir con tu amigo John. No busco excusas y no las necesito. Ya te he dicho que para mí la sinceridad es muy importante, por lo que, si algo no me gusta, te lo diré sin rodeos —me explicó supercariñosa, sintiéndome mal por cómo le había hablado—. No hay nada que más me apetezca que estar juntos, así que acepto tu propuesta de mil amores. —Y con eso no necesitó más para bajar mis humos y volver a hacer latir mi corazón.

Mirándola cómo terminaba de acicalarse, solo podía pensar en el carácter de mil demonios que yo tenía y que debía de empezar a controlar si quería que nuestra relación fuera por el buen camino. Me había ido haciendo más y más arisco con el paso del tiempo debido a todas esas malas vivencias, llegando a ser a veces más que insoportable. Menos mal que Ana estaba hecha de otra pasta y no se lo tomaba a pecho, intentando suavizar siempre el ambiente aclarándolo todo de buenas maneras. Había tenido mucha suerte encontrándola. Cogiendo mis cosas y Ana las suyas, nos fuimos en busca de un lugar tranquilo donde poder desayunar.

42

Aún era temprano, por lo que no había demasiado movimiento en la ciudad. Conduje hasta el muelle, ya que habían abierto nuevas cafeterías donde, según los chicos, se desayunaba de maravilla. Aparcamos la moto y fuimos dando un paseo por el embarcadero decidiendo a cuál de ellas entrar. Al final del todo había una con muy buena pinta y que, al estar más alejada, apenas tenía gente, inclinándonos por esa. Según íbamos acercándonos, la incertidumbre por los sentimientos de Ana hacia mí cobró más protagonismo del que yo hubiese querido, deteniéndome en seco para preguntarle de una vez por todas:

—Ray, te has parado de golpe, ¿ocurre algo? —me preguntó mirándome sin entender mi comportamiento.

—Ana, ya no puedo más. Tengo que preguntarte una cosa y te pido, por favor, que seas totalmente sincera. ¿Qué es lo que sientes por mí? Y no me refiero a gustarte, pues es evidente que sí —le pregunté muy serio, casi temblando, no habiendo ya vuelta atrás.

—¡Uf! Más de una vez he oído que cuando le expresas a un hombre tus sentimientos sale huyendo sin mirar atrás —me dijo sin contestar a mi pregunta.

— Por favor, esto es serio. Te aseguro que no saldré corriendo si eso es lo que temes —contesté con un nudo en la garganta que me dificultaba hasta respirar.

—Sí, eso también lo dicen hasta que se van. Bueno, a riesgo de que sea así, contestaré a tu pregunta —me dijo levantándose las gafas para que viera sus ojos e imitándola yo para que pudiera ver los míos también—. Yo, ejem…, ¡¡estoy enamorada de ti!! Eso es lo que siento desde hace mucho tiempo. Mira, por lo menos no has salido corriendo. Y, ahora, soy yo a la que le gustaría saber qué es lo que sientes tú por mí —me dijo muy nerviosa, como nunca, clavando su mirada en mí y desviándola hacia el horizonte tras apreciar un rotundo silencio.

La miré sintiendo una emoción tan profunda que me impedía casi hasta hablar, haciendo entre tanto que ella se temiera lo peor:

—¡¡Estoy perdidamente enamorado de ti, Ana!! Me enamoré en el primer instante en que te vi. Nunca había sentido algo semejante por nadie y me ha costado dejarme llevar. No podía pensar con claridad, te deseaba, lo quería todo contigo, sin saber tan siquiera qué hacer para acercarme a ti —le confesé abriéndole por fin mi corazón que explotaba de felicidad—. Pero tenía miedo de que me rechazaras por mi manera de ser y modo de actuar en el pasado. Las chicas como tú no van ni se enamoran de tipos como yo.

—No digas eso, tú sabes perfectamente que eres muy especial —me dijo lastimosa, pues no le gustaba para nada la opinión que yo tenía de mí—. Entonces yo también podría preguntarte que ¿por qué yo, Ray? Conseguirías a la mujer que tú quisieras. Mírame, tú eres espectacular y yo… normal —lo que acababa de insinuar me tocó más de lo que yo creía poniéndole remedio de inmediato.

—Esto es solamente una mera fachada, Ana —le dije señalando a mi físico—. Tú eres todo lo que siempre he deseado en una mujer: eres preciosa, sincera, leal, cariñosa, bondadosa, con principios,

justa… Podría pasarme el día enumerando todas y cada una de tus cualidades. Ves a las personas por lo que son, por lo que llevan en su interior, y no por quienes dicen ser. Nunca he estado más seguro de lo que siento. No quiero ni querré jamás a otra mujer que no seas tú —diciéndole eso la cogí entre mis brazos necesitando de ella y de su contacto.

Los dos pudimos liberarnos al fin. Ahora ya estaba todo claro, nos amábamos y deseábamos una vida juntos. Por una vez en mi vida veía un futuro esperanzador, pues la tenía a ella. Nunca me había sentido más vivo ni con más ganas de comerme el mundo. Yo, Ray Stevens, por el que nadie daba ni un duro, me había enamorado, pero lo mejor de todo era que una mujer del calibre del de Ana se había llegado a enamorar de mí. Agarrándola de su aún temblorosa mano, caminamos hasta la cafetería.

Buscamos una mesa al lado de la ventana para disfrutar de las vistas y, trayéndonos la carta, decidimos y pedimos. La elección fue más que clara, tortitas para los dos. Lo primero que nos trajeron fueron los cafés. Ana se fue al baño entre que traían el resto, aprovechando la ocasión para llamar a John y contarle la buena nueva. Estaba seguro de que estaría preocupado por mí y mis ralladuras, ya que me conocía a la perfección:

—Hola, John, soy yo —le dije tan seco como de costumbre.

—Qué cachondo, ya sé que eres tú. Bueno, dime, ¿qué ha pasado? ¿Le has preguntado ya? —dijo muerto de la curiosidad.

—Sí, acabamos de hablar —le dije nuevamente sin soltar prenda hasta ver cuánto aguantaba.

—¿Y? Joder, chico, voy a tener que ir hasta donde estés a sacarte las palabras —contestó un pelín alterado.

—Lo siento, me estaba metiendo un poco contigo. Pues ahí va: ¡también está enamorada de mí! Estoy que no me lo creo. Algo tan maravilloso e increíble no puede estar pasándome a mí —le dije absolutamente alucinado.

—Es la mejor noticia que me han dado nunca, Ray. Me alegro muchísimo por ti y también por ella. Se lleva a alguien muy especial —dijo sinceramente llegándome al corazón.

—Muchas gracias, John, tú has participado en ello, me has apoyado y has contribuido a que esto fuera posible. No sé qué hacer para compensártelo. —le contesté con un fuerte sentimiento de gratitud hacia mi mejor amigo.

—Yo sí que lo sé, que me nombres tu padrino cuando os vayáis a casar —me soltó haciéndome reír por adelantarse tanto a los acontecimientos, no siendo para nada una descabellada idea y dándome mucho en lo que pensar.

—Te dejo, Ana va a volver del baño de un momento a otro. Espero que tú estés bien —le comenté, pues sabía que en su casa se lidiaba una gran batalla entre él y Jenni.

—Tranquilo, ya estoy acostumbrado. Pásalo bien y disfruta del amor. Hablamos —dijo despidiéndose de mí.

—Cualquier cosa que necesites ya sabes dónde encontrarme, espero no tener que volver a repetirlo. Adiós, John.

Colgué deseándole la misma felicidad de la que yo era testigo en estos momentos. Lo suyo con Jenni tenía los días contados a no ser que pasara un milagro. Ana volvió iluminando la cafetería a cada paso que daba. Al sentarse, me encontró con una sonrisa de oreja a oreja y preguntándome qué es lo que me hacía sonreír tanto le dije que estaba muy feliz. Me la devolvió diciéndome que ella también lo estaba. Nos trajeron las tortitas y comenzamos a desayunar. Al ver mi móvil sobre la

mesa, Ana se acordó del suyo sacándolo del bolso, el cual había puesto en silencio al salir ayer del *pub*. La expresión de su cara cambió cuando vio que tenía innumerables llamadas de su compañero Bailey:

—Preciosa, ¿qué pasa? —le pregunté preocupado por el serio semblante que se le había puesto en cuestión de segundos.

—Tengo muchísimas llamadas de Bailey, es muy raro, pues jamás me llama. Voy a llamarle si no te importa. Quizás ha pasado algo con Jeff —me dijo afligida.

—Por supuesto —le contesté siendo eso lo único que se me ocurrió.

Le llamó sin esperarse lo que sucedería una vez que se lo cogiera. No le dio tiempo a decir nada más que «Bailey, qué pasa» cuando una voz colérica la interrumpió para gritarle a través del auricular de su móvil:

—Bailey, deja de gritarme o cuelgo, ¿qué pasa? ¿Jeff está bien? —le preguntó intentando controlar la situación y sus nervios—. ¿Quieres contestarme? Te he preguntado si Jeff está bien.

—Sí, está bien —le contestó seco y malhumorado.

—Qué alivio. Y, entonces, ¿por qué me has llamado tantas veces? —volvió a preguntarle mirándome con una expresión de no entender nada de lo que sucedía.

—¿Que qué pasa? ¿Dónde narices estás? —preguntó ahora Bailey al que Ana puso en manos libres para que yo también pudiera escucharlo, aunque bajando un poco el volumen y que así no se enterara todo el mundo.

—¿A ti qué te importa, Bailey? ¿De qué va esto? —Se notaba que esto le estaba sucediendo por primera vez.

—No has venido a dormir y estaba muy preocupado, ¿dónde estás? Mierda, Ana, me podías haber avisado de que pasarías la noche fuera. —La mirada perpleja de Ana lo dejaba bien claro.

—No me creo lo que estoy oyendo ni lo que está pasando. Primero, no tengo por qué decirte qué hago o dejo de hacer, y menos avisarte, cuando más de la mitad de las noches tú ni siquiera apareces por casa. En relación con lo de preocuparte, ya me podría haber muerto y tú no te hubieras enterado porque ni siquiera estabas en casa, así que no me vengas con esas —le contestó sin pelos en la lengua.

—Ayer te fuiste con ese tío y… ¿Has pasado la noche con él? —le preguntó a viva voz, haciendo que Ana, que era una santa, se cabrease.

—Bailey, estás superando mi barrera de la tolerancia. Ese «tío», como tú bien sabes, tiene nombre y es «Ray», así que te pido que la próxima vez que te dirijas a él sea con respeto. A lo segundo, ni te voy a contestar. Donde yo pase la noche o con quién no es asunto tuyo. Si esto era todo lo que tenías que contarme, aquí se termina la conversación. No vuelvas a llamarme para tonterías, ¿te ha quedado claro? Adiós, Bailey —le dijo y, con las mismas que le había llamado, le colgó apagando el móvil para evitar que nos volviera a molestar.

Mi pobre chica no sabía dónde meterse. Estaba muy avergonzada por lo que había escuchado y por cómo se había dirigido a mí llamándome despectivamente «tío». La cogí de la mano, se la acaricié e intenté tranquilizarla, diciéndole que a su compañero me lo pasaba yo por ciertas partes. Sinceramente, y eso me lo guardé para mí, me había encantado cómo le había puesto en su sitio, con elegancia, sin ser grosera y, lo mejor, defendiéndome a capa y espada. Buscó volver a como estábamos antes del altercado, consiguiéndolo en segundos y haciendo que el desayuno continuara

siendo maravilloso. Entre conversación y conversación se me vino una idea a la cabeza que quise compartir de inmediato con ella:

—Se me acaba de ocurrir un plan para este fin de semana, a ver qué te parece —le dije mientras me miraba con mucha curiosidad—. Podíamos coger la moto e irnos a algún pueblecito que no quede muy lejos de aquí y quedarnos a dormir. Es algo que nunca he hecho, pero creo que estaría muy bien. Así salimos un poco de la rutina, ¿te gusta la idea? —le pregunté esperando su respuesta.

—Solo puedo contestar una cosa a eso: contigo al fin del mundo, Ray —me dijo con tal sonrisa que opacó hasta a la mismísima luz del sol.

—Entonces hecho. En cuanto terminemos, buscamos un sitio que nos guste y nos vamos —le dije con tal entusiasmo que estaba a punto de salirme de mí mismo.

—Lo único, ¿te importa que pasemos por mi casa para cambiarme y coger un par de cosas?

—No me importa en absoluto. Quizás debería hacer yo lo mismo —le contesté pensando que llevarme una muda sería lo más inteligente.

—Y otra cosa. Prométeme que compartiremos los gastos, si es que no me dejas pagar nada —comentó mirándome fijamente y sabiendo que ese tema no me gustaba mucho.

—Ana, el dinero no es un problema, creo que ya lo sabes. Además, me gusta y quiero invitarte, ¿qué tiene de malo? Como verás, no lo hago para recibir nada a cambio, creo que eso también te lo he demostrado —le dije suavizando el tono de mi voz porque no quería incomodarla.

—Yo también tengo dinero, ¿y por qué no puedo invitarte yo? —me contestó dejándome sin argumentos, por lo que tuve que recurrir a lo único que se me ocurrió.

—Pues porque no. A partir de ahora, tendrás que hacer más caso a tu novio —le dije sonándome fenomenal esa denominación.

Me miró mientras soltaba un enorme suspiro intentando elegir las palabras adecuadas para continuar nuestras desavenencias:

—¿Eso es lo que somos?, ¿novios? ¿Se dice así? —me preguntó emocionada dejándome KO, pues pensaba que iba a seguir rebatiendo el tema de quién pagaba.

—Sí, cuando dos personas salen, y hasta que se prometen, es así cómo se les denomina —le expliqué mirándola con ternura sin creérmelo todavía—. A lo mejor, dejo que me invites a comer o a cenar. Ya veremos —le dije levantándome del asiento y dándole un beso en esos suculentos labios suyos.

Terminamos de desayunar, comentándole que las tortitas habían estado buenas, pero que no tenían ni punto de comparación con las que me hizo el día que me invitó a su casa. Saldamos la cuenta y nos fuimos. Primero, pasamos por mi casa, y, luego, nos dirigimos a la suya. Ana pasó a cambiarse mientras yo me quedé fuera un momento llamando a John a ver si él sabía de algún lugar cercano y que no estuviera petado de gente para pasar el fin de semana. Me dio información de un par de sitios que estaban un pelín lejos, pero a los que merecía la pena ir, pues eran muy bonitos y sobre todo tranquilos, ya que la gente se quedaba en pueblos más cercanos. Le di las gracias y, colgando, entré en la casa, escuchando una voz que no me gustó ni un pelo. Me quedé en un rincón escuchando sin que me vieran. El capullo del compañero de Ana volvía a la carga arremetiendo contra ella y, cómo no, contra mí:

—Bailey, déjame en paz, no entiendo la que estás armando. Yo no me inmiscuyo en tu vida privada, así que no te metas tú en la mía —le decía tranquila pero seria.

—¿Es que no lo ves? Ese tío no te quiere, solo anda detrás para llevarte a la cama y, cuando se canse de ti, dejarte tirada como una colilla. Pensé que eras más lista y no te dejabas engatusar por ese tipo de hombres —le dijo haciendo que mi tensión y mi paciencia se pusieran por las nubes.

—¿Acaso le conoces? Tú no sabes nada ni de él ni de sus sentimientos por mí. Me parece que tú no eres la persona idónea, pues estás dentro también de ese tipo —le contestó ahora ya en un tono no tan comedido.

—He hecho averiguaciones al ver que tonteabas y ese «Ray» se ha tirado a toda la que se le ha puesto por delante. Se dedicaba a ir a las discotecas a follar, ¡por el amor de Dios, Ana, no se puede estar más ciega! Se aprovecha de las tías, las utiliza y las desecha como si fueran pañuelos de papel. —Esto fue la gota que colmó mi paciencia, entrando hacia el pasillo y colocándome de tal manera que pudiera verme.

—¡Si tienes algo que decir de mí, por lo menos que sea en mi cara para que pueda defenderme, cobarde! —le dije intentando que mi tono no la alterara más de lo que ya estaba la pobre.

—Pues dile a Ana que lo que acabo de contarle no es verdad. ¿A que no puedes? —me porfió haciendo que mi mano se convirtiera en un puño preparado para saltarle los dientes.

—¡¡Basta ya, Bailey!! —gritó Ana mucho más que alterada, dejándonos a los dos estupefactos—. No tienes derecho a hablar así de Ray, no te lo voy a consentir. No sabes nada de él, solo lo que algunas personas te hayan querido comentar acerca de cómo es. Lo que él haya hecho o dejado de hacer en el pasado es solo de su incumbencia, ¿te queda claro? Es su vida y de nadie más. Ninguna persona es quién para juzgarle, y menos tú. Me parece increíble que, con todo lo que has pasado sintiéndote una mierda cuando la gente hacía comentarios inapropiados sobre ti, ahora seas tú quien se lo estés haciendo a él —terminó de gritarle cogiendo aire y con los ojos llenos de lágrimas.

Cogí a Ana y la traje hacia mí, cogiéndole su preciosa cara y viendo cómo una enorme tristeza se había apoderado de ella. La abracé y le dije que no pasaba nada, que las palabras del gilipollas de su compañero no me hacían daño, a lo que me contestó que a ella sí, dejándome chafado. Intentando recuperar la serenidad, se separó de mí y se fue a la habitación para terminar de cambiarse y coger lo que necesitaba para poder irnos. Bailey se había quedado ahí pasmado sin saber qué hacer o qué decir. Yo sabía que esto no se había acabado, ya que, llevando yo toda la razón, aprovechó a que Ana desapareciera para acercarse a mí y, hablándome casi en un susurro, amenazarme:

—A ella te la habrás camelado, pero a mí no. Sé muy bien cómo eres y de qué calaña. No voy a permitir que la apartes de mí. No te la mereces —me dijo en tono desafiante y arrimándose a mí más de la cuenta.

—Me importa una puta mierda lo que pienses u opines de mí, ¿te queda claro? Estoy enamorado de ella. Deberías plantearte quizás que el que no la mereces eres tú. Además, ¿tú no eres gay? —le dije dándole donde más le dolía.

—Eres un jodido bastardo sin escrúpulos que solo ha sabido joder a las mujeres —dijo llevándose una sorpresa.

—¡¡¡Bailey!!! —le chilló Ana, que lo había escuchado—. No he hecho más que darme la vuelta, ¿y ya has vuelto a las andadas? ¡Quiero que te retractes y le pidas perdón a Ray! No voy a tolerar más insultos ni difamaciones ni sobre él ni sobre nadie más en esta casa, ¿te ha quedado claro? —le dijo echa una furia.

—¡También es mi casa! —le soltó sin pensar dándose cuenta de que acababa de cometer un gran error.

—No pienso vivir con una persona que no tiene ningún respeto sobre los demás. Quiero que recojas tus cosas y que te vayas de esta casa —le contestó con una firmeza aplastante.

—¿Qué? Por favor, Ana, no me hagas esto, no tengo dónde ir… —le suplicó acojonado—. Haré lo que me digas.

—¿En serio? ¿Ahora me vas a hacer caso? Pretendes que te crea cuando te lo he pedido hace unos minutos y, al darme la vuelta, has seguido arremetiendo contra él. Me parece que esta vez no cuela —le dijo sin bajarse de sus trece.

—Ana, venga, déjale y vámonos, por favor —le dije, pues sabía que todo esto le iba a pasar factura y no quería que sufriera por un pedazo de mierda que se creía con derecho a pasar por encima de todos.

Suspiró cogiendo su bolso de encima de su mesilla y diciéndole antes de irnos:

—Quiero que le pidas perdón antes de que salgamos por la puerta. Y no un perdón cualquiera. El lunes, tú y yo hablaremos de si te quedas o te vas —le obsequió mirándole muy de cerca a sabiendas que por mucho perdón que pidiera no lo sería de corazón—. Y, otra cosa, puedes ir a Jeff a llorarle por lo que ha sucedido y contarle cómo te hemos tratado, no me importa en absoluto.

Bailey se acercó a mí y, extendiendo su mano, me pidió perdón. No se la di, simplemente, se lo agradecí y, únicamente, por respeto a Ana. La agarré de la cintura y, saliendo por la puerta, nos montamos en la moto y nos fuimos. Unos metros más adelante volví a parar, mosqueándola, pues no sabía qué es lo que ocurría ahora. Le dije que bajara y se quitara el casco. Tenía los ojos rojos por las lágrimas. Le comenté que, si no le apetecía, no teníamos que irnos a ningún lado. Nos podíamos quedar en mi casa y hacer lo que nos entrara en gana. Me miró y, con un dulce beso, me dijo que no me preocupara, que se le pasaría rápidamente. La idea de irnos y desconectar la entusiasmaba en estos momentos más que nunca. Solo había una cosa que deseaba por encima de todo y era estar conmigo. Esas palabras y su ternura al decirlas disiparon los nubarrones que nos habían intentado alejar del sol.

43

Proseguimos el viaje decidiendo ir al segundo pueblecito que John nos había nombrado. Al final nos llevó mucho menos de lo pensado, cerca de una hora, el llegar hasta allí. Durante el camino, nos detuvimos brevemente a echar gasolina y hacer necesidades básicas, nada más. Era un pueblecito bastante pequeño que se extendía a lo largo de una carretera y se ubicaba a la orilla de la costa. Como no sabíamos a dónde ir, paramos y aparcamos la moto en el primer sitio donde vimos que estaba permitido. Recorrimos la calle principal dando un paseo. Ana entró en una de las tiendas para preguntar por un buen sitio para alojarse y nos recomendaran un buen restaurante para comer o cenar. Nos indicó una pensión con muy buenas vistas un poco retirada del pueblo, pero a la que podíamos llegar andando. En el tema de restaurantes, todos estaban más o menos al mismo nivel, cambiando solo el tipo de gastronomía que ofrecían. Después de tenerlo claro, nos dirigimos a la pensión. Era un edificio muy peculiar y hogareño. Tenían solamente diez habitaciones, quedándoles disponible la mayoría de ellas. Nos ofrecieron una especie de *suite* al mismo precio que las normales si nos quedábamos. Antes de decir que sí, optamos por que nos la enseñaran y así decidir si era de nuestro agrado y si nos quedábamos con ella. Cuando abrieron la puerta nos encontramos con una preciosa habitación con chimenea, un pequeño saloncito, una enorme cama, un baño con una bañera ubicada bajo un gran ventanal y un balcón que daba a una pequeña cala. Era de ensueño, por lo que, sin dudarlo, nos quedamos con ella. Los dueños se encargaban de regentarlo con especial mimo y cuidado, quedando prendados con Ana desde el minuto uno. Nos recomendaron para comer el restaurante de una prima suya. No destacaba por la decoración, pues era más bien simple y no muy grande, pero la comida era casera y de calidad. A parte nos hablaron de otros dos restaurantes que eran famosos por sus especialidades en carne y en marisco, dejándolo completamente a nuestra elección. Como la habitación ya estaba lista, dejamos lo que habíamos traído ya dentro y nos fuimos dando un paseo hacia el centro. El resto de la mañana nos la pasamos de un lado para otro, caminando tranquilamente de acá para allá, disfrutando de la maravillosa paz que se respiraba. Había algo de gente, aunque no demasiada. Decidimos hacer una parada y tomar un aperitivo, para aguantar hasta que llegara la hora de comer, en un curioso chiringuito. El dueño, que aparentaba bastante mayor, nos ofreció para beber un vino que él mismo hacía y un poco de pescado recién cogido a primera hora de la mañana. Nos sentamos en una mesa al lado de la ventana, poniéndonos las botas de lo rico que estaba todo. Cuando ya casi ni nos acordábamos del lamentable episodio vivido en casa de Ana, su teléfono comenzó a sonar siendo Jeff quien la llamaba esta vez:

—Hola, Jeff, ¿qué tal? ¿Qué pasa? Creo adivinar el motivo por el que me llamas —le preguntó Ana serena dejando que su mirada se perdiera en el horizonte.

—Hola, mi chica, sí, Bailey me ha llamado hecho una furia para decirme que le habías dicho que se fuera de casa —le comentó tranquilo también.

—Jeff, ahora no me apetece hablar de eso. Además, me imagino que te habrá contado su versión de lo ocurrido sin que tenga nada que ver con la pura realidad, por lo que no pienso retractarme —le explicó mientras soltaba algo más que un retenido suspiro.

—No te llamo por eso, Ana. Sé muy bien cómo es Bailey y lo que puede llegar a alterar a una persona. Si le has echado, tus motivos tendrás. Solo llamaba para saber cómo estabas, eso era todo —le dijo preocupado sabiendo muy bien que todo esto podía perjudicarla seriamente.

—Estoy bien, no te preocupes. Ray y yo nos hemos ido fuera y quiero disfrutar con él todo lo que pueda —le dijo mirándome mientras me brindaba su mejor sonrisa.

—Entonces ya me quedo más tranquilo, pues sé que estás en buenas manos. Me alegro mucho de que estés con Ray, sé que eres feliz y eso es lo único que me importa. Salúdale de mi parte y pasarlo bien. Te dejo, ya no te molesto más. Un beso, mi cielo —dijo despidiéndose.

—Gracias, papi. Cuídate y no dejes que quien tú y yo sabemos te altere. Por cierto, voy a apagar el móvil, estoy completamente segura de que, si no, intentará fastidiarnos. Te lo comento por si pasa algo no vas a poder localizarme —le comentó dudando de si hacerlo o no, teniendo en cuenta lo delicado que él estaba.

—Tengo el número de Ray. Puedo contactar con él en el caso de emergencia si él no tiene inconveniente —le dijo mientras yo asentía con la cabeza en señal de que lo podía hacer perfectamente.

—Me dice que por supuesto, sin problemas. Gracias por entenderlo. Te manda también un saludo. Adiós. Te quiero. —Con esa maravillosa frase colgó.

Apagó su teléfono y lo guardó en el bolso para olvidarse por completo de él.

Comentamos brevemente lo hablado con Jeff y continuamos gozando de nuestra paz y nuestro amor. Después de eso, volvimos a encaminarnos por la gran avenida pasando por delante de una tienda que vendía instrumentos de música antiguos. Mi curiosidad por la música me incitó a entrar animado también por Ana que, al ver mi fascinación por el escaparate, prácticamente me arrastró adentro. No era muy grande y en ella se aglomeraban cientos de instrumentos y elementos relacionados con el arte de la música. También tenían artículos de cuero, como cazadoras, gustándome una en particular. Fui echando un vistazo apreciando en un rincón una vieja guitarra eléctrica que me llamó la atención. Le pregunté al vendedor por el precio y no era muy cara, el problema era que en la moto no me la podía llevar. Me dijo que me la podía enviar a casa sin problemas, por lo que decidí comprarla. Ana quería regalarme la cazadora, pero no la dejé. Es más, era yo quien deseaba regalarle algo y no al contrario. Al final decidí no comprármela para no crear mal rollo y disgustarla, hablando con el hombre para que me enviara solo la guitarra. Ya pasaban las dos y media cuando fuimos dirección al restaurante de la prima de los dueños de la pensión para comer algo. Tenían razón que la decoración no era lo mejor del lugar. Se veía muy sobrio, pero por lo menos estaba limpio y recogido sin haber mucha gente. La mujer que nos atendió fue también muy amable. No creo que fuera tan mayor de lo que aparentaba, pero daba esa sensación. Nos ubicó en una mesa con vistas a la avenida y, repartiéndonos la carta, se fue velozmente hacia la cocina. No tenía una gran selección de platos, pero había los suficientes para todos los gustos. Yo me pedí carne, y Ana, pasta, junto con una ensalada para compartir. Para beber optamos por agua y cerveza sin alcohol, pues ya veníamos calentitos con el vino que nos habíamos bebido en el aperitivo y no era plan de emborracharnos, pues teníamos mucho de lo que disfrutar. Estaba mirando a la belleza que tenía enfrente de mí cuando un niño se le acercó dándole en la pierna:

—Hola, eres muy guapa —le dijo el condenado niño sin cortarse un pelo.

—Hola, gracias. Tú también lo eres —contestó Ana con su tierna voz—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Eric. ¿Quién es ese? —le preguntó, repateándome un poco lo de «ese».

—No se dice «ese», él se llama Ray —le explicó con mucha delicadeza.

—¿Es tu novio? —continuó preguntando el dichoso niño.

—Sí. Es una persona muy especial —le dijo embelesada ahora por mí—. ¿Cuántos años tienes, Eric?

—Cinco y, no, él no es tan especial como tú —comentó sin apartar los ojos de ella ni un segundo y dejándome a la altura del betún.

Justo en ese momento, una voz gritaba: «¡Eric!». A continuación, la mujer que nos había atendido vino veloz a llevárselo pidiéndonos disculpas:

—Siento que les haya molestado, me he despistado un segundo y ya no estaba —nos dijo la pobre abochornada.

—No se preocupe. No ha sido ninguna molestia —contestó Ana tan dulce como ella era.

—Es un chico muy singular. Padece una rara enfermedad, por lo que jamás habla con nadie ni se acerca a las personas. Sin embargo, con usted, porque lo he visto, si no, no me lo creería. —Nos quedamos sorprendidos, bueno, yo, porque me pareció que mi chica eso ya lo sabía.

En ese momento, y ante nuestros incrédulos ojos, el tal Eric se le intentó subir a Ana, la cual, para que no se cayera, le sostuvo con fuerza, colocándolo en su regazo:

—¡¡¡Eric!!!, deja a esta pobre chica en paz —le gritó, poniéndole más que nervioso al niño que se llevó las manos a sus pequeñas orejitas.

—Tranquila. No pasa nada —dijo Ana—. Así que tú también eres especial, Eric —comenzó a susurrarle separándole las manos de sus oídos mientras sus ojos le miraban con un brillo excepcional.

—La gente dice que soy retrasado —le dijo mientras la cogía del pelo y se lo peinaba.

—Las personas juzgan y arremeten contra otras personas porque tienen miedo de las cosas que no entienden y de los que no son como ellos. Lo único que importa es lo que llevas aquí, en tu interior —siguió susurrándole, cogiéndole la mano y llevándosela al pecho—. No tengas miedo de nada, te aseguro que conseguirás todo lo que te propongas —añadió acariciándole tan suavemente su carita que hasta yo estaba a punto de derretirme de ternura.

De repente, Eric se abrazó a ella fuertemente, dejando a su madre ojiplática, pues no daba crédito a sus ojos. Ana le acogió también entre los suyos, permaneciendo así durante unos minutos. Luego él se separó y, acariciándole la cara, le dijo: «Me gusta tu luz», haciéndole cambiar totalmente su expresión y contestándole ella que él poseía la suya propia. Antes de bajarle, Ana le dijo algo al oído que ninguno de nosotros llegó a oír, pero que supuso un antes y un después para Eric. Se bajó completamente embobado y sereno, llevándoselo su madre cogido de la mano, mirando este únicamente hacia atrás buscando a Ana. Qué deciros, que fue una experiencia muy singular al igual que extraña, pero que me movió completamente por dentro. Cuando conseguimos quedarnos de nuevo a solas, le dije que, al parecer, me había salido competencia con ese dichoso niño, arrancándole una gran carcajada y unas risas a las que también me uní al darme cuenta del pedazo de tontería que acababa de decir. No podía confesarle que, por unos instantes, había llegado a sentir celos de aquel chiquillo. Por las molestias ocasionadas, y entre tanto preparaban lo pedido para comer, nos sirvieron unas deliciosas empanadillas recién hechas que resultaron un auténtico deleite. En más de una ocasión, pillé al tal Eric asomarse por la puerta observándola sin tan siquiera pestañear. No sabría deciros si fueron imaginaciones mías, pero me pareció que, cada vez que lo hacía, de algún modo Ana lo sabía emanando de ella una colosal sonrisa. Aún no habían traído la

comida cuando se fue al baño. Al salir, le salió nuevamente al paso, agarrándose a su pierna llorando y diciéndole que no se fuera. Se agachó y, secándole las lágrimas, le puso su mano en su delicado y diminuto pecho, girándose y poniéndose de espaldas al salón, impidiendo que alcanzara a ver qué más sucedía. Su madre, que salía justo a servirnos lo que habíamos pedido, lo vio, llevándoselo arriba del restaurante que es donde tenían su casa para que, de una vez por todas, nos dejara de molestar, sirviéndonos antes rápidamente para que ya pudiéramos comer y, además, no se enfriara la comida. Tomando Ana asiento, empezamos a degustar los deliciosos manjares. Tenía curiosidad por preguntarle qué es lo que le había dicho al niño, pero ahora que ya se había pasado y que por fin podíamos disfrutar de nosotros, decidí no hacerlo. Había algo extraordinariamente mágico en ella que no podía explicar con palabras y que cada día que pasaba se hacía más notorio. El resto del tiempo que permanecimos allí comiendo fue tranquilo, al igual que la tarde en la que paseamos por unos caminos que llevaban a unas calas, aconsejados por la prima. La verdad es que las vistas eran espectaculares. Bajamos a una de ellas y nos sentamos en unas rocas, abrazados como lo solíamos hacer cuando íbamos a la playa. Siempre había adorado esos momentos, adquiriendo una magia especial, pero ahora que sabía que Ana estaba enamorada de mí, pasaron a ser más mágicos aún. En pocos minutos, el cielo empezó a llenarse de nubes y, sin previo aviso, cayó una fuerte tormenta haciendo que tuviéramos que salir corriendo. No estábamos muy lejos de la pensión, aunque sí lo suficiente para llegar empapados. A mí no era algo que me molestara, pero sí a Ana, que estaba más que preocupada por si me resfriaba, afectando a mis cuerdas vocales y evitando que pudiera cantar. Cuando entramos por la puerta de la pensión, a la dueña casi le da un ataque al vernos chorreando. Mandó a su marido que nos encendiera la chimenea mientras buscaba más toallas para secarnos. Nos informó de que el tiempo se iba a quedar así el resto del día y que incluso la tormenta podría empeorar aconsejándonos que no saliéramos a no ser que fuera necesario. Cualquier cosa que necesitáramos, ellos se encargarían de proporcionárnoslo, por lo que nos quedamos muy tranquilos en ese aspecto. Aunque no era muy tarde, alrededor de las seis y media, el cielo completamente nublado hacía parecer que fuera ya noche cerrada. Una vez nos dejaron solos, procedí a desnudarme ante la escandalizada mirada de Ana, que no sabía a dónde mirar. Desnudo de cintura para arriba, fui acercándome a ella con lentitud. Ya a su altura, le cogí de su top y tiré de él quitándoselo en un santiamén. Comencé a besarla cuando me rogó que me secara primero un poco el cabello para no caer enfermo. Cogí una toalla e hice lo que me pidió, pero cuando terminé, ya no hubo excusas. Me quité las botas, el pantalón y, quedándome nada más que en ropa interior, fui de nuevo hacia ella para terminar de desnudarla. Temblando, no sé si de frío o de nervios, la fui empujando despacio colocándola exactamente delante de la chimenea. La dejé por un instante ahí mientras me fui a la habitación a por mantas que extendí encima de la alfombra. También eché unos cuantos cojines y cogí más toallas para secarle el pelo a Ana antes de tumbarnos en el suelo. Una vez secada la humedad, nos pusimos de rodillas para echarnos sobre la manta, justo enfrente del fuego. Parecía una escena salida de una película romántica y, efectivamente, así era. Me quité el resto de la ropa y, colocándome encima de ella, iniciamos un ritual de besos, caricias, roces y mucho más. Sentía cómo su piel desnuda y fresca iba calentándose al entrar en contacto con la mía, sucediéndome a mí exactamente lo mismo, pero no justo en la piel. Su cuerpo y su forma de entregarse a todos y cada uno de mis movimientos me excitaba en demasía. Era como si ella hubiera sido creada única y exclusivamente para mí. Seguía impresionadísimo con el hecho de que mi pene le entrara por entero y sin hacerle ni una pizca de daño. O toda mi vida me habían estado engañando o había dado con las

mujeres equivocadas. Frotamos nuestros cuerpos en reiteradas ocasiones activando el anhelo más profundo de entregarnos el uno al otro. En la habitación solo se escuchaban nuestras aceleradas respiraciones, nuestros jadeos y el chisporrotear de la lumbre. Comencé a transitar su cuerpo, siendo este como un templo para mí, absolutamente sagrado, al que adorar y venerar con exquisita delicadeza. La lujuria se abría paso en mí al contacto de mis manos y mi boca con sus pechos, con sus labios y con su vagina. Me volvía loco degustarla, saborearla, comérmela, pero, por encima de todo, saber que sus gemidos y su agitación corporal eran producidos por el placer causado por lo que le estaba haciendo. Ana llegó al clímax rápidamente, puesto que se excitaba con gran facilidad, tanto o más que yo. Poniéndome de nuevo a su altura y observándola detenidamente, inicié mi penetración en su cálida y húmeda cueva. Mi paranoia de no inflingirle ninguna clase de dolor hacía que me fuese introduciendo en ella muy despacio y en permanente alerta, a pesar de su constante insistencia por aclararme de que todo lo que sentía era un intenso placer. No podía evitarlo, al menos por el momento. Sabía que llegaría el día en el que todo ese temor que mi mente albergaba desaparecería pudiendo disfrutar desde el primer instante sin miedo, pero también tenía muy claro que no iba a ser fácil deshacerme de él. Tras mis comprobaciones de seguridad, y observando que todo marchaba bien, comenzamos a amarnos. Proseguí moviéndome como lo había hecho en las dos veces anteriores y motivado por su disfrute y por las ganas de probar más cosas juntos, comencé a efectuar amplios movimientos. Luego fui sacando casi todo mi pene de su vagina e introduciéndoselo de nuevo lentamente, repitiendo esta constante unas cuantas veces sin ninguna prisa, tomándome mi tiempo, sintiendo el roce de sus paredes en mi piel provocando en mí una sensación de gozo inmensurable. Estar dentro de ella, sintiéndola de aquella manera, suponía para mí un pleno éxtasis y un auténtico reto de no correrme a la primera de cambio. Con ella necesitaba controlarme mucho, no, muchísimo, como nunca lo había tenido que hacer. Fui intercalando penetraciones, primero superficiales con otras más profundas, siendo estas las que más la hacían gemir y no de dolor precisamente. Quería más, por lo que salí de Ana cuidadosamente haciéndola cambiar de posición y colocándola encima de mí. Su cara era todo un poema. Sabía que no estaba preparada y le faltaba experiencia, pero esta era la única manera de experimentar y aprender. Además, estaba loco por verla ahí arriba, desnuda, cabalgándome. Le quise infundir tranquilidad diciéndole que la iría dirigiendo y marcando los movimientos, que no se preocupara y disfrutara. Si se agobiaba o no lo conseguía, volveríamos a cambiar sin ningún problema. Asintió y, sujetándola fuertemente, me introduje en ella. Esta sí que había sido una total y profunda penetración que me había dejado por un instante sin aliento, haciendo que me planteara si el cambio había sido una buena idea, pues no llevaba encima de mí ni un segundo y ya me estaba muriendo de placer. La cogí, buscando tomar algo de control, moviéndola de arriba abajo y previniéndola de que lo hiciera con cuidado para no hacerse daño. Continuó un rato saltando sobre mi más que duro miembro hasta que, apreciándola un tanto cansada, cambié su movimiento deslizándola ahora hacia delante y hacia atrás. Qué decir que aprendía a una velocidad vertiginosa, pues bastó con tan solo mostrárselo una vez para que cogiera las riendas. Mis manos la soltaron prestas a acariciar sus senos que me estaban poniendo a mil al ver cómo se meneaban al ritmo de sus movimientos. Me levanté un momento para tomar sus pezones con mi boca, deteniéndola brevemente, mientras me sujetaba la cabeza por detrás poniéndolos a mi completa disposición y elevando mis ansias por comérmelos y devorárselos. Sin quedarme saciado, pues eso era del todo imposible con ella, volví a echarme y a dejar que mi preciosidad continuara haciéndome el amor. Prosiguió, entretanto, donde lo habíamos dejado hasta

cambiar sin previo aviso, y para mi sorpresa, a otro tipo de movimiento, esta vez circular, frotando intensamente mi pene contra sus paredes, acrecentando la pasión y mi excitación. Imagino que, aunque ella no sabía realmente qué es lo que hacía, su cuerpo sí, albergando algún tipo de recuerdo del que no era consciente y, si no, entonces Ana era un auténtico portento. Poco a poco, se iba apoderando de mí, de mi cuerpo, montándome como si de una excelente amazona se tratase, provocando que el que ahora convulsionara de extrema satisfacción fuera yo. Ya no sabía dónde poner mis manos, si en sus caderas, acompañando sus movimientos, o en sus pechos. Lo quería todo, quería más. Y cómo si de algún modo me entendiese, empezó a moverse enérgicamente combinando entre sí todos los movimientos anteriores. No podía parar de retorcerme de gozo, de emprender un viaje hasta los confines de la más maravillosa de las locuras entregándome por completo a ella, implorándole que no se detuviese mientras gemía como jamás lo había hecho, escuchándola también doblegarse ante el delirio más absoluto. Y fundiéndonos en uno tras una plena compenetración, alcanzamos conjuntamente la culminación más acojonante de nuestras vidas. Nuestros aliados, los truenos, ensordecían el más mínimo ruido camuflando a la perfección los gritos resultados de nuestra acabada demostración de amor. Tumbé a Ana encima de mí, girándola a continuación hacia un lado para que estuviera más cómoda y pudiera recuperarse, ya que en esta ocasión el trabajo y mérito había sido todo suyo. La observé con detenimiento respirar y, viendo que casi lo hacía ya con normalidad, le dije:

—Eh, preciosa, ¿estás bien? —le pregunté sin poder apartar mis manos de su suave y tersa piel.

—Sí, ¿y tú? ¿Te ha gustado? —me preguntó con ese temor que ya la caracterizaba.

—Decirte que me ha gustado sería quedarme demasiado corto. Sé que en estos momentos es cuando menos hay que decirlo, pero me es imposible no hacerlo. ¡¡Te amo!! —me reafirmé viendo como su mirada se iluminaba a la vez que se perdía en el hipnotizante bailar del fuego.

—Aún no me creo el estar aquí contigo, entre tus brazos, ni tampoco que me ames… —insinuó expresando exactamente lo que yo sentía en esos momentos.

—Para serte sincero, a mí me pasa lo mismo, no dejo de pensar qué es lo que has visto en mí —le dije acariciando ahora su sonrojada carita—, jamás pensé que esto fuera a pasarme a mí. Tenía clarísimo que el amor nunca formaría parte de mi vida, es más, ya había perdido toda esperanza. Y, ahora, no puedo estar más feliz. Espero que a ti te pase lo mismo. —Mi corazón no se equivocaba y eso es lo que le quería transmitir.

—Por los escasos recuerdos que me vienen a la cabeza, sé que he vivido rodeada de mucho amor, pero te aseguro que no tiene ni punto de comparación con lo nuestro ni con lo que siento por ti. No sabía que podía existir un amor aún más profundo y bello como este.

Nos quedamos abrazados mirándonos a los ojos, absortos en el otro, los cuales hablaban por sí solos en un lenguaje en el que las palabras no eran necesarias:

—¿Cómo se pueden tener unos ojos tan espectaculares, Ray? —me dijo pegando su cabeza más a la mía.

—Son solo unos ojos de color verde, Ana, ya está —comenté no queriendo llevar el tema a mi físico.

—No, te equivocas, son mucho más que eso. Ojalá pudieras ver a través de ellos como lo hago yo. Los ojos son el espejo del alma, ¿lo sabías? —comentó dejándome perplejo, pues no se refería solo al color, sino a algo más profundo.

Entonces, denoté una cierta duda en su mirada, dándome la sensación de que había algo que quería decirme, pero que, por alguna razón, no se atrevía a hacerlo, hasta que por fin se animó a ello:

—Ray, hay una cosa que me ronda por la cabeza desde esta mañana —me dijo habiendo acertado con mi predicción.

—Dime, preciosa, ¿qué tienes? —contesté derretido aún por su manera de amarme.

—¿Por qué me has preguntado esta mañana por mis sentimientos hacia ti? —Pensé que con todo lo sucedido entre nosotros y las veces que te dije que eras muy importante para mí sería más que evidente preguntó buscando una plausible explicación.

—Pues, como verás, para mí no lo era tanto. Ayer, cuando me contaste lo de aquel amigo tuyo y lo que luego sucedió cuando te confesó que se había enamorado de ti, entré en pánico, dándole vueltas a la cabeza pensando en que si te decía que me había enamorado de ti y tú no lo estabas de mí, quizás actuarías del mismo modo, diciéndome de no vernos más —le confié, pues sentía que se lo debía—. La verdad es que he sido un cobarde echándote a los lobos preguntándote a ti primero, lo siento.

—Me parece que contarte lo de Tom no ha sido una buena idea. No quería confundirte con ello ni hacerte un lío —me contestó un tanto triste por lo que ese relato me había afectado.

—Soy yo, Ana, y mi puñetera inseguridad la que ha provocado que me comiera la cabeza. Tú no has tenido nada que ver —le dije apretándome lo más que pude contra ella, besándola, adorándola.

Al poquito, salí de ella para ir al baño, pues la naturaleza me llamaba. Estábamos tan ensimismados con lo nuestro que ninguno de los dos nos habíamos percatado de que se había ido la luz. Para Ana fue un alivio, pues verme desnudo la ponía muy nerviosa, al igual que a la inversa, enseguida se tapaba, lo que me hacía muchísima gracia. Había recorrido su cuerpo ya varias veces y acababa de tenerla encima de mí exhibiéndose sin ningún tipo de decoro y permitiendo que disfrutara de ella sin límites. Pero así era mi chica, fuera de lo que significaba el acto en sí, se moría literalmente de vergüenza. A mi regreso, aprovechó también para ir al baño y taparse. Tuvimos suerte porque no habían pasado ni dos minutos cuando alguien llamó a la puerta. Era el dueño que nos traía velas y suministro de provisiones por si teníamos hambre y queríamos tomar algo. Al parecer, habían preparado todo un banquete, para que los huéspedes allí alojados no tuviéramos que salir, de bocadillos, algo de picar, surtido de bebidas, fruta y dulces.

La tormenta no paró en toda la noche, impidiendo que pudiéramos irnos a dar una vuelta. También era mala suerte la nuestra al pasarnos la primera vez que nos escapábamos. Me preocupé al principio, pero al ver que Ana disfrutaba estando juntos sin darle la más mínima importancia, esa preocupación se fue disipando. Aprovechamos el tiempo para hablar y conocernos un poco más, revelándome que el lunes tenía una entrevista definitiva en aquella empresa que tanto le gustaba, encontrándose muy emocionada como nerviosa al mismo tiempo. Le dije que estarían locos si no la cogían y no fue por decir, era lo que creía. Cenamos y nos fuimos a dormir temprano, ya que la tensión del día había hecho mella en los dos. Ana fue la primera en caer en un profundo sueño, pudiendo aprovechar para mirarla en detalle mientras dormía. No sé cómo ni por qué una imagen de ella con nuestro hijo entre sus brazos cobró vida en mí ya trastornada mente. «Por dios, Ray, para un poco el carro», dije para mis adentros, si se entera de todo lo que planeas con ella en tu dura cabecita casi sin conoceros, saldrá huyendo. Me abracé a ella con fuerza cayendo yo también en el más dulce de los sueños.

44

Nos despertamos temprano. La tormenta había pasado y un magnífico sol daba paso a un nuevo y esperanzador día. Abrir los ojos y encontrarme con su precioso rostro era prodigioso. Nos arreglamos y bajamos a desayunar. Queríamos aprovechar el día lo máximo posible para hacer alguna cosa más, teniendo en cuenta que luego teníamos dos horas de camino para llegar a casa, y cuanto más nos demoráramos, más tráfico nos pillaría. Después de despedirnos y dar otra vuelta por el pueblo, decidimos recoger e irnos. La idea era regresar e ir parando donde más nos apeteciera y así lo hicimos. Le insinué de escaparnos y desaparecer la semana entera solos los dos. Me miró divertida, aunque pensando un poco que se me había ido por completo la cabeza. Me dijo que ahora yo tenía un increíble proyecto entre manos que no debía de dejar por nada del mundo, ni siquiera por ella, a la vez que me afirmó que no me angustiara, pues nos iríamos en cuanto tuviéramos la ocasión. Ana siempre me anteponía a todo y eso me resultaba tremendamente cautivador. Por otro lado, tampoco se hacía a la idea de las pocas ganas que yo tenía de ir mañana al estudio. Y no me refiero exclusivamente al hecho de que ya nada iba a ser igual con la banda por culpa del maldito de Brian, sino a que el volver a la rutina significaba perderla. Haberla tenido a mi lado durante casi dos días enteros había supuesto la mayor felicidad de mi vida, sin contar, por supuesto, con el hecho de que me amara.

Continuamos el viaje parando después en otro pueblo, un poco más grande que el anterior y con algo más de gente, en el que nada más dimos un paseo y tomamos un aperitivo, debido a que los restaurantes estaban bastante llenos y a ninguno de los dos nos apetecía tanto barullo. Bueno, para mí hubo otro factor y es el de salir huyendo de allí, pues me estaba asqueando por momentos al comprobar la falta de respeto y decoro que un par de tías tuvieron hacia mi persona y la de mi novia, flirteando conmigo descaradamente dentro de un bar. Por supuesto que las mandé a la mierda, cogiendo a mi novia de la mano y haciendo «fu» como los gatos. La inocente de Ana intentaba calmarme pidiéndome que no me lo tomara tan a pecho, alegando que como soy muy guapo era normal que las mujeres me miraran. Y aun no resultándome agradable, estaba casi acostumbrado a que me mirasen, pero eso era todo, acabando ahí sus derechos. La libertad que algunas se permitían de avasallar mi integridad como persona es lo que no iba a tolerar. Estaba demasiado agitado e indignado maldiciendo sin control hasta que Ana, abrazándose a mí, comenzó a acariciarme el cabello de aquella extraordinaria manera de la que solo ella era capaz, pasándoseme de inmediato. Una caricia suya bastaba para aplacar a la bestia que llevaba dentro. Ya sereno y tranquilo, nos fuimos camino a casa. Faltando tan solo una media hora para llegar a la ciudad, nos detuvimos en un restaurante a pie de carretera, del estilo de los de los años setenta, que nos llamó la atención. El interior era curioso y agradable y, según Ana, pegaba mucho conmigo y con mi rollo de roquero. Comimos allí la mar de tranquilos, degustando sus deliciosísimas hamburguesas caseras y su especialidad en patatas fritas. Aunque nos tomamos nuestro tiempo para comer relajadamente y sin prisa, no nos demoramos demasiado, poniéndonos en marcha para llegar antes de la hora punta. Llevaba todo el día debatiéndome cómo decirle que se quedara conmigo a pasar la noche, pues no

quería que se fuera ni que durmiera en su casa, y menos después de la movida con Bailey. Tenía que darme prisa, ya que estábamos a punto de llegar, por lo que, reuniendo el valor, al fin le pregunté:

—Preciosidad, me encantaría que te quedaras esta noche conmigo y dormir juntos de nuevo —le dije tragando saliva a la espera de su respuesta.

—Pero mañana tienes que madrugar para ir a trabajar y yo tengo también la entrevista. Si me quedo, va a ser un trastorno, especialmente para ti —me comentó deseando que, por esta vez, no me tuviera tanto en consideración.

—No me importa, te lo aseguro. Estos días he estado pletórico contigo a mi lado y no quiero que se acabe… —pude decirle mientras el silencio acaparaba todo el protagonismo de la conversación.

—Podemos hacer una cosa, a ver qué te parece —continuó diciéndome, al fin—. Vamos ahora a mi casa, cojo mi coche y luego nos vamos uno detrás del otro a la tuya. Así mañana no hace falta que madruguemos de más para traerme de vuelta.

—No hace falta que te vayas cuando yo. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, aunque yo no esté —le dije emocionado y decidido a hacerle entender que ahora mi casa era la suya también.

Así que, tras esa conversación, paré primero en su casa y, cogiendo Ana su coche, nos dirigimos finalmente a la mía. Se me hacía un poco raro ir por separado, pero, pensándolo fríamente, era lo más acertado teniendo en cuenta que con ella en casa se me iban a pegar las sábanas más de lo habitual. Al llegar, dejé que entrara ella primero y aparcara para, a continuación, hacerlo yo. Nuestras caras repletas de felicidad lo decían todo. Cada vez me quedaba más claro que ninguno de los dos quería estar sin el otro. Dejamos las pocas cosas que nos habíamos llevado encima de la cama y, poniéndonos cómodos, nos fuimos a ver la tele y a relajarnos un poco. Al final los dos nos echamos un breve sueñecito que para mí resultó ser una auténtica pesadilla, dándome por soñar con el episodio tan desagradable vivido con las dos tías esas en aquel puñetero bar y destapando debido a ello viejos demonios que pensé que estaban más que enterrados y que amenazaban con robarme toda mi paz y mi felicidad. Me levanté sobresaltado mirando a Ana que dormía plácidamente ajena a toda esa mierda que aún llevaba dentro de mí y que para mi pesar no estaba seguro de si algún día sería capaz de liberarme. Me seguía aterrorizando pensar que, al enterarse de mi pasado, pudiera acabar rechazándome o, peor aún, odiándome por ello. No podía arrepentirme más de haber decidido llevar ese estilo de vida, odiándolo tanto o más de lo que ya me odiaba a mí mismo. Nadie tenía la culpa, excepto yo. Me levanté para beber un poco de agua, pues tenía la garganta completamente seca. Necesitaba alejar de algún modo esos pensamientos de mi cabeza, por lo que me metí en el estudio a tocar un poco. Era la única manera de desconectar y la que, hasta ese momento, siempre me había funcionado. Al alzar la mirada una de las veces, vi a Ana observándome al otro lado de la puerta. Con mi mano, le hice un gesto para que entrara. Le pregunté por qué no había pasado, contestándome que no quería molestarme ni tampoco invadir mi intimidad. Me quedé alucinado con tanta consideración, pero eso no era lo que yo deseaba. Así que, dejando la guitarra y cogiéndola de la cintura para sentarla en mis rodillas, le dejé bien claro que ahora mi intimidad también era la suya, al igual que el resto de la casa. Si en algún momento necesitaba estar solo para grabar, se lo diría, aunque eso sería lo único, pues ansiaba compartir con ella hasta el último detalle de mi vida. Estando en esa posición, se me ocurrió algo que podría gustarle. Cogí de nuevo la guitarra, colocándola delante de ella y haciendo que la agarrara con sus manos, puse a continuación las mías sobre las suyas para ayudarla a cogerla correctamente. Se las fui trasladando a través de las distintas cuerdas y partes de la guitarra para que la tocara como yo lo solía hacer, comenzando a

sonar bajo su total y absoluto asombro. Después de unas cuantas veces, la solté, animándola a que lo hiciera ella sola. Empezó a tocar los acordes ensayados casi a la perfección, dejándome estupefacto. Y, aunque en verdad estos habían sido muy sencillos, para haber sido la primera vez, había estado fantástica. Retiré la guitarra permitiéndole relajarse. Cuando la abracé nuevamente, noté que su cuerpo temblaba y, al preguntarle por qué, me confesó que de la emoción. La giré hacia mí, percibiendo un maravilloso brillo en sus ojos, así como una total adoración por mí y mi «don». Ver resplandecer su rostro de aquella manera me llenaba el corazón. Me acerqué lentamente buscando sus labios, su boca, a ella. Nuestro beso se fue tornando en auténtico deseo y pasión. Mis manos, que hasta ese momento la agarraban fuertemente, comenzaron a desnudarla, quitándole mi camiseta que usaba a modo de pijama, dejándola en ropa interior. A continuación, una de ellas fue directa a su vagina, masajeándosela a través de la fina tela de su braga e introduciéndose después dentro de ella con el fin de sentirla plenamente. Notándola muy excitada y húmeda, nos levantamos por un segundo para desnudarme yo, volviendo a sentarme lo más rápido que pude. Tiré hacia abajo de sus braguitas e hice que se sentara sobre mí. Quería hacerla mía allí mismo, en mi estudio, en el lugar que siempre había considerado sagrado. Con cuidado y cautela, se introdujo mi miembro, y tras comprobar que todo estaba bien, volvimos a amarnos sin prisa, disfrutando, sintiendo cada roce, cada movimiento. Amenazado por tanta excitación y dicha posición, la agarré y, levantándonos sin separarnos, nos deposité sobre el sofá, quedando yo encima suyo. Inicié un desplazamiento con mi cuerpo, entrando y saliendo sin llegar a su totalidad en ninguno de los dos casos, provocando la desesperación de Ana que se retorcía ansiosa por sentirme al completo dentro suyo. Qué decir, que percibirla así subió mi nivel de excitación por las nubes, teniendo que detenerme de lleno para no fastidiarla. Aun así, estando quieto dentro suyo, comencé a notar como algo se apoderaba de mí, arrastrándome hacia sus adentros. Atraído cual metal a un imán, y situado al borde de un exquisito abismo del que no deseaba escapar, me introduje profundamente en ella, recibiéndome de manera tan plena que ya no pude parar. Nuestros cuerpos vibraron al mismo son regocijándose con cada ida y venida, con cada rozamiento para alinearse en un impresionante orgasmo que nos dejó a ambos totalmente extenuados. Después de recobrar el aliento, nos vestimos y regresamos al salón. Pedimos algo para cenar, ya que, para no variar, no había demasiado en la nevera, tan solo los restos de lo que había comprado el viernes por la noche. Mientras yo efectuaba el pedido, Ana sacó su teléfono, el cual llevaba apagado desde el sábado al mediodía, encendiéndolo y comprobando con alivio que no había recibido ninguna llamada ni mensaje desagradable. Cenamos de forma relajada el menú chino que habíamos pedido, recogimos y nos semitumbamos abrazados en el sofá para ver un poco la tele. No podía concentrarme en la película que estábamos viendo, pues mi mente estaba distraída pensando en lo feliz que era, en la mujer tan excepcional e inigualable que tenía entre mis brazos y, cómo no, en todas las ocasiones que habíamos hecho el amor. Sinceramente, no sabría decir en cuál de todas aquellas ocasiones había estado más pletórico, ya que todas poseían un significado diferente; lo que sí que sabía es que en cada una de ellas mi preciosa chica me había hecho sentir cosas completamente distintas y especiales.

—¿En qué piensas? —me preguntó al sorprenderme observándola sin tan siquiera parpadear en repetidas ocasiones a través de mi reflejo en el televisor.

—En la suerte que he tenido de encontrarte. ¡Eres mi vida, Ana! —le dije no creyéndome merecedor, pero sinceramente agradecido por ello.

—¡Y tú eres la mía, Ray! —me dijo mirándome con tanto amor que no necesitaba más en ese momento para estar pleno.

Nos besamos con auténtica veneración del uno por el otro, haciendo otra vez el amor, aunque esta vez no con el cuerpo, sino con nuestras bocas. No quedándome la menor duda de que así lo habíamos estado haciendo desde nuestro primer beso. Apagamos la tele y nos fuimos a la cama, puesto que ya era tarde y al día siguiente había que madrugar. Nos dormimos pronto, aunque yo me desperté en dos ocasiones un tanto agitado al soñar esta vez con Brian y la que me montaba al verme en el estudio.

45

La alarma del móvil marcó el inicio de una nueva semana, la cual cambiaría por completo mi vida. Nos levantamos, nos duchamos y, después de despedirnos como si me fuera a la guerra: beso tras beso, nos fuimos cada uno hacia nuestros respectivos quehaceres. Había sido el fin de semana más espectacular de mi vida teniéndola todo el rato completamente para mí, echándola ya de menos sin tan siquiera haber pasado ni unos segundos. No le había contado nada de mi inquietud con respecto a lo que me iba a encontrar nada más llegar al estudio y, aunque no quería tener secretos para ella, no lo haría hasta saber qué es lo que sucedería. Llegué a la misma hora de siempre con la intención de que todo fluyera en la más estricta de las normalidades. Podría decirse que estaba un poco en tensión, ya que sabía a través de John que nos había visto, no solo irnos juntos, sino también besarnos cuando salimos el viernes del *pub*. Entré saludándole, extrañado de que ya estuviera allí, pero imaginándome la razón de ello, y luego a Matt, el cual me devolvió el saludo, aunque un tanto serio. A punto de verme cara a cara con Brian, llegó Rave haciendo caso omiso al talante de ambos, pues era lo habitual en los dos. Dejé mis cosas y cogí la guitarra, dispuesto a comenzar el día. Brian expulsaba rayos por los ojos cuando nuestras miradas se cruzaban. Sabía que no iba a decirme nada estando los otros delante, era demasiado cobarde, lo que sí tenía claro es que no iba a consentir que me tratara de esa manera; si quería decirme algo, por lo menos que tuviera los huevos de hacerlo. Resultó que comenzamos y no dijo ni mu. El tiempo pasaba y su mal humor y trato hacia los demás empeoraba por momentos. No iba a esperar a generar más mal ambiente, así que al final le pinché directamente, ya que, si tenía que pasar algo, mejor ahora que más tarde:

—¿Tienes algún problema, Brian? —le solté hasta los mismísimos de ver lo que le estaba haciendo a los demás por mi culpa.

—Sabes perfectamente que sí que lo tengo, así que no me vengas con esas. —me dijo en un tono déspota absoluto—. ¡Eres un grandísimo hijo de puta, Ray! Todo este tiempo has estado ocultándome que salías con Ana, permitiendo que me pusiera en ridículo cuando intentaba ligar con ella. ¿Y por qué ella? No es tu tipo. Me la has robado, maldito cabrón —terminó gritándome fuera de sí, lo que atrajo al resto, permitiendo que se enterasen de todo, siendo en realidad lo que yo buscaba.

—¿Perdona? Yo no te he robado a Ana, ya que no se puede robar lo que no es de uno. Me enamoré de ella nada más verla e hice todo cuanto estuvo en mi mano para que saliéramos. A lo mejor es lo que deberías de haber hecho tú si tanto te gustaba. Y te recuerdo que todo esto ha sucedido gracias a ti, pues tú insististe en que fuéramos al *pub* —le solté alterado, pero sin llegar a gritarle.

—¿¿Enamorado tú?? Venga, no me hagas reír, si ni tan siquiera sabes qué es eso. Tú solo quieres follártela y aprovecharte de ella hasta que te canses o se te cruce otra que te convenga más. Esas son tus verdaderas intenciones, ¡confiésalo! —volvió a decirme más agresivo que nunca.

Cuando dijo eso, me lancé hacia él, le cogí del cuello y le obligué a retirar lo que había dicho. A punto de partirle la cara, John y Rave me sujetaron y contuvieron, haciéndome ver que no merecía la

pena, y menos por un personaje como él. Me retiraron a un lado mientras yo continuaba echando pestes por la boca y, ahora sí, a grito vivo:

—¡¡No tienes ni puta idea de lo que dices, no me conoces ni sabes nada de mí ni de mi vida!! No voy a justificarme por nada relacionado con Ana, que te quede bien claro. Ni te imaginas lo que sentimos el uno por el otro: soy suyo completamente, mi alma, mi corazón y todo lo que soy le pertenecen. ¿Y sabes lo que más me molesta de todo esto? Que pienses que ella se dejaría engañar por, como tú dices, alguien como yo, que es solo mera fachada. Ana es demasiado lista y jamás se hubiese involucrado si mis sentimientos por ella no fuesen verdaderos. Al contrario que tú, ella se ha preocupado y ha sido capaz de ver más allá de mi físico —continué gritándole sin que se bajara de su trono.

—Eso es lo que tú dices. Tienes mucha escuela y ella es demasiado ingenua para verlo. Si fuese como tú dices, no os hubieseis escondido, os habéis estado riendo de mí —dijo asqueado de mis palabras y mi presencia.

—La verdad duele, ¿eh? Que sepas que tengo el mismo derecho que cualquiera a ser feliz. Yo la amo y ella a mí. Lo siento por ti, Brian, pero es lo que hay. Y para que quede claro, no, clarísimo, lo oculté y nos escondimos por ti y por las posibles consecuencias que habría con la banda cuando te enterases, jamás nos hemos reído de ti —le contesté más que harto de esa situación—. Pues bien, ahora que estáis todos aquí presentes, aprovecharemos para hablarlo. Sabéis lo que este proyecto y la banda significan para mí, le he puesto todo mi corazón y tiempo, pero si mi presencia no es grata por el hecho de amar a alguien y no querer renunciar a ello porque otro miembro no esté de acuerdo, dejaré el grupo. Estoy seguro de que encontraréis otra voz. Creerme que siento profundamente que mi vida privada interfiera y afecte a la banda. Lo que sí os digo es que Ana es mi vida, mi mundo, mi universo y, si tengo que elegir, la elegiré a ella, sin lugar a duda —necesitaba ser lo más sincero posible con ellos, al fin y al cabo, sentía que se lo debía.

—Gracias por tu aclaración y tu preocupación, Ray. Que sepas, y me atrevo a hablar por la mayoría de nosotros, que te entendemos y que, excepto Brian, ninguno de los aquí presentes pretende nada semejante. Todo lo contrario, tenemos que agradecer a Ana su influencia en ti, ya que, desde que estás con ella, has pegado un cambio de ciento ochenta grados y, lo mejor, para bien. Todo fluye, has hecho que volvamos a conectar y nos compenetremos como al principio. Y, por lo que a mí respecta, me alegra que seas feliz. Te lo mereces —comentó Rave sorprendiéndonos a todos, pues no era muy dado a expresar sentimientos tan abiertamente ni a entrometerse, aunque, claro, esta vez le incumbía a él también.

—Gracias, Rave, pero entonces explicarme cómo lo hacemos —dije agotado y sin más ideas que aportar. Irme yo era lo único que se me había ocurrido.

—No lo sé, pero tendréis que encontrar la manera de llevaros, si no bien, por lo menos, lo mejor posible —comentó Rave sin aportar ninguna solución válida.

—Os prometo que pondré todo de mi parte. Y, hasta que encontremos una solución, propongo turnarnos e ir grabando los temas por partes, para que Brian y yo no coincidamos o, si no, hacerlo lo menos posible —sugerí siendo lo primero que se me vino a la cabeza.

—Yo pienso que debería de ser Brian el encargado de plantear una solución, a fin de cuentas, es él el que tiene un problema. O plantearse dejar la banda si ya no está a gusto… —propuso John metiendo el dedo en la llaga, pero llevando la razón por completo, aunque no era lo que yo realmente deseaba.

—Me parece que habría que someterlo a votación o algo así, no sé… —dije viendo que John se venía arriba, calentando más el ambiente.

La situación se había vuelto por un momento insostenible y, siendo consciente John de que la había liado más con su desafortunado comentario, propuso hacer una pausa para darnos un respiro:

—Ven, Ray, vamos a tomar un café y que el resto lo sopese. Ya sabéis de parte de quién estoy. Que un niñato como este se enfurruñe por una chica con la que no ha tenido absolutamente nada y quiera arruinar el futuro de la banda, y todo por rencor, no merece ni mi respeto ni mi apoyo —soltó a modo de bomba.

Agarrándome del hombro, nos fuimos hacia la máquina de café, donde, al llegar, respiré hondo en un intento de recobrar de nuevo mi paz interior. John me miró y, comprobando que estábamos solos, me preguntó:

—Bueno, casanova, cuenta, ¿qué tal tu escapada? ¿Y qué tal la vida con novia? —Se notaba que se lo estaba pasando en grande aun habiendo ocurrido la movida anterior.

—Hemos estado tan increíblemente bien que hasta le propuse fugarnos juntos y dejar atrás toda esta mierda —le dije dando un sorbo a mi café y porfiando que, si me hubiera dicho que sí, de seguro hoy no estaría aquí.

—Te creo, colega. Así que ha sido un fin de semana idílico, qué suerte. —Eso era lo que él se creía.

—Por nuestra parte y en cuanto a nuestros sentimientos, sí, pero han pasado cosas… —confesé recordándolas con cierta amargura.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —preguntó muy sorprendido.

—Por dónde empiezo… Cuando al fin estábamos disfrutando después de habernos declarado, su compañero Bailey la llamó poniéndola a caldo por haber pasado la noche fuera de casa. Y no solo eso, cuando fuimos a su casa a cambiarse y coger un par de cosas para el finde, arremetió contra los dos, insultándome y diciéndole más o menos lo mismo que Brian a mí hace unos instantes. Ana le metió tal rapapolvo que le puso no solo en su sitio, John, sino que incluso le dijo que o me respetaba o le echaba de casa. Se armó una buena sintiendo muchísimo el disgusto que la pobre se llevó. En resumidas cuentas, que yo tengo una movida aquí con Brian y ella tiene la misma, pero con su compañero de piso, a que mola, ¿eh? —le comenté acabándome el café y sin querer hablar más del tema.

—Pues vaya jodienda. Pero tú y ella fenomenal, ¿no? —Como el buen amigo que era, realmente deseaba saber que eso no nos había afectado.

—Más que eso, no sabría cómo explicarte lo que me hace sentir. Estos días en mi casa, ahora también la suya, durmiendo juntos, de viaje, compartiendo cada momento… Hasta nos hemos amado en mi estudio. No puedo ser más feliz —le expliqué con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vamos a ver si lo he entendido bien, la has llevado a tu casa, cosa que no has hecho nunca, ha dormido contigo en tu cama, otra cosa que jamás has permitido, y, para rematar, habéis hecho el amor en tu estudio, el lugar más sagrado para ti en todo el mundo —enumeró asombrado.

—Sí. —No sabía a dónde quería ir a parar.

—Ahhhh…, ¿quién eres tú y dónde está Ray? —preguntó recibiendo un empujón de mi parte.

—Eres idiota, ¿lo sabías? —le dije verbalizando mi acto.

—¡Joder, Ray! Estás mucho más que enamorado, qué coño, enamoradísimo de esa chica —dijo mirándome alucinado por ello.

—Pero si ya te lo dije el sábado por la mañana. ¿Pensaste que estaba de coña o qué? —le pregunté pensando que, a estas alturas, ya le debía de haber quedado más que claro.

—No, de coña, no, pensé que estabas e-n-c-o-ñ-a-d-o, aunque ya veo que estaba equivocado —me contestó devolviéndome el empujón y soltando una carcajada.

—Qué gracioso que eres. Pero sí que llevas un pelín de razón en eso —le confesé—. Soy adicto a ella, a su cuerpo, a su cueva… Y ya no diré más —terminé por decirle.

—Pedazo granuja eres. Molaría contárselo a Brian, le daría un infarto, ja, ja, ja.

Tiramos los cafés y volvimos a la sala en donde todos nos estaban esperando ya un poco más calmados. Al final decidimos optar por probar durante esa semana con mi estrategia de turnarnos hasta encontrar otra solución o bien que Brian dejara de lado su rencor pudiendo trabajar más o menos como hasta entonces lo llevábamos haciendo. Él se fue durante unas horas, dejándome a mí grabando las partes acústicas de guitarra y voz, para regresar después de comer. Justo después de que se fuera, y estando más calmado para que no intuyera que algo me pasaba, hablé brevemente con Ana. Y, aunque no me gustaba la idea de ocultarle nada, no quise contarle nada de lo sucedido con Brian, ya que sabía con seguridad que se disgustaría, además de sentirse culpable y, sobre todo, responsable de mis problemas con él. Ya tenía suficiente con la conversación que aún tenía pendiente con Bailey, la cual tuvo que posponer, según me dijo, debido a que tenía la entrevista y a que el susodicho no había hecho acto de presencia por la casa durante toda la mañana. Los dos debíamos lidiar con unas situaciones que ni siquiera habíamos provocado deliberadamente, pero que opacaban nuestra felicidad. Despidiéndome de ella, nos pusimos manos a la obra para adelantar todo lo que pudiésemos. Mientras cantaba, comencé a notar cierto picor en la garganta al que no le di demasiada importancia, ya que pensaba que había sido debido al levantamiento de voz al gritarle a Brian. Tras intensos ensayos, paramos a comer. Llamé de nuevo a Ana para saber qué tal le había ido la entrevista, comentándome que se la había realizado, para su sorpresa, la directora de la empresa a la que ella tanto admiraba, debido a que la mujer de recursos encargada de entrevistarlas había caído enferma esa misma mañana. Sus sensaciones eran buenas, aunque ahora tocaba esperar a ver por quién se decidían, pues había otra candidata optando para el puesto. Rápidamente, y sin entrar en detalles para no entretenerme demasiado, me comentó también que había hablado finalmente con su compañero, al cual le había dado un ultimátum: o respetaba la relación o tendría que echarle. Nos despedimos quedando en que luego nos veíamos y hablaríamos con más detenimiento. Al volver de comer, estuve con los chicos solo una hora más. Brian apareció y yo me fui. Me hubiera gustado ir derechito a ver a mi chica y pasar toda la tarde con ella, pero estaba seguro de que se iba a mosquear y quería mantenerla al margen todo el tiempo que me fuera posible. Así que me fui a casa y me eché un rato. Me desperté siendo cerca de las seis de la tarde. Le mandé un mensaje diciéndole que saldría un poco antes de lo habitual, por si le apetecía que nos viéramos y, faltándole tiempo para decirme que sí, me arreglé nuevamente y me fui a buscarla. Pasamos toda la tarde juntos hablando de su entrevista y de cómo se había tornado su charla con su compañero. Apurando hasta el último momento, ya que no quería separarme de ella, le dije que se viniera de nuevo a casa a pasar la noche, contestándome esta vez que mejor lo dejábamos para otro día. En circunstancias normales, habría intentado convencerla de que se quedara, pero sabía que estaba un poco estresada con lo de Bailey y, además, había recibido un mensaje a última hora de la tarde convocándola a las ocho de la mañana en la empresa donde hoy había tenido la entrevista. Así que, muy a mi pesar, me despedí de ella y volví a mi piso. Al entrar, experimenté una escalofriante sensación de vacío, recordándome todo a

ella. Su aroma se extendía por todos los rincones, habiendo quedado impregnado en cada una de las estancias. La llamé como de costumbre para decirle que había llegado bien y para desearle buenas noches. Sabía que había notado algo extraño en mí, aunque imagino que no me preguntó pensando que sería por no haber querido quedarse aquí esta noche. Cansado de tanta agitación, decidí irme a dormir. Al meterme en la cama, aquellas sábanas que tan solo hacía un día habían sido cálidas y acogedoras, ahora eran todo lo contrario, extremadamente frías y para nada confortables. Me giré visualizándola por unos breves segundos allí tumbada frente a mí, sonriéndome hasta que su imagen se disipó por completo dejándome desolado. Agarré su almohada e, inhalando la esencia que había dejado en ella, me dormí.

46

Me desperté a la misma hora de siempre, a pesar de que hasta las doce no tenía que ir al estudio. Había pasado una noche de mil demonios. La garganta había estado picándome incesantemente, provocando que tosiera cada dos por tres, y esto, sumado a su ausencia, impidió que descansara en condiciones. Empecé a mosquearme un poco con el tema de mi faringe, pues entendía que no le había gritado tanto a Brian como para que se me hubiera irritado de aquella manera. Me duché, le di los buenos días a Ana a sabiendas de que no me podría contestar en ese momento y me fui a desayunar. Llegué puntual al estudio, donde mis colegas ya me estaban esperando. Era consciente de la situación tan difícil y desagradable que se había originado, pero no sabía qué hacer al respecto. El resto de los compañeros fueron muy respetuosos limitándose exclusivamente a trabajar, reservándose los comentarios y opiniones, si es que los tenían, para ellos. Tras dos horas de grabación, mi garganta se encontraba mucho más que resentida, y, en su defecto, mis cuerdas vocales, impidiéndome casi cantar. De algún modo, había cogido frío el día de la tormenta, recordando las sabias palabras de Ana insistiéndome en que me secara a fondo, muy preocupada por si llegaba a ocurrir esto mismo. En vista de los nuevos acontecimientos, decidimos emplear el resto del tiempo que me quedaba de estar por allí para tocar las partes correspondientes de guitarra. Cuando terminé, me fui a casa y, enviándole un mensaje al amor de mi vida, me metí en la cama para ver si conseguía ponerme decente. Por la tarde, recibí una llamada de John para ver cómo me encontraba y para comentarme que mañana temprano nuestro mánager iba a pasarse por allí, significando que debíamos estar en el estudio todos juntos sin excepciones. Ya recuperada parte de mi voz, por lo menos en lo que el habla se refiere, llamé a Ana, la cual me había dejado unos cuantos mensajes que no vi al haberme quedado completamente dormido. Le dije de quedar, aunque aún me encontraba un poco cansado, ofreciéndome esta vez venir ella hasta aquí, ya que tenía que hacer un par de cosas por la zona, lo que le agradecí en gran medida. Cuando entró por la puerta y vio mi cara, supo que me pasaba algo. Al besarme, comprobó que estaba muy caliente e, inmediatamente, me mandó que me fuera al sofá, me relajara y me tapara con una manta. Se fue a la cocina, sacando unas cuantas cosas que había comprado a sabiendas de que, habitualmente, yo no tenía nada en casa de comer, para preparar algo de merendar. Quise ayudarla en varias ocasiones, pero no hubo manera, insistiendo en que debía reposar. Le contesté que estaba exagerando, que lo único que me ocurría era que me encontraba muy cansado, pues estos dos días en el estudio habían sido un tanto complicados, aparte de que no había dormido en condiciones. Y, dándome el beso más dulce del mundo entero, me dijo que no con la cabeza, volviendo a la cocina para terminar de prepararlo todo. De repente, un aroma a chocolate comenzó a invadir todo el piso. En tan solo unos minutos apareció con dos tazas, con un *coulant* de chocolate recién calentado y unos dónuts. La miré abrazándola con absoluta adoración por el hecho de que se hubiera tomado tantas molestias yendo comprar y habiéndolo preparado todo únicamente para agasajarme. No sé cómo lo hacía, pero, de alguna manera, intuía que no me sentía bien, no siendo esta la primera vez que ocurría. Merendamos tranquilamente sentándome fenomenal, sobre todo el chocolate caliente, que me vino genial para el

dolor de garganta que ya tenía, aliviándome por completo. Le volví a ofrecer el que pasara la noche conmigo, pero de nuevo rechazó mi ofrecimiento, pues otra vez tenía que presentarse temprano en la empresa para firmar los papeles. Al oír esto último, me quedé un poco en babia, hasta que caí en que ni siquiera le había preguntado por la razón de su visita esta mañana:

—Preciosa, perdóname, he estado tan absorto durante todo el día que no me he acordado hasta ahora que lo has mencionado, ¿qué papeles son los que tienes que firmar? —le dije muy decepcionado de mí mismo, pues sabía que esto era muy importante para ella y ni siquiera había tenido el decoro de preguntarle.

—Tranquilo, no pasa nada —me dijo pasando su mano por mi cabello—. ¡¡Me han dado el puesto!! —comentó emocionada elevando tan solo un poco su tono de voz para no molestarme.

—¡Enhorabuena, mi vida, es fantástico! Me alegro muchísimo por ti —alcancé a decirle mientras la abrazaba fuertemente, helándoseme por un segundo la sangre.

¡Cómo se podía ser tan despreciable! Algo tan increíblemente importante para ella y ni siquiera me había acordado. No se merecía esto, siempre estaba pendiente de mí y yo, en cambio… Imaginé su exaltación al recibir la noticia y después su decepción al ver que su novio se olvidaba por completo de preguntarle. Abrazados aún, volví a disculparme. Me miró con sus espectaculares ojos marrones y, besándome suavemente por toda la cara como si fuera de porcelana y tuviera miedo de romperme, me aseguró que no pasaba nada. Aclarado el tema, pero sin acabar de sentirme mejor, nos tumbamos, quedándome dormido como un bebé. Una dulce voz me despertó pasado un rato. Miré a través de los ventanales, viendo cómo ya se había hecho de noche. Ana tenía que irse a casa, pero no antes de insistir en que comiera un poco de lasaña que me había traído para cenar y, a continuación, me metiera en la cama. Por una vez, y para no entretenerla más, pues no me gustaba que condujese tan tarde, la obedecí sin rechistar. Ya acostado, se despidió de mí y, dándome un mágico beso de buenas noches, se fue.

La puñetera alarma de mi móvil me despertó pegándome un susto de muerte. Había dormido del tirón, estando seguro de que había sido por los maravillosos cuidados recibidos de mi preciosa novia. Me arreglé y, tomando un rápido desayuno, salí hacia el estudio. Llegué temprano, topándome de bruces con mi querido compañero. En la gélida habitación, donde solo nos hallábamos los dos, el ambiente podía cortarse con un cuchillo. Así era, y fue en lo sucesivo, desde que Brian había descubierto que estaba saliendo con Ana y de que lo nuestro iba mucho más que en serio. Cuando llegaron el resto de los integrantes, el clima mejoró un poco, aunque se notaba a la legua de que algo no iba bien. Tuvimos suerte y Travis hizo, como se suele decir, la visita del médico, quedándose con nosotros solo lo imprescindible. Con el paso del tiempo, comencé a encontrarme mucho peor, teniendo que irme, pues estaba tiritando y empezaba a tener algo de fiebre. Puedo decir que la suerte estuvo de mi parte, ya que gracias a eso pude evitar el tener más encontronazos con Brian, el cual me buscaba en cuanto tenía la ocasión.

Ya en casa, llamé a Ana explicándole lo sucedido para que no se preocupara. Luego me desnudé y me eché en la cama. Me mandó un mensaje diciéndome que, en cuanto terminara con el resto de los papeleos, se pasaría por casa a verme. La tranquilicé lo mejor que pude y, deseando en verdad tenerla a mi lado, me quedé dormido. Pasado un buen rato, el timbre agudo del portero me sacó de mi sueño profundo. Como pude, me levanté y fui hacia la puerta para abrir. No sabía por qué, pero casi no me sostenía de pie, teniendo que apoyarme a mi paso en los muebles, así como en la pared al llegar para abrir. Cuando Ana entró por la puerta y me vio así, casi le da un ataque. Soltó velozmente

todas las bolsas que traía y, sujetándome con fuerza, me ayudó a volver a la cama. Empezó a tocarme la frente y a realizarme un chequeo. Luego me preguntó dónde tenía las llaves de casa, pues necesitaba ir a la farmacia a comprarme medicamentos. Indicándole dónde las podía encontrar, desapareció como un rayo volviendo a la misma velocidad. Me dio una pastilla junto con un gran vaso de agua y, poniéndome un paño húmedo en la frente, me dejó para que pudiera descansar mientras me preparaba algo de comer. No conseguí dormirme en ese rato, la garganta me mataba a modo de cientos de cuchillos que se hundían en ella clavándoseme al tragar, por no mencionar la tremenda tiritera y el frío que tenía. Pasado un rato, Ana apareció con un caldo de verduras y pollo casero que había preparado específicamente teniendo en cuenta cómo me había visto la tarde anterior. No permitió que me levantara, así que, incorporándome un poco en la cama, me lo dio al igual que si fuese un niño. Estaba tan calentito y rico que me calmó durante un tiempo. Antes de quedarme otro poquito dormido, oí como hablaba con Jeff informándole de lo que pasaba y comentándole que, hasta que no mejorase, se quedaría conmigo en casa. Os aseguro que no era así como lo deseaba, quería tenerla a mi lado, pero estando yo bien y no en estas circunstancias. Aguanté el día más o menos estable, siendo al caer la tarde cuando empeoré, subiéndome la fiebre a treinta y nueve. Como pudo, me levantó y me llevó hasta el baño proporcionándome una ducha tibia para intentar bajarme un poco la fiebre. Me secó rápidamente y, cambiándome de ropa, volvió a meterme en la cama poniéndome una bolsita de agua fría en la frente. Tengo vagos recuerdos de lo sucedido a partir de ese momento, puesto que deliraba y no era consciente de lo que pasaba a mi alrededor. Lo que sí sé es que la pobre no durmió en toda la noche pendiente de mí y de la fiebre. A la mañana siguiente, desperté con el cuerpo totalmente dolorido, similar a cuando un camión le pasa a alguien por encima. Al ir a incorporarme, me di cuenta de que estaba acurrucado sobre el pecho de Ana, la cual me tenía entre sus brazos, acariciándome constantemente sin apartar la vista de mí. En una de esas ocasiones, me pareció ver una luz cálida y brillante salir de ella, aunque, como ya he dicho antes, deliraba, dando por sentado que todo había sido producto de mi imaginación:

—Buenos días, ojazos, ¿cómo te encuentras? —me preguntó susurrándome cariñosamente.

—Mejor, preciosa, aunque me duele todo el cuerpo —le dije con la garganta aún resentida, pero sin tener esos cuchillos ya en ella.

—Es normal, has tenido fiebre durante toda la noche y no ha empezado a bajarte hasta la madrugada —contestó dejando de acariciarme y levantándose.

Dándome un suavísimo beso en los labios, se fue a la cocina a prepararme el desayuno. Así continuó el resto de ese día y de los venideros, colmándome de atenciones, mimos y cuidados. Dedicándose en cuerpo y alma a mí. Salía estrictamente lo justo para hacer las compras necesarias, pasándose las veinticuatro horas a mi lado. Me aplicó miles de remedios, tradicionales y caseros, ya que tenía muchos conocimientos de medicina que había ido recabando de cientos de libros debido a su anhelo de conocimiento sobre el cuerpo humano, pero, sobre todo, para entenderse a ella misma tras su accidente. Aunque lo que más me llamó la atención fue que, cada vez que me pasaba sus manos por la garganta y el pecho, notaba una especie de calor interno y una sensación de alivio que, por más que quisiera, no podría describir; tenía algo mágico en sus manos que no llegaba a comprender.

Con el paso de los días, y sintiéndome bastante mejor, mi deseo por volver a la rutina incrementaba, pero, por otro lado, no quería que se acabara, pues tenerla a mi lado día y noche conviviendo como pareja era algo que yo había deseado desde el principio con ella. No hubo sexo ni

nada parecido, pero durante todo este tiempo tuve la sensación de habernos estado amando sin parar. Esto me llevó a tenerlo más que claro, decidiendo que, cuando me pusiera del todo bien, le pediría que se viniese a vivir aquí conmigo. Y digo aquí porque, aunque no me importase vivir en su preciosa y hogareña casa, estaba el problema de tener que compartirla con Bailey y, sinceramente, yo no estaba por la labor, ya que yo tenía mi propia opinión sobre él y sus sentimientos hacia ella. Sabía a la perfección que estaba enamorado de Ana, se le notaba a la legua, y eso que era gay, pero hasta el momento no se había sentido amenazado porque ella nunca había sentido amor por nadie, ni siquiera por ese hijo de perra que intentó aprovecharse de ella, hasta que yo aparecí en su vida. Además, confundía el amor fraternal que ella sentía por él, con un amor romántico. Había otra opción que consistía en echarle de allí, pero sabía que Ana lo pasaría muy mal, por lo que mudarse aquí era lo mejor.

Ya estábamos a sábado. John me había llamado unas cuantas veces para saber de mí y ver cómo me encontraba, hablando solo con Ana, ya que yo no estaba en condiciones de hacerlo. Volvió a llamarme por la mañana, pudiendo charlar finalmente el uno con el otro. Lo primero que me comentó es lo encantadora que había sido mi preciosa novia al informarle de todo mi proceso, tranquilizándole y dándole las gracias por haber estado tan pendiente. También me puso al día de lo sucedido en el estudio y de cómo Brian había intentado manipularles para ponerlos en contra mía aprovechando mi ausencia. Me encendí de tal manera que hasta Ana percibió que algo pasaba. Desde luego que no le había dado resultado, pero actuar a mis espaldas sin estar presente para poder defenderme ya era el colmo y algo que no iba a permitir. Cuando llegase al estudio el lunes, y Dios, sabe que me dolía en el alma lo que iba a pedirles, mis compañeros tendrían que elegir: o él o yo. Colgué viendo a la mujer de mi vida observarme con carita de preocupación y tremendo cansancio, por lo que decidí tragarme mi indignación y centrarme en lo feliz que me sentía por tenerla:

—Mi vida, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí, tu manera de cuidarme, de curarme…, has estado absolutamente increíble —afirmé con pleno convencimiento.

—No tienes nada que agradecerme. Te amo, es lógico que cuide te ti, ¿no? —Solo ella era capaz de no darle la importancia que en verdad tenía.

—Ana, no sé qué hubiese hecho o qué hubiese sido de mí sin ti —le dije suspirando tanto de amor como de tristeza, viendo que, en breve, cuando ya estuviera recuperado, volvería a irse a su casa.

—¿Qué tienes, Ray? —me preguntó intuyendo que algo no iba bien y que no estaba relacionado solo con lo mal que me había encontrado, pues ya me conocía lo suficiente para saber que algo me pasaba.

—No se te escapa nada, ¿eh? Llevo ya dándole vueltas a una cosa y, bueno, lo mejor es que vaya al grano y te lo diga directamente. Mira, quiero que vivamos juntos, deseo tenerte a mi lado todo el tiempo, despertarme y acostarme viendo tu lindo rostro todos los días de mi vida, compartir el día a día como cualquier pareja. El vernos tan solo unas horas o solamente el fin de semana me sabe a poco, necesito más, quiero más —le dije sin tan siquiera pestañear para no perderme nada de su reacción.

—Ray, ¿estás seguro? Créeme que también es lo que yo más deseo en este mundo, pero tú has vivido siempre solo y yo no quiero llegar a ser una molestia para ti o que pase un tiempo y luego te arrepientas de tu decisión —me contestó cauta y entendiendo a dónde quería llegar a parar.

—Es cierto que jamás he vivido con nadie y que he amado mi soledad por encima de todo, pero, desde que te conocí y cuando te quedaste aquí a dormir por primera vez…, lo cambiaste todo —le

dije desnudándome por completo, refiriéndome a mis sentimientos más profundos—. El lunes y el martes estuve a punto de insistirte, pero tenías las entrevistas y luego estaba lo de Bailey y no quise ponerte en un compromiso. Al regresar a casa, sentí una sensación muy desagradable de vacío, haciéndome insoportable el estar aquí, ¿sabes? Entiendo y comprendo que te asalten las dudas, pero, créeme, ya no soy un niño y sé perfectamente lo que quiero. Siempre he sido una persona muy sensata y, jamás, excepto un par de veces en mi adolescencia, he tomado decisiones precipitadas. Así que, contestando a tu pregunta, ¡sí, estoy cien por cien seguro! La pregunta ahora es si lo estás tú —terminé por decirle poniendo ahora la pelota sobre su tejado.

—Si tú estás seguro, yo también lo estoy —dijo mirándome sin dar crédito a lo que mis oídos acababan de escuchar.

—Entonces, ¿eso es un sí? —necesitaba preguntárselo para escucharlo de nuevo por si le había entendido mal y para que no me cupiese ninguna duda.

—Sí, quiero que vivamos juntos —me contestó, lanzándome sobre ella, abrazándola fuertemente y comiéndomela a besos.

Madre mía, no solo había encontrado a la mujer de mi vida, sino que, además, iba a vivir con ella. Entonces surgió la pregunta con la que ya contaba: si mudarnos allí o aquí. Le afirmé que vivir con ella para mí era lo principal, dándome igual dónde, pero teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, compartía su casa, lo lógico sería que se mudara a mi piso. Al ver en su cara una cierta indecisión, le ofrecí también la opción de buscar otra casa, descartándola totalmente por su parte, pues yo ya tenía todo en mi piso refiriéndose más que nada a mi pedazo estudio. Le contesté que podía llevármelo y que no tuviera eso en cuenta. Sus siguientes palabras me conmovieron por completo al decirme que adoraba mi piso y lo que aquí había sentido. Tenía razón, en estas cuatro paredes nos habíamos amado por primera vez, confiriéndole así un lugar especial en nuestros corazones. Hablamos de que iría recogiendo sus cosas y trayéndolas poco a poco, pues se incorporaba ya el lunes a su nuevo trabajo y no tendría tiempo de hacerlo de una vez. Además, yo aún andaba convaleciente y no quería que me esforzara ayudándola el domingo, corriendo el riesgo de empeorar. Estábamos ambos tan ilusionados que, por un momento, se me olvidó el tema de lo ocurrido con la banda.

El resto del día me lo pasé durmiendo casi todo el rato abrazado a mi chica, pues a mi agotado cuerpo le costaba recuperarse, siendo sus brazos la mejor de las medicinas. Tan solo en dos ocasiones tuve un par de décimas febriles, encontrándome ya por la noche mucho mejor. Me apetecía cenar algo, indicándole este hecho a Ana que comenzaba a recuperar el apetito y de que, poco a poco, ya volvía a ser el de siempre. Lo tenía todo preparado, proporcionándome un festín de rica comida que al fin ya pude degustar. Después de eso, no tardamos en irnos a la cama, cayendo ambos rendidos. Estaba mucho mejor, desde luego, pues me desperté un par de veces en la noche empalmándome cada una de ellas al sentir su cuerpo rozando el mío. La pobre que, de alguna manera, estaba alerta me miró sin entender qué me pasaba. Le dije que estuviera tranquila y que me encontraba bien volviendo a dormirme.

47

Ya había amanecido cuando abrí de nuevo los ojos. Me desperté inquietándome al mirar hacia su lado y comprobar que no estaba, pasándoseme un momento por la cabeza que quizás todo lo vivido juntos no había sido más que un sueño, llegando a aterrorizarme al instante hasta que unos ruidos en la cocina me sacaron, gracias a Dios, de esa horrible pesadilla. Me levanté y fui al baño. Para mi sorpresa, casi no me dolían ni el cuerpo ni la garganta, la cual tenía fenomenal. El cansancio también había desaparecido en su totalidad. Tengo que decir que, durante el tiempo que duró mi malestar, lo pasé francamente mal y que no sé qué hubiese sido de mí sin sus cuidados; mi preciosa novia había tenido que ver mucho, o todo, en ello, consiguiendo que me recuperara sin quedarme ninguna secuela y en tiempo récord.

Cuando me asomé a la cocina y la vi allí preparando el desayuno, se me derritió el corazón y el alma. Ahora y en adelante, este sería un verdadero hogar, sintiéndome por primera vez en mi vida en casa: nuestra casa. El brillo en su mirada al verme aparecer hizo que me estremeciera de la emoción. La abracé y la besé de forma apasionada apretándome contra su cuerpo. Su comentario al decirme que le parecía que ya estaba mejor me hizo soltar una buena carcajada. Tenía razón, ciertas funciones que se habían aletargado durante el tiempo que estuve enfermo volvían a recobrar su vitalidad y sus ganas por…, ya me entendéis. Apartando ligeramente mis brazos de pulpo de su cuerpo, del que ya no me quería despegar, continuó haciéndome sus riquísimas tortitas. Con dulzura me invitó a sentarme, ya que en nada estarían listas. Había preparado zumo natural, montón de frutas y el café. Tras ponerlas en la mesa y darme un tierno beso en la frente, se sentó desayunando maravillosamente. Al mediodía hizo un par de llamadas: una a Jeff para comunicarle la decisión de venirse a vivir conmigo, el cual se alegró muchísimo por nosotros ofreciendo inmediatamente su ayuda para cualquier cosa que necesitáramos, y otra a su compañero Bailey, informándole que por la tarde se pasaría por allí para recoger unas cuantas cosas y hablar con él. Hasta entonces, pasamos un domingo tranquilo en el que, de alguna forma, al igual que Ana sentía que le ocultaba algo, yo tuve esa misma percepción en un par de ocasiones. Imagino que ambos esperábamos el momento adecuado para contarnos aquello que nos ocupaba la mente más de lo que queríamos reconocer. Cerca de las seis de la tarde, y a punto de irse a su casa para coger lo más necesario, volví a insistirle en acompañarla, contestándome con un no rotundo. Lo que menos necesitaba ahora era coger frío y que enfermara de nuevo. Me miró con ternura y, abrazándome, me aseguró que estaría bien y que no tardaría mucho en volver. Sabía perfectamente que mi preocupación tenía más que ver con lo que Bailey pudiera decirle o hacerle, así que se aseguró de que me quedara más tranquilo llamando a Jeff y pidiéndole que fuera a su casa para ayudarla antes de ir al *pub*. Al principio, sí que estuve un poco relajado, hasta que mi puñetera mente, al paso de las horas, comenzó a hacer de las suyas preguntándose: «¿Y si estaba tardando tanto porque la habían convencido de que era muy pronto, echándose por ello para atrás en su decisión de venirse a vivir conmigo? ¿Sería capaz de hacerme algo así?». Sacudí fuertemente la cabeza intentando quitarme esa porquería de pensamiento. Ana no había tomado la decisión a la ligera, de eso estaba seguro, por lo que, para distraerme y dejar de darle

vueltas a la mierda, aproveché para hacer hueco en el armario y preparar otras cosas, de modo que pudiera colocar lo que fuese que iba a traer. Busqué largo y tendido la otra llave para dársela en cuanto llegase. Cuando al fin la encontré, una sensación de felicidad y plenitud me invadió por completo disipando todas las dudas anteriores. Cerca de las ocho, llegaron ambos cargados con unas cuantas bolsas y una enorme caja que era, para mi grata sorpresa, la supermáquina de café que Ana tenía en su casa. Jeff me saludó y, dándonos su bendición, se fue velozmente, pues debía de abrir el *pub*. Lo primero que hice fue comprobar en qué estado venía la mujer de mi vida. Apartando las bolsas y sentándonos por un momento en el sofá, comenzó a contarme lo mal que le había caído la noticia de vivir juntos a Bailey. Estaba convencida de que reaccionaría pensando en que sería fantástico significando que ya no se iba a quedar en la calle, pero nada más lejos de la realidad. Se puso a despotricar de nuevo sobre mí, de mis intenciones y de que cuando quisiera darse cuenta yo ya le habría arruinado la vida. Arremetió también contra Jeff por permitirlo, el cual no toleró su falta de respeto hacia ninguno de los tres, y mucho menos hacia nuestra relación, echándole una buena reprimenda y poniéndole de una vez por todas en su sitio. Viéndose totalmente acorralado, y sin buenos argumentos a su favor, puso por último la excusa de que no se podía permitir pagar el alquiler y los gastos, ofreciéndole Ana que solo se hiciera cargo de lo último, al menos de momento, hasta que su economía mejorase. A continuación, comenzaron a empaquetar y coger lo más necesario, despidiéndose y saliendo por la puerta sin admitir ningún comentario más. No me lo había dicho, pero todo eso le había afectado de nuevo, lo veía en su triste mirada. Ana no estaba preparada para causar dolor a otras personas, aun siendo de forma totalmente involuntaria. Me reservaba unas cuantas palabras para Bailey, las cuales le diría en cuanto se me presentase la ocasión, ya que no le iba a permitir que le hiciera más daño. Eso se había acabado.

Instalamos la cafetera, tomándonos un riquísimo café para celebrarlo. La acompañé a la habitación y le mostré el hueco en el armario, diciéndole que colocase todo según le pareciera. Luego, como si de una gran sorpresa se tratase, le hice cerrar los ojos y extender sus manos, depositando las llaves del piso en ellas. Al abrirlos y verlas, se puso a temblar de la emoción abrazándose a mí con fuerza. Tras mantenernos un gran rato así, comenzamos a besarnos con fuego y pasión. La había echado muchísimo de menos y, aunque mi cuerpo no me había acompañado en ningún momento en estos días, mi mente inconsciente sí que se había encargado de recordarme lo enganchado que estaba a ella, no pudiendo quitármela del pensamiento ni de la piel, llegando a pasar a niveles insospechados. Sin tener que decirle que ya me encontraba bien, pues mi cuerpo ya se había encargado de ello por sí solo, hicimos el amor emulando como si de nuestra primera vez se tratase.

Después de tomar una ducha rápida, Ana se puso a colocar las cuatro cosas que se había traído para tenerlas listas al día siguiente. Aun viéndola allí organizándolo todo, seguía sin poder creerme que, a partir de ese instante, íbamos a vivir juntos, habiendo solo una cosa que enturbiaba esa emoción, y era el pensar que todavía no le había contado lo sucedido con Brian. Quería comenzar nuestra nueva vida libre de secretos y sin ocultarle nada, por lo que, con todo el dolor de mi corazón, la llamé para que me acompañase al salón y sentarnos a hablar:

—Mi vida, necesito contarte algo. He intentado mantenerte al margen lo máximo posible, pero me asquea tener secretos para ti y como sé que, de alguna forma u otra, vas a acabar enterándote, prefiero que lo sepas por mí —le dije ante su atenta y preocupada mirada—. Ha pasado algo con uno de los integrantes de la banda y, bueno, la situación en el estudio se ha vuelto complicada.

—No lo entiendo bien, ¿qué ha pasado y con quién? —preguntó sin tener ni idea a lo que me refería.

—El lunes por la mañana, Brian y yo tuvimos una gran pelea, por lo que, para evitar más enfrentamientos, hemos decidido, por lo menos hasta que se nos ocurra otra cosa, turnarnos para grabar y así no coincidir —le confesé intentando omitir el motivo.

—¿Os peleasteis? Dios mío, Ray, ¿por qué? —Y ahí la inevitable pregunta.

—No pasa nada, Ana, ha ocurrido y ya está. Solo quería que lo supieras. —Evadir la respuesta a su pregunta era lo único que se me ocurrió.

—¿Por qué no quieres decírmelo? Qué motivo puedes tener para no querer contármelo, Ray, no será que… —de repente, se detuvo, quedándose pensativa durante unas décimas de segundo hasta que cayó en la cuenta— tiene que ver conmigo, ¿es esa la razón? —preguntó ahora con los ojos casi saliéndose de su preciosa cara.

—Sí. —Ya no podía ni quería mentirle—. Al parecer, a Brian le gustas y le ha sentado a cuerno quemado el que tú y yo estemos saliendo —le confesé intentando suavizar al máximo lo sucedido.

—Sigo sin comprenderlo del todo, Ray, por favor, quiero que me digas exactamente lo que ha pasado —dijo tragando saliva, pues estaba segura de que lo que iba a contarle la machacaría.

—El lunes, en el estudio, me dijo que era un grandísimo hijo de perra por haberte robado, pues nos vio salir y besarnos el viernes antes de irnos. También insinuó, al igual que lo hizo tu compañero Bailey, que lo único que quiero es follarte y que luego, cuando me canse o encuentre a otra que me guste más, mandarte a paseo, siendo entonces cuando me tiré a por él agarrándole del cuello —terminé diciendo, notando cómo algo dentro de ella se rompía en miles de fragmentos.

—¿Llegasteis a las manos? —preguntó con voz quebrada y casi imperceptible.

—No, por suerte, el resto de los chicos estaban presentes, deteniéndome a tiempo de hacer algo de lo que luego seguro me hubiera arrepentido —le contesté con sinceridad.

—Nunca he mostrado ante Brian ningún tipo de interés más allá del de mi admiración por lo que hacía en cuanto a la música se refiere, exactamente como hice contigo. No me he insinuado, ni siquiera hemos sido amigos, solo hemos charlado amistosamente cuando estaba en el *pub*, Ray, te lo juro. No le he dado pie, o eso creo, a pensar en que pudiera estar interesada en él. Lo siento muchísimo, siento que, por mi culpa, tengas problemas con la banda —dijo sollozando desconsoladamente.

—Esa era la razón por lo que no quería contártelo, Ana, porque sabía que te disgustarías. Mira, esto no tiene que ver contigo, o por lo menos tan solo en parte. La relación entre Brian y yo ha sido siempre bastante mediocre y tensa, no llevándonos bien prácticamente nunca. Me ha odiado desde el principio, pues nunca ha compartido la peculiar forma que he tenido de relacionarme con el sexo opuesto ni tampoco que haya sido el centro de atención en cualquier sitio donde fuera, aun sabiendo que eso era lo que más detestaba, por lo que casi no salía; en fin… Para él, soy ese al que todos tildan de arrogante, egoísta, mujeriego y follador. Jamás se ha interesado por conocerme o por comprobar si todo aquello que decían, y continúan diciendo de mí, era verdad o no —le comenté, comprobando, a mi pesar, que lo que le acababa de decir en vez de aliviarla no había hecho nada más que empeorarlo, haciéndola llorar más—. Ey, ven, ven aquí, preciosa —le dije trayéndola hacia mí y abrazándola con toda la fuerza que disponía mientras su llanto me partía por completo el corazón.

—No quiero hacerle más daño a nadie, no lo soporto —dijo entre mis brazos, sintiendo salir de su pecho un calor descomunal que amenazaba con quemarnos a los dos.

—Tú no eres la causante del daño a otras personas. La gente se hace sus propias películas y, luego, cuando se dan cuentan de que no era tal y como ellos pensaban, culpan a los demás para no hacerse responsables de sus pensamientos ni de sus actos. Por la banda, no te preocupes, ya encontraremos la solución y, si no, dejo el grupo y ya está… —La volviste a cagar, Ray, pensé.

—¡No, no, no, no, no! La banda es tu vida, Ray, no puedes dejarlo —me dijo zafándose de mis brazos y mirándome completamente horrorizada por lo que le acababa de decir.

—Ana, tú eres mi vida y lo único que me importa ahora, lo demás es irrelevante —apremié a decirle mientras su cara me decía que ahora era ella la que tenía que contarme algo a mí.

—Creo que ha llegado la hora de que te revele algo crucial e importante sobre mí. He esperado también porque tenía que estar completamente segura de tus sentimientos por mí —me dijo manteniéndome expectante por lo que quería contarme—. Quiero que sepas que, si cuando te lo cuente, cambias tu forma de opinar sobre lo nuestro o quieres que me vaya, lo entenderé y que así lo haré. —Nunca había sido dramática, pero en esta ocasión me lo pareció.

—Ana, me estás acojonando —es lo único que pude decirle presa del pánico al escuchar esa última frase.

—Ray, yo te escuché —dijo temerosa de mi reacción, siendo ella la que ahora tenía su corazón en un puño.

—No sé a qué te refieres con que me escuchaste, tendrás que ser más concreta. —Creo que empezaba a tener un cortocircuito porque no comprendía nada.

—Te oí cantar esta melodía: «envíame un ángel, no puedo más, envíame un ángel, todo es muy difícil, no puedo sobrevivir por mi cuenta, estoy perdido, no sé qué hacer, sácame de esta oscuridad y llévame a su luz».

Por un momento, se hizo el silencio. Nos quedamos mirándonos sin mediar palabra, no dando crédito a lo que mis oídos acababan de escuchar de su boca. Estaba cantado el estribillo de aquella canción, aquella que entoné el día en el que me rompí:

—Qué acabas de cantar, Ana, ¿es una broma? —le pregunté pensando que todo esto era fruto de una desafortunada tomadura de pelo.

—No, Ray, no es una broma, te oí, soy lo que tanto anhelaste que llegara a tu vida, desde lo más profundo de tu ser: ¡¡Soy tu ángel!! —Su voz se tornó cristalina y melódica al pronunciar esas tres significativas palabras.

—Eh…, no, no puedes saberlo, estaba solo, no había nadie aquí, los ángeles no existen, ¿o sí? —Mi mente lo negaba a gritos, aunque mi corazón, de alguna manera, sí la creía.

—Que la mayoría de las personas no los puedan ver, no significa que no existan, aquí mismo tienes la prueba de ello, bueno, o por lo menos de lo que queda de ese ser —aclaró con tanta serenidad y afianzamiento que todo indicaba que era verdad.

—Siempre he sabido que eras muy especial, pero… pero ¡un ángel! Joder, Ray —pensé en voz alta —, estabas solo y jamás se lo has contado a nadie, ni siquiera a John. Además, aquí no hay cámaras, no puede ser, no puede ser…

—Escucha a tu corazón, él siempre lo ha intuido y, en lo más profundo de tu ser, sientes que es verdad —comentó apartándose y levantándose ante mi incrédula mirada—. Creo que será mejor que te lo muestre.

Caminó hacia el ventanal hasta llegar a un punto y, girándose de nuevo en mi dirección, cerró ligeramente sus ojos. De repente, una luz destellante comenzó a brotar de su pecho, la cual fue cobrando más y más intensidad, tanta que, por un momento, tuve que taparme los ojos, ya que la magnitud y fuerza con la que empezó a iluminarlo todo me cegaba. Oí su voz decirme que ya podía abrirlos, quedándome plenamente impactado cuando los abrí y la vi. Ahí, delante de mí, envuelta en un hermoso e increíble haz de cálida luz se encontraba ella, Ana, «mi Ángel». Miles de minúsculas partículas en forma de estrella surcaban la habitación, recorriéndola por completo para volver luego a su origen formando otra vez parte de ella.

Se quedó quieta, mirándome en silencio, esperando a que yo le dijese algo. Pero ni siquiera sabía qué decir, ya que ni aun viéndolo con mis propios ojos podía creérmelo, además, qué se puede decir o cuáles son las palabras correctas para comentar un hecho tan divino, nunca mejor dicho, e inigualable que jamás ha sucedido. Después de unos segundos, me levanté y fui hacia ella. Su luz me atraía, no pudiendo dejar de mirarla ni un instante, embelesado por tal belleza. Me detuve justo enfrente suyo. Alcé mi mano, ya que sentía un deseo irrefrenable de tocarla, notando al entrar esta en contacto con ella, una calidez incomparable que jamás había sentido. No tenía nada que ver con el calor del sol ni con nada semejante, simplemente, no había nada así en el mundo. De pronto, aquellas partículas comenzaron a envolverme. Ojalá pudiera describir todo lo que sentí en ese momento, aunque creo que me resultaría imposible; era algo que uno mismo tendría que experimentar en su propia piel para entenderlo. Una paz grandiosa me invadió por dentro, pero no como en otras ocasiones. Se adentró hasta lo más profundo de mi ser conectándome con su esencia, percibiendo con total claridad al ser celestial que en verdad era, proyectando su magia en mí mientras aplacaba de manera poderosa a mis demonios reduciéndolos a cenizas. Emití tal suspiro que hasta yo me quedé impresionado. Poco a poco, la intensidad de su luz fue disminuyendo hasta desaparecer por completo en su pecho y quedándose todo tal cual estaba en un principio. Nos observamos con detenimiento hasta que Ana habló:

—Esta soy yo, Ray —dijo avergonzada.

—No sé qué decir, ¿cómo es posible? —pregunté ávido de más información.

—Si te soy sincera, no sabría decirte, pues soy el primer ángel que ha cambiado el cielo por la Tierra. Tampoco debería haberte oído y lo hice —confesó dejándome atónito a más no poder.

Sentimientos encontrados invadían mi mente y mi corazón. La magnitud de lo que acababa de vivir superaban tanto a los libros de ciencia ficción como a cualquier película rodada. A su vez, un único pensamiento se reiteraba constantemente en mi cabeza:

—¿Por qué yo? —le pregunté, pues no entendía qué es lo que yo tenía de especial para tal hazaña.

—Eso podría preguntarte yo también, ¿por qué yo? —contestó haciéndome entender que a veces las cosas suceden porque están destinadas a suceder así—. Ray, si necesitas procesar todo esto y prefieres estar solo, me iré a casa —me comentó con demasiada tristeza en sus ojos.

—¿Por qué piensas que querría que te fueras? —No comprendía su insistencia, aunque sí su pesar por mi respuesta.

—Porque no soy la persona de la que te enamoraste… Ni tan siquiera soy completamente humana… Te aseguro que no era mi intención ocultártelo, pero quería gustarte por quien soy ahora y no por lo que una vez fui —me dijo temblando mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

En cierta manera, tenía razón, quién no se enamoraría de un ser tan maravilloso. Creo que a mí me hubiera ocurrido lo mismo, de hecho, yo siempre había deseado que una mujer se enamorara de mí

por lo que yo llevaba dentro y no solo por mi físico, y, aunque fuera lo mismo, se asemejaba bastante. Entonces me puse en su lugar, dándome cuenta de lo aterrado que estaría si después de todo lo vivido, y sobre todo llegados a este punto en que ya no concebía mi vida sin ella, me rechazara:

—Si te dijese yo ahora algo referente a mi pasado, ¿cambiaría de alguna forma lo que sientes por mí? —le pregunté mirándola a esos misteriosos ojos marrones que tan expresivamente me decían que no.

—En absoluto —contestó casi sin necesidad—. Pero esto no es lo mismo. Por mucho que pudieses decirme de tu vida antes de conocernos, sigues siendo el mismo —acabó diciéndome.

—Ana, yo he llevado una vida de la que no me siento nada orgulloso, ya te lo he confesado en otra ocasión, por la que perdí casi hasta mi alma, llamándote por ello, bueno, qué te voy a contar. Si supieras tan siquiera lo que hacía, serías tú la que te lo pensarías dos veces —se lo dije sin querer extenderme con ese maldito tema.

—Una cosa son tus actos y otra cosa quién tú eres. Hagas lo que hagas o hicieras lo que hicieras, eres, sigues y seguirás siendo Ray, yo no. Ahora soy Ana, pero no lo he sido siempre, tan solo desde hace un tiempo, ¿lo comprendes? —Sí, la entendía perfectamente—. Y por mucho que me duela, no puedo obligarte a que sientas lo mismo por mí.

Su afligida voz resonaba en mi cabeza y en mi corazón bombardeándome sin parar. Jamás había pensado en enamorarme y, ahora, lo estaba no solo de una mujer extraordinaria, sino, además, de un ángel. No había nada más increíble que eso. Sí, la amaba, dándome igual quién o lo que fuera. En el fondo, siempre supe que ella era diferente, expresándoselo en multitud de ocasiones, pues nunca me pareció de este mundo. Recordé también todas aquellas veces que había sentido y vivido experiencias un tanto extrañas a las que no le pude encontrar una razón.

La cogí de la mano y la conduje nuevamente al sofá, sentándonos para continuar charlando:

—No tengo dudas, Ana. Lo único es que esto trasciende a todo lo inimaginable, por lo que he necesitado un poco para asimilarlo. Te amo y siempre te amaré. Que seas un ser divino que ha dejado el cielo para estar conmigo no hace más que intensificar ese sentimiento. Me enamoré de ti en cuanto te vi y eso nunca cambiará. —Mi corazón era suyo, siempre lo fue, desde aquel preciso instante en el que entré en contacto visual con ella.

Mi preciosa novia no dejaba de temblar. Creo que en verdad pensaba que esto iba a marcar un antes y después entre nosotros, pero estaba totalmente equivocada. Una sonrisa de tranquilidad y agradecimiento afloraba ligeramente por su cara. Dándole vueltas a lo que acababa de contarme, había una cosa que me generaba demasiada curiosidad, por lo que, sin rodeos, le pregunté:

—¿A qué te referías cuando has dicho que me escuchaste? ¿Acaso no me viste? —Era una pregunta absurda, sí, pero la tenía ahí y necesitaba respuesta.

—Sí y no. Estaba tranquila cuando, de pronto, oí una voz lastimosa entonar una melodía que me tocó por completo. No sabía de dónde procedía, solo que alguien suplicaba por un ángel. Busqué y busqué hasta que me detuve y fue, cuando me concentré en aquella voz, que la imagen de unos ojos verdes tan espectaculares como tristes apareció, sin saber cómo, ante mí. Me enamoré de ellos perdidamente, pero sobre todo del alma que sutilmente me dejaron vislumbrar. —Estar alucinando en colores habría sido quedarme corto.

—Entonces no me reconociste en el *pub* cuando te saludé, ¿o sí? —pregunté pensando que había sabido quién era yo desde el primer momento.

—No, no te vi físicamente. Tan solo tenía como referencia unos ojos de un color verde intenso y digamos que no era una visión del todo clara de ellos. Cuando nos conocimos, sentí una conexión muy fuerte, y por supuesto que tus ojos me llamaron la atención al ser verdes, pero no estaba segura. Fue en el momento en el que me besaste por lo de la apuesta que te tuve tan cerca que pude penetrar en tus ojos y reconocer tu alma, aquella de la que me enamoré sin poder remediarlo —me explicó recordando ese precioso instante en que mi vida cambió para siempre—. Me enamoré de ti, de lo que llevas en tu interior, mucho antes de ver tu exterior, Ray.

—Siempre, desde bien joven, deseé que alguien viera en mí mucho más que este físico, ¿sabes? Pero nunca le interesó a nadie y, en cambio, tú … —No podía asimilar que eso es lo que la hubiera traído hasta mí, definitivamente, no creía que tuviese tan siquiera un alma después de todo.

—Hay multitud de personas que sí que ven más allá de lo superficial, solo que tú no diste con ellas. Nos concentramos tanto en lo que no deseamos y queremos, en vez de en lo que sí, que es exactamente lo que atraemos a nuestra vida. Tu alma se opacó porque no soportaba tu decepción, y no me refiero a la que creías tener hacia los demás, sino a la que tenías hacia ti. —Sus explicaciones eran certeras y cargadas de una fascinante sabiduría.

—Entonces tengo que darle gracias al cielo por enviarte a salvarme y renunciar a un ser tan maravilloso e increíble como tú —le dije acariciando la suave tez de su angelical rostro y viendo cómo su relajada expresión se transformaba en otra muy diferente.

—El cielo no me envió, fue mi creador y no por propia voluntad. No debería haberte escuchado, Ray, no hay conexión entre ambos mundos, o por lo menos no funciona de esa manera. —No entendía a qué se refería, en serio que no.

—¿No te envió él para salvarme? —pregunté habiendo pensado todo el rato que por eso estaba conmigo.

—Como ya te he dicho, ni tan siquiera debería haberte oído. No sé qué pasó ni por qué, solo que fue tan fuerte lo que sentí por ti que hice todo lo posible por encontrarte. Pero me parece que mejor te lo cuento en otra ocasión. El mostrarte mi luz me ha desgastado bastante y me encuentro terriblemente cansada. Además, mañana empiezo en el nuevo trabajo y necesito descansar —me dijo notando realmente cómo desfallecía por momentos.

Tenía razón, todo esto, aunque absolutamente fantástico, había sido demasiado intenso, agotándonos a ambos por completo. Todo estaba claro, nuestros sentimientos eran tan profundos que nada ni nadie podría alterarlos o cambiarlos jamás. Y, con esta tranquilidad, nos fuimos a dormir. No pude pegar ojo en toda la noche, pues no podía dejar de mirarla, de venerarla, Dios mío, era mi ángel, aquel que mi alma tanto deseaba y al que pedí desde lo más profundo de mi ser que viniera a salvarme y que así lo había hecho. Lo más impresionante de todo era que había cambiado el cielo por mí, saliéndoseme el corazón del pecho al pensarlo. Cuál no sería su amor para haber elegido dejar un lugar tan divino e inigualable por una aburrida y penosa vida mundana a mi lado. No sabía cómo competir con eso ni qué podía ofrecerle para compensárselo.

48

La alarma de su móvil marcó el inicio de la nueva semana. Y, aunque pareciera que todo sucedía del mismo modo, nada era igual. Ana se levantó, se duchó y se arregló. Me levanté junto con ella, ya que no quería perderme nada del comienzo de nuestra nueva vida en pareja. Yo no tenía que ir hasta el mediodía al estudio, pues, aunque había avisado a John de que ya estaba bien y de que finalmente me incorporaría hoy, el viernes habían quedado en que, hasta nuevas noticias mías, Brian iría por la mañana. Fui a la cocina en su búsqueda para darle un beso de buenos días. La encontré allí más nerviosa de lo habitual sin saber si era por lo sucedido ayer o relacionado con su nuevo trabajo. Me quedó claro que estaba relacionado con su revelación de la noche anterior cuando, al acercarme a ella, se puso a temblar. La cogí entre mis brazos y, mirándola detenidamente y en profundidad, la besé con efusividad. Respondió del mismo modo, no quedando duda de que seguíamos estando locos el uno por el otro. Antes de irse, le dejé bien claro que estaba aún más eufórico si cabe por vivir juntos y de que la amaba por encima de todas las cosas. Después de fundirnos en otro intensísimo beso de despedida, Ana se fue. Yo me metí en la cama otro poco, quedándome esta vez dormido hasta casi la hora de irme.

Ya en el estudio y antes de entrar, le envié un audio deseándole todo lo mejor en su nuevo trabajo y reiterándome en mis sentimientos hacia ella, explicándole que saber quién era realmente no había cambiado nada, todo lo contrario. No recibí respuesta hasta la hora de comer, pero no podía tenérselo en cuenta, y menos hoy. Me crucé con Brian que salía sonriente y al que se le borró la sonrisa por completo al verme, invirtiéndose los papeles, siendo yo el que ahora sonreía y por el mejor motivo del mundo. No sé qué haría cuando se enterara de que Ana y yo estábamos viviendo juntos. Ojalá le hubiera podido restregar todo lo averiguado ayer relativo a mi ángel, pero no sabía si podía decirle algo de esa magnitud y tampoco es que me fuera a creer. La verdad es que no hizo falta decirle nada, pues mi sonrisa plena y profunda lo efectuó por mí. El recibimiento del resto de compañeros al entrar en la sala fue otro cantar. Se alegraron muchísimo por mi pronta recuperación, quedándose asombrados de ello. Mientras me preparaba, los demás hicieron un descanso, lo que me permitió hablar con John que no dejaba de preguntarme por cómo lo había pasado estos días. Le conté con pelos y señales cómo me sentí y las atenciones recibidas, para luego soltarle lo de mi insistencia a mi novia de que viviéramos juntos:

—A ver si te he entendido bien, le has pedido a Ana que se vaya a vivir contigo y, desde ayer, ya está instalada en tu piso. ¿No crees que es un poco pronto? Tan solo lleváis saliendo unas cuantas semanas, Ray —dijo algo preocupado al sopesar mi decisión, pues él ya había pasado por ello no resultando la experiencia de la manera que hubiera deseado.

—No, para nada. La quiero en mi vida, John. No soy un crío y, por mi parte, no hay tiempo que perder —le contesté afianzando mi decisión—. Sé que lo dices por lo tuyo con Jenni, pero esto no tiene nada que ver.

—Ya, pero, no sé, la gente va a pensar que estás desesperado, ¿no? —insistió.

—No me importa lo que piensen los demás, solo lo que Ana piense y ella está de acuerdo. No puedo contarte nada de lo que ha sucedido entre nosotros en estos días, pero ojalá pudiera explicarte hasta qué punto me ama. Te aseguro que, si lo supieras, te daba un patatús —le dije contándoselo tan solo a él porque se trataba de mi mejor amigo.

—Puedes contármelo todo, ya lo sabes —dijo un tanto mosca.

—Lo sé, pero esto no, John. Solo necesitas saber que soy el hombre más feliz y con más suerte del universo y que mi mayor deseo al fin se ha cumplido —le dije a sabiendas de que no le iba a parecer suficiente.

—Bueno, si no quieres contármelo, allá tú. —Me meaba al ver como se hacía el ofendido.

—Está bien. Te diré que ha obrado un milagro cuidándome durante todos estos días. No se ha movido de mi lado, tan solo para lo justo y necesario. Es y será mi ángel, ¿estás ya satisfecho? —le solté en medio de una carcajada pensando en que le había dicho la verdad y ni siquiera me creería.

—Sí, se ha ganado el cielo cuidándote y teniendo que aguantarte, que no es poco —me contestó burlón y dándome una bofetada de realidad al pensar que no lo había ganado, sino todo lo contrario.

Continuamos con las partes de los temas que se habían quedado pendientes al enfermar, comprobando que mi voz estaba más que a la altura para ello. A la hora de comer, hicimos una breve parada aprovechando para hablar fugazmente con Ana tras escuchar el mensaje que me había dejado. Le habían presentado al equipo, siendo todos ellos bastante jóvenes y muy majos. Su jefa la había tenido de aquí para allá mostrándole a los diferentes clientes y el trabajo que debía de realizar, que no tenía nada que ver con lo que había pensado en un principio. La había nombrado encargada de un Departamento de márquetin, siendo la responsable directa de los jóvenes que le habían presentado. Como no disponía de mucho tiempo, quedamos en que ya una vez en casa entraría más en detalles. Colgamos, quedándome una sensación agridulce en el cuerpo; lo que me había comentado de que iba a trabajar con «jóvenes» no me hizo ni pizca de gracia. Tenía guasa la cosa, pues ayer me confiesa que es mi ángel pensando encima la pobre que yo quizás ya no la iba a amar por ello, dejándolo todo al enamorarse perdidamente de mí, y yo, en vez de estar flotando en el más absoluto de los paraísos, me cabreo porque va a trabajar con gente joven sin tan siquiera saber si esos jóvenes eran chicas o chicos. Yo y mis puñeteros celos infundados. No tenía remedio, en serio que no. Para intentar sopesar esos malditos pensamientos, me puse a reflexionar sobre lo acontecido la noche anterior, regresando a mi estado inicial de encandilamiento. Por un breve instante, y antes de ponernos a grabar, la visualicé mostrándose ante mí con su hermosa luz, notando cómo esta apaciguaba mi agitación. Se me escapó más de una sonrisa haciendo que mis compañeros me miraran confusos, pensando que se me había ido la chaveta de una vez por todas. La tarde se pasó rápida deseando por mi parte tan solo una cosa: llegar a casa para verla.

Salimos como de costumbre. Ana me había indicado en un mensaje que llegaría sobre las ocho, pues debía de terminar un par de cosas. Entré en casa percibiendo miles de nuevas y fascinantes sensaciones, las cuales dejé fluir libremente por mi cuerpo hasta que, de repente, mi jodida mente comenzó a machacarme diciéndome que todo esto no había sido más que un sueño y que nada de lo que había pasado había sido real. Horrorizado al caer en la cuenta de que en verdad era inverosímil que un ángel se hubiera enamorado de alguien como yo, dejándolo todo por estar conmigo, fui corriendo a la habitación a comprobar que todas sus cosas se encontraban allí. Abrí apresurado el armario, respirando hondamente al ver su ropa colgada. No sé qué me pasaba, me estaba volviendo loco por momentos. Joder, la había visto con mis propios ojos, ¿por qué no era capaz de creérmelo

entonces? ¿Qué más necesitaba para convencerme de que por muy irreal que me pareciera en verdad sí que había sucedido? Me metí bajo la ducha para acallar esos pensamientos. Luego me preparé un café, el cual me tomé sin poder dejar de mirar el reloj, ansiando que entrara por la puerta. Necesitaba tocarla, sentirla, amarla. Mirando al ventanal donde todo comenzó, fui cayendo en la cuenta de todas aquellas ocasiones en las que había ido recibiendo algo así como pequeñas señales, viniéndome justo a la cabeza unas cuantas. Aquel día en el que me fui a comer al restaurante chino leyendo el mensaje de la galleta de la suerte que me decía: «Tu llamada ha sido escuchada y pronto tu ángel llegará a tu vida», y cómo Chang, el dueño, me había mirado cual cómplice de ello. Luego lo de aquella voz salida de ningún sitio, susurrándome que escuchara a mi corazón, pues se me había concedido aquello que siempre había anhelado, a la hora de pagar la cuenta. También la peculiar manera de mirar a Ana cuando estuvimos juntos comiendo allí. El misterioso mensaje de la segunda galleta en la que ponía que el amor de mi vida estaba delante de mí haciendo realidad mis sueños, así como el de la suya que decía que al fin había encontrado aquello que tanto buscaba, lo que me recordó que ninguno de los dos nos enseñamos al final lo que realmente ponía en ellas y que le preguntaría por ello en cuanto tuviera ocasión. Otra cosa extraña es cuando comenzó a hablar con Chang en chino, diciéndome que había sido acerca de nosotros, pero sin querer darme explicaciones al respecto. Luego estaba la historia, ocurrida durante el fin de semana que nos fuimos, con aquel niño, Eric, el cual le decía lo especial que era, que le gustaba su luz y la intuición de su «singularidad» percibida en él por ella. Esto me hizo pensar en cómo Ana también me había ido facilitando algunos indicios cuando me hablaba de lo especial que yo era y de todo lo que llevaba en mi interior, afirmándome que mis ojos decían mucho de mí y ayudándome a recuperar mi paz con las respiraciones y momentos tan especiales en la playa. Oh…, sí, había habido muchísimas, pero ¿quién podía ni tan siquiera imaginar que fuese porque un ángel había escuchado mi súplica? Todas esas ocasiones que nunca llegué a comprender cobraban al fin un sentido, el más inesperado e increíble a la vez. En ese momento, la puerta se abrió apareciendo mi preciosa novia por ella. Entró cerrándola suavemente, quedándose ahí, de pie, mirándome fijamente. Me levanté y me acerqué a ella. Salió a mi encuentro, deteniéndonos justo a la misma altura. Su mirada buscaba la mía en señal de aprobación por lo acaecido. De algún modo, albergaba dudas sobre mis sentimientos respecto a ella. Yo no las tenía, así que, estrechándola entre mis brazos y buscando su boca, la besé con todo mi amor.

Dejó sus cosas y se dio una ducha rápida. Pedí algo para cenar aprovechando para charlar de lo sucedido en su primer día de trabajo mientras llegaba el encargo. Al parecer, el equipo que dirigía estaba formado por dos chicas y dos chicos, no entrados en la treintena. Los dos chicos era brillantes informáticos y frikis de la tecnología y las chicas expertas en *marketing* digital. Todos estaban entusiasmados con su llegada, cayéndose estupendamente bien desde el inicio. Debían espabilarse, pues había mucho trabajo y clientes en lista de espera a los que iría conociendo poco a poco. Se la veía muy ilusionada y contenta, estándolo yo también por ella, a excepción de lo que me había dicho de los dos chicos con los que tendría que trabajar codo con codo.

Cenamos mientras le describía ahora yo mi día. Me preguntó, preocupada, por si había ocurrido algo más con Brian, tranquilizándola al confesarle que tan solo nos habíamos visto un segundo nada más. De momento, no lo llevábamos mal, pero estaba claro que, en algún momento, tendríamos que tomar serias decisiones, cosa que por supuesto me reservé para mí sin querer decirle nada para no inquietarla más. Nos sentamos en el sofá bien pegados a ver un poco la tele, bueno, ella, porque yo no podía apartar mi vista de su precioso rostro. Tenerla a mi lado era lo mejor del día. Tanto tiempo

soñando con este momento y por fin había llegado. Poco a poco, notaba como Ana se iba poniendo más nerviosa hasta que, delicadamente, se giró hacia mí pidiéndome que dejara de mirarla así. Creo que pensaba que únicamente lo hacía por lo de saber que era un ángel, constatándomelo al momento:

—Ray, por favor, no hagas que me arrepienta de haberte confesado quién soy, es decir, quién fui —dijo albergando una cierta tristeza en sus palabras.

—Ana, no dejo de mirarte porque no me puedo creer que estés aquí conmigo y, aunque en cierto modo el saber que eres un ángel también influya un poquito, no es el principal motivo —le dije agarrándola fuertemente y subiéndola encima de mí.

Mi boca buscó la suya con impaciencia y, tras un caluroso beso, jadeando ambos debido a la intensidad, intercambiamos una mágica mirada:

—Llevo todo el día pensando en ti, preciosa mía —le dije dándole un cariñoso beso en la punta de su nariz que tan loco me volvía.

—Ray, te lo suplico… —contestó sin tan siquiera entender por dónde iba.

—No, Ana, no me malinterpretes, pues te aseguro que no ha sido solo hoy —le aclaré notando su curiosidad por mis palabras y por lo que quería decirle—. Me avergüenza un poco confesártelo, la verdad, pero llevo pensando en ti cada segundo de mi vida desde que te conocí. Lo eres todo para mí desde aquel instante —lancé esas palabras cargadas con todo mi amor, haciéndola llorar de emoción al escucharlas.

—Jamás le he pertenecido ni le perteneceré a nadie más que a ti, Ray, soy tuya por toda la eternidad. —Ahora era yo el que, al escucharla decir eso, estuvo a punto de ello.

Se acercó a mis labios besándolos con puro amor y deseo, fundiéndonos a continuación en un impresionante beso de tornillo. Empezamos a desnudarnos amándonos ahí mismo, en el sofá, donde nuestros cuerpos se entendieron entre sí, por sí solos, sin tener que forzar nada, sin pensar, moviéndose al unísono, llamados por nuestros sentimientos más profundos del uno por el otro. Esta había sido la primera vez después de saber que era mi ángel, haciendo de ese intimísimo momento uno de los más gloriosos en toda nuestra relación. Nos mantuvimos acurrucados tan cerca como nos fue posible. Estar dentro de ella era lo más, pero, sin lugar a duda, lo era el hacerla mía cada vez que nos amábamos. Mientras nos hacíamos carantoñas mutuamente, no dejaba de pensar en nuestra conversación de ayer y en que verdad me gustaría saber más relacionado con cosas que dejó en el aire:

—¿Qué deseas saber, ojazos? —preguntó suspirando, intuyendo a la perfección qué era lo que pasaba por mi cabeza.

—Me gustaría saber más de…, ya sabes, aunque no quiero importunarte si no te apetece hablar del tema —insinué no queriendo que se volviera a sentir mal.

—No puedo contarte mucho, pues tan solo poseo vagos recuerdos de lo que pasó, en realidad, solo lo que él quiere que recuerde —comentó sabiendo que en esta ocasión tendría que revelarme más detalles.

—Empieza por lo que dejaste a medias ayer de que tu creador, así le llamaste creo, no te envió por voluntad propia —le dije con excesiva curiosidad y escuchando muy atento.

—Como te comenté ayer, ni siquiera debería haberte oído, pues no hay interferencias entre ambos mundos, pero lo hice. Fue tan fuerte lo que sentí que surqué el cielo en busca de sus fronteras para poder llegar a ti, sin éxito. Empezó a pasar el tiempo, comenzando a desesperarme, un sentimiento

que jamás había experimentado y que me quemaba por dentro, al no encontrar una salida y pensar en que me necesitabas y yo no acudía a tu llamada. Aquella melodía, así como el dolor de tu alma, hicieron que intentara todo lo imposible para venir a este mundo hasta que supe que tan solo mi creador lo podría hacer posible. Me volví loca, pues quería estar a tu lado y mitigar tu sufrimiento ofreciéndote lo único que yo podía darte, mi amor. Me presenté ante él y le expliqué lo sucedido, pero me dijo que no, que yo era su ángel y que no podía prescindir de mí. Le supliqué y supliqué, argumentando que él poseía muchísimos ángeles, por lo que uno menos ni siquiera se notaría, que por favor tuviera piedad y me enviase a este mundo. Su contestación fue de nuevo un no rotundo. No me acuerdo de las veces que lo volví a intentar acabando siempre con la misma respuesta: «No». De lo poco que recuerdo tras eso, es que comencé a consumirme buscando la forma de escapar. Necesitaba encontrarte, ya que continuaba sintiendo el dolor de tu alma por todo mi ser, lo que fue apagando mi luz a pasos agigantados. Este hecho llegó a sus oídos, exigiendo que me presentara ante él y quedándose impactado al verme. Nunca había sucedido nada igual, jamás. Me repitió que era imposible, que un ángel no podía dejar el cielo, y menos por el amor hacia un humano. Le contesté qué clase de creador era entonces si no podía ni tan siquiera hacer eso. No quedándome nada más que perder, ya que lo único que deseaba era estar contigo careciendo lo demás de sentido para mí, le di un ultimátum: o me permitía venir a la Tierra o dejaría que tu dolor me consumiera a mí también, acabando con el ángel que tenía delante suyo. Él sabía perfectamente que me había creado diferente al resto, por lo que yo estaba destinada a otro tipo de amor y de mundo, pero cómo había llegado a esta situación se escapaba incluso a su propio entendimiento, originando un precedente que pensó no se podía permitir. Por ello me puso a prueba, quería comprobar hasta dónde estaba dispuesta a llegar y sacrificarme por mi deseo. Tras mi perseverancia, y ya a punto de extinguirme, al fin me lo concedió. Me dijo que me enviaría a la Tierra, aunque eso no me garantizaba que te fuese a encontrar. Por mi osadía de renunciar a la divinidad suprema y a ser un ángel, me obligaba a amarte única y exclusivamente a ti, te encontrara o no, sintieras tú lo mismo por mí o no. —Tenía los ojos como platos, no concibiendo lo que había tenido que pasar por mi culpa.

—Entonces, si yo no sintiese lo mismo por ti o no nos hubiéramos conocido… —No podía ni terminar la frase.

—Viviría una vida terrenal anhelando tu amor, condenada a vivir sin aquello por lo que yo tanto había luchado. Apagándome cada día más y más por no haberte podido salvar. No lo sientas, yo lo elegí voluntariamente, Ray. Esto no significa que tú, si algún día dejaras de sentir lo mismo por mí, tengas que sacrificarte y permanecer a mi lado. Tú eres completamente libre —que me dijera eso, en cierta manera, me dolía, pues yo sentía lo mismo por ella. Fue mi elección desde el primer momento y lo sería hasta el final de mis días.

—Ana, eso no me lo trago, pues, según has comentado, él te creó para amar. Me parece que te lo dijo para evitar que, aun no encontrándome, jamás intentaras amar a otro hombre. —Eso era lo que pensaba aun fastidiándome muchísimo—. Y para que lo sepas, no pienses ni por un segundo que vas a librarte tan fácilmente de mí —le dije besuqueando su lindo cuello de cisne.

—Quizás, pero esa fue la condición para venir hasta aquí. Aunque me da igual, pues no me interesa nadie más que tú. —Me la comía.

—Qué he hecho yo para merecer a alguien tan maravilloso como tú —le dije sintiéndome poco merecedor de un ángel—. Lo has dado todo por mí, Ana. Te juro que dedicaré mi vida entera a demostrarte mi profundo amor hacia ti.

Lo había sacrificado todo por mí: el cielo, el ser maravilloso que era… Cómo igualarlo… Esto era lo único que aún me inquietaba, estar a su altura, proporcionarle lo que en verdad se merecía. Poseedor de más preguntas a las que me gustaría que me respondiera continué indagando:

—Entonces, lo de tu accidente fue ¿una tapadera?

—pregunté, pues recordé lo que me había contado de que había sufrido un accidente por el que había perdido toda la memoria.

—No, la persona que habitaba antes este cuerpo sufrió un accidente y murió. Mi creador lo aprovechó para que yo lo ocupara en su lugar. No tengo recuerdos de una vida pasada porque no me pertenecen —me explicó con cierta cautela por lo que yo pudiera pensar al respecto.

—Es normal que solo recordases entonces abrir los ojos ya en tu habitación. Lo que no entiendo es por qué sí que te ha permitido tener conocimiento de lo ocurrido en el cielo. —No sabía expresarme con propiedad y si nombrarlo así le molestaría.

—No lo sé con exactitud. Imagino que por si alguna vez tuviera que mostrártelo quizás. Lo que sí que se me escapa a mi comprensión es por qué conservo aún parte de mi luz. Ambas esencias no están destinadas a coexistir en un cuerpo humano —me explicó sin poder aclarármelo por completo.

—¿Parte de tu luz? —pregunté un tanto desconcertado.

—Sí, lo que viste ayer fue tan solo una mínima parte, por eso pude mostrártela. La totalidad de mi luz te cegaría por completo e iluminaría el planeta entero —contestó mirándome a ver qué cara ponía al escucharlo.

Por un momento, paré mi interrogatorio para dedicarme un tiempo a recopilar toda esa información. Me parecía una historia alucinante siendo yo el punto principal de la trama. Comencé a desglosar cada parte de la conversación hasta caer en una cosa que no me cuadraba:

—Preciosa, tengo otra duda, pues hay algo que no me encaja —le dije esperando que quisiera seguir contestando a mis preguntas.

—Dime —dijo con cara de cansada, pues este tema la agotaba más que otra cosa.

—Por lo que me has contado, tú me escuchaste aquella tarde en la que te llamé y después me fui al *pub* viéndote allí por primera vez —le narré, asintiendo ella con la cabeza—. Entonces, ¿cuándo viviste tu amistad con ese tal Tom? ¿Y cuándo te encontró Jeff? Me contaste que pasaste tiempo intentando adaptarte y buscándome, pero ¿qué tiempo? Por más que le doy vueltas, no lo entiendo —pregunté no cuadrándome nada en la línea temporal.

—Tienes razón, ojazos, es difícil de entender y también de explicar. Cuando me envió a la Tierra, abrió una brecha en el tiempo, enviándome mucho antes de tu llamada para que pudiera ir adaptándome a las nuevas circunstancias, a mi nuevo cuerpo y a mi nueva vida. Era la única manera de estar, digamos que preparada, para cuando llegara el momento de encontrarnos. Así que para ti el tiempo transcurrió con normalidad, sin embargo, para mí fue casi media vida. Sé que es de locos, pero teniendo en cuenta que tienes delante de ti a la que un día fue un ángel, pensándolo mejor no lo es tanto.

—Es una auténtica pasada —le dije flipando por todo lo que estaba descubriendo—, así que en verdad sí que te ayudó a prepararte para mí.

—Me permitió adaptarme, sí, pero podía haberme proporcionado instrucciones de todo lo que conlleva ser humana. No fue fácil entender cómo funcionaba este cuerpo ni este mundo —dijo un poco seca e intentando no hablar mucho más del tema.

—¿Sabes? Me hubiese gustado poder verte en tu forma de ángel —le dije sin ninguna intención por mi parte, expresando curiosidad, pues si ya me parecía del todo preciosa, como ser divino sería más espectacular aún.

—¿Para qué? Jamás volveré a serlo, por lo menos y de momento, tal como fui. Algún día mi luz desaparecerá y ya no quedará ni rastro de ese ser en mí. Pasaré a ser una simple mortal. Por eso necesitaba estar segura de lo que sentías por mí antes de contártelo, pues no quiero que te emociones por algo que nunca más seré. Quiero que me ames por ser quien soy ahora y no por lo que fui, Ray —concluyó dándome una gran lección.

En realidad, la entendía a la perfección, pues era lo que yo había querido siempre para mí, que quien me amara fuese por lo que yo era y no por ser guapo, músico o por mi estatus económico. No quise importunarla más al ver que este tema en cierto modo la desagradaba. Después de ponernos otra vez la ropa ante la insistencia de Ana de que me tapara, pues verme desnudo la seguía poniendo muy nerviosa, siendo esta timidez lo que adoraba sobre todo en ella, regresamos al sofá para continuar viendo la tele. En una ocasión le hice una pregunta relacionada con lo que estábamos viendo, comprobando con ternura, al no recibir respuesta por su parte, que mi chica se había quedado dormida entre mis brazos. Tenerla así me hizo sentir el hombre más feliz del universo. Agradecí a su creador el haberle permitido venir a este mundo. Ana no lo veía así, pero yo mantenía la creencia de que, a su manera, la había estado ayudando incluso a encontrarnos. Se estaba haciendo tarde, por lo que la desperté y nos fuimos a dormir.

49

Las siguientes semanas fueron agotadoras, de no parar, Ana con su trabajo y yo con el mío. En el estudio, la situación se volvió más tensa aún al enterarse Brian de que estábamos viviendo juntos, quedándole más que claro que íbamos totalmente en serio y sentándole muy mal. Al no llegar a encontrar una solución al problema y teniendo en cuenta que no podíamos alargarlo por más tiempo en turnos, ya que las grabaciones se hacían especialmente difíciles, no nos quedó más remedio que aguantarnos y vernos el careto todos los días. Pensé varias veces en renunciar y dejar el grupo, pero Ana me convenció de no hacerlo. Tenía razón, yo había formado la banda y este era mi sueño. Si alguien debía irse, era la persona que no estaba de acuerdo con lo nuestro. A pesar de ello, ambos estábamos pasando por momentos increíbles laboralmente hablando, aunque los más extraordinarios los vivíamos al llegar a casa, reencontrándonos. Vivir juntos era la cúspide de la felicidad, sin menospreciar otro tipo de encuentros. Hacer el amor con ella se tornó un auténtico vicio para mí. Cada vez me hacía sentir cosas distintas, los orgasmos se intensificaban culminando en un indescriptible placer que me elevaban hasta el mismísimo cielo sin tener que morir para ello. Estaba enganchado a su cuerpo, a su ser. Ana se había convertido en un bálsamo para el alma en cualquiera de los sentidos, contagiando con su profundo amor a todos los que tuviésemos la suerte de tenerla en nuestra vida. Pronto comencé a sentir celos del mundo entero, a pesar de saber quién era en realidad y a lo que había renunciado por mí, pero no podía evitarlo. Y juro que confiaba cien por cien en ella, en quien no confiaba era en los demás. Tenía miedo de que descubriesen cuán maravillosa y especial era y quisieran arrebatármela. Aun habiéndome dejado claro que solo me amaría a mí, me aterraba que ella pudiera enamorarse, una vez ya acostumbrada y más adaptada a la vida en este mundo, de alguien mucho mejor que yo, teniéndola en palmitas como se merecía, pues en el fondo una parte de mí seguía pensando que yo no valía tanto la pena y que se había equivocado al elegirme. Mi pobre chica, por si no tenía ya suficiente con el trabajo, tuvo que lidiar además con los mosqueos de su novio que se moría de celos provocándole más de un disgusto. Menos mal que poseía una paciencia infinita apaciguándome cada vez que desvariaba por el recelo hacia sus compañeros, clientes o cualquier hombre con el que tuviera que tratar. Las peleas, y que en alguna ocasión le dijera mi ángel, le seguían sentando fatal, sobre todo esto último, pues no quería que la viera como un ser divino, ya que había dejado de serlo hace mucho tiempo conservando nada más que parte de su luz. Lo que ella no entendía es que, ángel o no, siempre había sido divina ante mis ojos. De vez en cuando, originado por mi embelesamiento hacia ella, le preguntaba de nuevo dónde había estado toda mi vida, contestándome con amargura: esperándote. Debido a conversaciones que mantuvimos más adelante, supe que su adaptación a este mundo le había costado casi la vida, así como otras muchas dificilísimas situaciones por las que tuvo que atravesar para poder salir adelante y con las que casi se me para el corazón al oírlas. Intuía que había mucho más detrás de todo aquello que no quería contarme, por lo que no insistí preguntándole más, al fin y al cabo, esa era su historia y sería ella quien debería contarla algún día si lo consideraba oportuno.

Otro tema que le dio más de un quebradero de cabeza fue el de su compañero Bailey, el cual intentó por todos los medios que volviera a casa sin conseguirlo, por supuesto. Jeff le mantenía a raya todo lo que podía y fue gracias a eso que con el tiempo se calmó un poco. Al igual que Brian era tal el desprecio que sentía hacia mí por habérsela «robado» que, no siendo capaz de ocultarlo, se lo mostraba a Ana cada vez que salía el tema. Como ser divino que era, le dolían mucho estos enfrentamientos, bueno, en realidad, todo lo que supusiera odio, ira, rencor… Sentimientos que no entraban en su cabeza ni en su corazón. Por eso llevaba fatal nuestras discusiones, la frustraban haciéndola caer en una tristeza más que evidente. Una tarde, ya ambos en casa, me comentó que al día siguiente por la mañana tenía que ir a una reunión muy importante con un cliente un tanto complicado y de bastante carácter. Ana era una mediadora impresionante, serena, inteligente, que sabía escuchar y que no se dejaba llevar por las circunstancias, cualidades que su jefa apreciaba muchísimo en ella, siendo la compañía ideal para ese tipo de asambleas. Los nervios comenzaron a apoderarse de mi preciosa novia al pensar que debía de lidiar con esa clase de personas, angustiándola en demasía. Se pasó la tarde analizando la ficha del cliente y de los que iban a estar presentes para saber a qué atenerse. Yo, que estaba sentado a su lado en el sofá mientras ella trabajaba, pude ver las fotos de los asistentes comprobando que uno de ellos era un hombre muy bien parecido: moreno, ojos azules, macizo… Pensar en que estaría con mi novia durante horas y que luego quizás fuesen a comer hizo que unos celos afloraran de una manera bestial. Intenté que no se me notara mucho, pero Ana me conocía muy bien, mejor dicho, me sentía, no sirviéndome de mucho el ocultarlo. Cenamos más o menos tranquilos, y digo más o menos porque tuvimos una charla en la que intentó explicarme que para ella no existía nadie más que yo sin alcanzar el resultado esperado. Lo dejó estar, pues mi exaltación aumentaba por minutos y sabía que estando así era darse contra una pared. Después de ver un rato la tele sumidos en el silencio, me dijo que se iba a la cama, pues estaba cansada. Asentí y, dándole un casto beso en los labios, dejé por primera vez que se fuera ella sola. Y es que, a pesar de que me moría por hacerle el amor, mis putos celos me boicotearon. Sí, era un pedazo de mierda que no tenía excusa para ese comportamiento, pero esto me superaba sin saber qué hacer para remediarlo. Pasamos una noche agitada, levantándonos al servicio cada dos por tres incapaces de dormir plácidamente.

La alarma de Ana fue la primera en sonar, levantándose esta como un resorte. Escuché el accionar de la ducha y, a continuación, el caer del agua chocando con su desnudo cuerpo. Sentí unas ganas locas de levantarme y ducharme con ella, pero no podía hacerle eso hoy, ya que sabía que tenía que ser puntual y entrar ahí no haría más que retrasarla. Frustrado por lo sucedido ayer y por no conseguir ser yo mismo, me fui a la cocina a prepararme un café. Al poco, el sonido del agua cesó. No pasó mucho rato en aparecer por la cocina ya vestida y acicalada. Tuve que tragar saliva al ver lo preciosa que estaba con un ajustado vestido de cuello muy elegante y sensual a la vez. Vino a mí cautelosa al notarme más serio que de costumbre. Me dio un tierno beso de buenos días que no fue correspondido del todo por mi parte. Seguía un poco mosqueado y el verla así no hizo más que empeorarlo, siendo avivado por mi jodida mente, la cual actuaba de nuevo sin tener ni idea de qué hacer para acallarla. Cogí, me terminé el café y entré a ducharme. Tenía la esperanza de que el agua de la ducha se llevara a su paso todos esos celos y me dejara ser el de siempre, pero ni de lejos fue así. Salí para vestirme de la misma manera en la que entré, encabronado. Ana debía irse ya, por lo que me llamó para despedirse. No podía volver a verla tan impresionante como estaba, por lo que le dije adiós desde la habitación sin tan siquiera ir a darle su respectivo beso de despedida. Me dolió en

el alma, pero no alcanzaba a controlarlo. El sutil ruido de la puerta al cerrarse indicó que se había ido sin tan siquiera dar un portazo, algo que yo sí hubiese hecho. Me arreglé lo más rápido posible deseando salir de esas cuatro paredes que yo mismo había mancillado con mi despreciable carácter.

A la entrada del estudio me encontré cara a cara con Brian. Hoy no estaban los ánimos como para que me diera por culo, así que, ignorándole por completo, pasé a su lado y me metí en la sala. No tardando mucho más, llegó Matt, luego, John y, por último, Rave. John supo que algo me pasaba y que estaba relacionado con Ana al verme el pedazo careto que traía. Buscó un momento para hablar sin encontrarlo, teniendo que esperar, pues debíamos darnos prisa para terminar un tema que habíamos dejado pendiente del día anterior. Nada más acabar, ambos nos escapamos a tomar un café. Le conté lo sucedido, añadiendo también que hoy ni siquiera le había dado los buenos días como de costumbre a mi novia. Me miró casi perdonándome la vida y echándome una bronca mundial, la cual merecía:

—Pero ¿qué coño pasa contigo, Ray? ¿Cómo has sido capaz de dejar que salga de casa así? —me dijo levantándome la voz irritado por mi tremenda estupidez.

—No lo sé, John, no he sido capaz de controlarlo y te aseguro que me pongo enfermo solo de pensarlo. Lo último que quiero es hacerle daño —le dije afligido porque sabía lo importante que era para ella este día, sin mencionar con lo que debía de lidiar, mientras su estúpido novio se lo chafaba por completo.

—¿Sabes que con esa actitud lo único que haces es alejarla de ti, so memo? Sinceramente, si quieres verla en los brazos de otro tío, sigue actuando de esta forma —que me dijera eso me dolió muchísimo, pero estaba en lo cierto.

—Nunca había sentido algo así y puede conmigo, John —le expliqué buscando un mínimo de comprensión en mi querido amigo que no estaba por la labor.

—Eres un buen tío, Ray, pero tienes que parar de hacerle esto. La amas y ella a ti, por Dios, ¿qué más necesitas? —terminó diciéndome y callándose al instante al ver que Brian andaba al acecho.

Esas palabras revelaron una gran verdad. Ana solo me amaría a mí, habiendo renunciado a todo por estar conmigo. Lo normal es que hubiese sido ella quien tuviera dudas y no al revés. Se dedicaba en cuerpo y alma en estar siempre para mí, en hacerme feliz y yo le debía lo mismo. Saqué el teléfono de inmediato y le dejé un audio pidiéndole perdón, explicándole que no había sido capaz de controlar esos celos y constatándole que la amaba más que a mi vida. Al enviárselo, me di cuenta de que ella ya me había enviado uno, a primera hora de la mañana, de camino al trabajo. El alma se me cayó a los pies al oír su mensaje. Casi llorando y con la voz entrecortada, me dijo que no alcanzaba a entender por qué no confiaba en ella, ni tan poco comprendía qué eran esos celos enfermizos que me impedían amarla. El hecho de que esta mañana no quisiera ni darle un beso de despedida la había entristecido mucho. Teniendo que irse, pues ya entraba en la reunión, me dijo que no sabría cuánto duraría, por lo que no estaría disponible si la llamaba, aunque si aún seguía mosqueado con ella, casi sería mejor para mí. Antes de terminar el audio, sus últimas palabras fueron: «Te amo y te amaré de por vida. Soy tuya, Ray». Solté un fuerte suspiro oyendo detrás de mí una voz conocida:

—Pobre Ana, seguro que ya le has jodido la vida —dijo mirándome con más desprecio aún del habitual.

—¡Esto no es de tu incumbencia, Brian! Nadie te ha dado vela en este entierro, así que lárgate —le dijo John enfadado tanto por mi actitud hacia Ana como la suya para conmigo.

No tuvo que repetírselo dos veces. Brian salió escopetado sin decir ni una sola palabra más. John era de lo más pacífico, pero cuando se enfadaba, todo el mundo echaba a temblar, exceptuando su novia Jenni, que creo le gustaba verle así, aprovechando para sacarle de quicio cada dos por tres. Continuamos grabando mientras empecé a notar una gran agitación interior que se apoderaba de mí comenzando a preocuparme. Cerca de la una, la voz de Sam, el técnico de sonido, se escuchó a través de los altavoces para decirme que saliera a ver mi móvil, pues llevaba sonando un buen rato. Aunque me pareció muy extraño, salí a comprobar quién narices estaba insistiendo tanto. El número me era desconocido, pero decidí devolver la llamada justo entrándome otra en ese preciso momento. La voz del otro lado no me era familiar hasta que me reveló quién era: la señora Heddren, jefa de Ana. Por unos segundos, me quedé sin saber qué decir, pensando en el motivo de su llamada. Después de verificar que sí que era yo el que le contestaba, me dijo:

—Hola, Ray, perdona mi insistencia, pero necesitaba contactar contigo queriendo hacerlo yo misma en persona. Te llamo por Ana. —No la dejé que terminara al oír su nombre.

—¿Me llama por Ana? ¿No puede llamarme ella? —Mi mente iba a mil por hora pensando en todo menos en lo que estaba a punto de contarme.

—No, Ray, a Ana se la acaban de llevar de urgencia al Hospital San Joseph. —Su voz me pareció temblorosa, algo que empezó a invadir también mi cuerpo a toda prisa.

—¿Cómo que se la han llevado de urgencias? No… no entiendo. —Presa del pánico y sin poder pronunciar ni una palabra más, continué escuchando lo que le había sucedido.

—La reunión de esta mañana ha sido demasiado peliaguda en donde Ana lo ha pasado francamente mal. Al salir, ha regresado bastante alterada a su despacho y…, lo siento voy a ir al grano, se ha desmayado cayendo al suelo, golpeándose la cabeza contra él. Uno de su equipo fue corriendo al oír el estruendo, encontrándosela inconsciente. Me han avisado y, a continuación, hemos llamado a emergencias al ver que no volvía en sí. —Lo primero que pensé es que todo esto era una estratagema para hacerme sentir mal por lo que le había hecho a mi novia.

—No puede ser… —no sabía qué decir—, ¿ha dicho algo el personal sanitario de cómo estaba al llevársela? —Fue lo único inteligente que salió de mi cabeza.

—No. La han inmovilizado y se la han llevado sin perder tiempo. Yo voy de camino. Le veo allí —dijo finalizando la llamada y dejándome paralizado y conmocionado.

Las fuerzas se escaparon de mi cuerpo dejando de reaccionar tras escucharla. Mi mano, que hasta ese momento sostenía el móvil, se abrió de forma involuntaria, dejándolo caer cual roca pesada al suelo. Empecé a marearme. Comenzó a nublárseme la vista logrando tan solo apreciar una imagen borrosa de John al que tampoco alcanzaba a oír con claridad, escuchando solo pronunciar mi nombre, «Ray». Fueron solo unos segundos hasta que un par de cachetadas en las mejillas me trajeron de vuelta. Delante de mí y con cara de extrema preocupación, debido a lo pálido que me había quedado y que no me tenía en pie, John y los otros me preguntaron qué me pasaba. Con un hilo de voz, fui capaz de decir que me tenía que ir, pues a Ana se la habían llevado al hospital de urgencias. Cogí rápidamente mis cosas y me fui. John me siguió impidiéndome que condujese en ese estado y ofreciéndose voluntario para llevarme y quedarse allí conmigo. Se lo agradecí, pues llevar yo la moto, más en esas circunstancias, era jugarme el tipo. Salimos hacia el hospital tan deprisa como nos fue posible. El silencio era el único testigo de cómo me encontraba en esos momentos hasta que John me dijo:

—Tranquilo, amigo, todo va a salir bien, ya lo verás. Ana es una mujer muy fuerte. —Su templanza era lo que más necesitaba en esos momentos, al igual que sus palabras que intentaban reconfortarme de alguna manera.

—John, se ha dado un golpe en la cabeza, es muy serio —dije mientras miraba a ninguna parte y mi mano apretaba con fuerza mis labios implorándome que me mantuviese callado.

—Lo sé, pero no debemos adelantar acontecimientos, ¿vale? —fue lo último que hablamos en el trayecto, el cual se me hizo interminable.

50

John aparcó justo delante de la puerta de emergencias diciendo que entrara yo. Se reuniría conmigo después de aparcar el coche. Entré embistiendo a todo el que se me puso por delante hasta llegar al control. Pregunté por Ana, explicándome con diligencia la encargada de recepción por dónde debía ir. Corrí como nunca lo había hecho, deteniéndome de golpe al ver a una mujer salir a mi paso. Por las referencias que Ana me había dado supe que era su jefa. Se presentó de inmediato como la señora Heddren, constatándome que, en efecto, se trataba de ella. Me apartó hacia un lado e, invitándome a tomar asiento, comenzó a detallarme de manera más exhaustiva lo sucedido. Había sido tal y como me había narrado por teléfono, añadiendo que creía que lo acaecido en la reunión junto con el hecho de que hoy Ana había llegado bastante abatida, habían sido los detonantes de su desmayo. Los médicos le estaban realizando las pruebas pertinentes y que en cuanto supieran algo saldrían a decírnoslo. John apareció al poco, no moviéndose de mi lado en ningún momento. Dudé en si debía llamar a Jeff, pues sabía que andaba delicado del corazón, pero, al fin y al cabo, era su padre y entendía que debía estar enterado. No me dio tiempo nada más que a decirle el nombre del hospital, pues me colgó al instante de decírselo, apareciendo en poco tiempo en la sala acompañado de Bailey. Pensé que estaba de broma al presentarse con él, pero no era el momento adecuado para montar una escena ni yo tenía las fuerzas para ello. Tras explicarle lo sucedido y casi desmayarse como anteriormente yo, nos sentamos permaneciendo todos en un profundo silencio. La manecilla del segundero del reloj parecía ir a cámara lenta. El tiempo de alguna manera no pasaba y, lo peor de todo, los médicos seguían sin salir y, por consiguiente, continuábamos sin tener noticias del estado de Ana. Jeff se puso a mi lado e intuyendo la pregunta que tenía en mente de por qué había venido con Bailey, me contestó con mucho tacto de que, en el momento de mi llamada, se encontraban juntos en el *pub* y que no podía ocultárselo, pues lo quisiera o no, lo entendiese o no, él había formado parte de la vida de Ana durante algún tiempo teniendo derecho a estar allí. Un poco exasperado, por todo en general, le contesté que ahora todo eso me importaba un pimiento y que solo había una cosa imperiosa: saber cómo se encontraba mi preciosa novia. Por suerte, Jeff lo comprendió a la perfección.

Pasado un buen rato, un médico salió preguntando por los familiares de Ana Martínez. Todos nos levantamos, siendo guiado por Jeff para que fuera yo en primer lugar. Lo que nos dijo a continuación fue aterrador. En efecto, presentaba un traumatismo severo en la cabeza producido por la colisión de su cabeza contra el suelo, ocasionándole una hemorragia cerebral. Las pruebas, además, habían mostrado un enorme coágulo en su cerebro que hacía peligrar sus funciones vitales. Después de reunirse los especialistas y evaluar seriamente la situación, habían tomado la decisión de inducirla al coma; de este modo, ayudarían a su cuerpo a centrarse en reabsorberlo al no tener que prestar atención al resto de funciones vitales. Las primeras veinticuatro horas eran cruciales, pudiendo decirnos algo más una vez transcurridas. Eso era ahora lo más importante y es que, aunque estaba grave, permanecía estable, siendo esto último con lo que debíamos de quedarnos. Por ahora no se podía hacer nada más. Nos indicaron que, cuando la tuvieran lista, nos avisarían para pasar a

verla a la unidad de cuidados intensivos, pudiendo entrar nada más que uno de nosotros. El médico desapareció por la puerta dejándonos sin saber qué decir. El pronóstico era desalentador. No sé lo que les pasaría por la cabeza a los demás, pero por la mía solo pasaban las palabras traumatismo, hemorragia cerebral, coágulo y, la peor de todas, «coma», resonando esta como un desagradable taladro. Nos sentamos de nuevo intentando procesar aquella información que parecía sacada de la televisión. O eso es lo que yo sentía, era como estar viendo una película en la que nada de esto estaba sucediendo en la realidad. Pasados unos diez minutos, una enfermera llamó a los familiares de la señorita Martínez para que pasaran a verla. Nadie se movió del asiento, siendo Jeff el que apremió a decir que era a mí a quien le correspondía entrar a verla, alegando, por si alguien tenía la más mínima duda, que Ana así lo querría. Les agradecí que nadie me pusiera en la tesitura de elegir quién debía entrar o quién no porque no hubiera permitido que otro pasase en mi lugar. Me levanté y acompañé a la enfermera hasta un vestuario donde me mandó ponerme una bata, un gorro, una mascarilla y unos patucos para los zapatos, todo ello esterilizado, para a continuación entrar en la uci. Según iba atravesando la sala pude ver a los distintos pacientes que se encontraban también en estado crítico. Fue muy impactante, provocando que mi corazón se acelerara, pero no tanto como cuando, abriendo una cortinilla que hacía de separación, me encontré con la imagen más espantosa de toda mi vida. Tumbada en una camilla con la cabeza totalmente envuelta en vendas y llena de cables que la conectaban a unas cuantas máquinas yacía el cuerpo de mi preciosa novia que en esos momentos se debatía entre la vida y la muerte. Me puse a su lado, cogiéndole de la mano acariciándosela con suavidad. En ese preciso momento, y tras hablarle sin obtener respuesta, mi mundo se desmoronó por completo. Esto no podía estar pasando, no era real. Sin ella, ni mi vida ni nada de lo que hacía tendría ya sentido. No podía creer lo que estaban viendo mis ojos mientras escuchaba una serie de ruidos, entre ellos el del respirador, el de sus latidos a través del monitor que mostraba sus signos vitales y otros cuantos más que no llegué ya a identificar. Le pasé la mano por su lindo rostro esperando que abriera sus impresionantes ojos, dedicándome esa mirada de amor que tan loco me volvía, pero no los abrió. No alcanzaba a comprender cómo había sucedido esto ni por qué me la quería arrebatar tan pronto después de lo que había pasado para llegar hasta mí. Maldije al cielo por arrancarla así de mi lado, por dejar que entrara en mi vida para luego volver a llevársela. No dejé de acariciarla hasta que la enfermera volvió indicándome que el tiempo de visita había llegado a su fin y debía irme. No quería dejarla sola, pero me obligaban a abandonar la sala. Con todo el dolor de mi corazón, le di un beso en la frente y salí de allí. Mientras me quitaba todo lo que me habían hecho ponerme, mi cuerpo comenzó a temblar. Nunca había tenido esa sensación, miento, sí que la había tenido la vez que mi madre murió, aunque la había olvidado por completo hasta ahora. Crucé las puertas hacia la sala de espera sintiendo una horrible desazón que me quemaba por dentro. Me apoyé en la pared, pues ya no podía con mi cuerpo, dejándome caer al suelo asustando a los demás que vinieron corriendo a levantarme. Con la ayuda de todos, pudieron ponerme de nuevo de pie. Me hablaban, pero no entendía lo que decían, pues lo único que tenía en mi mente era la imagen de Ana inerte, conectada a todas aquellas máquinas sin saber si despertaría o no. Desde lo de mi madre no había vuelto a llorar, ahora, sin embargo, las lágrimas fluían con voluntad propia por mis mejillas. John, que jamás me había visto así por muy jodido que hubiera estado, me abrazó fuertemente para que soltara todo lo que llevaba dentro. Una serie de llantos chillones y agudos se escaparon de mi cerrada garganta. Devastado por entero, continué así un buen rato, llorando sin cesar, no encontrando consuelo alguno. Cuando me calmé un poco, me senté otra vez. Como pude, les

expliqué a los demás lo que había visto. Todos permanecimos cabizbajos sin saber qué decir. Tras unos minutos y viendo que no podíamos hacer ya nada más allí, decidimos irnos. En ese día ya no había más visitas y, por consiguiente, no nos permitirían pasar de nuevo a verla. La jefa de Ana debía volver a la oficina, por lo que fue la primera en despedirse. Comentó que iba a realizar unas llamadas para contactar con un amigo que era una eminencia en neurocirugía para que viniera lo antes posible y viera a Ana. En tan poco tiempo le había cogido muchísimo cariño, por lo que haría lo que estuviera en su mano para ayudarla. Jeff, destrozado al igual que yo, permaneció callado dándome la sensación de que, de alguna forma, sabía y sentía por lo que su «hija» estaba atravesando, algo a lo que el resto éramos ajenos. Existía una conexión especial entre ambos, eso era innegable. Bailey, del que tengo que decir que se comportó de forma ejemplar, le cogió para decirle que también era hora de que se fueran. Así que, tras un fuerte abrazo, se despidieron acordando en que estaríamos en contacto todo el tiempo, avisándonos si se producía algún cambio. John me preguntó a dónde quería que me llevara, no pudiendo darle una respuesta concreta. En mi estado no podía cantar ni tocar, por lo que llamó a los chicos para informarles de que ninguno de los dos volveríamos al estudio por el día de hoy. Tampoco quería irme a casa, pues todo me recordaría a Ana y, ahora mismo, no reunía las fuerzas suficientes para afrontarlo. Necesitaba despejarme un poco, por lo que cogimos el coche y nos fuimos a dar una vuelta. Conducíamos sin rumbo fijo hasta que, recordando la playa donde fui varias veces con Ana, le indiqué para dirigirnos hacia allí. No había apenas gente. Nos quitamos los zapatos y caminamos por la arena sentándonos cerca de la orilla del mar. Las lágrimas volvieron a escaparse de mis ojos al pensar las veces que había estado allí con ella y que quizás jamás volvería a hacerlo. John me cogió y me apoyó contra su hombro sin decir nada, brindándome el cariño de un amigo. Mi cabeza volvía a la carga, pues me sentía culpable por lo que le había ocurrido. Si alguien me hubiera advertido de que pasaría esto, os juro que mi comportamiento hubiera sido muy diferente o hubiera hecho lo impensable para que así fuera. Jamás debí dejar de amarla, ni de mimarla, ni de hacerle saber lo importante que era para mí. No le había dado tiempo a escuchar mi mensaje, por lo que si, y casi no puedo ni mencionarlo, no despertara, se iría con la tristeza de que no la amaba lo suficiente y eso me partía el alma, pues era todo lo contrario, ella era lo que más amaba en el mundo entero. Pasamos bastante rato mirando al horizonte, escuchando el sonido del mar, con el corazón en un puño. Las palabras de mi querido amigo, insistiendo en que no debía culparme por lo sucedido, resbalaban por mi mente al igual que las lágrimas por mis mejillas. Yo tenía la certeza de que en gran parte sí que era el responsable y, por mucho que intentara convencerme de lo contrario, iba a seguir pensando lo mismo.

Más tarde me dejó en casa, a pesar de su invitación a quedarme con ellos. Agradeciéndoselo muchísimo, lo decliné, pues necesitaba estar solo. Al entrar, millones de imágenes comenzaron a cruzar por mi mente, unas buenas y otras relacionadas con lo sucedido por la mañana. Después de darme una ducha y ponerme cómodo, me senté en el ventanal, emulando la vez en la que tocando fondo llamé a mi ángel. Tenía la esperanza de que si la llamaba de la misma manera, volvería de nuevo a mí. Me quedé dormido, exhausto de tanto llorar. Por la tarde, el sonido del móvil me despertó de un sobresalto. John me había enviado un mensaje para preguntarme si necesitaba algo y si tenía noticias del hospital. Después de responderle que no y de que me encontraba todo lo bien que se podía estar en estas circunstancias, me eché en el sofá. Recibí otro par de mensajes de Jeff y de la jefa de Ana para decirme lo mismo, que ahí estaban para lo que necesitara. Por la noche no pegué ojo, comprobando si mi teléfono tenía batería y estaba disponible por si me llamaban del

hospital. Las pesadillas también me atormentaron, pero lo que más me inquietó fue cómo y dónde estaría el amor de mi vida.

Al día siguiente, volvimos Jeff y yo al hospital. Aunque los demás se ofrecieron para acompañarnos, no quisimos apartarlos de sus quehaceres, por lo que decidimos ir solo los dos. Gracias a la insistencia de la jefa de Ana, la cual tenía mucha influencia en ciertas esferas, nos permitieron entrar a ambos a verla. Continuaba estable, habiendo superado las veinticuatro horas críticas. Nos informaron de que iban a realizarle otro escáner cerebral para comprobar si el coágulo había disminuido y que nos avisarían del resultado tan pronto lo tuvieran. En vista de que tendríamos que esperar bastante, fuimos a la cafetería a comer algo, pues yo llevaba sin tomar nada, a excepción de un café, desde el día anterior. No tenía demasiado apetito, pero Jeff insistió en que debía de estar fuerte por Ana. El pobre se había llevado la misma impresión que yo al verla, saliendo muy desmoralizado de allí. Ella también era su vida. Al regresar, pasada cerca de media hora, ya tenían los resultados de las pruebas. Las noticias que nos dieron fueron, en cierto modo, alentadoras, ya que el coágulo había comenzado a reducirse, aunque de una forma muy lenta. La mantendrían en coma todo el tiempo posible hasta que su cuerpo lo reabsorbiera por entero. Durante la mañana la llevarían a una habitación, permitiendo quedarnos todo el tiempo que deseáramos con ella. Jeff me obligó a irme a casa un rato hasta que todo estuviera dispuesto, pues ya le había manifestado mi intención de quedarme allí día y noche hasta que despertara, no volviéndola a dejar sola. Pensé que intentaría convencerme de que nos turnáramos, pero, para mi sorpresa, fue todo lo contrario. Me animó a ello, comentándome que él vendría en cuanto pudiera para relevarme y, de este modo, pudiera salir a comer y a despejarme un poco. Ya en casa, me preparé una bolsa con todo lo necesario y, tras la llamada de Jeff diciéndome en qué habitación la habían ubicado, salí hacia el hospital.

Esa tarde y la primera noche fueron un completo horror, y no es que las restantes fuesen mejor, sino que, de algún modo, me acostumbré a esa situación. Los distintos ruidos de la maquinaria que la mantenían con vida me helaban la sangre. Me destrozaba verla así, sin poder hacer nada, tan solo esperar. El tiempo comenzó a pasar en tanto que Ana no se recuperaba como debería. Los médicos decían que no era lo usual, pero que se encontraba dentro del rango de lo que se podría catalogar de «normal». Cada cuerpo y cada persona era un mundo e iban a ritmos diferentes. Así se fueron sucediendo los días y, con ellos, la semana, en la que no me separé de ella, a excepción para comer algo y estirar un poco las piernas. Todos se portaron genial y me apoyaron al cien por cien.

51

Uno de aquellos interminables días, comencé a mirar hacia atrás, pensando en aquel momento en el que entré por la puerta del *pub* y la vi, reviviendo cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día todas aquellas vivencias y sensaciones con la misma intensidad, como si la historia se repitiese de nuevo, aunque esta vez en mi memoria. Esto no podía terminar así. ¿Qué sentido tenía haberla enviado para salvarme cuando perderla significaría acabar conmigo? Ofrecí millones de veces intercambiarme con ella, que me llevara a mí en su lugar, cualquier cosa con tal de que me la devolviera. Le aseguré a su creador que haría lo que fuese, tan solo tenía que pedírmelo y lo haría sin pensarlo ni un segundo. A finales de semana, y sin entender por qué no despertaba, pues el coágulo ya había desaparecido, los médicos ya no eran tan halagüeños con su pronóstico como al principio, comentando que sus posibilidades de despertar disminuían cada día que pasaba en coma. No soy un hombre religioso como tal, aunque tengo mis creencias, claro está, pero estaba tan desesperado que me fui a la capilla del hospital en busca de respuestas y en un último intento para suplicar por clemencia. No me preguntéis cómo lo sabía, quizás por esa conexión tan singular que existía entre nuestras almas, en la que yo la sentía a ella y viceversa…, no sé, pero algo en mi interior me decía que o despertaba ahora o jamás lo haría. Después de soltarle a las cuatro paredes de la capilla todas mis súplicas, me acordé de cuando Ana le dio el ultimátum a su creador funcionándole esa estrategia. Así que eso es lo que pensé en hacer, aunque no tenía ni idea de qué podría querer de un mindundi como yo, hasta que caí en lo más preciado que posee el ser humano: su alma. Con todo mi convencimiento, pues juro que hubiera hecho hasta lo imposible, le dije que o me la devolvía o le daría mi alma al mismísimo diablo si hacía falta. Reitero que no soy muy creyente, pero sí sabía perfectamente que los ángeles y demonios sí que existían, habiendo sido testigo de ambos, aunque no con el aspecto tal cual nos dicen que tienen, entonces, ¿por qué no creer en este caso en una maldad suprema a la cual denominaban «diablo»? Transcurrido un rato, no pasó nada, nada en absoluto, nadie se comunicó conmigo ni Ana despertó tampoco.

Regresé a su lado abatido, contándole que lo había intentado todo, pero sin dar resultado. El sonido de un abrir y cerrar de la puerta de la habitación me indicó que alguien había entrado: era Jeff, el cual, por la expresión que pude apreciar en su rostro, había escuchado lo que le había estado narrando a Ana. Me puso la mano en el hombro y me dijo que hasta el último suspiro siempre había que albergar esperanza. Tenía el convencimiento de que debía de haber algo que yo pudiera hacer, algo con lo que no había dado aún, animándome a que me concentrara recordando las veces que ella y yo habíamos conversado, pues ahí encontraría la respuesta. Para entonces me había quedado más que claro que Jeff había sido puesto en su vida para guiarla y cuidar de ella mientras me encontraba, dándome la sensación de que él sabía lo que yo tenía que hacer sin poder revelármelo por motivos desconocidos para mí. El pobre estaba deshecho casi tanto como yo. Me obligó a salir de la habitación e irme a tomar un café para poder desconectar un rato y así pensar con claridad. Le hice caso y me fui a la cafetería. Una vez allí, fui consciente de lo bien que me había venido esa mínima desconexión; sabía que Ana se encontraba en la mejor de las compañías, lo que me proporcionó una

ligera tregua. Por increíble que parezca, no tuve que esforzarme en recordar lo que habíamos hablado desde que nos conocimos, fluyendo por mi cabeza todas aquellas conversaciones como si de una cinta se tratase, la cual se había puesto en marcha reproduciendo cada una de ellas a la perfección. De aquellas, la de cuando me reveló quién era en realidad, fue la que se quedó fija en mi mente, recordándome lo que me había dicho de que no debería de haberme oído cuando la llamé, y, sin embargo, lo había hecho. Un golpe en mi mesa, proporcionado por una desconocida mujer, me sacó de mis pensamientos haciendo que me fijase en ella. Jamás la había visto, ni tan siquiera me dijo nada, solo se quedó allí de pie, asintiendo con la cabeza hasta que, pasados unos segundos, se dio la vuelta desapareciendo por la puerta. Ahora sé que fue otra guía que nos pusieron. Entonces lo vi claro, debía llamarla de nuevo para que me escuchase donde quisiera que estuviera y así poder regresar a mi lado. Subiendo en el ascensor de camino a la habitación, un cartel mal pegado en una de sus paredes anunciando la presentación de una nueva banda, me hizo reflexionar en lo mucho que Ana amaba la música y lo que para ella siempre había representado el que yo tocara la guitarra eléctrica. Cuando las puertas se abrieron, salí corriendo hacia la habitación donde Jeff prestaba guardia. Le comenté lo sucedido, insistiéndome en que no había ningún cartel semejante en el ascensor. Pensé que igual había subido en el otro y que quería tomarme el pelo, aunque las circunstancias no estaban como para bromear, pero terminó confirmándome que había sido en el mismo. Me dirigí de nuevo al ascensor para salir de dudas, el cual aún seguía allí. Las puertas se abrieron comprobando al entrar que no había rastro ninguno del dichoso cartel. «Seguramente alguien lo ha arrancado y tirado, pues no era el sitio correcto para publicitarse», pensé, pero no había tardado nada en ir y venir, así que era del todo imposible. Sin duda se trataba de una señal, otra de las muchas que recibí en calidad de ayuda, confirmándome que iba por el camino correcto. Llamé de inmediato a John, el cual se llevó un susto tremendo pensando en que había sucedido lo peor. El pobre había permanecido a mi lado en todo momento, a excepción de cuando debía de ir al estudio o cuando me quedaba demasiado tiempo en la habitación. Ana se había convertido en alguien muy especial para él también. La quería mucho, habiendo ocupado un gran lugar en su corazón. Había influido en su relación con Jenni hasta el punto de proporcionarles la paz que tanto necesitaban. Tras tranquilizarle, comentándole que todo seguía igual, le pedí que me trajese mi guitarra junto con los atrezos correspondientes, así como dos auriculares, uno para mí y otro para ella, de modo que pudiera tocar sin molestar. Por él supe que el resto de los miembros de la banda había mostrado respeto absoluto, preguntando en todo momento por Ana, a excepción de Brian, que me hacía único responsable de lo ocurrido, diciéndole a todo el mundo que, desde que estaba con ella, había arruinado su vida, siendo esta la prueba irrefutable de ello y por lo que John, harto de sus gilipolleces, le había dado su merecido, cosa de la que me enteré mucho después. Sin perder tiempo, pues era de lo que menos teníamos, realizó el encargo presentándose a la media hora en el hospital. Entró en la habitación quedándose lo justo, puesto que no podía verla así; se le partía el corazón cada que vez que la observaba yaciente en la cama enchufada a todas esas máquinas. Admiraba mi fortaleza por permanecer continuamente a su lado, sin tener ni idea de que yo ya me había roto en mil pedazos desde hacía mucho tiempo, empezando desde lo de su accidente y continuando cuando Ana sufrió una parada cardiaca a los pocos días de estar ingresada, en la que pensé que la había perdido para siempre. Y, no, no me resultaba fácil, pero quería que cuando despertara yo fuera lo primero que ella viese. Estaba en este mundo para mí y yo lo estaría también para ella. Jeff y John se fueron un rato a la cafetería mientras yo terminaba de disponerlo todo. Tras la visita rutinaria de los

médicos y las debidas comprobaciones de los equipos constatando que no había habido cambios comencé a tocar. Me tiré tocando sin parar durante dos días y dos noches sin que Ana mostrara ningún síntoma de mejoría ni de que me escuchara. Ambos se fueron turnando para hacerme compañía al ver mi desesperación, ofreciéndose John a relevarme tocando. Le expliqué que no era así como funcionaba y que solo respondería a mi llamada y no a la de ningún otro, por lo que continuaría tocando yo el tiempo que hiciera falta. Creo que nunca comprendió lo que le quise decir con eso, pero, aun siendo así, jamás me preguntó. Un nuevo día daba comienzo mientras mi fe por recuperarla flaqueaba, amenazando con desmoronarse de una vez por todas. Mis dedos, los cuales estaban llenos de heridas, casi no respondían a mis movimientos. La había perdido, Ana se había ido y ya nunca regresaría. A partir de ese momento, no sería más que un muerto en vida. Mi garganta empezó a cerrarse, mis cuerdas vocales a enmudecer, no siendo capaces nada más de emitir un grito desgarrador de dolor. Siempre había pensado que el sufrimiento padecido con la muerte de mi madre había sido el más terrible, pero, Dios mío, qué equivocado y alejado de la realidad estaba. Sentí como si me hubiesen arrancado las entrañas y el corazón de cuajo al mismo tiempo. La lágrimas se desbordaron saliendo por mis ojos como el agua de una presa al ser liberada. Con el único acorde que mi cuerpo fue capaz de dar, ahogado y destrozado, la llamé por última vez.

A punto de perder el conocimiento debido al inmenso esfuerzo que había realizado durante todo este tiempo, teniendo que sujetarme Jeff para no caerme redondo, una de las máquinas empezó a pitar. Los médicos llegaron enseguida con el equipo de reanimación, pues Ana volvía a sufrir extrasístoles ventriculares. Ya no podía más, estaba exhausto, se había acabado, ya no quedaba nada por lo que luchar. Los médicos prepararon las palas a punto de tocar su desnudo cuerpo cuando un grito ensordeció al hospital entero: «¡¡¡¡RAY!!!!».

«¡¡¡¡RAY, RAY!!!!», dijo Ana despertando de golpe para mi asombro y el de los médicos que ya la daban por perdida como acababa de hacerlo yo. Continuó gritando mi nombre mientras miraba la habitación intentando entender dónde se hallaba. Me abrí paso entre el personal enfermero poniéndome delante suyo y diciéndole: «Estoy aquí, estoy aquí», comenzando a sollozar angustiosamente al verme. Agarrándola con extremo cuidado, la estreché entre mis brazos sintiendo el latir acelerado de su corazón y su incesante gimoteo al que me uní consciente de que, al fin, había regresado a mí. Me permitieron permanecer abrazado a ella tan solo unos instantes, ya que necesitaban comprobar su estado. Tras una primera revisión, los médicos constataron que se encontraba fuera de peligro, aunque decidieron someterla a unas pruebas más para descartar cualquier complicación y posibles secuelas. Jeff, que estaba también hecho un mar de lágrimas por la emoción de verla despierta, aprovechó antes de que se la llevasen para darle un tierno beso en su frente. Después de unos segundos, los médicos le apartaron con cautela, pues debían realizarle las pruebas lo antes posible. A punto de llevársela, Ana se agarró a mí suplicando que no la separaran de mí. Su gesto pálido y horrorizado al pensar que saliendo por la puerta podría volver a perderme me dieron mucho en qué pensar. Esto me llevó a preguntarle, en más de una ocasión, si recordaba algo de cuando estuvo en coma, no llegando a proporcionarme ninguna de las veces una respuesta concreta, no sé si debido a que, en realidad, no recordaba nada relacionado con ese episodio o, si de verdad lo hacía, no estaba por la labor de contármelo. Nada más llevársela, Jeff me abrazó llorando ambos como una magdalena, aunque esta vez de alegría. Susurrándome al oído, me dio las gracias

por no rendirme y haber hecho que regresara de nuevo. John se sumó al abrazo, pues estaba conmovido, compartiendo la misma alegría que nosotros.

Todas las pruebas que le realizaron salieron bien, por lo que los médicos decidieron que a la mañana siguiente le darían el alta, pudiendo abandonar el hospital y regresar a casa. Ana hubiera deseado salir de allí en ese mismo momento, pero aún continuaba débil, por lo que, por su bien, la mantendrían unas horas más bajo vigilancia. A mí me daba igual, pues lo único que quería es tenerla a mi lado y, gracias a Dios, ya la tenía. Había una cosa pendiente que deseaba hacer y era ir a la capilla para darle las gracias a su creador por habérmela devuelto. Aproveché la ocasión para escabullirme cumpliendo mi deseo mientras John recogía mis cosas y Jeff estaba con Ana. Después de regresar, no volví a separarme de ella, excepto para ir al baño. Ese día significó para todos un nuevo comienzo. Por la tarde se acercaron Bailey y su jefa a verla, viviendo momentos muy emotivos en los que todos acabamos llorando de puro júbilo. A la mañana siguiente, y tras darle el alta, nos dirigimos a casa. Al entrar por la puerta, Ana se abrazó a mí temblorosa. Le acaricié su cabello y le di dulces besos en su preciosa cabecita. Lo único que se me ocurrió en ese momento fue pedirle perdón por haber sido un tremendo imbécil y haber permitido que se fuera de casa sin saber lo mucho que la amaba. Nunca más dejé de mostrarle mi profundo amor por ella o de negarle un beso de buenos días o buenas noches por muy enfadados que estuviéramos, algo que tan solo ocurrió en contadas ocasiones y siempre por mis cabezonerías. También busqué el modo de controlar mis celos, aunque no siempre me funcionaba. Pero, aun así, no volví a cometer aquel tremendo error. Fue una lección que aprendí de la peor de las maneras.

52

Nuestra vida cotidiana fue retornando de forma lenta y progresiva. La primera semana fue bastante dura y un poco caótica, turnándonos para no dejar a Ana sola ni un instante debido a que se encontraba débil, asustándonos la idea de que en algún momento se levantara y pudiera volver a caerse, golpeándose de nuevo en la cabeza. Se negaba a ello, pero al final no tuvo más remedio que acatar nuestra decisión. A los pocos días, en contra de lo que yo opinaba al respecto, se puso ya a teletrabajar desde casa. Cuando estaba en el estudio, aprovechaba cada momento libre para llamarla y hablar con ella. La paranoia por no volver a perderla se apoderó por completo de mí, lo que me hizo ser más pesado incluso que cuando nos conocimos, cuando no la dejaba ni respirar por mi deseo de verla y estar a su lado. Lo bueno es que no era el único, pues, cuando regresaba a casa, su manera de mirarme, de abrazarme y de besarme me indicaban que ese gran miedo era compartido. Fue mejorando a pasos agigantados, poseedora de una fuerza sobrehumana, nunca mejor dicho, dejando conmocionados a médicos y a todos los que la rodeaban. Pronto pudimos volver a amarnos poseyéndonos en cuerpo y alma, algo que ambos habíamos estado esperando desde hacía tiempo, habiéndonos echado muchísimo de menos.

Una noche, al volver del baño, vi una luz divina emanar de su pecho. Ana dormía, por lo que ni siquiera era consciente de ello. Puse mi mano encima atraído por la curiosidad de ver qué se sentía, lo que hubiera deseado no haber hecho si alguien me hubiera dicho lo que después me esperaría. Al principio, todo era calor y paz hasta que me mostró algo para lo que no estaba preparado. Una terrible oscuridad se cernió ante mis ojos. De alguna forma, podía percibir un tipo de presencias, pero no verlas. Caminaba sin rumbo debido a que todo estaba oscuro y no podía ver nada. Gritaba y gritaba por ayuda sin que nadie me respondiera. Una sensación de frío comenzó a recorrerme el cuerpo, dejándome helado y casi paralizado. Fue entonces cuando noté que alguien me clavaba un objeto puntiagudo por la espalda. Me revolví echando a correr, chocándome con cosas que no veía, cayéndome y levantándome mientras sentía esta vez como me arañaban el brazo. Me di de bruces contra el suelo al intentar escapar de algo que me sujetaba por la pierna, haciendo que me quedara quieto e inmóvil, costándome respirar, presa del pánico por no saber qué estaba sucediéndome ni qué era lo que me atacaba todo el rato. Me agarraron del cuello, levantándome literalmente en el aire. Por un breve espacio de tiempo, pude ver unas figuras que se cernían a mi alrededor, poseyentes de afilados dientes y descomunales garras. Comencé a revolverme horrorizado hasta que la imagen desapareció dejándome en una nueva y completa oscuridad. Sabía que seguían ahí, el gélido ambiente y ruidos extraños me lo revelaban. De repente, el recuerdo del dolor sufrido ante la inminente pérdida de Ana regresó a mi mente siendo lo que ahora volvía a sentir, pero multiplicado por un millón. Miles de afilados cuchillos me apuñalaban por todo el cuerpo hasta notar, a sabiendas de que eran esas garras las que en mí se clavaban, como una de ellas atravesaba mi pecho intentando arrancarme hasta las entrañas. Me dejaron por unos instantes, volviendo a atacarme al intentar escapar. Voces terroríficas empezaron entonces a bramar: «Todo es mentira, ni siquiera te miró cuando entró en el *pub*, todo ha sido producto de tu imaginación, Ray nunca te amó y nunca te

amará». Los ataques y las voces se sucedieron una y otra vez hasta que no pude más. Tras una desolación que casi me mata, y justo cuando una de esas garras penetraba de nuevo en mi pecho, clavándoseme en el corazón, la oscuridad se disipó regresando todo a su origen. Quité mi mano de inmediato desapareciendo su luz por completo. Me quedé mirándola, temblando, sin poder creer lo que acababa de suceder. Jamás había sentido algo de tal magnitud. Todo este tiempo me había centrado en mi propio sufrimiento, pensando que había sido el único que había padecido lo inimaginable con lo de su accidente. Sin embargo, esto lo superaba con creces. Ana, mi preciosa novia, mi ángel, la mujer de mi vida, había permanecido todos y cada uno de esos días en ese… Ni siquiera sé cómo llamarlo, inframundo, soportando un dolor inhumano y creyendo que yo no la amaba. Tuve la sensación de que la luz me lo enseñó por algún motivo y no por pura casualidad. Creo que para que supiera de primera mano por todo lo que ella había pasado de nuevo, para volver a estar conmigo, al no querer contármelo. Sin dudar, entendí que su creador fue quien quiso mostrármelo para que fuera consciente de hasta dónde llegaría Ana por mí y por mi amor. En parte para que me sintiera mal por no haber tenido que pasar por nada semejante por el suyo o como castigo para hacerme sentir culpable, no lo sé. Todo ello me hizo pensar en cuánto horror le había hecho padecer sin necesidad, solo para demostrar que su amor iba más allá, escapando a cualquier entendimiento. Esta vivencia suya me atormentó durante bastante tiempo hasta que mi ángel, conocedora de algún modo de ese sufrimiento, me hizo ver que no necesitaba ni pruebas ni ninguna demostración por el estilo de mi parte, únicamente mi amor. Y de eso llevaba cargado mi interior que sería solo y de manera exclusiva para ella. Muchos de aquellos oscuros y difíciles momentos vividos me sirvieron, más adelante, para la creación de temas que posteriormente incorporamos en el álbum convirtiéndose en grandes éxitos. A través de ellos, conectamos en demasía con el público al cantarlo y tocarlo desde lo más profundo del corazón. Al final hay cosas como el dolor, el amor, la pérdida, etc., con las que nos sentimos identificados uniéndonos como imanes los unos a los otros. A mi mujer le dediqué cientos de canciones, habiendo una en especial que fue la que más le gustó en la que narraba todo lo que sentí cuando la vi y cómo mi amor se fue intensificando a medida que fuimos conociéndonos. Esa canción se tituló: *Mi ángel*.

Poco a poco, fuimos recuperando nuestra vida que, después de tanto tiempo, volvía a sonreírnos de nuevo.

El tiempo transcurrió a velocidad vertiginosa pasando más de medio año desde lo sucedido. Ana se volvió un hacha y una pieza clave en su empresa, gracias a su intachable intuición y su don para ver en el interior de las personas, nombrándola su jefa su mano derecha. Nosotros tuvimos bastante éxito, ayudados en gran parte por la compañía donde Ana trabajaba, que se volcó publicitándonos y gestionando todo el *marketing*. Comenzamos a tocar por todo el país, habiendo veces en las que teníamos que pasar algún día fuera de casa, algo que yo llevaba francamente mal, pues no quería separarme de Ana bajo ningún concepto, aun sabiendo que se quedaba en buenas manos, puesto que Jeff y su jefa velaban por ella en todo momento, más aún no estando yo. No soportaba el no poder verla, y menos estar sin ella, era mi vida. La pobre me acompañaba siempre que podía, apoyada por su jefa quien organizaba los viajes de negocios intentando que coincidiese cuando nosotros también estábamos fuera e, incluso, haciendo que pudiésemos vernos en todo momento. Nos ayudaba de manera incondicional, siendo gracias a ella que no me volví loco de desesperación en innumerables ocasiones. Llegó el esperado día en que nos ofrecieron hacer giras por todo el mundo, a lo que yo me negué. Me había adelantado hablando de este tema con mis compañeros, previendo que esto

acabaría sucediendo, los cuales ya sabían mi respuesta y mi posición en lo relativo a viajar y pasar meses haciendo giras por todo el mundo alejado de Ana, sobre todo desde que estuve a punto de perderla aquella vez. Ella era mi prioridad y no la dejaría ni por nadie ni por nada. A mí me bastaba con llegar hasta donde lo habíamos hecho. Jamás había soñado o aspirado a más. Y aunque Ana me animaba e insistía en que ya encontraríamos la manera de solucionarlo llegado el momento, lo rechacé. Y no fue el único, todos coincidimos en que ya teníamos una edad en la que, con tocar en nuestro país, que no era poco, nos era más que suficiente. Ese había sido nuestro único objetivo sin ningún otro tipo de aires de grandeza. Brian y Matt, este último comido la sesera por su amigo, fueron los que más pegas pusieron y a los que se les brindó la oportunidad de abandonar el grupo para que pudieran optar a formar parte de otra banda ampliando su fama si así lo deseaban.

Tal y como yo había previsto según se tornaban los acontecimientos, Brian terminó por abandonar la banda, aunque para nada había contado con la forma en la que lo hizo: en el último instante, justo antes de un importantísimo concierto, intentando causar el mayor daño posible. Para su desgracia, y gran suerte nuestra, un amigo de Rave, quien le había acompañado al concierto siendo además un hábil teclista, pudo saltar a tiempo salvándonos el pellejo, haciéndolo francamente bien y pasando a formar parte de la banda desde ese instante en adelante. Su ego, desprecio y asqueamiento al verme triunfante y feliz le machacaban por dentro. Os aseguro que no tenía nada que ver con que aún siguiera enamorado de Ana, para nada, sino con el hecho de que yo me había salido con la mía al habérsela arrebatado. Seguía sin poder aceptar que fuéramos pareja, empeorando la situación cuando en la primera presentación en público de la banda aproveché y, arrodillándome delante suyo y mostrándole un anillo de pedida, le pregunté: «¿Quieres casarte conmigo?», delante de todos, dándole casi un infarto al ver cómo me decía que sí, profesándonos amor eterno. Como el ansia viva que soy, en a lo que a la mujer de mi vida concierne, no tardamos en casarnos, celebrando una boda sencilla e íntima en la playa al atardecer, la hora mágica de Ana y, desde que la conocí, también la mía. Lo celebramos rodeados de nuestros amigos y personas más allegadas. Jeff fue el padrino y Heddren, su jefa, la madrina al no tener a mi madre para acompañarme al altar. Además de salir con Jeff, el cual encontró en ella a una inmejorable compañera pudiendo vivir feliz después del fallecimiento de su esposa hacía mucho tiempo, se convirtió en una madre para ambos cuidando y protegiéndonos en todo momento. Como testigos de nuestro enlace, nombramos a John y Jenni, con la que Ana había congeniado bastante bien. Mi padre hizo una aparición fugaz y solo porque mi mujer insistió en ello, volviéndole a perder la pista nada más irse. Recordaré por siempre lo impactante y sumamente bella que iba mi novia. El estilista Víctor H., gran amigo de Heddren y nuestro después de esto, la vistió como lo que ella era en realidad: un ángel, dejándonos a todos con la boca abierta. Lloré mucho, muchísimo, al verla delante de mí, decir sus votos y darme el «sí quiero», sucediéndole lo mismo a ella cuando fue mi turno. Declarados marido y mujer, y tras el «puedes besar a la novia», nos acercamos para sellar nuestra unión con un beso, asemejándose al de la primera vez cuando la besé en el *pub* por la apuesta, loco de amor por ella. Después de la boda, nos fuimos de luna de miel visitando lugares espectaculares y viviendo los mejores días de nuestra vida, pudiendo pasar las veinticuatro horas del día juntos.

Llevando una vida que se podía catalogar de idílica, aun con nuestros altibajos, su creador, como mi mujer le llamaba, decidió continuar poniéndonos nuevos retos y obstáculos en el camino para demostrarle cómo de sincero era nuestro amor. Uno de ellos fue cuando Ana se quedó «de milagro» embarazada sin tan siquiera saberlo hasta que un día en el trabajo empezó a sangrar teniendo que

llevársela de urgencias y donde le diagnosticaron que acababa de abortar. Y digo de milagro porque ella tomaba una pastilla anticonceptiva y no tenía la regla desde hacía mucho tiempo, siendo imposible un embarazo no planeado. Esa fue mi segunda salida pensando en que de nuevo quería arrebatármela. El episodio fue sumamente doloroso, en especial para Ana. Aún recuerdo el desgarrador grito que dio, cuando le dijeron que había abortado, al pensar que había acabado con la vida de nuestro bebé: un ser inocente fruto del amor más puro e inimaginable sobre la faz de la tierra, al haber continuado tomando la píldora. Al principio, no quiso ni verme, pues se sentía culpable odiándose a sí misma por ello, aunque con la ayuda de los médicos y los psicólogos consiguieron hacerle entender que nadie tenía la culpa, siendo algo que sucedía a menudo. Cuando al fin accedió a que fuera con ella, fue incapaz de mirarme a los ojos. La abracé mientras me pedía que la perdonara, una y otra vez, por haber matado a nuestro bebé. Le hice saber que no la culpaba, asegurándole que la amaba más que nunca. A mí no me afectó en gran parte, pues ni tan siquiera había pensado en ser padre, o por lo menos no en ese momento, pero a ella sí. Y, aunque se le fue pasando al cabo del tiempo, nunca llegó a superarlo del todo, de alguna manera, y a pesar de saber que había sido otra prueba más de su creador, se sentía responsable. Estaba conectada a aquella alma destinada a haber sido nuestro hijo o nuestra hija. Ella, la que una vez fue un ángel, había terminado con la vida de otro ser y eso no le resultaba fácil de digerir. Después de todo lo ocurrido, y con el tiempo, terminé comprendiendo que cada una de las pruebas a las que fuimos sometidos no eran para ver el alcance de mi amor por Ana, como siempre había supuesto, sino todo lo contrario, eran para ver hasta dónde estaba ella dispuesta a llegar por el suyo hacia mí. Como que renunciar a ser un ángel en el cielo no hubiese sido prueba suficiente, además, la había abandonado entre las almas perdidas para que la engañaran intentando convencerla de que todo lo nuestro había sido una gran mentira, no sucediendo jamás, partiéndole el corazón. La sometió a una tortura y dolor inmensurables solo para que regresara a su lado. Le produjo un embarazo para hacerla abortar a continuación, intentando abrir una brecha en nuestro amor y en su ya afligida alma. Al comprobar que su ángel prefería sufrir eternamente por no tenerme antes que volver a su lado y al demostrarle que lucharíamos por nuestro amor enfrentándonos a lo que hiciera falta, juntos, no le quedó más remedio que aceptarlo permitiéndonos vivir nuestra vida en paz. En realidad, nunca pude culparle, pues, al fin y al cabo, yo la había hecho sufrir en innumerables ocasiones, a pesar del profundo amor que sentía por ella.

Ana me mostró la importancia de creer en uno mismo, de quererse, transmitiéndomelo a través de su amor y haciendo que confiara cada vez más en mí. Me costó, pero fui recuperando la fe en mí mismo, así como en la humanidad. Hizo que pudiera deshacerme de mis demonios al conocer mi pasado y no juzgarme por ello, ni dándole importancia. Su luz no se extinguió, de hecho, aún la acompaña. Estoy seguro de que su misión era guiarnos con ella, no quitándosela por esa razón. Os puedo jurar que fue la salvación para cientos de necesitadas almas con las que ella fue topando y no por casualidad. Gracias a su insistencia por amarla tal y como ella era ahora, pude comprender que, en verdad, todos llevamos nuestra propia luz interior, lo que nos hace únicos y especiales.

Hoy en día, sigo con el convencimiento de que no soy merecedor de su amor ni de todo lo que sacrificó por mí. Lo que sí sé es que me dedicaré en cuerpo y alma a entregarme a ella por completo y a amarla mientras viva. Tampoco tengo ni idea de qué será lo que nos deparará el futuro, pues aún nos queda mucho camino por recorrer y una vida entera por vivir, pero desde ya os digo que lo haremos sin miedo, con confianza, porque hay una fuerza en el universo que todo lo puede, que no

se achanta ante nada, el amor puro y verdadero. Yo estoy viviendo el mío ahora y quizás tú estés viviendo el tuyo o a punto de hacerlo. Deja tus fantasmas a un lado, ábrete por completo a él: ámate, ama y siente la magia.

Soy Ray y, un día, un ángel lo sacrificó todo por mí, por alguien que siempre pensó que no merecía la pena. Pero creí con fuerza y la amé con fuerza haciéndolo posible. Fui suyo desde el primer momento y lo seré por toda la eternidad. Viviré agradecido hasta mi último aliento que será… para mi Ana: mi ángel.

Biografía



A. C. Martínez es una mujer emancipada y aventurera que ha seguido siempre su instinto. Con muchas vivencias proporcionadas en parte por vivir en el extranjero y tras una intensa vida, se dedica a disfrutar de su trabajo, su familia y amigos.

Poseedora desde la adolescencia de una gran imaginación, comenzó a escribir relatos en el periódico del instituto, aunque no es hasta hace poco tiempo, y debido a una enfermedad que la para por completo, cuando le da rienda suelta publicando su primera novela y estrenándose cómo escritora novel.

www.escritoramartinez.com



@acmartinezdo